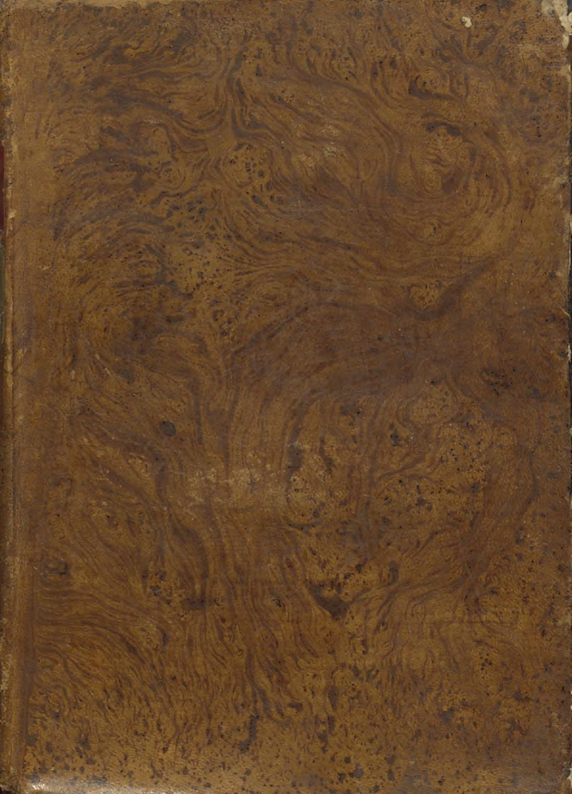






AÑO CRISTIANO
Ó
EXERCICIOS DEVOTOS
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

MAYO.

AÑO CRISTIANO
Ó
EXERCICIOS DEVOTOS
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

CONTIENE

la explicacion del misterio; la vida del santo correspondiente á cada dia; algunas reflexîones sobre la epístola; una meditacion despues del evangelio de la misa, y algunos exercicios prácticos de devocion, ó propósitos adaptables á todo género de personas.

ESCRITO EN FRANCES

POR EL PADRE JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesus;

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía,

Y ADICIONADO

con las vidas y festividades de los santos nacionales y extrangeros, que celebra la Iglesia de España, puestas en sus respectivos lugares, y la traduccion de las epístolas y evangelios, que suprimió el P. Isla, por los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del orden de san Agustin, presentados en sagrada teología, &c.

MAYO.



MADRID MDCCCXVIII.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA.
POR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.

DIA PRIMERO.

Los santos apóstoles san Felipe y Santiago.

Santiago, á quien se le dió el nombre del *Menor*, porque fue al apostolado despues de Santiago, hijo del Zebedeo y hermano de san Juan, fue hijo de Alfeo y de María, hija de Cleofas, prima hermana de la santísima Vírgen; por cuyo estrecho parentesco se llama tambien hermana de esta Señora, segun el estilo de los judíos, que acostumbran llamar hermanos y hermanas á los parientes muy cercanos; y por la misma razon es llamado nuestro Santo en el evangelio *hermano de Cristo*, aunque en realidad no era mas que primo suyo.

Nació Santiago algunos años antes que el mismo Cristo, y segun Hegesípo, fue santo desde el vientre de su madre; quiere decir, que sus padres le consagraron al Señor antes de nacer, destinándole desde entonces á seguir toda la vida la regla de los nazareos, como lo desempeñó con fidelidad hasta la muerte.

Su vida, dice san Gerónimo, fue un perpétuo ayuno; desde niño se prohibió enteramente el uso del vino y de toda carne; siempre andaba con los pies descalzos; y en fin, era tanta su penitencia, que, como afirma san Crisóstomo, mas pareceria esqueleto que hombre vivo. Á la penitencia exterior del cuerpo correspondia el fervor interior del espíritu; pues teniendo presente la especialidad con que estaba dedicado al servicio de Dios, casi desde la cuna se puso perpétuo entredicho á todos los gustos y diversiones de la vida. Parecia que la oracion era su único empleo, pues á todas horas se le encontraba en el templo, pidiendo á Dios perdon por el pueblo; y clamando contínuamente por su salvacion, de cuyo exercicio de orar de rodillas y sin arrimo, llegó á criar en éllas unos callos tan duros como los de un camello. Supo grangearse

tanta estimacion y tan extraordinaria autoridad con toda clase de personas, por la modesta simplicidad y llaneza de su vestido, por su ayre, por su compostura y por la santidad que resplandecia en todas sus acciones, que era el único láico á quien se permitia entrar en el santuario, y todos le llamaban comunmente *el Justo*. En una gran sequía que hubo, levantando las manos al cielo nuestro Santiago, luego llovió abundantemente; lo que sin duda fue ocasion de que añadiesen el sobrenombre de *oblia*, que quiere decir en lengua siriaca, *el que mantiene al pueblo*, *ó la fortaleza de Dios*.

Tal era Santiago el Menor, cuando el Salvador del mundo se dignó llamarle al apostolado. No nos dice el evangelio ni el tiempo ni la ocasion con que fue escogido para él; solamente le cuenta el noveno entre los apóstoles, y es probable que hasta el segundo año de la predicacion de Cristo no fueron agregados al colegio apostólico Santiago y su hermano san Juan.

Asegura san Epifanio, que Santiago se conservó perpétuamente en el celibato. Los discípulos le llamaban comunmente el hermano de Cristo; expresion que da bastantemente á entender la especial ternura con que Santiago amaba á su Maestro, y tambien aquélla con que era correspondido de él.

Es antigua tradicion, segun dice san Gerónimo, que la noche de la cena hizo propósito Santiago de no comer ni beber hasta que Cristo resucitase; y que por eso se le apareció el Señor inmediatamente despues de su gloriosa Resurreccion. Lo cierto es, que habiendo resucitado Cristo, se le apareció á Santiago en particular, como lo afirma san Pablo, despues de haberse dexado ver de san Pedro y de los demas apóstoles; y añade san Clemente Alexandrino, uno de los escritores mas antiguos de la Iglesia, que despues de la Resurreccion comunicó el Salvador el don de ciencia á san Pedro, á Santiago el Justo y á san Juan; esto es, como lo explica el mismo Padre, una superabundante luz, penetracion y sobrenaturales iluminaciones para el desempeño de los diferentes ministerios á que los tenia destinados su divina Providencia.

Despues de la triunfante Ascension á los cielos, ha-

bendo quedado san Pedro nombrado por el mismo Cristo cabeza visible de toda su Iglesia, fue Santiago declarado obispo de Jerusalen; asegurando san Gerónimo, que en esto los apóstoles no hicieron mas que declarar solemnemente á todos los discípulos la eleccion que Cristo habia hecho de nuestro Santo para el gobierno de aquella iglesia particular, que podia llamarse la cuna del cristianismo. Y á la verdad, no parecia posible señalarse otro pastor que fuese mas grato, ni mas respetable á los judíos convertidos á la fe que componian aquella iglesia.

Poblóla bien presto por el zelo de que estaba dotado, acompañado de aquella dulzura y de aquella gran virtud que le grangeaba tanta veneracion, especialmente por ser sostenida de una vida austéra, mortificada y penitente, autorizada con visibles milagros. Correspondía maravillosamente el fervor de los nuevos fieles al ardiente zelo del santo Pastor, y triunfó la constancia de su fe con esplendor, y con ruido en la primera persecucion que suscitó el infierno en Jerusalen contra la Iglesia.

La dulzura, la inocencia y la modestia de Santiago no contribuyeron poco á ganarle los corazones de muchos judíos, aun de los principales de la nacion que se convirtieron á la fe de Cristo: creciendo cada dia visiblemente el número de los fieles por la predicacion de nuestro Santo. Este, á exemplo de su divino Maestro, condescendia en todo lo posible con la vehemente pasion que tenian los judíos recien convertidos por las ceremonias de la ley; condescendencia prudente, que siendo en puntos poco esenciales, conquistó gran número de judíos, bien que no dexó de ser ocasion de algunas turbaciones.

Algunos cristianos de Judea, demasiadamente zelosos por la ley, inquietaron la iglesia de Antioquía, queriendo obligar á los gentiles á la circuncision. Con esta ocasion despacharon á san Pablo y á san Bernabé por diputados á san Pedro, Santiago y san Juan, que se hallaban en Jerusalen, como á oráculos de la verdad, depositarios de la fe y columnas de la Iglesia, como habla san Pablo en la epístola á los de Galacia, y se celebró en aquella ciudad el primer concilio, en que presidió san Pedro. Este refirió las maravillas que por su

ministerio habia obrado Dios en favor de los gentiles convertidos, á quienes su Magestad habia comunicado el Espíritu santo como á todos los demas fieles; y concluyó, que pues ninguno podia ser salvo sino por la gracia del Redentor, no era razon que se les obligase á cargar con un yugo de que el mismo Redentor los habia librado.

Cuando san Pedro acabó de hablar, tomó la palabra Santiago, como obispo diocesano, y dixo así: "Hermanos, prestadme atencion: Simon os ha acabado de explicar, cómo Dios ha querido entresacar de los gentiles un pueblo que fuese suyo; siendo esto lo que concordemente nos anuncian las palabras de los profetas, segun aquello que está escrito: Yo vendré despues, y reedificaré la casa de David: repararé lo que estuviere arruinado, para que todos los demas pueblos y naciones, que son conocidas con mi nombre, busquen al Señor. El mismo que hizo estas cosas, es el que habla de esta suerte. Dios en todo tiempo conoce la obra de sus manos; por eso soy de parecer, que no se inquiete á los gentiles que se conviertan á Dios. Pero se les debe escribir que se abstengan de todo aquello que ha quedado inmundo por haber sido ofrecido á los ídolos, de la fornicacion, de animal que murió ahogado y de sangre." Siguióse este parecer; y los apóstoles, los presbíteros, con toda la Iglesia, fueron de sentir que se volviese á despachar á Antioquía á Pablo y á Bernabé, acompañados de Judas y de Silas, á quienes se les entregó una carta concebida en estos términos: "Ha parecido al Espíritu santo y á nosotros, no cargaros mas que aquello que es necesario; esto es, que os abstengais de las cosas sacrificadas á los ídolos, de la fornicacion, &c: absteniéndoos de todo esto, hareis bien. Adios."

Crecia mientras tanto cada dia el número de los fieles en Jerusalen por el zelo, por la dulzura y por la devota piedad de nuestro Santo. Manejaba con gran destreza la excesiva y obstinada delicadeza de los judíos, tolerando todo aquello que no era incompatible con el cristianismo, y ganando su corazon y su confianza con esta cristiana condescendencia para irlos poco á poco disponiendo á desembarazarse de aquellas inútiles ceremo-

nias legales, á que estaban tan adheridos. Habiendo venido san Pablo á Jerusalen el año 58, luego al dia siguiente pasó á visitar á Santiago, el cual le aconsejó que no mostrase condenar ciertas ceremonias de la ley antigua de poca consecuencia, por no escandalizar á aquellos espíritus flacos; y el Apóstol se conformó con este dictámen.

Despues de la muerte de Festo, gobernador de la Judea, y antes que llegase Albino su sucesor, irritados los fariseos y los doctores de la ley de los grandes progresos que hacia la religion cristiana en toda la Judea, y especialmente en Jerusalen, resolvieron hacer todo lo posible para exterminarla. El año de 62, Anano, pontífice que era á la sazon, hijo de aquel otro Anano ó Anás, cuñado de Caifás, de quien hace mencion el evangelio, quiso aprovecharse del interregno; y convocó el gran consejo, llamado Sanedrin, para tratar de los medios mas conducentes al logro de su intento. El expediente mas eficaz y mas breve que se les ofreció de pronto, fue precisar á Santiago el Justo á que negase á Cristo, abjurase de su religion, y desengañase al pueblo, así con sus palabras, como con su exemplo. Mandáronle comparecer ante el consejo; y luego que se divulgó por la ciudad la noticia, todo el pueblo concurrió al consistorio, movido de la reputacion del Santo. Llenóse la sala, donde se celebraba el Sanedrin, de las personas mas distinguidas y mas considerables de la ciudad. Hegesipo dice que los ancianos ó los consejeros afectaron consultarle algunos puntos, para cogerle en alguna respuesta que sirviese de pretexto para condenarlo; pero lo cierto es, que muchos procedian de buena fe en las preguntas que le hacian. "Te hemos llamado, le dixeron, para que nos ayudes á abrir los ojos »al pueblo, apartarle de sus desvaríos, haciéndole reconocer sus errores. Ya ves que todos se declaran parciales y sectarios de la doctrina de Jesus, persuadidos á »que fue el prometido Mesías. Es menester que desengañes hoy á ese numeroso alucinado pueblo que ha concurrido de todas partes con ocasion de la solemnidad »de la Pascua; porque todos te veneran por hombre »justo, veraz é incapaz de dexarte mover de algun humano respeto: consiguientemente todos están dispues-

»tos á rendirse al testimonio que prestáres á la verdad. »Sube, pues, á la galería del templo, para que me»jor puedas ser oido del innumerable concurso, y sepan »todos de ti, así lo que tú crees, como lo que éllos deben »creer."

Habiéndose dexado ver Santiago en la galería, comenzaron los escribas y fariseos á gritarle desde abaxo: "Dinos, hombre justo, qué juicio hemos de hacer de »aquel Jesus que fue crucificado; porque todos nos con»formarémos con tu prudente dictámen." Entonces Santiago, esforzando la voz todo cuanto pudo, clamó: "Oid »hermanos mios, el testimonio que voy á dar á la ver»dad: Ese Jesus, Hijo del hombre, de quien vosotros ha»blais, está en el cielo sentado á la diestra de Dios Padre »como hijo verdadero suyo, y algun dia vendrá en el tro»no de las nubes á juzgar á todos los hombres; porque es »el Mesías que esperaron nuestros padres, y debe ser to»da nuestra confianza y la esperanza de Israel."

Apenas acabó de decir estas palabras el Apóstol, cuando un crecido número de judíos, movidos de tan ilustre como valeroso testimonio, creyeron en Jesucristo, y comenzaron á alabar á Dios á voz en grito, diciendo: *Hosanna al Hijo de David.* Pero los escribas y fariseos, arrepintiéndose, aunque ya muy tarde, de lo que habian hecho, vueltos á la muchedumbre, comenzaron á gritar por todas partes: *Pueblo, que el Justo se engaña*; y lleno de rabioso furor contra el Santo, subieron á la galería, y le precipitaron abaxo desde lo mas alto del templo. No quedó muerto del golpe; y poniéndose inmediatamente de rodillas, hizo oracion á Dios por los que le quitaban la vida; pero no pudiendo éstos sufrir que sobreviviese á la caida, comenzaron á disparar contra él una espesa lluvia de piedras, á tiempo que hallándose cerca del Santo un tundidor, que por casualidad tenia en la mano el cabestán con que apretaba los paños, le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que acabó finalmente de matarle.

Así murió Santiago el Menor el mismo dia de Pascua del año de 62, habiendo gobernado cerca de veinte y nueve años la iglesia de Jerusalen; y se tiene por cierto que le dieron sepultura en el mismo lugar donde fue mar-

tirizado. Fue tan llorada su muerte, aun de los mismos judíos, que calificándola de injusta, creyeron haber sido una de las principales causas de las públicas terribles calamidades con que fue afligida y castigada su nacion, atribuyendo á élla hasta la funesta ruina de Jerusalen, que sucedió ocho años despues de la muerte de nuestro Apóstol.

Escribió Santiago, como obispo de Jerusalen y como apóstol muy particular de los judíos, aquella admirable epístola, que entra en el número de los libros canónicos del nuevo Testamento, y es la primera de las siete epístolas católicas, llamadas así, porque no se dirige á alguna persona ó iglesia particular, sino á la universalidad de todos los fieles. Así, pues, ésta se dirige á todas las doce tribus; esto es, á todos los judíos esparcidos en toda la redondez de la tierra; y siempre ha sido estimada como un excelente compendio, quinta esencia ó medida de todo el moral cristiano. Su estilo es vivo, apretado, eficaz, y en ninguna otra parte se leen reprendidos los abusos con voces mas enérgicas ni mas expresivas.

El mismo dia celebra la santa Iglesia la fiesta de san Felipe, que habiendo sido llamado al apostolado antes de Santiago, siempre se le nombra el primero en el oficio del dia.

Fue san Felipe natural de Betsáida, ciudad de Galilea, á las márgenes del lago de Genesaret. Era casado, y tenia tres hijas; hombre piadoso y muy respetado de los judíos, como dice san Crisóstomo, que empleado contínuamente en la meditacion de la ley y de los profetas, esperaba con profunda religion al Mesías prometido, que habia de ser la redencion de Israel.

Habiendo dicho públicamente el Bautista en presencia de sus discípulos que Jesus era el cordero de Dios, Andres y Simon, que despues se llamó Pedro, le siguieron inmediatamente; y como el dia siguiente partiese Jesus para Galilea, encontrando á Felipe en el camino, no le dixo mas que estas palabras: *Sígueme*; con las cuales, no solo inspiró en su corazon una ardiente generosa resolucion de dexarlo todo por seguir á Cristo, sino un zeloso deseo de conquistarle todos los discípulos

que pudiese. Con efecto, poco despues, como hubiese encontrado Felipe á Natanael, le dixo que habia tenido la dicha de hallar á aquél de quien tanto habia hablado Moyses en los libros de la ley, y á quien habian retratado los profetas; y diciendo y haciendo, le conduxo al Salvador. Asegura san Clemente Alexandrino, como cosa inconcusa, que ninguno ponia en duda que fue san Felipe aquel mancebo, que habiendo pedido licencia á Cristo para ir á enterrar á su padre, el Señor le respondió: *Dexa á los muertos que entierren á sus muertos.*

Desde entonces siguió Felipe á Cristo tan de veras, que no se volvió á separar de su compañía. El año siguiente fue escogido para el apostolado, y contado entre los doce, nombrándole el evangelio inmediatamente despues de san Juan. Acredita bien la especialidad con que el Salvador amaba á san Felipe, la distincion que hacia de él. Cuando quiso hacer el milagro de la multiplicacion de los panes, le preguntó para sondearle, dónde hallarian pan para tanta muchedumbre. En cierta ocasion, queriendo unos forasteros ver á Cristo, se valieron de san Felipe para que se lo facilitase, persuadidos á que era el que mas privaba con el Salvador. Cuando éste, en aquel gran sermon que hizo á sus apóstoles despues de la última cena, les habló de su Padre; san Felipe tuvo la confianza de suplicarle que se sirviese de hacérsele ver á todos, porque todos lo deseaban mucho: á lo que el Señor le respondió: *Felipe, el que me ve á mí, ve á mi Padre.*

Despues de la Ascension de Cristo á los cielos y de la venida del Espíritu santo, cuando los apóstoles se dividieron por todo el mundo para llevar á todo él la luz del evangelio, san Felipe fué á predicar la fe á la provincia de Frigia, donde convirtió muchas almas, y obró muchos milagros. Habiendo llegado á Hierápolis, se compadeció mucho, viendo que aquel pobre y ciego pueblo adoraba por Dios á una monstruosa vívora; y lleno de una santa indignacion y fogoso zelo la hizo pedazos. Abrió los ojos á aquella pobre gente, hízola visible la grosería de sus errores, y convirtiendo á la fe á toda la ciudad, fundó en élla una floreciente iglesia. Pero no le dexó en paz

la cólera del demonio; porque irritados los sacerdotes de los ídolos y los magistrados á vista de los maravillosos progresos que hacia el cristianismo, resolvieron quitar la vida al santo Apóstol. Echaron mano de él, y despues de haberle tenido preso algunos dias, le despedazaron con crueles azotes, y amarrándole á una cruz, comenzaron á apedrearle. Sobrevino un furioso terremoto, que atemorizando á los gentiles, y poniéndolos en precipitada fuga, dió lugar á los cristianos para que baxasen de la cruz á san Felipe; mas conociendo el Santo que ya le quedaban pocos instantes de vida, les rogó que le dexasen acabarla en la cruz á exemplo del Salvador; y habiéndole concedido este consuelo, espiró en élla poco tiempo despues, encomendando á Dios su alma y su pueblo. Sucedió esta preciosa muerte el primer dia de mayo del año de 54, segun Baronio; ó hácia el año de 90, en opinion de los que dan á san Felipe 87 años. Lleváronse á Constantinopla parte de sus sagradas reliquias, y otra parte de éllas se veneran en Roma en la iglesia de los santos apóstoles, que comenzó el papa Pelagio I., y acabó Juan III. su sucesor.

La misa es en honra de los Santos, y la oracion es la que sigue.

Deus, qui nos annua apostolorum tuorum Philippi et Jacobi solemnitate lætificas; præsta, quæsumus, ut, quorum gaudemus meritis, instruamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemne festividad de tus apóstoles Felipe y Santiago; concédenos que imitemos los exemplos de aquéllos, de cuyos merecimientos nos regocijamos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. del libro de la Sabiduría.

Stabunt justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitatione insperatæ salutis, dicentes intra se, pœnitentiam agentes, et præ

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor y de horrible espanto; y estarán sorprendidos del susto, viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con

angustia spiritus gementes: Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii. Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodò computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.

tanta gloria, diciendo entre sí penetrados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazon angustiado: Éstos son los que en otros tiempos fueron el objeto de nuestras burlas, y los que poníamos por exemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necedad, y su muerte por deshonra; no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen su suerte entre los santos.

NOTA.

"Habiendo representado Salomon en los capítulos precedentes el lamentable estado en que se hallarán los réprobos al fin de su mala vida, y lo que sentirán en aquella fatal hora, que ha de decidir su suerte eterna; hace contraposicion en este capítulo de la gloria, y por decirlo así, del triunfo de los justos despues de su muerte y por toda la eternidad."

REFLEXIONES.

Mientras están en esta vida los buenos, que son injustamente perseguidos, la paciencia y la humildad, inseparables de la verdadera virtud, los cierra la boca, los hace como mudos, y casi como si fueran insensibles, impidiéndolos levantar el grito contra aquellos que los oprimen, que los sofocan, y que hacen cuanto pueden para arrancarlos el fruto de sus trabajos. Pero cuando se acabe este puñado de dias; cuando se llegue el alegre fin de este triste destierro; cuando juntamente con él cese la injusta persecucion; cuando estos dichosos escogidos entren en el gozo de su Dios, y tomen posesion de la gloria eterna; ¡qué no tendrán que decir, y cuánto avergonzarán á los que trataron tan indignamente á la virtud y á la religion! ¡y qué sentirán entonces, qué despecho será el de aquellos que exercitaron tanto su paciencia!

Que persigan á la virtud aquellos que son impíos de

profesion, adelante; ninguno debe extrañar que los enemigos declarados hagan la guerra. Pero que las mas duras, las mas sensibles persecuciones que tienen que padecer los buenos, vengan muy ordinariamente de aquellos mismos que debieran protegerlos; que la indigestion, el mal humor, y tal vez la durísima aspereza de aquellas mismas personas que hacen profesion de virtuosas, sean la prueba mas terrible de una virtud tierna, visoña y recien nacida, esto es lo que apenas se pudiera creer; y con todo, esto es lo que se ve muy frecuentemente.

Abre un jóven los ojos, y comienza su corazon á imbuirse en las máxîmas cristianas; danle en rostro, y llénanle de tédio las diversiones del mundo; da principio á la reforma de su vida; ¿cuánto tiene el pobre que padecer de aquellos mismos que debieran ser los primeros en aplaudir su resolucion, y en celebrar el partido que ha tomado? Pero aún crece mucho mas la admiracion cuando en aquellas mismas comunidades religiosas, que debieran ser el asilo de la virtud, el sagrado donde estuviese á cubierto de todo insulto la mas rígida observancia, la perfeccion mas severa, se halla tal vez esta misma virtud y perfeccion expuesta á mil molestas contradicciones, censurada, fisgada, condenada por aquellos que debieran ser sus panegiristas. Desagrada mucho todo lo que suena á reforma de costumbres, especialmente cuando está sostenido de una vida mas exemplar de lo que quisieran los que no se matan por la reputacion de hombres mas regulares. Á la exâctitud edificativa se la da el odioso nombre de desdeñosa singularidad; á la modestia se la califica de afectada; la circunspeccion se dice que es una gravedad violenta y fastidiosa; finalmente, hasta la misma humanidad se censura y se condena. No puede haber persecucion mas peligrosa ni mas tentadora para una virtud tierna y en mantillas; pocas hay que no se rindan, ó á lo menos que no titubeen á esta prueba. ¡Pero valgame Dios! ¿de qué principio nacerá esta maligna aspereza, esta acrimonía contra un sugeto que solo se distingue de los demas en ser mas exâcto en el cumplimiento de sus obligaciones? No nace ciertamente ni de zelo ni de amor por

la observancia comun; nace de zelos, nace de emulacion, nace de un secreto orgullo. La vida exemplar y edificativa de aquel particular es una tácita censura, es una muda, pero muy dolorosa reprension de la vida y del porte de muchos. Sienten éstos no sé qué interior despecho de que el ótro los haga sombra; temen que la reforma de aquél no haga visible la necesidad que tienen de reformarse los ótros. Un anciano se avergüenza de que un jóven, y tal vez un niño, haya hecho tantos progresos en dos dias; el jóven que no tiene espíritu ni valor para ser tan virtuoso, se llena de emulacion y de envidia, viendo que el ótro, que es mejor, se acredita de mas cuerdo. Estas son aquellas persecuciones, estas aquellas terribles pruebas que excitan las pasiones. Introdúzcase la relaxacion; nunca se irritan, nunca se les revuelve la cólera á los tibios; pero el fervor, la exáctitud, una observancia algo mas estrecha que hasta aquí, luego pone de mal humor á los indevotos. Mas al fin, tiempo vendrá en que estos injustos censores, estos perseguidores disimulados, estos enemigos domésticos sean confundidos. Tiempo vendrá en que se vean precisados á confesar, y á detestar sus errores, á reconocer su malignidad, y á hacer justicia á la cordura y á la virtud del justo; porque la estimacion y la veneracion es un tributo que tarde ó temprano pagan siempre los impíos á la virtud.

El evangelio es del cap. 14. *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Non turbetur cor vestrum. Creditis in Deum, et in me credite. In domo Patris mei mansiones multæ sunt. Si quò minus dixissem vobis. Quia vado parare vobis locum. Et si abiero et præparavero vobis locum, iterùm venio, et accipiam vos ad meipsum, ut ubi sum ego, et vos sitis. Et quò ego vado scitis, et viam scitis. Dicit ei Thomas: Domine, nes-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No se turbe vuestro corazon. Creeis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Si no fuese así, os lo hubiera dicho. Voy á preparar el lugar para vosotros. Y cuando me hubiere ido, y hubiere preparado lugar para vosotros, vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que en donde estoy yo, esteis vosotros tambien. Y adonde voy lo sabeis, y sabeis

cimus quò vadis: et quo modo possumus viam scire? Dicit ei Jesus: Ego sum via, veritas et vita. Nemo venit ad Patrem nisi per me. Si cognovissetis me, et Patrem meum utique cognovissetis: et amodò cognoscetis eum, et vidistis eum. Dicit ei Philippus: Domine, ostende nobis Patrem, et sufficit nobis. Dicit ei Jesus: Tanto tempore vobiscum sum, et non cognovistis me? Philippe, qui videt me, videt et Patrem. Quomodò tu dicis, ostende nobis Patrem? Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Verba, quæ ego loquor vobis, à me ipso non loquor. Pater autem in me manens, ipse facit opera. Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Aliòquin propter opera ipsa credite. Amen, amen dico vobis: Qui credit in me, opera quæ ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet; quia ego ad Patrem vado. Et quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam.

el camino. Díxole Tomas: Señor, no sabemos adónde vas: ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Respondió Jesus: Yo soy camino, verdad y vida. Ninguno va al Padre sino por mí. Si me hubiérais conocido a mí, hubiérais conocido tambien á mi Padre: y desde ahora le conocereis, y le habeis visto. Díxole Felipe: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta Le dixo Jesus: Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Cómo dices tú muéstranos al Padre? ¿no creeis que yo estoy en el Padre, y el Padre esta en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo; sino que el Padre que está en mí, él es el que obra. ¿No creeis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Si no creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo: El que cree en mí hará tambien las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas; porque yo voy al Padre. Y cualquiera cosa que pidiéreis al Padre en mi nombre, la haré.

MEDITACION.

Del conocimiento y amor de nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera felicidad y la verdadera vida consiste en conocer bien á Jesucristo. Todos los demas descubrimientos, todas las demas luces del entendimiento humano son fuegos fátuos, brillanteces aparentes,

nubes iluminadas que alumbran poco, y suelen descubrir no mas que aquellos anchurosos caminos que guian á la perdicion. Jesucristo es el camino que se debe seguir, la verdad que se debe creer, la vida inseparable de la suprema felicidad. ¿Pero es muy frecuentado este camino? ¿es muy abrazada esta verdad? ¿es muy solicitada esta vida, en la cual consiste la bienaventuranza eterna? ¿es conocido Jesucristo de aquellas almas carnales que solo viven la vida de los sentidos, á quienes ciegan lastimosamente las pasiones? ¿es conocido Jesucristo de aquellos disolutos que le persiguen; de aquellos mundanos que le desprecian; de aquellos medios cristianos que le desacreditan con su vida; ni aun de aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, y le deshonran con sus costumbres poco regulares? ¿es conocido este soberano Dueño de aquellos, que estando dedicados á su servicio, le sirven tan indignamente?

¿Conocemos lo que es, lo que puede, y lo que hace? ¿mirámosle como á soberano Dueño de todas las cosas, como á único árbitro de nuestra suerte, como á supremo Juez de todos los hombres?

Siendo Soberano, esencialmente feliz por sí mismo desde toda la eternidad, quiso hacerse hombre en tiempo para morir por los hombres; y voluntariamente se entregó él propio á la muerte, y muerte de cruz para redimirlos. ¿Se conoce bien este grande beneficio? ¿se comprenden estos misterios? Y si nuestra fe produce este conocimiento; ¿qué respeto, qué amor, qué gratitud profesamos á nuestro divino Salvador? ¿Puedo lisonjearme de que mis efectos den testimonio de que le conozco? Y si mi conocimiento es el que debe ser, ¿cómo es posible que honre tan poco, y sirva tan mal á Jesucristo? En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios; en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad; en él tenemos plenamente todas las cosas; él es la cabeza de los principados y de las potestades; él es el que borró la cédula, la sentencia de condenacion que estaba pronunciada contra nosotros; él la anuló clavándola consigo mismo en la cruz. ¿Reconocemos bien todas estas prerogativas, todas estas eminentes cualidades, todos estos dones, todos estos beneficios que debe-

mos á Jesucristo? ¿pues dónde está nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestra ternura, para que con la distancia ó con la ausencia no se entibiase nuestra fe? Él mismo se nos acercó, y se vino á vivir entre nosotros. Y porque nuestros ojos débiles no podrian soportar el resplandor de su Magestad, le escondió, le ocultó con el velo de los accidentes del pan en el adorable sacramento de la Eucaristía. Allí está realmente; ¿pero reflexíonamos nosotros que está allí? Consultemos nuestra modestia en el templo; nuestra ánsia por visitarle; nuestra frecuencia en hacerle córte; nuestra hambre por recibirle; nuestra devocion, nuestro respeto en su presencia. ¡Ah, y cuánta verdad es que no conocemos al que está en medio de nosotros! ¡cuánta verdad es que está en el mundo, y que el mundo no le conoce! ¡que vino á vivir entre los suyos, y que los suyos no le recibieron! ¡pero infelices de aquellos que le desconocen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si es la mayor de todas las desdichas no conocer á Jesucristo, no es menos funesta, conociéndole, no amarle.

Los demonios creen todas las verdades de nuestra religion; las creen, y se estremecen. Ellos mismos exclaman: *Tú eres el Hijo de Dios*; saben muy bien que es Cristo; ¿pues de dónde nace su desdicha? De que con una fe tan comprensiva y tan patente, y con todo este estéril y especulativo conocimiento no le aman. ¿Y no habrá algunos cristianos en el mundo, á quienes se les pueda reconvenir con lo mismo?

Debiera ser muy sensible, muy palpable el tierno amor á Jesucristo; porque todas las cosas le están pidiendo, le están solicitando, están clamando por él; hermosura sin par, bondad sin semejante, beneficios sin número, sin precio. Amónos con exceso; y al presente no nos ama ni con menos liberalidad, ni con menos ternura. Toda la correspondencia que nos pide, es nuestro corazon. Como si le pareciera poco ser nuestro fiador, nuestro redentor y nuestra guia, quiere tambien

ser nuestro sustento, y quiere él mismo ser nuestro premio. ¿Parécete que ha hecho poco para merecer nuestra ternura? ¿pero todo eso que ha hecho, basta por ventura para que le amemos? ¿basta para movernos, para ganar nuestro corazon? ¿ese corazon, que con tanta facilidad, tan pródigamente entregamos por una palabra de cariño que nos digan, por un corto beneficio que nos hagan?

Todos desean agradar y ser queridos; en amando mucho nada se niega. ¿Pero nos matamos por agradar á nuestro divino Salvador? Antes bien, ¿qué no hacemos para disgustarle? Profánanse escandalosamente sus sagrados templos; atrévese la impiedad y la irreligion hasta el pie de los altares; no hay irreverencia que no se haga aun en su misma presencia. ¿Acaso tiene límites en nuestros tiempos la indevocion y el descaro? ¿qué caso se hace de la doctrina de Cristo? Se desprecian sus mandamientos; se hace burla de los que le sirven, y falta poco para que se condene el moral del evangelio. Esos jóvenes disolutos, esas mugeres del gran mundo, esos hombres de negocios, esos idólatras de los placeres y de las diversiones, esas personas consagradas á Dios, pero tan poco religiosas, ¿todos éstos aman mucho á Jesucristo? Y luego nos admiraré mos de la calamidad de los años, de las necesidades y miserias públicas que todo lo desuelan, todo lo arrasan, y todo lo llenan de llanto y de dolor. Pues qué, ¿ignoramos por ventura que todas las criaturas se arman justamente para vengar nuestra portentosa ingratitud con un Señor tan benéfico?

Con mucha razon clama san Pablo: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, anathema sit*: Si alguno es tan insensible que no ame á nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado. ¿Puede haber mayor ingratitud, mayor malicia, mayor impiedad que no amar á Jesucristo?

¡Ah, divino y amable Salvador mio! ¿podré yo lisonjearme de que os conozco? Y si es tanta mi dicha, que pueda decir con vuestro Apóstol: *Tú eres Hijo de Dios vivo*; ¿hallaré acaso en todo mi porte ni en toda mi conducta un testimonio práctico de que verdade-

ramente os amo? Cubierto de confusion, lleno de dolor, pero al mismo tiempo de una grande confianza en vuestra divina gracia, me atrevo á prometeros, ó Salvador mio amabilísimo, que os amaré, y que ya comienzo desde este mismo punto á conoceros, y amaros.

JACULATORIAS.

Diligam te, Domine, fortitudo mea... refugium meum, et liberator meus. Salm. 17.

Sí, yo os amaré de aquí adelante, mi Señor, mi fortaleza, mi refugio, y mi amable libertador.

Et si oportuerit me simul commori tibi, non te negabo. Marc. 14.

No, mi dulce Jesus; aunque sea menester morir contigo, por ti, no te negaré, no dexaré de amarte.

PROPOSITOS.

La vida eterna, decia el Salvador del mundo á su Padre, *es conocerte á ti por verdadero Dios, y al que enviaste Jesucristo, hijo tuyo.* La mayor desdicha que puede suceder á un hombre, es no conocer á Jesucristo: pero no es menos que ésta, conocerle, y no amarle. Todos los cristianos tenemos la dicha de conocerle; ninguno hay que no se honre, que no se glorie de ser discípulo suyo. ¿Pero podemos decir con verdad que le amamos? Bien sabes tú quién es: ¿pero le tratas con el respeto que merece? Y cuando eres tan delicado, tan zeloso de que se te trate á ti con la atencion que, á tu parecer, se te debe, ¿con qué devocion, con qué modestia, con qué veneracion te pones en su presencia? Exâmina aquí el fervor, y la puntualidad con que cumples con las obligaciones de cristiano, y exâmina tambien la compostura y el respeto con que te presentas en la iglesia. Es el evangelio la palabra de Jesucristo; ¿qué veneracion profesas, qué estimacion haces de esta divina palabra? No ignoras los preceptos ni las máxîmas de Jesucristo; ¿qué caso haces de aquéllos y de éstas? Consulta tus máxîmas y tu porte. Hay á la verdad muchos cristianos; ¿pero hay muchos verda-

deros fieles? Mira bien si eres acaso comprendido en el número de aquellos, de quienes dice san Pablo en su epístola á Tito (cap. 1.) que *confitentur se nosse Deum, factis autem negant*: con las palabras confiesan que conocen á Dios, pero con las obras lo niegan. No te olvides de lo que añade el mismo Apóstol: *Cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt... sed obscuratum est insipiens cor eorum: dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt.* ¿Qué excusa tendrán los que, conociendo á Dios, no le glorificaron como á Dios? Cególos su misma insensatez, y los que se tenian por sábios y por prudentes, se calificaron de necios.

2 Dí valerosa y animosamente con san Pablo: *Non erubesco evangelium* (1. ad. Rom.): No me avergüenzo de hacer lo que manda el evangelio. Y así nadie se admire de que como cristiano perdone generosamente aquella injuria; de que no me dexe arrebatar de la cólera, como lo hacia hasta aquí; de que no asista ni á las espectáculos, ni á la comedia, ni á la ópera; de que ya no me dexe ver en aquellas casas públicas del juego, ni parezca en las concurrencias profanas. Jesucristo, á quien reconozco verdaderamente por mi Dios, por mi Salvador y por mi Juez, me lo prohibe; su evangelio me manda abstenerme para siempre de semejantes diversiones: *Non erubesco evangelium*: No me avergüenzo de este evangelio; y mas sabiendo que un vil respeto humano malogra infelizmente muchas veces los mas fervorosos propósitos. Dí con valor á esas personas que solicitan contigo que seas menos severo, menos rígido, y un poco mas condescendiente; á esas que te convidan á que las imites, á que las acompañes en sus peligrosas diversiones; dilas lo que decia en otro tiempo santa Blandina: *Christiana sum: nihil apud nos admittitur sceleris*: Cristiana soy, y este solo nombre, esta sola profesion me prohibe estas diversiones. Haz hoy una visita particular á Cristo en el Sacramento, para pedir perdon de lo poco que hasta aquí le has conocido y amado, y para prometerle en adelante una fidelidad inalterable, rezando á este fin la letanía de la Vírgen. Acuérdate de lo que intima san Juan: Que el que dice que conoce á Dios, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso:

Qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est. (1. Joan. 2.).

DIA SEGUNDO.

San Atanasio, patriarca de Alexandría.

San Atanasio, venerado en toda la Iglesia católica por por una de las mas firmes columnas de la fe, por ilustre defensor de la divinidad de Jesucristo, por una de las mas brillantes lumbreras de todo el mundo cristiano; y en fin, por uno de los mayores santos de la Iglesia, nació en Alexandría de Egipto por los años de 294. Sus padres eran muy distinguidos en élla por su nobleza, pero mucho mas por su piedad; y así hicieron todo lo posible para dar al niño Atanasio una educacion correspondiente á su religion y á su noble nacimiento. Dexóse admirar desde luego de todos los que cuidaban de su crianza la viveza, la brillantez, y la extraordinaria penetracion de ingenio que manifestaba nuestro niño; conociéndose lo que habia de ser con el tiempo por los rápidos progresos que hizo en las letras humanas, en una edad en que otros niños apenas saben hablar. Cuenta Rufino, que como un dia de fiesta estuviese jugando con otros niños de su edad, y se divirtiese en remedar las ceremonias de la iglesia, bautizó á algunos que no estaban bautizados; y que noticioso el patriarca san Alexandro de este hecho, llamó á Atanasio, y bien informado, así de su intencion, como de las palabras que habia dicho al echarles el agua, declaró que habian recibido legítima y verdaderamente el santo bautismo.

El suceso de este dia fue para el santo Opispo un como presagio de las grandes cosas á que destinaba la divina Providencia á nuestro Atanasio; y tomándole á su cargo, viéndole en poco tiempo tan adelantado en las letras humanas, le aconsejó que se dedicase al estudio de las divinas, en las que seguramente se puede

afirmar que pocos hicieron mas progresos en tan corto espacio de tiempo. Sus escritos en defensa de la religion son el mejor testimonio de aquella rara penetracion con que comprendia todas las ciencias; pues en éllos se acredita excelente filósofo, profundo teólogo, y bien instruido en todas las demas artes, sin mostrarse forastero ni aun en la jurisprudencia; y todo esto en una edad en que, por lo comun, lo mas á que se puede aspirar es al deseo de saber.

Pero al paso que cada dia se iba haciendo mas sábio, se hacia tambien mas santo. Llevóle al desierto la fama de san Antonio; y en la escuela de tan insigne maestro se avanzó tan maravillosamente en menos de dos años en la ciencia de la salvacion, que sin duda se hubiera levantado la Thebáida con este tesoro, si no se hubiera valido de su autoridad el patriarca de Alexandría para obligarle á que pasase á aquella ciudad.

Dexóse ver en élla con todo aquel concepto, y estimacion con que en todas partes se presenta un hombre de extraordinario mérito, acompañado tambien de una virtud extraordinaria. Desde luego fue el asombro y las delicias de los católicos; y desde luego fue tambien el susto y el terror de los hereges y gentiles. A los veinte años de su edad compuso contra éllos dos admirables tratados, intitulado al segundo *de la Encarnacion del Verbo*. Hízole san Alexandro secretario suyo; elevóle á los sagrados órdenes, y se valió de su pluma, y de su ministerio para confundir á los melecianos, y á los demas hereges.

Pero el mayor enemigo de la Iglesia, contra quien singularmente estaba destinado el zelo y la pluma de Atanasio, era el impío Arrio, presbítero de Alexandría, y cura de la parroqùia de Baucála, que habiendo sido depuesto y privado del curato por san Pedro, patriarca, supo disimular tan artificiosamente la maligna travesura de su ingenio, y el veneno oculto de su emponzoñado corazon, cubriéndolo todo con cierto exterior aparato de compuncion, y de penitencia, que engañado san Achílas, sucesor de Pedro, y hombre de excesiva bondad, no solo le habia restituido á la posesion de su curato, sino que le habia conferido el órden del sacer-

docio, que aun no tenia el tiempo de su deposicion. Viéndose ya cura por sus artificios, aspiró á verse patriarca; y no pudiendo tolerar que le hubiesen pospuesto á san Alexandro, se declaró cabeza de partido; y comenzando á declarar contra la divinidad de Jesucristo, fue el mayor y mas pernicioso enemigo que ha conocido la Iglesia.

Apénas descubrió la cabeza este monstruo, cuando salió Atanasio á combatirle, y aniquilarle; pero como nunca faltan recursos á la heregía, aunque Arrio quedó muchas veces convencido y avergonzado, así en particular como en público por nuestro Santo, encontró parciales aun dentro del mismo clero, y tantos, que para atajar el mal, se consideró necesario convocar el célebre concilio de Nicea. Concurrió á él Atanasio, acompañando á su obispo, y sobresalió mucho en el concilio, no menos por su sabiduría, que por el ardor de su zelo. Fue anatematizada por el sínodo la impiedad arriana, y se hizo célebre nuestro Santo por las disputas públicas que tuvo con el heresiarca, en las cuales le dexó enteramente confundido. Asombró tanto á los padres su vigilancia, su penetracion en descubrir los artificios de los hereges, su delicadeza, y su solidez en desenredar sus sofismas, y su sagacidad en desconcertar todas las medidas que iba tomando el partido, que aunque á la sazon no era mas que diácono, ya le consideraban todos como el azote de los arrianos, y como una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Concluido el concilio, se volvieron á Alexandría san Alexandro y su diácono; pero consumido el santo Patriarca al rigor de sus penitencias y trabajos, murió santamente cinco meses despues. Poco antes de espirar, como no viese por allí á Atanasio, que de estudio se habia retirado, y aun huido, porque no le hiciesen su sucesor, exclamó con espíritu de profecía: *Atanasio, tú piensas escaparte con la fuga, pero ésta no te librará de la silla patriarcal.* Murió Alexandro, y fue proclamado por patriarca Atanasio con unánime aclamacion del clero y pueblo. Solo tardó en consagrarse lo que tardó en descubrirse; porque en efecto se habia escondido tan de veras, y tan bien, que en seis meses no fue posible saber dónde

paraba; pero descubierto en fin su teson en no querer aceptar la dignidad, solo sirvió para que todos se confirmasen mas y mas en lo mucho que la merecia; no dando oidos ni á sus razones ni á sus lágrimas, fue consagrado el dia 27 de diciembre del año 326: y desde luego hizo conocer á todos, que no era fácil encontrar sugeto mas digno de ocupar la segunda silla de toda la Iglesia universal.

Mirábanle ya los arrianos como al mas cruel azote de su secta; y no habiendo podido estorbar su consagracion, hicieron cuanto pudieron para que se declarase por ilegítima, tachándola de menos canónica. Llegaron las quejas y las calumnias á la corte del Emperador, siendo los que mas las esforzaban Eusebio de Nicomedia, Théonis y Alaris, insignes protectores del arrianismo; pero todos sus artificios se convirtieron en vergonzosa confusion de sus mismos autores. En el mismo punto en que Atanasio fue elevado á la silla patriarcal, se cuenta que el espíritu de Dios dixo á san Pacomio: *Yo he puesto á Atanasio por columna y por lumbrera de la Iglesia; muchas tribulaciones y calumnias tendrá que padecer en defensa de la fe y de la virtud; pero será siempre sostenido por la gracia de Jesucristo; vencerá todas las tentaciones, y anunciará á las iglesias la verdad del evangelio.*

Ninguno cumplió mas exâctamente con todas las obligaciones de obispo; porque siendo hombre consumado en ciencia y en virtud, no solo era la admiracion de los demas prelados, sino su mas perfecto modelo. No obstante ser su diócesi una de las mas dilatadas de toda la Iglesia, pocas ovejas dexaban de oir cada año la voz de su Pastor, y ninguna se escapaba á su solicitud y vigilancia pastoral. Era dulce, afable, compasivo; y haciéndose todo á todos para ganarlos á todos, nunca se separaban de su zelo la caridad y la dulzura.

Ni sus trabajos apostólicos, aunque tan contínuos, y de tan gran fatiga, disminuian un punto el rigor de sus penitencias. A la accion y al estudio acompañaban siempre el ayuno y la oracion. Sus rentas eran únicamente para los pobres; y siendo igual su actividad en socorrer las necesidades espirituales que las corporales, se adelantaba á

prevenirlas; como era pastor y era padre, daba gran realce á su caridad el dulcísimo espíritu con que la acompañaba.

Mientras tanto, viéndose el desventurado Arrio desterrado por el emperador Constantino, despues de haber sido condenado por el concilio de Nicea, no dexaba piedra por mover para engañar al público, y para alucinar el ánimo del menos instruido Príncipe. Consiguiólo; porque presentándole una capciosa profesion de fe, que tenia apariencia de católica, logró que se le levantase el destierro; pero no pudo lograr que el Patriarca le admitiese á su comunion, conociendo la mala fe con que procedia; y á pesar de las súplicas y empeños de sus parciales, nunca quiso reconciliarle con la Iglesia. Trataron estos de delincuente contra la autoridad del Emperador su constante teson, y unidos los melecianos con los arrianos, no perdonaron á calumnia ni artificio para desacreditarle y para perderle.

Dieron principio á sus acusaciones delatándole de reo contra el estado, por haber impuesto de su propia autoridad á los egipcios una especie de tributo de ropa de lino, ú de ornamentos para la iglesia de Alexandría. Hallábanse casualmente en la corte dos presbíteros suyos, llamados Alipo y Macario, los cuales hicieron visible la falsedad de esta acusacion; pero ni por esas desistieron sus enemigos, antes levantaron contra él otras dos mucho mas feas; la primera que habia hecho pedazos un caliz, y destruido ó arruinado una iglesia por medio de cierto presbítero, que se llamaba Macario; y la segunda, que habia remitido una gran cantidad de dinero á cierto rebelde, por nombre Filomóno, que habia tomado las armas contra el Emperador, aspirando no menos que á usurpar el imperio. Llamóle Constantino á la córte, y reconocida su inocencia, y la malignidad de los calumniadores, le volvió á enviar á su iglesia, colmándole de elogios.

No se acobarda la heregía por mas que sea confundida. Acusaron al Santo de que habia asesinado á Arsenio, obispo meleciano, por señas de que le habia cortado la mano derecha con el fin de usar de élla para sus operaciones mágicas; pero habiendo parecido Arsenio en Francia, donde

se habia escondido, ó le habian hecho esconder, y habiendo sido presentado ante los jueces vivo y sano, con las dos manos en su lugar, quedó descubierto, y confundido, pero no escarmentado, el embuste de los arrianos y de los melecianos.

Verdad es que por algun tiempo hizo su efecto la vergüenza, y dexaron en paz á nuestro Santo que se aprovechó de este paréntesis para visitar las iglesias de su obispado, que por mas distante, oian menos veces la voz de su pastor. En esta visita vió la primera vez el célebre monasterio de Tabéna, ú de Tabénas, de que era abad san Pacómio; quien le salió á recibir á la frente de sus monges, cuyo número era de muchos millares, los que distribuidos en veinte y cuatro clases, ó coros, le conduxeron como en triunfo, cantando salmos, al monasterio.

Mientras tanto no se descuidaban los arrianos ni melecianos; y desesperando de poder alterar la fe, ú doblar el teson de san Atanasio, discurrieron nuevas trazas para desacreditarle en el concepto del Emperador. Obtuvieron su permiso para convocar un concilio en Cesaréa de Palestina; y considerando Atanasio que este conciliábulo se componia únicamente de sus enemigos, se negó á concurrir á él. Eusebio de Nicomedia, gefe de la conspiracion de los arrianos, y los demas prelados desafectos á nuestro Santo, supieron pintar esta resistencia al Emperador con tan feos colores, que desde entonces quedó imbuido en tan fuertes y tan malignas especies contra el Patriarca, qué nunca fue posible despues desimpresionarle de ellas. Mandó que el año siguiente se convocase un concilio en la ciudad de Tiro, dando orden á san Atanasio de que sin falta asistiese á él; y el Santo se vió precisado á obedecer.

Cuando entró en el concilio le ordenaron los presidentes que se estuviese en pie, como lo está un reo delante de sus jueces; lo que llenó de tan santa indignacion al santo obispo Palemón, insigne confesor de Cristo, que sin poder contenerse, dirigiendo la palabra á Eusebio de Cesaréa, uno de los presidentes del conciliábulo, le dixo con zeloso ardimiento: *Acuerdáte de la cobardía que mostraste en la última persecucion. ¿ Pues cómo tienes valor ni*

vergüenza para estarte tú sentado mientras está en pie Atanasio, hombre de vida irreprensible? Abrieron entonces los ojos muchos santos prelados; y conociendo que los habian engañado, siguieron á san Pafnuco, que tomando de la mano á san Máximo, obispo de Jerusalen, se salió de la asamblea.

No por eso desistieron los arrianos de su empresa. Formósele la causa; revivieron las antiguas calumnias; y fue de nuevo preguntado el presbítero Macario. Ya se habia dado comision para ir á hacer nuevas probanzas sobre el supuesto asesinato de Arsenio, cuando éste se presentó delante del conciliábulo vivo, sano, y sin que le faltase miembro alguno de su cuerpo. Sobornaron á una mala muger, para que compareciendo ante los jueces, acusase al santo Prelado de que la habia quitado su honra con violencia.

Movido entonces Atanasio de uno de aquellos extraordinarios rasgos de prudencia que inspira el Espíritu santo en los mayores aprietos, entró en el concilio acompañado de uno de sus presbíteros, llamado Timoteo; y fingiendo éste que era el santo Patriarca, preguntó á la descarada muger con resolucion y con despejo: *¿Dime, muger, soy yo el que te violenté? ¿soy yo el que te quité tu honor?* A lo que élla respondió con increible descaro, mal disimulado en fingido sentimiento; *Sí, tu mismo, tú mismo eres el que me violentaste*; y afectando deshacerse en lágrimas clamaba al concilio por justicia y por venganza. Echaron con oprobrio del concilio á la muger como merecia; pero se irritaron, se enfurecieron tanto los arrianos viendo tan vergonzosamente descubierto aquel tropel de calumnias y de imposturas, que hubieran hecho pedazos á Atanasio á no haberse escapado de la ciudad secretamente la siguiente noche.

Pero no por eso cesaron los hereges, ni se acobardaron para no forjar cada dia nuevas acusaciones. Sabiendo bien lo mucho que sentia el Emperador todo lo que tocase á su nueva ciudad de Constantinopla, le aseguraron descaradamente que Atanasio prohibia la extraccion de los granos que se acostumbraban sacar de Alexandría para el abasto de la córte. Irritóse tanto el Emperador, que sin querer dar oidos á la evidencia con

que ofreció Atanasio hacerle ver la falsedad de aquella quimérica acusacion, le desterró á Tréveris. Obedeció, aunque era tan visible su inocencia; y despues de muchas fatigas, llegó al lugar de su destierro, cuyo obispo, que era á la sazon san Máximo, le recibió con el mayor respeto, venerándole siempre como á invencible defensor de la fe, y confesor ilustre de la divinidad de Jesucristo. Muerto el emperador Constantino, su hijo Constantino el menor, que era emperador de Occidente, despues de dos años de destierro, le restituyó á su iglesia de Alexandría, con cartas de recomendacion muy honoríficas, en que apellidándole oráculo de la ley divina, decia que su padre Constantino le habia enviado á las Gálias por algun tiempo, solo por ponerle á cubierto contra el furor de los malignos que habian conspirado en su ruina. Imperaba en el Oriente Constancio, y aunque se habia declarado fautor de la heregía arriana, no se atrevió á oponerse á esta resolucion de su hermano.

Fue recibido el santo Patriarca, así del pueblo, como del clero, con aquellas extraordinarias demostraciones de gozo en que prorumpen naturalmente los corazones cuando vuelven triunfantes los que han sido perseguidos por la fe y por la religion; pero duró poco la calma. Los mismos que le habian condenado en el conciliábulo de Tiro, convocaron ótro en Antioquía el año de 341, en que consagraron por patriarca de Alexandría á Gregorio de Capadocia. Entró en la ciudad de mano armada el pseudo-patriarca; y apoderándose de todas las iglesias, cometió tantas violencias, tantas profanaciones y tantos sacrilegios, que Atanasio se vió precisado á huir, y á refugiarse á Roma. Recibiόle con veneracion el papa Julio, y escribió á los obispos de Oriente, ordenándolos que concurriesen á Roma para terminar estas diferencias. Celebróse este concilio el año de 342, en el cual se justificó Atanasio plenamente; fue aprobada y aplaudida la pureza de su fe, no menos que el valor de su constancia; y el Papa se prendó tanto de su rara sabiduría y virtud, que le detuvo en Roma otros tres años. Opusiéronse con el mayor esfuerzo á que fuese restituido á su iglesia los arrianos, protegi-

dos del emperador Constancio. Fue preciso convocar otro concilio en Sárdica el año de 347; en el cual fue reconocida con admiracion y con elógio la inocencia de nuestro Santo: el intruso Gregorio fue excomulgado y depuesto, y Atanasio restituido á su silla. Los obispos arrianos, que se habian retirado del concilio, se juntaron tumultuariamente en Filípoli, y tuvieron la insolencia de excomulgar á los padres del concilio sardicense, y al mismo papa Julio, porque habia comunicado con Atanasio. En fin, fue necesaria toda la autoridad del emperador Constante para que nuestro Santo se viese restablecido en su iglesia.

Irritó furiosamente á los arrianos la pompa y los regocijos públicos con que le recibieron en Alexandría; y su virtud, su zelo, y la valerosa intrepidez con que proseguia en defender la divinidad de Jesucristo, suscitaron contra él otra nueva persecucion. Habiendo pasado Atanasio á la córte de Antioquía á besar la mano al Emperador, persuadieron los arrianos á este Príncipe, que con esta ocasion pidiese al Patriarca una iglesia en Alexandría para los que hacian profesion de su secta. *Señor*, le respondió Atanasio, *vengo en ello con tal que V. M. me conceda otra en Antioquía para los que profesan la religion católica.* Halláronse muy embarazados los arrianos con una respuesta que no habian prevenido, y se retiraron de su pretension, teniendo por menor inconveniente carecer éllos de una iglesia en Alexandría, que conceder ótra á los católicos dentro de la córte.

Volvió á florecer en Alexandría la disciplina y la virtud con la vuelta de nuestro Santo; pero fue de corta duracion la tranquilidad. Habiendo muerto por este tiempo el emperador Constante, y no cesando Atanasio de escribir y de predicar contra la impiedad arriana, se vió combatido de nuevas increspadas olas. Celebráronse contra él los conciliábulos de Arlés, Aquileya, y Milan; y porque san Eusebio obispo de Vercéli, san Dionisio de Milan, san Lucifero de Caller, el célebre Osio, obispo de Córdoba, y el papa Liberio, no quisieron firmar la condenacion de Atanasio, todos fueron desterrados, y el Santo lo fue tambien de su iglesia de Alexandría. Pero no pudiendo resolverse á abandonar del todo á su querido rebaño, estuvo

escondido por algun tiempo, hasta que ensangrentada, y enfurecida mas la persecucion, se vió precisado á retirarse al desierto; en cuyo tiempo los arrianos colocaron en la silla patriarcal de Alexandría á Jorge, hijo de un tintorero de Capadocia; siendo tan horribles, como inexplicables los sacrilegios y las maldades que cometieron los hereges en esta ocasion.

Mientras Atanasio estaba en el desierto, tuvo el consuelo de heredar el pobre, pero preciosísimo manto que san Antonio le habia dexado como en testamento á la hora de la muerte, sucedida en aquel mismo año; del que hacia tanta estimacion, que lo restante de su vida usaba de él los dias de las mayores festividades, como de una inestimable gala. Ni pasó ociosamente el tiempo que logró en la soledad, porque á ella debemos mucha parte de sus escritos; como la Apología que dirigió al Emperador, y el tratado de los Sínodos, que compuso con ocasion de lo que sucedió en los concilios de Seléucia, y de Rímini.

Muerto en este tiempo el emperador Constancio, y habiéndole sucedido en el imperio Juliano Apóstata, levantó el destierro á todos los obispos desterrados; y á favor de este decreto volvió Atanasio á su iglesia. Poco antes habia sido muerto en un motin popular Jorge el usurpador; y por esta casualidad logró el santo Patriarca de algun reposo, que empleó útilmente en reformar las costumbres, y en restablecer la disciplina eclesiástica.

Pero el que era tan aborrecido de los hereges, por precision no lo habia de ser menos de los gentiles. Sabiendo el Apóstata Juliano la grande reputacion en que estaba nuestro Santo, envió órden para que le quitasen la vida. Dieron aviso al patriarca, y porque no fuese maltratado su pueblo, que estaba resuelto á exponer las suyas por defender la de su santo Pastor, se metió prontamente en un barco, y subiendo por el Nilo, hizo vela ácia la Tebáida. El que se habia encargado de matarle, noticioso de su fuga, se embarcó tras de él, y se dió tanta priesa, que infaliblemente le hubiera alcanzado luego, si el Santo no hubiera eludido el golpe por un rasgo de sagacidad verdaderamente superior. Mandó,

pues, que su barco volviese prontamente la proa hácia Alexandría, encontrándose presto con el ótro en que navegaba el oficial; éste preguntó á los pasageros si iba lejos la embarcacion de Atanasio; y como éllos le respondiesen que no estaba muy distante, el oficial, sin detenerse á mas, mandó hacer fuerza de remo para alcanzarla, y pasó adelante. Con esto volvió el Santo á la ciudad, donde estuvo oculto hasta la muerte de Juliano, que sucedió seis meses despues. Ascendió al imperio Joviano, príncipe muy católico, que dedicando toda su aplicacion á que triunfase el concilio de Nicea, llamó á Atanasio á Antioquía, y quiso saber de su misma boca todo lo que habia padecido por la religion.

No se acomodaba el Santo con hacer larga mansion en la córte; y llamado de su obligacion y solicitud pastoral, volvió cuanto antes á cuidar de su diócesi, y á emprender la visita; mas parecia que el Señor habia determinado santificarle por medio de las tribulaciones. La temprana muerte del piadoso emperador Joviano volvió á encender el furor y la malignidad de los hereges. Sucedióle Valente, que favorecia á los arrianos; y la primera gracia que los concedió, fue que echasen á Atanasio de su silla. Fue general la consternacion en Alexandría; y haciendo el Santo juicio que era prudencia ceder á la tempestad, se escondió en la misma sepultura de su padre, donde estuvo por espacio de cuatro meses; siendo ésta la cuarta vez que el Santo se habia ocultado por evitar las funestas desgracias que ordinariamente traen consigo los motines populares, que se suscitarian si diese lugar á que le prendiesen.

Pero tambien parecia que el Señor disponia estas temporadas de retiro, para darle tiempo á que hiciese en éllas mas importantes, por mas permanentes, servicios á la Iglesia. Porque no contentándose su zelo con combatir contra los arrianos, no era menos ardiente en reprimir á los demas hereges. Defendió la divinidad del Espíritu santo contra los macedonianos, como habia defendido contra los arrianos la divinidad del Verbo; y los últimos años de su vida escribió en defensa del misterio de la Encarnacion contra los apolinaristas.

Mientras tanto, no pudiendo el pueblo de Alexandría llevar en paciencia la ausencia de su santo Pastor, comen-

zó á levantar el grito, tan sin reparo, que llegaron sus sentidas quejas á los oidos de Valente; quien, temiendo alguna sedicion, dió órden para que se dexase á Atanasio vivir en paz en su iglesia. Mantúvose en élla hasta la muerte, empleando lo que le restó de vida en conservar la fe en toda su pureza, y la disciplina de las costumbres en todo su vigor. En fin, á los cuarenta y seis años de obispo, consumido al fuego de la mas turbulenta, mas tenaz y mas viva persecucion, murió lleno de merecimientos el segundo dia de mayo del año 373.

Las honras que se hicieron despues de muerto fueron correspondientes á la estimacion y á la veneracion que le profesaban cuando vivo, y en sus funerales se dexó ver toda la pompa y toda la magestad de un verdadero triunfo. En el octavo siglo fueron trasladadas sus preciosas reliquias á Constantinopla; en cuya ocasion san German, que era á la sazon patriarca de aquella córte, compuso un oficio nuevo en honra de nuestro Santo. Se asegura como cosa cierta que con el tiempo fueron secretamente robadas, y conducidas á Venecia, donde son guardadas con la mayor vigilancia.

Merecieron siempre tan alta estimacion los escritos de san Atanasio, que solia decir el abad Como, que si se hallase algun opúsculo suyo, y faltase papel para copiarle, se debia trasladar y bordar sobre el propio vestido. Finalmente san Gregorio Nacianzeno da principio á una oracion fúnebre en elogio de nuestro Santo, diciendo que alabar á Atanasio y alabar á la virtud, era una misma cosa.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in B. Athanasii confessoris tui, atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Rogámoste, Señor, que oigas benigno las súplicas que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice Atanasio, y que nos libres de todos nuestros pecados, por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 4. de la segunda del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum: nos autem servos vestros per Jesum: quoniam Deus, qui dixit de tenebris lucem splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris ad illuminationem scientiæ claritatis Dei, in facie Christi Jesu. Habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex nobis. In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: aporiamur, sed non destituimur: persecutionem patimur, sed non derelinquimur: dejicimur, sed non perimus: semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. Semper enim nos, qui vivimus, in mortem tradimur propter Jesum: ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali. Ergo mors in nobis operatur., vita autem in nobis. Habentes autem eumdem spiritum fidei, sicut scriptum est: Credidi, propter quod locutus sum: et nos credimus, propter quod et loquimur: scientes quoniam qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitavit, et constituet vobiscum.

Hermanos: No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor; á nosotros, pues, como siervos vuestros por Jesus: porque Dios, el cual dixo que resplandeciese la luz de entre las tinieblas, él mismo resplandeció en nuestros corazones, para que se hiciese clara la ciencia de la gloria de Dios en el semblante de Jesucristo. Pero este tesoro le tenemos en vasos de barro, para que la superioridad sea de la virtud de Dios, y no de nosotros. Por todas partes padecemos tribulacion, pero no decaemos de ánimo: somos angustiados, pero no nos desesperamos: padecemos persecucion, pero no somos abandonados: somos abatidos, mas no perecemos, llevando siempre por todas partes en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que tambien la vida de Jesus se manifieste en nuestros cuerpos. Porque continuamente nosotros, que vivimos, somos entregados á la muerte por amor de Jesus, para que tambieu la vida de Jesus se manifieste en nuestra carne mortal. Triunfa, pues, la muerte en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, segun está escrito: Creí, por lo cual hablé: y nosotros creemos, por lo cual tambien hablamos: sabiendo que aquel que resucitó á Jesus, nos resucitará tambien á nosotros con Jesus, y nos colocará entre vosotros.

NOTA.

»Escribió san Pablo esta segunda epístola movido de »la adhesion que mostraban los conrintios á la doctrina »que les habia predicado, y del empeño que hacian al»gunos falsos apóstoles para desacreditarle en el con»cepto de aquellos fieles. Todo el asunto del capítulo cuar»to de donde se sacó la epístola de la misa, es persuadir»les, que aunque los ministros del evangelio estén sujetos »á muchas tribulaciones, y se hallen cada dia expuestos á »mil hnmillaciones, no por eso deben los verdaderos fie»les escandalizarse.

REFLEXIONES.

No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor. *Non nosmetipsos predicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum.* Solo pueden decir esto con verdad los ministros fieles del evangelio. ¡Pero ah, y cuántos infieles ministros hay! Muchos predican á Jesucristo solo por predicarse á sí mismos; el principal fin de sus sermones es su propia estimacion, concepto y fama. De aquí proviene aquel eterno hablar, y alabarse de sus trabajos, de sus aplausos, de su séquito y de sus maravillas; de aquí aquel fastidio universal, aquel desdeñoso menosprecio con que tratan todo lo que produce otro terreno; en sus ojos no hay frutos preciosos, sino los que son de su cosecha; pero el espíritu de Dios tiene otras máxímas, habla otro lenguage; los hombres verdaderamente apostólicos se estiman poco, y se alaban menos.

In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: es cierto que en todas partes nos salen al encuentro las tribulaciones, mas no por eso desmayamos, ni aun nos afligimos. ¡Oh, y qué diferencia tan grande hay entre las mortificaciones que se padecen en el servicio de Dios, y las espinas que se hallan en el servicio del mundo! Aquéllas punzan poco, son fecundas, producen un fruto de incomparable delicia; éstas siempre estériles, siempre penetrantes, y tan ponzoñosas que su herida no tiene cura.

Ello es preciso confesarlo que las adversidades son

fruta de todas las estaciones; nacen en todos los terrenos; no hay clima que no sea el propio suyo; pero las adversidades que envia Dios á los buenos son de especie muy distinta de aquellas que padecen los mundanos. Siempre acompañan á los trabajos que afligen á estas tristes víctimas de la ambicion las amarguras interiores, los remordimientos mortales, despechos que los despedazan, y una desesperacion que los devora. Pero, ¿y qué recurso, qué consuelo tienen en sus miserias? Nosotros, grita el Apóstol, *dejicimur*, *sed non perímus*, tambien tenemos mucho que padecer; pero no nos desesperamos; tampoco nos faltan aflicciones, pero tambien nos sobran consuelos. El mayor de todos es la consideracion de la mano que siembra estas cruces, y que reparte estas amarguras. Sabemos bien que el mismo sol que eleva los vapores, tiene virtud para disiparlos; nos consuela mucho considerar que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza; y que no ha de permitir que perezca ni uno solo; nos sirve del mayor alivio estar muy persuadidos á que tendremos por remunerador al mismo que tuvimos por modelo, y que ha de ser nuestro juez: es gran gloria para nosotros caminar por las mismas huellas que nos dexó estampadas el Salvador, y acabar de cumplir el que faltó á los tormentos de Jesucristo, haciendo gala de su librea. Por eso no es de admirar que el mismo Apóstol exclame en otra parte: *Estoy lleno de consuelo*; *rebósame el gozo y la alegría en medio de mis tribulaciones y de mis trabajos.* ¿Qué hombre del mundo pudo pedir jamás otro tanto? Hay en el mundo trabajos, hay tribulaciones, hay persecuciones; ¿pero hay los mismos consuelos? ¿hay las mismas dulzuras? ¿cuál es el premio, cuál la recompensa de lo que se padece en el mundo?

Persecutionem patimur, prosigue el Apóstol, *sed non derelinquimur*: somos perseguidos, mas no somos abandonados. Aquel mismo Dios Salvador que san Esteban vió en pie á la diestra de Dios Padre, está todavía presente á los combates que sostienen con valor los que le sirven. Es cierto que siempre habrá enemigos que persigan á la religion; pero tambien lo es que siempre hallará élla dentro de sí misma armas para defenderse, y todos los auxí-

lios que ha menester para que no la atropellen. Lo mismo se puede decir de la virtud cristiana.

El evangelio es del cap. 10. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cùm persequentur vos in civitate ista, fugite in aliam. Amen dico vobis, non consummabitis civitates Israel, donec veniat Filius hominis. Non est discipulus super magistrum, nec servus super dominum suum. Sufficit discipulo, ut sit sicut magister ejus: et servo, sicut dominus ejus. Si Patrem familias Beelcebub vocaverunt: quantò magis domesticos ejus? Ne ergo timueritis eos: Nihil enim est opertum, quod non revelabitur: et occultum, quòd non scietur. Quo' dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quòd in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere: sed potiùs timete eum, qui potest et animam, et corpus, perdere in gehennam.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Cuando os persigan en esta ciudad, huid á ótra. En verdad os digo, no acabareis (de instruir) las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre. No hay discípulo sobre el maestro, ni siervo sobre su señor. Bástale al discípulo que sea como su maestro, y al siervo como su señor. Si llamaron Belcebú al señor de casa, ¿cuánto mas á sus familiares? No tengais, pues, miedo de éllos. Porque nada hay escondido que no se haya de descubrir; y nada oculto que no se haya de saber. Decid en dia claro lo que yo os digo en tinieblas; y lo que habeis oido á la oreja, predicadlo sobre los tejados. Y no temais á aquellos que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; sino temed mas bien aquel que puede perder el alma y el cuerpo echándolos al infierno.

MEDITACION.

Del temor de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría; la fe, la religion y el buen juicio conspiran en infundirnos este santo temor. Y á la verdad, ¿puede haber mas insigne locura que no temer á Dios?

Teme á Dios, dice el Sabio, *y guarda sus mandamientos; porque esto es todo hombre.* Bien se puede decir que el hombre sin este santo temor es nada. Demos que sea el mas brillante, el mas soberano ingenio de todo el mundo; demos que por su nacimiento, por sus riquezas, por sus empleos, por sus prendas descuelle sobre las cabezas de todos los mortales: si no teme á Dios, ¿qué viene á ser á los ojos de Dios, único juez, que juzga sanamente de todas las cosas? ¿qué será á los ojos de las criaturas por la infinita duracion de todos los siglos? ¿qué será á sus mismos ojos por toda la eternidad?

Ello es preciso tener algun temor; porque el temor es igualmente efecto del amor propio, que de la razon; es una inquietud del alma, que se persuade no ha de llegar á conseguir un bien que desea, es una aprension de algun mal que nos amenaza. Ninguno puede eximirse de estos afectos, porque son muy naturales, muy propios de nuestra naturaleza. Si el temor es racional, es prudencia. Pero al fin, ¿qué es lo que se teme? El verse privado de algun bien, de que al cabo le ha de despojar la muerte infaliblemente; el perderse toda, ó parte de la honra, de la estimacion, del concepto, que consiste en una vana opinion; y que al fin se ha de desvanecer como sombra, ó como sueño. Témense las enfermedades, las dolencias, que no pueden faltar; las adversidades y los trabajos, que son inseparables de la vida; en fin, se teme la muerte, qué es necesario que llegue; pero no se teme á Dios, autor y único orígen de todos los bienes. No se teme á Dios, de quien depende nuestra fortuna en esta vida, y nuestra felicidad en la ótra: no se teme á Dios, quien solo puede calmar las olas, disipar las tempestades, prevenir las desgracias y quitar á la muerte todo lo que tiene de terrible: no se teme á Dios, siendo el único á quien en rigor debiéramos contemplar; y el único á quien debiéramos temer. Solamente los insensatos pueden vivir sin este santo temor. ¿Dónde hay prueba mas evidente de una insensatez, de una locura desenfrenada, que esta impía seguridad? El temor de los males de esta vida puede provenir de cobardía y de flaqueza; pero el temor de Dios siempre es hijo de una prudencia consumada, de un valor, de una verdadera grandeza de corazon. Los

locos, y los niños son los únicos que no temen los grandes precipicios, porque no los conocen. No temer á Dios, siempre es corruptela del corazon y falta de entendimiento.

Al temor santo de Dios acompañan inseparablemente todas las virtudes cristianas. El que teme, cree; el que teme de perder, espera; y como no es temor servil, sino filial, de amor, y de respeto, nunca queda excluida de él la caridad. ¿Pero se hallarán estas virtudes capitales de nuestra religion en una alma que no teme á Dios?

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuál es el verdadero sentido de este oráculo: *No temais á los que pueden quitar la vida del cuerpo, y no pueden quitar la vida del alma.* Sea uno aborrecido, odiado, perseguido, maltrajado hasta no poder mas; llegue en buena hora la persecucion hasta quitarle la vida; este es un bien, que al fin es necesario perderle. De aquí no puede pasar todo el poder y toda la malignidad de los hombres; lo mas que pueden hacer es anticipar algunos dias este despojo inevitable; pero esta alma eterna é inmortal no es de su jurisdiccion. ¡Cuántos ilustres mártires espiraron en los cadahalsos! ¡cuántos inocentes fueron maltratados! ¡cuántas personas virtuosas vivieron arrinconadas y cubiertas de polvo! Buen exemplo es el de san Atanasio. Fue su desgracia obra de la malicia de los hombres; pero esta desgracia solo sirvió para añadir mayor estimacion á su mérito; para que brille mas su grande gloria en el cielo; todas sus persecuciones, todas sus desgracias sirven de asunto á su elogio.

Pero temed, prosigue el Salvador, *al que puede precipitar al cuerpo y el alma en el infierno.* ¿A quien se ha de temer, si no se teme á un Dios tan poderoso, á un juez tan formidable?

¿Qué cosa mas puesta en razon, ni mas natural que temer á un Dios, que es el único que nos puede hacer felices, que nos ha hecho, y cada dia nos está haciendo mayores beneficios de lo que podemos comprender? ¿qué cosa mas justa que temer irritar aquel Dios, que por un

solo pecado mortal puede precipitar alma y cuerpo en el infierno? No hay poder en el mundo que alcance mas allá de la vida; y consiguientemente ni á quien despues de ésta se deba temer; pero la ira de Dios nunca se dexa sentir mas, y con efecto nunca es mas terrible que despues de la muerte. Suplicios eternos, llamas inextinguibles, remordimientos que nunca se acaban, venganza sin medida, sin límites, sin afloxar, sin mitigarse, para todos aquellos que mueren en su desgracia. ¿Qué te parece? ¿hay razon para temer á Dios? Y un hombre que no le teme, ¿qué será? ¿Será hombre de bien, hombre recto, hombre honrado, hombre contenido? ¿qué moderacion tendrá? ¿qué freno pondrá á sus pasiones? ¿qué medida, qué límites, qué término á su apetito, á su licencia, á su disolucion? Es el temor de Dios aquel cercado que defiende la viña; abierto el cercado, y echado por tierra, queda expuesta á que todos la vendimien, la pisen y la destruyan.

Dadme, Señor, este santo temor vuestro tan necesario, y tan saludable. Ameos yo, divino Salvador mio, y nada tema tanto como ofenderos, nada como no amaros en tiempo, y como perderos por toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Confige timore tuo carnes meas: à judiciis enim tuis timui. Salm. 118.

Penetrad mi alma de vuestro santo temor, para que me libre de la terribilidad de vuestros juicios.

Beatus vir qui timet Dominum: in mandatis ejus volet nimis. Salm. 111.

Bienaventurado el hombre que teme al Señor, y coloca todo su consuelo en guardar exáctamente sus santos mandamientos.

PROPOSITOS.

El principio de la verdadera sabiduría, dice el Profeta, *es el temor de Dios.* La mayor prueba de un entendimiento corto, y de un corazon estragado, es no temerle. Hay

un temor servil, que es el de los esclavos, los cuales temen el castigo, sin dárseles nada por el mérito de la persona ofendida; *pero nosotros*, dice san Pablo, *no somos hijos de la esclava, sino de la libre* (ad Gal. 4.); y nuestro temor debe ser como el de aquellos buenos hijos que solo temen ofender al padre, á quien tiernamente aman. Cuanto mas se ama á úno, mas se teme desobedecerle y enojarle. De aquí nace aquella exâctitud en cumplir con las obligaciones del estado; aquel anticiparse á prevenir el precepto, aquella delicadeza de conciencia en todo lo que toca á la religion y á la piedad. Procura conseguir este temor de Dios tan saludable. Cuando se domestica el etendimiento con el vicio; cuando la conciencia se ciega voluntariamente; cuando el corazon se endurece con la costumbre del pecado; entónces hay poco temor de Dios, é insensiblemente se llega á perder del todo. Trátanse de vanos espantajos, y pusilanimidad, de falta de espíritu, de escrupúlos irracionales y ridículos el temor de Dios y la delicadeza de conciencia, que una vez perdida por la culpa, rara vez se recobra. Guárdate bien de zumbarte jamás de aquella escrupulosidad delicada, que es como la legítima de las almas santas. Confúndate su fervor, su puntualidad, su vigilancia; y habla siempre de éllas con estimacion y con elogio; temiendo mucho ofender á Dios de lo contrario.

2 Huye cuanto puedas de tratar con aquella especie de personas que se precian *de espíritus fuertes*; esto es, que temen poco, ó nada; de aquellas que tienen por lícito todo lo que lisonjea á la concupiscencia y al amor propio, que de nada dudan, en nada reparan, y tratan de menudencias, de vagatelas, de devociones mugeriles las devociones mas provechosas. El trato con esta especie de gente, aunque por lo comun parezca juiciosa, y arreglada, siempre es contagiosa. No te avergüences de parecer hombre timorato. ¿Con qué temor, y aun con que escrupulosidad se cuida de no disgustar al príncipe? Cada cual hace vanidad, y aun mérito de ser escrupuloso en este punto. ¿Pues de cuando acá se ha de avergonzar un cristiano de ser exâcto en dar gusto á Dios? Exâmina si hay algo que reformar en tu casa, en tu familia, en tu persona, en tu conducta; mira si tienes que temer algo en

tus hijos, en tus criados inferiores, en tus dependientes; repítelos aquella admirable leccion que daba Tobías á su hijo: *Omnibus diebus vitæ tuæ in mente habeto Deum, et cave ne aliquando peccato consentias*: acuérdate todos los dias, todos los instantes de tu vida que estás en la presencia de Dios, y guárdate bien de consentir en algun pecado. Serémos dichosos, *si timuerimus Deum*, si temiéremos siempre á Dios. Es devocion muy útil repetir muchas veces la siguiente oracion.

Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter, et amorem fac nos habere perpetuum; quia numquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tuæ dilectionis instituis: Per Dominum nostrum...

"Haced, Señor, que se arraigue en nuestras almas el »amor y el temor perpétuo de vuestro santo nombre; »porque nunca desampara vuestra providencia á los que »afianzais en la solidez de vuestro amor: Por nuestro »Señor Jesucristo..."

DIA TERCERO.

La Invencion de la santa Cruz.

Celebra la Iglesia esta fiesta en memoria de aquel descubrimiento que hizo en Jerusalen la emperatriz Elena, madre del emperador Constantino, del sagrado trofeo de nuestra redencion el año 326, poco tiempo despues que el mismo Emperador habia derrotado al tirano Maxencio en virtud de la señal de la cruz.

Iba Constantino á presentar la batalla á este tirano, que le esperaba con un exército de casi doscientos mil combatientes; y conociendo que necesitaba de auxîlio superior para vencerle, dirigió su corazon y sus votos al Dios de los cristianos, cuyo poder no ignoraba, no cesando de invocarle todo el tiempo que duró la marcha. Era la mitad del dia, que habia amanecido muy despejado y sereno, cuando vió en medio del ayre una res-

plandeciente cruz, mas brillante que el mismo sol, orleada de una inscripcion en caracteres de luz, que decia así: *In hoc signo vinces*: vencerás en virtud de esta señal. Aquella misma noche se apareció Cristo á Constantino con el mismo sagrado símbolo que se le habia descubierto en el cielo, y le mandó que haciendo copiarle, se sirviese de él en los combates. Obedeció el Emperador; y dando órden para que viniesen á su tienda los mas hábiles lapidarios y plateros, les explicó la figura de la insignia que queria fabricasen, ordenándolos que la hiciesen de oro, y la esmaltasen con las mas preciosas piedras.

Dieronse priesa á la obra, y la concluyeron presto. Era una cruz de oro, de la altura de una pica, enriquecida de preciosísimas piedras, cuya parte superior terminaba en una cifra, ó monográma, que explicaba el nombre de Jesucristo, acompañado de la primera y última letra del alfabeto griego, para significar que Cristo es principio y fin de todas las cosas. Pendia de lo ancho de la cruz un pequeño cuadrado de riquísima tela, color roxo de la púrpura mas fina, bordado de oro, y cargado de piedras inestimables, en cuya parte superior é inferior estaban bordados con hilo de oro los bustos del Emperador y de sus hijos. A este nuevo estandarte se le dió el nombre de *Lábaro*, y le llevaban delante del mismo Emperador los oficiales mas valientes, y mas piadosos de sus guardias. Mandó Constantino que se hiciesen otros muchos semejantes, repartiendo uno á cada legion de de sus tropas: y haciendo esculpir en su morrion el monográma del nombre del Salvador del mundo, ordenó que se esculpiese tambien en los broqueles de todos sus soldados. Despues hizo venir á su presencia á algunos obispos, y habiéndose instruido en los principios de nuestra religion, resolvió no sufrir ótra en toda la extension de su imperio.

Mientras tanto salió Maxencio de Roma con su formidable exército, compuesto de mas de ciento y ochenta mil combatientes. Derrotóle Constantino, lleno de confianza en la cruz de Jesucristo; anegóse el tirano en las ondas dèl Tiber, sin que hasta entonces hubiese visto el mundo victoria mas completa. Abrió Roma sus puertas al vencedor; y para eternizar éste el testimonio

de que habia debido la victoria á la virtud de la santa cruz, mandó hacer una estátua suya en la misma Roma, con el trofeo de nuestra redencion en su imperial mano, y con una inscripcion que acreditaba su fe y su reconocimiento.

Despues que derrotó tambien á Licinio, emperador del Oriente, viéndose Constantino único y absoluto señor de los dos imperios, aplicó todos sus desvelos á que floreciese en éllos la religion verdadera, y á desterrar, si pudiese, hasta las miserables reliquias del paganismo.

Habian hecho todo lo posible los gentiles para profanar los santos Lugares de Jerusalen, y especialmente para que no quedase memoria de la triunfante Resurreccion de nuestro Salvador. Con este fin habian terraplenado la gruta del santo sepulcro; y enlosado con grandes piedras el pavimento, habian levantado en el mismo sitio un templo en honor de la diosa Venus, donde ofrecian á esta sucia deidad los mas abominables sacrificios; medio eficacísimo para que jamás se dexasen ver en aquel lugar los cristianos. Dió órden Constantino para que se demoliese aquel infame monumento de la impiedad, y para que allí mismo se edificase un templo tan magnífico, que hizo grandes excesos á los mas soberbios edificios, que se admiraban en otras ciudades; y escribiendo en este asunto á Macario, obispo de Jerusalen, le decia estas palabras. *He dado órden á Draciliano, vicario de los prefectos y gobernador de la provincia, para que arreglándose á tus órdenes, empleé los obreros necesarios para levantar las paredes. Avísame qué mármoles preciosos, quántas, y qué especie de columnas te parece que se coloquen para dar providencia de que se te envien. Tambien me alegraré saber si tienes por conveniente que la boveda se adorne con algun artesonado, ó qué adorno te parece que se ponga; y en caso de elegir el artesonado, se pudiera cubrir de oro.*

Santa Elena, madre del Emperador, quiso tomar de su cargo el cuidado de esta grande obra. Era á la sazon de ochenta años, y habia muchos que solo se empleaba en obras de caridad, en exercicios de devocion, y en todo lo que podia contribuir á la mayor gloria de la religion y de la Iglesia. El Emperador la habia hecho

declarar Augusta, queriendo que fuese reconocida por emperatriz, y dándola facultad para que dispusiese á su arbitrio de sus rentas y tesoro imperial. Era esta Princesa enemiga de todo fausto; modestísima en su vestido, que era llano y humilde; pero al mismo tiempo tan magnífica y tan bizarra en todo lo que tocaba al culto divino, que no perdonaba á los mayores gastos para enriquecer, y para adornar hasta los mas pequeños oratorios de los lugares màs cortos.

En medio de su grande ancianidad pasó á Jerusalen la piadosa Emperatriz. Subió al monte Gólgota, y abrasada en ardientísimos deseos de encontrar el sagrado madero donde se obró nuestra redencion, vencio todas las dificultades que podian acobardarla, y aun hacerla desesperar de la empresa. Eran verdaderamente grandes; porque, como ya llevamos dicho, siguiendo á Sozoméno, los gentiles en odio del nombre cristiano, habian hecho todo lo posible para borrar hasta el nombre del santo sepulcro. Sobre haberle colmado de tierra y de piedras, tanto que se habia elevado considerablemente el terreno antiguo, habian edificado en él un templo á la diosa Venus, y en el mismo sitio donde estaba el sepulcro habian colocado la estatua de Júpiter.

Dió principio á la obra, mandando demoler el templo y el ídolo; hizo sacar toda la tierra; y guiándose por la tradicion antigua, mandó cavar tan adelante, que al fin se descubrió el santo sepulcro, y junto á él tres cruces del mismo tamaño, y de la misma figura, sin que se pudiese distinguir cuál era la del Salvador, porque el título que Pilatos habia mandado poner sobre élla, *Jesus nazareno, rey de los Judíos*, estaba separado, y en medio de las tres cruces; y aunque ésta parecia bastante prueba, de que una de las tres era la que se buscaba; pero imposible saber á punto fixo cuál de las tres era.

Viéndose la santa Emperatriz con este embarazo, consultó con san Macario lo que se debia hacer; y el santo Obispo fue de parecer que se aplicasen todas tres cruces á algun enfermo, no dudando que Dios declararía con algun milagro cuál de éllas era la verdadera cruz del Salvador. Aprobóse este expediente, y habiéndose aplicado las dos á una señora de distincion que estaba

agonizando, no se vió efecto alguno, pero apenas se la aplicó la tercera, cuando quedó repentinamente sana, á vista de innumerable gentío que fue testigo de esta maravilla. Aún se hizo despues otra prueba. Tendiéronse sobre las tres cruces tres cadáveres; y solamente resucitó el que se tendió sobre aquella, cuyo contacto habia sanado á la enferma agonizante; y con esta experiencia se comenzó desde luego á rendir al trofeo de nuestra redencion el culto que se le debia.

Mandó la piadosa Emperatriz que se edificase una suntuosa iglesia en el mismo sitio donde se habia hallado la santa cruz; y dexando en élla la mitad del sagrado madero, engastado en preciosísimas piedras, llevó la otra mitad á su hijo Constantino, que le recibió con singular veneracion. Persuadido este grande Emperador á que no podia enriquecer su nueva ciudad de Constantinopla con joya mas estimable, ordenó se embutiese una considerable porcion de élla en la misma estatua suya que se dexaba ver en medio de la plaza, colocada sobre una magnífica columna de pórfido, con una manzana de oro en la mano derecha, y con esta inscripcion en el pedestal: Cristo mi Dios, yo te encomiendo esta ciudad. Lo restante de la sagrada cruz fue enviado á Roma por el mismo Emperador, y colocado en la suntuosa iglesia que hizo edificar expresamente á este fin con el título de santa Cruz en Jerusalen.

San Cirilo, obispo de esta ciudad, veinte años despues de san Macario, testifica que en poco tiempo se llenó el mundo de fragmentos, ó reliquias de la parte de la Cruz que quedó en Jerusalen; porque así él, como sus predecesores desde san Macario, regalaban con éllas á los peregrinos de distincion que concurrian á dicha santa ciudad con el piadoso fin de ver, y de adorar el instrumento de nuestra redencion. Y añade el mismo Padre, como testigo ocular, que no por eso se disminuía el pedazo del sagrado leño que estaba en Jerusalen; antes se repetia en él aquel milagro de los cinco panes, que repartidos entre la muchedumbre, no solo no decrecian, sino que se multiplicaban.

San Paulino, que florecia por los años de 400, dice que la milagrosa virtud con que aquel leño muerto se re-

producia como si estuviera vivo, era efecto del contacto de aquella carne divina, que habiendo padecido muerte en el mismo madero, venció á la muerte con su gloriosa resurreccion: *Crux in materia insensata vim vivam tenens, ita ex illo tempore innumeris penè hominum votis lignum suum commodavit: ut detrimenta non sentiret, et quasi intacta permaneret quotidiè dividuam sumentibus, et semper totam venerantibus: sed istam impartibilem virtutem, et indetribilem soliditatem, de illius carnis sanguine bibit, quæ passa mortem, non vidit corruptionem.* Así habla san Paulino de este milagro de la santa Cruz en su epístola 11 á Severo.

Siendo costumbre de los judíos enterrar á los ajusticiados con todos los instrumentos con que lo habian sido fuera del título, se hallaron tambien los clavos, y probablemente la corona de espinas; la cual en tiempo de Gregorio Turonense, que vivió en el sexto siglo, se conservaba todavía tan verde, que parecia reverdecer todos los los dias. Ignórase qué hizo santa Elena del título de la cruz; pero de los clavos hizo toda la estimacion que merecia tan preciosa reliquia. Aseguran san Ambrosio, san Gregorio Nacianzeno, Nicéforo y Zonáras, que solo encontró tres clavos la piadosa Emperatriz; los que facilmente se distinguieron de los ótros, porque estos estaban todos roidos y cubiertos de orin, pero los del Salvador se conservaban milagrosamente enteros, lustrosos y limpios, como si acabaran de salir del yunque. Uno de éllos mandó la Emperatriz se engastase en el bocado ó tascafreno del caballo que servia á Constantino; otro dice san Ambrosio que le hizo engastar en la misma diadema imperial, y el tercero le arrojó en el mar Adriático para sosegar una furiosa tempestad. Dícese que no por eso se perdió este clavo, antes bien vino nadando sobre el agua como en otro tiempo la hacha del profeta Eliseo; y que apreciándole mas que á los ótros santa Elena por este milagro, se le regaló á la iglesia de Tréveris, siendo su arzobispo san Agricio, á quien la Emperatriz profesaba singular veneracion; poco despues presentó á la iglesia de san Juan de Letran el que habia colocado en la diadema del Emperador; y finalmente regaló á la de Milan con el que habia servido de bocado al caballo de este Príncipe.

Siendo tan gloriosa á toda la Iglesia la invencion de este sagrado trofeo, se celebró en élla su fiesta con mucha solemnidad. Ya se celebraba en Francia en la primera línea de sus reyes, encontrándose su oficio en los antiguos misales de la liturgia galicana. El rey Ervigio, que reynaba en España en el siglo séptimo, expidió un decreto que se halla en el código de las leyes de los visogodos, por el cual manda á los judíos establecidos en sus dominios, que celebren la fiesta de la invencion de la santa Cruz, del mismo modo que los obligaban á celebrar la de la Anunciacion, Natividad, Epifanía, Circuncision, Pascua y Ascension.

El fin de haber señalado el dia tercero de mayo para celebrar esta fiesta, fue por acercarla todo lo posible á la memoria de la pasion del Salvador, y á la adoracion de la cruz, que se hace en el Viernes Santo. Por eso se señaló el primer dia libre despues de la solemnidad de la Pascua, que nunca puede pasar del segundo dia de mayo.

Consérvanse, y se adoran en muchas iglesias partes muy considerables de la verdadera Cruz. Fuera de la que se adora en Roma, hay otras en Francia, Italia, Alemania, España y Portugal. Justino II, emperador de Constantinopla, envió una porcion de éllas á santa Radegundis, muger de Clotario I. que enriqueció con élla su real monasterio de santa Cruz de Poitiers; y con esta ocasion Fortunato, que seguia la corte de la santa Reyna, y fue despues obispo de dicha ciudad, compuso los dos célebres himnos, de que aún usa el dia de hoy la santa Iglesia en el oficio de la Pasion, y de la Cruz, que comienzan: *Vexilla Regis prodeunt*, y *Pange lingua gloriosi lauream certaminis.* San Gregorio envió una parte de la verdadera Cruz á Recaredo, rey de los godos en España, como un riquísimo presente. San Luis consiguió de los venecianos la porcion de Cruz que habia quedado en Constantinopla, y la hizo trasladar á Francia el año de 1241, colocándola en la santa capilla que edificó el de 1242, juntamente con la corona de espinas, que dos años antes le habian regalado los mismos venecianos.

Apéndice del Traductor.

"En este colegio y noviciado de Villagarcía de Cam»pos, donde esto se escribe, se venera un *lignum cru»cis*, como de una pulgada de largo y media de grueso, »con que el santo papa Pio V. regaló al señor don Juan »de Austria despues de la famosa batalla de Lepanto; »y su Alteza se le presentó á la excelentísima señora »doña Magdalena Ulloa, nuestra insigne fundadora, que »habia criado al señor don Juan en esta villa.

La misa es en honra de la santa Cruz, y la oracion la que sigue:

Deus, qui in præclara salutiferæ crucis inventione passionis tuæ miracula suscitasti: concede: ut vitalis ligni pretio æternæ vitæ suffragia consequamur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que en la invencion de la saludable cruz renovaste los milagros de tu pasion; concédenos que por el valor del vital madero consigamos auxîlios eficaces para lograr la vida eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2. del apóstol san Pablo á los filipenses.

Fratres: Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu: qui cùm in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo: sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genu flectatur cælestium, terrestrium, et infernorum, et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.

Hermanos: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que (fueron) en Cristo Jesus: el cual siendo Dios en la substancia, no juzgó usurpacion el que su ser fuese igual á Dios: Sino que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo; hecho semejante á los hombres, y reconocido por hombre en la condicion, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual tambien Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno: y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

NOTA.

»Los cristianos de Filipos en Macedonia, que en mu»chas ocasiones habian dado á san Pablo pruebas prác»ticas del amor que le tenian, doblaron su caritativa li»beralidad cuando supieron que estaba preso en Roma »por la fe de Jesucristo; y con este motivo los escribió »el Apóstol esta admirable epístola el año de 62.

REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillarnos tanto como nuestra misma vanidad, y como nuestro mismo orgullo. Juzgarse úno superior á ótro; engreírse, estimarse sobre los demas, porque encuentran el nombre de su familia en pergaminos viejos, ó porque tuvo un bisabuelo hombre de mérito; embriagarse, por decirlo así, con el alto concepto de sí mismo, querer ser distinguido, pretender que todo el mundo le doble la rodilla; ¿por qué? porque ocupa un empleo que le hace mas visible que á sus iguales; porque es dueño de una posesion, á que están agregadas estimables heredades; porque es un poco mas rico que los ótros. Al descubrir el verdadero orígen, y el motivo verdadero de nuestro orgullo, valga la verdad, ¿puédele haber mayor para humillarnos? Y si fuera menos comun esta enfermedad, ¿se la daria otro nombre que locura? ¡Oh pobreza de corazon! ¡oh apocamiento del espíritu humano! Pocos gustan de vivir al nivel de sus iguales; ¡pero son mucho menos aquellos á quienes no se les anda la cabeza siempre que se ven un gradito mas arriba. Esto dicta la simple razon natural: ¿pero que reflexiones, qué máximas inspira nuestra religion en órden al orgullo?

Avergonzarse, tener horror á la obscuridad de su humilde nacimiento, huir de la humillacion, y del menosprecio, como de un gran mal; no suspirar por otra cosa que por honras, por empleos y por estimacion; gustar únicamente de la distincion y de la singularidad; querer sobresalir en todo; aspirar con ambicion

al fausto, y á los primeros cargos; ¡y todo esto á vista de un Dios, que se anonadó á sí mismo, que tomó la figura de siervo, que se humilló, y se abatió hasta morir, y morir en una cruz! ¡y engreirse, ensoberbecerse los que adoran á un Dios humillado de esta manera! La vanidad, el amor de la gloria y la ambicion son la pasion dominante de la mayor parte de los cristianos. Aquella muger del mundo, cuyo fausto y cuya vanidad serian reprensibles aun en medio del gentilismo, y que se fabrica un ídolo de su aparente hermosura, se postra delante de una cruz, adora á Jesucristo humillado, y pretende no tener otra religion que la de este Señor. Aquel hombre, cuya ambicion no reconoce límites, se llama discípulo de Cristo, quiere morir con un crucifixo en las manos, cree los misterios de su religion, y hace profesion de seguir su doctrina. ¿Cuántas cosas pasan en el mundo por extravagancia, que no son tan opuestas á la razon como esta conducta? ¡Y á vista de todo, nos admiramos de que el error haga tantos progresos! La heregía es hija del orgullo; la fe se cria con la humildad; en estas almas orgullosas siempre está la religion debil, flaca, desmayada y casi muerta. Que el error esté en el entendimiento, ó que esté en la voluntad; que se desacierte en lo que se cree, ó en lo que se obra, importa poco; y no es menos digno de compasion.

El evangelio es del cap. 3. de san Juan.

In illo tempore: Erat homo ex Pharisæis, Nicodemus nomine, princeps Judæorum. Hic venit ad Jesum nocte, et dixit ei: Rabbi, scimus quia à Deo venisti, Magister, nemo enim potest hæc signa facere, quæ tu facis, nisi fuerit Deus cum eo: Respondit Jesus, et dixit ei. Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuò, non potest videre regnum Dei. Dicit ad eum Nicodemus: Quomo-

En aquel tiempo: Habia un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemus, de los principales entre los judíos. Este vino á Jesus de noche, y le dixo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesus, y le dixo: De verdad te digo, el que no vuelva á nacer otra vez, no puede ver el reyno de Diós. Díxole Nicodemus:

dò potest homo nasci, cùm sit senex? Numquid potest in ventrem matris suæ iterato introire, et renasci? Respondit Jesus: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu sancto, non potest introire in regnum Dei. Quod natum est ex carne, caro est: et quod natum est ex spiritu, spiritus est. Non mireris quia dixi tibi, Oportet vos nasci denuò, spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, sed nescis undè veniat, aut quò vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritu. Respondit Nicodemus, et dixit ei: Quomodò possunt hæc fieri? Respondit Jesus, et dixit ei: Tu es magister in Israël, et hæc ignoras? Amen, amen dico tibi, quia quod scimus loquimur; et quod vidimus testamur, et testimonium nostrum non accipitis. Si terrena dixi vobis, et non creditis: quomodò si dixero vobis cœlestia credetis? Et nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, Filius hominis, qui est in cœlo. Et sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium hominis: ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam æternam.

¿cómo puede nacer el hombre siendo viejo? ¿por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y volver á nacer? Respondió Jesus: De verdad, de verdad te digo que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu santo, no puede entrar en el reyno de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne; y lo que es engendrado del espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho, Es menester que vosotros volvais á nacer. El espíritu espira donde quiere: y oyes la voz, pero no sabes de donde venga, ni adonde vaya; así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dixo: ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Respondió Jesus, y le dixo: ¿Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablamos aquello que sabemos, y testificamos lo que hemos visto, y vosotros no recibis nuestra deposicion. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creeis: ¿cómo creeréis si os hablare de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo, sino el que baxó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. Y así como Moyses levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

MEDITACION.

Del mérito de los trabajos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las cruces, los trabajos, las adversidades son verdaderos remedios; y no son menos saludables los que parecen mas amargos. Como en materia de salud no se debe consultar el gusto, así en materia de salvacion nunca se debe atender á los sentidos.

Desde que Cristo santificó la cruz prefiriéndola á todo lo demas; desde que la ennobleció, escogiéndola por trono suyo; desde que mereció ser el principal instrumento de nuestra redencion ha sido la cruz objeto de las ánsias de todos los santos. No solo es el adorno mas precioso de la corona de los príncipes; no solo es el principal ornamento de los altares; es el terror del infierno, es el contraveneno de las pasiones, es, por decirlo así, el árbol de la vida. Lo mismo, á proporcion, se puede decir de las cruces, de las enfermedades, de las desgracias y de los trabajos. Son amarguísimos á la naturaleza, no lo niego; pero esta amargura es medicinal, es origen de mil exquisitas dulzuras.

No hay que atribuir á causas extrañas, á principios forasteros nuestras desazones, nuestras inquietudes; todos nuestros disgustos, todas nuestras desgracias nacen dentro de nosotros mismos. Nuestras pasiones son nuestros tiranos; éllas solas son las que turban nuestro reposo; éllas las que hacen poco tranquilos, poco serenos nuestros dias; éllas las que ofuscan el entendimiento y alteran el corazon; en una palabra, éllas las que se burlan de nosotros, sirviéndolas de juguete. Sobre todo, el orgullo y el amor á los deleytes son las dos grandes máquinas que ponen en movimiento todos los disgustos de la vida. ¿Pero quién no sabe que el primer fruto, por decirlo así, de la cruz es humillar el espíritu y domar el amor propio? Estréllanse siempre contra esta roca la ambicion mas desmedida, el orgullo mas animoso; y la sensualidad no encuentra con qué alimentarse en el pais de los trabajos. Las cruces hu-

millan las alturas, los puestos elevados desvanecen; ándaseles la cabeza á los que andan en éllos; toda prosperidad es grande tentacion. Pero cuando las adversidades nos hacen baxar de esas elevaciones peligrosas; cuando se ve uno á nivel de aquellos mismos á quienes uno miraba debaxo de sí; cuando una desgracia desvia de nuestro lado á toda esta caterva de cortesanos y de lisonjeros; cuando una enfermedad borra del semblante todos los regalos de una caduca hermosura; cuando apaga la viveza de esos ojos; cuando obscurece la brillantez de ese color; cuando desmaya el despejo de esa bizarría; cuando insensiblemente destierra la concurrencia de esos cortejantes; cuando una pérdida considerable, una quiebra en el comercio; cuando una desgracia inopinada vuelve á cubrirnos del polvo que poco antes habíamos sacudido; cuando todo nos sale mal, todo se vuelve contra nosotros; entónces sí que nos humillamos; entónces sí que la modestia y la afabilidad vuelven á ocupar el lugar del orgullo, de la fiereza y de la arrogancia; y entónces sí que cuesta poco la conversion con ayuda de la gracia. No hay cosa que mas nos arrime á la razon y á la devocion que las adversidades. La prosperidad embriaga, y las cruces restituyen la razon y la fe á la posesion de sus derechos.

¡O mi Dios, y qué poco se conoce el mérito de las cruces! Ellas son tesoros escondidos, es verdad; ¿pero quién conoce cuánto vale el fruto que producen? Páranse los hombres no mas que en la corteza, que es grosera, retrae y lastíma porque ignoran el valor del divino fruto que llevan. ¡Ah Señor! pues vos mismo nos enseñásteis cuán preciosas son las cruces; ¿cuándo ha de llegar el dia en que yo comience á estimarlas como merecen?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que basta hacer reflexîon del modo con que el Salvador habla de las cruces, para conocer su valor, su mérito y su necesidad. *El que no lleva mi cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo. Bienaventurados los que lloran, porque éllos serán consolados. El mundo se alegrará*; los hijos del mundo se divertirán, y serán llamados los dichosos del siglo, cuando en realidad serán los mas des-

graciados y los mas dignos de compasion; pero vosotros no los tengais envidia, vuestra herencia serán las cruces y los trabajos; comeréis siempre el pan mezclado con lágrimas; las calumnias, las persecuciones y toda suerte de adversidades os seguirán á cualquiera parte que vayais; en todas tendreis que padecer, sereis menospreciados, sereis tenidos por el desecho del mundo, por las heces de los hombres: *Y todo porque sois mis favorecidos, mis herederos, los queridos de mi Padre.* Ahora pregunto: ¿qué ventaja se puede seguir al mismo Cristo de vernos padecer, amándonos tan tiernamente como nos ama? ¿por qué razon querrá que las cruces y los trabajos sean nuestra legítima y nuestra herencia? Este es el misterio que no comprenden los mundanos, los hombres terrenos y los carnales; pero le entienden sin dificultad los espirituales, las verdaderos fieles, los santos. Despues del pecado de nuestro primer padre no nos dexó otra herencia que el sudor, el trabajo y el afan, porque la que nos dexó no llevaba mas que espinas y cambrones. Pagó el Salvador nuestras deudas, y mejoró nuestra suerte. Dexónos como padre su herencia, la cual no es ya una tierra estéril, que regada con lágrimas no produce mas que espinas, es el árbol de la cruz, regado con su sangre y convertido en árbol de vida; su fruto es poco grato á los ojos; pero es de un gusto exquisito. *Gustate et videte*, nos dice por el Profeta. No os goberneis por los sentidos: las apariencias retraen, desvian, espantan. Pero *gustate*, gustad; porque cuando se hace la experiencia de la dulzura que se siente en padecer por Dios; cuando se comienza á gustar qué consuelo es vivir cristianamente; tener una vida pobre, humilde, obscura; en una palabra, parecida á la del mismo Cristo; entonces sí que se palpa la verdad de aquel oráculo: *Si quid patimini propter justitiam, beati*: si padeceis algo por amor de Dios en satisfaccion de vuestras culpas, y por ser discípulos de Cristo, *beati*: ¡ó qué dichosos! ¡ó qué bienaventurados que sois! Es cierto que el mundo no conoce esta dicha, antes la tiene por quimérica, como está todo él sepultado en la grosería de los sentidos; pero Dios hace juicio muy distinto de los trabajos. *Oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam*: fue necesario que Cristo padeciese, y que así en-

trase en su gloria. *Oportuit*; fue necesario; ¿pues qué hombre podrá eximirse de padecer para salvarse? *Et ita intrare in gloriam suam*; y que así entrase en su gloria. *Et ita*: así, y no de otra manera; ¿pues qué hombre habrá tan insensato que imagine puede entrar en el cielo á otro título ni por otro camino?

¡O mi Dios, y qué diferente juicio se haria de las aflicciones y de las adversidades de esta vida, si se conociera bien su mérito, su virtud y su valor! Sin duda que para hacernos formar un alto concepto de lo que vale la santa Cruz, dispone nuestra religion que en todo la tengamos á la vista. La Cruz es la primera que nos enseña á formar el catecismo, encargándonos que demos principio con élla á todas nuestras acciones; la Cruz es la que se coloca en los altares; y la Cruz es tambien la que se eleva hasta en la misma corona de los príncipes. No permitais, divino Salvador mio, que ignore yo por mas tiempo lo mucho que valen las adversidades y los trabajos, simbolizados en vuestra sagrada Cruz; y pues élla os sirvió á vos de instrumento para salvarme á mí, haced que las cruces y las adversidades me sirvan desde hoy en adelante de medio para conseguir mi salvacion.

JACULATORIAS.

Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Ad Galat. 6.

No permita Dios que yo me gloríe en otra cosa que en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt. Salm. 22.

No tengo, Señor, otro mayor consuelo, que cuando mas me afligis, corregis y castigais.

PROPOSITOS.

El valor de las cruces no nace de su carestía, porque no hay cosa mas abundante en todos los estados y en todas las condiciones. Y es bien extraño que la misma abundancia no nos haya enseñado el modo de aprovecharnos de

éllas; siendo nuestra mayor desgracia no conocer la virtud de este excelente remedio para curar las pasiones. ¿Cuánto has perdido hasta aquí por no haberte sabido aprovechar de los trabajos, infortunios y desgracias de esta vida? Conoce ya lo que valen; y pues dentro de ti mismo tienes esta mina para enriquecerte, acaba, ó comienza á persuadirte que no hay otro verdadero mal sino el pecado; y todo lo demas que se llama desgracias, reveses, infortunios, calamidades, trabajos, míralo desde hoy en adelante con ojos verdaderamente cristianos; estímalo en lo que valen; y habla de ello como de un inestimable regalo que Dios te hace, como de un insigne favor que recibes del cielo. Ten por cierto que esas cruces eran muy necesarias para ti, que sin éllas corria peligro la salvacion, y que á la hora de la muerte y por toda la eternidad considerarás aquella afliccion, aquella pérdida de hacienda, aquella enfermedad, aquel infortunio como una gracia, de la cual estaba pendiente tu predestinacion.

Está persuadido á que el tiempo de prosperidad no es el mas feliz, no es el mas dichoso de tu vida. No te puede tratar Dios con mas cariño, que tratándote como trató á su unigénito Hijo, y como trató á todos los demas santos, ni pienses que esta es una devocion arbitraria, porque es uno de los puntos mas capitales y mas importantes de nuestra religion.

2 No hay cosa mas comun ni mas saludable entre los cristianos que hacer la señal de la Cruz; pero al mismo tiempo tampoco hay cosa que se haga con menos fruto, porque ninguna hay que se haga con menos devocion y con menos respeto. Los apóstoles, enseñados por Jesucristo, instituyeron esta adorable señal para instruirnos en los misterios y principios de la fe, y para dar á todos ese público testimonio de lo que creemos. Es la señal de la Cruz una como abreviada profesion de nuestra fe; y es tambien contraseña con que imploramos la asistencia y la bendicion de Dios por los méritos de Cristo, que padeció y murió en élla. Haz siempre, á exemplo de los primeros cristianos, la señal de la Cruz cuando comienzas á orar, cuando das principio á alguna obra, y sobre todo, cuando te asalta alguna tentacion, ó te hallas en algun peligro. Siempre se usó esta divina señal en todas

las iglesias, y por los cristianos de todos los siglos; úsala tú frecuentemente, y siempre con fe, con respeto y con espíritu de religion. No imites á tantos como parece que hacen irrision de élla, cuando afectan santiguarse; uno ó dos garabatos en el ayre delante de la frente ó del pecho son todas las cruces que hacen cuando se persignan; parece que se avergüenzan del evangelio; y en éllos aquella no es señal de la religion que profesan, sino de la indevocion de que muchos hacen vanidad. Corrige en ti un defecto tan irreligioso y tan comun, y ten cuidado de formar siempre la señal de la santa Cruz con devocion y con reverencia; mira que es muy importante este aviso.

DIA CUARTO.

Santa Mónica, madre de san Agustin.

Nació santa Mónica en una ciudad de África el año de 332 de padres cristianos, mas distinguidos por su virtud que por su nobleza de sangre. Dieron á su hija una educacion correspondiente; y para criarla con mayor cuidado se la confiaron á una buena vieja, criada tan antigua de la casa, que habia conocido en la cuna al padre de nuestra Mónica; y la santa vieja desempeñó esta confianza con el mayor cuidado y con el mayor esmero. Visiblemente se reconocia que iba creciendo con la edad la devocion de la niña, y como tenia mucha advertencia y una inclinacion natural á la virtud, dexaba poco que hacer á su piadosa aya y maestra.

Contaba despues la misma santa Mónica á su hijo, que no obstante las saludables lecciones de aquella virtuosa muger, que no queria bebiesen vino las doncellas, élla hubiera dado en algun vergonzoso exceso si no fuera por una criada que un dia la llamó borracha; lo que la causó tanta vergüenza, y la hizo abrir tanto los ojos para conocer

la torpeza de aquel vicio, que desde el mismo instante hizo propósito de no volver á probar el vino; y que así lo habia cumplido hasta entonces.

El buen entendimiento y el buen modo de nuestra Mónica, su juicio, su compostura, su modestia y su virtud la hacian cada dia mas amable, y mas amada de sus padres; y viéndola éstos ya en edad para casarse, contando mas con su virtud que con las otras prendas naturales, la dieron por marido á un rico ciudadano de Tagaste, en la provincia de Numidia, llamado Patricio, porque, aunque era todavía gentil, esperaban que la cordura y la virtud de su hija le convertirian á la religion cristiana.

Al entrar Mónica en el nuevo estado, se hizo cargo así de sus obligaciones como de sus trabajos. Su primer cuidado fué estudiar bien el genio, la inclinacion y el humor de su marido. Eran las pasiones dominantes de éste la cólera y una incontinencia desenfrenada; dedicóse Mónica á templar la úna con su modestia, apacibilidad y sufrimiento; y á corregir la ótra con su amor, paciencia y disimulo. Cuando Patricio estaba mas colérico y mas arrebatado, en aquel ímpetu jamás le resistia su muger, ni le respondia la menor palabra; prevenia sus gustos, y se adelantaba á todo cuanto podia complacerle.

Como un dia se quejasen confiadamente en presencia de Mónica otras amigas suyas de su misma edad de lo mucho que tenian que padecer con sus maridos, las dixo la Santa con tanta dulzura como prudencia: *Mirad bien si acaso teneis vosotras la culpa. Para echar un jarro de agua al fuego de la cólera, y para domesticar el genio feroz y mas extravagante de un marido, no hay medio mas eficaz que el silencio respetoso, el modo mas humilde y sereno, y la paciencia dulce y constante de una muger; el rendimiento y la sumision que debemos á nuestros maridos no nos permite hacerles frente; el contrato matrimonial es contrato oneroso que nos impone la obligacion de sufrir sus defectos con paciencia. Si vosotras sabeis callar, ahorrareis muchas pesadumbres y muchos sinsabores.*

A sus máximas y á sus consejos correspondia su porte. Aunque Patricio era hombre bárbaro, arrebatado y brutal, élla le desarmaba con su paciencia y le ganaba con su dulzura. Siempre atenta á sus obligaciones, no pensa-

ba mas que en el gobierno de su casa. Todo el tiempo se le llevaban sus devociones y el cuidado de su familia, con cuyos medios tuvo el consuelo de ver reynar en una familia, casi toda élla gentil, un espíritu verdaderamente cristiano.

La suegra de Mónica, echizada de su virtud y de su prudencia, queria tanto á su nuera que la idolatraba. En breve tiempo fue Mónica la admiracion de toda la ciudad; donde apenas se hablaba de otro asunto que de la paz que reynaba en su casa, y de la exemplar educacion que daba á su familia; elogios que la merecieron tanto concepto, y tan general estimacion, que en habiendo algunas diferencias ó disensiones en las casas particulares, todos acudian á Mónica para que las compusiese; siendo élla como la árbitra y universal pacificadora de toda la ciudad.

Iba creciendo mientras tanto su virtud, y singularmente la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, á quien todos los dias encomendaba su familia; pidiéndola sobre todo con incesantes instancias y ruegos la conversion de su marido. Consiguióla en fin; porque haciendo Patricio reflexîon á la dulzura, á la apacibilidad, al sufrimiento, á la prudencia y á todas las demas virtudes que reconocia y admiraba en su muger, como era hombre capaz; infirió que no podia dexar de ser verdadera la religion que las enseñaba; conoció sus errores, detestólos, instruyóse bien en la religion cristiana, y recibió el bautismo. ¿Quién podria explicar el gozo de nuestra Santa cuando vió ya cristiano á su marido? Con la mudanza de religion mudó tambien las costumbres; aquellos grandes exemplos de virtud que por tanto tiempo habia observado en su muger, produxeron todo su efecto. Ya no era aquel Patricio colérico, altivo, furioso, disoluto, sino otro enteramente contrario, pacífico, humilde, modesto, casto, temeroso de Dios; pudiéndose llamar á ésta la primera conquista de nuestra Santa. Pero el Señor la tenia reservada á otra mucho mas ventajosa á toda la Iglesia, que era la de su primogénito hijo Agustino, cuya conversion costó á la santa madre muchas lágrimas.

Era Agustino de poca edad cuando murió su padre; y viéndose viuda nuestra Mónica, solo pensó en adquirir to-

das aquellas virtudes que pide san Pablo á las de su estado. Retirada, mortificada, recogida y casi invisible á las demas criaturas, tenia repartido el tiempo en sus exercicios espirituales, en obras de misericordia, en el gobierno de su familia y en la educacion de sus hijos. Habia tenido tres: dos hijos y una hija, siendo el mayor de todos Agustino, que la costó tantos cuidados, tantos suspiros y tantas oraciones.

Viendo la buena madre aquella viveza y fogosidad extraordinaria de su genio, comenzó á temer las mas funestas resultas; especialmente cuando ni con sus consejos, ni con sus reprensiones podia contener la impetuosidad de aquel natural, ni moderar la violenta pasion que le arrastraba hácia la sensualidad. Tuvo el dolor de verle precipitarse en los errores de los maniquéos, porque favorecian la torpeza y la disolucion; mas no por eso desistió ni desconfió de su enmienda; antes doblando las oraciones, los ayunos, las lágrimas, las limosnas y todo género de buenas obras para conseguir de Dios la salvacion de su hijo, no cesaba de advertirle, de reprenderle y de exhortarle á que se apartase del camino de la perdicion. Pero Agustino no daba oidos mas que á sus pasiones: enternecíanle las lágrimas de tan buena madre; mas no apagaban el fuego de aquel corazon, inflamado con el ardor de una juventud desordenada. Derramábalas Mónica noche y dia en la presencia del Señor para mover su misericordia; y acompañaba las oraciones con grandes penitencias; cuando, compadecido el mismo Señor, quiso alentar su esperanza con algun consuelo. Tuvo un sueño en que se la dió á entender que al cabo se convertiria su hijo, y que se reduciria al gremio de la santa Iglesia.

No la permitia su amor perderle de vista; y así le siguió á Cartágo, donde pasó á sus estudios. Cuando mas se desviaba de Dios Agustino con sus desórdenes, mas se acercaba á su Magestad la santa Madre con sus gemidos, solicitando inclinar la divina misericordia con lágrimas y con oraciones. Consiguió en fin lo que deseaba con tan fervorosas ánsias; y el mismo san Agustin reconoce que su conversion, segun la profecía de un santo obispo, habia sido fruto de las lágrimas de su santa Madre.

¡En qué abismo estaba yo metido! exclama en el capí-

tulo once de sus Confesiones; *y vos, Dios mio, extendísteis desde el cielo hácia mí vuestra mano misericordiosa para sacarme de aquellas profundas tinieblas en que estaba sepultado. Llorábame mientras tanto mi buena madre con mas vivo dolor que otras madres lloran á sus hijos cuando ven que los llevan á enterrar; porque me veia verdaderamente muerto delante de vos, y lo veia con los ojos de la fe, y con aquella luz que vos la habíais comunicado. Así, Dios mio, escuchásteis vos sus ánsias, y no despreciásteis aquellas lágrimas que derramaba á torrentes en vuestra presencia, siempre, y en todos los lugares que os ofrecia su oracion. Desde entonces la oísteis benignamente, y en cierta manera la asegurásteis por aquel sueño, que sin duda la enviásteis vos, y la sirvió de tanto consuelo, no menos que lo que la dixo aquel santo obispo, que no era posible que se perdiese para siempre un hijo que la costaba lágrimas.*

Pero aún no era llegado este tiempo. Aunque Agustino profesaba tierno y filial amor á su madre, hacia poco caso de su llanto ni de sus amonestaciones. Desazonado con la insolencia y mala crianza de los discípulos que le oian en Cartágo, donde enseñaba retórica, resolvió embarcarse, y pasar á Roma, con esperanza de que sería allí mas estimado. Tuvo noticia de esto santa Mónica, y fue grande su dolor, temiéndose que aquel viage habia de dilatar mucho la conversion de Agustino, de la cual concebia cada dia mayores esperanzas; hizo cuanto pudo para estorbarle; pero Agustino se escapó secretamente, haciéndose á la vela una noche mientras su santa Madre estaba haciendo oracion en la capilla de san Cipriano. Esta separacion costó á Mónica una gran pesadumbre; gimió en lo mas íntimo de su corazon, y redobló con Dios su amorosa solicitud, ruegos y oraciones.

Apenas llegó á Roma Agustino, cuando cayó tan gravemente enfermo, que estuvo á los umbrales de la muerte. Confiesa él mismo que debió su curacion á las oraciones de su virtuosa Madre. Llegó á noticia de ésta que su hijo habia dexado á Roma por ir á enseñar la retórica en Milán, y al instante tomó la resolucion de pasar el mar, solo por estar con él. Levantóse una tempestad tan brava y tan furiosa, que todos se daban por perdidos, siendo la melancólica y silenciosa consternacion que rey-

naba en los semblantes el mas fiel testimonio de lo que asustaba á todos el peligro; pero Mónica alentaba á la misma tripulacion, y todos se persuadieron á que debian á sus oraciones el haber escapado del naufragio.

Luego que entró en Milán supo la conversion de su hijo. Fue indecible su alegría cuando vió que ya no era maniquéo; mas faltábala para ser cabal el verle buen católico. Cuando logró esto, exclamó sin poderse contener, llena del mas gozoso profundo reconocimiento: *Ahora sí, Señor, que moriré en paz, pues os habeis dignado oir las oraciones de vuestra indigna sierva. Seais por siempre bendito, Dios de misericordia, y dignáos de perfeccionar vuestra obra en la conversion de mi hijo.*

Aprovechó mucho su espíritu con las santas pláticas que tuvo con san Ambrosio mientras se detuvo en Milán. Usaba la Santa ciertas devociones ó exercicios espirituales que se estilaban en África, y san Ambrosio habia prohibido en su obispado; apenas llegó á noticia de Mónica la prohibicion del Obispo, cuando al instante las dexó; mostrando que en sus devociones no se dexaba llevar de la inclinacion ni de la costumbre, y mucho menos del apego á su propia voluntad.

Habiendo resuelto restituirse á África, partió de Milán con san Agustin; y llegando al puerto de Ostia, se detuvieron en él para descansar de las fatigas del camino, esperando tambien tiempo oportuno para embarcarse. Un dia que estaban solos madre y hijo, tuvieron una larga conversacion sobre la caduca y perecedera vanidad de los bienes de esta vida, y sobre la eterna felicidad que gozan los santos en el cielo. *Mientras hablamos de aquella dichosa vida*, dice san Agustin, *aspirando á élla con ardientes ánsias, nos elevamos en cierta manera hasta sentirla, y hasta gustarla por medio de un lanzamiento de espíritu y vuelo del corazon*; pero santa Mónica no tardó mucho en ir á gozarla. Cinco ó seis dias despues cayó enferma, y durante la enfermedad padeció una especie de desmayo ó deliquio, que la enagenó por algun tiempo de los sentidos. Vuelta en sí, dixo á san Agustin y á su hermano Navigio: *¿Dónde he estado yo?* Habiéndolos observado muy tristes, llorosos y doloridos, añadió: *Hijos mios, aquí enterraréis á vuestra madre.* Y como Navigio,

su hijo menor; mostrase desear á lo menos el consuelo de que muriese en su pais, prosiguió la discreta Santa: *¿No veis lo que desea, y lo que dice? ¿qué importará mas que mi cuerpo esté aquí ó allí despues de muerto? Lo único que os pido es que en cualquiera parte donde esteis os acordeis de mi en el altar del Señor.* Y como la hubiésemos preguntado, dice san Agustin, si no la daba alguna pena el ser enterrada en lugar tan distante de su tierra, respondió: *En ningun lugar del mundo estamos tan lejos de Dios, y no le costará trabajo ninguno hallar mi cuerpo para resucitarle con todos los demas. De esta manera*, continúa san Agustin, *fue separada de su cuerpo aquella alma tan llena de religion y tan santa, al noveno dia de su enfermedad, á los cincuenta y seis años de su edad, y á los treinta y tres de la mia.*

Luego que rindió el espíritu en manos del Criador, un jóven de Tagaste, llamado Evodio, amigo de san Agustin, rezó sobre el cadáver el salmo centésimo. Es indecible el sentimiento de Agustino por esta muerte; pues aunque la consideracion de la gloria que gozaba su madre reprimia las lágrimas, pero no le embarazaba el dolor. *Habiendo sido llevado el cadáver á la iglesia*, dice él mismo, *le acompañé, y volví sin derramar una sola lágrima; porque no lloré durante los oficios. Mientras estuvo expuesto el cuerpo antes de darle sepultura, se celebró el divino sacrificio de nuestra redencion, como se acostumbra. Pareciónos que no era decente acompañar sus funerales con lágrimas y con suspiros que solo deben emplearse en lamentar la infelicidad de los difuntos; pero en la muerte de mi madre nada habia que mereciese llorarse, pues solo habia sido un tránsito á mejor vida; de esto estábamos asegurados por la pureza de sus costumbres, por la sinceridad de su fe y por la regularidad de toda su vida.* Et si quis peccatum invenerit, flevisse me matrem meam exigua parte horæ; *y si á alguno le pareciere mal que yo hubiese llorado por algunos instantes á una madre que acababa de espirar delante de mis ojos, á una madre que me habia llorado tantos años por la ardentísima ánsia que tenia de verme vivir delante de los ojos de Dios*; non irrideat: *disculpe mi ternura, y llore él mismo por mis pecados si tiene alguna caridad.*

Aunque estaba muy persuadido san Agustin á que el Señor habia concedido á su santa Madre la gloria que le pedia incesantemente en sus fervorosas oraciones, nunca dexó de ofrecer por élla el santo sacrificio de la misa, como la misma Santa se lo habia encargado á la hora de la muerte, y del cual habia sido tan devota durante su vida, que todos los dias asistia á él con la mas tierna devocion; y no contento con esto, pidió á todos los sacerdotes amigos y conocidos suyos que se acordasen en el altar, así de Mónica como de su padre Patricio.

Desde que murió esta Santa se hizo memoria de élla con singular veneracion en toda la Iglesia. Consérvanse algunas reliquias suyas en la abadía de Arovaisa en Roma, como tambien en otras partes, y en todas con particular devocion.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente.

Deus, mœrentium consolator, et in te sperantium salus, qui beatæ Monicæ pias lacrymas in conversione filii sui Augustini misericorditer suscepisti: da nobis utriusque interventu peccata nostra deplorare, et gratiæ tuæ indulgentiam invenire: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, consuelo de los afligidos y salud de los que en ti esperan, que atendiste misericordiosamente á las piadosas lágrimas de la bienaventurada Mónica en la conversion de su hijo Agustino, concédenos por la intercesion de entrambos que lloremos nuestros pecados, y que hallemos el perdon de éllos en tu gracia: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 5.

Charissime: Viduas honora, quæ verè viduæ sunt. Si qua autem vidua filios, aut nepotes habet, discat primùm domum suam regere, et mutuam vicem reddere parentibus: hoc enim acceptum est coram Deo. Quæ autem vera vidua est, et desolata, speret in Deum, et instet obsecrationibus, et orationibus nocte ac die. Nam quæ in deliciis est, vivens mortua est. Et hoc præcipe, ut irreprehensibiles sint. Si quis autem suorum, et maximè domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior. Vidua eligatur non minus sexaginta annorum, quæ fuerit unius viri uxor, in operibus bonis testimonium habens, si filios educavit, si hospitio recepit, si sanctorum pedes lavit, si tribulationem patientibus subministravit, si omne opus bonum subsecuta est.

Carísimo: Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa y pagar lo que debe á sus padres; porque esto es acepto delante de Dios. Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones dia y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean irreprensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elíjase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido muger de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha exercitado la hospitalidad, si ha lavado los pies á los santos, si ha socorrido á los que padecian tribulacion, si se ha ocupado en toda obra buena.

NOTA.

»Escribió san Pablo su primera epístola á Timoteo »desde Macedonia, cuando volvió á élla despues de su »primera prision en Roma; y dice san Crisóstomo que fue »en los últimos años de su vida; esto es, hácia el 64 de »Cristo. Está llena esta carta de saludables instrucciones »para los ministros de la Iglesia; y por eso encarga san »Agustin que la lean todos los que estan dedicados al mi»nisterio de los altares.

REFLEXIONES.

Es error buscar fuera del estado de cada uno el camino de la perfeccion. El apetito á frutas extrángeras es, cuando menos, extravagancia del paladar, y delicadeza perniciosa. De tal manera ha ordenado Dios todos los estados, que todos estan en el camino real de la vida cristiana. Quien la va á buscar á otra parte, se desvia del camino carretero, y el que se desvia de este camino, anda cerca de perderse.

Si qua vidua, dice el Apóstol, *filios aut nepotes habet, discat primùm domum suam regere*: si alguna viuda tiene hijos ó nietos, ante todas cosas dedíquese á educarlos bien, y á cuidar de su familia. No dice que ante todas cosas se esté todo el dia en la iglesia, que se ande de hospital en hospital, ni que gaste el tiempo en novenas ni en devociones; sino que ante todas cosas cuide de sus hijos, los crie en el santo temor de Dios, y atienda al gobierno de su casa. ¿Siguen este consejo del Apóstol aquellas beatas de profesion, aquellas madres de familia que con el especioso pretexto de una falsa devocion, dexan su recogimiento, andan contínuamente fuera de casa, se hallan en todos los concursos, demasiadamente expuestas á los peligros del bullicio y del tumulto? No es mi ánimo, ni permita Dios que lo sea, desaprobar, ni mucho menos censurar la exemplar devocion de aquellas matronas y señoras cristianas que sirven de tanto consuelo y alivio á los pobres enfermos y encarcelados, renovando en nuestros tiempos el primitivo espíritu del cristianismo. Hablo solo de aquellas devociones fuera de su lugar, fruto ordinario del amor propio, y de no sé qué secreto orgullo.

El cuidado de una familia cansa; la contínua vigilancia sobre los hijos y sobre los domésticos fatiga; el retiro, el guardar siempre la casa se hace tedioso, y melancoliza; el amor propio suspira por el desahogo, y busca algun pretexto para dispensarse en aquellas obligaciones que se juzgan esenciales. Luego nos ofrece este bello pretexto una falsa idea que se forma de devocion. Se ha de asistir á todas las Salves; no se ha de perder algun sermon; se ha de concurrir á todas las fiestas,

á todas las funciones de iglesia. Ocupaciones santas, empleo del tiempo, muy loable en todos aquellos que no tienen obligaciones incompatibles con esa piadosa ociosidad. Pero si mientras una madre de familias se está muy devotamente en la iglesia, sus hijos, y sus criados viven con una licencia escandalosa; si mientras se ocupa en componer, en restituir la paz á otra familia, reyna en la suya la desunion, la parcialidad y la mala inteligencia; si mientras consuela á los afligidos, irrita y desazona á su marido por su piadosa holgazanería, y por sus imprudentes abstinencias; finalmente, si mientras ella gasta el tiempo allá en sus devociones, se están sus hijos sin educacion y sin crianza, á merced de unos criados viciosos ó negligentes, sin oir quizá mas que conversaciones torpes, y sin ver mas que escandalosos exemplos; ¿la agradecerá mucho Dios aquel ardiente zelo que muestra por los extraños? ¿hará mucho caso de un zelo tan poco prudente y tan mal ordenado? ¿serán del agrado de su Magestad unas devociones tan fuera de su lugar, y tan incompatibles con las obligaciones de su estado? ¿llegarán á los oidos del Señor sus oraciones entre los gritos de sus hijos, las quejas de su marido, y las murmuraciones de su familia? ¡Cosa rara! No podia Dios facilitar mas la virtud, ni hacerla mas suave, ni mas accesible á todo el mundo, que poniéndosela á cada uno en las mismas obligaciones de su estado. Con todo eso son muy raros los que la buscan en él, ó á lo menos apenas se halla gusto en la virtud, que es propia del estado de cada uno. No se estima la que nace en el terreno propio: los mas suspiran por la que produce el ageno, sin advertir que los árboles trasplantados á distinto clima, ordinariamente pierden mucho. Los ayres naturales son los mas saludables. Santifíquense en sus casas las madres de familias, y no busquen fuera lo que tienen dentro de éllas. Si desean practicar las virtudes de humildad, caridad, mortificacion, &c.; si quieren exercitar su zelo, abundante materia encontrarán en sus casas; será mas pura su virtud, cuanto menos expuesta esté á la vanagloria. Dios no las pide mas que el que cumplan con sus obligaciones. En fin, los padres y madres de familias tengan siempre en la memoria este oráculo del apóstol san Pablo.

El que no cuida de sí, y particularmente de los suyos, renunció la fe, y es peor que un gentil.

El evangelio es del cap. 7. de san Lucas.

In illo tempore: Ibat Jesus in civitatem, quæ vocatur Naim: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cùm autem appropinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur, filius unicus matris suæ: et hæc vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cùm vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accesit, et tetigit loculum. (Hi autem, qui portabant, steterunt). Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cœpit loqui. Et dedit illum matri suæ. Accepit autem omnes timor: et magnificabant Deum, dicentes: Quia propheta magnus surrexit in nobis: et quia Deus visitavit plebem suam.

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad, por nombre Nain: é iban con él sus discípulos, y una numerosa turba de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre: y ésta era viuda: y la acompañaba gran número de personas de la ciudad. A la cual, habiéndola visto el Señor, movido á compasion de élla, la dixo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon). Y dixo: Jóven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, los poseyó el temor, y glorificaban á Dios diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su plebe.

MEDITACION.

De la sincera voluntad de entregarse á Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es bien de extrañar que aquel mozo resucitado no se hubiese quedado desde luego en la compañía de Cristo, para ser uno de sus mas zelosos discípulos; y no es menos de extrañar que el mismo Cristo se le hubiese entregado á su madre. Admirable prueba de que Dios solo quiere el corazon, y sin él, las mas finas, las mas elocuentes protestas son palabras, y nada mas.

Es muy verisímil que la madre, movida del mas vivo

reconocimiento, ofreciese su hijo al Señor, y que el mismo hijo en aquellos primeros ímpetus del gozo que le causaba el verse restituido á la vida, protestase cien veces que no queria otro dueño, ni otro maestro, y que ya jamas se apartaria de su divina persona. En medio de eso Jesucristo se le vuelve á su madre, y la madre y el hijo dexan partir á Cristo. ¡Oh Dios mio, y cuántas copias tiene este original!

Resucitados muchos en esta Pascua por medio de la confesion: restituidos á la vida de la gracia en virtud del sacramento de la penitencia, ¡qué propósitos! ¡qué palabras! ¡qué protestas de reconocimiento, de ternura y de fidelidad! ¿Pero en qué paran un mes despues todas estas religiosas, magníficas promesas? Bien conoce ese jóven lo que debe á su divino bienhechor; pero su corazon aún está pegado á la tierra, y por eso no le quiere Jesucristo. Las pasiones adormecidas despiertan; los hábitos viciosos, mal reprimidos, vuelven á su antiguo vigor; á aquellos primeros movimientos de fervor sucede la desidia y la tibieza; á la tibieza el disgusto; y una vez disgustado de servir á Dios, se arroja en los brazos de su primer dueño, vuélvese á entregar á sus primeras inclinaciones, á las recaidas, á la funesta muerte del alma. ¿De dónde se originó esta lastimosa desercion, esta lamentable vuelta al vómito del pecado? De que se convirtió el etendimiento y las palabras, pero no se convirtió el corazon. Este es el verdadero principio de que haya tan pocas conversiones constantes y sinceras. ¿Podré yo lisonjearme de que lo sea la mia? *Convertíos á mí*, dice el Señor, *con todo vuestro corazon*, *y no meramente con los lábios*; *despedazad vuestros corazones*, *y no vuestros vestidos*: menos aparato, y mas sinceridad en la conversion. ¿Qué juicio debo hacer yo de la mia? ¡Ah, Señor, cuántas palabras inútiles, cuántas vanas promesas os he hecho en mis propósitos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que Dios quiere el corazon por entero; esto es, el sacrificio entero, y no á medias de nuestras inclinaciones, de nuestras pasiones, de nuestros deseos demasiadamente mundanos, sensuales y favorables al amor pro-

pio. Dios quiere el corazon; pero un corazon indivisible, que ni pretenda, ni pueda servir á un tiempo á dos señores; porque si ama á úno, ha de aborrecer á ótro; si respeta á éste, ha de despreciar á aquél. Dios quiere el corazon; y por lo mismo quiere ser amado con generosidad, con ardor y con ternura; quiere ser servido con constancia, con alegría y con fidelidad. En fin, quiere el corazon; ¿y por ventura puede querer otra cosa? ¿ó á lo menos puede querer ótra sin ésta? Todo lo demas es suyo, y no ha menester nuestro consentimiento para tomarlo. Diónos él mismo el corazon, y solo el corazon es nuestro, hablando en propiedad; diónosle, y quiere que seamos dueños absolutos de él. No pretende vulnerar nuestra libertad; conténtase con solicitar que se lo demos por medio de sus promesas, de sus inspiraciones y de sus gracias: nos le pide, pero no le toma mientras voluntaria y libremente no se lo concedamos. Negárselo, es ingratitud, es impiedad, es injusticia. Pero el que ama tan ciegamente al mundo; el que busca en todo y por todo sus propias conveniencias; el que se entrega totalmente á sus pasiones, á su sensualidad, á su interes, ¿podrá decir que da á Dios su corazon?

¡Y despues de esto, se extrañará mucho que hubiese asegurado Cristo expresamente que es corto el número de los que se salvan! Son muchos los que hacen pública profesion de servir y amar á Dios; ¿pero son muchos, aun entre éstos que parecen siervos suyos, los que le aman con todo su corazon? Sin embargo, esta es una condicion inseparable del primer precepto: *Diligens Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.* ¿Pero cuántos son los que observan hoy este primer mandamiento de su santa ley, basa y cimiento de todos los demas preceptos? Mira si segun esta doctrina, y á vista de lo que estás palpando en el mundo, puedes inferir prudentemente que son muchos los que aman á Dios con todo su corazon.

Decir que se ama á Dios, no amándole con todo el corazon, es mentira; pensar que se le ama con todo el corazon, cuando solo se le sirve á medias, es locura; persuadirse que se le sirve por entero, cuando apenas se hace cosa alguna de las que él nos manda, es extravagancia, es impiedad.

¡Ah, Señor! ¿Y no es cierto qué acabo de hacer el mas fiel retrato de mí mismo en esta viva copia de los que infielmente os sirven? ¿puedo decir con verdad que os amo de corazon, y que soy vuestro sin reserva? No puedo responder á estas preguntas, divino Salvador mio, sino que sea con mi dolor y con mis lágrimas. Tomad, Señor, tomad este corazon, que enteramente os le doy; y con vuestra gracia, espero ha de acreditar mi vida que enteramente os le he dado.

JACULATORIAS.

In toto corde meo exquisivi te: ne repellas me à mandatis tuis. Salm. 118.

Os busqué, Señor, con todo mi corazon; no permitais que me desvie jamás de vuestros mandamientos.

Deus cordis mei, pars mea Deus in æternum. Salm. 72.

Vos, Señor, seréis eternamente el Dios de mi corazon, mi único dueño, y todo mi tesoro.

PROPOSITOS.

Siendo, al parecer, cosa tan facil conocer uno cuándo está su voluntad sincera, y totalmente entregada á Dios; apenas la hay en que mas se engañen ó se equivoquen los hombres. Esta sinceridad se conoce por las obras; pero pocos atienden á éllas para conocerla, contentándose con dar palabas que de ordinario son las pruebas únicas de nuestra sinceridad. Pues no hay que admirarnos de que los hombres se engañen y se equivoquen con señas tan engañosas. ¡Pero que pretendamos engañar á Dios con unas protestas que desmienten el corazon, con promesas sin efecto, con buenas palabras, y no mas! Esto sí que es digno de admiracion; ó por mejor decir, esto es lo que se llama patarata de religion y especie de sacrilegio. Confiesa la verdad: ¿y no te sientes tú comprendido en este delito? ¿amas á Dios con todo tu corazon? ¿se le has entregado sin reserva? Muchas veces has dicho que se le entregas todo á su Magestad, ¿pero cuánto has tardado en volvérsele á quitar? Repara desde este mismo punto esta

grosera falta, haciéndole una donacion total y sincera. Exâmina qué es lo que mas te lleva el corazon; esa pasion, ese demasiado punto, esa suma delicadeza en todo lo que toca á tu estimacion, esa diversion, ese juego, esa conversacion, esa comunicacion con aquella persona, esa alhajuela, ese mueble que te arrastra todos tus cariños, da principio sacrificándosele á Dios desde luego, y entonces podrás decir que le amas con todo tu corazon, que quieres vivir y morir en su servicio. Ten presente que Isaac no dió su bendicion á Jacob por el testimonio de la voz; sino por el testimonio de las manos: *Vox quidem, vox Jacob est, sed manus sunt Esau.*

2 Guárdate bien de cierta ilusion en esta materia, tanto mas mas temible, cuanto es mas engañosa y plausible: especialmente que el amor propio siempre la autoriza y la fomenta. Entrega de una vez (dice éste) tu corazon á Dios; y hecho esto, vive seguro, está tranquilo, nada te dé cuidado; aunque metan mucho ruido las pasiones, no te asustes; aunque te exciten mil impuros movimientos los objetos, no te inquietes: aunque sean muy groseras tus imperfecciones y tus faltas, no te sobresaltes. ¿Entregáste una vez tu corazon á Dios? ¿aceptóle? pues está en paz, y descuida. ¡Error perniciosísimo! ¡quietísimo, mitigado, aunque mal encubierto! Si para ser todo de Dios bastára decirle: *Señor, yo os entrego totalmente mi corazon*, y descuidar de todo lo demas, á qué propósito nos diria Jesucristo que debíamos velar y orar contínuamente, que siempre habíamos de estar con las armas en las manos, que era menester hacernos perpétua violencia, y que, como dice el Profeta, cada dia habíamos de comenzar, esto es, vivir como si comenzáramos de nuevo. Sucede con nuestro corazon lo que con aquellos animalillos domésticos que se crian en las casas; por mas que los echen de éllas, por mas que los sacudan, siempre vuelven. Si sucediera con él lo que con una alhaja, que una vez dada, no hay ya que buscarla dentro de casa; adelante; ya se pudiera vivir con algun menos cuidado; pero ese corazon, orígen y asiento de las pasiones, ese corazon, donde reyna el amor propio, siempre se queda en nuestro mismo terreno; aun despues de haberle dado nosotros á Dios, él mismo se da á las criaturas. ¿Pues será bien que vivamos en una

devota inaccion, en una ociosidad afectuosa? ¿bastará ponernos en la presencia de Dios, y pasar una hora inútilmente, sin pensar en nada, por no turbar una falsa seguridad con la vista de mil imperfecciones, y aun acaso de mil desórdenes? Por el contrario; ¿no será menester desconfiar siempre de su propio corazon; hacer guerra actual y contínua á las pasiones; traer á la memoria todas sus obligaciones; no perder jamás de vista el fin para que fuimos criados; exâminar en la presencia de Dios su porte y su conducta, y fomentar la devocion con la mortificacion y con la penitencia? Ten por sospechosas todas esas instrucciones demasiadamente especulativas; huye de todo confesor, de todo director, que con especioso pretexto de hacerte volar á la perfeccion, quiere mantenerte en una peligrosa ociosidad, y perniciosísima pereza. Dí muchas veces á Dios que le entregas tu corazon; pero procura que lo digan muchas mas tu humildad, tu mortificacion, tu puntualidad, tu exâctitud en el cumplimiento de todas tus obligaciones, tu contínua violencia, y en una palabra, todas tus operaciones, y todos tus movimientos: *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere, et veritate.* Hijuelos mios, dice el apóstol san Juan, no consista nuestro amor en buenas palabras, en expresiones que no salen de la lengua, sino en obras, y en verdaderas pruebas de las manos. Ten presentes estas palabras en todas tus devociones; y en ellas guárdate mucho de sendas extraviadas; sigue el camino real y carretero por donde fueron todos los santos, aquel que abre el evangelio, y el mismo Cristo nos enseña.

DIA QUINTO.

San Pio V. papa y confesor.

El santo papa Pio V. de este nombre, fue de la noble familia de los Gisleris ó Gisler, originaria de Bolonia, y nació el año de 1504, en el Bosco, poblacion corta á dos leguas de Alexandría de la Palla, en el obispado de Tortona. Llamáronle Miguel en el bautismo, y el primer cuidado de sus virtuosos padres fue darle una educacion cristiana, en la que los dexó poco que hacer el devoto natural del niño, propenso por sí mismo á la virtud. Era apacible, modesto, dócil y amigo de complacer á todos. Casi desde la cuna profesó una tierna y ferviente devocion á la santísima Vírgen, que fue parte de su distintivo ó de su carácter; y pocos siervos de esta Señora le excedieron en el fervor y en el zelo por todo lo que tocaba á la Soberana reyna.

Crecia Miguel en edad, en juicio y en prudencia, cuando sus padres, poco favorecidos de los bienes de fortuna, pensaron en que aprendiese algun oficio con que poder mantenerse; pero eran muy distintos los intentos de la divina Providencia cerca de aquella grande alma. Apenas conocia Miguel al mundo, y ya pensaba dexarle; pues á los doce años de su edad resolvió hacerse religioso, para lo cual le facilitó los medios la misma divina Providencia.

Habiendo pasado por el lugar de Bosco dos religiosos de santo Domingo, tuvieron precision de detenerse algunos dias. Hablólos nuestro Miguel; y prendados del anticipado juicio, prudencia y capacidad del niño, é informados de sus piadosos deseos, se ofrecieron á llevarle consigo al convento de Voghere, y á darle estudios, si se inclinaba á abrazar su instituto. No podian hacerle oferta que fuese mas conforme á su devota inclinacion; y arrojándose á sus pies, les pidió con lágrimas que le cumpliesen la palabra, y le hiciesen aquella caridad. Con el

consentimiento de sus padres partió en compañía de aquellos religiosos, los cuales conocieron desde luego que Dios destinaba para alguna cosa grande á su pequeñito ahijado. Hizo tan asombrosos progresos en las letras humanas y en la virtud, que cuanto antes se dieron priesa á vestirle el santo habito. Recibióle á los quince años de su edad, le enviaron al convento de Vigevano á tener el noviciado. A vista del fervor y de la perfeccion con que se portó en él, todos esperaron que la religion habia de tener con el tiempo en fray Miguel un insigne santo, y que sería sin duda uno de los mas brillantes ornamentos de la órden.

No tardó en verificarse en parte este vaticinio; pues pudieron pasar por cierta especie de verificacion los rápidos progresos que hizo en la virtud y en las ciencias. Apenas acabó los estudios, cuando le dedicaron al magisterio, que desempeñó con los mayores créditos; y habiéndole hecho prior de los conventos de Vigevano, Sancino y Alba, no mereció menos reputacion su insigne talento de gobierno. En todas partes restauró la disciplina religiosa, y en todas resucitó el primitivo espíritu de su santo Patriarca. En la felicidad con que promovió la observancia, tenian mas parte sus exemplos, que sus palabras. Era el primero en el coro, y en todos los actos de comunidad, sin persuadirse que sus estudios, su magisterio, y el zelo con que atendia á la salvacion de los próximos, eran títulos suficientes para exîmirse de la disciplina regular. Humilde, pobre y grandemente mortificado, representaba en su persona una viva copia de los Pacomios, de los Hilariones y de los otros maestros de perfeccion monástica.

La fama de tantas y tan eminentes virtudes le sacó presto de su amado retiro. Nombráronle por inquisidor de Como para el Milanes y toda la Lombardía; en cuyo importante empleo se señaló mucho su zelo, su prudencia y su virtud. Pero donde se hizo mas visible el fruto de sus sermones, y donde principalmente sobresalió su vigilancia, fue en la Valtelina y en el condado de Chavánes, por ser allí donde estaba mas extendido el veneno de la heregía. Fueron tantos los hereges que se convirtieron, que en poco tiempo mudó de semblante

todo aquel pais. La fama de estos sucesos movió á que le nombrasen por comisario general de la Inquisicion el año 1551; y cuatro años despues por vicario del inquisidor general. No es facil explicar, ni lo mucho que hizo, ni lo mucho que padeció en este empleo. Apenas se declaró por azote de los hereges, cuando fue el blanco de su ódio, de sus iras y de sus persecuciones; pero nunca le acobardaron ni los lazos que le armaban, ni los peligros á que estaba expuesta su vida: el zelo y la caridad mantenian su intrepidez, y el fruto que hacia le alentaba.

Bien informado de su mérito el papa Paulo IV, le hizo obispo de Nepi y de Sutri en Toscana, dos iglesias que gobernaba un solo obispo. A pesar de su humildad y de su resistencia, fue necesario obedecer. Aún brilló mas su virtud en la dignidad de obispo, que en el retiro del claustro; y luego que el Papa le trató un poco mas de cerca le creó cardenal. Viéndose en esta elevada dignidad, se consideró con mayor obligacion de ser mas religioso, mas mortificado y mas humilde. Llamóse el cardenal Alexandrino, por ser Alexandría de la Palla la ciudad mas inmediata al obscuro y desconocido lugar de su nacimiento; y el esplendor de la púrpura solo contribuyó á que se hiciese mas visible su modestia, y brillasen mas todas las otras virtudes.

Muerto Paulo IV, su sucesor Pio IV, no hizo menos estimacion de nuestro santo Cardenal. Confirmóle en la suprema dignidad de inquisidor general, que le habia conferido su predecesor; sirvióse de él en los negocios mas importantes de la Iglesia; dióle todos los testimonios posibles de la mas estrecha confianza, y le transfirió del obispado de Nepi y de Sutri al de Mondoví en el Piamonte, que tenia gran necesidad de un obispo como éste.

Eterneció se á vista del lastimoso estado en que encontró su diócesi; era un espeso erial; mas á poco tiempo restauró la disciplina, y con la reformacion de costumbres introduxo la virtud. Tantas conversiones hacian su exemplo, y su dulcísima suavidad, como sus palabras; no habia resistencia á la modestia, á la vida exemplar y penitente de un obispo tan grande, de un inquisidor general, y de un cardenal tan santo.

El año de 1565 murió el papa Pio IV, y fue colocado

nuestro Santo en la silla de san Pedro á solicitud de san Cárlos Borromeo. Apenas se habia visto en la Iglesia de Dios papa mas universalmente aplaudido. El clero, el pueblo romano, y todos los príncipes de la cristiandad se prometieron desde luego las mayores bendiciones del cielo en su pontificado. Dió principio á su gobierno arreglando á su familia, para que sirviese de exemplo á toda la corte romana; y habiendo persuadido á los cardenales á que executasen lo mismo, se introduxo la reforma tan visiblemente en toda la ciudad, que en pocos dias parecia ótra. Obligó á los obispos á que residiesen, ó á que renunciasen sus obispados. Restituyó el culto divino á toda su magestad; hizo reflorecer en todas las comunidades religiosas la observancia y el fervor; desterró los desórdenes que se cometian en las tabernas, y en los figones: prohibió casi todos los espectáculos públicos; dotó las doncellas pobres para librarlas de los peligros, y sacó á muchas de ellas de su mala vida; restableció la exáctitud, y la integridad en la policía, y en la administracion de la justicia; y publicó otros muchos reglamentos muy saludables para todo el clero secular y regular.

No se limitaba su solicitud pastoral á los términos del estado eclesiástico; toda la cristiandad experimentó los efectos del zelo y de la vigilancia de su santo Pastor. Animada y orgullosa la heregía con la rapidez de sus progresos, y sostenida por la licencia de los grandes, y por la ignorancia de los pueblos, hacia lastimosos estragos en Alemania, en Francia y en los Paises Baxos. No perdonó el santo Papa á desvelos, cuidados, fatigas, arbitrios y diligencias para contenerlos. Envió legados á todas las córtes: despachó zelosos misioneros á todas las iglesias afligidas; y expendió todo el patrimonio de san Pedro en socorrer á los príncipes, y en ayudarlos á reprimir los enemigos de la religion y del estado. A la vigilancia y á la solicitud de este santo Pontífice deben la ciudad de Aviñon y el condado de Venesin el haber sido preservados de la heregía; y así la Francia como los Paises Baxos no experimentaron menores efectos de su vigilancia pastoral.

Reconociendo Cárlos IX, que debia no menos á las oraciones del santo Papa, que á las tropas y dinero con

que le habia socorrido, las dos famosas victorias que consiguió de los hugonotes en la batalla de Jarnac y en la de Moncontour, le envió muchos estandartes. El duque de Alba confesó que se le debia la conservacion de Flandes; y en Alemania apenas se mantuvo la religion sino á costa del zelo, y de la inmensa inagotable caridad de este gran Santo. Ni ésta se apuró dentro de la Europa sola; extendióse hasta la América, hasta las Indias, hasta los últimos confines del Japon, donde así los misioneros, como los neófitos, se mantuvieron algun tiempo á expensas del heróico Pontífice.

No es facil imaginar zelo mas ardiente, mas puro, ni mas universal; no habia hombre apostólico á quien no animase con sus exemplos, á quien no mantuviese con sus oraciones, á quien no alentase con sus socorros. Perfectamente instruido de la santidad y de la utilidad de la nueva Compañía de Jesus, no solo se declaró su protector, sino padre suyo. Admiraba su instituto; exâltaba contínuamente los gloriosos trabajos de sus hijos; colmóla de favores, de gracias y de privilegios por cuatro bulas, que comprenden el mas noble elogio que se puede hacer de la Compañía.

Mas al mismo tiempo que trabajaba tan infatigablemente en conservar la fe dentro de Europa, y en extenderla por el Nuevo mundo, no perdonaba á diligencia alguna para atajar los progresos que iba haciendo el enemigo comun del nombre cristiano. Luego que ascendió al sumo pontificado, envió cuantiosos socorros á la isla de Malta, para que se reparase de lo que habia padecido en el sitio que defendió tan gloriosamente contra Soliman II. emperador de los turcos. Habiendo su hijo el Sultan Selim II. roto el tratado que se habia hecho con los venecianos, y apoderándose de la isla de Chipre, amenazaba á Malta, Venecia, Sicilia y á toda la cristiandad. Llenóse toda de terror, sin descubrir otro mayor consuelo ni esperanza que la que fundaba en lo mucho que podian con Dios las oraciones del santo Papa. No fue vana esta confianza de los fieles; porque habiendo juntado el Pontífice sus fuerzas con las de los príncipes cristianos, agotó, por decirlo así, el tesoro de la Iglesia para tan gloriosa empresa. La armada otomana, compuesta de

doscientas galeras, y de casi setenta fragatas y bergantines, habia echado el áncora en el golfo de Lepanto, persuadida á que la esquadra cristiana no tendria valor para salir de los puertos; pero engañóse; porque al amanecer del dia 7 de octubre comenzó á entrar en el golfo. El señor don Juan de Austria, que la mandaba, y Marco Antonio Colona, general de las tropas de la Iglesia, viendo que la armada turca venia á toda vela hácia éllos, dieron la señal de acometer, enarbolando el estandarte que habia recibido de mano de su Santidad.

Apenas se desarrolló la imágen de un crucifixo, que se registraba bordada en medio del estandarte, cuando postrada toda la esquadra cristiana, la adoró profundamente, saludándola con grandes gritos de alegría; y hecha una breve, pero fervorosa oracion, se vino á las manos. El viento que favorecia á la armada otomana, se mudó de repente, y desde el principio del combate se declaró en favor de los cristianos. Mientras el santo Papa, como otro Moyses, levantaba las manos al cielo, las armas cristianas estaban consiguiendo la mas completa y la mas gloriosa victoria que jamas se habia visto. Fue este glorioso dia el 7 de octubre de 1571. Perdieron los turcos mas de treinta mil hombres, con su general ó almirante Ali-baxá, y mas de trescientos vasos entre galeras y otras embarcaciones. Hiciéronse cinco mil prisioneros; y cobraron libertad cerca de veinte mil cautivos cristianos; fue inmenso el botin; y el fiero enemigo del nombre cristiano quedó consternado y abatido. Despues de Dios se atribuyó toda la gloria de este famoso dia al santo pontífice Pio, que desde que salió de Roma el almirante Colona para hacerse á la vela, no habia cesado de afligir con nuevas penitencias su ya estenuado cuerpo al rigor de las enfermedades y de las mortificaciones, orando contínuamente, y disponiendo que todos orasen en públicas rogativas por el buen suceso de las armas cristianas; y mientras el santo Papa de dia y de noche derramaba torrentes de lágrimas en la presencia del Señor, en el mismo punto en que los cristianos triunfaban de los turcos, le reveló el cielo en una especie de éxtasis aquella grande victoria.

Estaba hablando su Santidad con algunos prelados en

el palacio del Vaticano; y á lo mejor de la conversacion dexólos de repente; abrió una ventana; fixó los ojos en el cielo; estuvo inmovil un gran rato; volvió en sí de aquella suspension, y convirtiéndose á los prelados, les dixo: *No es tiempo de hablar de negocios, id luego á dar gracias á Dios por la célebre victoria que nuestra armada naval acaba de conseguir de los turcos*; y postrándose el santo Papa á los pies de un crucifixo, pasó en oracion lo restante de aquel dia. Hasta catorce dias despues no pudo llegar la posta; y sus pliegos acreditaron la verdad de la revelacion, y la puntualidad con que el cielo le habia anticipado la noticia.

Entre las oraciones públicas que mandó hacer en accion de gracias, la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, le movió á instituir una fiesta particular el dia 7 de octubre con el título de *nuestra señora de la Victoria*, en reconocimiento de la que esta soberana Reyna habia alcanzado de su Hijo en favor de los cristianos. Gregorio XIII, su sucesor, fixó esta fiesta al primer domingo del mismo mes, con el título de *nuestra señora de la Victoria, y del santo Rosario*; cuya fiesta se celebraba ya antes con mucha devocion y solemnidad el dia 25 de marzo.

No sobrevivió mucho tiempo el santísimo Pontífice á esta célebre victoria, que tanto abatió el poder y el orgullo del imperio otomano, y llenó de tanto gozo á toda la iglesia católica. Oprimido con la fatiga de sus apostólicos trabajos, extenuado al rigor de sus ayunos y excesivas penitencias, y consumido con los ardores de su zelo, tuvo algun presentimiento de su cercana muerte. Por el mes de marzo se le avivaron extraordinariamente los dolores de piedra, que le atormentaban muchos años habia; y reconociendo que se iba acercando su fin, dobló tambien su fervor. Quiso visitar por la última vez las siete iglesias de Roma, y lo hizo con singularísima ternura y devocion. Anque se sentia tan malo, y padecia vivísimos y contínuos dolores no hubo forma de dispensarse en la abstinencia, ni en el ayuno de la Cuaresma. Durante su enfermedad se reconcilió todos los dias; y celebró el santo sacrificio de la misa, hasta que ya no pudo hacerlo. Mandó que le administrasen la santa Uncion, y

se le oia repetir muchas veces: *Lætatus sum in his quæ dicta sum mihi*: *in domum Domini ibimus*. Estoy lleno de alegría, sabiendo que presto hemos de ir á la casa del Señor. En fin, despues de una breve agonía, que pudo parecer especie de oracion, este gran Papa murió con la muerte de los justos el dia primero de mayo de 1572, en el sexto de su pontificado, y á los setenta y ocho de su edad.

Fue universal la afliccion y sentimiento, no solo en Roma, sino en toda la cristiandad. No hubo pontífice mas tierno, ni mas generalmente llorado. Tanto como se afligieron los cristianos con su muerte, tanto la celebraron los turcos, porque le miraban como el mas terrible enemigo de la potencia otomana. Estuvo expuesto su santo cuerpo en la iglesia de san Pedro por espacio de cuatro dias, en los cuales fue inmenso el concurso del pueblo que acudió á reverenciarle; y fue acompañada su devocion con muchos milagros.

Diez y seis años despues de su muerte, el papa Sixto V. hizo levantar un magnífico mausoléo en la iglesia de santa María la mayor, y fueron trasladadas á él con grande solemnidad sus preciosas reliquias. Los muchos, y grandes milagros que en vida y muerte ha obrado el Señor por intercesion de este gran siervo suyo, movieron al papa Clemente X. á beatificarle solemnemente el dia primero de mayo del año de 1672; y finalmente, la santidad de Clemente XI. le puso en el catálogo de los santos por bula de su canonizacion, que expidió en 4 de agosto de 1711; acreditando bien la magnificencia con que en todas partes se celebró esta fiesta, la singular devocion y veneracion que todos los fieles profesan á este gran Santo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui ad conterendos Ecclesiæ tuæ hostes, et ad divinum cultum reparandum, beatum Pium Quintum pontificem Maximum eligere dignatus es: fac nos ipsius defendi præsidiis, et ita tuis inhærere obsequiis; ut omnium hostium superatis insidiis, perpetua pace lætemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste elegir por pontífice máxîmo al bienaventurado Pio V, para destruir á los enemigos de tu Iglesia, y para reparar el culto divino; haz que seamos defendidos con su proteccion, y que de tal manera nos dediquemos á tu servicio, que librándonos de las asechanzas de todos nuestros enemigos, gocemos de una perpétua paz: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 44. y 45. de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que exerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

»El libro del Eclesiástico, de donde se sacó esta epís»tola, se llama indiferentemente *libro de la Sabiduría*, »porque contiene instrucciones y exhortaciones muy opor»tunas para adquirirla. Los griegos le llaman *Panaretos*, »que significa compendio ó tesoro de todas las virtudes, »ó libro que da preceptos para el exercicio de todas éllas, »con admirables instrucciones para todos los estados de »la vida.

REFLEXIONES.

Invenit gratiam coram oculis Domini: halló gracia en los ojos del Señor. El favor de los grandes del mundo no excluye el mérito, pero tampoco le supone, ni mucho menos le da. Puede lograrse sin merecerse; mas supongamos que se merezca, ¿qué provecho, qué ventaja sólida y permanente se saca de estar en su gracia? Ya es como destino de los favorecidos no conservar el favor hasta el fin; ó porque los príncipes se cansan de éllos despues de haberles dado todo cuanto pueden darles; ó porque éllos se cansan de los príncipes cuando no tienen mas que esperar. Pero demos que se conserven en la gracia del príncipe hasta la muerte; de todos sus favores, ¿qué provision les podrá ser útil para la otra vida? A un favorecido que se condenó, ¿le servirá de gran consuelo haber sido objeto de envidia en la corte, haber tenido parte en todas las gracias, haber merecido toda la confianza del príncipe? Cómprase por lo comun á subido precio el favor de los grandes; cuesta mucho el conservarle, y la desgracia, por lo regular, es efecto del capricho. ¿Pero cuesta tanto hallar gracia en los ojos de Señor?

Desde que quiero estar en gracia suya, lo estoy; y cuando dexo de estarlo, siempre es por culpa mia. Este favor no causa zelos; cuanto mas estrechamente se logra, con mayores ánsias se desea que se aumente el número de los favorecidos; el tesoro de las gracias es infinito; por mas que se repartan y se distribuyan, nada se pierde; finalmente, hablando en rigor, sola la amistad de Dios da verdadero mérito. El nacimiento, los bienes de fortuna, un empleo honorífico, un mérito puramente ex-

terior, la brillantez del ingenio, la penetracion, el despejo, la cultura, si dan alguno, es muy superficial, y bien despreciable. No hay duda que hay prendas naturales que hacen respetables á los hombres; pero en este respeto tiene mucha parte la imaginacion; y sobre todo, ¿de qué utilidad, ni de cuánta duracion son esos imaginarios méritos? Sola la virtud no depende, ni de la idea, ni del capricho de los hombres, ni de la inconstancia de los tiempos. ¿Es uno grato á los ojos de Dios? ¿está en su gracia? pues tiene verdadero mérito. Que sea de humilde y obscuro nacimiento, que tenga ingenio ó dexe de tenerle, que sea pobre, que sea desconocido, que le falte toda humana proteccion, todo apoyo, todo arrimo, ¿es amigo de Dios? pues es hombre respetable. Los disolutos que estan mas cubiertos de oro respetan la inocencia y la virtud en el mas vil y mas andrajoso esclavo. En vano afectan burlarse, divertirse, hacer chufleta de la devocion; interiormente la estiman y la veneran. Es este un tributo que la razon paga indispensablemente á la virtud. *Halló gracia en los ojos del Señor*. En este breve panegírico se comprenden los mas grandes, los mas magníficos elogios. ¿*Halló esta gracia*? Pues ya hizo su fortuna por el tiempo y por la eternidad. ¡Y será posible que ni siquiera sea objeto de nuestra ambicion esta fortuna! ¡y será posible que estimemos tan poco este favor! ¡y será posible que nos haga tan poca fuerza este mérito! ¡y será posible que aspiremos á otra gloria! ¡O buen Dios, cuánto nos debe humillar este mal gusto, y este perverso modo de discurrir! ¡pero qué dolor, qué desesperacion será la nuestra algun dia por haber hecho tan poco caso de la amistad del Señor!

El evangelio es del capítulo 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talènta, alii autem

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y

duo, alii verò unum; unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multùm verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con éllos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he grangeado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Cuánto importa no despreciar las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué exâctitud y con cuánto cuidado tomó cuenta el padre de familias hasta de los menores talentos, y con qué severidad castigó la negligencia del siervo tímido y perezoso. Solo se descuidó en negociar con un talento, y por eso fue condenado al último suplicio. Terri-

ble documento para los que hacen poco aprecio de las obligaciones mas menudas.

Aun el motivo de la grande liberalidad que exercitó el padre de familias es leccion muy importante: *Alégrate, siervo fiel, pues porque lo fuiste en pocas cosas, yo te haré dueño de muchas.* Desengañémonos, y acabemos ya de deponer esas falsas preocupaciones. Es error imaginar que la escrupulosa exâctitud en cumplir con las obligaciones y reglas mas menudas es virtud de novicios, y que la sólida virtud no depende de esa exâctitud escrupulosa; porque realmente sin élla no hay verdadera virtud. *Quia super pauca fuisti fidelis*; porque fuiste fiel en pocas cosas, esto es, en cosas pequeñas. Aquí no se habla ni de grandes sacrificios, ni de cuantiosas limosnas, ni de victorias extraordinarias; ni los desiertos, ni los cadahalsos se proponen aquí por medida del premio y del salario: *quia super pauca fuisti fidelis.* Esas acciones heróicas que hacen tanto ruido, y que tanto edifican al mundo, son poco frecuentes. No todos los dias se entra en una religion; son muy raras esas grandes mortificaciones; el sacrificio de los padres, de los parientes, de los bienes de fortuna se hace una vez en la vida. Pídenos Dios un amor, una fidelidad mas constante, y la fidelidad en cosas pequeñas es de todos los dias y de todas las horas. A cada instante se nos ofrecen pasiones que domar, ocasiones que sufrir, humor, genio y caprichos que vencer. Estas victorias no hacen tanto ruido ni nos grangean tanto honor delante de los hombres; pero son de un precio inestimable á los ojos de Dios. ¿Cuántas gracias se siguen necesariamente á esas multiplicadas victorias? ¿y bastará una devocion pasagera, un fervor momentáneo, una virtud superficial para esta firme y constante fidelidad?

Se puede decir que la virtud mas elevada depende de esta fiel puntualidad en cosas pequeñas; ó á lo menos es cierto que para ser exâcto en éllas es menester un grande amor de Dios. Para vencer las dificultades que se representan en las acciones grandes, basta muchas veces el honor que se nos sigue de éllas; las mayores humillaciones, siendo públicas y voluntarias, traen consigo no sé qué esplendor ó brillantez que lisonjea al amor propio. Pero cuando en el cumplimiento de las obliga-

ciones menudas no se descubre cosa que pueda avivar el apetito de la propia estimacion; cuando todo el mérito de la obra es puramente interior; cuando son aquellas acciones comunes, obscuras y ordinarias en que el amor propio no descubre aliciente ni atractivo; cuando los motivos de éllas son totalmente sobrenaturales, sin mezcla de algun humano respeto; cuando la religion y la perfeccion es su único móvil y principio; ¿entónces qué virtud mas sólida, ni qué amor de Dios mas encendido ni mas puro? Y á vista de esto, ¿habrá quien se desaliente, quien desespere de arribar á la perfeccion, porque ni se siente con espíritu, ni se le ofrece ocasion para hacer cosas grandes? ¡Qué dolor! ¡qué confusion será la nuestra cuando veamos que la mas elevada santidad dependia de la observancia de las mas menudas reglas, del cumplimiento de las mas mínimas obligaciones!

PUNTO SEGUNDO.

Considera el cuidado que ha tenido Dios de hacernos demostraciones de esta verdad, disponiendo que los efectos mas maravillosos pendiesen no pocas veces del cumplimiento de las obligaciones mas menudas, y de circunstancias al parecer muy ligeras.

¿Pudo haber ceremonia mas ligera que la de levantar las manos al cielo? con todo eso de élla dependió la victoria de los amalecitas. Tomar el agua en el hueco de la mano, y no encorvarse, ó no baxarse para beber, parecia circunstancia bien menuda; sin embargo, de esta menudencia dependió la salud del pueblo de Israel. ¿Qué has hecho, Joás, exclama el Profeta? ¿no has herido la tierra con tus saetas mas que tres veces? Si la hubieras herido cinco, seis ó siete, vencerias el exército enemigo hasta derrotarle enteramente. Herir la tierra dos ó tres veces mas ó menos, era, ó parecia ceremonia harto ligera; y no obstante, de esta ceremonia estaba pendiente la tranquilidad y la gloria del reyno de Joás.

¡O mi Dios, cuántos y cuántas andan arrastrando toda la vida por el camino de la perfeccion; cuántos y cuántas envejecen y encanecen entre mil groseras imperfecciones, llegando á morir en una lastimosa tibieza, á

quienes se les pudiera decir: *Si percusisses quinties aut sexies*, hubieras vencido las mayores dificultades! Dos ó tres pasos mas que hubieras dado, algunos dias, algunos meses mas de perseverancia te constituian muy superior á todos los respetos humanos. No hay duda que tu porte fue bastantemente regular; solo te faltó un poco mas valor, alguna mayor fidelidad en ciertas cosillas que eran de tu obligacion, en observar ciertas reglas que parecian menudas, para conseguir de Dios gracias muy extraordinarias, y para arribar á una eminente santidad. ¡O cuánto duele, cuánto escuece cualquiera remordimiento en esta materia, especialmente si es dictado por el amor propio!

Demos caso que para llegar á la cumbre de la perfeccion fuera menester atravesar mares, sacrificar todos los bienes, padecer grandes afrentas, hacer gruesas limosnas; demos caso que para ser santo fuese necesario dar la propia vida; ¿sería lícito dudar, ni aun deliberar en este caso? ¿pudiera parecernos, ni aun entonces, que costaba la santidad mas de lo que élla merecia? *Si rem grandem dixisset tibi, ecce facere debueras*, se le dixo á Naaman; *quantò magis quia nunc dixit tibi: lavare, et mundaberis.* Aunque Dios hiciera dependiente la virtud de lo mas penoso, de lo mas trabajoso que puede haber en esta vida, *ecce facere debueras*, no pudiéramos, ni debiéramos dexar de practicarlo. *Quantò magis quia nunc dixit tibi: lavare, et mundaberis.* ¿Pues qué excusa podemos alegar sabiendo que Dios tiene, digámoslo así, aligadas las mayores gracias, los mas singulares favores, la virtud mas elevada á la exâctitud en las cosas mas menudas? ¡Y qué dolor será el nuestro por haber faltado á esta exâctitud y á esta fidelidad!

Bien lo experimento yo, divino Salvador mio, bien lo experimento; y no experimento menos toda la amargura de mi confusion con la memoria triste de mis pasadas tibiezas; pero este mismo dolor, efecto de vuestra gracia, me alienta á esperar que ya no faltaré á la fidelidad en el cumplimiento de las mas menudas obligaciones, mediante vuestra divina asistencia.

JACULATORIAS.

Tu mandasti, mandata tua custodiri nimis. Salm. 118.

Con mucha razon habeis mandado se guarden vuestros divinos preceptos con la mayor exâctitud.

Justificationes tuas custodiam, non me derelinquas usquequaque. Salm. 118.

Resuelto estoy, Señor, á cumplir con toda puntualidad tus justos mandamientos; solamente te suplico que no me desampares en mi flaqueza.

PROPOSITOS.

Ya es error sobradamente comun, aun en los que hacen profesion de virtuosos, despreciar las cosas pequeñas, ó no hacer el mayor caso de ciertas obligaciones que parecen muy menudas. La delicadeza de conciencia en este punto suele reputarse por vana timidez de una alma pusilánime; y la puntualidad escrupulosa en este género de menudencias no pocas veces se califica por prueba de un espíritu corto y apocado. Quieren decir que un corazon magnánimo y elevado pierde de vista esas nimiedades; y que la verdadera virtud es independiente de un monte, de un agregado de piadosas menudencias, que abaten el ánimo, hacen inurbana, grosera y enfadosa la sociedad, y en vez de fomentar la devocion, la agostan y la desecan. Sobre este falso principio se huye de todo lo que suena á opresion; se da libertad á los sentidos; las pasiones viven con ensanche; ¿y qué nace de aquí? Las funestas recaidas, y la triste relaxacion que tantas veces se experimenta. Una rendija que se desprecie, y no se calafetee, basta para echar á fondo un navío. Si se han dexado arruinar las fortificaciones exteriores; si no se han reparado las brechas ó las ruinas de las murallas, no está la plaza en estado de defensa; levántense de pronto las trincheras que se quisieren, no puede durar el sitio quando los sitiados se hallan tan descubiertos. Las devocio-

nes, la modestia, la circunspeccion, la observancia de las reglas mas menudas, son como aquellas obras avanzadas que detienen al enemigo desviado de la plaza. El que jamás se dispensa en la oracion de la mañana, en la leccion espiritual, en la frecuencia de sacramentos, en ciertas obligacioncillas de su estado, en ciertas reglas que parecen de poca importancia, no es capaz de faltar á las obligaciones esenciales; pero cuando se abandonan estos puestos avanzados, cuando no estan bien defendidas estas entradas, presto nos coge el enemigo por sorpresa. Desengañémonos, que no está lejos de romper con un amigo ó con un amo el que repara poco en disgustarle á menudo. Exâmínate escrupulosamente acerca de este artículo; mira si te dispensas ligeramente en el cumplimiento de ciertas obligaciones que parecen de poca monta; si has dexado ciertas devociones que á los principios de tu conversion practicabas con tanto provecho tuyo; nota y enmienda lo que te hubieres relaxado en este punto.

2 Haz un firme propósito, é imponte una como ley de no dexar en toda tu vida ciertas devociones, ciertos exercicios de religion muy saludables y muy útiles, cuyo valor ignoran muchos. Por exemplo; persígnate, ó haz siempre la señal de la cruz como cristiano; esto es, con decencia, con devocion y con respeto, formándola perfectamente, y sin garabatos; con reposo, con religion y con sosiego, como nos lo enseñaron los apóstoles, llevando la mano derecha á la frente, desde la frente al pecho, desde el hombro izquierdo hasta el derecho, y diciendo con devota pausa: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti*; haz esto á menudo, porque es, como se ha dicho, una profesion de fe en compendio; y el dia de hoy parece que muchos no tienen valor, ó tienen vergüenza de hacerla. ¿Quién dirá que hacen la señal de la cruz muchas personas, al observar cómo la hacen? Mas parece burla, irreligion y desprecio. Segundo: Nunca dexes de tomar agua bendita al entrar y salir de la iglesia. Hay algunos que tienen por devocion popular una costumbre tan cristiana, tan santa y tan antigua, y pensarian qne se hacian vulgares si tomasen agua bendita y

la llévasen á la frente; así se va debilitando poco á poco la fe de los cristianos por unas negligencias sumamente perjudiciales á la piedad. Tercero: Tambien es una devocion de grande provecho, y no menor exemplo, tener siempre agua bendita en el cuarto, tomarla al entrar y al salir de él, y rociar con élla la cama al tiempo de acostarse. Cuarta: Nunca omitas la bendicion y las gracias antes y despues de la comida. En todos tiempos fueron muy exáctos y religiosos los cristianos en esta santa costumbre. ¡Pero ah, y cuántos el dia de hoy se sientan y se levantan de la mesa como pudieran hacerlo unos gentiles! A vista de esto, poco nos agraviaria el que nos preguntasen si entre los cristianos de nuestros tiempos se encontraban muchos verdaderos fieles.

DIA CINCO.

La conversion de san Agustin.

Dos conversiones celebra la Iglesia sumamente parecidas por los sugetos convertidos, por la circunstancias de su conversion y por el copioso fruto que de éllas resultó á la religion cristiana; que son la del apóstol de las gentes san Pablo, y la del gran padre san Agustin. Gozosa nuestra Madre por la adquisicion de estos dos héroes que tanto la han honrado con sus obras, con su santidad y con su doctrina, quiere proponerla á los fieles sus hijos, para que en élla vean un exemplo práctico de las miserias á que nos expone nuestra flaca naturaleza, y los gloriosos triunfos que consigue de éllas el poder soberano y celestial de la gracia. No se contenta con presentarnos tantos mártires esforzados de uno y otro sexô que despreciaron valerosamente los tormentos mas horrorosos y la misma muerte por Cristo: tantos

confesores, anacoretas, penitentes y vírgenes que vivieron en carne mortal con la misma pureza y santificacion que si careciesen de los estímulos de la concupiscencia rebelde; y últimamente, no se contenta con proponernos las santísimas vidas de Jesus y su Madre como regla de nuestras acciones y modelo de nuestra vida, sino que para consolar á los pecadores y avivar sus esperanzas; quiere esta Madre amorosa que veamos cómo los que hàn sido pecadores, y se vieron sumergidos en delitos, han llegado despues á ser vasos de santificacion y columnas las mas firmes de su doctrina. Esto se manifiesta claramente en la conversion prodigiosa de Agustino, cuya historia, sacada fielmente de sus mismas confesiones, es como se sigue:

Agustino, nacido en Tagaste, lugar pequeño de la Numidia en África, por los años de 354, tuvo la desgracia de que su padre era gentil cuando necesitaba de su direccion y consejos para que su educacion fuese de cristiano. En recompensa le destinó el cielo una madre llena de piedad y de virtudes, que bastó á ablandar con sus lágrimas, no solamente el corazon de su marido Patricio, que al fin murió católico, sino el de su mismo hijo, que endurecido con una vida licenciosa, y entumecido con una vana sabiduría, se hacia mas insensible á los consejos y persuasiones santas con que su madre le combatia. Siendo muchacho tuvo un tan recio dolor de estómago, que le puso en términos de perder la vida (*Lib.* 1. *Confes. c.* 11.). Deseó entonces, y pidió ardientemente el bautismo; pero habiéndose mejorado, juzgó su piadosa madre mas acertado dilatársele, porque preveia que el genio vivo y demasiadamente fogoso de Agustino no tardaria en ponerle en términos de manchar su alma, y de arrastrarle á vicios feos, que afrentarian el augusto carácter de cristiano. Así sucedió; "pues á los diez y seis »años, levantándose los vapores del cenagal de su concu»piscencia (*Lib.* 2. *Confes. cap.* 2.), de tal modo obscure»cieron su espíritu, que sin discernir entre la dulzura »del amor casto, y el desasosiego del impuro, arreba»taron su edad flaca, precipitándola en mil deseos desor»denados, y en un piélago de inmundicias. Procuraba el »Señor apartarle de éllas misericordiosamente, acibaran-

»do todos sus ilícitos gustos para que buscase deleytes »cumplidos sin mezcla de amargura; pero sordo con el »ruido de la cadena de su inmortalidad que llevaba siem»pre arrastrando, dexó que tomase entero dominio de su »alma la concupiscencia, rindiéndose sin reserva á sus »fragilidades."

A esto se llegó que habiendo interrumpido los estudios que hacia en Madaura, estuvo ocioso; y como la ociosidad es madre de todos los vicios, crecieron éstos en el corazon de Agustino, fomentados de las malas compañías de otros jóvenes que le incitaban al mal, y á quienes por mera vanidad queria competir en los desórdenes. "Avergonzábase Agustino de no ser tan desvergonzado »como otros amigos suyos; porque cuando éstos se jacta»ban de sus maldades, y con tanta mas gloria cuanto »mas feas y abominables eran, sentia no haberlas hecho »él tambien, para recibir entre aquellos jóvenes disolu»tos elogios y alabanzas. Sucedia por esto, que cuando »Agustino no tenia algun delito verdadero con que po»der igualarse á otros compañeros suyos mucho mas vi»ciosos, fingia haberle cometido, deseando que no le tu»viesen en menos por su inocencia, ni le juzgasen por des»preciable y abatido por ser mas casto (*Lib.* 2. *Confes.* »*cap.* 3.)." Crecieron tanto las espinas de su incontinencia, que llegaron enteramente á poseer su corazon. Patricio, que á la sazon no era mas que catecúmeno, y tenia en órden á su hijo miras demasiadamente carnales, pasaba por todos sus defectos; pero Mónica sentia íntimamente sus extravíos, como que los contemplaba por los mayores impedimentos que podia tener su hijo para conseguir la verdad. Por tanto le llamaba á solas, le hablaba al corazon, le hacia conocer sus errados pasos, le persuadia á enmendarlos, y acompañaba la solidez de sus razonamientos con la fuerza imponderable de sus lágrimas. Todo esto era en aquel tiempo para Agustino un ruido estéril, un trabajo sin fruto; porque ademas de que las pasiones mandaban despóticamente en su alma, miraba las persuasiones y consejos de su madre como faltos de todo el apoyo que la especiosa sabiduría impone á los preocupados con su autoridad, mas que con sólidos raciocinios; y despreciaba las amonestaciones de una madre cariñosa, dis-

creta y piadosísima, solamente porque eran amonestaciones de una muger (*Lib.* 2. *Confes. cap.* 3.).

Siendo de diez y siete años le enviaron sus padres á que continuase los estudios en Cartago, en donde al mismo tiempo continuó tambien los extravíos de sus costumbres; pues al año siguiente trabó una comunicacion tan estrecha y vergonzosa con una muger, que de élla tuvo un hijo llamado Adeodato, cuyo ingenio alaba el Santo con expresiones encarecidas. Adormecido algun tanto el vicio de la incontinencia con la hartura que lograba en la amistad ilícita, tomaron el ascendiente sobre su corazon otras pasiones tal vez mas peligrosas. Era Agustino de un ingenio sumamente vivo y penetrante. Nada se resistia á su comprension; y lo vasto de su talento, juntamente con una aplicacion infatigable, le hacian dueño fácilmente de cuantas facultades emprendia. Pero lo que le habia de estimular á reconocer los dones de Dios, y á darle humildes gracias, eso mismo fue lo que él convirtió en motivo de vanidad y de soberbia. Vestíase con elegancia, picándose de parecer galan y cortesano (*Lib.* 3. *c.* 1.). Frecuentaba los teatros, en donde veia las imágenes de sus miserias representadas al vivo, y aunque fingidas, unas veces le sacaban las lágrimas á los ojos, y ótras encendian mas el fuego libidinoso en que estaba miserablemente ardiendo (*Lib.* 3. *cap.* 2.). En este estado quiso Dios dar algunas aldabadas á las puertas de su alma por medio de los mismos libros y estudios en que Agustino bebia su vanidad. Leyó el Hortensio de Ciceron, en donde encontró aquel saludable aviso que da san Pablo á los colosenses (*Colos.* 2. ℣. 8.), diciendo: *Estad en vela para que ninguno os engañe por la filosofía vana y falaz, fundada en doctrina de hombres, apoyada en los principios del mundo, y no segun Cristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad* (*Lib.* 3. *Confes. cap.* 4.). "Este »libro trocó todos sus afectos, y le trocó de manera, que »le hizo pedir á Dios ardientemente que infundiese en su »alma diversos deseos de los que antes la poseian. Des»preció las esperanzas que antes le atormentaban, y solo »anhelaba su corazon por conseguir la sabiduría inmortal. »Comenzó Agustino á levantarse para volver al Señor; »porque no leia aquel libro para exercicio de la elocuencia,

»sino para aficionarse y seguir las buenas máximas que »enseñaba. Lo que mas encendia el ardor de sus deseos »era que allí no se le exhortaba á seguir esta ó aquella »secta de filósofos, sino á buscar y amar la sabiduría co»mo ella es en sí misma. Sola una cosa le desagradó en »aquel libro, y templó aquellos deseos felices, y fue el no »encontrar en él el nombre de Jesucristo que habia ma»mado con la leche, y conservaba íntimamente grabado »en su corazon desde su infancia, en tanto grado, que to»do lo que estuviese escrito sin este nombre le causaba »desagrado, aunque tuviese todos los atractivos de la eru»dicion, de la elocuencia, y aun de la verdad."

Para perfeccionar la obra comenzada por el Hortensio, determinó Agustino dedicarse á leer las sagradas Escrituras, y ver qué cosa eran; pero este afecto de curiosidad incompatible con el espíritu humilde á que está reservada la inteligencia de aquellos divinos escritos, puso un velo á su entendimiento; y así no solamente se quedó sin entender los soberanos misterios que llevan á la vida bienaventurada; sino que la humildad de su estilo, que juzgaba sumamente inferior al de Ciceron, le causó fastidio. Por otra parte habia llegado á apoderarse de su alma una vanidad y soberbia tan finas en materia de literatura, que no podia concebir que fuesen escritos apreciables y sublimes aquellos que no se sujetaban á su inteligencia (*Lib.* 3. *cap.* 5.). En esta turbacion y revolucion de afectos tuvo la desgracia de encontrar con los maniqueos, gente locuaz, carnal, hipócrita y extravagante, quienes le convidaron con la consecucion de la verdad, y le arrastraron á la profesion de su doctrina. Enseñaban que habia dos principios, de donde se originaban todas las cosas, uno bueno y otro malo: que la luna y el sol eran dos naves en que volvian á su principio las partículas de substancia que se purificaban por medio de la contrariedad de elementos; que las virtudes habitaban en estos dos astros transformadas en varones; aborrecian el matrimonio, pero en su lugar usaban de comercios ilícitos nefandos, en que abusaban torpemente de las cosas mas sagradas. Negaban que Cristo hubiese tomado carne verdadera, y que hubiese venido para hacer con su resurreccion que nuestros cuerpos fuesen alguna vez glorifi-

cados. En cada hombre ponian dos almas, una buena y otra mala; una de donde nacian los actos virtuosos, y otra de donde tomaban su origen los vicios; pero ámbas enseñaban que se volvian á resolver en materia al tiempo de la muerte. A este tenor multiplicaban los maniqueos sus dogmas y sus delirios; pero sus promesas eran especiosísimas, capaces de engañar á cualquiera, mucho mas á un joven que deseaba la verdad (*Aug. De utilitate cred. cap.* 1.). Se jactaban de ser éllos solos en donde se podia encontrar esta preciosa joya, lo cual persuadian con grande aparato de elocuencia y de palabras. Y como no se les caia de la boca el nombre de la *verdad*, *y en sus lenguas ocultaban los lazos del demonio* (*Lib.* 3. *Confes. cap.* 6.), *baxo de unas palabras en que ponian una liga confeccionada con el nombre de Jesucristo y del Espíritu santo*, no solamente lograron que Agustino fuese sectario de sus errores, sino que hizo caer en éllos á su protector Romaniano, y á sus amigos Honorato y Alipio.

Luego que santa Mónica supo que su hijo se habia hecho maniqueo, se entristeció de manera, que no habia para élla consuelo en todo lo criado. Lloraba inconsolable dia y noche, pidiendo á Dios la conversion de Agustino, y esto con tanta copia de lágrimas, que en donde quiera que se ponia á hacer oracion, dexaba humedecida con éllas la tierra (*Lib.* 3. *Conf. cap.* 11.). No consentia que su hijo viviese con élla en su casa, ni que se sentase á su mesa, detestando hasta este punto los errores y blasfemias que nuevamente habia adoptado, y esta demostracion de desamor la duró hasta que tuvo un sueño maravilloso en que la manifestó Dios que su hijo se convertiria. El sueño sucedió de esta manera: soñó que estaba puesta de pies sobre una regla de madera (*Lib.* 3. *Conf. cap.* 11.), y que un jóven muy gallardo, viéndola tan afligida, la preguntó cuál era la causa de su afliccion y de las lágrimas que derramaba. La Santa le respondió: que la perdicion de su hijo Agustino. Entonces el jóven la mandó mirar con atencion la regla, y reflexionar que donde estaba élla, tambien estaba Agustino. Miró la piadosa madre, y vió que en la misma regla estaba élla, y junto á élla tambien su hijo. Consolada con esta vision,

fue á contársela á Agustino, esperando que causaria en él el efecto deseado; pero el ingenioso Mancebo interpretó la vision muy al contrario, diciendo: *que aquello queria decir, que donde él estaba, allí estaria su madre haciéndose maniquea.* Mucho pesar recibió Mónica con esta respuesta ilusoria; pero oponiendo ingenio á ingenio, y sutileza á sutileza, le replicó: *No, hijo mio, no es eso lo que significa la vision, sino lo contrario; porque á mí no se me ha dicho: donde él está, allí estarás tú; sino donde tú estás, allí estará él.* Esta respuesta viva é ingeniosa hizo mas mella en Agustino que la vision misma; pero sin embargo perseveró todavía en sus errores por espacio de nueve años, revolcándose en sus tinieblas, al paso que su Madre mas alegre con las esperanzas infundidas por la celestial vision, no cesaba de pedir á Dios su conversion, derramando contínuas lágrimas en sus fervorosas oraciones (*Lib.* 3. *Conf. cap.* 11.).

En este intermedio tuvo santa Mónica otra respuesta y misterioso aviso de que su hijo habia de adjurar la secta maniquea. Solicitó la Santa de un venerable obispo que disputase con Agustino hasta convencerle de sus errores; pero el prudente prelado la disuadió, asegurándola que estaba todavía incapaz de admitir la doctrina católica: *que le dexase en su error por algun tiempo, sin hacer mas diligencias que rogar á Dios por él; pues estaba seguro de que continuando en estudiar y leer, llegaria á persuadirse por sí mismo de la enormidad de los errores maniqueos.* Confirmó esto mismo con su exemplo, pues siendo niño, su madre, á quien los maniqueos habian engañado, le hizo participante de sus impiedades y desvaríos: habia estudiado todos sus libros, y aun los habia copiado de propia mano; pero creciendo con la edad y el estudio sus reflexiones, llegó á conocer por sí mismo cuán abominable era aquella secta, y así la habia abandonado. No se aquietó con todo eso Mónica; ántes bien, confiando que nadie mejor podria disuadir á su hijo que aquel que tan íntimamente conocia la falsedad de la secta maniquea, le instó con súplicas, y rogó con lágrimas que disputase con él, y le convenciese. Cansado entonces el obispo de sus importunaciones, la dixo: *Déxame, muger, así Dios te salve; que es imposible que un hijo de esas lá-*

grimas se pierda. Estas palabras fueron para Mónica como un oráculo venido del cielo, y de allí adelante mezclaba ya sus lágrimas con la consolacion de aquella profecía, que para élla en este concepto eran tenidas las palabras de aquel venerable obispo (*Lib.* 3. *Conf. capit.* 12.).

"Desde los diez y nueve años hasta los veinte y »ocho vivió Agustino engañado, y engañando á ótros, »ya enseñando las artes liberales, y ya baxo el pre»texto de religion, siendo unas veces soberbio, ótras »supersticioso, y siempre vano. Por una parte seguia »el humo del aura popular, pretendiendo llevarse siem»pre la gloria respecto de sus competidores, ya en los »versos que hacia para los teatros, ya en las locuras »de los espectáculos, y ya en la destemplanza de los »apetitos. Por ótra, queriendo purificarse de todos estas »manchas, llevaba de comer á los que entre los mani»queos se llamaban *escogidos*, para que en la oficina de »sus estómagos le fabricasen ángeles y dioses que le »librasen de sus pecados (*Lib.* 4. *cap.* 1.)." Sumergido Agustino en un piélago de miserias, quiso Dios darle otro aviso, y alargarle nuevamente su mano misericordiosa para que saliese de éllas. Explicando retórica en Tagaste, trabó, ó por mejor decir, confirmó la amistad que desde muy niño habia tenido con un jóven paisano suyo. Este, todavía catecúmeno, seguia la verdadera fe de Jesucristo; pero pudieron tanto con él la amistad y las persuasiones de Agustino, que le obligó á abandonarlo y hacerse maniqueo. Sobrevínole una enfermedad peligrosa, de la cual murió; Agustino todo consternado de sentimiento, no se apartaba de su cabecera, consolándole con su conversacion y con su presencia. En un parasismo que le acometió, acompañado de un sudor mortal, le administraron el sacramento del bautismo. Luego que volvió en sí comenzó Agustino á hablarle, burlándose del bautismo que le habian dado á su amigo, y esperando que le serian gratas sus burlas; pero sucedió muy al contrario; pues el enfermo le manifestó tanto horror como si fuese su mayor enemigo, y le amonestó, que si queria ser amigo suyo no le hablase de aquella manera indigna de una cosa tan sagrada. Quedó Agus-

tino turbado con esta respuesta, y mucho mas con la repentina mutacion y persuasion de donde se originaba: persuasion y mutacion que le valieron á aquel hombre venturoso una eternidad de gloria, habiendo muerto á muy poco tiempo de haber sido reengendrado en Jesucristo (*Lib.* 4. *Conf. cap.* 4.).

"La pérdida de este amigo llenó á Agustin el corazon »de tinieblas, en tanto grado, que en cuanto miraban sus »ojos no veían sino la misma muerte. Su patria le ser»via de suplicio, y la casa de sus padres de una morada »de infelicidad y desventura (*Lib.* 4. *cap.* 4.). Traía su »alma como despedazada, ensangrentada é impaciente de »habitar ya en el cuerpo. No encontraba descanso en los »bosques amenos, ni en los juegos y cánticos, ni en »los jardines olorosos, ni en los espléndidos banquetes, »ni en los lechos floridos rodeados del amor y sus deley»tes, ni últimamente en los libros y poesía, que era el »manjar mas sabroso para su alma. Todo le causaba »horror hasta la misma luz; y así determinó volver á »Cartago, como lo hizo." (*Lib.* 4. *confes. cap.* 7.) Con la compañía de nuevos amigos y la asistencia á los teatros olvidó facilmente aquella muerte, que tanto dolor le habia causado. Pudo ya con tranquilidad dedicarse á los estudios, y así escribió los libros de *lo hermoso y conveniente*, que dedicó á un famoso orador romano, llamado Hierio, á quien únicamente conocia por su fama. Siendo ya de veinte y nueve años sucedió que vino á Cartago un obispo maniqueo, llamado Fausto, que engañaba á muchos con la suavidad de sus palabras. Hablaba en público, teniendo á todos suspensos, aun al mismo Agustino, que como los demas alababa y admiraba su elocuencia. Como este Obispo era uno de los mas sábios que tenia la secta de los maniqueos, pensó nuestro Jóven que en él hallaria la luz de la verdad porque tanto anhelaba su corazon. Oía atentamente sus discursos, pero en éllos no encontraba mas que un gran follage de palabras y ninguna sustancia de verdades. Acercóse mas á él, tratóle de materias científicas, propúsole sus dudas; pero encontró con un hombre vacío enteramente de las ciencias, que pretendia soberbiamente que se le creyese sobre su palabra como á un Espíritu santo; y últimamente, in-

capaz por confesion suya de disputar con Agustino, y mucho mas de aclarar sus dificultades, manifestándole la verdad, que era lo que buscaba (*Lib.* 5. *Confes. cap.* 3. 5. y 6.). Este desengaño le hizo despreciar en su interior los errores de los maniqueos, y casi abandonar su secta: y el deseo de encontrar la verdadera religion, juntamente con las persuasiones de sus amigos, le inspiraron el proyecto de pasar á Roma, como lo executó, engañando á su madre, y dexándola á la orilla del mar sumergida en lágrimas (*Lib.* 5. *cap.* 8.).

Luego que llegó á Roma cayó enfermo de una enfermedad peligrosa, que le puso á las puertas de la muerte; pero ni se acordó siquiera de pedir el bautismo de Jesucristo, persuadido á que no habia sido mas que un fantasma el cuerpo que los judíos crucificaron (*Lib.* 5. *cap.* 9.). Perseveró algun tiempo en aquella ciudad, unas veces tratando con los maniqueos, de cuya secta era el huesped de la casa donde estaba, ótras inclinándose á dudar de todo con los académicos, y ótras oyendo y consultando á los católicos, para ver si podia alcanzar la verdadera inteligencia de los libros sagrados y de sus misterios. Habia presenciado en África algunas disputas que tuvo Helpido con los maniqueos, y habia visto, que éstos no podian desatar las razones que les proponia, ni dar salida é interpretacion á los textos de la Escritura que les alegaba (*Lib.* 5. *cap.* 11.). Esto mismo le hacia desear ardientemente encontrar con algun varon católico piadoso y sábio á quien oir, y de quien ser instruido: y Dios, que por caminos desusados y secretos iba disponiendo en Agustin un doctor y un padre de su Iglesia, hizo que pidiendo los magistrados de Milán á Simaco, prefecto de Roma, que les enviase un maestro de retórica, pusiese éste los ojos en el vacilante Jóven á instancias de los mismos maniqueos. De este modo se verificó que pasase á Milán, que visitase á san Ambrosio, que este santo Prelado le recibiese con la mayor benignidad, y que en sus sermones y discursos al pueblo escondiese la gracia aquel poderoso anzuelo con que Agustino habia de ser sacado de las aguas amargas del siglo, para ser manjar delicioso á los hambrientos de sabiduría.

Al principio oía al santo Obispo por sola curiosidad,

y por ver si eran su ciencia y mérito iguales á su fama; pero como al mismo tiempo no podia menos de percibir toda la fuerza que tiene la verdad por sí misma, iba persuadiéndose poco á poco á que las doctrinas de los católicos podian defenderse muy bien, y llegó enteramente á abandonar el maniqueismo (*Lib.* 5. *cap.* 14.). Determinó, pues, permanecer en estado de catecúmeno mientras no descubriese con certeza cuál era la religion y doctrina que debia seguir, para alcanzar aquella vida dichosa que tanto suspiraba. Por este tiempo, que era ya el treinta de su edad, vino á Milán en busca suya, y mucho mas de su salud eterna, la piadosa Mónica. Díxola como ya no era maniqueo, ni tampoco católico cristiano; y la prudente madre, que conoció que la verdad iba venciendo á su hijo por grados, se alegró con modestia, y multiplicó nuevamente sus oraciones y sus lágrimas, esperando firmemente que Dios habia de concluir la obra comenzada (*Lib.* 6. *cap.* 1.). Asistia Agustino á los sermones de san Ambrosio, y los oía con sumo cuidado, y su entendimiento se iba ilustrando poco á poco, de manera que de cada vez le parecia mas racional la doctrina del evangelio. Los muchos cuidados y ocupaciones del santo Obispo no le permitian tratar con él, y comunicarle sus dudas con aquel espacio que éllas necesitaban para disolverse. Iba á su casa, pero se contentaba con verle estudiar, y le miraba como un varon respetable, lleno de piedad y de sabiduría de que rebosaban sus pláticas, que por lo comun contenian puntos que no parecian sino destinados á labrar la conversion de Agustino. La mayor dificultad de éste consistia en el sacrificio que debia hacer de sus luces en obsequio de la fe. Parecíale sumamente repugnante y dificultoso haber de dar crédito á cosas y misterios sobrenaturales, que exceden la capacidad del entendimiento humano. "Pero meditando consigo mismo cuántas cosas creía sin haberlas visto, como son una multitud de hechos que refieren las historias, la existencia de tantos pueblos, y la noticia misma de que Patricio y Mónica eran sus padres, vino á concluir, que para conocer la verdad era necesaria la autoridad de las sagradas Escrituras; y comenzó á creer, que de ningun modo hubiera Dios dado tanta au-

„toridad en todo el mundo á aquellos libros, si no fuese „su voluntad que le creyesen por éllos, y por éllos le bus„casen." (*Lib. 6. cap. 5.*)

Sin embargo de todo esto, como su alma ardia en deseos de honores, de riquezas y de los deleytes sensuales, estaba presa con unas cadenas de hierro, que le impedian dar pasos mas acelerados hácia la verdad. Consultaba contínuamente con su amigo Alipio, y con cuantos conocia que podian iluminar de algun modo sus tinieblas; estudiaba incesantemente con perjuicio de sus intereses; oía con gusto las persuasiones de su santa madre; pero nada bastaba á contrastar el peso que hacian en su alma por una parte el deseo de ver la verdad con evidencia, y por ótra las vivas pasiones que la tenian dominada. Por este tiempo fué á Roma, en donde con la compañía de Alipio, que gustaba demasiado de los espectáculos sangrientos, tuvo ocasion de exercitarse algo en la mansedumbre cristiana, disuadiéndole de asistir á los juegos del circo, cubierto siempre de horrores y de sangre. Permaneció allí algun tiempo, hasta que volviendo á Milán en compañía de Alipio, encontró allí á Nebridio, su paisano, que habia dexado su patria, sus haciendas y su madre por buscar la verdad, agitado de dudas poco diferentes de las que inquietaban el alma de nuestro Jóven. Estos tres amigos trataban en sus conversaciones de aquella materia que tenia sin sosiego sus almas. Deseaban una vida quieta y tranquila, libre de todos los vayvenes de la inconstante fortuna, y segura de una felicidad verdadera que no estuviese sujeta al tiempo ni á sus mudanzas. No encontraban este bien ni en las ciencias, ni en las diversiones, ni en los banquetes, ni en el favor y amistad de personas poderosas; pues todo esto tenian, y con todo se reputaban por infelices. Principalmente Agustino se hallaba tan vencido del amor, que le parecia imposible poder vivir sin la compañía de una muger. Su madre, que conocia bien su pasion, trató de casarle, y aun le buscó una graciosa jóven para esposa, arrancando de su lado aquella que habia venido cebando su cariño desde África (*Lib. cap.* 6. 7. 8. 10. 13.).

Entretanto, abrumado con las inquietudes y moles-

tias de la vida, é indeciso en el partido que podia tomar en las crueles dudas que devoraban su alma, trató con sus amigos sobre huir del bullicio de las gentes á vivir en un ócio tranquilo. Dispuso que de los bienes de todos, que serian como unos diez compañeros, se hiciese una masa comun de donde se proveyese á las necesidades de todos. Que se nombrasen anualmente dos como administradores que cuidasen de las cosas temporales, y los demas viviesen quietos tratando solamente de las ciencias y del espíritu. Ya estaban para poner en execucion un proyecto tan semejante á la vida monástica y arreglado á los consejos del evangelio; pero acordándose despues de que por ser algunos de éllos casados, deberian tener mugeres en su compañía, conocieron que todo lo proyectado era imposible, y así volvió Agustino á sus antiguos gemidos é inquietudes (*Lib. 6. cap.* 14.). Enredóse nuevamente con los amores ilícitos de otra muger; porque como le habian quitado aquélla de quien tenia un hijo, por juzgar que podia ser de impedimento al matrimonio proyectado, y éste no podia efectuarse por no tener todavía la esposa la edad competente, no pudo resistir los ímpetus de la incontinencia (*Lib. 6. cap.* 15.). Así iba sumergiéndose en un abismo de delitos, y multiplicando los lazos de su perdicion; pero el misericordioso Dios nunca le perdia de vista, ni dexó su corazon tan desnudo de sentimientos saludables, que no conservase siempre en sí mismo el agudo cuchillo de los remordimientos. "En medio de la multitud de opiniones que »siguió Agustino en todas las materias, nunca llegó á »dudar, que despues de la muerte le quedaba otra vida á »nuestra alma, ni que habia de ser la suerte de los buenos »y de los malos extremamente diversa. Esta persuasion le »habia hecho mirar con desprecio el sistema de Epicuro, »á quien sin este defecto hubiera concedido la palma »entre todos los filósofos. Por tanto, en medio de sus »torpezas y extravíos, siempre le atormentaba el miedo »de la muerte, y del juicio que ha de hacer Dios de las »obras buenas ó malas; y este mismo miedo era un estímulo contínuo que le impedia á salir del abismo de los »deleytes carnales en que estaba encenagado." (*Lib. 6. cap.* 16.)

Ya iba acercándose el tiempo en que habia de triunfar la gracia de todas las dudas y perplexidades de Agustino, y en que sujetas á la razon las pasiones, habia de poner la virtud un trono estable en el mismo corazon en que habia reynado el vicio. Esta operacion en un hombre tan sábio, que no se movia sino por principios, se habia de hacer por medio de la ilustracion de su entendimiento, como basa segura para mover dulcemente su voluntad. Así dispuso Dios que viniesen á sus manos los libros de Platon, traducidos del griego por Victoriano filósofo, en los cuales encontró muchas verdades de aquellas mas dificiles que manda creer sin investigarlas la religion cristiana. Tales fueron la generacion eterna del Verbo (*Joan.* 1.), *que era en el principio, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo*; *que Dios Verbo no nació de la carne ni de la sangre, ni por voluntad de varon, ni de la carne, sino que nació de Dios*: que el Hijo es igual substancialmente al Padre: que es ante todos los tiempos, y sobre todos los tiempos coeterno con su padre Dios: y últimamente, *que la gloria* (*Rom.* 1. 21.), *debida solamente á Dios incorruptible, estaba trasladada y atribuida á los ídolos y vanos simulacros, hechos á manera y semejanza del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de serpientes* (*Lib.* 7. *cap.* 9.). Con esta leccion convirtió Agustino hácia sí mismo sus reflexîones; y estando en éllas, vió sobre su entendimiento y sobre su alma misma una luz inconmutable superior á todas las cosas criadas. Sus rayos fueron tan claros, y al mismo tiempo tan activos, que deslumbrado Agustino no pudo resistir tanta vehemencia. Estremecióse de amor y espanto, y halló que estaba muy lejos de Dios, y parecióle que oía su voz, que le decia: Yo soy comida de los que son grandes: crece, y entonces te serviré de manjar; pero no me convertirás en tu substancia como los otros alimentos de que se sustenta tu cuerpo, sino que tú te convertirás en mí (*Lib.* 7. *cap.* 10.).

Con esta luz y vision celestial quedó Agustino tan enseñado, que llegó á creer *la exîstencia de aquella verdad, que se ve y conoce por las criaturas* (*Rom.* 1. 20.); esto es, de Dios, con mas firmeza que creía su propia exîstencia. Leyó despues las epístolas de san Pablo, y se

iban apoderando de su corazon las sublimes verdades del evangelio, al paso que iba conociendo cuánta diferencia hay de la doctrina eterna y verdadera de Dios, á la de los filósofos hinchados con una sabiduría vana, tan débil como los principios terrenos sobre que está fundada. Los libros de Platon, aunque le habian enseñado algunas verdades, le habian hecho mas soberbio; al contrario, los sagrados ilustraron su entendimiento, y le infundieron un espíritu de humildad para buscar la verdad por el camino que es la verdad misma (*Lib.* 7. *cap.* 20. 21.). Todo cuanto habia leido en san Pablo, se le habia quedado impreso en el alma. Hallábase como sitiado por todas partes; cierto ya de la vida eterna y de todas las verdades que deseaba, sin otra necesidad que de la constancia y firmeza en lo que habia aprendido. Pero acerca del género de vida que habia de emprender, tenia muchas dudas, y aunque le agradaba el camino que habia de tomar, que es el mismo Salvador, estaba tibio y perezoso para pasar lo que este camino tiene de estrecho. Para desvanecer estos obstáculos, determinó ir á verse con Simpliciano, varon santísimo, y recibir de él unos consejos que el mismo san Ambrosio veneraba y recibia como de un padre que lo habia sido de su fe, dándole el bautismo (*Lib.* 8. *cap.* 2.).

Propúsole sus dudas, manifestóle su corazon, hízole patentes las llagas de su alma, contándole muy por menor los grados por donde habia llegado al estado en que se hallaba, y las dificultades que á la sazon le oprimian. Díxole como habia leido los libros de Platon traducidos por el filósofo y orador romano Victoriano, y las verdades que en éllos habia encontrado. Alegróse el santo Anciano, y le dió el parabien de haber encontrado con aquel Filósofo griego antes que con ótro; porque en sus obras á cada paso y de todos modos se insinúa, y da á conocer Dios y su divino Verbo. Despues le refirió la conversion maravillosa de aquel grande filósofo Victorino, á quien san Simpliciano habia tratado muy familiarmente en Roma. "Como aquel doctísimo Anciano y sa- »pientísimo en todas las ciencias y artes liberales, que »habia leido tantas obras de filósofos, y las habia critica- »do é ilustrado: que habia sido maestro de tantos nobles

»senadores; que por la excelencia de su sabiduría mere»ció que se le erigiese una estátua en la plaza pública »de Roma, que es lo mas glorioso que hay para los ciu»dadanos de este mundo, que hasta aquella edad tan »avanzada habia adorado y venerado á los ídolos, sin ex»ceptuar los monstruos que Roma habia tomado de Egip»to; que finalmente, tantos años habia defendido estas »idolatrías con su elocuencia y con su fama, no se aver»gonzó en su ancianidad de humillarse como un párvulo, »para recibir el sello de siervo de Jesucristo, y renacer »con el bautismo, sujetando su cuello al yugo del evan»gelio, y sellando su frente con la cruz que antes tenia »por oprobio." (*Lib.* 8. *cap.* 2.)

Esta relacion de Simpliciano hizo en Agustino todo el efecto que se habia propuesto. Admiró el esfuerzo con que un hombre de sus circunstancias habia atropellado por todos los obstáculos del mundo, abandonando su reputacion, sus amigos, que eran muchos y poderosos, y hasta su profesion; pues el emperador Juliano prohibió que los cristianos enseñasen letras humanas y retórica. Encendióse en deseos de hacer lo mismo que habia hecho Victorino; pero las fuerzas no eran iguales, y por esto atribuia á fortuna de aquel Filósofo la conversion que tanto ruido habia hecho, mas que á fortaleza y virtud del convertido. La verdad era, que "Agustino estaba atado con cadenas mas fuertes que de »hierro. El comun enemigo dominaba despóticamente »en su voluntad, de la cual habia hecho una cadena »con que le tenia preso. Porque pervertida la voluntad »nació el apetito desordenado: éste produxo con la con»tinuacion la costumbre; y la costumbre sin freno pasó »á necesidad y naturaleza. De estos eslabones se for»maba la cadena que tenia á Agustino en una dura »servidumbre. Las verdades del evangelio, la vida cris»tiana y las divinas promesas le agradaban; pero sin »acabar de vencerle: y los gustos de la carne y san»gre le deleytaban de modo que le ataban, sin dexarle »libertad bastante para acabar de abandonarlos." (*Lib.* 8. *cap.* 5.) Parecíale que Dios hablaba interiormente á su alma diciéndole aquello del Apóstol (*Ephes.* 5. 14.): *Levántate de ese profundo sueño*: *sal de entre los muertos*, *y*

te iluminará Cristo; *pero tibio y perezoso le respondió*: *Ahora*; *de aquí á un instante*; *déxame otro ratito*: palabras que denotaban lo asida que estaba su alma al sueño peligroso de la culpable vida.

Al paso que se multiplicaban los golpes con que la gracia de Dios combatia el corazon endurecido de Agustino, crecian en éste las congojas, los suspiros y los deseos de acabar de resolverse: y cuando apenas habia acabado de sufrir un golpe, ya Dios le tenia ótro preparado; porque le queria hacer su siervo y columna de su Iglesia. Un dia que estaba en su casa con Alipio, vino á visitarle un paisano suyo llamado Ponticiano, hombre muy principal, empleado en el palacio del emperador. Vió por casualidad sobre una mesa de juego las epístolas de san Pablo: sorprendióse de ver un tal libro en poder de Agustino, y como era fiel y verdadero cristiano, le dió la enhorabuena. Despues comenzó á hablarles de san Antonio y de su admirable vida: de los muchos monges que vivian virtuosamente recogidos en monasterios, y de otros mas penitentes y retirados que habitaban en los desiertos. Ademas de esto les contó la maravillosa conversion de dos amigos suyos, que se hicieron anacoretas en Tréveris, dexando el palacio del emperador á quien servian, y dos amables doncellas, con quienes tenian contraidos esponsales, por seguir á Jesucristo, y servirle retirados en un desierto. Y últimamente, les dixo el valor con que las dos esposas, oyendo la resolucion de sus esposos, imitaron su exemplo, y consagraron á Dios su virginidad (*Lib.* 8. *cap.* 6.). Todas estas cosas hicieron en Agustino una sensacion vivísima, y cada una de éllas le era un espejo en que veía su flaqueza para horrorizarse de sí mismo. Despachó Ponticiano el negocio á que habia venido, y se despidió, dexando anegado á su amigo en un mar de congojas.

Entonces todo turbado y fuera de sí, se volvió hácia Alipio, y con una especie de descompostura enérgica exclamó, diciendo: ¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿qué es lo que nos sucede? *Levántanse los ignorantes, y se apoderan del cielo*; *¿y nosotros con nuestras doctrinas sin juicio ni cordura nos estamos revolcando en el*

cieno de la carne y sangre? ¿acaso tenemos vergüenza de seguirlos porque van delante de nosotros, y no tendrémos vergüenza siquiera de no seguirlos? Dixo otras cosas semejantes arrebatado de la interior congoja de su alma. Alipio le miraba silencioso, advirtiendo en el color encendido de sus mexillas, en lo exâltado de los ojos y en el tono irregular de la voz, la furiosa tormenta que sucedia dentro de su corazon. En este estado retiróse Agustino á un huerto que habia en su casa, y Alipio le siguió, sin hablarle jamás una palabra. Sentáronse en lo mas retirado, y Agustino bramaba enfurecido é irritado contra sí mismo, reprendiéndose la tardanza en ir á abrazarse con Dios. Arrancábase los cabellos; dábase palmadas en la frente; cruzaba las manos, y se apretaba las rodillas, y hacia otros extremos y contorsiones con todos los miembros de su cuerpo, que causaban á un mismo tiempo admiracion, horror y lástima. Decia en su interior: *Ea, hágase al instante; ahora mismo se han de romper estos lazos.* Iba ya á executarlo; pero sus amistades antiguas se le representaban de pronto, y como tirándole de la ropa, parece que le decian en voz baxa: *Pues qué, Agustino, ¿nos quieres abandonar? ¿que de este instante no estarémos ya contigo para siempre jamás? ¿que desde este instante no te será ya lícito esto y aquello para siempre jamás? ¿piensas que te será posible vivir sin estas cosas en que tanto deleyte tiene tu alma?*

Luego se le representaba la amable continencia con un rostro sereno, magestuoso y alegre, y le halagaba honestamente, convidándole á que se llegase adonde estaba, y desechase los temores que le detenian. Extendíale sus piadosos brazos para recibirle en su seno, lleno de multitud de continentes, con cuyo exemplo le alentaba. Allí le manifestaba innumerables personas de todas edades, sexôs y condiciones: allí habia multitud de mozos y de doncellas; de jóvenes y de ancianos; de viudas venerables y de vírgenes delicadas. Y la continencia con una graciosa sonrisa, como que le decia: *Pues qué, ¿no podrás tú lo que pueden todos éstos y estas? ¿por ventura lo que éstos y éstas pueden, lo pueden por sus propias fuerzas., ó por las que la gracia de su Dios y Señor*

les ha comunicado? Su Dios y Señor les dió la continencia; pues yo soy dádiva suya. ¿Para qué confias en tus propias fuerzas, si esas no pueden sostenerte, ni darte firmeza alguna? Arrójate con confianza en los brazos del Señor, y no temas, que no se apartará de ti para dexarte caer. Arrójate seguro y confiado, que él te recibirá en sus brazos, y te sanará de todas tus llagas. Avergonzábase Agustino oyendo estas reconvenciones, de que le tuviesen preso todavía los lazos débiles de los deleytes antiguos, y entonces la continencia volvió á decirle: *Hazte sordo á las voces inmundas de tu concupiscencia, que de ese modo quedará amortiguada: y si te promete deleytes, sabe que no pueden compararse con los que hallarás en la ley de tu Dios y Señor.* Alipio veía en Agustino unos movimientos extraños, una inquietud que parecia frenética; pero aunque adivinaba la lucha interior que pasaba en su espíritu, no quiso interrumpirla, sino esperar su fin con paciencia y silencio (*Lib.* 8. *cap.* 11.).

Con estas profundas reflexíones se conmovió hasta lo mas oculto y escondido que habia en el fondo del corazon del vacilante Jóven; y junta toda su miseria, se elevó como si fuera una nube espesa, y se le puso delante de los ojos de su alma: sentia en lo interior una amargura que le comprimia el corazon, y como si fuera una gran lluvia, querian salir las lágrimas por los ojos. Para derramarlas libremente, y dar rienda suelta á su dolor, se levantó de donde estaba ahogando su voz los sollozos y gemidos. Conoció Alipio que queria estar solo para poder llorar con libertad, y así le dexó ir solo adonde quisiese. Fué Agustino anegado en amargura, y se echó debaxo de una higuera sin saber de qué manera ni en qué postura. Allí comenzó á derramar gran copia de lágrimas, que parecian dos rios que salian de sus ojos, y hablando con Dios, con razones interrumpidas, le decia: *Y vos, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo habeis de mostraros enojado? No os acordeis, Señor, de mis maldades antiguas.* Conocia Agustino que eran sus pecados los que le tenian preso, y así con lastimosas voces decia á gritos: *¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga mañana, mañana? ¿por*

qué no ha de ser ahora desde este mismo instante el poner fin á todas mis maldades? Al decir esto lloraba Agustino inconsolablemente con amarguísima contricion de su alma, cuando en medio de sus sollozos he aquí que llega á sus oidos una voz delicada como de un niño ó niña, que cantaba y repetia muchas veces estas palabras: *Toma y lee, toma y lee.*

Turbóse mas Agustino; mudó de semblante; la admiracion y el cuidado tomaron el lugar que antes tenian las lágrimas y la amargura. Púsose á considerar si tenian los muchachos algun juego, en el cual usasen de aquellas voces, y no acordándose haberlas oido jamás, se levantó de donde estaba, firmemente persuadido á que aquella voz habia sido voz del cielo, en que se le mandaba que tomase las epístolas de san Pablo, y leyese lo primero que se le presentase. Volvió al sitio donde habia dexado á Alipio, porque allí habia dexado tambien las epístolas de san Pablo; tomó en sus manos el libro; le abrió, y leyó lo primero que se presentó á sus ojos, que eran estas palabras: *No en banquetes ni en embriagueces*; *no en disolucion y deshonestidades*; *no en contiendas y emulaciones*, *sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo*; *y no os cuideis de satisfacer los apetitos del cuerpo* (*Paul. ad Rom.* 13.). No quiso Agustino leer mas, ni fue necesario; pues luego que acabó de leer esta sentencia del Apóstol, se disiparon todas las nubes y dudas que ofuscaban su alma por medio de un rayo de luz clarísima, que la llenó de celestiales resplandores. Convirtióse, pues, Agustino á su Dios: comunicó su determinacion á Alipio, que aunque algo débil todavía en la fe, se unió á su resolucion y buen propósito; y ambos juntos se entraron en el cuarto de santa Mónica, quien oyendo por menor las misericordias que el Señor habia derramado sobre su Hijo, no cabia en sí de gozo; enviaba afectuosísimas bendiciones al cielo, derramando ahora mas lágrimas de alegría, que solia antes de amargura por la conversion de su Hijo (*Lib.* 8. *cap.*, 12.).

Este, entregado ya todo á Dios, no pensaba ni en matrimonio, ni en riquezas, ni en honores, ni en cosa alguna de este mundo. Renunció la cátedra de retórica,

y en compañía de su Madre, de Adeodato y de Alipio se retiró á una quinta de un amigo suyo llamado Veremundo, en el campo de Casiciaco, á prepararse para recibir el bautismo. Allí se ocupó en fervorosa contemplacion de los bienes eternos, y del que Dios acababa de hacerle, sacándole de las tinieblas de sus errores. Leía las santas Escrituras, y comenzó á escribir contra los académicos y otros libros, entre éllos los dos primeros de los soliloquios, que están llenos de los afectos de su fragrantísima caridad (*Lib.* 9. *cap.* 3. y 4.). Avisó á san Ambrosio de su conversion, y de como quería recibir el sagrado bautismo; y habiendo vuelto á Milán, fue bautizado (*Lib.* 9. *cap.* 6.) por el santo Obispo, en compañía de Alipio y Adeodato, en 24 de abril (*Pag. al año* 388. *n.* 9.) del año de 387, siendo de edad de treinta y tres años. Es tradicion de bastante autoridad, que en el acto del bautismo comenzó san Ambrosio, estimulado de la interior alegría que le causaba la conversion de Agustino, el himno *Te Deum laudamus*; respondiendo el recien bautizado: *Te Dominum confitemur*: y prosiguiendo alternativamente hasta concluir un himno tan sublime y tan devoto, que la Iglesia le ha colocado entre los de su mayor aprecio, para manifestar á Dios sus afectos, y darle gracias por los beneficios grandes y señalados, que misericordiosamente nos dispensa. Celebra esta festividad toda la iglesia de España por solicitacion de la serenísima reyna doña Isabel Farnesio, que quiso que á imitacion de la religion agustiniana, que ya celebraba la conversion de su Patriarca desde el año de 1388, celebrase tambien su reyno la gloria de una conversion, que dió un maestro de la doctrina verdadera al orbe cristiano: un padre y protector á la Iglesia católica: un martillo á los hereges para su confusion y exterminio: una antorcha brillante á los concilios: una luz copiosa á todos los sábios: un vaso de eleccion, y un exemplo de santidad heróica á todos los fieles de todos los estados en que está repartido el mundo.

La misa es propia de la festividad, y la oracion la siguiente.

Deus, qui hodiernam diem beati Augustini confessoris tui atque pontificis mirabili conversione decorasti: præsta, quæsumus, ut sicut Ecclesiam tuam propulsis erroribus protegit, ita corda nostra precibus suis contra malignos spiritus tua gratia irrigante, defendat: Per Dominum nostrum...

O Dios, que ennobleciste este dia con la conversion admirable de tu bienaventurado confesor y pontífice Agustino: concédenos, que así como protege tu Iglesia desterrando los errores, así tambien defienda nuestros corazones de los espíritus malignos, alcanzándonos vuestra gracia por su intercesion y sus ruegos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 13. *de la que escribió san Pablo á los romanos, y contiene las palabras que leyó Agustino avisado de la voz del cielo, con las cuales se convirtió perfectamente á Dios.*

Nox præcessit, dies autem appropinquavit. Abjiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis. Sicut in die honestè ambulemus; non in comessationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudicitiis, non in contentione et emulatione; sed induimini Dominum Jesum Christum.

Hermanos: Precedió la noche, y se acercó el dia. Echemos, pues, de nosotros las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Caminemos honestamente como que es de dia; no en comidas y embriagueces, no en deleytes y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones; sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Para excitar á la conversion á una alma que no haya abandonado la razon en medio de las densas nieblas de los vicios, con dificultad se pueden proponer motivos mas poderosos que los que alega san Pablo escribiendo á los romanos, y sirvieron tan oportunamente á la conversion del grande Agustino. Propone primeramente para indicar el estado feliz de los cristianos, que pasó ya la noche obscura, ó de las vanas esperanzas, ó de las figuras, ó mas bien de las cosas de este mundo transitorias y perecederas; y que en lugar de la noche nos amaneció la luz de la verdad, la luz de la ley de gracia, la luz de una sa-

biduría eterna, la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, la luz en fin, que luce en las tinieblas, y que las tinieblas no obscurecieron de modo alguno. A esto parece una consecuencia forzosa añadir, que supuesto que logramos la ventura de vivir entre luces tan brillantes, abandonemos las tenebrosas obras de los vicios, dexando los banquetes, las deshonestidades, las contiendas y todo lo terreno, y siguiendo la doctrina de Jesucristo. Esta misma doctrina se está continuamente inculcando desde las cátedras del Espíritu santo por boca de los ministros del evangelio. Todos sus discursos se dirigen principalmente á este importante objeto, porque conocen que mientras los hombres no se aparten de los atractivos de la carne y sangre, de los embelesos del mundo, y de obedecer á las sugestiones del enemigo comun, no pueden ser participantes del reyno de Jesucristo ni de sus eternas promesas.

Conversion, *conversion*, es la voz mas comunmente repetida: conversion clama la conciencia de cada uno, oprimida con un peso insoportable de delitos; y conversion nos dicta la razon misma casi en todos los instantes de nuestra vida. En medio de los mas vivos placeres, cuando los sentidos están embelesados con los objetos mas lisonjeros, no dexa de hacerse lugar, y buscar un momento favorable la gracia para decirnos interiormente, que todo cuanto ofrece este mundo no sácia nuestro corazon, que todo es aparente y falso, y que sus mayores felicidades y delicias, no son mas que unas apariencias escénicas, que entretienen los ojos por un instante, y se desvanecen con la misma facilidad que se forman. La solidez de la verdad no se puede eludir, sus acusaciones son ciertas é ineluctables: sus propuestas razonables y justas: nuestro corazon se da por sentido: nuestra alma conoce la necesidad que tiene de convertirse por su mismo interes y provecho; pero con todo eso, ¿cuántos son los que oyen los clamores de su conciencia, y procuran tranquilizarla? ¿cuántos son los que oyen el trueno con que amedrentan los promulgadores de la divina Justicia, y conciben un miedo saludable y eficaz para salir de sus delitos? ¿cuántos los que á las reprensiones interiores de la gracia no responden como

Agustino, Mañana, mañana me convertiré?

Si los bienes de este mundo, aunque tan baxos y despreciables para un ente espiritual como es el alma, fueran eternos; si llegaran á saciar nuestros apetitos, y darnos tranquilidad en nuestros deseos; si viéramos alguno que disfrutando riquezas, honores, fama, delicias, y cuanto tiene el mundo de apetecible, estaba exênto de temores y disgustos, y poseía aquella paz y vida bienaventurada que todos desean, ya parece que habia alguna excusa para retardar la conversion á Dios con la esperanza de mejorar la suerte de esta vida. Pero si vemos todo lo contrario; si los honores cargan de nuevos sinsabores á los que los logran; si las riquezas traen consigo el afan de adquirirlas, el cuidado de mantenerlas, y el dolor de haberlas de dexar; si los deleytes no son mas que un poco de imaginacion exâltada, que no tienen otra realidad que el arrepentimiento que dexan de haberse entregado á éllos, ¿qué locura es la de los hombres en no resolverse á abandonarlo todo para hallar la verdadera paz, la verdadera felicidad que está en seguir á Jesucristo? Alma redimida con la sangre preciosa del Unigénito de Dios: tú, que al leer estas razones sientes interiormente la mocion del Espíritu santo, que te convida con las misericordiosas efusiones de su gracia: tú, que ahora mismo estás oyendo los latidos de tu conciencia, que pide que te conviertas á Dios, y dexes ese estado infeliz en que te hallas, no te hagas sorda: no temas dexar los torcidos y escabrosos caminos del vicio: arrójate en los brazos de tu Redentor con confianza; resuélvete y muda de vida, cortando de una vez los lazos que te tienen atado, y despreciando, como dice san Pablo, todos los deleytes de la carne, y todos los gritos con que te llaman sus torpes apetitos.

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quòd

En aquel tiempo dixo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesus les res-

vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomem meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

pondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dexare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su muger ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De los frívolos pretextos que se oponen á la pronta conversion de los pecadores.

PUNTO PRIMERO.

Considera, que aunque es verdad de fe que Dios no desampara á ningun pecador que se convierte con sencillez, é implora su misericordia, tambien es verdad de fe, que ningun pecador puede convertirse á Dios si el mismo Dios no le ayuda con su gracia, y que ésta no está en la mano del hombre, sino que pende únicamente de la divina clemencia.

Podemos nosotros mismos caer en el pecado, dice san Agustin; pero no podemos levantarnos si Dios no nos extiende su mano benéfica. La contricion verdadera, el arrepentimiento de los pecados, debe nacer de un principio sobrenatural para que sea provechoso, y logre el fin deseado; y así nadie puede arrepentirse si Dios liberalmente no se lo concede, dándole gracia para salir de la culpa. Siendo esto así, considera ahora si merecerá que Dios le haga el beneficio de darle esta gracia á aquel cristiano, que sabiendo la bondad de Dios, lo mucho que le ha sufrido, los años que le ha esperado, y las veces que le ha librado mi-

sericordiosamente de morir en una impenitencia final; con todo eso desprecia todos estos favores, oye con indiferencia los avisos que le da por medio de sus ministros; y llenando la medida de la mas horrorosa ingratitud, en lugar de convertirse, vuelve á hacerse mas indigno de piedad con nuevos delitos. Claro es que este tal se hace digno de que Dios le niegue sus auxílios, y de que le dexe perecer eternamente en pena de su pecado. La hora presente es la mas á propósito para la conversion: en la mas leve dilacion hay una multitud de peligros, que no se pueden calcular con facilidad. Por eso, escribiendo san Pablo á los corintios, les dice: *Ahora es el tiempo precioso*; *hoy es el dia de la salud*; porque el Señor es dueño absoluto de sus gracias y dones, y es una peligrosísima temeridad querer despojarle de este dominio. El Espíritu santo inspira en nuestros corazones cuando es su voluntad: y á ésta no podemos nosotros ponerla límites, ni señalarla momentos para que obre. Tal vez cuando nosotros queramos convertirnos, no querrá Dios darnos gracia para ello: pues por eso tiene dicho, que le busquemos cuando puede ser hallado, y le invoquemos cuando está cerca de nosotros.

Pero Dios es infinitamente misericordioso, suelen decir los que retardan la conversion; Dios es infinitamente bueno, y no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Es verdad; pero el abusar de su bondad y de su misericordia para retardar la conversion, y emplearse en delitos, es la ingratitud mas abominable, la protervia mas fea, la temeridad mas blasfema que puede caber en un corazon. ¿Podrémos acaso persuadirnos á que porque Dios es bueno será por lo mismo insensible al desprecio que hacemos de su bondad? ¿Creemos que la misericordia de Dios puede destruir su justicia? Si es infinitamente misericordioso, ¿no es tambien infinitamente justiciero? ¿El llamarse en las sagradas Escrituras el Dios de las venganzas, será con el fin de infundirnos un terror pánico con este nombre terrible? ¿O pensamos acaso, que porque son infinitos los méritos que Jesucristo adquirió con la efusion de su preciosa sangre, tenemos en esto mismo un salvoconducto para despreciar esta misma sangre, hollar los sacramentos, hacernos sordos á los llamamien-

tos de Dios, prescribir horas y términos fixos á las operaciones de la gracia, y emplearnos con seguridad en una vida pecaminosa, confiados en que podremos decir: *Perdonadnos, Señor, que el habernos empleado en ofenderos, ha sido en la confianza de que vuestro Hijo murió por nosotros?* Si esto fuera verdad, la gracia de Dios abriria la puerta á los delitos, y Jesucristo, en lugar de haber formado en nosotros un pueblo escogido y perfecto, hubiera hecho un pueblo abominable y blasfemo. De esto se sigue que Dios es bueno, pero para los que son rectos de corazon, y no se abandonan á sus pasiones. La misericordia de Dios está pronta; pero es para los que oyen los llamamientos de la gracia; para los que no la desprecian con sus vanas confianzas, y mucho mas con sus obras; para los que bañados los ojos con lágrimas de compuncion, la imploran, la solicitan. Pero el que desprecia la misericordia de Dios cuando benignamente se la ofrece, no la encontrará cuando quiera buscarla. Clamará, y tal vez no será oido. ¡Qué necedad, pues, no será dilatar la conversion, ultrajando la misericordia divina!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la juventud, la robustez, los buenos humores, y todo cuanto puede darte alguna confianza de que tendrás tiempo para convertirte, y pedir á Dios perdon de tus pecados, todo es incierto, y no está en tu poder el asegurártelo á ti mismo.

Son infinitos los que conocen el mal estado de su alma, los que temen ser sobrecogidos con la muerte en un cenagal de maldades y de torpezas, los que finalmente penetran el estado de su alma, y se estremecen viéndola tan horrorosa. Desean volverse á Dios: meditan en hacer exâmen de su conciencia, y expiar sus delitos por medio de la confesion: casi nada les falta para quebrantar las cadenas con que están encarcelados en las tinieblas de la muerte, y resucitar á una nueva vida con Jesucristo. Pero á poco que lo dilatan, ó que se dexen llevar de sus pasiones, se apoderan de sus almas unas reflexîones necias y confiadas, que los constituyen en un estado miserable. Somos jóvenes, di-

cen, todavía tenemos tiempo para disfrutar de este mundo, y despues nos convertirémos á Dios. Es verdad que somos malos: los caminos que seguimos son ciertamente peligrosos; ¿pero cómo ha de ser? esto da de sí nuestra fragilidad. Ya vendrá tiempo en que nos convirtamos á Dios de todas veras; y entonces ya no habrá para nosotros, ni mas mundo, ni mas diversiones, ni mas placeres deshonestos, ni mas compañías peligrosas, ni mas juegos y banquetes, ni mas adornos profanos. Entonces todo ha de ser para Dios. ¡O Dios misericordioso! ¡Es posible, Señor, que habeis de permitir un modo de pensar tan errado, y expuesto en los que habeis redimido con vuestra preciosa sangre!

Cristiano, abre los ojos, y considera que Dios solo es el dueño árbitro de nuestros dias; que la edad del hombre es muy corta; que su término es incierto, y que la justicia de Dios, cansada de sufrir nuestra insolencia, suele estrechar sus límites. Vuelve los ojos á lo pasado, y considera qué se han hecho tantos dias, tantos meses, tantos años, que sirvieron antes de término á tus propósitos. La memoria te causará una ilusion arriesgada, presentándolos como si fueran verdaderamente existentes, y estuviera en tu mano aprovecharte de éllos; pero lo cierto es, que pasaron como el vuelo de las aves, sin haberte dexado otra cosa mas que el pesar de haberlos empleado, no solo inútilmente, sino en ofender á tu Dios, y labrar así tu perdicion eterna. ¿Pues juzgas que el tiempo que está por venir será de distinta condicion que el pasado, ni podrá mudar tus costumbres, si tú con eficacia y serenidad no te resuelves? No lo dudes, cristiano, eres mortal: tu vida pende de un sin número de causas y accidentes complicados, que la hacen sumamente frágil y perecedera. En un abrir y cerrar de ojos, cuando menos lo pienses, por un acontecimiento impensado, te hallarás repentinamente en aquel momento fatal que te parecia estar muy lejano, y á que te parecia tardarias muchos años en llegar, segun las disposiciones de tu salud. ¿Y qué se harian en tal caso todos tus deseos de conversion, y todos tus proyectos? ¿Es posible que un instante de terror y de espanto sea á propósito para deshacer los delitos de una vida estragada, para reformar de un golpe

el corazon, y aplacar la ira de Dios justamente enojado? ¿Será fácil que entre las turbaciones y congojas de un instante tan funesto y tan terrible, tenga el alma la tranquilidad necesaria para atender á los gritos de su conciencia? ¿Podrá hacerse entonces una confesion con lágrimas de verdadera compuncion, cuando con todo el sosiego y tranquilidad que puede tenerse en una salud completa, se necesita mucho exâmen, mucha oracion y muchas lágrimas? Y si conoces claramente que todo esto es verdad, ¿por qué no te conviertes ahora? ¿Por qué desde este instante mismo que la bondad de Dios te concede, no comienzas el arrepentimiento de tus culpas pasadas, y estableces un nuevo método de vida para lo por venir? ¿No es una locura detestable conocer, como conoces ahora mismo, que estás en estado de condenacion eterna, ver que te se conceden graciosamente los instantes de la vida presente en que puedes trocar el rigor de tu suerte por medio del arrepentimiento; y no obstante, en lugar de aprovecharte de de estos rápidos momentos para deshacerte en lágrimas, emplearlos en apurar la paciencia con que Dios te sufre? ¡Ah desacordados mortales! Vendrá un dia en que pediréis con ansia estos momentos, y no se os concederán en pena del desprecio que haceis ahora. Acaso no está muy lejos de vosotros este dia; y lo que no se puede dudar es, que os cogerá descuidados haciendo mayor vuestro peligro.

JACULATORIAS.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. cap. 38.

Yo, Señor, en presencia tuya haré exâmen de los años en que he pasado mi estragada vida, y esto lo haré con dolor y amargura de mi alma.

Dominus judex noster, Dominus legifer noster, Dominus rex noster: ipse salvabit nos. Isai. cap. 33.

El Señor es mi juez: él es mi legislador y mi rey; pues él hará salva mi alma por su infinita misericordia.

PROPOSITOS.

Mi salvacion es el negocio mas importante que tengo en esta vida. Veo con sumo dolor de mi alma, que en lugar de haber trabajado para su consecucion, he hecho diligencias positivas para mi condenacion eterna. He logrado de los pasatiempos y placeres del mundo: he vivido disipado corriendo ciegamente tras de un fantasma de felicidad, que de cada vez se me ha alejado mas. He visto por la experiencia que nada me ha quedado de todos mis delitos mas que el arrepentimiento; y cuando la experiencia propia no me certificára bastante de estas verdades, veo que lo mismo ha pasado por los demas hombres. Veo á un Agustino tanto tiempo vacilante para buscar, encontrar y seguir el camino de la verdad. ¡Qué de diligencias no hizo! ¡qué congojas y contradicciones no padeció! ¡qué luchas interiores en lo íntimo de su alma! ¡qué peso le hacian las honras del mundo y los deleytes sensuales! ¡cuánto estudió, meditó y consultó para certificarse bien del empleo en que residia la verdad, y la vida feliz y bienaventurada! Y despues de todas sus fatigas, ¿qué es lo que halló, Dios mio? Halló que sin vos no hay felicidad, ni paz verdadera: que todos los momentos que habia vivido sin vos eran momentos perdidos; y que despues de todos sus extravíos, sus errores, y sus deseos, no tenia otro asilo, otro consuelo, ni otro objeto en que colocar con seguridad su confianza, que vuestra divina misericordia. Tuvo que llorar por toda su vida el haberos retardado el sacrificio de un corazon contrito y humillado.

Pues, Señor, Dios mio y mi Padre misericordioso, desde este instante me postro á vuestros pies implorando vuestra misericordia. Desde este instante abomino mi vida pasada, y propongo convertirme á vos con una verdadera penitencia. Conozco mis errados caminos, y los detesto con todas las veras de mi alma. Yo exâminaré mi conciencia, buscaré las aguas saludables de vuestros soberanos sacramentos para expiar mis culpas, y reconciliado con vos, ninguna cosa de este mundo será capaz de apartarme de vuestro servicio. Dadme, Se-

ñor, gracia para poner por obra estos buenos déseos, ya que por vuestra bondad me habeis dado tiempo para convertirme. Dadme, Señor, lágrimas con que llorar mis culpas, y perfeccionad en mí la obra que vos mismo habeis comenzado.

DIA SEIS.

La fiesta de S. Juan ante portam Latinam.

Queriendo nuestra madre la Iglesia honrar la memoria de lo que el evangelista san Juan padeció por Jesucristo, instituyó en este dia la fiesta de su martirio.

Cuando el Salvador del mundo caminaba á Jerusalen para consumar en aquella ciudad su sacrificio, iba conversando con sus apóstoles acerca de lo que en élla habia de padecer, pronosticándoles todas las ignominias de su pasion, hasta las mas menudas circunstancias. Ya veis, les decia, que subimos á Jerusalen; allí será el Hijo del hombre traidoramente entregado á los ancianos del pueblo, á los doctores, los magistrados, y los príncipes de los sacerdotes le relaxarán al brazo seglar de los gentiles, en cuyo poder será expuesto á la risa y á la burla del insolente populacho; será escupido, será cruelmente azotado; y en fin, será condenado á morir en una cruz; pero despues de su muerte resucitará lleno de gloria. Todo este discurso para los apóstoles era un enigma; no entendian palabra de lo que les queria decir, y no acertaban á concebir cómo podian componerse tantas ignominias con tanta dignidad y con tanta grandeza en la persona de su Maestro.

Consistia la causa de su ignorancia en aquella dificultad que de ordinario tiene la naturaleza en concebir las cosas que mira con aversion. Como aún no habian aprendido los discípulos de Cristo la celestial doctrina que nos enseña á amar los trabajos, y á abrazarnos con la cruz; ni le oían de buena gana hablar en esta ma-

teria, ni mucho menos comprendian lo que el Salvador les decia. Gustaban todavía de las honras, y solo pensaba cada uno en el modo de cómo habia de sobreponerse á los ótros. Con este espíritu los hijos del Zebedeo, Santiago y san Juan, se valieron de su madre, para que como parienta de la santísima Vírgen, y como tia del mismo Cristo, le pidiese para éllos algun puesto distinguido en su reyno. Bien instruida la buena madre de sus dos hijos, y llevándolos consigo, se presentó ante el Señor; adoróle con respeto, y dice el evangelio que le pidió licencia para hacerle una súplica. Obtenida benignamente, como lo acosumbraba el Salvador, añadió: Pues, Señor, y maestro mio, con toda confianza, y con toda ingenuidad os suplico que mireis con particular cariño á estos dos hijos mios, y que prefiriéndolos á todos los demas discípulos, les concedais las dos primeras sillas en vuestra gloria.

No le pareció conveniente á Jesucristo responder en derechura á la madre, puesto que eran los hijos los que hablaban por su boca; y así dirigiéndose inmediatamente á los dos hermanos, sin reprenderles por entonces la ambicion, se contentó con hacerles visible su ignorancia y grosería. No sabeis, les dixo, lo que pedis; y se conoce bien que hasta ahora no habeis comprendido qué cosa es ser grande en mi reyno, cuáles son las primeras sillas de él, qué méritos, y con qué grados se ha de ascender á éllas; no habiendo ótros que la humillacion, las adversidades y los trabajos. Decidme, ¿tendreis valor para beber el amargo cáliz que yo he de beber primero, y para ser bautizados en vuestra sangre, como yo lo he de ser en la mia? En medio de ser todavía los dos apóstoles tan imperfectos, y tan groseros como se reconocia por su misma peticion, el amor que profesaban á su divino Maestro les dió aliento para responder con toda resolucion, que estaban prontos á padecer todo cuanto se ofreciese, á su exemplo, y por su servicio; que no tenia mas que hacer la experiencia, y vería hasta dónde llegaban sus deseos de sacrificarse por su amor.

Agradó tanto al Salvador esta animosa respuesta, que desde luego les prometió la corona que está preparada para todos los que tienen parte en su cruz y en sus trabajos.

Sí, les dixo, vosotros beberéis mi cáliz, y seréis bautizados con el mismo bautismo con que yo lo he de ser. Pero en órden á esas primeras sillas á que aspirais, úna á éste, y ótra á aquel lado de mi trono, debo deciros, que si me mirais puramente como hombre, ni me corresponde dároslas, ni aunque hubiera yo de conferirlas, tendria atencion al favor, al parentesco, âl empeño, ni á algun otro humano respeto; esos premios están reservados á aquellos á quienes mi Padre los destina, y á mí solo me toca ponerlos en la posesion de los que éste les señala segun su virtud y merecimientos.

No será violento decir que san Juan, aquel discípulo tan favorecido, tan tiernamente amado del Señor, y que tan fervorosamente le amaba, tardó poco en verificar lo que le habia anunciado su divino Maestro, de que beberia su cáliz; porque verdaderamente gustó toda la amargura de él, habiendo padecido su amante corazon todos los dolores del Salvador, de cuyo lado no se apartó ni un solo momento hasta la muerte.

Pero aún debia cumplirse mas á la letra la profecía del Señor en órden á san Juan. No bastaba que el Discípulo amado padeciese interiormente el martirio del corazon, siendo testigo de los tormentos y de la afrentosa muerte de su celestial Maestro; era menester que tuviese parte en élla mas visiblemente: y hablando en propiedad, hasta despues de la venida del Espíritu santo no le hizo el Salvador participante de su cáliz. Inmediatamente, ó no mucho tiempo despues, padeció san Juan en compañía de san Pedro cárceles, azotes y oprobios en la persecucion que levantaron los judíos contra los apóstoles despues de la muerte de san Esteban. Pero aun esto no fue mas que como un preludio de lo que habia de padecer, andando el tiempo, baxo el poder y tiranía de los príncipes gentiles.

Habiendo sucedido Domiciano en el imperio á su hermano Tito el año 81 del nacimiento de Cristo, fue el segundo emperador que empleó todo su poder en procurar destruir el reyno del mismo Cristo, y en borrar del mundo, si pudiese, hasta la memoria del nombre cristiano; y como no era inferior en la crueldad del genio á la del mismo Neron, aún fue mas sangrienta que

la primera esta segunda persecucion que excitó contra la Iglesia. Hallábase á la sazon nuestro san Juan en Efeso, donde habia fixado su residencia, por la comodidad de atender mas facilmente al gobierno, y á las necesidades de las iglesias de Asia, que habia fundado el mismo Apóstol. Ya habia padecido muchos malos tratamientos de los gentiles: y aunque era grande la veneracion que generalmente profesaban todos á su persona, no por eso le eximió de la persecucion. Fue desterrado de Efeso, y poco tiempo despues conducido á Roma, donde cargado de prisiones y encerrado en un horrible calabozo, rebosaba de alegría viéndose en vísperas de dar su sangre y su vida por su amado y dulcísimo Maestro.

Informado el Emperador de las circunstancias y carácter de este cristiano Héroe, quiso verle, y san Juan se presentó ante el trono del tirano con aquella magestuosa modestia, y con aquel ayre de agrado, de santidad y de dulzura, que se habia siempre admirado en nuestro Apóstol. Conspiraba tambien su avanzada edad en hacerle mas respetable; y el Emperador quedó como sorprendido á la vista de aquel venerable anciano. Preguntóle acerca de su religion; y las respuestas que le dió, aún le hicieron admirar mas la intrepidez y la magnanimidad de aquella grande alma. Con todo eso, le dixo Domiciano, es necesario que renuncies una religion, cuya doctrina es enemiga de los placeres y deleytes de los sentidos, cuyos dogmas son incomprensibles por misteriosos, y que te pases á la nuestra, donde acabarás en paz tus dilatados dias. Horrorizado el Apóstol al oir semejante proposicion, lleno de una santa indignacion, y animado de aquel generoso zelo que avivaba, y encendia cada dia mas y mas el tierno amor que profesaba á Jesucristo: No creas, ó Emperador, le respondió, que tus promesas, ni tus amenazas me hagan titubear; no hay mas que un solo Dios, y ese es aquel á quien yo sirvo y adoro; mi mayor dicha será derramar toda mi sangre por él, y ha mucho tiempo que suspiro por este glorioso sacrificio.

Quedó el Emperador por un rato como cortado y suspenso al ver la entereza, y la noble osadía de aquel venerable anciano: pero duró poco este paréntesis, ó suspension de su crueldad; porque volviendo luego en sí,

mandó que al instante fuese arrojado el Santo en una tenaja de aceyte hirviendo, para que perdiese la vida en este tormento.

Escogióse para teatro una gran plaza cerca de la puerta Latina, llamada así, porque se salia por élla á los pueblos de Lacio, ó *pais latino*, que hoy se dice la campaña de Roma. En medio de élla se colocó una gran caldera, ó tinajon lleno de aceyte, que se asentó sobre una inflamada hoguera. Concurrió el senado y la mayor parte de la ciudad á la fama de este espectáculo, movidos todos aun mas de las grandes noticias que tenian de la veneracion, ancianidad y grandeza de corazon de nuestro Santo. Fue ante todas cosas despojado, y cruelmente azotado el Apóstol, segun las leyes de los romanos, que ordenaba este suplicio á todos los condenados á muerte. Cuando el santo cuerpo estuvo todo rasgado y todo ensangrentado al rigor de aquella espesa lluvia de golpes, le metieron en el tinajon, ó caldera de aceyte hirviendo; pero el Señor, que solo queria darle la gloria del martirio, como se lo habia prevenido, pero no queria permitir que los hombres cortasen una vida tan preciosa, y de que todavía tenia necesidad su santa Iglesia, renovó en favor de su amado discípulo el milagro de los tres niños en el horno de Babilonia; porque el aceyte hirviendo se convirtió en un baño dulce y benéfico que le refrigeró, cerró y cauterizó sus heridas, y las llamas se volvieron contra los ministros que las atizaban, fomentándolas con sucesivos materiales. Este milagro tan evidente y tan sensible no podia dexar de producir su efecto. Quedaron atónitos todos los circunstantes; y no lo quedó menos el Emperador cuando le refirieron el prodigio, contentándose con enviar desterrado á nuestro victorioso Apóstol á la isla de Páthmos en el mar Egéo, llamado hoy Potina, ó Palmosa, donde estuvo hasta la muerte de Domiciano; y en élla fue donde Dios le reveló los admirables y escondidos misterios del Apocalipsi. Así se cumplió la profecía de Cristo, de que bebería el cáliz de su pasion; y por eso los antiguos, con toda la Iglesia, le dan el título de mártir, pudiendo decirse de él con san Agustin: "No faltó Juan al martirio, sino »el martirio le faltó á Juan. No padeció hasta morir;

„pero. Dios que tenia bien comprendido el temple de su co„razon, conoció que era capaz de mucho mas, y toda la „tierra lo conoció tambien. Los tres mancebos fueron arro„jados en el horno para que fuesen reducidos á ceniza, y „salieron del horno vivos; ¿diríase por eso que no fueron „mártires? Si consideramos las llamas, no fueron consu„midos; pero si consideramos sus corazones y sus volun„tades, fueron coronados."

Sucedió este milagro por los años de 91 del Señor; y queriendo los cristianos honrar la memoria del martirio y triunfo de san Juan, edificaron desde los primeros siglos una bella iglesia con su misma advocacion en el propio sitio donde fue echado en el aceyte hirviendo, la que es visitada con gran concurso de los fieles el dia 6 de mayo, en el cual, como se ha dicho, celebra la Iglesia la memoria de su martirio. Por mucho tiempo fue de precepto esta fiesta en varias iglesias de Francia, y tambien lo fue en Inglaterra desde el siglo doce hasta el cisma: despues del cual se contentaron los ingleses con hacer memoria de élla en el kalendario de su nueva litúrgia, tristes reliquias de su antiguo catolicismo, hoy enteramente extinguido, que debieran abrirles los ojos para advertir sus errores, y para desengañarse de su funesto y lastimoso descamino.

La misa es en honor de este Santo, y la oracion de élla la siguiente.

Deus, qui conspicis quia nos undique mala nostra perturbant: præsta, quæsumus; ut beati Joannis apostoli, et evangelistæ tui intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que estás viendo nuestra turbacion por las calamidades que de todas partes nos rodean; suplicámoste nos concedas que seamos defendidos de éllas por la gloriosa proteccion de tu apóstol y evangelista san Juan: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. de la Sabiduría, y la misma que el dia 1, fol. 9.

NOTA.

"No obstante que á todos los libros de Salomon, y „aun del Eclesiástico, se les da el nombre de libros sa-

„pienciales, con todo eso al que contiene la epístola „presente, siempre se le llamó por excelencia *el libro „de la Sabiduría*, porque está lleno de máxîmas pruden„tes y santas, no solo para los grandes del mundo, á „quienes principalmente dirige su discurso el autor, sino „para toda suerte de personas."

REFLEXIONES.

Al ver la seguridad con que se vive en el mundo, la alegría que brilla en todas sus diversiones, y estas diversiones como sembradas y esparcidas por todas las edades de la vida; al ver aquella ostentacion, aquel fausto, aquella profanidad que así confunde todas las clases y condiciones: al oir las conversaciones y los discursos mas ordinarios de las gentes poco devotas; y de esas mugeres del siglo; ¿diríase por ventura que todas estas personas creen como infalibles las verdades mas espantosas del cristianismo? ¿Se las haria mucho agravio en preguntarlas si eran cristianas? Aquella licencia que se toman, ó por mejor decir, aquella descarada impiedad con que se divierten en hacer burla de la devocion y de los devotos; en hacer ridículos los exercicios, los actos de religion mas respetables; en constituirse censores de las leyes mas santas; en hacerse maestros de las máxîmas mas corrompidas del vicio y de la libertad; en tratar de simples y de mentecatos á los que viven cristianamente; aquella licenciosa osadía, aquella escandalosa desvergüenza, aquel tono altanero, aquel ayre pagano acobarda á los buenos; cede, digámoslo así, la virtud, se corta, se esconde, se humilla á vista de aquella fiera y atrevida avilantez; pero no dura largo tiempo la tiranía. La muerte hace siempre justicia á la virtud; nunca prescribe la iniquidad contra el verdadero mérito. Los disolutos y los devotos, las mugeres profanas y las piadosas, tarde ó temprano, todas y todos, se rinden á este tribunal: todos y todas comparecen ante el soberano Juez: *Tunc stabunt justi in magna constantia.* Mudóse entonces enteramente èl teatro; represéntanse nuevas escenas; no se admiten allí títulos, ni dictados pomposos; equipages, tren y muebles preciosos, no pasan; todo el mundo comparece delante de los ojos de Dios sin máscara y sin disfraz. ¡Qué

alegría entonces! ¡qué confianza la del justo! Erguiráse entonces, dice el Sábio, con grande valor contra los que tanto le maltrataron. ¡Pero qué turbacion! ¡qué horrible estupor para los malos! ¡cuál será su asombro cuando vean que el justo se salvó contra toda su esperanza! *Et mirabuntur in subitatione insperatæ salutis.* Entonces se disipan las ilusiones, cáese la mascarilla, y se ven las pasiones apagadas ¡Mas qué remordimientos tan estériles! ¡qué arrepentimientos tan infecundos! Entonces aquellos hombres sin religion, aquellos ídolos del mundo, aquellos impíos ya desenmascarados se dirán los únos á los ótros arrancando profundos suspiros de aquellos sus oprimidos corazones: *Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum*: éstos son aquellos que en algun tiempo eran el objeto de nuestras zumbas, de nuestros desprecios, de nuestros escarnios. Éstos son aquellos que nosotros mirábamos con una especie de maligna compasion: *Nos insensati*: los necios, los simples, los insensatos éramos nosotros, que teníamos su vida por locura, y reputábamos su muerte por ingloriosa. *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*: y ahora veislos allí elevados á la dignidad de hijos de Dios, y veísnos aquí á nosotros infelices, condenados, réprobos, y objeto funesto de su terrible indignacion. Á éllos les ha tocado por herencia ser contados en el número de los santos: á nosotros se nos ha destinado por habitacion y por legítima en el infierno. Mortales divertidos, hombres sin religion, disolutos, libertinos, mugeres idólatras de la profanidad; así habeis de discurrir algun dia, así habeis de hablar; así habeis de sentir con un arrepentimiento tanto mas cruel, y tanto mas amargo, cuanto mas inútil. En el mundo se representa una comedia, se rie, se alegra, se campa, se triunfa; pero un poco de paciencia, la muerte, el juicio, la eternidad harán justicia á todos, y pondrán las cosas en su lugar.

El evangelio es del cap. 20. de san Mateo.

In illo tempore: Accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens

En aquel tiempo: Se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y

aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

pidiéndole alguna cosa. El cual la dixo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió élla: Manda que estos dos hijos mios se sienten úno á tu diestra, y ótro á tu siniestra en tu reyno. Respondiendo, pues, Jesus, dixo: No sabeis lo que pedis. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Les respondieron: Podemos. Díxoles: Bebereis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

Que el despeño en los mayores desórdenes, y en los precipicios mas funestos, nace frecuentemente del desprecio de las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa dispone tanto para la caida en los pecados mas graves, como el descuido en evitar los mas leves. Aquella negligencia habitual en cumplir con las obligaciones mas menudas: aquella frecuente infelicidad en ciertas cosillas que se representan de poca importancia, van debilitando al alma. Los auxílios se comunican en menos abundancia; las pasiones se hacen mas vivas; la confianza mas tibia, y el tentador mas osado y animoso.

No hay edificio, dice el Sábio, tan fuerte, ni tan bien edificado, que al cabo no le arruine una gotera de que no se hace caso; y la pereza, añade el mismo, será ocasion, ó causa de que se venga al suelo la techumbre. Va el agua poco á poco pudriendo las maderas, cala las paredes, penetra hasta el cimiento, y minándole, de tal manera le socaba, que toda la casa da en tierra. ¿Y esto por qué? Por no haber hecho á los principios algunos cortos reparos, por

no haber registrado los tejados, se vino á arruinar todo el edificio. Lo mismo sucede en el edificio espiritual, dice Casiano; cierto espíritu de relaxacion; no sé qué tibieza, á cuyo favor se hace poco caso en defectillos ligeros, se van insinuando poco á poco dentro del alma, van haciendo titubear la firmeza de los mas santos propósitos, y debilitan en fin de tal manera el cimiento de nuestra devocion, que al cabo se viene al suelo todo el edificio espiritual. Al principio hubiera sido fácil remediarlo; la causa del mal tenia muy poca fuerza; ese torrente, que todo lo llevó delante de sí, en su origen era un arroyuelo despreciable. No pocas veces una rendija mal calafeteada, por donde se introduxo el agua en el navío, es causa del mas funesto naufragio. Desengañémonos, que hay pocas de esas grandes caidas que se ven en órden á las costumbres, que no hubiesen tenido un principio ligero, y al parecer despreciable. ¡O buen Dios, cuántos condenados hubieran evitado el verse precipitados en los infiernos, si hubiesen entendido y practicado esta doctrina.

Sucede en las enfermedades del alma lo que en las del cuerpo. Muy fácilmente se pudo evitar aquel desorden total de los humores, aquella inflamacion interna, aquella fiebre maligna, aquel catarro pestilente, todas esas mortales dolencias en su principio eran casi nada; con haberse abstenido de aquella fruta, con no haber hecho aquel exceso; con un poco de régimen, y de dieta, una ligera medicina nos hubiera librado de tan gran mal. Pero despues que los humores malignos inundaron é inficionaron toda la masa; despues que la fluxion tomó su curso; despues que se estancó esa grande porcion de pituita y de atrabilis, inutilmente se acude á los remedios. Ya llega tarde el auxîlio, cuando prevaleció la enfermedad. Las muertes repentinas no reconocen otras causas. Discurramos del mismo modo en las dolencias del alma, porque la analogía no puede ser mas cabal. ¡Mi Dios, y á qué paradero suelen conducir las faltas pequeñas tratadas con desprecio! ¡y cómo hubiera prevenido estas funestas caidas un poco de mas delicadeza de conciencia en el cumplimiento de cien menudas obligaciones! un poco de mas circunspeccion, un poco de mas regularidad, un poco de mas mortifi-

cacion! Esto hizo decir á los santos, que en cierta manera son mas peligrosas las faltas pequeñas, que las mayores; porque éstas, cuanto mas facilmente se conocen, mas cuidadosamente se procuran evitar, y en llegando á caer, prontamente se solicita levantarse de éllas; pero las ótras cuanto mas se conocen, menos se evitan. Un violento acceso de calentura sobresalta tanto, que al punto se acude al remedio; pero una fiebre lenta y casi imperceptible da poco cuidado; se domestica con el enfermo, hasta que poco á poco da con él en la sepultura. ¡Ah, Dios mio! ¿Y á qué he atribuido yo hasta aquí mis mayores caidas?

PUNTO SEGUNDO.

Considera los muchos y tristes exemplos que nos hacen demostracion de esta verdad.

Tertuliano, aquel ilustre defensor de la fe, aquel célebre apologista de la doctrina que enseña nuestra religion, al cabo se pervirtió; no fue mejor fin el que tuvo Orígenes; ¿y quién no se estremece con solo acordarse de la caida de Salomon, y del desastrado fin del infeliz Apóstol? No hay que buscar la causa de estas funestas resoluciones en la violencia de la persecucion, ni en los artificios del tentador, ni en el torrente de los malos exemplos. *Abscissus est lapis, et percussit statuam* (Dan. 2.). Una china echó por tierra, hizo pedazos esos colosos.

Introdúxose en el corazon de Tertuliano cierta secreta aversion á los clerigos de la iglesia romana, por parecerle que le habian hecho algunos desayres; no acudió con tiempo al remedio, fuéla fomentando mas y mas; y esa fue la china que le derribó.

Orígenes, lleno de estimacion propia, y mas satisfecho de sí mismo de lo que debiera, se entregó ciegamente á su propio dictamen; y un poco de vanidad consentida, no despreciada á los principios, y alimentada despues, perdió en fin á este grande hombre: *Abscissus est lapis.*

Salomon, el mas religioso entre todos los príncipes, el mas sabio entre todos los hombres, despues de haber edificado al verdadero Dios un templo magnífico, ca-

yó él mismo miserablemente en la idolatría. Judas, aquel discípulo tan favorecido, y que habia sido llamado al apostolado con vocacion tan especial, hace traicion á su maestro. Caidas tan terribles nunca tienen la causa muy inmediata; siempre viene muy de atras su funesto principio. Salomon confió demasiado de su corazon, y Judas de su codicia. Las pasiones en su nacimiento y en su orígen nada descubren que ofenda mucho á la vista, ni pueda dar grande cuidado; van á los principios caminando muy poco á poco, y por decirlo así, paso á paso; apenas hacen ruido; y si hacen alguno, es un murmullo sordo, que no inquieta los oidos. *Ut quid perditio hæc?* (Matth. 26.) Tal vez no falta un pretexto de caridad con que cohonestar el motivo. Pero cuando el amor propio llegó á domesticarse, y cuando una pasion reciente logró ser acariciada, jamás se envejecen sino á costa de grandes estragos. Era un leoncillo domesticado, familiar y manso, de quien ninguno se desconfiaba; pero cuando ese cachorro llegue á ser leon, él sabrá encontrar su presa, él despedazará á los mismos que le daban de comer y jugueteaban con él: *Factus est leo, et didicit prædam capere* (Ezech. 19.).

Desengañémonos, el que fuere infiel en las cosas pequeñas, tambien lo será en las grandes. Así lo asegura el mismo Jesucristo. Un religioso tibio, y un cristiano imperfecto dicen lo contrario. ¿A quién hemos de creer?

No se quiere conceder á Dios la observancia de una regla pequeña; niégansele, digámoslo así, hasta unas frioleras; y cuando el enemigo viene á luchar á brazo partido con nosotros, queremos que Dios vaya á escoger allá en el inmenso caudal de sus tesoros los auxîlios mas exquisitos, las gracias mas eficaces y mas robustas para sostenernos. En dexando arruinar las fortificaciones exteriores de una plaza, en dexando que las murallas se vengan á tierra, ya no está en estado de defensa. ¿Dexáste ya aquella circunspeccion, aquella delicadeza de conciencia, aquella exâcta y regular observancia? pues tú serás cogido por sorpresa. Esas pequeñas devociones, que parecen de poca entidad; esas obras de supererogacion; esas menudencias de la vida religiosa, son como las obras avanzadas que detienen al enemigo léjos de la plaza;

pero cuando no están bien guardadas y defendidas estas entradas, es milagro que el enemigo no la insulte.

Pasa Saul á cuchillo á los amalecitas, y perdona algunos rebaños de sus ganados, y aun esos destina para el sacrificio. Pues Saul es reprobado, porque obedeció á medias, porque en su obediencia hizo poco aprecio de ciertos puntillos al parecer de poca importancia.

¡Ah, Señor, y cuánto tengo que reprenderme en esta materia! ¡Mas, oh y cuánto debo temer! Infiel á vuestra doctrina, y aun á vuestros preceptos, no hice caso de mi negligencia en el cumplimiento de ciertas menudas obligaciones; y puede ser que esta infidelidad sea el orígen de mi perdicion. No lo permitais vos, Dios mio; porque conozco mi error, condeno mi negligencia; y espero que mi aplicacion en adelante á cumplir con la mayor exâctitud toda mi obligacion en las cosas mas pequeñas, mediante vuestra divina gracia, me pondrá á cubierto de todo riesgo.

JACULATORIAS.

Servavi mandata tua, et testimonia tua: quia omnes viæ meæ in conspectu tuo. Salm. 118.

Vos, Señor, sois testigo de todas mis operaciones, y por tanto quiero agradaros en todas éllas.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

En todo tiempo, Señor, deseó mi alma observar tu santa ley con la mayor exâctitud.

PROPOSITOS.

No hay espectáculo mas digno de asombro que ver algunas veces ciertas personas verdaderamente respetables por la santidad de su estado, instruidas en la escuela de Jesucristo, alimentadas largo tiempo con el pan de los ángeles; despues de haber envejecido en el exercicio de las virtudes, precipitarse en las mas funestas caidas, y hacerse objeto triste de la ira del Señor, habiéndolo sido antes de sus mayores misericordias, de sus mas piadosas

bondades. No hay que buscar la causa principal de estos lastimosos naufragios, ni en la violencia de las tempestades, ni en la multitud de los escollos; desengañémonos, que no siempre son los vientos impetuosos los que echan por tierra los mas empinados cedros del monte Líbano; la sequedad, y un gusanillo vil y disimulado bastan para derribarlos. La mas soberbia estátua cae al suelo á impulso de una pequeña piedra. Hablemos sin figuras: esas almas de primera clase; esas personas tan favorecidas de Dios; esos modelos de perfeccion, insensiblemente fueron decayendo. Comenzaron á cansarse en medio de la carrera esos héroes del cristianismo; al principio no fue mas que un poco de tibieza, ó á lo sumo una especie de descanso, al parecer inocente; siguióse despues el disgusto; miraron un poco hácia atras despues de haber puesto mano al arado; al disgusto sucedió la relaxacion, y á ésta una indevocion total. ¿No podrás acaso ser tú mismo exemplo y prueba cierta de esta triste verdad? ¡Y qué digno de compasion serás, si se ha repetido en ti esta funesta experiencia! A esas faltillas ligeras, á esos cortos ensanches en el primitivo fervor, á esas dispensacioncillas se deben atribuir esas grandes caidas; remedíalas sin dilacion, y concibe desde este mismo punto un grande aborrecimiento á los pecados veniales.

2 ¿No estás sujeto á la miseria de hablar con un poco de mas facilidad y libertad de lo que fuera justo de las faltas agenas? ¿no conservas en tu corazon cierto resentimientillo, cierta aversion contra aquella persona, ó por sus modales ofensivas, ó por que te jugó alguna pieza, ó porque la miras con natural antipatía? ¿no visitas con demasiada frecuencia á ciertas personas? ¿no tienes ciertas conversaciones demasiadamente largas, y aun demasiadamente tiernas con personas de otro sexô? ¿aunque sean con los mas plausibles, con los mas especiosos pretextos? ¿no cometes ciertas faltillas ligeras contra tus votos, ó á lo menos segun las leyes particulares que te has impuesto á ti mismo? ¿no concedes á tus sentidos ciertas libertades no muy inocentes? ¿no te tomas ciertas licencias que tu devocion te habia en otro tiempo prohibido, y que ni aun hoy son muy conformes

á la conciencia, ni al espíritu de la religion? Pon en la misma cuenta ciertos pecados de omision, que se tratan como cosa ligera, &c.; y ves ahí el funesto orígen de los mas graves pecados, y como las arras, digámoslo así, de la conducta eterna. No dexes pasar el dia sin hacer lo que puedas para cegar este infeliz manantial, y á este fin haz alguna oracion particular á la santísima Vírgen.

DIA SÉPTIMO.

San Estanislao, obispo y mártir.

Nació san Estanislao en Sezepanow, diócesi de Cracóvia, el dia 26 de julio del año de 1030, y fueron sus padres Wielislao y Boña, ambos de casas ilustrísimas en el reyno de Polonia. Siendo tan distinguidos estos señores por la nobleza de su sangre, aún lo eran mucho mas por la de sus virtudes; constituyéronse padres de los pobres, hallando en éllos las viudas, los huérfanos y los necesitados socorro, amparo y proteccion. En fin, no habia casa mas exemplar, ni mas cristiana. Por la particular devocion que profesaban á santa María Magdalena, edificaron á la santa en una de sus tierras un suntuoso templo, en el que pasaban la mayor parte del dia en oracion. Ya habian perdido la esperanza de tener hijos, cuando despues de treinta años de casados tuvieron á Estanislao. Su gozo fue el que se dexa considerar; y creció sensiblemente cuando observaron en el niño una como inclinacion innata á la virtud.

Esmeráronse con el mayor cuidado en criarle en el temor santo de Dios; pero nada tuvieron que hacer en la educacion de Estanislao. Todo su entretenimiento y todo su gusto era la oracion. Pasaba horas enteras de rodillas delante de los altares, y esto en una edad en que para hacer que otros niños se estén en la iglesia, es menester divertirlos y engañarlos. Sobre todo, su tierna de-

vocion á la santísima Vírgen fue tan sobresaliente, que casi se echó de ver en él desde la cuna, y la conservó toda la vida.

Apenas tenia Estanislao ocho ó nueve años, y ya su virtud era la admiracion de todos; su ingenuidad, su docilidad y su modestia eran claros indicios de su inocencia. Descubrió presto su inclinacion á la austeridad y al espíritu de penitencia; dexó la cama, y comenzó á dormir en la desnuda tierra; tan ingenioso en mortificar los sentidos, que se pasaban pocas horas del dia sin hacer de éllos algun generoso sacrificio. Era su vida un perpétuo ayuno; y en una complexíon tan robusta, como mostraba ser la suya, causaba mayor admiracion su excesiva abstinencia. Parece que habia mamado con la leche el amor, la caridad con los pobres; todo se conseguia de él con tal que le diesen dinero para dar limosna; y era muy regular repartir entre los pobres el que le daban para jugar y para divertirse.

Alegrísimos los padres de Estanislao al ver tan bien logrados los desvelos con que habian atendido á su educacion, le enviaron á estudiar á Gnesnes, y despues á París. Hizo admirables progresos, porque estaba dotado de un excelente ingenio. Quisieron hacerle doctor en aquella célebre, y entonces primera universad del mundo; pero lo resistió su humildad. Despues de haber residido siete años en París, se restituyó á Polonia, donde se halló habia heredado una rica sucesion por muerte de sus padres.

Deseando no pensar en otra cosa que en su eterna salvacion, distribuyó todos sus grandes bienes entre los pobres. Deliberó mucho tiempo si entraria en alguna religion; pero conociendo Lamberto, obispo de Cracovia, de cuánto exemplo y de cuánta utilidad sería á todo el clero la virtud de Estanislao, le persuadió á que abrazase el estado eclesiástico; le ordenó de todas órdenes, y proveyó en él una prebenda de aquella iglesia.

Luego que Estanislao se vió dedicado al sagrado ministerio de los altares, solo pensó en hacerse digno de tan alta dignidad por medio de una vida exemplar, persuadido á que el canónigo tiene obligacion de arreglar sus costumbres y toda su conducta á la perfeccion de

los sagrados cánones, redobló su fervor, su espíritu de mortificacion y de penitencia, y se puso entredicho de toda comunicacion no necesaria con los mundanos y con los seglares. A todos edificaba su virtud y su modestia, formándose en pocos dias perfecto modelo de la vida que deben hacer los canónigos.

Pero esta virtud no era ociosa, ó menos activa. Aunque profesaba tanto amor á la soledad y al retiro, siempre estaba pronto á sacrificarse al mayor bien espiritual de los próximos: predicaba con tanta eficacia, espíritu y mocion, que bastaba oirle para convertirse; siendo pronto y visible fruto de sus sermones y de sus exemplos la reforma de las costumbres en Cracovia, y en toda su comarca; pasando despues á lo restante del obispado, que en poco tiempo mudó de semblante.

No hartándose el obispo Lamberto de dar gracias á Dios por la acertada eleccion que habia hecho de tan insigne operario, comenzó desde luego á mirarle ya como á sucesor suyo en el obispado, y aun le instó á que aceptase la renuncia que pensaba hacer de él en su favor, pero se sobresaltó tanto su humildad, que lo mas que pudo conseguir de Estanislao, fue descargar en él el cuidado de la predicacion, y tambien el de la mayor parte de la administracion del obispado.

Pero esto no duró mucho; porque vacando la silla episcopal por muerte de Lamberto, así el clero como el pueblo pidieron unánimemente por obispo á Estanislao. Todo fue menester, y nada menos bastaria para vencer su humildad. Luego que se vió pastor de los que tanto habia edificado, se constituyó padre de todos. Aplicóse de nuevo á la instruccion de su pueblo con tanto empeño, que su zelo, su caridad y su solicitud pastoral apenas le permitian tiempo para algun reposo.

No se contentaba con visitar cada año todas las parroquias del obispado, descendia á lo mas menudo de las necesidades espirituales y corporales de todas sus ovejas, proveyendo á todas con tanta caridad, que era voz comun, que las rentas del obispado de Cracovia no eran del Obispo, sino de los pobres. Tenia tanto gusto en dar limosna, y la daba con tanta liberalidad, que su palacio

jamás se evacuaba de afligidos y de necesitados. Pocos dias se pasaban sin que fuese personalmente á visitar á algunos pobres enfermos, y ninguno sin que diese pruebas de su gran zelo y de su ardiente caridad.

Pero sobre todo, su vigilancia y su atencion particular era sobre los clérigos, especialmente sobre los sacerdotes. No le parecia bastante que su vida no fuese escandalosa; queria que fuese exemplar, y que correspondiese en todo á la santidad del estado. Ganaba á todos con su dulce trato; y su apacibilidad desarmaba á los mas obstinados.

Léjos de que la sublime dignidad de obispo le sirviese de pretexto para templar algo la penitente austeridad de su vida, la estrechó mas luego que se vió con la mitra. Sus ayunos eran contínuos, sus penitencias excesivas, ciñéndose un áspero cilicio, que no quitó del cuerpo hasta la muerte; de manera, que apenas era conocido por otro nombre, que por el del santo Obispo, y toda Polonia le veneraba con admiracion y con respeto.

Reynaba entonces en Polonia Boleslao II., cuya desordenada vida lloraban los buenos, y escandalizaba á todo el reyno. No habia prelado que se atreviese á representarle el borron que echaba á la gloria de su nombre, y el peligro á que exponia la salvacion de su alma; solo Estanislao tuvo valor para hacerle una representacion, llena del mayor respeto, suplicándole que considerase el grande escándalo que daba á los señores de la córte y á todo el pueblo; y arrojándose de rodillas á sus pies, le suplicó con muchas lágrimas que aplacase la ira del cielo por medio de una conversion pronta y sincéra.

Aunque irritó al Rey la libertad con que le habló, reprimió por entonces su indignacion, contenida del respeto á la eminente virtud del santo Obispo, y aun fingió rendirse á sus saludables consejos. Pero apenas le perdió de vista, cuando encendida de nuevo la cólera, se quejó, en presencia de sus cortesanos, de la libertad atrevida del Obispo; y creció su resentimiento al paso que iban creciendo sus desórdenes. Poco tiempo despues arrebató el Rey por fuerza de la casa, y del poder de su marido á una de las mas virtuosas señoras del palatinado de Sirard, llamada Cristina. Este ruido-

so atentado irritó á la nobleza, y excitó la indignacion de todo el clero; pero ni el arzobispo de Gnesnes, aunque primado, ni los prelados que se hallaban en la corte, osaron hablar palabra al Rey, por no experimentar los efectos de su cólera. Solo Estanislao, altamente conmovido de tan pernicioso escándalo, y posponiendo su preciosa vida al cumplimiento de su obligacion, como otro san Juan Bautista, tuvo espíritu para decir al Rey, con todo el respeto y con toda la veneracion debida á la magestad, que no le era lícito tener la muger de ótro.

Furiosamente irritado Boleslao, le volvió las espaldas con enojo y con desprecio, resolviendo en su corazon vengarse del obispo de Cracóvia hasta perderle. Pero como la exemplar vida de Estanislao, y su notoria virtud universalmente reconocida de todos, no podian ofrecer motivo verdadero, ni aun pretexto aparente para hacerle causa, se tomó el partido de recurrir á la calumnia.

Habia comprado Estanislao á un caballero, llamado Pedro, el territorio de Piotravin en el palatinado de Lublin, pagándole el precio en presencia de testigos; habíale unido á su iglesia; y el mismo Rey habia infeudado el contrato; por lo que el Santo se hallaba despues de tres años en pacífica posesion de aquella tierra. El deseo de molestar al Obispo encontró modo en este contrato para suscitarle un pleyto. Mandó decir el Rey á los herederos de Pedro, que si querian recobrar aquella tierra, no tenian mas que citar al Obispo en justicia, y ponerle la demanda ante el mismo Rey; los herederos, sobrinos del difunto, con la codicia y con la ansia de recobrar lo que habia sido de su tio, citaron al obispo de Cracóvia para que compareciese ante el Rey en el dia de la convocacion, que se llamaba el coloquio.

Compareció el Santo, y las partes contrarias demandaron ser reintegradas en la posesion de aquel terreno, alegando haber sido usurpado. Defendióse Estanislao diciendo, que la tierra habia sido comprada, y bien pagada en vida de su legítimo dueño. Negaron el hecho los contrarios: el Obispo produxo sus testigos; pero como á éstos los habian amenazado con la muerte si decian la verdad, ninguno se atrevió á deponerla, y todos fue-

ron perjuros. Ya estaba para ser condenado Estanislao, cuando volviéndose á Dios, y lleno de una santa confianza en su proteccion, dixo al Rey en presencia de aquella numerosa junta, que si se le concedia el término de solos tres dias, dentro de éllos produciria un testigo, á quien todos se verian obligados á creer, porque seria el mismo Pedro, muerto tres años habia.

Al oir una proposicion tan extraordinaria como asombrosa, todos la admitieron, y el Rey concedió el término de los tres dias, que pasó Estanislao en ayunos y oraciones. Llegado el dia señalado, celebró el Santo misa, y vestido de pontifical, seguido de un inmenso pueblo, se enderezó á la sepultura de Pedro; mandóle abrir, y se halló el cuerpo convertido en polvo. Hizo el Santo una fervorosa oracion á Dios, acompañada de muchas lágrimas, y tocando aquel polvo, le mandó en nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu santo, que reviviese, y resucitase para dar testimonio de la verdad. Al punto el polvo se configuró en cuerpo humano, resucitó el muerto, y salió de la sepultura. A vista de tan gran milagro rompieron todos los presentes en grandes gritos de admiracion y de alegría. Tomó el Santo de la mano al muerto resucitado, y conduciéndole primero delante del altar mayor para rendir gracias á Dios, le llevó despues, acompañado de un increible gentío, á la presencia del Rey y de toda la junta general, para destruir la calumnia. Asombróse tanto así el Príncipe, como todos los de la junta, al ver aquel espectáculo, que ninguno tuvo aliento para decir ni una sola palabra. Entonces, volviéndose al Rey el santo Obispo, le dixo: Señor, aquí está el testigo incontestable que ofrecí presentar; de él podrá saber la verdad V. M. si fuere servido. Sí, Señor, continuó el resucitado difunto, es cierto que vendí al obispo Estanislao mi tierra de Piotravin, y que me pagó el precio en que nos concertamos, por lo que mis sobrinos no tienen razon para inquietarle en este punto. Dixo esto con voz tan clara y tan esforzada, que lo oyó todo el concurso; en el cual se levantó una especie de murmullo, que mostró bien la indignacion que todos habian concebido por la injusticia que se le ha-

cia al Santo. El Rey quedó espantado, y al mismo tiempo irritado dentro de su corazon con cierta oculta rabia; pero como la justificacion era tan evidente, sin haber arbitrio para contestarla, confirmó al Obispo en la posesion de la tierra; y Estanislao, acompañado de los principales miembros de la junta general, volvió á conducir tranquilamente al resucitado Pedro á su sepultura, donde entró, se acomodó, y volvió á morir, habiéndose hecho despues muchos sufragios por su alma. El concilio de Basiléa produce este famoso milagro contra el artículo cuarto de los husitas, que defendian no debia la Iglesia tener rentas, ni poseer bienes temporales.

A vista de tan gran prodigio se suspendió por algun tiempo la cólera del Rey contra el Obispo; pero no duró mucho la bonanza. Gemian todos los estados del reyno baxo la intolerable tiranía del Príncipe mas disoluto que se habia visto en el trono; y no hallándose siquiera uno que se atreviese á hacerle una humilde representacion, se recurrió al generoso Estanislao, que tercera vez fue á representarle cuánto debia temer la indignacion de Dios, justamente irritado contra tantos delitos como habia cometido. Hízolo con tanto respeto y con tantas lágrimas, que Boleslao se mostró algo enternecido; pero como el Santo le estrechase á que se convirtiese, no quiso darle oidos; y se entregó mas que nunca al abismo de sus desórdenes.

Gemia Estanislao dia y noche en la presencia de Dios, no cesando de pedir la conversion del Rey, y añadiendo nuevas penitencias á sus oraciones y á sus lágrimas. Pero viendo que nada aprovechaban estos remedios, juzgó que debia echar mano de la severidad de las censuras; y habiéndole separado de la comunion de los fieles, le interdixo la entrada en la iglesia. Enfurecióse Boleslao, y resolvió librarse de una vez del santo Obispo. Supo que se habia retirado á la capilla de san Miguel, poco distante de la ciudad, y le siguió para poner su intento en execucion: dixeron al Rey que estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, y mandó á sus guardias que le matasen en el mismo altar. No se espantó el Santo á vista de los asesinos, porque

habia mucho tiempo que se consideraba como víctima destinada al sacrificio; pero los asesinos se atemorizaron tanto á vista del Santo, que poseídos de un pavoroso respeto, se salieron de la iglesia; lo que visto por el desdichado Rey, lleno de un rabioso furor, él mismo tomó un sable, y descargó sobre la cabeza de Estanislao tan terrible golpe, que le tendió muerto sobre el mismo altar en que estaba celebrando, habiendo sucedido esto el dia 8 de mayo del año 1079.

Enfurecido mas y mas el impío Rey con el horrible delito que acababa de cometer, mandó que sacasen de la iglesia el santo cuerpo, y que haciéndole pedazos, los arrojasen en el campo para que sirviese de presa á las aves de rapiña. Pero tomó Dios de su cuenta la defensa de aquellas sagradas reliquias; porque envió una águila, que haciéndolas centinela dia y noche, espantó á todas las bestias carniceras, hasta que juntando los canónigos los esparcidos miembros del santo cuerpo, le enterraron secretamente delante de la iglesia de san Miguel, donde no tardó el Señor en manifestar la gloria del santo Obispo.

Llegó á los oidos del papa Gregorio VII. la noticia de este sacrílego parricidio, y al punto fulminó excomunion contra el rey Boleslao, y contra todos sus cómplices, dando órden al arzobispo de Gnesnes, y á todos los obispos de Polonia, para que los denunciasen públicamente, y cerrasen todas las iglesias. A los principios mostró el Rey hacer poco caso, y aun burlarse de la excomunion y del entredicho; pero no dexó Dios por largo tiempo sin castigo este desprecio. Vióse aquel desventurado Príncipe objeto infeliz del ódio y de la exêcracion de todos sus pueblos; acometiéronle á un tiempo todas las desgracias; perdió en menos de seis meses cuantas conquistas habia hecho á sus enemigos; encendióse la guerra civil; y trastornadas despues las estaciones del año, acabaron de arruinar á todo el reyno.

Pero ninguna de estas desgracias le causaba tanto dolor y tanta rabia, como la noticia de las maravillas que cada dia obraba Dios en el sepulcro del Santo. Quiso informarse por sí mismo si era verdad que por la noche se iluminaba el sepulcro con una claridad mila-

grosa. Y habiendo subido al castillo de Cracovia, luego que descubrió aquella claridad, quedó tan poseido del pasmo, que casi perdió el juicio. La inquietud y turbacion de su conciencia crecia al paso de las desgracias; y dexando á Polonia, se refugió en el reyno de Hungría á la proteccion del rey Ladislao; pero siguiéndole en todas partes la justicia de Dios, acabó de perder el juicio; errante por los campos y por los bosques, murió miserablemente, siendo las fieras sepultura de su cuerpo.

Duraron las milagrosas luces sobre la de nuestro Santo por espacio de diez años, esto es, hasta que su cuerpo fue trasladado con grande solemnidad á la catedral de Cracovia, y colocado en un magnífico sepulcro donde le honró Dios con tanto número de milagros, que hicieron su nombre célebre en todo el Universo, y obligaron á la silla apostólica á declararle por insigne mártir.

La misa es en honra del Santo, y la oracion es la siguiente.

Deus, pro cujus honôre gloriôsus pontifex Stanislaus gladiis impiorum occúbuit: præsta, quæsumus, ut omnes ejus implorant auxilium, petitionis suæ salutarem consequantur effectum: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, por cuya honra murió el glorioso pontífice Estanislao á violencia de las espadas de los impíos; suplicámoste nos concedas que todos los que imploran su amparo, consigan el saludable efecto de su peticion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fol.* 9.

NOTA.

»Así algunos escritores modernos, como tambien algunos padres antiguos, han dudado si este libro es verdaderamente de Salomon; bien que todos convienen »que es del Espíritu santo. Pero fuera de atribuírsele »á Salomon san Cipriano, san Agustin, Orígenes, &c. »no hay mas que leer los versículos 7 y 8 del capítulo 9, para quedar plenamente convencido de que no »fue otro su autor.

REFLEXIONES.

Insensatos de nosotros, que calificábamos su vida de locura, y su muerte de ingloriosa: ¡y ahora los vemos allí elevados á la dignidad de los hijos de Dios! Es cierto; las ilusiones alucinan durante la vida; pero su engaño no pasa los límites de la muerte; nuestras preocupaciones duran lo que duran nuestros dias. ¡Pero qué cosa tan triste es no conocer el error hasta que ya se tiene á cuestas la pena! Terrible arrepentimiento aquel que jamás se ha de acabar, y ya no tiene remedio.

No todas las ilusiones son del entendimiento; tambien el corazon, tambien la voluntad padecen las suyas; y estas son verdaderas enfermedades, las mas incurables; ninguna que no sea voluntaria, y todas siempre molestas, siempre peligrosas. Nunca se descamina á medias el que se descamina por inclinacion.

El amor propio es el manantial mas fecundo de las ilusiones del corazon. Nunca se desconfia de éllas, porque siempre son gratas á los sentidos; apenas reynan en el alma, cuando la razon, digámoslo así, pierde su libertad. El entendimiento, el genio, la educacion, todo sigue ciegamente la impresion que hacen; todo cede á éllas. Ni las pasiones hacen progresos, ni causan daños sino á favor de las nieblas que las ilusiones levantan. Hasta los errores del entendimiento no tienen otro principio. Es menester curar el corazon si se quiere cegar el manantial mas ordinario de estos errores.

Son pocas las personas que se pueden reputar exêntas de estos engaños de la voluntad; ¿y son menos las que se defienden de éllos? ¿Qué condicion, qué estado puede hallarse tan feliz que sea impenetrable á estos errores? Los grandes por lo comun nacen tan llenos de tales preocupaciones á favor de su grandeza, que rara vez se desengañan de éllas; el pueblo se alimenta con el mayor gusto de todo aquello que le lisonjea; el mundo es verdaderamente el pais propio y nativo de las ilusiones del corazon; pocos mundanos hay que no estén preocupados de estas ilusiones. ¿Pero qué imperio no logran éstas sobre un ánimo, sobre un corazon que forma de éllas la regla de su devocion, de su conducta, y aun de su religion?

Los efectos ordinarios de estas ilusiones son una ambicion insaciable, un fondo sin suelo de avaricia, una obstinacion invencible en el error, una adhesion tenaz y caprichosa al partido que se sigue, una aversion de por vida, un ódio invencible, una hipocresía de profesion, un precipitarse sin remordimiento, y un querer perderse con resolucion de jamás arrepentirse. No hay vicio á quien estas ilusiones no lisonjeen; pocos que no pretendan hacer plausibles, y que no adopten. Y aquella artificiosa seguridad con que viven muchas personas, cuya conciencia tiene tantos motivos para estar sobresaltada, no nace de otro principio mas natural y mas comnn que de estas ilusiones voluntatias.

Nos insensáti! ¡Ah, qué insensatos hemos sido! ¿Qué tiempo es de abrir los ojos cuando ya todo es tinieblas para nosotros? ¿qué tiempo es de conocer y de confesar el error cuando ya nos hallamos en el precipicio? Debiéramos haber desconfiado con tiempo de nuestro propio dictámen, que sirvió de juguete y de burla á nuestro corazon: debiéramos haber escuchado sin preocupacion los consejos saludables de aquellos á quienes habia escogido Dios para que nos dirigiesen; debiéramos haber dado oidos á la Iglesia, y no habernos hecho esclavos de la pasion, de la vanidad y de nuestro propio juicio. ¡Insensatos de nosotros! ¡insensatos de nosotros! Esta será la cantinela de los disolutos y de los hereges en la otra vida: *Nos insensati!* Confesion sin provecho; confesion muy inútil. Debieras haberla hecho; debieras haberlo creido cuando te lo decian, cuando te hallabas en estado de enmendarte y de corregirte.

El evangelio es del capítulo 15. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est. Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum: et omnem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. Jam vos mundi estis propter sermonem, quem locutus sum vo-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Yo soy vid verdadera, y mi Padre es el cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, le quitará; y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Per-

bis. Manete in me, et ego in vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vitæ: sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites, qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur forâs sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis.

maneced en mí, y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; de la misma manera tampoco vosotros, si no permaneciéreis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin mí no podeis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras se conservaren en vosotros, pedireis lo que quisiereis, y os será concedido.

MEDITACION.

La desdicha de una vida ociosa é inútil.

PUNTO PRIMERO.

Considera el sentido de estas palabras: *Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum*: todo bástago inxerto en mí, que no lleváre fruto, mi Padre le arrancará. No basta que la rama esté unida al tronco, es menester que dé fruto; cuando no le da, se la corta con todas sus hojas; arrójase en el fuego, y arde. Esto es justamente en lo que pára una vida ociosa.

¿Pues qué suerte han de esperar aquellas personas que encanecen en una vida ociosa y regalona, cuyos dias vacíos son, por decirlo así, como dias de invierno estériles y helados? ¿De qué utilidad puede ser para el cielo una vida enteramente pagana de aquellas gentes del mundo, que ignoran hasta los primeros principios de la religion, ó si están instruidos en éllos, viven sin practicarlos?

Ciertamente, al ver en que se ocupa ordinariamente el dia de hoy la mayor parte de la gente del mundo, se pudiera preguntar si bastaba el nombre y la profesion de cristiano para no hacer en todo el dia cosa de provecho; ó si la inaccion y la inutilidad se reputan por vida cristiana entre los cristianos. ¿Cuántos se hallan tan ociosos, que fastidiados de su misma ociosidad no encuentran tiempo, ó por mejor decir, no tienen paciencia para asistir al santo sacrificio de la misa? En cierta manera se pudiera decir, que en fuerza de querer parecer poco devotos, y aun poco cristianos, dexan de serlo. Concursos de ociosidad, visitas inútiles, partidos de juego, entretenimientos sin substancia, diversiones frívolas, espectáculos y holgazanería; en esto se pasa toda la vida, por lo menos hasta que un reves de fortuna, ó una edad avanzada ya, y disgustada de todo, condenan á un hombre al retiro; y aun entonces su vida se reduce á una ociosidad enfadosa y haragana, que entra á suceder á la divertida y regalona. Los últimos dias de la vida son mas inquietos, pero no son menos ociosos. Entonces se hace un hombre ocioso por necesidad, despues de haberlo sido por gusto.

Parece que basta ser una persona rica, ser de distincion, ser jóven ó tener empleo, para juzgarse con derecho de perder el tiempo; sin que de ordinario tenga otra ocupacion que la inquietud que la causa el saber cómo ha de perderle. Una muger, casada con un marido cuya fortuna suple la obscuridad de su nacimiento, se persuade que la tendrian por una muger ordinaria y por plebeya si la viesen trabajar, y dexa el cuidado de su familia á una ama de llaves, ó á criados y criadas asalariadas. Las visitas, los cortejos, el tocador, el paseo, los espectáculos y el juego la consumen todo el tiempo; con asistir superficialmente á la iglesia por costumbre, por moda, ó de pura ceremonia; con hacer ciertas monadas ó ciertas exterioridades de devocion, juzga que ya no ha menester mas para acallar los remordimientos de aquella conciencia justamente sobresaltada. Este es el plan de vida de muchas personas que hacen profesion de cristianas; esto es, que siguen una religion en la cual se condena hasta la mas mínima palabra ociosa, y que indispensablemente pide de todos sus secuaces una vida pura, laborio-

sa, mortificada; y dias tan llenos, que solamente se da el premio y la corona á las buenas obras. Junta, si puedes, estos extremos, y comprende, si aciertas, este misterio. ¡Pero ah! que es muy facil comprenderle. Todo árbol que no diere fruto, será cortado, será arrojado al fuego y arderá. Exâminemos si tenemos que temer en esta materia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nunca fue vida cristiana la vida de esos hombres que parece viven solo para divertirse, de esos ociosos de profesion. Una leve tintura de nuestra religion basta para saber cuánto reprueba la ociosidad, y esa vida inútil, holgazana y regalona. Dase el cielo á los adultos á título de premio; ¿y sería bien que fuese este el salario de los ociosos? ¡Cuántos y cuántos tendrán por herencia la reprobacion eterna!

Hallaránse pocos que no tengan familia de que cuidar, ó á lo menos algun criado, algun dependiente de quien dar estrecha cuenta. Ninguno hay que no tenga muchas obligaciones con que cumplir, el grande negocio de la salvacion á que atender, talentos que aprovechar, dias señalados que santificar; y en fin, una terrible cuenta que dar á Dios de todos los instantes, y de todas las acciones de su vida. ¿Compónese bien creer todo esto, y vivir como se vive? Quien está cargado de tantas obligaciones, ¿puede decir que nada tiene que hacer? ¿puede no saber cómo ha de pasar el tiempo? Ni á un solo cristiano es lícito vivir como vive hoy la mayor parte de las personas del mundo.

En materia de costumbres dentro de la religion cristiana, los oráculos son decretos, y los preceptos caminan á la par con los artículos. El que no lleva su cruz todos los dias, *quotidiè*, como dice Jesucristo (*Luc.* 9.), en vano se lisonjea de ser discípulo suyo. *Velad y orad* sin cesar, daos priesa, esforzáos á entrar en el cielo. *Contendite.* Quien no se hiciere una contínua violencia para llegar á tiempo, no hallará lugar en él. No se da licencia para mirar atras una vez que se haya puesto mano al arado. Aunque fue tan pura, tan irreprensible la vida de aquellas

vírgenes, que por haberse dormido no hicieron en tiempo provision de aceyte; bastó este solo descuido, efecto de su ociosidad, para privarlas por siempre de la presencia del esposo, y para incurrir en su desgracia. Hasta los motivos de la sentencia final, que pondrá los escogidos en posesion de la eterna bienaventuranza, se fundan precisamente en el exercicio de las obras de misericordia: visitas de enfermos y encarcelados, limosnas á los pobres, caridad industriosa, zelo siempre activo y siempre fructuoso, velar y orar perpétuamente, siempre en guerra viva con el enemigo, siempre con obligacion de aprovechar los talentos, siempre dispuestos á dar cuenta exácta de éllos. Valga la verdad; ¿se haria mucho agravio á no pocos cristianos de los que viven en el mundo en preguntarles con seriedad, si real y verdaderamente era éste el evangelio que creian? Y si lo es, ¿se salvarán muchos de los que así viven en el mundo?

Siento en mí, Dios mio, toda la fuerza y todo el peso de estas reflexíones. ¡Cuántas horas, cuántos dias, cuántos años he perdido! Yo soy aquel estéril sarmiento, que unido á vos, no ha llevado fruto, y que debiera ser cortado para ser arrojado en el fuego. Muchos motivos tengo para temerlo; pero no tengo menos para confiar en vuestra misericordia, esperándolo todo de élla con el firme propósito que hago de mudar de conducta desde este mismo instante.

JACULATORIAS.

Adhæsit pavimento anima mea: vivifica me secundùm verbum tuum. Salm. 118.

Pegada está con el polvo mi pobre alma, oprimida del peso de mis miserias, á vista de la inutilidad ociosa de mi vida; levantadla, Señor, y fortalecedla segun vuestras divinas promesas.

Ecce mensurabiles posuisti dies meos. Salm. 38.

Concedísteme, Señor, una vida tan corta y tan medida; ¡y en medio de eso he perdido tantos dias!

PROPOSITOS.

Qui sectatur otium, *stultissimus est*, dice el Sabio (Proverb. 12.): el que ama la ociosidad, ó como lee el Hebreo, el que se arrima á gente ociosa y gusta de tratar con élla, es muy necio. Basta una leve tintura de nuestra religion para confesar que es la mayor y mas ridícula de todas las extravagancias creer lo que creemos, esperar lo que esperamos, y vivir como vivimos. Desengañémonos, la vida delicada y ociosa nunca fue vida cristiana. No hay condicion, calidad, estado ni edad que nos dispense en la obligacion de trabajar todos los dias por nuestra salvacion; de no perder un solo dia ni una sola hora; de velar, de orar y de combatir, de atesorar buenas obras, y de ponerlas á ganancias para el cielo. La ley es general. ¿Y qué otra significa la parábola de las vírgenes prudentes y necias, la del arrendador industrioso, la del criado perezoso y tímido, la de la higuera cargada de hojas y sin fruto? El supremo y soberano Juez solo hace mencion de las buenas obras cuando castiga y cuando premia. ¿Eres tú del número de aquella gente ociosa, ó de aquellas mugeres, cuya vida se pasa toda en componerse, en divertirse y en estar mano sobre mano? Pues llora tu estado, lamenta tu suerte; porque hay pocas señales mas ciertas de reprobacion que esa ociosidad, esa vida inútil. *Negotiamini dum venio* (Luc. 19.): negociad, beneficiad esos talentos que os he concedido hasta que yo venga; comerciad con las gracias, con los beneficios que os he hecho, con la salud, con el tiempo, con las conveniencias temporales, con la mocedad, con la vejez, con la prosperidad y con las mismas desgracias; todo lo habeis de poner á lucro. Ea, ¿qué te parece? ¿han sido llenos todos los dias de tu vida? Pues mira que ya no puede tardar en venir el Señor, considera si debes perder el tiempo, y si bastará el poco que te resta para resarcir el perdido. ¡Qué desgracia será la tuya si aun despues de este aviso prosiguieses en vivir dias vacíos!

2 Bien puede ser una vida inútil para el cielo sin ser ociosa. Harto laboriosa es la vida de la mayor parte de los que viven en el mundo; ¿pero qué fruto sacan de sus

trabajos y de sus afanes? Rara vez tiene lugar la ociosidad, ó á lo menos poco puede durar en una comunidad religiosa; porque no sufren gente ociosa sus exercicios. El zelo de la salvacion de las almas ya se sabe que destierra la ociosidad; apenas hay cosa mas afanada que la vida de los hombres apostólicos. Con todo eso, acuérdate que sucede no pocas veces que cuando esos hombres, en la apariencia tan ricos, se hallan acometidos del sueño de la muerte, no encuentran nada en sus manos. *Muchos me dirán en aquel dia*, dice Cristo: *Señor, ¿pues no profetizamos en vuestro nombre? ¿no lanzamos los demonios? ¿no hicimos milagros? Y yo responderé claramente: No os conozco: nunquam novi vos* (Matth. 7.). ¡Oráculo terrible! que prueba se puede trabajar mucho en la vida, sin adelantar cosa para el cielo. A fin de evitar esta desgracia, nada hagas por tu propia eleccion, por genio ó inclinacion natural. Pues vives sujeto á un superior, no hagas cosa que no sea por obediencia. Si estás en el mundo, dispon un método ó regla de vida que sea el móvil de todas tus operaciones; desconfia siempre de tu amor propio y de tu propio juicio. Pero mira siempre con horror la vida ociosa é inútil, teniendo perpétuamente en la memoria esta terrible sentencia: *Todo árbol que no lleva mas que flores y hojas, será cortado, y será arrojado al fuego* (Matth. 3.).

DIA OCTAVO.

La aparicion de san Miguel arcángel.

San Miguel arcángel, general, por decirlo así, de la milicia celestial, el primero de aquellos bienaventurados espíritus que asisten contínuamente al trono de Dios, y componen el coro octavo de la gerarquía del cielo, siempre fue venerado en la iglesia de Dios como el protector especial de los cristianos, del mismo modo que antes de fundarse el cristianismo lo habia sido del pueblo judío.

Aquel Ángel que el Señor envió al profeta Daniel para informarle del tiempo preciso en que habia de nacer el Mesías, y para instruirle en otros grandes misterios de la religion; hablando con él de lo que al fin de los tiempos habia de suceder para probar la fidelidad de los escogidos de Dios, le dixo que entonces se levantaria el gran príncipe Miguel, protector de los hijos del pueblo del Señor (Dan. 12.).

Habiendo, pues, señalado Dios por protector de su Iglesia al mismo que lo habia sido de la sinagoga, quiso manifestar á los fieles con señales sensibles cuánto valia esta proteccion; y por medio de diferentes apariciones del arcángel san Miguel moverlos á que le profesasen la mas tierna devocion, y á que le rindiesen el mas solemne y mas religioso culto. Entre otras, tres son las principales que celebra la Iglesia con mayor solemnidad, dedicando á cada una su fiesta particular.

La primera fue en Chones, ciudad de Frigia, y parece ser la mas celebrada y conocida de los griegos y de los orientales. Apareciése san Miguel en figura humana á un hombre de Laodicea que tenia una hija muda, y ésta cobró el habla al instante, milagro que convirtió al padre y á la hija, siendo ocasion de que se edificase un suntuoso templo en honra de san Miguel; así para consagrar, como para perpetuar su memoria, se instituyó en toda la Iglesia del Oriente una fiesta particular en honra del Príncipe de la milicia celestial, señalando para élla el dia 6 de septiembre. La ciudad de Chones se llamaba antiguamente Coloso; y es la que hizo tan conocida el apóstol san Pablo por su epístola á los colosenses.

Pero de todas las apariciones de san Miguel, la mas célebre es la que se hizo en el Monte Gárgano, llamado hoy Monte de santo Ángel, en la provincia Capitanata del reyno de Nápoles. Hizo tanto ruido este milagroso suceso, que para perpetuar su memoria, y para renovar de tiempo en tiempo la devocion de los fieles á su ilustre y poderoso Protector, instituyó la Iglesia la fiesta de este dia; y el suceso, segun se refiere, pasó de esta manera.

Hácia el fin del quinto siglo, gobernando la Iglesia de Dios el papa Gelasio, apacentaba su ganado un pastor sobre la cima del Monte Gárgano. Desmandóse un novillo,

y metióse en una cueva ó caverna; el pastor para obligarle á que saliese de allí, le disparó una flecha, la cual retrocediendo con la misma violencia con que habia sido disparada, hirió al pastor. Quedaron atónitos los circunstantes á vista de tan asombroso suceso, cuya noticia llegó presto á la ciudad de Siponto, que está á la falda del monte, y hoy se llama Manfredonia. Informado el Obispo, creyó desde luego que en aquel milagro se ocultaba algun misterio; y para conocer lo que Dios queria dar á entender por aquel prodigio, ordenó un ayuno de tres dias en todo su obispado, exhortando á los fieles á que juntasen la oracion con el ayuno, pidiendo á Dios se dignase descubrir su voluntad.

Oyó el Señor las oraciones del santo Obispo. Al cabo de los tres dias se le apareció san Miguel, y le declaró ser la voluntad de Dios que el Ángel tutelar de su Iglesia fuese singularmente reverenciado en el mismo sitio donde acababa de suceder aquella maravilla, para encender y animar la devocion y confianza de los fieles, experimentando particularmente en aquel lugar los dulces efectos de su poderosa proteccion.

Penetrado el Obispo de los mas vivos movimientos de agradecimiento y de piedad, juntó al clero y al pueblo; declaróle la vision que habia tenido, y fue procesionalmente con todos al parage donde habia sucedido el milagro. Encontraron en él una caverna ó una cueva bastantemente capaz, en forma de templo; la bóbeda natural muy elevada, y sobre la entrada en la misma peña una especie de ventana por donde le entraba bastante luz. Erigieron un altar; consagróle el Obispo, y celebró el santo sacrificio de la misa. Hízose despues la dedicacion de la iglesia con la mayor solemnidad y devocion; concurrieron todos los pueblos de la comarca, y duró la fiesta muchos dias. Enriquecida la nueva iglesia con preciosísimos dones, no se evacuó por algun tiempo; cantábase en élla las alabanzas del Señor, y se celebraban los divinos oficios con singular piedad en honor del patrono tutelar de la iglesia; aumentándose cada dia mas desde aquel tiempo la devocion de los fieles con el arcángel san Miguel.

No tardó mucho el Señor en manifestar con prodigios cuán grata le era esta devocion; autorizándola muy pres-

to con multitud de milagros. Hízose famoso el santuario del Monte Gárgano, siendo una de las mas frecuentes peregrinaciones de la cristiandad; y los favores que el Señor dispensaba en él á los que le visitaban, aumentaron por mucho tiempo el concurso de todas las naciones, venerándose como lugar santo la gruta en que sucedió esta maravilla.

Refiere Pedro Damiano que por los años 1002, habiendo el emperador Othon III. quitado la vida á un senador de Roma, llamado Crescencio, contra la fe de su palabra imperial, deshonrando despues á la viuda del difunto con escándalo de toda la Iglesia; arrepentido de sus culpas se fue á echar á los pies de san Romualdo, quien le ordenó fuese desde Roma hasta el Monte Gárgano con los pies descalzos á visitar la iglesia de san Miguel, para dar á Dios y al mundo esa satisfaccion por sus pecados; lo que executó el penitente Emperador con grande edificacion de toda la cristiandad; siendo éste un admirable testimonio de la particular veneracion que se profesaba á aquel prodigioso santuario.

Para eternizar esta veneracion, y para perpetuar con provecho la memoria del insigne milagro con que quiso Dios manifestar á los hombres la poderosa proteccion del arcángel san Miguel, y animar su confianza con esta aparicion, instituyó la Iglesia esta fiesta, señalando para ella el dia de hoy, como se ve en los sacramentarios antiguos.

De otras muchas apariciones de san Miguel se hace memoria en la Iglesia latina. Una de las mas memorables es la que refiere la Historia haberse hecho al obispo de Abranches sobre una peña ó escollo, llamado *la Tumba del mar*, situado en su diócesi á la entrada del mismo mar, en aquel recodo angular que forman la Normandía y la Bretaña.

Habiendo llegado á noticia del obispo Auberto un suceso maravilloso acaecido en la Tumba, muy semejante al del Monte Gárgano, él tambien, á imitacion del Obispo de Siponto, intimó en su obispado ayunos y oraciones para que el Señor se dignase declararles su voluntad. Pero no fue tan docil como el otro Obispo; porque aunque el Señor se la declaró con señales muy sensibles, se

resistia á creerlos con sobrada obstinacion, hasta que fue severamente castigado; y haciéndole la pena cuerdo y docil, reconoció que san Miguel queria ser particularmente venerado en aquel sitio. Sucedió esta aparicion por los años de 708; y el obispo Auberto edificó sobre la cima de la misma peña una bella iglesia, que se acabó el año de 709; y el dia 16 de octubre se dedicó solemnemente al arcángel san Miguel, quedando este dia señalado para celebrar todos los años la fiesta de la dedicacion, como se hace aun el dia de hoy con grande solemnidad. Este mismo prelado echó de allí á los ermitaños que hacian vida solitaria en el distrito de la peña, é instituyó doce canónigos para el servicio de la iglesia. Pero como en el discurso del tiempo los sucesores se relaxasen, haciendo una vida de poca edificacion, Ricardo I., duque de Normandía, los despojó del sitio, y convirtió la iglesia colegiata en un monasterio de benedictinos, que hasta el dia de hoy se conservan con observancia muy exemplar, y promueven la devocion del santuario; la cual le hizo perder su antiguo nombre; y hoy solo es conocido por el Monte de san Miguel, siendo una de las romerías mas célebres de Francia que han hecho muchos reyes cristianísmos, y aun la frecuenta el concurso de todas las naciones de la Europa.

Hace mencion la Historia eclesiástica de otras muchas apariciones del arcángel san Miguel; y con ocasion de una de éllas se le edificó un suntuoso templo en Constantinopla. Otro edificó en Roma el papa Bonifacio en aquel sitio que se llamaba *la Mole de Adriano*, y hoy se llama *el Castillo de santo Ángel.* Leon IV. mandó edificar el tercero en el Monte Vaticano, despues de la rota de los sarracenos, persuadido á que por mas que se multiplicasen estos monumentos, todos eran muy debidos y muy convenientes para excitar la devocion de los fieles con aquel, que al salir las almas de los cuerpos, las presenta delante del tribunal del Juez supremo, habiéndole señalado Dios por defensor y por patrono tutelar de su Iglesia.

La misa es en honra de san Miguel, y la oracion la que sigue.

Deus, qui miro ordine angelorum ministeria hominumque dispensas; concede propitius, ut à quibus, tibi ministrantibus, in cœlo semper assistitur, ab his in terra vita nostra muniatur: Per Dominum...

O Dios, que dispones con órden maravilloso todos los ministerios, así de los ángeles como de los hombres; concédenos benignamente que sea nuestra vida defendida en la tierra por aquellos que sirviendo á ti, asisten siempre en el cielo: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1. del Apocalipsi de san Juan.

In diebus illis significavit Deus quæ oportet fieri citò, mittens per Angelum suum servo suo Joanni, qui testimonium perhibuit verbo Dei, et testimonium Jesu Christi, quæcumque vidit. Beatus, qui legit, et audit verba prophetiæ hujus: et servat ea, quæ in ea scripta sunt: tempus enim propè est. Joannes septem ecclesiis quæ sunt in Asia. Gratia vobis, et pax ab eo, qui est, et qui erat, et qui venturus est: et à septem spiritibus, qui in conspectu throni ejus sunt: et à Jesu Christo, qui est testis fidelis, primogenitus mortuorum, et princeps regum terræ, qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.

En aquellos dias significó Dios las cosas que deben suceder presto, enviando (noticia) por medio de su Ángel á su siervo Juan, el cual dió testimonio á la palabra de Dios, y testimonio de cuanto vió en órden á Jesucristo. Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía, y guarda las cosas que estan escritas en élla; porque el tiempo está cercano. Juan á las siete iglesias que estan en el Ásia. Gracia á vosotros, y paz de aquel que es, que era, y que ha de venir: y de los siete espíritus que estan delante de su trono, y de Jesucristo, que es testigo fiel, primogénito entre los muertos, y príncipe de los reyes de la tierra; el cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

NOTA.

»El Apocalipsi, que quiere decir *revelacion*, contiene »en 22 capítulos una profecía llena de misterios sobre el »estado de la Iglesia desde la Ascension del Señor hasta el »dia del juicio. Este futuro estado se representa todo en »visiones, de una manera muy sublime, segun el estilo

»de las antiguas profecías, con las cuales tiene gran se»mejanza esta revelacion.

REFLEXIONES.

Beatus qui legit, et audit verba prophetiæ hujus, et servat ea, quæ in ea scripta sunt: bienaventurado aquel que lee y oye las palabras de esta profecía, y guarda las cosas que en élla estan escritas. Leer precisamente la sagrada Escritura, y entenderla, no basta para ser bienaventurado; de esa manera se daria la bienaventuranza á muy vil precio; nuestra religion se reduciria á una pura ceremonia si enseñára que todo el mérito consiste en el conocimiento de la virtud. Bienaventurado aquel que lee la Escritura, y observa las cosas que estan escritas en élla. La ciencia de la salvacion es ciencia práctica; los demonios entienden mejor la Escritura que nosotros. Leer y entender la palabra de Dios sin practicar lo que enseña, es hacer menos caso de élla que de la palabra de los hombres á quienes se tiene algun respeto. El criado hace poco aprecio de lo que le dicen cuando no es su amo el que lo manda; pero oir la voz del amo, y no obedecerle, sería intolerable desprecio. Muchos el dia de hoy leen con ánsia la sagrada Escritura; es muy santa y muy loable devocion, si se lee con el respeto que pide la palabra de Dios, y si se reforman las costumbres; pero si solo sirve para fomentar cierta oculta vanidad, para satisfacer cierta curiosidad perniciosa que nos haga distinguidos; si se lee sin aquella humilde docilidad, sin aquel espíritu de rendimiento, que es en parte el distintivo de las almas justas, ninguna cosa nos condenará mas irremisiblemente que esta divina palabra. Si alguno oyere mis palabras, dice el Salvador del mundo, sin ponerlas en práctica, mire que tiene su juez: *Qui spernit me, et non accipit verba mea, habet qui judicet eum* (Joan. 22.). Lo mismo que yo les he predicado, los ha de condenar en el dia del juicio. ¡Qué asunto de reflexîones para los que oyen y luego se olvidan! ¡para aquellos que van á oir la palabra de Dios solo por costumbre, por bien parecer, por cumplir con el mundo, por capricho, y no pocas veces por pura ociosidad! ¡para aquellos que predican al pueblo esta di-

vina palabra, y al mismo tiempo la deshonran con su vida, y la desacreditan con sus costumbres! ¿Quién es mas digno de compasion; el herege que se obstina en el error por la leccion de la Escritura, cuyo sentido tuerce depravadamente, ó el disoluto que persevera en el desórden aun cuando tiene en la mano la Escritura que tan claramente le condena? *Practica la palabra*, dice el apóstol Santiago, *y no te contentes con oirla, engañándote á ti mismo; porque si alguno la oye sin ponerla en práctica, será como el que se mira en un espejo, el cual naturalmente le representa su semblante; pero en apartándose del espejo, ya se olvidó de su figura.* Es la palabra de Dios aquel misterioso grano que en estos tiempos se siembra en todas partes; ¡pero ó buen Dios, y en cuántas tierras ingratas! Todo es camino real, ó todo pedregal, ó á lo menos todo espinas. Es muy poco el grano que prende, y mucho menos el que fructifica. Nunca se han predicado mas sermones; nunca se han visto mas libros espirituales y doctrinales; ¿pero corresponde el fruto á tanto cultivo? *Verbum meum*, dice Dios por el Profeta, *non revertetur ad me vacuum* (Isai. 55.): mi palabra no volverá á mí sin efecto. Para los que la oyen con puro y docil corazon, es fruto de salud; mas para los que no se aprovechan de élla, es principio de reprobacion: *Væ vobis legis peritis*! ¡ay de vosotros, doctores de la ley; porque teniendo la llave de la sabiduría para abrir á otros la puerta, vosotros no entrais por élla, y muchas veces desviais á los que deseaban entrar! ¡ay de aquel que oye ó lee esta divina palabra, sin ser por eso mejor! y al contrario: *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud* (Luc. 11.): bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y practican lo que élla les enseña.

El evangelio es del cap. 18. de san Mateo.

In illo tempore accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas major est in regno cœlorum? Et advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. Væ mundo à scandalis! Necesse enim est ut veniant scandala: veruntamen væ homini illi, per quem scandalum venit! Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quàm duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem æternum. Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quàm duos oculos habentem mitti in gehennam ignis. Videte ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis, quia angeli eorum in cœlis semper vident faciem Patris mei, qui in cœlis est.

En aquel tiempo los discípulos se llegaron á Jesus, diciendo: ¿Quién juzgas es el mayor en el reyno de los cielos? Y llamando Jesus á un niño, le puso en medio de éllos, y dixo: En verdad os digo, que si no os transformais, y haceis como niños, no entraréis en el reyno de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será mayor en el reyno de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre un niño como éste, me acoje á mí mismo. Pero el que escandalizáre á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, le sería mejor que le colgasen del cuello una piedra de molino, y ser sumergido en el profundo del mar. ¡Ay del mundo por causa de los escándalos! Porque es cosa necesaria que haya escándalos: ¡pero ay de aquel hombre por cuya culpa viene el escándalo! Si tu mano, pues, ó tu pie te escandaliza, córtatele, y échale de ti: mejor te es entrar á la vida debil ó cojo, que ser echado al fuego eterno teniendo dos manos ó dos pies. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatele y échale de ti: mejor te es entrar á la vida con un ojo, que ser echado al fuego del infierno teniendo dos ojos. Guardáos no desprecieis alguno de estos pequeñuelos; porque os hago saber, que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

Del escándalo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay pecado contra el cual se haya explicado mas fuertemente el Salvador, ni hay alguno que mas haya anatematizado que al escándalo y al escandaloso. *¡Ay del mundo por los escándalos! ¡ay de aquel por quien el escándalo viene! Si tu ojo te escandaliza, sácatele, y arrójale lejos de ti.* Por unas expresiones tan vivas y tan espantosas podrás hacer juicio de la malicia de este pecado.

No hay otro que mas directamente tire á extinguir la religion cristiana; no hay otro mas injurioso á Jesucristo; no hay otro de malicia mas refinada. Los demas pecados solamente irritan la justicia de Dios; éste ofende su misericordia, porque su fin es hacerla inútil; es, digámoslo así, destruir la obra de la redencion, y los trabajos del Redentor.

Los demas pecados son personales; esto es, solo hacen daño al que los comete; pero éste arma lazos á la inocencia de los ótros. El veneno de los demas pecados se queda encerrado dentro del alma del que peca; el contagio de éste se pega á todos los presentes, y cunde mas allá de todos los límites y términos. Basta un solo pecado de escándalo para lastimar la devocion de muchos, y no pocas veces para hacernos titubear en la fe; este es el escollo de las almas flacas; y pregunto; ¿es grande el número de las fuertes? ¿á cuántos réprobos sirvió el escándalo de ocasion y como de causa de su condenacion? En muchos se hubiera conservado la inocencia hasta la muerte, si no fuera por el mal exemplo. Las lecciones que hablan con los ojos siempre son eficaces. El menor mal que causa el escándalo, es debilitar el alma, y desarmarla; en semejante estado, ni puede estar libre de insultos, ni conservarse mucho tiempo sin caer.

Derrámase el escándalo como un torrente impetuoso que lleva delante de sí todo cuanto encuentra; apenas hay

árbol que no arranque, edificio que no eche por tierra, dique tan fuerte que no rompa su violencia.

Los demas pecados solo quitan la vida al alma del pecador; éste es homicida de todas aquellas á quienes escandaliza; los demas solo merecen cierta pena determinada, éste carga con todas las que corresponden á los pecados á que él induce con su mal exemplo. Pecado verdaderamente monstruoso; porque, ¿dónde hay mayor horror que causar la muerte á una alma, que siendo inocente y justa, era agradable á los ojos de Dios? Pecado esencialmente opuesto á la redencion de Jesucristo, que murió por todos los hombres; y el fin del escandaloso es perderlos á todos, haciendo todo cuanto es de su parte para que se condenen. Comprende ahora, si es posible, la gravedad del escándalo; pero comprende tambien la rigurosa severidad con que pedirá Dios cuenta á los escandalosos de todos los pecados de que fueron ocasion ó causa.

Esas solicitaciones perdieron á tu hermano; esos discursos y conversaciones licenciosas mancharon su pureza; esas detestables máxîmas de libertad y de disolucion pervirtieron su entendimiento; esos malos exemplos emponzoñaron su corazon, esas zumbas, esos chascos llenos de impiedad y de irreligion le hicieron abandonar la vida cristiana á que habia dado principio, los exercicios de devocion á que se habia dedicado, y fueron ocasion de que volviese á hundirse en el abismo de sus antiguos desórdenes. *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* Hombre escandaloso, tú me darás cuenta de la pérdida de esta alma. ¡O Dios, y qué pecado tan horrendo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el pecado de escándalo es tanto mas digno de temerse, cuanto es mas comun, y se comete con mayor facilidad; pues no pocas veces nos hacemos reo de él, aun cuando no tenemos intencion de cometerle. Para escandalizar á las almas no es necesario tirar de intento á su condenacion, ni tener voluntad deliberada de servir al próximo de ruina; basta que cuanto es de mi parte se la ocasione con mis palabras poco cristianas, con mis desordenadas costumbres y con mis malos exemplos.

Un padre, una madre de familias no tienen ánimo de escandalizar á sus hijos; ¿pero dexarán de escandalizarlos sus conversaciones libres, su indevocion y sus rebatos coléricos? ¿qué exemplo se da en esto á los hijos y á los criados? Apenas se hace, se oye ni se trata en aquella casa especie alguna en que no reyne el espíritu del mundo. ¿Qué impresion harán en el corazon de los hijos unas conversaciones familiares en que solo se trata de profanidad, de galas, de bienes de fortuna, de empleos, de distinciones, y de todo aquello que puede lisonjear la ambicion y la vanidad? No se oye mas que máximas de mundo, y se imbuye en este espíritu á los niños desde sus mas tiernos años. Segun esto, ¿cuántas conversaciones se oirán que mas ó menos dexen de ser escandalosas?

Aquella muger casada escandaliza á los hijos y criados con su profanidad en el vestir, con su indevocion, con su estarse todo el dia mano sobre mano, con su contínuo juego y con su eterna ociosidad. Levántase tarde; va á oir una misa por el bien parecer, por costumbre ó por otro motivo peor; reparte el dia entre las visitas, los cortejos, la comedia, el juego y las diversiones. ¿Los padres y madres de esta especie serán muy á propósito para honrar mucho nuestra religion, para criar bien á sus hijos, y para instruirlos en máxîmas crístianas? Bien sé lo que previene el Hijo de Dios: *Haced lo que os dicen, y no hagais lo que hacen*; pero tambien sé que los exemplos arrastran, y que se olvida facilmente lo que se oye á los que practican todo lo contrario de lo que dicen. Un padre de familias, un amo, un superior tienen terrible cuenta que dar, si todas sus acciones y palabras no son otros tantos exemplos de cristiandad, de religion y de virtud.

¡O Dios mio, cuánto tengo de que acusarme! ¡cuántos motivos de amargo arrepentimiento en todo mi proceder! Quizá quizá no he sido hasta aquí mas que piedra de escándalo por mi disolucion y por mi desarreglada vida. Haced, Señor, que mis exemplos futuros reparen los escándalos pasados, y que éllos sean la prueba mas convincente de mi amargo dolor y de mi enmienda.

JACULATORIAS.

Ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

Limpiadme, Señor, de todos mis pecados ocultos, y perdonadme los agenos que hice cometer á ótros.

Christi bonus odor sumus. 2. ad Cor. 2.

Haced, gran Dios, que mis operaciones huelan á Jesucristo.

PROPOSITOS.

Las personas de autoridad, ó las que ocupan algun empleo público cometen pocas faltas que dexen de ser escandalosas. En los qne tienen autoridad para corregirnos, se exâminan mas sus obras que se atiende á sus palabras; siempre se juzga que antes se les debe imitar que creer. De aquí nace que las personas distingüidas por su nacimiento, por su clase, por su dignidad, por su estado, por su mérito personal, por su empleo y por sus años; como son príncipes, prelados, amos, sacerdotes, personas religiosas, maestros, confesores, directores y predicadores no pueden cometer defecto público que no tenga la malicia de escandaloso, y que no sea castigado como tal. ¡Cuántos se condenan por este pecado! ¡qué pocos son los que se hacen cargo de su enormidad! Muchos ni aun piensan en confesarlo, aunque no ignoran la espantosa sentencia fulminada por Jesucristo contra todos los que escandalizan al próximo. El profeta David, que penetraba esto bien, pedia incesantemente á Dios que le perdonase los pecados agenos; esto es, los que con sus malos exemplos habia sido causa ú ocasion de que ótros cometiesen. Gran materia de temor y exámen para ti. Cuanto mas elevado te miras sobre los ótros; cuanto mayor fuere tu autoridad; cuantos mas súbditos tengas ó mas dependientes; cuanto mayor sea tu mérito personal; cuanta mas estimacion logres en el mundo, tanto mayores y mas perniciosas consecuencias se seguirán de tus menores faltas. Palabras inconsideradas, movimientos ó ímpetus de las pasiones, máxîmas poco cristianas, exemplos de poca edificacion, haz cuenta que todas son lecciones de iniquidad.

¿Y dónde está la penitencia que has hecho de éllas? Exâmina tu conciencia sobre estos puntos. En las personas religiosas, aunque sea su vida particular y retirada, qualquiera falta pública, por leve que sea, es de mal exemplo. Ahí tienes una larga materia para el exâmen de conciencia, para la confesion y para el arrepentimiento.

2 Ten siempre muy presente que los mejores consejos, las mas cristianas instrucciones, los sermones mas eficaces, que no van acompañados con el buen exemplo, solo sirven para endurecer mas el corazon en el vicio, para hacerle insensible á la gracia, y para inspirarle máxîmas de impiedad y de irreligion. ¡Cuánto daño hace un predicador que no vive como predica! Pues lo mismo hacen las personas de autoridad, los que estan conceptuados por hombres sabios y de buen proceder siempre que escandalizan. Para evitar de aquí adelante un pecado que echa á perder tantas almas, aprovéchate de las advertencias siguientes. Primera: Vive siempre con la mayor reserva delante de tus hijos, criados y familia, sin que jamás se te escape palabra, accion, movimiento ó gesto que les pueda dar mal exemplo. Segunda: No permitas en tu casa pinturas menos decentes, ni libros sospechosos, ya sea en órden á la doctrina, ya en órden á las costumbres. Tercera: Nunca apruebes las máxîmas del mundo, ni aquello que algun dia has de condenar. Cuarta: Cuanta mayor fuere tu autoridad, mayor ha de ser el respeto y la modestia con que te has de dexar ver en los templos; porque la menor irreverencia en personas de tu esfera, es un escándalo que trae funestas consecuencias. Quinta: Frecuenta los sacramentos en público, especialmente en las fiestas principales, porque debes dar este buen exemplo, y no contentarte con esas comuniones privadas en tu oratorio; porque no solamente tienes obligacion de ser cristiano, sino de parecerlo.

DIA NUEVE.

San Gregorio Nazianceno, obispo.

San Gregorio, por sobrenombre *el Teólogo*, una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia griega, fue hijo de un padre y de una madre santos, hermano de santa Gorgonia y de san Cesáreo, y nació en Arrianzo, pueblo pequeño en el territorio de Nazianzo, en la provincia de Capadocia. Su padre, que tambien se llamaba Gregorio, habia sido gentil; pero la virtud, las lágrimas y las exhortaciones de su santa muger santa Nona le convirtieron á la fe de Cristo tan de veras, que habiendo sido bautizado por san Leoncio, obispo de Cesaréa, mereció con el tiempo ser elevado á la dignidad episcopal; y despues de su muerte ser contado en el número de los santos.

El niño Gregorio fue fruto de las oraciones de santa Nona, que pidió á Dios un hijo con instancia, únicamente para consagrarle á los altares; y así le recibió como un presente que le hacia el cielo para ser mera depositaria de él. Fue correspondiente á esta idea la educacion que le dió. Parecia haber nacido Gregorio solamente para la virtud; todos los entretenimientos de su niñez se reducian á exercicios de devocion; su mayor diversion era retirarse á orar; y el tierno amor que casi desde la cuna profesó á la santísima Vírgen podia parecer presagio del que por toda su vida conservó á la virginidad y á la pureza.

El mismo refiere que siendo niño se le representaron en sueños dos hermosísimas y modestísimas doncellas, y le dixeron que se llamaban la *Castidad* y la *Templanza*; añadiendo, que contínuamente asistian al trono de Jesucristo, siendo las dos el principal ornamento de todos los que componian su corte, y diciendo esto desaparecieron. Despertó Gregorio, y desde entonces quedó tan enamorado

de la castidad, que jamás admitió cosa que pudiese manchar ni aun levemente esta preciosa virtud.

Al paso que se le iba despejando la razon, iba tambien creciendo en la piedad, haciéndole tanta impresion los buenos exemplos que veia dentro de su casa, particularmente despues de la conversion de su padre, que en nada encontraba gusto sino en la oracion y en la leccion de libros espirituales.

Advirtiendo sus padres la vivacidad, la penetracion, y aun la brillantez de su ingenio, con una admirable disposicion para el estudio de las letras humanas, le enviaron á estudiar primero á Cesaréa de Capadacia, y despues á Palestina, sobresaliendo en todas partes por la superioridad de sus talentos, y dexándose admirar por su singular virtud.

Era entonces muy célebre la universidad de Atenas, donde florecian todas las artes y ciencias. Pasó á élla nuestro Gregorio, padeciendo en la navegacion una furiosa tempestad, que le hizo mirar ya con grande tedio aquella gloria poco sólida á que podia aspirar, y que podia prometerse de su rara elocuencia y de su singular sabiduría. Concurrió al mismo tiempo en aquella famosa escuela san Basilio, y desde entonces contraxeron los dos santos una estrecha amistad, que conservaron toda la vida, distinguiéndose ámbos entre todos por su ingenio y por la gravedad de sus costumbres, que se hacia reparar mas en medio de la disolucion que reynaba en la ciudad. Hallábase á la sazon estudiando en la misma universidad Juliano Apóstata, primo del emperador Constancio, y movido de lo mucho que oia hablar de los santos, tuvo con éllos algunas conversaciones. Solicitó la amistad de entrambos; pero no pudo engañar su religion ni su penetracion: por mas que procuró disimular las perniciosas máxîmas en que ya estaba imbuido, descubrió san Gregorio el desórden de aquel corazon y de aquel entendimiento por la descompostura de sus acciones; y al despedirse de él en cierto dia, exclamó: *¡Qué monstruo abriga en su seno el imperio romano!*

Habiéndose retirado de Atenas san Basilio, no pudo Gregorio detenerse en élla largo tiempo; y así, al cabo de un año se retiró tambien á pesar de las instancias que

hicieron para detenerle los que tanto le amaban y estimaban. Llegando á Nazianzo, recibió el bautismo de mano de su padre, que ya era obispo de aquella ciudad. Sintióse alumbrado con el sacramento de una nueva luz, á cuyo favor distinguió la falsa brillantez del mundo, de la verdadera y sólida gloria que solo comunica la virtud, y resolvió dirigir todos sus fines hácia el cielo.

Todo lo dí, dice el Santo, *á aquel de quien todo lo recibí, y me ha recibido á mí; consagréle mis bienes, mi salud y el talento para predicar que se sirvió concederme. La única utilidad que he pretendido sacar de estos beneficios, es poderle hacer un entero sacrificio de éllos, y tener algo con que acreditar que para mí todo es nada respecto de Jesucristo, quien de aquí adelante me servirá de todo.*

Al disgusto del mundo se siguió el deseo de la soledad; y á exemplo de su grande amigo san Basilio, que ya se habia retirado al Ponto, le hubiera desde luego llevado á élla á no haberle detenido en Nazianzo la mucha ancianidad de sus padres. Pero el ruido y el tumulto de los cuidados domésticos le obligaron presto á arrepentirse de su condescendencia; y acusándose á sí mismo de haber dado demasiados oidos á las voces de la carne y sangre, rompió los lazos que le detenian, y se escapó á la soledad del Ponto, volviéndose á juntar con su amigo Basilio en el mismo desierto que éste habia escogido para sí, y fue despues comun para los dos.

Ningun anacoreta los excedió en la velocidad con que corrian por el camino de la perfeccion; su fervor no reconocia límites; la penitencia de entrambos llegó á tocar la raya de excesiva. Al rigor de los ayunos, de los cilicios, de los rallos, de los sacos ó capotillos de cerda, y de otras cien invenciones para macerar la carne, tardaron poco en convertirse de dos hombres en dos esqueletos. Á las vigilias, á la oracion y al estudio de la sagrada Escritura se seguia inmediatamente el trabajo corporal, y al trabajo corporal volvia á seguirse la oracion. Fomentábase la virtud de los dos con sus recíprocos exemplos, cuando un accidente no pensado turbó la dulce quietud de su retiro.

Engañado el santo viejo Obispo de Nazianzo por la artificiosa sagacidad de los arrianos, firmó, como lo hi-

cieron otros prelados, el capcioso formulario del conciliábulo de Rímini, que en términos equívocos contenia los puros dogmas del arrianismo. Noticiosos de esto los monges de Nazianzo, no quisieron comunicar con su Obispo; y todos los católicos siguieron el exemplo de los monges. En medio del grande amor que nuestro Gregorio tenia á la soledad, apenas llegó á su noticia esta division, cuando voló á remediarla. Descubrió luego al buen viejo el lazo que le habian armado los hereges, y volviendo á unir al Pastor con las ovejas, tuvo el consuelo de verle abjurar un error en que habia caido puramente por engaño.

Aprovechóse su padre de la estancia que en esta ocasion hizo Gregorio en Nazianzo; y considerando el gran bien que se seguiria á la Iglesia si un sugeto de aquel mérito y de aquella virtud fuese elevado á la dignidad del sacerdocio, resolvió conferirle los sagrados órdenes. Sobresaltose el Santo al oir esta proposicion, estremeciéndole la consideracion de un estado tan sublime; pero hubo de rendirse á vista de una vocacion tan descubierta. Ordenóse de presbítero el dia 6 de enero del año de 362; y creciendo el fervor con el nuevo carácter, tirándole siempre el amor á la soledad, se volvió á huir secretamente al Ponto, y fue en derechura á buscar á su amado Basilio. Pero duró poco esta segunda retirada; porque la extremada ancianidad de su padre, que pasaba ya de 90 años; las necesidades de la iglesia de Nazianzo, que clamaba por él, y los consejos de su santo amigo Basilio, le obligaron á restituirse á la ciudad despues de dos meses y medio de ausencia. Dióse á conocer á los fieles el dia de Pascua por el primer sermon que predicó en él. Apenas han alcanzado las edades predicador mas poderoso en obras y en palabras que nuestro Santo. Predicó con tanta energía, con tanta mocion y con tanto fruto, que desde entonces fue reconocido y apellidado el apóstol de Nazianzo.

Ni se limitó su zelo solo á la predicacion. Perseguia ya entonces furiosamente Juliano Apóstata á la Iglesia, y habia prohibido á los cristianos que enseñasen letras humanas, para precisar por este medio á la juventud á no estudiarlas, ni poder oir para aprenderlas á otros maestros

que á los gentiles. Pero Gregorio supo hacer ilusorio este artificio, componiendo un gran número de poesías piadosas, que compensaron con gran ventaja á los cristianos de las escuelas que les habian prohibido.

Por este tiempo, hallándose ya san Basilio arzobispo de Cesaréa, y conociendo mejor que otro alguno el extraordinario mérito de nuestro Santo, resolvió elevarle á la dignidad episcopal á pesar de su invencible repugnancia. Fue consagrado en Cesaréa por el mismo san Basilio el año de 372, destinándole para la iglesia de Sasimo; pero nunca tomó posesion de élla; y como el obispo de Nazianzo no pudiese ya atender á las funciones de su ministerio por su grande ancianidad, pidió á Gregorio para que cuidase su iglesia. Hízolo con aquella actividad que se debia esperar de su zelo; logrando por fruto de él la reformacion general de las costumbres; tanto, que en menos de seis meses mudó de semblante toda la ciudad.

Habiendo muerto su padre y su madre santa Nona, cuya oracion fúnebre predicó el mismo Gregorio en presencia de san Basilio y de todo el clero, se le volvieron á renovar las ánsias por su amada soledad. Pero no pudiendo negarse á las necesidades de aquella afligida iglesia, tomó el cuidado de élla, protestando él mismo que lo hacia, no como obispo titular, sino como vicario y forastero, hasta que tuviese legítimo pastor. Con efecto, como vió que los obispos de la provincia se daban poca priesa á proveer de prelado á aquella iglesia, desapareció de repente, y se retiró á Seleucia en Isauria, donde se encerró en el monasterio de santa Tecla, y vivió seis años en él desconocido, ocupándose únicamente en exercicios de oracion y de penitencia.

Murió san Basilio el año de 379, y esta muerte le confirmó en la resolucion que habia tomado de no salir jamás de su retiro; pero pocos meses despues le arrancó de él la necesidad de socorrer á la iglesia de Constantinopla, tan desolada por los arrianos, que ya no tenian los católicos iglesia alguna en aquella corte imperial. Hallábase vacante aquella primera silla, y todos convenian en que solamente Gregorio era digno de ocuparla. Pero la dificultad era hallar modo para sacarle de su amada soledad, donde así las calumnias como las persecuciones que ha-

bia padecido le hacian dulcísima aquella vida particular, santa y tranquila. En fin, supieron pintarle con tanta viveza el lamentable estado á que se hallaban reducidos los pobres católicos, y disimularle con tanto cuidado el ánimo que tenian de colocarle en aquella grande silla, que al cabo se determinó á hacer el doloroso sacrificio de su quietud; y aunque agoviado con la vejez, consumido con la penitencia, y lleno de penosos achaques, pasó á Constantinopla.

Era sin duda espectáculo bien nuevo, dice nuestro Santo, *ver á un hombre desconocido, de mala figura, pequeño de cuerpo, calvo, arrugado, consumido con las lágrimas y con la penitencia; sin equipage, sin policía, sin apoyo, pobre y mal vestido, venir solo él á declarar la guerra á la heregía en la capital del Oriente, donde reynaba con insolencia y con seguridad, y donde se habia hecho fuerte por la union de todas las sectas.*

Apenas entró san Gregorio en Constantinopla, cuando todos los hereges se sobresaltaron. Armáronse contra él los arrianos, los novacianos, los macedonios, los apolinaristas y los eunomianos conspirando todos en perderle. Valiéronse al principio de injurias, calumnias, sátiras denigrativas y malignas con que procuraron manchar su reputacion. Amotinaron al pueblo, especialmente á las mugeres y á las doncellas contra aquel hombre extrangero, persuadiéndolas que era un monstruo disimulado, estragador de las costumbres, mago y aun idólatra; citáronle delante de los tribunales seculares, y no pocas veces en las mismas calles le perseguian á pedradas. Nuestro Santo á todo esto no oponia mas que la paciencia, la modestia y la dulzura. Como los arrianos estaban en posesion de todas las iglesias de Constantinopla, Gregorio juntaba los católicos en la casa donde se hospedaba, la cual se llamó despues *Anastasia*, que quiere decir *resurreccion de la fe*, y fue con el tiempo una de las mas célebres iglesias de aquella corte imperial.

Al fin, su heróico sufrimiento y sus modales atentas, suaves y apacibles fueron ablandando poco á poco los ánimos de los hereges. Concurrian á oirle hasta los mismos gentiles, al principio por curiosidad, y despues con tanta complacencia, que volvian á sus casas medio católicos.

Por eso el célebre Rufino, hablando de nuestro Santo, dice que no vió el mundo hombre mas elocuente, ni elocuencia mas noble, mas substancial ni mas enérgica que la suya, habiéndose reconocido siempre su doctrina tan pura, que lo mismo era oponerse á élla, que hacerse sospechoso en la fe.

Al eco de lo que esparcia la fama concurrieron á Constantinopla por verle y por tratarle muchas personas de distincion de diferentes provincias, siendo una de éllas san Gerónimo, que no quedó menos admirado de su eminente virtud y de su rara modéstia, que de su elocuencia y profunda erudicion.

Mientras tanto iba creciendo cada dia el número de los católicos; porque en las disputas, conversaciones y conferencias con los arrianos cada dia adelantaba nuevas conquistas. A vista de tantas maravillas resolvió el Patriarca de Alexandría con los demas obispos colocar en la silla de Constantinopla á nuestro Santo; hízose, á pesar de su repugnancia, con general aplauso del clero y de todo el pueblo; pero la turbó presto la artificiosa ambicion del mas insigne embustero que acaso ha visto el mundo.

Cierto hombre, llamado Máximo, por sobrenombre el Cínico, habilísimo en el arte de fingir y de engañar, despues de haber vagueado por diferentes provincias, dexando en todas éllas grandes rastros de sus delitos, por los cuales habia sido castigado, vino finalmente á hacerse discípulo de nuestro Santo, y en poco tiempo supo ganar su estimacion y confianza con sus artificios y con su profunda simulacion. Este mal hombre forjó el tiempo de suplantar á Gregorio; y habiendo tenido arte para conseguir una grande suma de dinero que le prestaron, sobornó con él á muchos de los mismos que al principio habian mostrado mas inclinacion y mas zelo por nuestro Santo. Logró corromper hasta al mismo Patriarca de Alexandría, el cual, con una gavilla de obispos de Egipto ya conjurados, esperó la coyuntura de cierta enfermedad de Gregorio para ordenar furtivamente á Máximo. Amotinóse toda la ciudad al ruido de este atentado; y Gregorio, penetrado de un vivo dolor, pero anteviendo lo que podia suceder, resolvió á los principios retirarse, por no

ser ocasion de nuevas turbaciones á una iglesia que con tanta felicidad habia restituido á su antiguo esplendor y quietud. Subió al púlpito en medio de su indisposicion para despedirse de su pueblo; pero éste levantó hasta el cielo un clamoroso alharido; y pidiéndole con ruegos y con lágrimas que no le desamparase, tuvo no poco trabajo en reducirle; y para que no se huyese le puso guardas de vista.

Arrojado de Constantinopla, como merecia, el embustero Cínico, y cargado con la maldicion de todos, tuvo no obstante el descaro de irse á echar á los pies del emperador Teodosio, acompañándole aquel puñado de obispos egipcios que le habian ordenado. Hallábase el Emperador en Tesalónica; pidióle Máximo su proteccion contra Gregorio; pero el religioso Príncipe no se dignó ni aun de escucharle; y vuelto á Constantinopla, no reconoció á otro legítimo pastor que á nuestro Santo, honrándole con todas las muestras de su estimacion y de su benevolencia. Púsole en posesion de todas las iglesias que habian ocupado los arrianos; mandó se le restituyesen las rentas que habian usurpado estos hereges, y le hizo dueño del palacio episcopal. Instaron al Santo para que hiciese pesquisas á fin de descubrir los bienes que le habian ocultado; pero no fue posible vencerle; desinteres generoso que cerró la boca á sus émulos, y edificó á toda la Iglesia. Pero ni esta moderacion fue bastante para que mas de una vez no conspirasen contra su vida, mas su presencia desarmó á los asesinos, y no solamente los perdonó, sino que los convirtió; siendo esta la única venganza que tomó de su insolencia.

No se dió por vencido del partido de Máximo; y como no cesase de inquietar y de perturbar á la iglesia, consintió el Emperador en que se convocase en Constantinopla un concilio, que fue el segundo general, compuesto de 150 obispos. Confirmóse en él la fe del concilio Niceno; Máximo fue declarado por intruso, y el concilio y el Emperador reconocieron solemnemente á Gregorio por obispo de Constantinopla; en virtud de esto fue segunda vez colocado en su silla con la mayor aclamacion del pueblo por san Melecio de Antioquía, presidente del concilio. Por mas que el Santo representó mil razones, valién-

dose de ruegos y de lágrimas para que le exônerasen de aquella pesada carga, no fue oido; porque tuvo mas atencion á las necesidades de aquella iglesia y á los clamores de los buenos, que á las voces de su extrema repugnancia.

Muerto poco tiempo despues san Melecio, quedó Gregorio por presidente del concilio. Esta nueva preeminencia, que no se le podia disputar, renovó la emulacion de muchos prelados, qne afectando ignorar lo que no ignoraban; esto es, que no habia tomado posesion del obispado de Sasimo, y que solo habia cuidado del de Nazianzo como gobernador, y no como obispo titular, se quejaron de que se le hubiese hecho patriarca de Constantinopla contra la disposicion de los cánones, puesto que ya era obispo de otra iglesia. Era facil probar lo contrario; pero como el Santo únicamente suspiraba por el retiro, siendo enemigo de todas las grandezas, tomó ocasion de estas contestaciones para pedir se le permitiese hacer dimision de la suya. Entró, pues, en el concilio, y declaró el ánsia con que deseaba contribuir á la paz, y que, pues su eleccion parece que la turbaba, estaba pronto como otro Jonás á que le arrojasen en la mar para sosegar la tempestad, aunque no la habia excitado. Quedaron atónitos los padres al oir una proposicion tan no esperada; pero el Santo habló en favor de su dimision con tanta elocuencia, y supo persuadirla tan eficazmente, que al fin consiguió lo que pretendia. Gozosísimo de verse exônerado de tan pesada carga, salió de la sesion, y antes de dar tiempo á que los obispos se arrepintiesen, se fue derecho al palacio del Emperador, y exponiéndole su avanzada edad y sus achaques, le suplicó con el mas vivo rendimiento que se dignase no oponerse á su retiro. Tuvo mucho que vencerse el Emperador para dar su consentimiento; pero al fin le dió únicamente en atencion á sus achaques. No perdió tiempo Gregorio; despidióse del concilio por un admirable discurso que pronunció en la catedral á presencia de los padres; los cuales, arrepentidos ya de su consentimiento, pensaban retractarle; pero el Santo los previno, y sin detenerse salió de Constantinopla, y se retiró á Capadocia.

Estando en Nazianzo, publicó su testamento, que habia dispuesto en Constantinopla antes de hacer la dimision; era su data el dia último de diciembre del año de 381, y estaba firmado de siete obispos; siendo este el instrumento mas antiguo, ó á lo menos el mas auténtico de esta especie que nos dexó la antigüedad. El principal legado es en favor de los pobres de Nazianzo, á quienes dexa por sus herederos, y nombra á uno de sus diáconos por su testamentario. Suplica á sus sobrinos y á los demas parientes suyos no tengan á mal que dexe sus bienes á los pobres; *porque un eclesiástico*, dice, *no debe tener otros herederos.*

Ni en su fervor ni en su zelo se reconoció jamás la fuerza de los achaques. En la corta mansion que hizo en Nazianzo purgó la ciudad de los errores de los apolinaristas; y habiéndosele aumentado los ages, se trasladó á Arianzo, lugar de su nacimiento. En esta dulce soledad, retirado del ruido de los negocios, y libre de las tempestades que por toda la vida le habian agitado, atendia únicamente á perfeccionarse mas y mas, entregado totalmente á exercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Y aunque agoviado con la vejez, extenuado con los ayunos y consumido con los trabajos, permitió Dios, para su mayor purificacion, que al fin de su vida fuese exercitado con violentas tentaciones, las cuales, al mismo tiempo que le humillaban y le hacian gemir contínuamente, le obligaban á doblar la oracion y las penitencias.

No estuvo ocioso en su retiro de Arianzo. En él compuso aquel gran número de poesías cristianas, que publicó para oponerlas á las obras cultas, elocuentes y engañosas de que llenaban al mundo los hereges, logrando por este medio que los fieles arrimasen á un lado los libros perniciosos. Tambien escribió entonces en verso la historia de su vida, concluyéndola con un compendio de los principales sucesos de élla; y quiere que este epílogo le sirva de epitafio.

"¿De dónde nace, Señor (exclama el Santo), que al paso que el vigor del cuerpo se va extinguiendo, siento que se va avivando el fuego de las pasiones y los estímulos de la carne? Mi vida se ha reducido á una con-

»tínua série de tempestades, de contradicciones y de »combates; pero en todos me sostuvísteis vos por vuestra »gran misericordia. Logré por padre á un hombre todo de »Dios, y tuve por madre á una muger santa, que mirán»dome como fruto de sus oraciones, me ofreció y me »consagró á vos desde la cuna. Siendo niño me inspirás»teis en un sueño el amor á la castidad; y desde enton»ces no cesásteis de colmarme de favores. Híceos sacrifi»cio de mis bienes, de mi honra, de mi salud y de mi »vida. Fui pastor sin ovejas, y no tuve poco que padecer »aun de los mismos pastores. Esta ha sido la vida de Gre»gorio. Dexo á Jesucristo el cuidado de lo futuro como »lo ha tenido de lo pasado. Y concluye así: *Exprimat »ista lapis*: Grávese esto por epitafio sobre la piedra de »mi sepultura."

Comenzaba Gregorio á gustar las delicias de la soledad, cuando quiso el Señor coronar su perseverancia, y premiar sus trabajos. Acabó dichosamente sus dias siendo de edad de casi 80 años; vivió en inocencia, en sufrimiento, en piedad, en exercicios de rigurosa penitencia. Los milagros que hizo en vida, y los que continuó el Señor en su sepultura despues de muerto, hicieron célebre su culto en todo el Oriente. Fue enterrado al principio en Nazianzo; despues fue trasladado su cuerpo á Constantinopla en tiempo del emperador Porfirogénetes, y colocado con gran solemnidad en la iglesia de los doce apóstoles. En la decadencia del imperio griego fue conducido á Roma el santo cuerpo, donde estuvo en la iglesia de las religiosas griegas hasta el año de 1580, en que el papa Gregorio XIII. trasladó por sí mismo sus reliquias con gran pompa y solemnidad á la magnífica capilla que en honra del Santo habia hecho edificar á sus expensas.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Gregorium ministrum tribuisti; præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis: Per Dominum nostrum...

O Dios, que concediste á tu pueblo por ministro de su eterna salvacion al bienaventurado Gregorio, haz que merezcamos tener por intercesor en el cielo al que logramos por maestro nuestro en la tierra: Por nuestro Señor...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, prædica verbum; insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reyno, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demas tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

»La última vez que san Pablo estuvo en la cárcel escribió esta segunda carta á su amado discípulo Timoteo, »que se hallaba á la sazon en Asia. El intento que tuvo »en escribirla no fue solo para llamarle á Roma, sino »para exhortarle de nuevo á que cumpliese con todas las »obligaciones de obispo. Y como el Apóstol estaba entonces cercano á la muerte, y en vísperas de su martirio, »llama san Crisóstomo á esta epístola *el testamento de »san Pablo.*

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no darán oidos á la doctrina sana; antes, llevados de curiosidad, buscarán maestros sobre maestros que los hablen á medida de su gusto; y apartando la atencion de la verdad, la convertirán toda á las fábulas. En materia de religion los errores del entendimiento ordinariamente nacen del desórden del corazon. Siempre se pegan á la fe las enfermedades del alma; desde que se dexa de vivir bien, se comienza á no creer con rendimiento; no hay pasion que no ciegue. Tráigase á la memoria el principio de todas las heregías, y se hallará que la ceguedad fue efecto de la corrupcion de las costumbres. Las voces siempre son de reforma, porque no ha habido heresiarca que no haya gritado contra la relaxacion, y que no haya aparecido con su máscara de penitencia; pero siempre se han visto por fruto de la nueva secta los mas vergonzosos desórdenes. A este precipicio conduce el disgusto á la doctrina sana, y este disgusto es el primer síntoma de un corazon corrompido. Excita el apetito cierta curiosidad orgullosa; y como está depravado el gusto, solo le encuentra en alimentos nocivos. ¿Hállanse por ventura muchos de aquellos que estan encaprichados y preocupados de algun error que soliciten con sinceridad instruirse y desengañarse? Los enfermos de esta especie no pretenden curarse, sino confirmarse en la aprension de que estan buenos. Buscan maestros, dice el Apóstol; pero para que les hablen á medida de su gusto, señal visible de que el corazon es el primer

móvil. Una vez que domina la pasion, no se busca la verdad, sino pretextos para autorizar el error. Al que va descaminado, tanto le importa ir por la siniestra como por la derecha; ¿y cómo se le enderezará si él mismo está contento con su descamino? Por mas que se le grite que ha errado, que no es aquel el camino real; ó no oye, ó hace que no entiende. ¿De dónde nacerá esta indocilidad de nuestro orgullo? Vuélvese toda la atencion á las fábulas; es cierto que lisonjean, que gustan, que embelesan; ¿pero dexan por eso de ser fábulas? ¡O mi Dios! ¿qué se va á ganar en ser el juguete y la víctima del amor propio y de las pasiones? Píquenos en buena hora la curiosidad; pero sea por saber la ciencia de los santos; cualquiera otra es bien poco necesaria para la salvacion; y la que no sirve para esto, es bien inútil. Solo tenemos necesidad de un maestro; y solo Jesucristo tiene palabras de vida eterna. En el evangelio encontramos todas las lecciones que hemos menester; los santos son los modelos que debemos imitar. ¿No es locura dexar este camino por seguir senderos que nos desvian del término? Parece que se quieren hacer artífices de su propia salvacion aquellos que buscan caminos distintos de los que Cristo nos señaló. En no pudiendo sufrir doctrina sana, luego se forja cada uno un evangelio al gusto de sus pasiones y de sus deseos; ¿pero cual será el fruto de este nuevo evangelio? La indocilidad, el orgullo, la obstinacion, y lo que á esto se sigue, la reprobacion eterna.

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debaxo del celemin, sino sobre el cande-

domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit á lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit: hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

lero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñáre así á los hombres, será reputado el menor en el reyno de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñáre, será llamado grande en el reyno de los cielos.

MEDITACION.

Del escándalo que se da con la perseverancia en las faltas.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que aquí se entiende por nombre de escándalo, que es una accion menos arreglada, que se ve executar á personas de las mismas obligaciones, que debieran darnos exemplo. ¡Qué conducta mas lastimosa! Vemos cometer una falta y nos persuadimos que podemos cometer otra semejante sin hacernos reprensibles, por cuanto no somos nosotros los que damos el mal exemplo, sino los que le seguimos. ¿De cuándo acá las faltas de los ótros autorizan, ó executan las nuestras? Nunca prescribe el quebrantamiento de la ley divina. Cuanto mas distinguida es una persona por su nacimiento, por su empleo, y por el concepto que se tiene de su virtud, mas escandalosas son sus faltas. ¡Pero qué

mayor flaqueza, que dexarse arrastrar de las flaquezas de ótro!

Aquella persona, que está reputada por virtuosa, se dispensa sin escrúpulo en ciertas obligaciones; se toma tal libertad; comete tal y tal falta; ¿por qué no podré yo hacer lo mismo? Yo no me siento con fuerzas para aspirar á mas alta santidad; tengo á aquél por mas virtuoso que yo; ¿pues por qué no podré seguir su exemplo?

Aquellos sugetos tan respetables por su edad, por su mérito y por su buen proceder, asisten á los espectáculos; no faltan á concurrencia alguna de gusto y de diversion; tienen un despejo, unos modales, no solamente desembarazados, sino bastantemente libres; se dexan llevar algunas veces de la corriente, y escrupulizan poco en acomodarse á las máxîmas y á las leyes del mundo. ¿Están acaso persuadidos á que arriesgan su salvacion con esta vida menos austéra, y no tan regular? ¿Tendrán menos gana de salvarse que yo? Hállome en el mismo estado, con las mismas obligaciones, y constituido en la misma clase: si no me conformára con su conducta, sería tácitamente reprenderla; estas singularidades se califican de censuras, y en el comercio de la vida no hay cosa mas odiosa que el que á un hombre le tengan por censor.

¡Es posible que unos raciocinios tan infelices y tan lastimosos pretendan ser regla de las costumbres! Jesucristo condena esos espectáculos, esas máxîmas del mundo, esas diversiones poco cristianas; ¿pues qué hombre es capaz de autorizarlas? ¿ni qué mérito puede comunicar á estos pecados esa imaginaria reputacion de los hombres? Si baxára un ángel del cielo, decia san Pablo, y os anunciára otro evangelio que el que yo os anuncio, sería anatematizado. Yo añado, si baxára un ángel del cielo, y procediera segun las máxîmas que condena el evangelio, debiérais guardaros bien de imitarle. No reconocemos otro maestro, ni tampoco otro modélo que á Jesucristo. Los malos exemplos bien pueden darnos aliento, pero nunca podrán justificarnos. Por eso el Señor nunca nos puso á los hombres por modélo; y solo nos dixo: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial*; ni aun de los mismos que nos enseñan nos mandó que imitásemos los exemplos, antes ex-

presamente nos previno lo contrario: *Haced lo que os dixeren, pero no siempre hagais conforme á sus obras.* A vista de esto, ¿quién pretenderá ya autorizar, ó á lo menos excusar sus faltas con las de ótros? ¡Mi Dios! ¿qué confusion, y qué arrepentimiento nos causará esto algun dia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay cosa mas fuera de razon ni mas lastimosa que pretender excusar las faltas propias con el exemplo de las agenas. ¿Pues qué, porque ótro, á quien asisten las mismas obligaciones que á mí, falte á éllas, tengo yo derecho para faltar á las mias sin incurrir en pena alguna? ¿porque me den mal exemplo los que debieran dármele bueno, ya me es lícito imitarlos? ¿Discurrimos de esta manera cuando se trata de la vida, de la hacienda y de la honra? ¿Pues en qué consiste esta diferencia?

Una persona respetable por sus años, por sus talentos y por sus empleos, comete un desacierto, y pierde de la gracia del príncipe; ¿por qué no harán lo mismo sus adoradores y sus parciales? Parece que el exemplo de un hombre tan acreditado los autoriza. Arruinóse un amigo por haber abrazado tal partido, ó por haber entrado en tal negocio; ¿pues por qué los demas no siguen el mismo rumbo? ¿Aunque destruyan sus casas, no tienen ya ese exemplo con que cubrirse? Pero mientras llora, y gime la pobre familia, ¿será buena excusa el decir; fulano, y fulano, hombres de juicio, y prudentes, se arruinaron entrando en tal negocio ¿por qué no puedo yo hacer lo mismo? ¡Ah Dios mio, es posible que los hombres solamente discurran mal cuando se trata de la salvacion! ¡Conócese la pobreza de este modo de discurrir en atravesándose la salud, la honra, ó la hacienda; y solo cuando se atraviesa la ley de Dios se discurre extravagantemente con la mayor tranquilidad!

Lo malo siempre es malo; y aquello que está prohibibido, cuando los demas no me dan mal exemplo, igualmente lo está, aunqué me den los mas perniciosos. ¿Por ventura infunde algun mérito en la infraccion de la ley la reputacion, ni la edad del que la quebrantó? ¿Y será legítima excusa en el tribunal de Dios decir; es así que no cum-

plí con tal obligacion, que falté á la observancia de tal regla; pero fue porque fulano y citano, que eran tan religiosos como yo, me dieron mal exemplo? Mueve á indignacion solo el oir semejante brutalidad; y en medio de eso este es un escollo en que se hace pedazos la virtud de la mayor parte de los jóvenes.

¡Cuánto tengo, Señor, de que acusarme, de que confundirme en este punto! ¿Cuántas veces pretendí cubrir mi fragilidad, y mi ingratitud para con vos con el exemplo de los ótros? Efecto es de vuestra gracia el dolor que ahora siento de haberlo hecho así; dignáos, Dios mio, de acabar esta vuestra obra; vuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no dexarme arrastrar mas del mal exemplo; dadme aliento y fortaleza para cumplirlo.

JACULATORIAS.

Da mihi in animo constantiam ut contemnam, et virtutem ut avertam. Judith. 9.

Dadme, Señor, constancia para despreciar el mal exemplo, y fortaleza para suplantarle.

Custodi me à laqueo, quem statuerunt mihi. Salm. 140.

Libradme, Señor, de los lazos que me arman con los malos exemplos que me dan.

PROPOSITOS.

Si un hombre tenido por capaz y por sugeto de buenas costumbres tomára veneno, ¿sería esto bastante para cohonestar la locura, ó la desesperacion de los que hiciesen lo mismo? Basta proferir esta proposicion para conocer su ridiculez y su extravagancia. ¿Pero será menos imprudencia pretender cubrir la relaxacion con el mal exemplo? Acuérdate de que no tienes otra regla para tu gobierno que los mandamientos de la ley de Dios, los de la santa madre Iglesia, y el evangelio; ni debes imitar otro exemplo que el de Jesucristo y sus santos. Estima y honra á todo el mundo; pero no sigas el exemplo de todos. Las personas mas virtuosas tienen sus faltas, y mientras viven pueden pervertirse; imita sus virtudes; pero á ninguno has de tomar por universal modelo. Judas, Tertulia-

no y Orígenes fueron buenos por algun tiempo, y Salomon tambien fue sábio. Tú atente á las máxîmas del evangelio, y á los exemplos de los santos; ni pienses jamás en autorizar tu relaxacion con la de ótros.

2 Es muy loable excusar las faltas de nuestros hermanos; pero la accion viciosa siempre es reprensible, y la caridad cristiana que nos obliga á excusar al pecador, nos obliga tambien á desaprobar el pecado. Sobre este principio has de hacer siempre distincion entre la persona y entre sus imperfecciones; respeta aquélla, pero trata con desprecio á éstas. *Es preciso que haya escándalos; pero desventurado de aquél por quien el escándalo viene* (Matth. 18.). Está siempre alerta contra los artificios del enemigo, y contra las engañosas solicitaciones del amor propio; es una tentacion muda, pero muy peligrosa, la relaxacion de las personas que nos parecian observantes y ajustadas, siendo muy conveniente prevenir de esto con tiempo á la gente moza. Los remedios preservativos son muy importantes, y así se les debe precautelar contra estos lazos que están tendidos y armados por todas partes. Las almas tiernas, y por decirlo así, nuevecitas, que entran en el mundo con las mas bellas disposiciones para la virtud, dificultosamente se defienden del contagio á vista de los malos exemplos; y los que se crian en religion, presto dan al traves si defieren demasiado á la relaxacion de aquellos, cuyo mérito, edad y empleos los hacen hombres de distincion. *In lege quid scriptum est? quómodò legis?* ¿Qué dice la ley? Esta debe ser la regla inmutable de nuestras operaciones; los exemplos de los santos, las máxîmas de Jesucristo, su sagrado evangelio. Atente á lo que está escrito.

DIA DIEZ.

San Antonino, obispo.

San Antonino, á quien en el bautismo se le puso el nombre de Antonio, y despues por la pequeñez de su cuerpo, le llamaron *Antonino*, fue hijo de Nicolas Pierozzi, notario de la ciudad de Florencia, y de Tomasia, ámbos de familia honrada, y úno y ótro recomendables por su conocida bondad. Nació en el año de 1389; y como fue hijo único, y sus padres eran tan virtuosos, se dedicaron con el mayor desvelo á darle una cristiana educacion. Costóles poco trabajo, porque Antonino habia nacido con tan bellas inclinaciones, que la devocion parecia en él como natural. Por eso en Florencia llamaban *el santico* al niño Antonino, siendo ya sabido, que no hallándole en casa, le encontrarian en la iglesia, y siempre de rodillas delante de una imágen de la santísima Vírgen. En su porte nunca se notó accion, ni movimiento pueril; siempre dulce, siempre afable, dócil y compuesto, nada habia que reprender en sus procedimientos. Tuvo por toda la vida tanto horror al pecado, que se tiene por cierto conservó hasta la muerte la inocencia bautismal; debiendo particularmente, como lo confesaba él mismo, á la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, la inviolable integridad de su pureza.

Aplicáronle con tiempo al estudio, en el cual hizo maravillosos progresos. Era de ingenio vivo y penetrante, de memoria feliz y de un asombroso teson en el trabajo; con lo que se adelantó mucho en una edad en que ótros apenas saben los primeros rudimentos; pero el amor que tenia al estudio de las letras, no podia competir con el que profesaba al de la importante ciencia de la eterna salvacion.

Ya habia tiempo que para satisfacer la grande inclinacion que tenia desde sus mas tiernos años de con-

sagrarse á Dios eternamente, habia puesto su mira en algun claustro religioso. Pero entre todos era el objeto de sus ansias el de los padres Predicadores, donde reynaba la sabiduría, el zelo de la religion, y una exemplar observancia. Acudió al famoso padre fray Juan Domínici, que despues fue cardenal arzobispo de Ragusa, y legado de la santa Sede en el reyno de Ungría, y le pidió el santo hábito. Exâminóle, y quedó hechizado de la viveza de su ingenio, del candor y de la inocencia de sus costumbres, y de los ardientes deseos con que suspiraba por ser admitido en la religion de santo Domingo; pero viéndole tan pequeño y tan niño, le aconsejó que esperase todavía algunos años; y por librarse de sus instancias con alguna aparente salida, habiendo entendido en el discurso de la conversacion, que gustaba mucho Antonino de leer en el derecho de Graciano, añadió sonriéndose: *Mira, estudia todo el derecho canónico, y en sabiéndolo de memoria, yo te doy palabra de que serás recibido.* Era muy dura la condicion, como de quien solo intentaba por aquel medio despedir con honor al pretendiente, quitándole toda esperanza de ser jamás admitido; pero quedó sorprendido y asombrado cuando dentro de pocos dias volvió Antonino á reconvenirle con su palabra, diciendo estaba pronto á dar razon de todo el derecho canónico. Con aquella extraordinaria prueba de su casi milagrosa memoria y habilidad, le recibieron luego los padres sin reparar en la debilidad de su complexíon, ni en sus pocos años; y en breve tiempo conocieron lo mucho que valia el que habian admitido.

El fervor del novicio sirvió de religiosa emulacion á los mas ancianos. Temíase que no tendria fuerzas para resistir al rigor de la observancia; pero dióselas su aliento, y en todas ocasiones se mostró el mas humilde, el mas obediente, el mas mortificado y el mas exâcto en todos los exercicios de comunidad. Desde luego le miraron los frayles como el mas cabal modelo de la perfeccion religiosa á vista de sus abstinencias, de sus vigilias, de su desasimiento de todas las cosas, de su aplicacion al estudio, de su contínua oracion, que era toda su ocupacion y sus delicias, de su devocion tierna y fervorosa, y de su exâc-

titud en el cumplimiento de todas las obligaciones de su estado.

Creció el fervor con la dignidad del sacerdocio. Siempre que celebraba el divino sacrificio le veían bañado en dulces lágrimas, que incesantemente hacia derramar de sus ojos el fuego del amor de Dios, que le consumia y abrasaba. En vano intentaron moderar el rigor de sus penitencias; no pudieron conseguirlo, porque su vida fue un contínuo exercicio de éllas; sano y enfermo dormia siempre en la dura tierra; y aunque se vió elevado á los mayores empleos de la religion, casi siempre hizo á pie todos los viages.

No obstante de ser todavía muy mozo, como la virtud suplia la falta de los años, le hicieron prior del convento de Roma, el que gobernó con tanta prudencia, con tanta suavidad y con tanto acierto, que le encargaron sucesivamente el gobierno de los conventos de Nápoles, Gaeta, Cortona, Sena, Florencia, Pistóya, Siésoli, y los de otras muchas ciudades de Italia, renovando en todos éllos el primitivo espíritu de la regla, mas con sus exemplos, que con sus palabras.

Hiciéronle vicario general de la provincia de Toscana, y despues de la de Nápoles; sin que por eso disminuyese el rigor de sus ordinarias penitencias. Humillándose mas, cuanto mas le elevaban, daba siempre principio á la visita de los conventos exercitando los oficios mas abatidos de la casa; tan mezclado y tan confundido el vicario general entre los menores frayles, que solo el mayor fervor le distinguia de éllos.

Hallábase Antonino en la visita de la provincia de Nápoles cuando vacó la silla episcopal de Florencia. Por mucho tiempo se llevó la atencion del papa Eugenio el cuidado y la eleccion de un sugeto digno de que ocupase aquella silla, resuelto á negar los oidos á empeños, pretensiones y parcialidades, pensando únicamente en dar á Florencia un prelado santo. Apenas le hablaron del vicario general de los Predicadores, cuando sin detenerse un punto en deliberar, le nombró por arzobispo de Florencia. Recibió el santo la noticia volviendo de la visita, y hallándose ya en uno de los conventos de su provincia; sobresaltóse tanto con élla-

que dexando de repente el camino de Nápoles, sin dar se por entendido, se encaminó á las costas de Toscana, con resolucion de embarcarse para la isla de Cerdeña, y pasar en élla desconocido el resto de sus dias; pero estaban ya tomados los puertos con órden de que ninguno le recibiese á bordo; y le conduxeron á Sena. No hubo medio de que no se valiese para librarse de aquella dignidad; pero el Papa no hizo caso de sus razones, y se mantuvo inexôrable á sus ruegos; envióle las bulas, mandándole que cuanto antes se consagrase. Rindióse á la obediencia, haciéndola el mas doloroso sacrificio, siendo las lágrimas que derramó durante la ceremonia de su consagracion el mayor testimonio de su dolor, y de que no hallaba otro consuelo que el de la resignacion.

Arregló su familia de manera, que sin deslucimiento de la dignidad episcopal, todo lo que se viese en élla oliese á religion y á modestia. Parecióle que los pobres serian su mejor tren y equipage, persuadido á que eran de éllos las rentas de la mitra, y que el mayor esplendor de ésta consistia en hacer mayores limosnas. Mandó á sus criados que jamás despidiesen á pobre alguno sin darle algo; y despues de haber consumido en limosnas todo el dinero, echó mano de los muebles, reduciéndose el mismo Arzobispo á una extrema pobreza por socorrrer á los pobres. Fundó el colegio de san Martin, en que estableció doce administradores de las rentas destinadas para socorrer á familias vergonzantes, que reducidas á miseria, tienen empacho de pedir; y ha echado Dios su bendicion á esta obra pia, de manera que hoy se mantienen con élla mas de seiscientas familias, proveyendo á todas sus necesidades.

Correspondia el zélo á la caridad. Todos los años visitaba el arzobispado, haciendo tanto fruto con su modestia, apacibilidad y exemplo, como con sus exhortaciones. Desterráronse de todas partes los abusos, compusiéronse las enemistades, extermináronse los desórdenes, y se reformaron las costumbres. Nada se ocultaba á su vigilancia, ni burlaba su solicitud. Habíanse introducido en Florencia los juegos que llaman de azar, con grande ruina de las familias; emprendió el san-

to Arzobispo exterminarlos, y lo consiguió.

Cierto herege disfrazado, que tenia créditos de insigne médico, y lograba con este título mucha introduccion en las casas particulares, se aprovechaba de élla para sembrar disimuladamente sus errores, vomitando con especialidad horribles blasfemias contra la santísima Vírgen. Llególo á entender san Antonino, y al punto hizo conocer á todos, que el verdadero zelo, aunque siempre dulce y afable, sabe obrar con teson y con fortaleza cuando se atraviesan intereses de la religion. Por mas protectores que tuvo el herege, el santo Arzobispo se mantuvo inflexíble; y no habiendo querido convertirse aquel infeliz, fue condenado á la hoguera.

Era el espíritu de Dios el primer móvil de todas sus operaciones, y fue consiguiente á él en su conducta. Dormia muy poco; y aunque velaba hasta muy entrada la noche, todos los dias se anticipaba á los canónigos en la concurrencia á los maytines. Cuando volvia de éllos daba al estudio el tiempo que ótros concedian al descanso; despues de la misa, que celebraba cada dia con devocion tierna y sensible, se dedicaba enteramente á los negocios del arzobispado hasta la entrada de la noche, sin interrumpir las audiencias que daba á todos, mas que para ir á visitar á los pobres en los hospitales, ó para administrar los sacramentos á los enfermos.

A todas horas se le encontraba visible, afable y accesible, haciéndose todo á todos para ganarlos á todos. Igualmente daba audiencia al pobre y al paisano, que al rico y al poderoso, sin aceptacion de personas, hallando siempre en él director, pastor y padre, sin que accidente alguno fuese capaz de alterar su dulzura y su tranquilidad.

Habiendo arrestado á un ministro del papa el consejo supremo de Florencia, y no habiendo podido lograr el Arzobispo que le pusiesen en libertad, mandó cesar el oficio divino en la catedral á vista de los magistrados, y puso entredicho á la iglesia. Por mas que le maltrataron, se mantuvo inflexíble; y como le amenazasen que le echarian de la ciudad, mostrando el Santo la llave de la

celda que ocubaba en el convento de Cortona, y traia siempre colgada de la cinta, respondió: *Si me obligaren á salir de Florencia, siempre tendré donde retirarme.*

Sus grandes negocios y ocupaciones nunca le inquietaron el recogimiento interior, ni el espiritu de oracion, y en medio de éllas estaba como pudiera en el mas sosegado retiro. Ademas del oficio divino, el de la Vírgen, y los salmos Penitenciales, que rezaba todos los dias, rezaba el oficio de Difuntos dos veces á la semana, y los dias de fiesta todo el Salterio entero. En medio de tanta tarea halló tiempo para enriquecer la Iglesia con excelentes obras, como son *la Suma doctrina, ó teológica; la Suma histórica, la Suma de la confesion; un tratado de la excomunion; el discurso sobre los discípulos cuando iban al castillo de Emaús, y un tratado de las virtudes*, descubriéndose en todas estas obras las mayores pruebas de la pureza de su fe, de la santidad de su doctrina, de su gran virtud, erudicion y sabiduría.

Estaba tan extendido por toda Italia el concepto de su elevada santidad, que acudian los pueblos á los caminos por donde se sabia que habia de pasar para recibir su bendicion. El papa Nicolao V. dixo públicamente, *que tenia por tan digno de ser colocado en los altares al arzobispo de Florencia estando vivo, como á Bernardino de Sena, á quien él mismo acababa de canonizar despues de muerto.* Nombráronle los florentinos para que llevase la voz en una solemne embaxada que enviaron á los papas Calixto III. y Pio II, reparando todos, que cuanto mas le colmaban de honores, mas humilde se hacia. Suplicáronle que se quisiese encargar tambien de la embaxada al emperador Federico; pero no le pudieron reducir, porque jamás se resolvió á salir de su arzobispado no siendo por los intereses de la Iglesia.

Llegando á noticia del papa Pio II. el gran fruto que habia hecho en Florencia con su zelo suave, pero siempre discreto y eficaz, cortando de raiz los escándalos públicos, exterminando los juegos de azar y otros desórdenes inveterados, quiso hacerle de la junta que habia formado para reformar los abusos de Roma; pero antes llamó Dios á su fiel Siervo para premiarle eternamente. Murió con la muer-

te de los santos el dia 2 de mayo del año 1459, á los sesenta de su edad, y á los tres de su pontificado. Hallábase á la sazon en Florencia el papa Pio II. y no solo quiso honrar con su asistencia el entierro del santo, sino que concedió siete años de indulgencia á los que concurriesen á honrar tambien su cuerpo en la sepultura. Sesenta y cuatro años despues le canonizó solemnemente el papa Clemente VII. fixando su fiesta Inocencio XI. al dia 10 de mayo. Venérase el santo cuerpo con gran concurso de los fieles en la iglesia de los padres dominicos de Florencia, y se conservan algunas reliquias suyas en la del colegio de la Compañía de Múnster.

La misa es en honra del Santo, y la oracion es la siguiente.

Sancti Antonini, Domine, confessoris tui atque pontificis meritis adjuvemur, ut sicut te in illo mirabilem prædicamus, ita in nos misericordem fuisse gloriemur. Per Dominum nostrum...

Ayúdennos, Señor, los merecimientos del santo confesor y pontífice Antonino, para que así como te ensalzamos admirable en sus virtudes, así tambien te experimentemos misericordioso en nuestras necesidades. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría, y la misma que el dia V, fólio* 80.

NOTA.

»El libro que se intitula *el Eclesiástico*, fue escrito en »hebreo por un judío llamado Jesus, hijo de Sirach en el »pontificado de Onías III. reynando Tolomeo Epifánes, y »Antíoco, y le traduxo en griego un nieto del Autor, lla»mado tambien Jesus, en el reynado de Tolomeo Fiscano, »hermano de Tolomeo Filometor. Afirma san Gerónimo »haber visto en su tiempo un exemplar hebreo, que se in»titula: *libro de las Parábolas.*

REFLEXIONES.

Dios le glorificó. No hay otra gloria verdadera que la que viene de Dios; y aun esa es menester que el mismo Dios

nos la dé. La que los hombres solicitan, ó la que se dan únos á ótros, pierde todo el mérito y la estimacion, ó por la malignidad del principio, ó por lo torcido del fin. Todo ese incienso se desvanece en humo; ¿y qué resta despues del buen olor? No hay en el mundo cosa mas lisonjera, ni mas frívola, ni mas mentirosa que la alabanza. No es digno de élla el que se glorifica á sí mismo, sino aquel á quien glorifica Dios. El verdadero mérito por sí mismo resplandece; el fuego y el diamante brillan solo con dexarse ver; las piedras falsas son las que necesitan que las preconicen, y que se muestre como con el dedo su aparente resplandor. Esta es la causa legítima de esas necias y groseras vanidades, que ha intentado el orgullo humano para lisonjear su pasion, y para divertir á su misma razon natural, ocultándola la enfadosa vista de su necesidad y pobreza.

Glorificóle Dios delante de los reyes. Sean los buenos los que fuesen; mas que sean los mas humildes, los mas desconocidos por su condicion, ó por su nacimiento; mas que sean menospreciados, perseguidos y maltratados; entre los oprobios y entre el polvo se ha de hacer lugar la verdadera virtud; brilla en medio de los obscuros calabozos; y al cabo ha de hacer que se reconozcan sus derechos y su superioridad hasta desde la soberanía del trono. Hónrase siempre á la virtud; y se puede decir que solo á la virtud propiamente cristiana es á quien se honra. No hay hombre racional, no hay clase ni condicion tan elevada, que no se considere obligada á pagar, por decirlo así, esta especie de tributo. El natural entonamiento de los grandes no acierta á sostenerse á vista de la dulzura y de la apacibilidad de los virtuosos. Solamente la virtud está exênta de su desgracia: hasta la emulacion mas maligna, hasta la mordacidad mas insolente la respeta; bien puede perseguirla, y maltratarla; pero en el fondo la estima. Y aun la persecucion, si se reflexîona bien, nunca es contra la que se concibe como virtud verdadera, sino contra la que se representa como falsa; á la primera, ninguna pasion tiene osadía para denigrarla.

¡O buen Dios! siendo los hombres tan ambiciosos y tan apasionados de gloria, ¿por qué no la buscarán donde ver-

daderamente se halla? Los empleos mas elevados no siempre son los mas tranquilos. La grandeza, el esplendor, la autoridad, es cierto que executan por muchos honores, imponen obligaciones, inspiran respeto y temor; pero el corazon y el alma solamente los gana la virtud. Á la santidad todo el mundo se rinde. Una persona sólidamente virtuosa es honrada, respetada, estimada, y todos hacen confianza de su rectitud y de su bondad. ¿Y se hace acaso la misma de las grandezas humanas? Todos los hombres aman la gloria; pocos pueden aspirar á esas brillantes fortunas: ninguno hay que con la gracia de Dios no pueda ser santo. ¡Pues qué objeto mas digno de la ambicion de un corazon cristiano! ¡y qué locura la de suspirar por otra gloria!

El evangelio es del capítulo 25. *de san Mateo, y el mismo que el dia V, fólio* 82.

MEDITACION.

Del retiro espíritual.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el retiro espiritual, que consiste en pasar algunos dias en silencio y en soledad lejos del tumulto del mundo y del ruido de los negocios, para vacar únicamente á la consideracion de las verdades mas importantes de la religion, y al gran negocio de la salvacion eterna; considera, vuelvo á decir, que este piadoso retiro es entre todos los exercicios de devocion el mas propio, y aun el mas necesario para convertir á una alma, y acaso el único que jamás se practíca inútilmente.

Es cosa muy fácil que las verdades mas terribles de la religion hagan no mas que una impresion leve y pasagera, cuando todo contribuye, ó á disipar el espíritu, ó á estragar el corazon; la luz de la fe está entonces medio apagada, y no se dexa percibir bien la voz de Dios entre el estruendo del mundo. Pero cuando retirados del bullicio, y del tráfago de los negocios;

cuando en lugar de tantas brillanteces falsas, como se nos representan á la vista, en vez de esa infinita multitud de objetos engañosos que se nos ponen delante, solo se ofrecen á nuestros ojos aquellas imágenes que nos hacen casi palpables estas terribles verdades, que jamás habíamos penetrado bien, y ahora las miramos á nuevas luces: ¿cómo es posible que no hagan grande impresion en un tiempo en que la gracia se comunica con mayor abundancia, el espíritu está menos distraído, y el corazon mejor dispuesto?

Nunca se comunica la gracia con mayor abundancia, y de contado el mismo retíro es una gracia preciosísima. Mas si Dios nos dispensa siempre tantas gracias aun en medio del mundo mas tumultuoso; si grita, si estrecha, si solicíta, si corre tras el pecador, aun cuando el pecador huye de él; ¿qué misericordias no derramará ese mismo Dios sobre una alma penitente, cuando se retira del mundo para buscar á su Salvador, para llorar sus pecados, para desarmar su justicia, y para aplacar su ira? ¿Retiraráse de la soledad aquel misericordiosísimo Dios que tanto se dexa sentir del alma aun cuando está mas acompañada, y que dice por su Profeta que él mismo la *retirará á la soledad para hablarla al corazon*?

Experiméntanse en el discurso de la vida algunos vivos y fervorosos deseos de trabajar en el negocio de la salvacion; fórmanse grandes proyectos de conversion en estos como intervalos de la razon y de la piedad; sálese de un sermon con el corazon altamente penetrado y movido; una muerte repentina, una desgracia, una enfermedad, la lectura de algun libro sobresaltan tal vez á una conciencia que hasta entonces se conservaba demasiadamente tranquila. Parecia que en ciertas fiestas solemnes, con motivo de aquella confesion y comunion estaba ya concluida la grande obra de la conversion, y que se iba á dar principio á la enmienda general de las costumbres; pero el tropel de tantos objetos tentadores; el tumulto de la familia; la multitud de los negocios, que indispensablemente acompañan al empleo y al estado; las inconstancias y variaciones enfadosas de la vida, y sobre todo, el torrente de los malos exemplos, lo desvanecieron todo. El grano era bueno, pero cayó en las espinas, y se

sufocó; ó cerca del camino, y le pisaron, ó le comieron las aves del cielo. Todo esto prueba, mi Dios, la indispensable necesidad de retirarse, sin lo cual es muy dificultoso convertirse.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no puede haber estado ni disculpa que nos dispense del retiro. O has vivido inocente y fervoroso, ó has tenido la desgracia de abandonarte á las pasiones. Pues el retiro conserva la inocencia, y produce casi infaliblemente la conversion. No parece posible pasar, emplear muchos dias en la meditacion de aquellas terribles verdades que convirtieron al mundo; no perder de vista el horror de la sepultura; baxar con la consideracion hasta aquellos torbellinos de fuego que la ira de todo un Dios omnipotente tiene encendidos para castigar á los pecadores; penetrar bien aquella espantosa eternidad, que es la justa medida de los tormentos que ha de padecer una alma réproba; no parece posible pasar exâcta revista de todas sus maldades; ponérsele delante aquel caos, aquel abismo de culpas; tener presente todo lo que Jesucristo padeció por satisfacerlas; no parece posible considerar sériamente, y con sosiego la grande contradiccion que hay entre lo que creemos y lo que practicamos, entre nuestra fe y nuestras costumbres; comparar las máxîmas del mundo, que se siguen, con las del evangelio, que se deben seguir; pensar en el corto número de los que se salvan, y la inmensa multitud de los que se condenan; no parece posible, vuelvo á decir, hacer todas estas saludables reflexîónes en la quietud de la soledad, donde todo conspira á que abramos los ojos para conocer las cosas como son, y para palpar las vanidades del mundo, sin que nos penetren, sin que nos muevan, sin que nos conviertan.

¡Cosa extraña! Todos convienen en la importancia, y aun en la necesidad del retiro; pero pocos encuentran lugar ni tiempo para retirarse. Las ocupaciones, los negocios, dicen los mas, nos sorben todo el tiempo. ¿Pues qué, el negocio de la salvacion no es negocio? ¿Se nos puede ofrecer nunca ótro que nos toque

mas, ni que sea de mayor consecuencia para nosotros? ¿Qué digo? ¿tenemos por ventura otro negocio que merezca propiamente ese nombre mas que éste? Únicamente para trabajar en él se nos ha concedido toda la vida; y juzgó Dios que no era menester menos tiempo para salir bien con él. Y nosotros no hallamos tiempo para dedicar á él ocho ó diez dias al cabo del año. Si nos acomete una enfermedad, el cuidado de la salud nos hace olvidar todo otro cuidado; si nos amenaza el peligro de perder un pleyto; si á un pariente, si á un amigo se le ofrece un lance de empeño y peligroso, todo se arrima, todo se abandona; se monta prontamente á caballo, se dexa la casa, y se pasan meses enteros en agencias y en solicitudes; ciérrase la puerta á todo otro negocio, y solo en éste se piensa. Dirás que entonces lo pide la necesidad; ¿pues qué, salir del estado del pecado no será por lo menos tan grande necesidad como librarse de una enfermedad peligrosa? ¿conservar el cielo no será tan necesario como conservar una herencia? ¿hay negocio que nos interese mas que la salvacion de nuestra alma? Retírase uno para ajustar sus cuentas, para poner en órden sus negocios; retírase para tomar sus medidas, para reflexíonar sobre los medios mas propios de gobernar una empresa, una pretension de importancia; retírase á la campaña, ó se encierra en su casa, negándose á las visitas; y todo esto por negocios temporales. ¡Pero por el de la salvacion eterna, por mi eterna felicidad un retiro de ocho dias! ¡Ah! eso es demasiado; ¿dónde se ha de hallar tiempo para retirarse ocho dias? ¡y luego extrañarémos que sea tan corto el número de los que se salvan! ¡y luego nos admirarémos de que sea tan crecido el número de los que se condenan!

Conozco, amable Salvador mio, toda la fuerza de estas verdades; comprendo bien cuán necesario es el retiro, así para aprovechar bien los talentos recibidos, como para tomar justas medidas en órden á la eternidad. Solo confio, Señor, en vuestra misericordia, y espero que se ha de señalar en un sugeto tan vil como yo; especialmente cuando, ayudado de vuestra divina gracia, tome todos los medios que me sean posibles para agradaros.

JACULATORIAS.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. Salm. 54.

Huí del tumulto, alejéme del bullicio, y recogíme á la soledad para meditar las importantes verdades de la religion.

Quis dabit me in solitudine diversorium viatorum, et dereliquam populum meum? Jerem. 9.

¿Quién me dispondrá en la soledad un lugar muy apartado, para abandonar á este pueblo, y para huir de en medio de él?

PROPOSITOS.

Entre todos los exercicios de devocion, uno de los mas eficaces para convertir á un pecador, para encender el fervor en una alma, y acaso el único remedio eficaz contra la tibieza, es el retiro espiritual. No baxó visiblemente el Espíritu santo sino ó en el desierto ó en el retiro del cenáculo; y si Jesucristo se retiró solo tantas veces á la soledad del monte, fue sin duda para enseñarnos la necesidad que tenemos de retirarnos de cuando en cuando á la soledad; pues en élla fue tambien donde el mismo Señor dió á gustar á tres de sus apóstoles unos destellos anticipados de la gloria, colmándolos de los mayores favores. Sírvete de este medio, y no dexes pasar año alguno sin retirarte ocho ó diez dias á unos exercicios. Tengas los negocios que tuvieres, y sea tu empleo el que se fuere, hurta el cuerpo por algun tiempo á esas ruidosas ocupaciones, á esas concurrencias peligrosas. Una calentura, un rehumatismo, una xaqueca te harian invisible á todos; pues hágate invisible por algunos dias el cuidado de tu eterna salvacion. La semana santa y la de pascua de Espíritu santo parecen tiempo muy á propósito para vacar á estos santos exercicios; pero al fin, escoge el que fuere mas acomodado para ti; y si no pudieres retirarte á alguna comunidad religiosa, retírate á lo menos en tu casa, que esto parece que ya lo podrás hacer.

2 Unos exercicios sin fruto son pronóstico muy funesto; muy malo está el enfermo cuando no hacen operacion en él los remedios mas eficaces. Ten presente que el fruto de los exercicios depende en gran parte, ó de los fines por que se hacen, ó de la disposicion con que se entra en ellos, ó de los medios que se aplican para hacerlos bien. Los fines que debes proponerte para entrar en exercicios son: Primero, arreglar las cosas de tu conciencia por medio de una confesion general, que repare los defectos de las antecedentes, y quite la necesidad de hacerla á la hora de la muerte: segundo, reformar la vida: tercero, arreglar tu proceder en lo succesivo: cuarto, caminar eficazmente á la perfeccion de tu estado. Las disposiciones se pueden reducir á cinco: primera, deseo sincéro de aprovechar: segunda, gran desconfianza de sí mismo, acompañada de una firme confianza en Dios: tercera, un corazon liberal para con Dios, determinado á no negarle cosa que le pida: cuarta, una suma exâctitud en observar el repartimiento ó distribucion de horas, que se señalare en los exercicios: quinto, una total soledad y perfecto retiro, con una entera persuasion de la gran necesidad que tienes de él. Los medios pueden ser: primero, una singular devocion á la santísima Vírgen, haciéndola cada dia alguna oracion particular para implorar su proteccion: segundo, el uso de los sacramentos: tercero, un profundo silencio: cuarto, considerar á estos exercicios como los últimos que has de hacer en tu vida, y que en cierta manera depende de ellos tu conversion y salvacion.

DIA ONCE.

San Mayeul, abad de Cluny.

San Mayeul, hijo de Foquer, uno de los señores mas ricos y mas poderosos de la Provenza, nació el año de 906 en Valenzola, villa reducida del obispado de Ritz. La exemplar virtud de sus padres le proporcionó una

educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento. Desde la cuna mostró el Niño tanta inclinacion á todo lo bueno, acompañada de un natural tan bello, dócil, y de unos talentos tan escogidos para el estudio de las letras, que en poco tiempo se hizo Mayeul un mozo cabal. Tenia una memoria feliz, un entendimiento vivo, penetrante y naturalmente culto, acompañado de una rara aplicacion, poco ordinaria en los de aquella edad, con que en breve tiempo adelantó mucho en las ciencias; pero mas adelantó en la ciencia de los santos por su desvelo en corresponder á las grandes gracias con que el Señor le previno desde su mas tierna edad.

Profesó desde élla singular amor á la virtud de la pureza, y en fuerza de él evitó cuidadosamente todo aquello que podia manchar su hermosísimo candor. Ignoró los entretenimientos de la infancia, causándole disgusto los juegos que ésta usa; toda su diversion era la oracion, la leccion y el estudio. El mayor presagio de su futura santidad fue la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen. Nunca se desmintió su virtud, la que tenia gran cuidado de cultivar con la frecuencia de sacramentos y con el exercicio de rigurosas penitencias.

Faltáronle sus padres siendo aún muy jóven. Antes de morir el padre habia hecho donacion á la nueva abadía de Cluny de mas de veinte hermosas posesiones, liberalidad muy del gusto del santo Hijo; y que contribuyó mucho para avivarle mas la estimacion y el amor con que miraba ya al estado religioso. Tentábanle poco los otros grandes bienes en que se veía heredado; y andaba meditando retirarse á alguna soledad dentro de sus mismas tierras, cuando le obligaron á salir de éllas las incursiones que hacian en la Provenza los sarracenos de España, y se refugió en Macon en casa de un pariente suyo. Dióse á conocer muy presto por su virtud, por su reputacion y por su nacimiento al obispo de la ciudad, llamado Bernon. Luego que el Prelado le vió, y le tanteó, se persuadió á que un jóven tan prudente, tan virtuoso, y de prendas tan distinguidas, estaba sin duda destinado de Dios para la Iglesia; y á fin de empeñarle en seguir este estado, le ordenó

de primeras órdenes, y le dió un canonicato en su catedral.

Cuando el Santo se vió canónigo, no creyó que el título de la prebenda lo era tambien de la diversion y de la ociosidad: comprendió todas las obligaciones con que cargaba, y se aplicó á desempeñarlas. Habiendo conseguido licencia del cabildo para ir á concluir sus estudios en Leon, cuyas escuelas eran á la sazon muy celebradas, se dexó admirar en aquella ciudad su modestia, aquella gran compostura y ajustamiento de costumbres con su rara sabiduría. Restituido á su iglesia, en poco tiempo fue su exemplo y su admiracion. Pocas veces habia visto el clero y el pueblo tanta edificacion en persona de aquella calidad y en la flor de su juventud; lo que obligó al Obispo á irle promoviendo por los grados y pasos regulares hasta el diaconato, y á pesar de su humildad le hizo arcediano de su iglesia.

Con la nueva dignidad se sintió encendido en nuevo zelo por su propia perfeccion y por la salvacion de las almas. Propúsose por modelo al santo diácono y protomártir san Esteban, y sin exâgeracion se puede asegurar que imitó todas sus virtudes. Fue tan ardiente su caridad con los pobres, que no solamente les repartia con la mayor fidelidad las limosnas de los fieles, como le pedia su ministerio, sino que á largas manos empleaba en éllos sus propias rentas. Representáronle que estaban vacías sus paneras, y no solo vendió los muebles, sino tambien muchas de sus tierras para socorrer á los pobres en una hambre que sobrevino, autorizando el Señor mas de una vez con milagros sus crecidas limosnas; porque habiendo gastado cuanto tenia por atender á la pública miseria, halló en una ocasion sobre el mismo lintel de la puerta de su cuarto un bolsillo lleno de piezas de plata; y ofreciéndosele el mismo escrúpulo que al santo Tobías, sobre si aquel bolsillo sería de alguno que le hubiese perdido allí, hizo que le publicasen; y no habiendo parecido dueño, al punto repartió entre los pobres todo cuanto habia en él.

Aún se extendió á mas su caridad, porque habiéndole suplicado que explicase algunas lecciones de filosofia y de teología á los clérigos de la iglesia de Macon, lo hizo al

instante con tanto aplauso y con tanto fruto, que mezclando entre las cuestiones mas áridas y secas las instrucciones morales mas vivas y mas eficaces, salian sus discípulos aun mas santos que sábios.

La fama de su virtud le dió á conocer en otras provincias extrañas. Muerto Guifredo, arzobispo de Besanzon, le pidió por pastor suyo esta ciudad; pero se resistió con tanta sinceridad y con tanta resolucion, que perdieron la esperanza de reducirle. Aunque salió victorioso de este lance, quedó tan sobresaltado del peligro, que para que no se viese en otro semejante su humildad, determinó retirarse á algun claustro religioso.

La célebre abadía de Cluny, tan fecunda en hombres santos y sábios, gobernada á la sazon por Aymardo, su tercero abad, estaba reputada por el mas santo retiro que se conocia por aquel tiempo en Europa. Florecía en élla la disciplina monástica con el mayor rigor, y hacia gran ruido en el mundo el espíritu de penitencia que reynaba en aquella austerísima comunidad. Habia muchas noticias de Mayeul en el monasterio, y así fue recibido en él con singular alegría. Como era tan virtuoso, apenas tuvo otra cosa que mudar sino el vestido. El desasimiento de todos los bienes de la tierra, el espíritu de recogimiento, su tierna devocion, su vida penitente y su profunda humildad le conduxeron en poco tiempo á la cumbre de la perfeccion, en un lugar donde parece que se habian refugiado y unido todas las virtudes.

Conociendo el abad Aymardo las que sobresalian tanto en el nuevo Monge, acompañadas de sus raros talentos naturales, no quiso que las sepultase; y encargándole hácia dentro el cuidado de enseñar á los jóvenes estudiantes, le encomendó al mismo tiempo todos los negocios mas importantes de afuera, nombrándole por bibliotecario y por apocrisario del convento. Desempeñó nuestro Santo con la mayor integridad y suficiencia todos estos empleos, sin que los viages que se le ofrecieron para tratar con los príncipes en diversas córtes de la Europa, disipasen en él aquel su natural espíritu de retiro y de mortificacion; tan recogido, tan humilde y tan austéro consigo mismo en medio de la córte, como en el centro

del monasterio, no perdiendo jamás un punto de su primitivo fervor.

Hallándose el abad Aymardo muy debilitado y casi ciego en fuerza de su avanzada edad, propuso á los monges que le diesen por coadjutor suyo á nuestro Santo: consintió unánimemente el capítulo sin que otro que Mayeul contradixese la eleccion, con que se vió precisado á rendir el cuello al yugo de la obediencia. Juntáronse en Cluny todos los obispos vecinos con muchos abades; y habiendo sido solemnemente bendito, fue declarado abad del monasterio; y aunque Aymardo le obligó á que ocupase su lugar, nunca se consideró sino como su vicario y coadjutor. Cierto monge, que tenia oficio en el monasterio, faltó en no sé qué cosa á Aymardo; y éste con mas resentimiento del que fuera justo, mandó juntar el capítulo, y haciéndose llevar á él, preguntó al abad Mayeul en presencia de todos los religiosos, si era súbdito ó superior suyo; respondió el Santo con aquella su genial modestia y apacible mansedumbre, que siempre se habia considerado, y se consideraba como el último de todos los monges, que hacia profesion de obedecerle en todo; y que le honraria y veneraria como á padre hasta la muerte. Pues si así es, replicó Aymardo, dexa ese asiento del abad, y vete á sentar entre los demas religiosos. Al punto obedeció nuestro Santo, y Aymardo se declaró por único abad del monasterio, comenzando á proceder como juez y presidente del capítulo: acusó al monge que le habia ofendido; dexóle penitenciado; y haciendo el oficio de juez por espacio de media hora, renunció la abadía: mandó á nuestro Santo que volviese á tomarla; y él lo hizo con la misma indiferencia con que la habia dexado. No sobrevivió el anciano Abad á este último acto de jurisdiccion; y hallándose ya Mayeul solo con todo el peso del gobierno, se dedicó únicamente á hacer que floreciese la disciplina monástica en la casa, elevando la abadía de Cluny á aquel supremo grado de perfeccion que la hizo tan célebre en todo el Universo. Renovó el fervor en todo el monasterio, así con sus exemplos como con sus instrucciones, no habiendo ótro en toda la religion de san Benito que le excediese en perfeccion,

ni acaso vió jamás la vida monástica tanto número de santos juntos, debiéndose en gran parte á los desvelos de san Mayeul.

Acompañaba la fama del Abad á la fama del monasterio; siendo muy particularmente estimado de todos los papas, emperadores y reyes de su tiempo.

Suplicáronle el emperador Othon I. y la emperatriz Adeláida, que tomase á su cargo la reforma de los monasterios de Alemania, y de algunos ótros que estaban en los dominios del imperio. Aceptó con mucho gusto esta comision, por lo mismo que tenia bien previsto lo mucho que habia de padecer en élla. Correspondió el fruto á sus trabajos, y cedió en grande crédito de su zelo. Introduxo la regla del monasterio de Cluny, que era como una especie de reforma de la religion de san Benito, en Ravena, en Pavía, en la Suavia y en el pais de los suizos. Tambien la Francia experimentó los efectos del zelo que le animaba; porque renovó la antigua disciplina en las abadías de Marmontier en Turena, san German de Auxerre, Moutier-San-Juan, san Benigno de Dijon, san Mauro de las Fosas, cerca de París, y tambien hizo recibir la reforma de Cluny en el célebre monasterio de Lerins por órden del papa Benedicto VII. No pudieron hacerse en menos de diez años tan grandes mudanzas sin grandes milagros; y con efecto los hizo el Santo en todas partes; siendo tambien una especie de milagro el recogimiento interior, la íntima union con Dios, y las rigurosas penitencias que hacia Mayeul entre el tumulto de tantos cuidados y negocios como concurrian en el gobierno de tan célebre abadía.

Era una de sus particulares devociones ir en peregrinacion á aquellos lugares donde era venerada la santísima Vírgen con alguna especialidad; por lo que muchas veces visitó el santuario de nuestra señora de Velay y el de Loreto, de donde pasó á Roma á visitar el sepulcro de los santos Apóstoles, y siempre con el mismo espíritu y con la misma devocion.

Pasando por la ciudad de Coira en los grisones, dió salud al obispo Alberto, afligido mucho tiempo habia con agudísimos dolores, que le tenian reducido á la extremidad; y san Pedro Damiano refiere, que habiendo

desobedecido á nuestro Santo un monge del monasterio de Pavía, le mandó en penitencia que besase á un leproso, y executándolo el monge, quedó el leproso repentinamente sano.

Al volver de estos viages á Roma encontró una tropa de moros, que corrian los Alpes, y cogian todos los pasos de Italia. Cautiváronle con los religiosos que le acompañaban al pie de la sierra que se llama de san Bernardo el Grande, y le conduxeron á Pont-Ouvrier, donde le metieron en prisiones. No se puede decir lo mucho que padeció de aquellos bárbaros; pero ni por eso perdió un punto de su devocion ni de su vida penitente todo el tiempo que duró su cautiverio; y no fue sin grande fruto, porque con sus exhortaciones convirtió á muchos infieles, y tuvo el consuelo de administrarles por su mano el santo bautismo. Rescatado del cautiverio por una gran suma de dinero, tuvo noticia, con gran dolor suyo, de que el emperador Othon II. trabajaba eficazmente para hacer que le eligiesen por papa; pero la generosa y firme resistencia que hizo á esta suprema dignidad; edificó maravillosamente á todo el orbe cristiano, y quizá esta resistencia dió mas honor al santo Abad, que le daria la dignidad misma.

Conociendo por sus muchos años y achaques que se acercaba el fin de sus dias, puso los ojos en su discípulo san Odilon para sucesor suyo; propúsole á la congregacion, y élla le aprobó con general consentimiento.

Descargado ya del peso del gobierno, y libre del embarazo de los negocios, solo pensaba en prevenirse para la muerte, redoblando su fervor, sin dexarse ver en público, gozando la dulce tranquilidad de una profunda abstraccion, soledad y retiro, cuando Hugo Capeto, rey de Francia, que le estimaba, y le veneraba mucho, le suplicó que pasase á París para reformar la abadía de san Dionisio. Así las instancias de aquel Príncipe, como los impulsos de su zelo, que nada habia perdido de su primitivo vigor con la fuerza de los años, le hicieron olvidar su debilidad, y no atender á las lágrimas de sus monges, que le disuadian de aquel viage. Púsose en camino, y habiendo llegado á Souviñi en el Borbonés, murió con la muerte de los justos el dia 11 de mayo del año 994;

casi á los ochenta y ocho de su edad. Fué enterrado en la iglesia de san Pedro, y su sepulcro se hizo glorioso por los milagros que obró el Señor por su intercesion.

Hallándose el papa Urbano II. en Souviñi el año de 1096, fue elevado el santo cuerpo de la tierra, y se hizo su primera translacion con solemnidad; y en tiempo de Honorio IV. se hizo la segunda. Consérvanse en Souviñi estas preciosas reliquias, juntamente con las de san Odílon su sucesor.

La misa es en honra del Santo; es la del Comun de los abades, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Majoli abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion de san Mayeul, abad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 45. del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introduxo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

"Antíoco Epifanes, el mayor perseguidor que tuvie- »ron los judíos despues que volvieron del cautiverio, su- »bió al trono de Siria el año de 3828; y en este tiempo »es probable que Jesus, hijo de Sirach, compuso su obra »al principio de la persecucion contra el gran sacerdote »Onías. Previene el Autor la ruina de su patria y la de- »solacion de las cosas santas, habiéndose retirado á Egip- »to, donde se cree que escribió este libro."

REFLEXIONES.

Et dedit illi coràm præcepta, et legem vitæ, et disciplinæ. Dióle públicamente los preceptos y la ley, para que arreglase por éllas su vida y sus costumbres. ¿Hablarán estas palabras solamente con Moyses y con los santos? ¿dió el Señor á todos éstos su ley y sus preceptos para que arreglasen su vida y sus costumbres? Y si este órden habla con todos los cristianos, ¿qué deberémos pensar á vista de una vida tan desarreglada, de unas costumbres tan perdidas en la mayor parte de los fieles?

La ley de Jesucristo, aquella ley tan santa, tan pura, tan perfecta debe ser la única regla de nuestras operaciones. Cualquiera otro sistema es abusivo; no tenemos, ni debemos tener otros principios de moral; todo camino que no sea éste, es descamino. ¡O buen Dios, á cuántos desesperará esta verdad al fin de la vida! ¿Son regla de las costumbres de los grandes del mundo las máximas del evangelio y la ley de Jesucristo? ¿es el evangelio la regla de sus deseos, de sus proyectos, de su ambicion, de su profanidad, de su conducta?

El evangelio es el que debe reglar todas las condiciones, todos los estados, todas las edades; no se nos ha de juzgar por otras leyes; no se han de consultar otras máximas para formarnos el proceso; no se han de seguir otras doctrinas. Ciertamente que se trastorna el juicio y la razon cuando se considera que esas gentes que solo se apacientan con vanas quimeras de fortuna, con frívolas ideas de grandeza; que dexan á las almas sencillas, y á los que llaman éllos pueblo y vulgo el cuidado de cumplir con las

obligaciones de cristiano; gente que no tiene mas ocupacion que la ociosidad, y que al parecer solo se avergüenza del evangelio; que estas gentes, vuelvo á decir, crean sincéramente las verdades mas terribles de la religion, y todo lo que dexó dicho Jesucristo de la indispensable obligacion de vivir segun sus máxîmas.

Cree que el evangelio es la única regla de las costumbres; que cualquiera otro sistema es falso; que es vano cualquiera otro razonamiento; que no es posible hallar otro camino para el cielo, ni otra regla en las sendas de la salvacion; ¡y creer todo esto aquel jóven disoluto, que hace vanidad de no tener religion; aquella muger mundana, que no toma gusto en otra cosa sino en las diversiones y en las galas; aquel avariento, cuyo corazon está todo en sus tesoros; aquel hombre de negocios, que no reconoce otra regla para su conducta que la de su ambicion; aquella persona entregada enteramente á la sensualidad; aquel presumido de espíritu fuerte, que hace chacota de las mas piadosas devociones, de las máxîmas mas santas del evangelio! Sí, por cierto, todos éstos creen que el evangelio es la única regla de la vida y de las costumbres. ¿Quién querrá salir por fiador de su fe? Pero, ¿y querrémos nosotros ser comprendidos en la suerte de una conducta tan poco cristiana? ¡Qué monstruosa contradiccion es la que se palpa entre lo que se cree, y lo que se obra! Todos se aman tanto, que ninguno quiere condenarse; ¿pero viven todos tan cristianamente que puedan esperar no ser condenados? Asombro es que entre los cristianos se hallen algunos que se esfuercen á no creer aquello mismo que temen; pero aún es mayor asombro que se encuentren en el cristianismo muchos que no temen aquello mismo que creen. ¿Cuál es peor, no creer apenas nada de lo que se debe creer, ó no hacer apenas nada de aquello que verdaderamente se cree?

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo, y el mismo que el dia V, fólio 112.

MEDITACION.

De la indispensable necesidad que hay en todos de tener cada año algunos dias de retiro.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no todos pueden abandonar para siempre sus negocios y su casa por vacar en la soledad al negocio importante de la salvacion. Este privilegio se reserva únicamente para algunas almas favorecidas: semejante vocacion es una gracia muy singular; pero pocas personas hay que no puedan conceder al retiro algunos dias del año; ninguna absolutamente que no deba hurtar por algun tiempo el cuerpo al cuidado de los negocios temporales, para vacar únicamente al importantísimo negocio de su eterna salvacion.

Unas fiestas, una boda, el buen tiempo suspenden tal vez por muchos meses los negocios de mayor interes; ¿y para el negocio de mi salvacion no podré hallar tres ó cuatro dias libres? Aunque se vea uno en los primeros empleos del ministerio, ya togados, ó ya de capa y espada; aunque cargue sobre sus hombros todo el gobierno del estado, siempre halla al cabo del año algunos dias desocupados, algun tiempo para la respiracion y el descanso: ¿y será posible que solo no se encuentre para dedicarle al importante negocio de la salvacion? Pues ello es así, que para trabajar eficazmente en este importantísimo negocio no hay cosa mas necesaria que el retiro.

¿Quieres convertirte? ¿quieres tranquilizar y sosegar tu conciencia? ¿quieres salir de ese funesto estado de la tibieza ó de la culpa? ¿quieres romper esos lazos, domar ese genio, vencer esa pasion, reformar esas costumbres, mudar esa mala vida? pues aléjate por algunos dias del tumulto del mundo; retírate á alguna casa destinada para este fin, ó sepárate del comercio de los hombres, desembarázate de todo negocio temporal, de todo cuidado doméstico; y á solas con tu Dios exâmina si te hallas en es-

tado de comparecer ante el tribunal del Juez supremo, si tus costumbres, si tus máxîmas, si tu conducta pasada te dan prendas de tu felicidad eterna. Sin este medio, ¿cómo se pueden arreglar con seguridad los negocios de la conciencia? ¿cuántas veces has juzgado, y has dicho tú mismo, que no es posible trabajar eficazmente en el negocio de la salvacion en medio de los embarazos y tumulto de la vida? Tu propia experiencia te convence de la necesidad de algunos dias de retiro. Preciso es que sea uno muy enemigo de sí mismo, y que esté muy resignado en su eterna perdicion, cuando piensa y cuando dice que no tiene tiempo para esto.

Hallaráse este tiempo á la hora de la muerte, y se encontrará por toda una desdichada eternidad. Entonces sí que estará en un eterno, pero espantoso retiro; y entonces sí, que á pesar suyo meditará muy despacio el infeliz condenado estas terribles verdades, que no quiso meditar durante la vida; entonces se repasarán los años con una cruel amargura; pero ya todo sin fruto. ¡Qué locura, qué malignidad, qué furor, no haber prevenido esta desdicha por medio de un saludable retiro!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la conversion es una obra dificil; es preciso desengañarse de muchos errores y preocupaciones que habia adoptado el amor propio; es preciso condenar muchas máxîmas que habia autorizado una inveterada costumbre; es preciso sufocar deseos, reprobar ideas, dexar estilos, oponerse á inclinaciones, ahogar pasiones; y en fin, renovar todo un corazon corrompido por vicio. Todo esto no es posible hacerse sin largas y sérias reflexîones; sin profundizar las verdades terribles de la fe; sin desentrañar los misterios de la religion. Y esto, ¿cómo se podrá practicar entre el ruido del mundo, entre los estorbos de un estado ó de un empleo rodeado de estruendo y de tumulto, entre la esclavitud de una vida enemiga del reposo? Luego es indispensable el retiro.

Pocas personas se hallarán que no tengan necesidad de renovar una multitud de confesiones mal hechas. No siempre son las mejores las primeras y las mas antiguas;

si no se faltó á la integridad, se faltó al dolor. El poco fruto da bastantemente á entender que hay en el árbol alguna grave enfermedad. ¡Qué locura, qué desdicha, aguardar á reparar estas faltas para aquel tiempo en que no se puede hacer! Es menester sosiego, quietud, despacio, y otros auxílios que no se pueden conseguir sin el retiro.

Hagamos concepto de la necesidad de este medio por el fruto que se saca de él, y por la misma repugnancia que se siente en practicarle. Apenas parece posible (á lo menos es cosa muy extraordinaria) retirarse á unos exercicios, y no sacar fruto de éllos. Será muy raro el pecador que los haga bien, y no se convierta. Descúbrense en éllos las verdades de nuestra religion con tanta claridad, que no pueden dexar de hacer fuerza; y es tan abundante la gracia que en éllos se comunica, que no puede dexar de convenir. O se hacen mal los exercicios, ó infaliblemente se sigue á éllos la enmienda de las costumbres. Desde que se introduxeron los exercicios en el mundo, comenzaron á contarse mas frecuentes las portentosas conversiones; y esta es la verdadera causa por qué se siente tanta repugnancia, y se ofrecen tantos obstáculos para entrar en éllos.

Como el tentador es tan enemigo de nuestra salvacion, dilata nuestra conversion todo lo que puede, y por eso no hay medio que no practique para desviarnos de los exercicios. No atribuyas á tus negocios, ni á tu estado, ni á tu poca salud, ni á otros accidentes imprevistos la resistencia que has hecho hasta aquí á este poderoso medio. Si los exercicios fueran una partida de diversion, aunque arriesgáras en élla tu salud, ninguno de esos estorbos te la impediria; pero el demonio interesa mucho en abultar las dificultades, y en forjar otras nuevas para desviar las almas de un retiro tan contrario á su malicia y á sus perniciosos intentos.

Demasiado he experimentado yo, Dios mio, este fatal artificio del enemigo de mi salvacion: conozco bien que todo cuanto me he desviado de los exercicios, tanto me he apartado de mi conversion. Tened, Señor, piedad de mis descaminos y de mi miseria. Comprendo y confieso que tengo necesidad de retirarme algunos dias; no permi-

tais que malogre esta gracia, y dadme tiempo para que haga eficaz esta resolucion.

JACULATORIAS.

Deduc me in semitam mandatorum tuorum, quia ipsam volui. Salm. 118.
Conducidme, Señor, al camino de guardar vuestros mandamientos, porque no quiero ótro.

Melior est dies una in atriis tuis super millia. Salm. 83.
Un solo dia de retiro en tu santa casa, vale mas que mil entre el estruendo del mundo.

PROPOSITOS.

Sea uno de la condicion que quisiere, y ocupe el empleo que ocupáre, no es creible que al cabo del año le falten tres ó cuatro dias para retirarse. Siempre se encuentran los que se quieren para una partida de diversion, para un viage; no son menester mas, y muchas veces ni aun tantos para unos exercicios; lo único que falta para hacerlos, es un poco de buena voluntad. Pero al fin, permitamos á cierta clase de gentes, que sus ocupaciones, sus negocios, su estado y sus empleos no las dexen lugar para tres dias de exercicios; ¿qué excusa racional se podrá alegar para no retirarse por lo menos un dia cada mes? Toma desde luego esta resolucion, y ponla en práctica desde el domingo que viene. Este exercicio respecto de los seglares, no les altera las horas, como las puede alterar respecto de los religiosos; sin faltar á tus obligaciones puedes facilmente tener un dia de retiro. No hay cosa mas útil, mas facil, ni mas necesaria; imponte una ley indispensable de practicar; la experiencia te enseñará que no es posible tener cada mes un dia de retiro, y no hacerse santo en poco tiempo.

2 Determina desde luego el dia que destinas para esto; escogiendo aquel que te parezca será el mas desocupado, y la víspera prevente, desembarazándote de todo lo que puede distraerte en el mismo dia. Prepa-

rate la noche antes con la parábola de la higuera, que el padre de familias está resuelto á dar por el pie, porque no lleva mas que hojas, y solo dilata el arrancarla hasta ver si con nuevo cultivo produce finalmente algun fruto. Aplícate á ti mismo esta parábola, y madrugando con diligencia por la mañana, despues de haber adorado al Señor, y pedídole su gracia para pasar santamente aquel dia, tan importante para tu salvacion, emplea una, ó por lo menos media hora en la meditacion de alguna de las grandes verdades de nuestra religion, aplicándote siempre la doctrina que éstas nos enseñan. Lee despues un capítulo en el libro de la imitacion de Cristo, y dedica una hora á recorrer en la amargura de tu corazon los años de la mala vida pasada. Considera tus desórdenes, tus maldades, el abuso de los santos sacramentos, el desperdicio de tántos auxîlios, y disponte para la confesion que debes hacer desde el último dia de retiro, con tanto dolor, que pueda reparar los defectos de las confesiones particulares antecedentes; oye misa con la misma disposicion, y comulga como si recibieras al Señor por modo de viático. Antes de comer ten otra meditacion; y entre cinco y seis de la tarde la tercera. La leccion espiritual sea en algun libro escogido, enérgico y convincente, y toma despues tus medidas para que tus propósitos sean eficaces. En una palabra, debes procurar hallarte al fin de este dia como te quisieras encontrar á la hora de la muerte.

DIA DOCE.

Los santos Neréo y Aquíleo, santa Domitila y san Pancracio, mártires.

Es muy célebre en la Iglesia desde el segundo siglo la memoria de los santos mártires Neréo y Aquíleo, siendo su culto de los mas antiguos que se solemnizan en élla. Eran

dos hermanos, que habiendo entrado en servicio de la princesa Domitila, sobrina del emperador Domiciano, siendo aún muy niños, tuvieron la dicha de ser instruidos en la fe, y bautizados por el mismo apóstol san Pedro, juntamente con toda aquella ilustre y santa familia, que derramó con el tiempo su sangre por Jesucristo.

Distinguíanse tanto entre todos los criados de la princesa Neréo y Aquíleo por sus costumbres y por su buen exemplo, que esto mismo les mereció la particular estimacion de su ama, quien los hizo gentil-hombres de su cámara, y les dió su confianza.

Refieren las actas mas antiguas de los dos Santos, que viendo un dia el cuidadoso desvelo con que la Princesa se estaba vistiendo y adornando para recibir la visita del conde Aureliano, con quien estaba desposada; lo sintieron vivamente; y animados del zelo que tenian por la salvacion de su alma, la representaron con cristiana libertad, pero con el mayor respeto, cuán indigno era aquel prolixo cuidado de agradar á un hombre mortal, de una alma que éllos habian creido siempre destinada para ser esposa de Jesucristo, y para aumentar el augusto escuadron de las santas vírgenes. Esta reverente representacion, efecto puro de un zelo prudente y desinteresado, hizo impresion en el corazon de la Princesa; y advirtiéndolo los dos hermanos, aprovecharon la ocasion, y prosiguieron representándola con igual respeto que su religion y su virtud la prometian mayor fortuna; y trayendo á la memoria la boda que la proponian, la hablaron con tanta energía de la vanidad de todas las honras y bienes de este mundo; de cuán vacíos son todos los gustos, entretenimientos y placeres; de la brevedad de los dias de la vida, y singularmente de los trabajos, amarguras y esclavitud del estado del matrimonio; y la hicieron una pintura tan eficaz y tan viva del valor y mérito de la virginidad, y de todas las ventajas que trae consigo esta amabilísima virtud, que Domitila protestó no tendria jamás otro esposo que á Jesucristo, á quien desde aquel punto únicamente queria y pretendia agradar; y volviéndose á los dos hermanos, les dixo: *Pues Dios se ha valido de vosotros para inspirarme el deseo de ser esposa suya, tratad de conseguir que logre cuanto antes la honra de traer*

la divisa que se acostumbra, y de obligarme solemnemente á no reconocer jamás otro esposo que á él. Hablaba la Santa de la bendicion que recibian en aquel tiempo las vírgenes, y del velo que traian en la cabeza en señal de celibato.

Muy gozosos Neréo y Aquíleo, y no menos consolados al ver la bendicion que habia echado el Señor á su zelo, corrieron al papa san Clemente, sucesor inmediato de san Pedro, y le dieron cuenta de la resolucion en que estaba la princesa Domitila de no perder jamás el precioso tesoro de la virginidad. Dió gracias el santo Pontífice al Señor; y pasando luego al palacio de la Princesa, á quien halló mas determinada que nunca de no admitir otro esposo que á Jesucristo, la dixo: *¿Has pensado bien, hija mia, el fuerte combate que te espera? ¿y tendrás valor para prometerte victoria? Tu amante irritado del que reputa desayre, infaliblemente te acusará al Emperador de que eres cristiana; y entonces, ¡ó buen Dios, á qué tentaciones tan furiosas no se verá expuesta tu fe y tu constancia! ¿Ni cómo podrémos tú y yo evitar entonces el martirio? ¿Y qué mayor dicha nos podrá suceder?* Respondió la Santa: *Yo fio poco de mis fuerzas; pero todo lo espero y todo lo confio de la poderosa gracia de mi Esposo celestial; y la persecucion no hará mas que adelantar nuestra felicidad y nuestra gloria.* Enternecido san Clemente al oir tan generosa respuesta, y mucho mas edificado del ardiente deseo que mostraba Domitila de consagrarse al Señor, la dió su bendicion con solemnidad, y la echó el velo sobre la cabeza.

No tardó mucho tiempo en cumplirse lo que habia pronosticado el santo Pontífice; porque informado Aureliano del partido que habia abrazado Domitila, entró en una especie de furor; y despues de haber empleado inútilmente promesas y amenazas, hizo asegurar á todos los que sospechó haber tenido parte en la mudanza de la Princesa, y á todos los acusó de que eran cristianos, con resolucion de emplear todo su crédito para que todos fuesen condenados al último suplicio.

Los primeros de quienes se echó mano fueron Neréo y Aquíleo, confidentes de Domitila; persuadido el Conde á que ganados éstos, presto rendiria á la Princesa. Valióse

de cuantos medios pudo para derribar su religion; de halagos lisonjeros, de esperanzas, de promesas tentadoras y de solicitaciones; pero nada fue bastante á trastornar ni aun mover ligeramente le fe de los Siervos de Dios; cuya constancia irritó tanto la cólera de Aureliano, que consiguió fuesen al punto despojados de sus vestidos, y azotados con toda la crueldad imaginable; pero la alegría que mostraron los Santos en este tormento, le hizo perder toda esperanza de pervertirlos, y así fueron declados por cristianos, y consiguientemente por enemigos del Emperador y del Estado. Temiendo que su firmeza aumentase la de Domitila sirviéndola de exemplo, fueron enviados á Terracina para que el cónsul Minucio Rufo les hiciese la causa.

Esta se substanció presto. Mandóles que renunciasen la fe de Jesucristo, y que en el mismo punto ofreciesen incienso á los ídolos. Respondieron con una intrepidez que asombró al mismo Tirano: que habiendo sido bautizados por el apóstol san Pedro, y habiendo sido alumbrados con las luces de la fe, no reconocian otro Dios que el Dios de los cristianos; llorando la desgracia y la ceguedad de los gentiles, que se forjaban casi tantos dioses como hombres, siendo lo mas deplorable que en sus falsas divinidades no adoraban mas que sus verdaderas pasiones.

Enfurecióse el Tirano al oir una respuesta tan breve como determinada, y mandó que al punto fuesen puestos en el potro. Era éste una especie de tormento en que á las cuerdas que suspendian en el ayre los cuerpos de los mártires, se las apretaba á torno hasta lograr que tuviesen toda la tirantez posible, y despues de haberles despedazado los costados, mandó que se aplicasen á éllos hachas encendidas. Los agudísimos dolores que sentian solo sirvieron para encenderlos mas y mas en el amor de Dios, saliendo al semblante el gozo que ocupaba el corazon; tanto, que temiendo el Tirano que esta maravilla hiciese impresion en el ánimo de los paganos, les hizo cortar la cabeza el dia 12 de mayo del año de 98; y sus cuerpos fueron ocultamente recogidos por su discípulo Auspicio, y enterrados en la via Ardeatina á media legua de Roma, donde con el tiempo se edificó una iglesia

para eterno monumento del triunfo de estos gloriosos mártires.

No se alteró por su muerte la fe de la ilustre vírgen Domitila; pero atendiendo el Emperador á su nacimiento, á su nombre, á su hermosura y á su mérito, no se resolvió á quitarla la vida, y se contentó con desterrarla á la isla de Poncia, cerca de Terracina, de donde Aureliano consiguió que se la levantase luego el destierro, y que se la llamase á la misma ciudad, no desconfiando todavía poderla reducir á su voluntad; para cuyo fin tuvo modo de introducir en su casa dos jóvenes doncellas, hermanas de leche de la misma Domitila, que se llamaban Eufrosina y Teodora, cuerdas y honestas á la verdad, pero imbuidas en las máximas y espíritu del mundo, con grandes deseos de hacer fortuna en él. Prometiéronlas que á úna y ótra las colocarian ventajosamente como pudiesen vencer á la Princesa á que se casase con el Conde; esperanza que las empeñó en practicar á este fin cuantos medios pudo inventar el artificio y el ingenio. Unas veces la preguntaban si podrian éllas abrazar su religion, y si para salvarse en la religion cristiana era necesario ser vírgen; ótras si era lícito el matrimonio, y en suposicion de serlo, qué motivo podia tener para negarse á un estado que no la estorbaba ser cristiana, y antes la abria camino para hacer algun dia cristiano á su marido, á sus hijos y criados.

Descubrió fácilmente Domitila el espíritu que las movia á hablar de aquella manera: y habiendo respondido á sus preguntas en tono que no admitia réplica, élla tambien quiso hacer las suyas. Preguntólas, pues, si estando las dos prometidas y tratadas de casar con dos señores ricos, oirian sin indignacion que tuviesen alientos para pretenderlas despues dos viles esclavos? No por cierto, respondieron éllas, á menos de haber perdido el seso y el entendimiento, no se podria llevar en paciencia semejante proposicion. ¿Pues por qué os admirais, replicó la Santa, de lo que hoy hago? ¿por qué calificais de menos prudente mi conducta? Habiendo consagrado mi virginidad, estoy desposada con su único hijo Jesucristo; este vínculo ha de durar por toda la eternidad; las conveniencias que trae consigo son infinitas. ¿Qué os parece?

Hallándome ya honrada con este ilustre título, ¿deberé preferir á la mano del único hijo de Dios vivo, la de un hombre mortal? ¿podré oir sin disgusto que me hablen de otro matrimonio? Dixo esto con tanta gracia y con tanta viveza, que movidas y aun convencidas con sus razones Eufrosina y Teodora, se mostraron como dudosas; pero no rindiéndose aún á los impulsos interiores de la gracia, Si lo que dices es verdad, la replicó Teodora, haz que tu divino Esposo restituya la vista á un hermano ciego que yo tengo. Tu hermano, replicó la Santa está ausente, y se dilataria mucho el milagro; ahí tienes una muchacha muda que te sirve; hazla venir, y se manifestará mas presto en élla el poder de Jesucristo, para que tambien quedes tú mas presto convencida. Vino la muda, hizo oracion por élla Domitila, desatósela la lengua, y las primeras palabras en que prorumpió fueron publicar que no habia otro Dios que el Dios de los cristianos. A vista de esta maravilla las dos hermanas se arrojaron á los pies de la Princesa, declararon que eran cristianas, y que no querian otro esposo que á Jesucristo.

Llegando á noticia de Aureliano lo que habia sucedido, resolvió desatar la rienda á los efectos de su resentimiento, sin aguardar ya mas medidas; y habiendo ganado fácilmente la voluntad del cónsul, hombre cruel, y enemigo mortal de los cristianos, hizo poner fuego á la casa donde estaba Domitila con sus dos Neófitas; y todas tres fueron inmoladas, puras víctimas del Dios vivo, consumando de esta manera su glorioso martirio. Al dia siguiente acudió el diácono Cesáreo para recoger aquellas preciosas cenizas; pero se quedó admirado cuando las encontró á todas postradas, el semblante contra la tierra, como si estuvieran en oracion, sin que el fuego que consumió su sacrificio hubiese tocado ni á uno de sus cabellos; tomó los santos cuerpos, y los enterró en un lugar donde con el tiempo se edificó una iglesia.

El mismo dia se hace mencion del santo jóven Pancracio, originario de Synada, ciudad de Frigia, que perdió á su madre pocos dias despues que nació, y el padre tampoco sobrevivió á su muger mucho tiempo. Antes de morir dexó encomendado el niño Pancracio á un hermano suyo, llamado Dionisio, que fue tutor y padre de su tier-

no sobrino. Llevóle consigo á Roma, donde pasó á residir, y dispuso la Providencia que tomase casa junto á úna donde estaba retirado el papa san Marcelino durante la persecucion que Diocleciano y Maximiano habian encendido contra los cristianos. Con esta ocasion la tuvieron de tratar al santo Pontífice, cuya dulce conversacion, modestia, dulzura y piedad hechizaron tanto á los dos extrangeros, que ámbos le pidieron el bautismo. Dionisio murió pocos dias despues de su conversion, y pocos despues de su muerte fue preso por cristiano el niño Pancracio, á la sazon de solos quince años. Refieren las actas antiguas de su martirio que el emperador Diocleciano, por haber conocido en otro tiempo á su padre, quiso verle, y no perdonó á medio alguno para obligarle á volver al paganismo. Primero intentó ganarle con promesas; despues pretendió atemorizarle con amenazas, y finalmente se valió del artificio; pero nada bastó para alterar su constancia. *Señor*, le dixo el heróico Mancebo, *inútilmente te fatigas, si te persuades que me harás perder la fe amenazándome con que he de perder la vida; no saben los cristianos qué cosa es temer la muerte; toda su dicha es derramar su sangre por Jesucristo; los suplicios apresuran su eterna felicidad, y para éllos espirar en los tormentos es conseguir una gloriosa victoria.* Irritado el Emperador, no quiso que hablase mas, y mandó que al instante le cortasen la cabeza.

No es menos antiguo el culto de este Santo, que el de los santos Neréo, Aquíleo y Domitila, por lo que la santa Iglesia junta la fiesta de todos en un mismo oficio. Pronunciando san Gregorio una homilía delante de su sepulcro, dice estas palabras: *Los santos, en presencia de cuyo sepulcro estamos, trataron al mundo con desprecio, pusiéronle á los pies, cuando la paz, la fertilidad, la abundancia, lo florido y vigoroso de la edad parecia hacerlos dignos de que el mundo los amase, ó á lo menos multiplicaba las dificultades para que éllos se desprendiesen de su amor.*

Por haber sido título del cardenal Baronio la iglesia antigua de estos santos, la reedificó, y con autoridad de Clemente VIII. restituyó á élla la estacion de los fieles, que se habia perdido con el tiempo.

O 4

Honorio I. reparó la iglesia de san Pancracio; Leon X. instituyó en élla una de las estaciones de Roma; Inocencio X. la volvió el título de la iglesia Abacial, y finalmente fue cedida á los padres carmelitos descalzos, que hoy dia la poseen.

La misa es en honor de los Santos, y la oracion la siguiente.

Semper nos, Domine, martyrum tuorum Nerei, Achillei, Domitillæ, atque Pancratii, foveat, quæsumus, beata solemnitas, et tuo dignos reddat obsequio: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la gloriosa solemnidad de tus santos mártires Neréo, Aquíleo, Domitila y Pancracio nos sea siempre provechosa, y nos haga dignos de tu santo servicio: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5. de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fólio 9.

NOTA.

»Pocos libros tenemos del Testamento antiguo mas »doctrinales que el de la Sabiduría, y ninguno se ha es»crito hasta ahora que mereciese con mas razon este nom»bre; por lo que con razon le llaman los santos Padres *el »libro de la Sabiduría cristiana.* Basta para prueba de »este merecido concepto el capítulo de donde sa sacó la »epístola precedente, porque en ninguna parte se expli»can con mayor viveza y claridad los crueles remordi»mientos que padecerán los condenados en el dia del jui»cio universal, y aun en el mismo instante en que es»piren.

REFLEXIONES.

Estos son aquellos de quienes en otro tiempo nos reimos y nos burlamos: *Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum.* Estos fueron objeto de nuestras bufonadas y chocarrerías. ¡O insensatos de nosotros! Teníamos su vida por locura, y ahora los vemos elevados á la dignidad de hijos de Dios. ¿Por qué razon no discurrirémos y no hablarémos en vida como hemos de hablar y como he-

mos de discurrir á la hora de la muerte? Entonces se juzga sin preocupacion; no ciegan las pasiones; se miran de cerca los objetos, y no se padece engaño. Vuelven, por decirlo así, á entrar en posesion de sus derechos la razon, la religion y la fe; revélanse los misterios mas ocultos del corazon, y la verdad se dexa ver con toda la luz, con toda la claridad que la corresponde. ¡O qué bella atalaya, ó qué fiel espejo es la cama á la hora de la muerte! ¡qué efecto producirán en el alma unas reflexîones que solo tienen por fruto estériles arrepentimientos, y unos arrepentimientos que van acompañados ó seguidos de una infinidad, de una eternidad de suplicios!

Hi sunt: yo me burlaba de la modestia de aquel jóven, de la compostura, del recogimiento de aquella doncellita, de la ajustada y arreglada vida de aquellas personas devotas, que edificaban con su virtud á toda la ciudad, mientras yo era la fábula de toda élla.

Hi sunt: miraba yo con una especie de lástima y de compasion á aquellas esposas de Jesucristo; su clausura me parecia una prision insufrible; su velo un yugo insoportable; su estado y su condicion una verdadera desgracia. Cuando yo estaba enfrascada en medio de ese gran mundo; cuando me habia de hallar precisamente en todo lo que era juego, diversion y entretenimiento; cuando era el alma del bayle, del sarao, de la conversacion y del paseo, ¿trocaria yo mi suerte por la de aquella hermanita mia religiosa? ¡Con qué ojos compasivos y aun desdeñosos miraba yo aquellos ayunos, aquellas penitencias; y con qué soberanía, con qué empeño, con qué complacencia defendia yo mi profanidad, mis galas, mi vida regalona y licenciosa, mi indevocion y mi impiedad! *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*: y ahora mira, mira como está contada en el número de los hijos de Dios, mientras yo (¡infeliz de mí!) me veo condenada al fuego eterno; me veo precipitada en el infierno; siendo por toda la eternidad el oprobio del universo, el juguete de los demonios, la exêcracion de Dios y de los hombres!

Nos insensati! ¡Locos, necios, insensatos de nosotros! ¡Es por ventura tiempo de conocer uno sus desaciertos, sus descaminos y sus locuras despues de la muerte! ¡es

tiempo de que el reo se haga cargo de la enorme gravedad de su delito, cuando ya está en el cadahalso! ¡es tiempo de que el litigante advierta la injusticia de su pleyto, cuando ya está sentenciado! Allá en medio de aquellos alegres dias, que estaban todos contados; allá cuando lograbas una salud robusta, brillante y vigorosa; allá cuando te ocupaba tanto tiempo inútilmente el sosiego, la ociosidad y el regalo; entonces, entonces sí que era ocasion oportuna de reconocer esas máximas tan contrarias al espíritu del cristianismo; entonces habias de descubrir el veneno de esas conversaciones tan poco cristianas, los lazos de esas concurrencias, el contagio de esas diversiones; entonces era tiempo de advertir los peligros de las espectáculos, la vanidad de esas galas profanas y orgullosas que alimentan ó irritan las pasiones; entonces debieras haber reparado en la infelicidad de esa vida ociosa, delicada, y casi enteramente gentílica; entonces venia bien prevenir las funestas consecuencias de esas mesas de juego, de esos bayles, de esas ostentosas comilonas, de esas temporadas de quinta, aldea ó de campaña, tan perniciosas á la inocencia, como ocasionadas á la disolucion. *Nos insensati*! ¡Qué insensatos somos, debieras clamar entonces, en dexarnos engañar de unas lisonjeras flores, que se marchitan casi al mismo tiempo que se descogen! ¡insensatos en correr al precipicio con los ojos vendados! ¡insensatos cuando estamos condenados á muerte, y nos estamos riendo!

El evangelio es del capítulo 4. de san Juan.

In illo tempore erat quidam Regulus, cujus filius infirmabatur Capharnaum. Hic cùm audisset quia Jesus adveniret à Judæa in Galilæam, abiit ad eum, et rogabat eum ut descenderet, et sanaret filium ejus: incipiebat enim mori. Dixit ergo Jesus ad eum: Nisi signa, et prodigia videritis, non creditis. Dicit ad eum Regulus: Domine, descende prius

En aquel tiempo habia un cierto Régulo en Cafarnaun, el cual tenia un hijo enfermo. Éste habiendo oido que Jesus habia venido de Judea á Galilea, se fue á él, y le suplicaba que fuese y sanase á su hijo, porque estaba cercano á morir. Jesus, pues, le dixo: Si no veis milagros y prodigios, no creeis. Respondióle el Régulo: Señor, ven antes que mi hijo se mue-

moriatur filius meus. Dicit ei Jesus: Vade, filius tuus vivit. Credidit homo sermoni, quem dixit ei Jesus, et ibat. Jam autem eo descendente, servi occurrerunt ei, et nuntiaverunt dicentes, quia filius ejus viveret. Interrogabat ergo horam ab eis, in qua meliùs habuerit. Et dixerunt ei: Quia heri hora septima reliquit eum febris. Cognovit ergo pater, quia illa hora erat, in qua dixit ei Jesus, Filius tuus vivit: et credidit ipse, et domus ejus tota.

ra. Díxole Jesus: Vé, tu hijo vive. El hombre creyó á las palabras que le dixo Jesus, y se marchó. Y estando cerca de su casa, le salieron al encuentro los criados, y le anunciaron como su hijo vivia. Por tanto les preguntó la hora en que habia comenzado á mejorarse. Y le dixeron: Ayer á la hora séptima le dexó la calentura. Conoció, pues, el padre que aquella era la hora en que le dixo Jesus, Tu hijo vive: y creyó él y toda su casa.

MEDITACION.

Del cuidado que los padres deben tener de la educacion de sus hijos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay obligacion mas esencial á los padres y á las madres, que el dar una cristiana educacion á sus hijos. No es mayor la obligacion de alimentarlos, que la de criarlos bien; son como tutores de sus hijos, especialmente cuando se hallan en edad en que las primeras impresiones que reciben son como los principios, ó como la semilla del destino que han de tener eternamente. Con seguridad se puede decir que la salvacion ó la condenacion de los niños pende principalmente de su buena ó mala educacion.

Ningun padre, ninguna madre estan dispensados de esta obligacion; ¿pero cuántos hay que se dispensan á sí mismos de élla? ¿cuántos hijos se condenaron por haber sido su mala crianza causa infeliz de su eterna desdicha? Esto es lo que debieron á sus crueles padres; pero si la sangre del inocente Abel está clamando á Dios venganza desde la tierra, ¿qué gritos estarán dando desde el pro-

fundo del infierno aquellos hijos desdichados, pidiendo á Dios que castigue á sus impíos y desnaturalizados padres, porque con su neglicencia, con su abandono en darles una buena educacion fueron causa de su eterna desgracia.

Gran pecado es impedir á los hijos que abracen la religion cristiana; ¿pero será por ventura menor culpa no cuidar de que los que son cristianos vivan como manda la religion? Desengañémonos, que la salvacion de los padres y las madres tiene grande conexíon con la salvacion de los hijos. Aquel y aquel, arreglados en su porte y en su conducta personal, que serian unos santos sino tuvieran hijos, serán quizá condenados por el descuido en el gobierno de su familia. Aquella otra muger sería irreprensible á los ojos de Dios si no tuviera que responder á su Magestad de los desórdenes de aquella hija, que no cuidó de criarla con recogimiento y con temor de Dios. Helí era un hombre justo por lo que toca á su persona; ¡pero en qué abismos no le precipitó la blanda indulgencia con sus hijos!

No cuidar de éllos, dice el Apóstol, es renunciar la fe, y ser peor que un infiel. El Espíritu santo no gasta exâgeraciones. ¿Y será causa legítima de los padres decir que fiaron este cuidado al desvelo de los ayos, de los maestros ó de los extraños? La atencion de éstos no descarga del todo á los padres de su obligacion, porque á lo mas los ayudan á llevar la carga. Los hijos pueden tener maestros, pero los padres tienen obligacion de saber si los maestros cumplen con la suya, y si los educan bien; y aún es mas indispensable la obligacion que los estrecha á darles buen exemplo. Mas imitan los niños lo que ven, que lo que oyen; y por esta razon no hay en los padres accion exterior menos arreglada, que no contraiga la malicia de escandalosa.

¡Qué cuenta tan terrible tendrán que dar al Señor aquellos padres tan impíos, y aquellas madres tan poco cristianas, que apenas conocen á sus hijos, segun las pocas veces que los ven; y cuando los ven, parece que lo es para sembrar en sus corazones principios de irreligion con sus perversos exemplos; aquellos padres, á quienes no da mas cuidado la buena crianza de sus hijos, que

si no fueran suyos, y juzgan haber satisfecho bastantemente á su obligacion con darles un maestro de escribir y otro de danzar! ¡y despues de esto nos admirarémos de que la gente moza salga tan disoluta, y de que la ira de Dios caiga sobre tantos padres negligentes y sobre tantas madres descuidadas de la salvacion de sus hijos y de sus hijas! Este solo capítulo bastará para hacer desesperar á muchos padres y á muchas madres á la hora de la muerte.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si Dios pide tan estrecha cuenta, como dice el profeta Ezequiel (*cap.* 3.), á aquellos ministros mudos, ó nimiamente condescendientes de la sangre del impío, á quien dexaron morir en su iniquidad; ¿qué cuenta pedirá á los padres descuidados en la cristiana educacion de sus hijos, que por esta negligencia fueron causa de su perdicion?

No aguarda Dios á la otra vida para castigarla. Esos trabajos, esas pesadumbres, esos pleytos, esas divisiones que se ven en las familias, que las arruinan y aniquilan, frutos suelen ser de la mala crianza de los hijos, y justo castigo con que el Señor se anticipa á dar su merecido á la negligencia de los padres.

No se oyen por todas partes más que amargas quejas de la desenfrenada licencia de la juventud; clámase contra la general corrupcion de las costumbres; grítase contra la disolucion, contra la irreligion de la gente jóven. Traten los padres de educar cristianamente á sus hijos; no fien este cuidado enteramente de los extraños; autoricen su buena doctrina con sus buenos exemplos, y presto se verá el mundo reformado. La buena educacion endereza las torcidas inclinaciones del mal genio, auxîlia á la naturaleza, y sin élla los mejores talentos son tal vez infructuosos. ¿Qué producirá la mejor tierra faltándola el cultivo? Espinas y abrojos. El mejor natural bastardea si le falta la educacion. Son los hijos unos depósitos que Dios confió á los padres; ¿no es lástima dexar esas tiernas plantas sin cultura? ¿no es crueldad, no es malicia sembrar en esta nueva tierra grano inútil ó pernicioso? Pa-

rece que muchos padres solamente lo son para trasplantar sus vicios en sus hijos.

El que no cuida de los suyos, particularmenta de sus domésticos, dice el Apóstol, *negó la fe, y es peor que un gentil.* ¿Libraránse de esta nota aquellos padres que apenas ven á sus hijos; aquellas madres, que cuidando únicamente de sus galas, de su tocador y de sus divertimientos, abandonan la educacion de sus hijos á merced de los criados?

¿De qué servirá dexar á los hijos muchos bienes sin virtud, y no pocas veces sin religion? De poner la espada en manos de un furioso. A un hijo mal criado, ¿qué honra le dará el mas rico patrimonio? La herencia mas preciosa que se puede dexar á un hijo, es la de la buena educacion.

¡O Señor, cuántas acusaciones, cuántos remordimientos descubro en mi corazon á la luz de estas reflexîones que acabo de hacer! ¡qué descuidos, ya con mis hijos, ya con mis criados, ya con mis súbditos, ya con todos aquellos que vos pusísteis á mi cargo! Dadme tiempo, Señor, y dadme gracia para reparar una negligencia tan culpable con una vigilancia exemplar y cuidadosa.

JACULATORIAS.

Ab occultis meis munda me: et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

Perdonadme, Señor, los pecados personales que no conozco; y los que siendo agenos, hice propios por haberlos ocasionado mi descuido.

Dabis, Domine, servo tuo cor docile, ut populum tuum judicare possit. 3. Reg. 3.

Hacedme bueno, Señor, para que yo pueda hacer tales á los que vos pusísteis á mi cargo.

PROPOSITOS.

Si á los niños se les criara en los principios y máxîmas de la religion; si el padre, la madre, y aquellos que los tienen á su cargo cumplieran con esta obligacion; si se les inclinara á la piedad desde sus mas tiernos años, creceria con la edad el horror al vicio, y sería en éllos como natural el amor á la virtud. ¿Pero qué es lo que se suele aplaudir en los niños? ¿y qué es lo que comunmente celebra una madre indiscreta de una hija de corta edad? ¿la modestia? ¿la inclinacion á la virtud? ¿el horror al pecado? ¿unos ciertos asomos de piedad y de devocion? Estos debieran ser los frutos de sus primeras instrucciones. ¡Pero ah! que acaso se dan lecciones muy contrarias á aquellas inocentes plantas, ó á lo menos exemplos perniciosos de donde éllas las aprenden. Celébrase cierto despejo, cierta vivacidad anticipada en los niños y en las niñas; celébranse unos ofrecimientos ó prontitudes atrevidas; celébrase no sé qué ayrecillo de vanidad, de orgullo y de propia satisfaccion; unas modales desembarazadas y demasiadamente libres; una cierta desenvoltura que toca la raya del descaro; y un gusto fino y delicado á todo lo que sabe á mundo; apláudese el talle, la voz, la agilidad para la danza; alábanse las galas, las diversiones y las profanidades; y si tal vez se dan algunas lecciones de piedad ó de devocion, y esas muy secas, son únicamente á aquellos hijos á quienes se les destina para la iglesia ó para el cláustro; siendo así que duran mucho las primeras impresiones, y que las primeras lecciones con dificultad se borran; por tanto, sean siempre cristianas todas las que des á tus hijos, procurando acompañarlas con dulzura y con insinuacion, pero desviándote cuidadosamente de cierta ternura excesiva, de cierta demasiada condescendencia, no menos excesiva á los niños que el excesivo rigor ó nimia severidad. Nunca se reprende con fruto cuando se reprende con pasion: la destemplanza ó el furor del padre y de la madre son comunmente mas reprensibles que la falta del hijo que se pretende corregir. Y al contrario, una correccion séria, pero sosegada, rara vez se hace sin fruto. Tal vez hay algunas correcciones mudas que son aún mas eficaces. Y en fin, siempre se ha de cuidar que en la

correccion éntre algun motivo de religion y de piedad.

2 Hay naturales tan ardientes, que al instante prende el fuego; apenas se les toca, cuando al momento chispean. A éstos se les ha de corregir con grandísima frescura, dexando que se apague la llama antes que llegue la correccion. Los hay tan intrépidos y tan aturdidos, que siempre les viene la advertencia despues que incurrieron en la falta, sin que les sirva la reflexíon mas que para hacer mas visible su imprudencia; estos son mozos por largo tiempo, y es menester reprenderlos siempre que caen, y con sosiego. Otros hay tan tímidos y tan pusilánimes, que temen, digámoslo así, hasta de la misma luz del dia; las advertencias se les figuran reprensiones, y los buenos exemplos que ven en otros los desalientan. A éstos se les ha de animar y alentar, y sin disimularles las faltas, reprendérselas con arte, excusándolas al mismo tiempo con benignas interpretaciones. Algunos genios hay floxos, dexados, insensibles; su pasion dominante es la pereza, y si se reconoce en éllos alguna vivacidad, es hácia el holgarse, y no hacer nada; á éstos conviene espolearlos sin misericordia; y si fueren de habilidad y de talentos, cargarlos bien de quehaceres, teniéndolos perpétuamente ocupados, sin dar oidos á su desidia. Otros naturales hay alegres y esparcidos, que solo piensan en chocarrear, reir y divertirse; enemigos de toda sujecion; todo su cuidado es aspirar á la libertad, y á vivir á sus anchuras; á todo se huelgan, y las mayores bagatelas los divierten. Tampoco á éstos se les ha de perdonar nada; háseles de corregir con seriedad, y jamás se han de celebrar sus chocarrerías, ni reirse de sus bufonadas. Hállanse tambien otros genios tétricos, melancólicos, pensativos; de éstos conviene compadecerse; y contemporizar algo con éllos. Si se les aprieta mucho, se ahogan; es preciso corregirlos con suavidad, con cariño, con un semblante risueño, y en cierta manera lisonjearlos. No se les ganará el juicio, mientras no se les gane el corazon. Naturales hay enfadosos, duros y tercos, de los cuales apenas se puede sacar cosa alguna, sino que sea por una especie de mecanismo. A éstos se les ha de reducir por amor; es preciso disimular, escusarlos y hacer estudio de alabar lo que tuvieren de bueno; este artificioso cariño los do-

mestíca, á y fuerza de hacerles creer que los estiman, se enmiendan, y se hacen estimables. En fin, hay algunos genios enteramente felices; pero son muy raros; á éstos se les ha de cultivar con cuidado para que no bastardeen.

DIA DOCE.

Santo Domingo de la Calzada, confesor.

Aunque no se sabe de cierto cuál fue la patria de santo Domingo de la Calzada, la mayor probabilidad está á favor de Villoria, lugar pequeño en la Cantábria, por decirlo así un leccionario muy antiguo de la iglesia Asturicense, que refiere su vida. Nada se sabe de los padres venturosos que dieron fruto de tanta bendicion al mundo; pero se cree que fueron pobres, aunque virtuosos por la educacion que dieron á su hijo, en quien desde la edad juvenil habian ya echado profundas raices las mas sublimes virtudes. Siendo jóven, y sin letras, sabia lo bastante para estar persuadido á que ninguna cosa hay en el mundo capaz de saciar el humano corazon, y á que es vana toda aquella ciencia que no se funda sobre la humildad y caridad cristianas. Por esta causa meditó dentro de sí que le era mejor retirarse á la religion, y profesar su austeridad y obediencia, que vivir expuesto á los peligros del mundo. Con este pensamiento llegó al abad de Balbanera, de la órden de san Benito, y le pidió humildemente que le admitiese en su compañía, y le enseñasen las doctrinas cristianas y sagradas que eran necesarias para poder ayudar á sus hermanos en la instruccion de los pueblos. La demanda no podia ser mas justa; sin embargo, no fue admitida por aquel abad, que hallaria motivos razonables para negar al Siervo de Dios el cumplimiento de sus deseos. Lo mismo le sucedió en el convento de san Millan, á cuyo abad hizo el Santo la misma súplica y propuesta que habia hecho al de Balbanera;

pero este abad le desechó, porque viéndole pobre, y en trage que daba lugar á justificar cualquiera sospecha, no quiso ser responsable de las consecuencias que se podrian seguir en unos tiempos en que toda precaucion no era suficiente para evitar los multiplicados peligros.

Viendo el Santo frustrados sus deseos, se fue á un santo hermitaño que hacia vida solitaria y contemplativa en un bosque cercano al convento de san Millan, y le pidió instrucciones para arreglar su vida de tal modo, que se cumpliesen en parte sus deseos. El hermiño le hizo una breve plática acerca del desprecio del mundo, y manifestó con su exemplo cuán poco debia apegarse á las cosas terrenas; pues con una sencilla y pronta voluntad le ofreció una pobre celdilla que habia hecho para sí, dispuesto á dexar aquel sitio, y buscar ótro en que continuar su vida solitaria luego que quisiese hacerla en él su huésped. No quiso aceptar Domingo tan generosa oferta; y así instruido y edificado, despidiéndose del solitario, se marchó á un sitio de la Bureba, donde hoy es la ciudad, que tiene su nombre. Estaba aquel sitio muy lleno de malezas, y por lo mismo era muy á propósito para aquellos hombres perversos, que desnudándose de todas las ideas de religion y humanidad, se hacen asesinos de sus mismos hermanos cuando los encuentran en los caminos sin defensa. Ademas advirtió el Santo que por allí cerca pasaban muchos peregrinos á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, y solian padecer robos y vexaciones de los vandidos que se guarecian en aquellos bosques, y concibió el proyecto de hacer allí su mansion para poder proporcionarles algun consuelo y seguridad. Los proyectos de la caridad siempre encuentran recursos para llevar á debido efecto sus obras. En poco tiempo, no solamente dispuso con el sudor de su rostro un huerto hermoso y fecundo, no solamente plantó viñas, con cuyo fruto pudiese consolar y restablecer á los fatigados peregrinos, sino que además edificó una hermita en honor de la madre de Dios, en donde dirigia sus fervorosas oraciones al cielo. Cinco años permaneció allí el Santo ocupado en exercicios fervorosos de contemplacion y de caridad, hasta que vinien-

do por aquel sitio un santo llamado Gregorio, obispo de Ostia, que habia sido enviado á España por el sumo pontífice á negocios muy interesantes, se juntó con él para gozar de su doctrina, y hacerse participante de los muchos merecimientos que contraía predicando la palabra de Dios.

Habíase propagado por el reyno de Navarra tanta langosta, que sin poder bastar diligencias humanas para exterminarla, debastaba los campos, y ponia á todo el reyno en una lastimosa miseria; recurrieron los navarros al sumo pontífice, pidiéndole que les ayudase con sus oraciones, y las de la Iglesia para aplacar la ira de Dios que tanto los afligia. El pontífice, que á la sazon era Benedicto IX, envió á éste san Gregorio, obispo de Ostia, varon muy sábio, y de mucha piedad, para que hiciese cuanto le dictase su prudencia en beneficio y consolacion de aquellos pueblos; en efecto, lo hizo de manera, que con las procesiones que instituyó, las rogativas y públicas penitencias que hizo, y la enmienda de las costumbres, se aplacó el enojo de la divina Justicia, y cesó la plaga que tenia consternado á todo el reyno de Navarra. Con este santo varon estuvo Domingo bastante tiempo acompañándole en todas sus evangélicas expediciones, contentísimo de servir de algun modo á un tan gran Santo en el ministerio de la palabra, ya que él no era capaz de predicarla sino con el exemplo, que es mas eficaz.

Muerto san Gregorio, tuvo Domingo que entrar en consulta consigo mismo sobre el método que habia de guardar en su vida. No deseaba otra cosa que servir y aprovechar á sus hermanos cumpliendo el primero y mayor de los preceptos; y para este fin consideró que en parte ninguna podria hallar materia tan abundante como en aquel mismo lugar de donde salió para juntarse con san Gregorio. Volvióse á él, y comenzó á proseguir con mas eficacia la obra que ántes habia comenzado. Como estuvo algunos años en la compañía del santo Obispo, habia habido tiempo para que volviesen á crecer las malezas por aquel sitio fragoso, y se alvergasen en él los malhechores. De consiguiente los peregrinos padecian ya las mismas ó mayores vexaciones que en los años pa-

sados, siendo muchas veces despojados y maltratados por los ladrones. Volvió, pues, el Santo á su antigua morada: reparó, ante todas cosas, la capilla que habia dedicado á María santísima, y se dispuso á hacer un camino ó calzada cómoda y segura, por donde pudiesen ir los pasageros libres de insultos. Taló aquellos pedazos de bosque que impedian mas la seguridad: cegó algunos lugares pantanosos, é hizo construir un puente muy seguro y costoso, concurriendo voluntariamente á ayudar sus intenciones benéficas todos los pueblos comarcanos. De este modo en breve tiempo se dispuso aquel camino tan cómodamente, y se edificaron en aquel sitio tan multiplicadas habitaciones, que ha llegado á ser una poblacion numerosa, que por ser fundacion de este Santo, se llama santo Domingo de la Calzada.

La mayor parte de esta grande obra se debia mas que á las diligencias humanas, á las fervorosas oraciones de este gran Siervo de Dios. Era ya muy anciano cuando el puente y las demas fábricas estaban en el hervor de su construccion, y cuando habia alguna dificultad que vencer, ó faltaba algo que fuese necesario para seguir la obra, tomaba su báculo, y se marchaba á la capilla de la sagrada Vírgen, y allí con ruegos y lágrimas fervorosas, alcanzaba del cielo el vencimiento de todas las dificultades. Manifestóse en esto tan glorioso, que muchas veces se multiplicaron los milagros con que daba Dios á entender cuán gratos le eran los trabajos de su Siervo. Sucedió un dia de fiesta, que habiéndose publicado en el ofertorio de la misa una súplica de parte del Santo para que el que tuviese devocion ayudase como quisiese á la construccion del puente, un villano quiso burlarse del Santo con una burla muy pesada. Todos los demas habian ofrecido segun sus facultades, únos sus carros, ótros sus caballerías, ótros sus brazos y su dinero, esmerándose cada úno en adelantarse al ótro, ya por la gran devocion y respeto que tenian al Santo, y ya tambien porque veian la grande utilidad que de aquella obra á todos les resultaba. Entre tanta gente piadosa no faltó, pues, un rústico temerario é indevoto, que dixo de esta suerte: Yo ofrezco por un dia, para la obra del puente, dos toros que tengo en el monte, con condicion que el padre Domin-

go los traiga. Eran los toros feroces en extremo, y el rústico hacia aquella promesa ilusoria en la confianza de que el Santo no iria por éllos, pues estaba seguro de que lo mismo sería acercarse á éllos que hacerle pedazos. Pero sonriéndose el Santo, dixo: *Con el favor de Dios voy á poner en execucion el cumplimiento de tu oferta.* En efecto, fue el Santo al monte, y al punto que le vieron los indómitos animales, se vinieron á él como mansos corderos: tomólos por las hastas, unciólos á un carro, y trabajaron cuanto se les mandó como si fuesen bueyes bien domados. Así quedó escarmentado y enseñado aquel hombre indevoto, favorecida una obra dictada por la caridad, y el Santo mas honrado y glorificado, cuando el villano juzgó que sería burlado y escarnecido.

No contento el Santo con haber dispuesto un buen camino para los peregrinos, dispuso fabricar un hospital en donde fuesen recogidos y refrigerados del cansancio y las fatigas. En esta fábrica se le ofrecieron algunas contradicciones que superar, ya por la madera que fue necesario cortar de un monte vecino, y ya porque habiendo hecho un pozo para comodidad del hospicio, comenzaron á quejarse algunos mal contentos de que se les habia hecho no sé qué injuria. La primera contradiccion se desvaneció fácilmente viendo que santo Domingo, sin mas auxîlio que una pequeña hoz, cortaba y derribaba encinas enteras, lo cual conocieron que no podia hacerse sin una virtud sobrenatural y divina; pero la segunda tuvo consecuencias mas funestas. Llegó á tanto el atrevimiento y encono de aquella gente enfurecida, que comenzaron á apedrearle. El Santo, en lugar de huir, se vino á los mismos que le maltrataban, quienes al verle libre de sus piedras, y con un rostro sereno y magestuoso, que mudamente les reprendia su temeridad, cesaron de perseguirle, cayéndoseles las piedras de las manos, y la ira del corazon; solo dos peregrinos que habian recibido mil mercedes del venerable Anciano en su hospicio, tuvieron tanta insolencia, que prosiguieron tratándole mal de palabra, y peor de obra; pues úno de éllos tuvo la audacia de poner las manos en el Santo, haciéndole caer en medio del fuego que estaba allí cerca encendido. Levantóse sin lesion,

y sin dar la mas ligera muestra de impaciencia; pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar que no perezca ni un cabello de la cabeza de sus siervos, no dexó sin venganza tan atroz delito. Trabáronse de palabras aquellos dos miserables sobre la execucion de sus mismas insolencias: riñeron, y riñeron de modo que ámbos quedaron muertos en la pendencia, y sus cadáveres fueron destrozados y comidos de perros. Semejante castigo, aunque no tan riguroso, experimentó otro aldeano, que por dar enojo al Santo introducia sus ovejas en el huerto que habia plantado para consuelo de los peregrinos. Amonestóle caritativamente, y le rogó con el mayor encarecimiento que no hiciese aquel mal á una heredad que era de los pobres; pero sordo á los avisos, y obedeciendo á lo que le dictaba su malicia, prosiguió en el mismo delito, hasta que cansado el cielo castigó su temeridad dexándole un dia en el mismo acto de introducir las ovejas en el huerto, sordo, baldado de todos sus miembros, derrengado y calvo, para que el castigo, además de la severidad de los dolores, tuviese tambien el martirio de la vergüenza.

Así daba testimonio el cielo de lo gratas que le eran las obras de caridad en que se empleaba el Siervo de Dios; pero éste no se descuidaba en acrecentarlas con contínuos ayunos, con oraciones fervorosas, con limosnas, y todos los exercicios de la piedad cristiana. Tenia contínuamente en la memoria que llegaria presto un dia en que habia de ser presentado ante el tribunal del Juez supremo de vivos y muertos, y queria que no le cogiese desprevenido una hora tan terrible. Era tal su cuidado en este punto, que siete años antes de morir hizo labrar su sepulcro en una peña; y para que este lugar no estuviese ocioso, le llenaba de trigo al tiempo de la cosecha para repartirlo despues de limosna á los pobres. Un dia vino á visitarle una devota muger, que era comadre del Santo, y como para obsequiarla quiso enseñarla el sepulcro que se tenia ya prevenido. Viéndolo la muger le dixo: *¿Qué motivo habeis tenido para disponer vuestro entierro tan lejos de la iglesia?* A lo cual respondió santo Domingo: *No tengais cuidado de eso, señora: la divina Providencia cuidará de que mis miembros reposen en lugar sagrado*; por-

que os hagó saber, que ó la iglesia seguirá mis pasos extendiendo á este lugar su recinto, ó mis miembros disfrutarán de sus favores. El suceso manifestó que habló con espíritu profético, pues con el decurso de los tiempos vino el sepulcro á estar dentro de la iglesia.

Lleno de virtudes y merecimientos, habiendo llegado á una edad avanzada, que gastó por la mayor parte en beneficio de sus próximos, conociendo que se le acercaba el tiempo de unirse perpétuamente con su Dios, acrecentó los exercicios de piedad, y procuró disponerse para dexar este destierro y caminar á la patria de de los justos. Recibió con suma devocion los santos sacramentos de la Iglesia, y durmió con el Señor á 12 de mayo del año 1109, dexando á sus familiares llanto en los ojos, y exemplos de celestial doctrina fixados en el corazon. Su cadáver fue sepultado en el sepulcro que de antemano se habia dispuesto, el cual glorificó Dios con repetidos milagros en testimonio de la santidad de Domingo. Apenas murió, un labrador que no estaba bien con sus establecimientos, tomó un hacha y comenzó á cortar los árboles que el Santo habia plantado en el huerto de los peregrinos; pero perdiendo repentinamente la vista, castigó el cielo su temeridad, y aprobó la caridad de su Siervo fiel, que siempre se habia empleado en el cumplimiento del mayor de los preceptos. Tambien experimentó el mismo castigo una avarienta muger, que viendo las copiosas limosnas que los fieles ofrecian al sepulcro del Santo, concibió el temerario designio de robarlas, fingiendo que se acercaba para ofrecer las suyas. Al punto que verificó sus malos pensamientos, se halló ciega repentinamente, de modo que desatinada y aturdida se daba contra las paredes. Iba con élla un hermano suyo, quien ignorando la causa de un mal tan repentino, la preguntó, qué habia hecho de que la pudiese resultar aquella calamidad. Entonces la infeliz le confesó abiertamente su delito, y como habia hurtado algun dinero de las limosnas del Santo, por lo cual Dios la habia castigado con aquella ceguera. Llevóla su hermano al sepulcro; la hizo restituir lo que habia robado, y con lágrimas de compuncion pidieron ambos á santo Domingo perdon de aquel desacato, y que alcanzase del Señor misericordia. No les

salieron vanas sus esperanzas, pues allí mismo le fue restituida la vista del cuerpo, y tambien la del alma, siendo de allí adelante mas devota y mejor cristiana.

Son innumerables los prodigios que Dios ha obrado por la intercesion de este Santo con todos los que se han encomendado á sus oraciones é intercesion, ó han visitado su santo sepulcro. Unas veces han visto consolidados sus miembros los que estaban mancos, coxos ó tullidos; ótras han recuperado su salud enfermos desauciados; ótros han adquirido vista, oido y habla, los ciegos, los sordos y los mudos: ótras, en fin, se han rescatado de la tiranía del demonio muchos miserables que estaban poseidos de este cruel enemigo, hasta el punto de despedazarse á sí mismos, y tener que atarlos para que no se quitasen la vida. Pero entre todos los que han disfrutado su poderoso patrocinio, se ha señalado el mismo pueblo de la Calzada. Es digno de perpetua memoria el prodigio con que fue librada esta ciudad de un horroroso exterminio con que la amenazaba el rey don Pedro, llamado el Cruel, teniéndola asediada y sin mas arbitrio para su defensa que la proteccion de su Santo fundador. Habia seguido en la division civil que acaeció sobre el reynado de dos hermanos don Pedro y don Henrique, la faccion de éste último. Por tanto vino sobre élla don Pedro, la cercó y estrechó hasta el último apuro, con designio de hacer en sus habitantes un escarmiento que confirmase el renombre de Cruel, que con otras devastaciones semejantes se habia ganado. Ya veian los acongojados vecinos difundirse el fuego por todas sus habitaciones, devorar la ciudad entera, y amenazar el desapiadado cuchillo á todas sus gargantas. En tamaño conflicto recurrieron con lágrimas y fervorosas oraciones á santo Domingo. Hicieron vigilias á su sepulcro: le visitaron con solemnes procesiones, vestidos de penitentes, é instaron con tanto ardor, que llegó á enternecerse el cielo de su desgracia, y á darlos socorro por medio de su protector. Cuando la mayor parte del pueblo afligido estaba derramando súplicas y gemidos alrededor del santo sepulcro, he aquí que todos oyeron una voz milagrosa que los dexó suspensos. Inmediatamente aparecieron y dexaron verse por una ventanilla que tenia el sepulcro dos manos

blancas como la nieve, en lo que entendieron que el brazo omnipotente del Todopoderoso se declaraba en su defensa. Permanecieron algun tanto las manos visibles, y volvieron á esconderse dentro del sepulcro dexándolos á todos llenos de turbacion, de consuelo y de esperanza. En el ínterin el rey don Pedro se aceleraba á executar la venganza que tenia sentenciada; pero, ¡ó prodigio! al llegar con su exército á una montañuela que domina la ciudad, todo él se halló cercado de una espesa y negra nube que le dexó en tinieblas. El mismo Rey y todos sus soldados se hallaron de pronto con tanta agua en los ojos que los dexó como ciegos, de manera que no podian moverse del sitio en que se hallaban sin darse únos contra ótros. Volvieron en sí conociendo el milagro: pidieron perdon á Dios y á santo Domingo: mandó el Rey dexar libre la ciudad, y que marchase el exército hácia otra parte; y luego recobraron la luz y la vista que antes habian perdido.

Otros muchísimos milagros se refieren de este glorioso Santo, que sería muy largo referirlos: todos manifiestan su gran santidad, el afecto con que desde el cielo mira á sus devotos, y la gloria que recibe Dios de que le pidan mercedes por medio de este Siervo suyo.

La misa es del Comun de confesor no pontífice: la oracion es la siguiente:

Clementissime Deus, qui beatum Dominicum confessorem tuum egregiis virtutibus illustrare dignatus es: concede, quæsumus; ut cujus, (hodiè) natalitia celebramus, ejus intercessione à peccatorum nostrorum nexibus liberari, et illius consortio in cœlis perfrui mereamur: Per Dominum nostrum Jesum Chtistum...

Clementísimo Dios, que te dignaste adornar á tu bienaventurado confesor Domingo con virtudes tan excelentes: concédenos que por la intercesion de un justo, cuyo nacimiento para el cielo celebramos en este dia, seamos libres de las cadenas con que nos aprisionan nuestros pecados, y merezcamos gozar de su compañía en los cielos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 31. de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò sabilita sunt bona illius in Domino, et eleëmosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es éste y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

¡Bienaventurado el varon que fue encontrado sin mancha, y el que no se fue tras del oro, ni puso su esperanza en el dinero y en los tesoros! ¿quién es éste, y le darémos alabanzas? porque hizo unas cosas admirables en su vida. Si se reflexîonan bien estas palabras de la santa Escritura, se hallará que en todos tiempos ha sido la misma la avaricia de los hombres por juntar tesoros, y la fuerza de éstos para hacerse esclavos los corazones. Entre cristianos y entre gentiles, entre sábios é ignorantes, entre los jóvenes y los viejos, siempre el oro ha tenido mas ó menos una fuerza mágica para corromper las almas. ¡Qué cosas tan prodigiosas no le atribuyen los paganos en sus fábulas! Solamente la pintura de un Dios convertido en lluvia de oro para vencer una honestidad guardada con muros y con candados, manifiesta á un mismo tiempo los delirios de la corrompida fantasía, y el poder ilimitado que á este encantador metal han querido dar los hombres. ¿Qué virtud, pues, no será necesaria para despreciarle? Ya lo insinúa el Espíritu santo, cuando despues de ensalzar por dichoso y bienaventurado á aquel varon robusto que

no se dexó llevar de sus atractivos, pregunta: ¿*Y dónde está*? ¿dónde se hallará un hombre de tanta virtud, que tenga valor para despreciar lo que apetecen todos con tanta ánsia, y por lo que exponen tan frecuentemente sus haciendas y sus vidas?

En los tiempos en que vemos tan propagada la religion sacrosanta de Jesucristo, somos tan felices que podemos manifestar muchos exemplos de esta heróica valentía. Pudiéramos dar á aquella pregunta del Espíritu divino muchas respuestas categóricas, señalando infinitos discípulos del Crucificado, que no solamente han apartado su corazon del oro; que no solamente no han colocado en él sus esperanzas, sino que le han hollado, que le han mirado con sumo desprecio: que han colocado su felicidad en padecer una santa pobreza; y últimamente, que cuando le han tenido no le han estimado, sino en cuanto les proporcionaba el mérito de despreciarle, ó de emplearle en los pobres de Jesucristo. Cuando nuestra religion divina no tuviera otro apoyo de su sublimidad; este desprecio solo, superior á las fuerzas naturales del hombre, siempre que sea una verdadera virtud provechosa para alcanzar la vida eterna, bastaria para ensalzarla y carecterizarla de sobrenatural y divina. Así sucedia en los primeros siglos del cristianismo. Se pasmaban los perseguidores del nombre cristiano al ver que los discípulos de Jesucristo estimaban en nada las riquezas, porque los demas hombres padecian tantas fatigas. ¿Qué dirian si viesen hoy tantos jóvenes ilustres, tantas doncellas delicadas, que criados entre los brazos de la riqueza hacen profesion de despreciarla, constituyéndose en la obligacion de ser pobres toda su vida? ¿qué dirian viendo á nuestros justos, como santo Domingo, afanarse, trabajar, rogar, pedir, no para tener, no para hacerse rico, sino para derramar el oro en preparar caminos, en plantar huertos, en alzar puentes, en fabricar magníficos y cómodos hospicios para beneficio de sus hermanos, quedándose solamente con el trabajo y la fatiga? En vista de estos efectos de la religion, de la caridad, desaparecen los estériles discursos de todos los filósofos, que por lo comun nunca han sido mas que palabras. Des-

aparecen aquellas decantadas virtudes sociales que no són mas que fantasmas mientras la religion cristiana católica no las vigoriza y las da una exîstencia verdadera.

¡Divina religion, caridad sublime, sociedad venturosa la que sigue la doctrina de Jesucristo! Si los cristianos parasen su consideracion en las ventajas que le proporciona su profesion sobre cuantos hombres ha tenido el mundo, ¡habria úno que no executase sus preceptos, aunque no fuese sino por la satisfaccion de ser respecto de éllos un héroe! Pero la religion te pide mas. Como élla es sobrenatural, y tiene su orígen en el cielo, quiere que fixes allí tus intenciones para hacer buenas y fructuosas tus obras. No se contenta con que te desprendas del oro; no basta que lo repartas con larga mano: Dios mira á tu espíritu. Si éste es puro y recto; si es la gloria de Dios, el provecho del próximo, el socorro del necesitado, y el cumplimiento de la ley lo que da vigor á tus manos cuando repartes tus riqüezas, serás segun la palabra del mismo Dios bienaventurado y digno de alabanza. Pero si buscas una gloria mundana y perecedera: si ofreces tus riquezas á tu misma vanidad: si tus limosnas no salen de la esfera de la carne, lejos de ser bienaventurado, tendrás la misma suerte que aquellas gentes que ignoran á Dios.

El evangelio es del cap. 12. *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discum-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los halláre velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y

bere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, quâ horâ fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia hora non putatis, Filius hominis veniet.

pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallâre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

Sobre los efectos maravillosos de la caridad.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la caridad es tan maravillosa en sus efectos que de un modo admirable parece que junta extremos opuestos y contrarios, de manera que al pobre le hace rico.

Por pobre que seas, dice san Agustin (*Enar. in Ps.* 36. *Serm.* 2. *n.* 13.), *siempre tendrás que dar, con tal que tengas henchido el pecho de caridad. Esta virtud*, dice él mismo (*Epist.* 192. *n.* 1. *y* 2.), *es una deuda que siempre tienes á favor de tu próximo. Se paga cuando se exercita, y se debe cuando se recibe, porque no hay tiempo alguno en que no se debe exercitar.* Considera bien y despacio sus propiedades, que al mismo tiempo que te admiren, es preciso que te enamoren el alma. *No se pierde la caridad*, prosigue el mismo Santo, *cuando se presta, sino que ántes bien prestándose se multiplica: se presta, y sin embargo te quedas con élla sin padecer desfalco alguno; porque el que la tiene es quien la exercita, no quien carece de élla. Y siendo verdad que no se puede dar si no se tiene, ni tenerla*

sin darla, lo es tambien que tanto mas crece la caridad, cuanto mas se exercita, y tanto mas se adquiere de élla, cuanto son mas aquellos á quienes se dispensan sus oficios. No se gasta la caridad como se gasta el dinero, porque ademas de que éste se disminuye y aquélla se aumenta, se distinguen tambien en que no pidiendo la deuda pecuniaria, nos hacemos mas gratos á nuestros deudores; pero al contrario, nunca manifestamos á nuestro próximo mas benevolencia, que cuando exígimos que nos corresponda en la caridad con que le amamos y servimos; y así no puede ser buen gastador ó distribuidor de caridad, el que no sea tambien un recaudador benigno.

¡Grande consuelo para los que se determinan á ser caritativos! Si lo que ata tus manos para distribuir los bienes que te ha dado el cielo, á fin de que con éllos socorras á los pobres, es un temor necio de que te puede faltar, sal ya de ese engaño: nada se posee con mas seguridad que lo que se emplea en socorrer al necesitado. Y no solamente esto, sino que tanto mas tendrás cuanto mas dieres. Porque además de la autoridad de san Agustin y de todos los santos padres, que dicen lo mismo, ¿cómo es posible que nos engañe la misma verdad por esencia? ¿No tiene dicho el Espíritu santo, dexa el cuidado de tí al Señor, que él te alimentará? ¿no nos dice el mismo Jesucristo, No querais decir qué comerémos, qué beberémos, ó con qué nos harémos vestido, el Padre celestial tiene cuidado de eso? ¿no ha ofrecido Dios al que desprecie los bienes de este mundo por su amor darle ciento por uno, y además la vida eterna? ¿no leemos contínuamente en las vidas de los santos verificadas muchas veces todas estas verdades, ensalzándolas ademas el Señor con mil prodigios? Un san Julian que encuentra llenos los graneros cuantas veces manda sacar trigo para los pobres, sin que haya miseria que sea capaz de agotar la provision que hacia la caridad: un santo Tomas de Villanueva que daba limosna tres veces mas de lo que tenia de renta, y que jamás encontró sin dinero una bolsa que tenia para los pobres por mucho que sacase: santo Domingo de la Calzada, pobre y sin mas arbitrios que la

caridad, edificando hospitales magníficos, puentes, y una ciudad entera, son un testimonio tan auténtico de la riqueza, que es amar y hacer bien á sus próximos, que desvanecen todos los temores en contra, y acusan á los tibios que se rezelan de seguir sus pasos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la caridad no solamente hace al pobre verdaderamente rico, dándole una abundancia y un tesoro inagotable en el desprecio de los bienes terrenos, y en la complacencia que halla en repartirlos á los pobres; sino que ademas de cobarde y apocado le hace fuerte y valeroso: hace que las cosas mas graves y pesadas de suyo, le sean ligeras y gustosas: le da esfuerzo para vencer las adversidades y contradicciones; y de un hombte miserable incapaz por sí mismo de ninguna obra que no lleve consigo el sello de su baxeza, forma un hombre nuevo, invencible, incapaz de pensar cosas miserables y pequeñas, y tal, que mas parece un ángel que administra el poder de Dios, que un puro hombre que obra por sus propias fuerzas.

Ya san Pablo describió con bastante prolixidad todos estos efectos de la caridad, y otros muchos: en la epístola primera á los corintios, y hablando de sí mismo en la que escribió á los romanos, pregunta: *¿Quién será capaz de separarnos de la caridad de Cristo? ¿La tribulacion acaso, ó la angustia, ó la hambre, ó la desnudez, ó el peligro, ó la persecucion, ó el cuchillo? Todo esto lo vencemos por aquel que nos amó antes que nosotros le amásemos; y así estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni lo elevado, ni lo profundo, ni criatura alguna, sea la que fuere, podrá separarnos de el amor de Dios que está en nuestro Señor Jesucrito.* Cuando lees estas expresiones animosàs, se conmueve tu corazon ciertamente. Conoces el poder de la gracia de Dios:

conoces que así como en las cosas terrenas se ve que nada es penoso ni dificil al que verdaderamente ama, con mucha mas razon se verifica esto mismo, respecto de las cosas celestiales y divinas. Te vienen á la memoria los hechos de los mártires, y te admiras de que en el tierno pecho de una doncella cupiese el valor necesario para presentarse voluntariamente al tirano, y vencer los tormentos mas atroces, dando alegre su vida, cantando himnos y cánticos á Jesucristo. Las penitencias de los confesores, la abstraccion y soledad de los anacoretas, la castidad y la obediencia de los monges; y sobre todo, el desinteres y santa liberalidad con que todos éllos se desprendian de los bienes que tanto apetece el resto de los hombres, te admiran, te sorprenden y te llenan de confusion. Pues todas esas heróicas acciones no tienen otro secreto que la caridad. Si esta divina virtud habita en tu pecho, por fuerza te verás inflamado para manifestarla en los efectos.

Te acometerán todos los contratiempos, todas las persecuciones, todos los trabajos del mundo: tu honor será lacerado acaso por una negra calumnia: tus bienes los verás en manos de tus enemigos por medio de una violenta usurpacion: tus méritos y trabajos lograrán abandono y desprecio en lugar de recompensa. Pero si tienes caridad, todo esto lo vencerás fácilmente. Acometerán á tu alma todas las pompas de Satanás, todas las vanidades del mundo: cada vicio de por sí asestará sus tiros contra tu flaqueza: la soberbia querrá hinchar tu corazon: la ambicion te estimulará para que pretendas ensalzarte sobre tus hermanos: la ira te provocará á venganza por las ofensas mas mínimas: la gula te convidará á hacerte un ídolo de tu vientre, aunque sea á costa de la razon: la envidia te sugerirá medios de deprimir el verdadero mérito y talentos de tu próximo: la avaricia en fin, no solo te atará las manos para hacer bien, sino que deseará que te afanes, que pierdas el reposo, que cometas injurias, que te expongas á mil peligros para que llegues á juntar un gran repuesto de plata y oro en que se deleyte tu corazon. Pero como tú tengas caridad, todos estos esfuerzos, to-

das estas sugestiones, todos estos atractivos serán vanos, inútiles y sin fruto. Tú te burlarás del mundo, del demonio, de todas sus pompas y vanidades; tendrás á los vicios por vicios; y en lugar de incensar sus altares, buscarás los templos de Dios vivo, buscarás los hospitales, las casas de las viudas oprimidas y desamparadas, las de las doncellas honestas que peligran por su pobreza; buscarás á los pobres y necesitados, y allí harás sacrificios á la caridad. Aunque tu estómago sea delicado, no estrañará la inmundicia y fetidez de las cárceles y hospitales; aunque ames mucho tu salud, no temerás jamás que se llegue á ti el contagio; aunque seas rico y poderoso estimarás los pobres axuares y habitacion reducida de la viuda, del huérfano, del desvalido; aunque seas honesto y recatado, no temerás las murmuraciones injustas del mundo cuando te vea socorrer á la honestidad que peligra; aunque tus rentas sean muy reducidas, no temerás jamás que te falte lo necesario por socorrer á los pobres; aunque tu corazon sea de suyo debil, flaco y apocado, verás como no hay ni trabajo que le haga desmayar, ni persecucion que le supere, ni dificultades que le arredren, ni cosa alguna visible ó invisible que le desposea del valor sobrenatural que le comunica la caridad. En vista de esto, ¿se podrá todavía verificar que medites y reflexíones sobre estos prodigiosos efectos, y que con todo eso no seas caritativo?

JACULATORIAS.

Ignem ardentem extinguit aqua, et eleemosyna resistit peccatis. Ecclesiastic. cap. 3.

Dios mio, yo sé que así como el agua apaga el ardor del fuego, de la misma manera la limosna y todo exercicio de caridad resiste al pecado, y no permite que éntre en el alma.

Melius est modicum justo, super divitias peccatorum multas. Salm. 36.

Por tanto, mas quiero una medianía ó pobreza, teniéndoos á vos, que sois fuente de toda justicia, que la opulencia de los poderosos destituido de vuestra amistad y de vuestra gracia.

PROPOSITOS.

Tú tendrias en tu alma todos los admirables efectos de la caridad, si como has tenido ocasiones y auxîlios para exercitarla hubieras tenido valor, esfuerzo y voluntad de poner por obra lo mismo que en aquel instante te habias persuadido. Encontraste á un pobre miserable y llagado; al punto te acordaste que en él estaba representado Jesucristo: luego se siguió el deseo de favorecerle y aliviar de algun modo su miseria; á estos efectos sucedió la contemplacion de que semejantes obras tienen un premio eterno, ademas de la satisfaccion que causa la obra buena por sí misma. Y qué, ¿te resolviste á darle una limosna cuantiosa capaz de aliviarle su miseria? No: un miserable cuarto ú ochavo fue todo el fruto de los influxos y sugestiones de la caridad. Oyes la opresion que padece una pobre viuda cargada de tres ó cuatro hijos, que por su pequeñez apenas saben ni pueden otra cosa que aumentar con sus contínuas lágrimas los amargos gemidos de la madre, que se ve en una imposibilidad manifiesta de alimentarlos. Una pequeña y reducida hacienda pudiera aliviar sus congojas, pero un avariento se la tiene secuestrada con un pleyto injusto, y tiene esperanzas ciertas de prevalecer contra la pobreza indefensa. La caridad te dicta que la ampares, que te opongas como un muro fuerte contra la perversidad del invasor injusto, que emplees tu autoridad, tu valimiento y una corta porcion de tus intereses para librar á aquella infeliz de la opresion que padece, y consolar á toda una familia. ¿Y pones por obra estas santas inspiraciones? No.

El temor de conciliarte un enemigo poderoso acobarda á tu corazon; el apego al dinero ata tus manos; el necio rezelo de que podrá hacer falta á tu familia lo que gastes en la piadosa obra de socorrer á un necesitado desvanece todos los caritativos pensamientos que habias concebido. ¡O santa caridad, que así hayan de vilipendiar los hombres tu poder y tus influxos! Conoce, ó cristiano, tu error; conoce que todos tus temores son vanos y fantásticos; que cuanto emplees en socorrer al oprimido te lo volverá Dios con ganancias, aumentando aun en este

mundo tus riquezas; que á vista de la caridad armada de fortaleza desmayan las fuerzas y las astucias del inicuo que intenta triunfar de la pobreza inocente; que tu familia se verá colmada de bendiciones del cielo en recompensa de los oficios benéficos que empleaste con aquella viuda, con aquel huérfano, con aquel menesteroso; que tal vez á tu misma familia está reservada igual suerte despues de tus dias, y que Dios dispondrá que otro varon caritativo defienda á tu muger y á tus hijos de iguales vexaciones á las que tú remediaste en tu próximo. Persuádete íntimamente á que nunca falta Dios al verdadero caritativo, y en este verdadero supuesto arroja todo temor de tu alma, y da en élla lugar á la caridad para que obre sus prodigiosos efectos. Así lo haré, Dios mio, y mi caridad será perfecta. Así os lo prometo con toda mi alma; y si hasta aquí el temor, la cobardía ó el demasiado apego á los bienes de este mundo han sofocado en mi pecho las influencias de vuestra caridad y de vuestra gracia, de aquí adelante yo imitaré el valor de vuestros siervos, y me contentaré con vos, que sois todo mi bien, toda mi riqueza y toda mi ventura. Y cuando pierda los bienes terrenos y la amistad de los hombres inicuos y perversos que oprimen al desvalido, al inocente, ¿qué cuidado me se deberá dar cuando vos me asegurais vuestra amistad eterna, y unos bienes infinitos que no estan sujetos á las mudanzas de la fortuna?

DIA TRECE.

San Juan Silenciario, obispo y confesor.

San Juan, llamado *Silenciario* por el profundo recogimiento y silencio que guardó por espacio de muchos años, nació en Nicópolis de Armenio el año de 454. Su padre Encracio y su madre Eufemia fueron tan conoci-

dos en el imperio del Oriente por sus grandes bienes de fortuna y por su antigua nobleza, como por los grandes empleos con que habian sido honrados sus antecesores; pues úno y ótro contaban en su familia generales de exércitos y gobernadores de provincias; pero fueron mucho mas ilustres por su exemplar piedad; y así tuvieron gran cuidado de dar á sus hijos una cristiana educacion.

Aprovechóse bien de élla nuestro Santo; pues hallándose á los diez y ocho años de su edad heredero de una rica sucesion por la muerte de sus padres, solo se sirvió de élla para hacer mayor su sacrificio. Por la tierna devocion á la santísima Vírgen, que habia mamado con la leche, la empleó toda en edificar en Nicópolis una magnífica iglesia, dedicada á esta Señora, y en fundar un monasterio, en que él mismo se encerró con otros diez compañeros escogidos, que habiendo dexado tambien todo lo que tenian, no querian pensar en otra cosa que en su eterna salvacion.

A un principio tan generoso y tan perfecto se siguió presto el exercicio de todas las virtudes. La humildad fue desde luego la virtud de sus cariños. Parecia que solo tenia talentos para humillarse. Sus vigilias, su abstinencia, sus penitencias en tan tierna edad sustentaron aquella pureza de cuerpo y alma, que conservó toda la vida, y cada dia con mayor aumento. Su fervor y sus exemplos eran lecciones tan eficaces, que cada uno de los monges experimentaban un vivo deseo de perfeccionarse viendo al jóven Abad que iba siempre el primero en todos los exercicios de la vida regular. Era tan admirado por su prudencia, por su suavidad y por su discrecion en el gobierno, como por su eminente santidad. Hízose dueño de la veneracion y del corazon de todos sus súbditos; con que fácilmente les sirvió á todos de modelo, y en breve tiempo llegó á ser un seminario de santos el monasterio de Nicópolis.

La misma reputacion de su prudencia y de su virtud no permitió á los monges gozar mucho del santo Abad. Muerto el obispo de Colonia, todos los votos del clero y del pueblo se unieron en favor del santo Abad. Teníase bien conocida su repugnancia á todo género de

dignidades, y fue menester valerse de una estratagema para vencerle. El arzobispo de Sebaste, á quien como metropolitano tocaba proveer de obispo aquella iglesia, confirmando la eleccion del clero y pueblo, persuadido igualmente á que ninguno podia ocupar mas dignamente aquella silla que nuestro Juan, aunque á la sazon de edad de solos veinte y ocho años, le envió á llamar con otro pretexto. Apenas le hizo la proposicion del obispado, cuando el santo Mozo se sobresaltó. Pero el Arzobispo estaba resuelto á no ceder á su repugnancia, especialmente cuando élla misma era nueva prueba del acierto de la eleccion. Fue preciso obedecer; y recibidos los sagrados órdenes, fue consagrado obispo con tanto aplauso como solemnidad.

La nueva dignidad en nada alteró su antiguo modo de vivir. De ninguna de las mortificaciones que usaba en el monasterio se dispensó, la misma abstinencia, el mismo contínuo exercicio de oracion, la misma humildad. Por el amor que profesaba á la pureza se interdixo para siempre el uso del baño, sin que la nueva dignidad le sirviese mas que para añadir las penitencias de monge á las apostólicas fatigas y solicitud pastoral de obispo.

En fuerza de su caridad, de su zelo y de las demas virtudes, se vió muy presto florecer la piedad en todo el obispado, sin que fuesen solas sus ovejas las que se aprovecharon de sus exemplos; penetrando hasta la córte la admiracion de su virtud. Hizo tanta impresion en su hermano Pérgamo y en su primo Teodoro, ámbos muy distinguidos y estimados en el palacio de los emperadores, que reformando sus costumbres, fueron úno y ótro modelo de cortesanos ajustados y exemplares.

Pero el espiritual gozo que le causó la conversion de aquellos dos señores se templó mucho con el dolor de la caprichosa y menos cristiana conducta de Pasínico, cuñado de nuestro Santo. Era gobernador de la Armenia, y en lugar de contribuir con todo su poder y autoridad á sostener la santa intencion y el zelo del santo Prelado, todo lo perturbaba dentro de su misma diócesi. Estorbaba á los eclesiásticos el cumplimiento de sus obligaciones, molestábalos con todo género de vexaciones,

y violaba la inmunidad de las iglesias. Valióse el santo Obispo de ruegos y de representaciones, pero muy inútilmente; y viendo que el mal empeoraba cada dia, resolvió llevar sus quejas al emperador Zenon, y partió en persona á Constantinopla. El Emperador le hizo justicia; pero estos disgustos renovaron en su espíritu el amor á la soledad y el tedio á las dignidades, con tanta fuerza, que habiendo puesto órden en los negocios del obispado, que tan prudentemente habia gobernado casi por espacio de diez años, y habiéndole renunciado secretamente, tuvo modo de evadirse de los eclesiásticos que le acompañaban; embarcóse solo en un navío, y sin darse á conocer pasó á Palestina; detúvose algunos dias en el hospital de Jerusalen, suplicando con lágrimas al Señor le guiase al lugar que fuese mas oportuno para pasar el resto de sus dias en la obscuridad, desconocido de los hombres, y ocupado únicamente en el cuidado de su salvacion.

Hallándose una noche en oracion, advirtió que venia hácia él una estrella muy resplandeciente en figura de cruz; asombrado á vista de aquel fenómeno, oyó al mismo tiempo una voz, que le dixo la siguiese. No se detuvo ni un momento, y en breve tiempo le conduxo la brillante guia á la Laura; esto es, al monasterio de san Sabas; donde vivian ciento y cincuenta anacoretas.

Recibió san Sabas á nuestro Santo sin conocerle, y desde luego le dedicó á que sirviese de criado al mayordomo. Los oficios mas penosos y mas humildes eran los de su mayor gusto. Iba por agua al arroyo, servia de peon á los albañiles que fabricaban el hospital ó el hospicio para los forasteros, llevándoles el ripio y las piedras. Admirábanse todos á vista de su apacibilidad, de su devocion, de su silencio y de su recogimiento. A los treinta y ocho años de su edad le hicieron hospedero; mas reconociendo san Sabas alguna cosa extraordinaria en aquel humilde súbdito, y admirando los dones que el Señor habia depositado en él, le concedió una celda para que se retirase á élla, y vacase á la contemplacion. Tres años pasó en élla, sin dexarse ver de nadie los cinco primeros dias de la semana, que pasaba casi sin alimento.

El sábado y el domingo acudia á la iglesia, donde daban testimonio de su tierna devocion las lágrimas que derramaba, especialmente mientras se celebraba el santo sacrificio de la misa.

Despues de los tres años le hicieron mayordomo. Pero ni la contínua disipacion de este oficio ocasionó en el habitual recogimiento de su espíritu alguna distraccion. Mientras tanto, admirando san Sabas cada dia mas y mas la eminente virtud de su mayordomo, hizo juicio que no habia en todo el monasterio sugeto mas digno de recibir el sacerdocio que él; y sin hablarle palabra, le llevó consigo al Patriarca de Jerusalen, y le pidió se sirviese conferir á aquel monge los órdenes sagrados, haciéndole sacerdote. El Patriarca, sobre el testimonio de un hombre como san Sabas, que aseguraba no haber tenido jamás religioso mas santo, mas capaz ni mas perfecto, determinó ordenarle. Viéndose el Siervo de Dios precisado á descubrirse, pidió audiencia secreta al Patriarca; y despues de haberle obligado al secreto, le declaró que era obispo. La vista de mis culpas, añadió, me obligó á renunciar el obispado, y á retirarme al desierto á hacer penitencia de éllas. Igualmente asombrado que edificado el Patriarca, llamó á san Sabas, y le dixo que aquel religioso le habia confiado en secreto cierta cosa, en virtud de la cual no le podia ordenar de sacerdote, y así se le recomendaba para que le dexase en su silencio, sin permitir que ninguno le inquietase.

Sensiblemente afligido el santo Abad de haberse engañado, á lo que él creia, en el ventajoso juicio que habia hecho de la virtud de aquel monge, teniéndole por digno del sacerdocio; inquieto sobre el estado interior de aquel desconocido religioso, se retiró á una gruta, distante una legua del monasterio, donde doblando sus penitencias y oraciones, pidió al Señor le diese á conocer si aquel hombre á quien él habia juzgado digno del sagrado ministerio era un vaso de misericordia, destinado para la gloria, ó un vaso de ira preparado para perecer eternamente. Oyó Dios su oracion, y percibió una voz que le dixo, que aquel religioso era un vaso de eleccion, adornado con el carácter episcopal, y que en él tenia un tesoro escondido en su monasterio. Lleno san Sabas de

gozo y de admiracion, corrió á la celda del Santo, y abrazándole con ternura y con respeto, *Padre*, le dixo, *vengo á quejarme de que me hayas ocultado quién eres; y ahora lo ignoraria si Dios no me lo hubiera revelado.* No pudo Juan disimular su sentimiento de verse descubierto; y habiendo dado á entender que pensaba en retirarse á otra parte, san Sabas le conjuró que no se moviese, dándole palabra delante de Dios de no descubrir á persona alguna quién era. Con esta promesa se aquietó, y habiéndose encerrado en su celda, estuvo en élla cuatro años sin hablar palabra. No salió de élla sino para asistir á la consagracion de la iglesia dedicada á la santísima Vírgen, que habia edificado san Sabas, y vino á consagrar san Elías, patriarca de Jerusalen, el cual quiso ver á nuestro Juan; y no quedó menos admirado de su humildad, que de su raro mérito.

Habiéndose introducido en la nueva Laura el espíritu de division y de parcialidad, se retiró de élla san Sabas; y Juan, á la sazon de cincuenta años, no queriendo tener comercio con los sediciosos, la abandonó tambien, y se fue al desierto de Ruba, donde vivió nueve años sin hablar con persona alguna, sustentándose de la fruta y raicer silvestres que él mismo iba á coger en aquella vasta soledad.

Hicieron en élla una incursion los sarracenos, conducidos de Alamundar, llenando de sobresalto y de turbacion á aquel santo desierto; pero asegurado Juan en la confianza del Señor, no pensó en refugiarse á otra parte. Prometiósela Dios enviándole un leon que no se apartaba de su lado, y ponia en fuga á los bárbaros.

Sosegadas las turbaciones de la Laura, volvió á élla san Sabas, y ansioso de ver á nuestro Santo, le fue á buscar, y le conduxo á su primera celda, donde estuvo cuarenta años sin hablar con nadie sino con Dios, poniendo todo su cuidado en hacerse invisible y desconocido á los hombres.

No dexó el Señor de manifestar la santidad de su Siervo con muchas maravillas. Vino á visitar los santos lugares de Jerusalen un arzobispo del Asia, llamado Athero, hombre de gran virtud; y estando en oracion, tuvo una vision en la que se le dió á entender era voluntad de

Dios que visitase la Laura de san Sabas, para admirar en élla un vaso de eleccion en la persona del solitario Juan, que siendo obispo se habia hecho simple religioso; y casi invisible á los hombres mortales, pasaba la vida en penitencia y soledad, meditando dia y noche las verdades eternas. No perdió Athero un instante de tiempo; voló al desierto, y arrojándose á los pies del Santo, publicó en presencia de san Sabas y de todos los monges las maravillas que Juan les habia ocultado.

Muerto san Sabas, se apareció á nuestro Santo, y le dixo que aunque era tan ardiente su deseo de ver y gozar de Dios, queria su Magestad detenerle en la tierra por algun tiempo para que consolase y fortaleciese en la fe á sus hermanos durante una cruel persecucion que habian de mover los hereges.

Con efecto, no se puede decir lo mucho que tuvieron que padecer aquellos monges en defensa de la verdad, contra los que seguian los dogmas de Orígenes y de Teodoro de Mopsuesta; pero nunca pudo penetrar el error en una comunidad de anacoretas de que era tenido por guia y por cabeza nuestro Santo. En vano fue perseguido; declaróse abiertamente contra el error, y sufrió la mas dura persecucion por defender los decretos de la Iglesia. En fin, colmado de dias y de merecimientos, siendo de edad de ciento y cuatro años, sin haber perdido ni el vigor del espíritu, ni aquella dulzura que conservó siempre inalterable, despues de haber pasado setenta y seis años en el desierto, y casi todo este tiempo en una elevada contemplacion, en una asombrosa penitencia y un contínuo silencio, murió con la muerte de los santos el año 558, y muy presto fue el objeto de la veneracion del pueblo.

La misa es del Comun de confesores pontífices, y la oracion la siguiente.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Joannis confessoris tui veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat,

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, nos concedas que la venerable solemnidad del bienaventurado Juan, tu confesor y pontífice, au-

et salutèm: Per Dominum nostrum...

mente en nosotros la devocion y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fólio* 80.

NOTA.

»El libro intitulado el Eclesiástico, que algunos in»tulan en griego *libro de toda virtud*, fue compuesto en »hebreo como se advierte en su prólogo por un judío, »llamado *Jesus*, hijo de Sirach, y traducido en griego »por un nieto del autor en tiempo de Ptolomeo Physcon, »ciento y cuarenta y cinco años antes de la venida de »Cristo. Declaróse por libro canónico en el concilio de »Roma en tiempo del papa Gelasio; despues por un »decreto de Eugenio, y últimamente en el concilio de »Trento.

REFLEXIONES.

No se halló quien guardase como él la ley del Atisimo. El verdadero mérito del hombre depende de su perfecta sujecion á la ley de Dios. El que no es buen cristiano no puede ser hombre de bien; pues hablando en rigor, solamente es hombre de bien el buen cristiano. El nacimiento, la complexion, el genio, la educacion, el comercio del mundo, el estudio, la reflexion, y hasta las mismas pasiones pueden hacer á un hombre oficioso, servicial y cultivado; pero la verdadera honradez solo puede ser fruto de la virtud cristiana. Sin élla puede un hombre ser obsequioso por inclinacion, grato por interes ó por orgullo, apacible, atento, bizarro por artificio; pero estas son apariencias, representaciones y meras exterioridades. Cuídase poco en el mundo de ser hombre de bien en realidad; todo el empeño es parecerlo. Puédense muy bien saber todas las ceremonias exteriores, y practicarlas ni mas ni menos como un comediante representa el papel de rey en el teatro. La que se llama honradez ú hombría de bien en el mundo consiste en un modo de portarse arreglado, atento, cortesano, obsequioso y cultivado. El mundo no pide mas; pero todo

esto puede ser una monada ó un puro aparato, y acabóse. Con efecto, ese fingido hombre de bien, tan bizarro, tan atento, tan servicial y tan magnífico, allá detras de cortina frecuentemente no viene á ser mas que un trapacero, un vicioso, un hombre brutal. La verdadera hombría de bien cuesta mucho al corazon. Es preciso supurar sus hinchazones, endulzar sus amarguras, allanar sus desigualdades, reprimir sus ímpetus. Este vencimiento solo puede ser obra de la virtud. Las pasiones, tan contrarias á la verdadera hombría de bien, no reconocen otro dueño que las sujete. El estudio, el entendimiento, la política y el uso del mundo pueden contenerlas por algun tiempo; pero presto se librarán de la opresion, y recobrarán su libertad con usuras. De aquí nace que comunmente el hombre de bien del mundo lo es solo por humor, por interes y por capricho; el serlo por reglas y por principios se reserva únicamente á la virtud. Esta es la que enseña á ser hombre de bien para ótros y para sí. El hombre de bien nunca es desigual; su mérito es real y su honradez verdadera. Debe conocer todos los respetos y todas las atenciones que pide la sociedad, y debe practicarlas. La fidelidad en desempeñar las obligaciones de su estado es uno de los mas bellos rasgos de su retrato. Él es buen padre, buen pariente, buen amo y buen amigo. Como su honradez no depende del capricho, del interes ni de las circunstancias de las personas, nunca se desmiente. Su rectitud nunca se envejece, su cortesanía siempre es nueva. Superior á las alteraciones de la vida, y dueño de sus pasiones, no descompone el órden y economía de sus operaciones, porque solo tiene á la vista su obligacion y la ley santa de Dios, única regla de toda su conducta. Qué te parece ahora, ¿bastará únicamente la buena crianza, el comercio del mundo, una capacidad despejada y un buen juicio para hacer una obra de este carácter y de este valor? ¿sin virtud se podrá conseguir aquella rectitud inalterable, aquella apacibilidad siempre uniforme, aquella honradez constante, sin ficcion y sin artificio? Es hombre de bien un mundano; tiene pundonor, espíritu, capacidad, esplendor, unas modales gratas y caballerosas; su despejo cautiva, y su oficiosidad encanta. Pero si son estragadas sus costumbres, si es de-

bil su fe, si se reconoce en él poco ó nada de religion, ¿merecerá grande estimacion su postiza y superficial honradez? ¿se podrá hacer gran caudal de aquella máscara, de aquel fantasmon de hombría de bien? ¿habrá quien deba fiarse de aquella artificiosa, de aquella afectada bondad? El que solo es hombre de bien por artificio ó por genio, no lo será siempre, ni en todas partes, ni por largo tiempo.

El evangelio es del cap. 25. *de S. Mateo, y el mismo que el dia V, fólio* 82.

MEDITACION.

De las obligaciones del estado de cada uno.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos tienen en su estado cuanto han menester para salvarse y para ser santos. Es error grosero, y con todo eso es muy comun pensar que se encontrarán menos estorbos, y se hallarán mas medios para salvarse en cualquiera otra condicion, que en la que ha abrazado cada uno; delirio de imaginacion enferma, que se figura conducirá mucho para recobrar la salud el mudar de cama; pero esta inquietud es efecto del mal, que está en la sangre. Si te hallas ya establecido en el mundo, ¿á qué fin suspiras por la mayor facilidad para ser santo que hay en el estado religioso? ¿á qué fin, aun dentro de la misma religion, envidias en los religiosos de otra profesion ciertos medios que te parecen mas ventajosos para ser perfectos? Deseos inútiles, proyectos frívolos que solo sirven para engañarnos, y para que cada dia seamos mas imperfectos, siendo menos regulares y menos observantes.

Efecto es del extravagante genio de los hombres no apreciar sino lo que nace muy distante, y no hacer caso de lo que tenemos delante de los ojos, y estiman los extrangeros. Esta extravagancia del gusto trasciende hasta el espíritu y corazon cristiano. ¿A qué fin hacer depen-

diente de la condicion lo que únicamente depende de la fidelidad de la persona? No hay estado que no tenga sus obligaciones; cumple exâctamente con las del tuyo, y nada tendrás que envidiar á los mas fervorosos. Cuanto mas ligeras ó mas menudas son estas obligaciones, mas se merece en cumplirlas. Nada se le niega á Dios cuando se le ama mucho. El amor atiende poco á la importancia, ó á la calidad del servicio; solo se considera la voluntad y el gusto del dueño á quien se le hace. Este es todo el secreto de la mas sublime perfeccion; esta es la verdadera virtud.

Tu estado te impone ciertas obligaciones; en cumplirlas consiste la devocion, el mérito y el fervor. La obscuridad de la obligacion no disminuye el resplandor de la virtud, antes le realza. Aquel Dios que, por decirlo así, es el único que valora el precio y el mérito con su aprobacion; este Dios, vuelvo á decir, no pide de aquel padre ni de aquella madre de familias que asistan contínuamente á los oficios divinos, que esten perpétuamente en la iglesia, que no falten á exercicio ó acto alguno de devocion que se practique en el pueblo; pídeles que cuiden muy particularmente de la educacion de sus hijos, y de edificarlos con buenos exemplos; pídeles que velen sobre su familia, puesto que algun dia le han de dar estrecha cuenta de élla.

Pide Dios á aquel magistrado, que procure hacerse mas y mas hábil cada dia por su estudio y aplicacion; pide á aquel militar, que sirva á Dios y á su rey con valor y con fidelidad; pide á aquel eclesiástico, que desempeñe las inmensas obligaciones de su estado, y sostenga en todo la eminente santidad de su sagrado carácter; pide á aquel religioso, que jamás se dispense en la observancia de sus reglas; pide en fin á todos, que cumplan con los deberes de su estado. Esto es negociar cada cual con sus talentos; con esto se contenta Dios, no nos pide mas; pero nos pide todo esto.

¡O mi Dios, y cuánto me acusa esta importante verdad! ¡y qué de remordimientos, qué de tristes reflexîones no me obligan á hacer esta acusacion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay en la vida condicion; no hay estado que no tenga sus obligaciones particulares. ¿Estás consagrado á los altares? ¿abrazaste el estado eclesiástico? ¡Qué pureza de costumbres mas exâcta! ¡qué regularidad de porte mas exemplar! ¡qué reforma mas indispensable! Obligacion de buenas obras; obligacion del Oficio divino; obligacion de distribuir bien las rentas. Las diversiones puramente seculares se prohiben; las concurrencias profanas se proscriben. El estudio propio del estado; la ciencia necesaria para desempeñar dignamente el ministerio, estas son las obligaciones de un eclesiástico. ¿Y serán para olvidadas estas obligaciones?

¿Vives en el mundo? ¡O mi Dios, de cuántas obligaciones de conciencia estás sitiado, que debes considerar como otras tantas cargas que te impone la religion! ¡qué rectitud, qué buena fe en el comercio! ¡qué hombre de bien en todo tu porte! ¡cuánta multitud de obligaciones respecto de tus hijos y de tus criados! ¡qué precision de darles buen exemplo! ¡cuántas reglas de compostura, que tambien son obligatorias! Es el mundo la region de las pasiones, y debiera ser el cadahalso de su suplicio. ¿En qué otro lugar hay mayor precision de combatirlas y de vencerlas? El mundo, respecto de la salvacion, es un pais enemigo en que es necesario estar siempre con las armas en la mano. ¿Pedirá por ventura este estado almas ociosas, ó espíritus cobardes?

En fin, ¿logras la dicha de haber abrazado el estado religioso? ¿qué obligaciones mas estrechas ni mas delicadas que las que te imponen tus sagrados votos? ¿y será razon que repútes todas tus reglas por unos meros consejos? En tus constituciones y en tu instituto se contienen muchas obligaciones que no puedes ignorarlas. Por estos documentos se ha de sentenciar definitivamente el proceso decisivo de tu suerte eterna. ¡O mi Dios, y qué digno de lástima es un religioso inobservante y tibio! ¿Quién podrá asegurarle á la hora de la muerte, cuando se le representen todas sus obligaciones?

No hay estado que nó las tenga; y en el cumplimiento de éllas consiste todo el mérito. Cualquiera otra devocion es error; y esto mismo hace evidencia de que la santidad está en la mano de todos. Nunca nos faltan los auxîlios necesarios proporcionados á lo que hemos menester; lo que nos falta muchas veces es la fiel y debida correspondencia á estos auxîlios.

Uno de éllos, Señor, es la gracia que me dispensais para hacer estas reflexîones; pero muy desgraciado seré si hago inútil esta gracia. No lo permitais, Señor, pues ya he tomado mi partido. De hoy en adelante toda mi aplicacion y todo mi estudio será, mediante vuestra divina gracia, comprender bien mis obligaciones, y dedicarme á cumplirlas.

JACULATORIAS.

Paratus sum, et non sum turbatus: ut custodiam mandata tua. Salm. 118.

Pronto estoy Señor, á cumplir con las obligaciones de mi estado, sin que nada sea capaz de hacerme titubear en esta resolucion.

In æternum non obliviscar justificationes tuas: quia in ipsis vivificasti me. Salm. 118.

No, Dios mio, jamás me olvidaré del cumplimiento de mis obligaciones, pues en esto cumplo vuestra ley, que es la que me vivifica.

PROPOSITOS.

He aquí un asunto muy copioso para el exámen y para la confusion de toda suerte de personas. La virtud mas elevada consiste en que cada uno cumpla fiel y constantemente con las obligaciones de su estado. Ninguno las ignora; todas éllas estan en la mano de cada uno; ninguna hay que no sea conveniente; ¿pues quién podrá disculpar su negligencia si no es santo? Si estamos en el mundo, no hay que ir á los cláustros con nuestros quiméricos proyectos, ni con nuestros vanos deseos, ni es menester ir con éllos á la Tebayda si nos hallamos en la

religion. En la vida mitigada del religioso instituto que hemos abrazado, no tenemos que envidiar á los que eligieron otro mas austéro. El estado en que nos hallamos, la condicion en que vivimos tiene sus obligaciones; este religioso instituto tiene sus reglas. Dios no te pide mas que el exâcto cumplimiento de esas obligaciones, la puntual observancia de esas reglas. El tesoro de la felicidad eterna está, digámoslo así, en tu heredad; él es tesoro escondido para muchos, que no quieren hacerse santos sino donde esten; pretendiendo que el terreno que pisan solo puede producir espinas. Cultívenle bien, y verán como fructifica á proporcion del cultivo. Convéncete hoy á esta verdad llena de consuelo, y no pienses en hacerte santo sino en el estado fixo en que te hallas, cumpliendo con las obligaciones de él.

2 Conviene que hagas desde luego un breve apuntamiento de estas obligaciones Si estás en el mundo, mira cuáles son las obligaciones de tu estado, cuidados personales de la familia y de los domésticos, atencion á sus costumbres, vigilancia sobre su porte, respeto y modestia religiosa en el templo, frecuencia de sacramentos, devociones de la mañana y de la noche, buenos exemplos, &c. Recorre todos estos deberes, y forma la resolucion de cumplirlos. Si eres religioso, tienes reglas, y toda tu perfeccion consiste en observarlas. Exâmina cuáles son las que menos cuidas, y las que quebrantas mas frecuentemente. Acuérdate de que aunque no obligan debaxo de pecado, algun dia sabrás que de su observancia depende no solo la perfeccion, sino en cierta manera la salvacion de las personas religiosas. Es muy dificultoso quebrantar habitualmente la mayor parte de las reglas, y guardar los votos. No te confies ni te lisonjees con frívolas distinciones. En el tribunal de Jesucristo no se hace caso de éllas. Comienza desde hoy á cumplir con tus obligaciones, y á observar aquellas reglas que has quebrantado hasta aquí.

☞ DIA TRECE.

San Segundo, obispo y patron de Ávila.

Uno de los santos varones apostólicos, que por los años del Señor de 63 ó 64 vinieron á España á sacarla de sus errores, fue san Segundo, de cuya vida, padres, patria, nada mas se sabe que lo que el oficio muzárabe, el leccionario Complutense, y otros instrumentos, que se guardan en la biblioteca del Escorial, refieren sucintamente. Segun éllos, san Segundo, siendo ya de edad proporcionada para el ministerio evangélico, fue ordenado por san Pedro en Roma poco antes de la primera persecucion sangrienta que movió Neron contra la Iglesia de Jesucristo. Instruido por los santos apóstoles san Pedro y san Pablo de las altas obligaciones del ministerio que le habian confiado, se embarcó con los demas compañeros suyos, ansioso de poner en execucion tan grande ministerio. En aquel tiempo era Tarragona la provincia mas floreciente que tenian los romanos en España. A élla se dirigian sus pretores, y en élla, como en la capital de todos sus dominios, residia su legislacion y su grandeza. Era muy natural en esta suposicion dirigirse á élla, como á sitio en donde seguramente podria lograr su predicacion con considerables ventajas. Pero los consejos de Dios son muy diferentes de las consideraciones baxas y rateras de los hombres. Él, que era el que regia la nave, dispuso que llegasen á tomar puerto á un sitio muy cercano del que ocupaba hoy la ciudad de Almería. Y si es lícito conjeturar, parece muy probable que sería el puerto llamado *Urci*, ó el que se dice *Puerto magno*. Apenas pusieron los pies en tierra, tendieron su vista sobre una inmensidad de campos escabrosos, que su zelo, y predicacion habian de hacer fértiles para Jesucristo. Representóseles el gran trabajo que les esperaba; pero alentó su corazon lo justo de la causa que trataban, y el premio prometido á sus fatigas.

Era España á la sazon un teatro miserable de los

desbarros y extravíos del hombre. Diversas naciones estimuladas de su codicia habian venido á esta region enriquecida con todas las preciosidades de la naturaleza. Su corazon codicioso no traxo consigo solamente este vicio, sino que todos los errores de la supersticion vinieron, por decirlo así, á conquistar un nuevo pais en donde se les ofreciese incienso. Las monstruosas deidades de los egipcios, con las que añadieron griegos, y romanos, tenian aras entre los españoles, y contra éllas tenian que manifestar la fortaleza de su corazon los nuevos soldados del Crucificado. Ardia san Segundo en deseos de poner por obra el ministerio de que venia encargado; y así, en compañía de los seis santos obispos, echó á andar luego que puso pie en tierra, deseoso de encontrar poblaciones, y gentes en quienes emplear el ministerio de la palabra. Habrian caminado como unas catorce leguas, cuando se les ofreció á la vista la ciudad de Acci, hoy Gaudix, y sobresaltóse su corazon de alegría, viendo ya terreno oportuno donde comenzar á esparcir la semilla del evangelio. Sentíanse algo molestados del penoso viage; y así, antes de comenzar su peligroso ministerio, determinaron descansar algun tanto, tomar alimento, y repararse del desmayo que les habia causado la pasada fatiga. Con este intento, mandaron á algunos de sus discípulos que llegasen á la ciudad á comprar los alimentos necesarios. Poco mas de un cuarto de legua habian andado cuando se encontraron á las puertas de la ciudad, y en élla una inmensa gritería en que estaba envuelto todo el pueblo. Era el caso, que en aquel dia celebraban los gentiles fiestas á Júpiter, y la diosa Juno; y entre los excesos de sus comilonas y borracheras, se dexaban ver fácilmente las señales de una inmoderada alegría. No se sabe de cierto, si excitado el fervoroso zelo de los santos Varones á vista de las manchadas ceremonias del paganismo, comenzarian tal vez á declamar contra éllas; se sabe sí, que el fuego de la supersticion enardeció tan violentamente los corazones de los paganos, que tardaron poco en manifestarlo con sus obras. Dios dirige ocultamente el enlace y conexíon que tienen

entre sí todas las causas, y efectos, sean buenos ó sean malos. Todo lo dirige y ordena á aquellos provechosos fines que se ha establecido su sabiduría; de este modo con un artificio desconocido á los hombres, sabe su providencia sacar aun de las cosas muy malas muy grandes bienes.

Así aconteció en el caso presente. Encendidos en cólera los gentiles, intentan perseguir á los forasteros, cuya diversidad de vestidos, y la severidad del semblante, les daba ciertos indicios de que intentarian apartarlos del culto de sus deidades. Determinan, pues, quitarles la vida, y á este fin corren hacia éllos impetuosamente, deseando cada uno ser el primero que ensangrentase sus manos en aquellos inocentes promulgadores de la ley de Jesucristo. Estos, luego que advirtieron al pueblo conmovido contra sí, se dieron priesa á huir para evadirse del peligro que les amenazaba, y hacer noticiosos á los santos obispos de la contradiccion y peligro que habian encontrado. El pueblo gentil los seguia, deseando vivamente haberlos á las manos para sacrificarlos á su furor. En el camino que seguian los perseguidores y perseguidos habia un puente magnífico, de tan sólida construccion, que todos los instrumentos antiguos convienen en que era capaz de burlarse de la voracidad de los tiempos. Entraron en él los Santos, y le pasaron felizmente; entraron tambien los perseguidores; y cuando todo el puente estaba lleno de éllos, y muy cercano ya, á su parecer, de poner en execucion sus sanguinarios intentos, aquel Dios, á cuya vista se estremecen las columnas del firmamento, hizo que derrocándose á un tiempo los grandes pilares en que estribaba toda la máquina, se convirtiese el puente en ruinas, envolviendo entre éllas aquellos miserables que perseguian á sus Siervos. Un hecho tan ruidoso consternó á toda la ciudad. Apenas habia casa en donde no llorasen la muerte del hijo, del hermano, ó de algun cercano pariente. Un temor saludable se apoderó de los corazones de todos, convirtiéndose la rabia, el furor y la indignacion en temor, en respeto, y en deseos de tener cada uno de los acitanos en su casa á aquellos venerables varones, á

quienes tan prodigiosamente el cielo favorecia. Señalóse entre todos una noble matrona senatriz, por nombre Luparia. Envió mensageros á los Santos, para que se dignasen de venir á hospedarse en su casa, y éstos, viendo el buen principio con que el Todopoderoso favorecia su mision, aceptaron gustosamente el convite. Gozosa Luparia de ver á los santos Varones en su casa, comenzó á preguntarles, qué profesion era la suya, de qué regiones venian, qué fin les habia traido á estos paises, para ellos tan remotos, y todo lo demas que se dexa entender de la curiosidad de una muger, viendo unos hombres de un trage tan diverso del que usaban los españoles, y á quienes habia visto con sus ojos que el cielo favorecia tan decididamente. Los santos Obispos, viendo que se les presentaba ocasion tan oportuna de derramar la divina semilla, instruyeron á Luparia de su profesion y de su ministerio. Dixéronla como eran discípulos de un hombre que juntamente era Dios, llamado Jesucristo: que éste habia libertado al mundo de la tiranía del demonio, destruyendo la ley antigua, todos los ritos y supersticiones, é instituyendo una religion santa, magnífica, racional, y suave, en la cual solo podian encontrar los hombres la verdadera felicidad: que esta doctrina, y religion eran lo que éllos predicaban, y que para recibirla era necesario reengendrarse en las aguas del bautismo, conociendo y confesando por verdadero Dios á Jesucristo. Oia la matrona con un corazon sencillo, y deseoso del bien las palabras de los Santos. La gracia de Dios por otra parte formaba en su alma las mas preciosas disposiciones para recibir la verdadera doctrina. Como en lo poco que de ésta la habian comunicado los Santos, se contenia que el bautismo era la puerta por donde habia de entrar á ser cristiana, pidió con ansia que se le administrase; pero los Santos, aunque alegres con este primer fruto de su predicacion, no juzgaron conducente satisfacer sus deseos por entonces. Significáronla que habia otros misterios en que debia ser primeramente instruida; y entretanto que esto se verificaba, sería conducente edificar un baptisterio en donde recibir las aguas saludables. La piadosa matrona recibió

con tanto gusto aquella insinuacion, y la puso por obra con tanta eficacia, que en poco tiempo se edificó un templo segun el gusto y direccion de los Santos, en donde ya instruida, recibió el bautismo.

Los poderosos tienen un atractivo en sus obras respecto de la multitud del pueblo, que parece contagio, segun la velocidad con que se difunde y propaga. No puede persuadirse la plebe á que aquellos personages, á quienes Dios ha constituido por superiores de los demas, desmientan con sus operaciones los altos designios de la divina Providencia. Así juzgan fácilmente, que cuanto hacen es arreglado á la ley y á la justicia, y no dudan imitar lo que están persuadidos que es justo y arreglado. Por esta causa, el exemplo de Luparia, y el hacerse cristiana, causó tal conmocion en el pueblo, y tal trastorno en sus opiniones, que aquellos mismos que habian incitado á perseguir á los varones Apostólicos, eran ya los que con mas fervor querian someter la cerviz al yugo del cristianismo. Conforme se iba propagando la religion verdadera, iban decayendo las supersticiones y engaños de la ciega gentilidad; y al paso que se destruian los ídolos y sus templos, se erigían nuevas aras al Crucificado. Muy prontamente vino á ser la ciudad de Guadix una ciudad cristiana y piadosa, en donde estaban por demas tantos obreros evangélicos. El fin que los habia traido á España no era solamente la conquista de aquel pequeño recinto: sus miras se extendian á la conversion universal de todo este vasto pais. Por tanto, trataron entre sí los Apostólicos de dividirse, haciendo una cómoda distribucion de las regiones adonde habian de predicar el evangelio. A san Segundo le cupo en suerte la ciudad de Ávila con toda su comarca, que á la sazon estaba floreciente. Desde esta division cesan ya las noticias auténticas que han quedado de estos primeros maestros de nuestra fe. Segun el oficio muzárabe se sabe, que cuando iban á sus respectivos destinos, lo abrasaban todo con el fuego de su predicacion, haciendo maravillosas conquistas á favor de la religion que predicaban. Llegado san Segundo á Ávila, emprendió con el mayor vigor la conversion de aquellas ciegas gentes, no perdonando

trabajo por penoso que fuese para reducirlas á la grey de Jesucristo; pero esto mismo le hizo víctima de su caridad, dando la vida por la misma fe que predicaba.

No se sabe el género de martirio que padeció, y mucho menos las circunstancias de su pasion: las lecciones del oficio antiguo que usaba aquella catedral, le dan constantemente los títulos de obispo y de mártir, lo que no permite dudar que este Santo fue uno de los discípulos de Santiago, que ordenado obispo por san Pedro, coronó el empleo del sacerdocio con la laureola del martirio. Su cuerpo fue recogido por los cristianos de aquel tiempo, y colocado con honor y reverencia en un decente sepulcro. Las contínuas invasiones que hicieron los bárbaros en nuestra Península, y el estrépito revoltoso de las contínuas guerras ofuscaron de tal manera su memoria, que permaneció enteramente extinguida por espacio de muchos siglos, hasta que una casualidad dichosa ofreció la invencion de su sepulcro y sus reliquias. Sucedió esto en el año de 1519, en que intentando hacer un arco que diese fácil entrada á dos capillas del templo de santa Lucía, sito á las riberas del rio Adaja, al tiempo de demoler dos pequeños arcos antiquísimos, vieron que en sus cimientos se descubria un hueco, que daba á entender que allí habia algun sepulcro. En efecto, hallaron una pequeña tumba de madera que tenia por la parte de afuera una reja dada de verde. Admirados de la novedad los obreros, prosiguieron cavando con mayor cuidado. Gran multitud de pueblo concurrió á la nueva de un tan extraño caso, esperando entre el temor y la alegría un suceso que no podian prometerse sus esperanzas; pues prosiguiendo la escavacion, encontraron una arca de piedra, y dentro de élla otra de madera con esta inscripcion: *SAN SEGUNDO.* A esta sazon ya habian concurrido la mayor parte del cabildo eclesiástico y los magistrados de la ciudad, en cuya presencia se abrió la arca, y en élla hallaron un cadáver con insignias episcopales, un cáliz, y un anillo de oro, y de todo salió una suavísima fragrancia, que llenó la iglesia. La sensacion que causó en los corazones de todos

tan precioso hallazgo, fue excesiva, y la manifestaron con todas las demostraciones de júbilo y alegría. Dios quiso tambien manifestar la gloria de su Siervo con milagros de su divina omnipotencia. Estaba alli un enfermo llamado Francisco Arroyo, natural de Avila, el cual muchos años habia que estaba padeciendo una enfermedad molesta y vergonzosa; pues se reducia á tener fuera de su lugar gran parte de los intentos. Este miserable, deseoso de recuperar su salud, dixo delante de todos: *Quiero ponerme encima del cuerpo de este santo, para ver si la divina misericordia se compadece de mí, y por sus méritos é intercesion me sana de mi peligrosa dolencia.* Dicho esto, se puso sobre el arca, levantó las manos al cielo, y dixo con grande alegría: *Yo te doy gracias, Señor mio Jesucristo, que por la intercesion de san Segundo ya me hallo sano.* Divulgóse el milagro por toda la ciudad, todos á una voz glorificaron al Señor por sus misericordias y maravillas; y gozosos con el hallazgo de tan precioso tesoro, trataron de colocarle en un sitio decente y cómodo para implorar su patrocinio en las necesidades que ocurriesen. El dean y cabildo de la catedral intentaron llevar el sagrado cadáver á su iglesia, alegando que éste les competia por derecho, habiendo sido san Segundo el primer obispo de la ciudad; ademas que de este modo se proporcionaba al Santo mayor veneracion y culto, y á los fieles el consuelo de tenerle mas cercano para dirigir por su medio á Dios sus súplicas y sus votos. Opúsose á estos intentos la confraternidad de san Sebastian, establecida desde tiempo muy antiguo en la iglesia de santa Lucía, con la obligacion de defender los derechos de aquella parroquia. En esta disension se acordó colocar por el pronto el arca con las santas reliquias en un lugar honorífico de aquella iglesia; sin desistir por esto el dean y cabildo de la catedral de hacer todas las diligencias necesarias á fin de que se les diese la posesion.

Pasaron muchos años sin que se pudiese conseguir del magistrado de Avila, protector de la confraternidad de san Sebastian, que inclinase su condescendencia á las poderosas razones que tenia de su parte el cabildo. La

iglesia de santa Lucía era de suyo pobre y pequeña: carecia de todas aquellas comodidades que desean los fieles en las novenas y vigilias que hacen á los santos. Por esto mismo se resfriaba fácilmente la devocion primera que en la invencion del sepulcro habian los fieles concebido: la iglesia estaba situada en el parage mas indecente é incómodo de la ciudad, adonde con dificultad se podian conducir los sacerdotes necesarios para el culto; y por el contrario, era sumamente fácil que experimentase los contratiempos de ladrones y otras gentes perdidas. Todas estas razones, y otras muchas no pudieron ablandar la tenacidad de unos hombres encaprichados, que querian hacer un particular misterio de lo que era una pura casualidad, y atribuir erradamente virtudes imaginarias á la materialidad de los sitios. En el año de 1517, fue promovido al obispado de Ávila fray francisco Ruiz, del órden de san Francisco, hombre de espíritu, que al lado del cardenal Cisneros habia aprendido á no acobardarse en presencia de las dificultades, y á vencer de cualquier manera los estorbos que se opusiesen á sus justos intentos. Informáronle luego del estado que tenian las pretensiones del cabildo en órden al cuerpo de san Segundo, y de que fuese trasladado adonde recibiese mayor veneracion. Persuadióse á que semejante negocio necesitaba tratarse con viva fuerza, y á que sola una autoridad superior sería capaz de hacer calmar las hablillas del pueblo y las divisiones de los que civilmente le gobernaban. Recurrio, pues, al papa Leon X, que á la sazon regía la Iglesia, exponiendo todas las razones que asistian al cabildo, para que se les concediese colocar con decoro y magnificencia en su propia catedral el cuerpo de su primer obispo y de su primer maestro en la fe, que gloriosamente habia sellado con su sangre. El santo Padre no pudo menos de conocer la solidez y eficacia de razones tan poderosas, y así expidió una bula en 25 de febrero de 1520, en que mandaba que se le entregase al Obispo el cuerpo de san Segundo, para que cuidase de colocarle en el lugar que habia prometido construir con suntuosidad y aparato. Notificóse esta bula á los in-

teresados, y comenzóse la fábrica de un altar magnífico; pero habiendo sido Dios servido de llevarse para sí al zeloso Obispo á los principios de esta operacion, quedó ésta suspensa, y el cuerpo de san Segundo en la misma arca, sepulcro, é iglesia en que antes se hallaba. Entretanto, se extendia por toda España la fama de su santidad, que Dios confirmaba contínuamente con los prodigiosos milagros que hacian glorioso el sepulcro de su Siervo. Los fieles manifestaban su gratitud con abundantes limosnas, que sirvieron para formar una pequeña capilla, y colocar sobre el sepulcro del Santo una estátua de piedra que le representaba de obispo. Pero siempre permanecian las mismas razones para procurar su translacion á un lugar tan decente y cómodo como era la catedral. Quiso finalmente la divina bondad enriquecer á esta santa iglesia con el precioso tesoro de las reliquias de su primer Prelado, haciendo que viniese á presidirla desde la silla de Cartagena don Gerónimo Manrique de Lara, hombre piadoso, y acostumbrado á superar grandes dificultades. A la fuerza de su espíritu añadieron vigor los estímulos de la gratitud; pues hallándose este venerable Obispo acosado de una enfermedad que habia contraido siguiendo la armada de Don Juan de Austria, recibió una salud milagrosa por intercesion de san Segundo. Reducíase su dolencia á unas palpitaciones tan violentas del corazon, que le ponian frecuentemente en el extremo de perder la vida. En efecto, en el dia 9 de septiembre del año de 1593 llegó á debilitarle de tal manera esta enfermedad, que tuvo que recibir los Sacramentos. Los médicos llegaron á desconfiar enteramente de su vida, y á temer justamente la iglesia de Ávila la pérdida de un digno esposo y pastor. El capítulo de la catedral en este conflicto determinó recurrir á la poderosa intercesion de san Segundo. Instituyó rogativas, hizo vigilias al sepulcro del Santo, y apénas comenzaron estas piadosas diligencias de caridad y de fervor, cuando inmediatamente se halló el Obispo libre de su dolencia con una restauracion tan radical, que no sintió mas aquella violenta enfermedad en toda su vida. Reconocido á los favores del Santo, y contemplando que solo una fuerza su-

perior era capaz de llevar á debido efecto el proyecto de translacion tantas veces intentado, solicitó eficazmente con el rey Felipe II. que la protegiese con todo el poder de su real autoridad. Este católico Monarca vió con mucho gusto de su alma una solicitacion en que la piedad y la prudencia se hermanaban amistosamente con la autoridad y con la justicia. Advirtió los efugios y fruslerías con que se habia frustrado hasta entonces la determinacion del vicario de Jesucristo. Juzgó que debia emplear su poder en favor de la causa de la piedad: expidió sus cartas en debida forma, mandando executar las letras pontificias, previniendo á los magistrados de la ciudad, y á todos aquellos que hasta entónces se habian manifestado interesados, que incurririan en su justa indignacion, si ponian el menor óbice á la execucion mandada. Este movimiento acalló todas las quejas y pretensiones, y facilitó una operacion que de otro modo hubiera sido imposible.

Juntáronse los magistrados, el cabildo y el Obispo para determinar el dia, y las circunstanscias de la translacion deseada. Conviniéronse en ciertas condiciones; enviaron emisarios al católico Monarca, para que se dignase autorizar con su presencia una funcion tan magnífica; y se determinaron todos los demas requisitos necesarios para la pompa, adornos y festejos que en celebridades tan suntuosas suelen manifestar la piedad de los fieles. Aunque el Rey no dexó de dar algunas esperanzas de que asistiria para el dia proyectado, se excusó en tiempo con la atencion que requerian mas graves negocios; y así encargó al Obispo, que se hiciese la translacion sin costosos dispendios, y que al tiempo de hacerla, separase una reliquia insigne del Santo para transladarla al monasterio del Escorial. El dia 9 de septiembre del año de 1594, el Obispo con grande acompañamiento de eclesiásticos y seglares de la mayor dignidad y nobleza, se conduxo á la iglesia de santa Lucía, y habiendo primeramente implorado el auxílio divino, cantando las letanías, abrió el sepulcro del Santo, y sacando con sus propias manos una á una las reliquias, que se conservaban en la antigua caxa, ofreciéndolas á la veneracion del pueblo numeroso, que asistia

con velas encendidas en las manos, lleno de ternura y de devocion, las fue colocando en una caxa nueva de nogal, ricamente labrada con preciosos adornos de plata y oro. Cerróla, y la colocó en el altar mayor de aquella iglesia hasta el dia destinado para la procesion solemnísima. Este fue el domingo dia 11 de septiembre, en el cual, habiendo celebrado el dean de la catedral solemne misa del Santo, se formó una procesion magnífica, por el número de personas que la componían, por los muchos grandes y nobles que la autorizaban, y por los multiplicados adornos que con riqueza y esmero habian puesto los vecinos de Ávila en todas las calles por donde habia de pasar. Llegaron á la iglesia de san Segundo, y habiendo celebrado el Obispo misa pontifical, tomó la caxa de las sagradas reliquias, y la entregó á los eclesiásticos de mayor dignidad, y á los nobles de mayor gerarquía; quienes sobre sus hombros, y baxo de un pálio riquísimo la conduxeron á la iglesia catedral. Las demostraciones de regocijo y alegría que manifestó todo el pueblo en un acto tan solemne y piadoso, compitieron con la ternura y las lágrimas que corrian por sus rostros, en testimonio de la consolacion que recibian sus piadosos corazones. Al dia siguiente se celebró misa solemne en accion de gracias al Todopoderoso. Se apartaron las reliquias que se enviaron al Rey, y siguieron por ocho dias contínuos los exercicios de piedad, y los júbilos del pueblo. Inmediatamente cuidó el Obispo de construir una suntuosa capilla, en la cual puso él la primera piedra, hecho ya inquisidor general, en el dia 23 de abril de 1595. Concluida, se transladaron á ella las sagradas cenizas de san Segundo, en donde hasta estos tiempos ha manifestado Dios con contínuos milagros que descansa allí un amado siervo suyo, uno de los primeros maestros de nuestra fe, y el protector y patrono de la noble ciudad de Ávila.

La misa es en honor del Santo, y del Comun de mártir pontífice: la oracion la siguiente.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus: et quia pondus

Omnipotente Dios, mirad nuestra flaqueza, y haced que ya que

propriæ actionis gravat, beati Secundi martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

nos es tan pesada la carga de nuestra miseria, experimentemos la proteccion gloriosa del bienaventurado san Segundo, vuestro mártir y pontífice: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fól. 9.

REFLEXIONES.

Nada mueve tan poderosamente el corazon de los hombres como el escarmiento que ven en la cabeza agena, en órden á los delitos de que éllos mismos se conocen manchados. El ver frustradas sus esperanzas, el sentir el castigo de unas acciones que éllos tenian por gloriosas, y ver por otra parte coronadas aquellas obras que miraron con desden y con desprecio, excita los mas vivos sentimientos de dolor y de penitencia; pero despues de concluido el tiempo concedido para merecer, este mismo dolor se convertirá lastimosamente en tormento irremediable, y en rabiosa desesperacion. ¡Qué ufanos, qué alegres, y qué satisfechos quedaban los tiranos despues de haber regado la tierra con la inocente sangre de los mártires, vertida por Jesucristo! Ya se lisonjeaban de que su poder y su crueldad habian llegado á exterminar de la tierra unos hombres que éllos tenian en el concepto de fanáticos é infelices. Miraban su profesion como una locura supersticiosa, y su constancia y alegría en medio de las mayores crueldades como una insensatez. Sus ojos ofuscados con la espesa niebla de sus pasiones, no veian mas felicidad ni mas gloria que gozar completamente de los bienes de la tierra. ¡Pero qué dolor el suyo, cuando corrido con la muerte aquel velo funesto que les impedia ver la verdad, se hallaron engañados! ¡qué desesperacion se apoderaria de sus corazones, al ver contados entre los hijos de Dios aquellos mismos á quienes éllos reputaban por desgraciados é infelices!

Semejante engaño tiene su principio en la poca reflexîon que emplean los hombres en la verdad de otra vida: engaño que por nuestra desgracia oprime á la

mayor parte de aquellas gentes cristianas que tienen contínuamente en la boca los nombres de gloria, de infierno, de Dios y de eternidad. ¿Se veria si no mirar con tanto desprecio la pobreza de los miserables, y la desgracia de los enfermos y desvalidos? ¿Podria un poderoso sumergir su corazon en los deleytes del mundo, viendo á su lado á un hermano suyo anegado en lágrimas, que sacan de sus ojos la mendiguez, la peste y la miseria? ¿Se tendrian los hospitales y las cárceles por unos lugares de horror y de espanto: se escasearian tanto los medios de socorrer á los miserables que yacen oprimidos entre la escasez, la peste y todo el conjunto de horrores que trae consigo la desolacion, si se fixasen por un momento los ojos de la fe en una vida eterna, y en el castigo ó premio que la ha de acompañar? La verdad no nos permite dudar de la respuesta. Si fuera posible trasladar á un poderoso desde el seno de sus delicias, en donde mira con ojos desdeñosos los pobres que le rodean, á aquel tribunal de verdad y de justicia en donde se presentan las cosas segun son en sí mismas, juntamente con aquellos mismos pobres, se llenaria de confusion al ver qué distinto aprecio merecian éstos del justo Juez, del que él se habia conciliado por su soberbia y sus delitos. Con razon exclama el Espíritu santo por boca de su Profeta, diciendo: *La tierra está desolada, porque no hay ninguno que reflexíone.* Hombre cristiano, á quien la divina gracia ilumina en esta hora por medio de estas consideraciones, no seas pródigo de un bien tan celestial y divino. Lo mismo que nos dice el Espíritu santo que sucedió á los inicuos perseguidores de los mártires de Jesucristo, te ha de suceder á ti. La vida es breve: tu espíritu es inmortal: la fe y la razon te enseñan que muy presto comparecerás en un tribunal, en donde serán exâminadas tus obras. Sabes que Dios tiene dicho que no es aceptador de personas, y que lo que se executa con el mas pequeñuelo y miserable lo toma en cuenta para la recompensa ó el castigo, como si con el mismo Señor hubiera sido executado. Da, pues, en tu corazon lugar á la justa estimacion que exîgen de ti tus hermanos. Venera en cada uno de éllos, por pobre que sea, la persona del mismo Je-

sucristo, y procura en esta vida perecedera precaver con obras de caridad la confusion y horror, que de otra manera te será indispensable sufrir en la vida interminable.

El evangelio es del cap. 15. *de san Juan, y el mismo que el dia VII, fól.* 143.

MEDITACION.

Sobre las conversaciones, sus utilidades ó peligros.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la conversacion de los cristianos, como de unos hombres destinados á gozar eternamente de la compañía de los ángeles, dice san Pablo que debe ser de cosas del cielo.

Esto quiere decir, que nuestras conversaciones se han de emplear en asuntos que conduzcan á nuestra bienaventuranza, y no en aquellos inútiles ó perniciosos que nos estravian de nuestro último fin. Nada mas frecuente entre los hombres que tomarse á su cargo la discusion de negocios que Dios no ha fiado á su inspeccion, y murmurar de la buena ó mala direccion que les dan aquellos á quien los ha encargado su divina providencia. Frecuentemente se censura la conducta de los demas ciudadanos: se exâmina y moteja el modo de obrar de los príncipes, de los magistrados y de los ministros. Las pasiones representan cada operacion teñida de aquel color que mas prevalece en nuestro amor propio. De aquí se origina ensangrentarse cruelmente, reprobando sus acciones, y muchas veces sus respetables providencias. El calor de la conversacion nos hace olvidar de los preceptos é insinuaciones de la caridad, y nos ciegan los ojos para que en nuestros superiores no veamos unos representantes del soberano poder, á quienes debemos venerar y obedecer, no solamente por temor del castigo, sino tambien para no manchar nuestras conciencias con delitos exêcrables. Aquellos mismos que acompañan

y fomentan nuestras conversaciones, son un lazo cubierto de una funesta liga, que nos pega insensiblemente los malos resabios de su torcido corazon. Por eso dice el Espíritu santo: *Apartáos de los tabernáculos de los hombres impíos, y no toqueis siquiera las cosas que les pertenecen, no sea que os enredeis en sus pecados.* Y en los Proverbios se dice: *No seas amigo del hombre iracundo, ni te juntes con el furioso, no sea que aprendas su modo de obrar, y se escandalice tu alma.* Somos naturalmente inclinados á imitar mas presto los vicios y perversas cualidades de aquellos con quienes tratamos, que sus virtudes y santas operaciones: y siendo cierto que la conversacion contínua hace semejantes á los que conversan; por tanto, conviene siempre tener presente lo que dice san Pablo á los corintios, *que las conversaciones malas corrompen las costumbres, no de otra manera que las buenas causan el efecto contrario.*

Es necesario hacerse cargo que á todos nos tiraniza un deseo de complacer á aquellos con quienes vivimos, y de hacer y aprobar lo que éllos hacen. San Agustin no cesó de llorar en toda su vida esta criminal complacencia. ¡*O enemiga amistad*, exclamaba, *ó incomprensible error del alma! por mero deseo de complacer á aquellos con quienes conversaba, sin tener provecho alguno, ni malicia para executarlo, llegué á ser vicioso, y á pretender alabanza y fama por el mismo vicio. Cuando se junta una tropa de jóvenes licenciosos, y dicen: VAMOS, HAGAMOS ESTO, casi se hace necesario caer en el precipicio; da vergüenza entonces el no ser desvergonzado.* Si queremos, pues, vivir una vida cual conviene á los cristianos, que viven en este mundo como en un valle de lágrimas, ó en un penoso destierro; esto es, una vida espiritual, y que solo trate de lo que conduce á nuestro último fin, debemos amar mas presto la soledad y el retiro que la compañía y conversacion de las gentes. Y esta es una regla dada por los santos padres, quienes en su propia experiencia habian aprendido cuán verdadera es la sentencia del Espíritu santo, que dice: *En la mucha conversacion dificultosamente podrá dexar de haber delito.*

PUNTO SEGUNDO.

Considera la profesion que tomaste cuando recibiste el bautismo, y de consiguiente, cuáles son los negocios mas interesantes de que debes tratar, y en qué deben ocuparse tus coloquios y conversaciones.

La experiencia nos acredita, que cada uno habla de aquellos negocios que mas le interesan; el conquistador habla de guerras y de batallas: el mercader de ganancias, de tráficos y de pérdidas: el labrador habla del campo; y el artesano de las obras é instrumentos que son propios de su oficio. Supuesto esto, ¿cuál deberá ser la conversacion de un cristiano? Sus intereses responden, que no debe ser ótra que la que trate de la vida, pasion, y muerte de Jesucristo: de los frutos admirables de su divina redencion: de aquellas espirituales medicinas en que dexó vinculado todo el precio de su sangre, para que nos librase de nuestras dolencias: en una palabra, debe emplearse la conversacion del cristiano en los exercicios de caridad para con Dios y con el próximo. Aquel que ama verdaderamente á Dios, lo manifiesta por unos dones que recibe del cielo, que se echan de ver en su conversacion y en sus palabras: estos son dirigir á Dios sus coloquios: oir lo que Dios se digna hablarle interiormente al corazon; y últimamente, tener delicia y complacencia en tratar con sus próximos de las cosas celestiales y divinas. Si te causa disgusto el hablar de tu Salvador, ¿cómo será posible que tu corazon no esté muy lejos de amarle con un amor verdadero? ¿Acaso atostumbran los labios á producir otra cosa que los sentimientos del corazon? ¿No es natural á los hombres complacerse y engolfarse en la conversacion que trata de las cosas que aman, ó de aquellas personas á quienes son muy aficionados? San Agustin refiere, que de resultas de haber estado tratando con su madre de la felicidad de que gozan los bienaventurados, fue tanta la alegría que inundó su alma en aquel coloquio, que despues le parecian baxas y despreciables todas las diversiones, todas las alegrías y delicias que se pueden disfrutar en esta vida. Jesucristo mismo nos enseñó muchas veces con su exemplo á regular nuestras conversaciones por las

lidades que resultan á favor de aquel oficio ó profesion que nos ha sido encargado por el cielo. Cuando le manifestó su madre algun género de queja, cuando se perdió en Jerusalen, la respondió: *¿No sabíais, Señora, que debo ocuparme en el ministerio que he recibido de mi Padre?* Y á los discípulos que iban á Emaus les toma tambien residencia de la conversacion en que iban entretenidos.

El exemplo y autoridad de un maestro como Jesucristo son superiores á todas las razones y á todos los exemplos. Tú, pues, debes considerar contínuamente que eres cristiano, y que por lo mismo tus conversaciones no deben ser de las cosas terrenas, habiendo dicho el Salvador á sus discípulos: *Vosotros no perteneceis á este mundo.* El cristiano tiene su orígen en el cielo, tiene sus intereses en el cielo, debe caminar á él como á su patria: el cielo debe ser el norte á que se dirijan todas sus operaciones; luego su conversacion no debe tratar jamás de cosas de la tierra. Y si esto incluye en sí tanta verdad, respecto de todos los cristianos, tú, que eres religioso ó religiosa, que renunciaste al mundo, y pusiste tus intereses únicamente en la casa de Dios; que no tienes mas patrimonio que la pobreza, ni mas alegría que las lágrimas, ni mas dignidad que la humillacion, ¿con cuánta mas razon deberás ceñir tus conversaciones, no solamente á la profesion de cristiano, sino á la profesion en que te constituyen tus votos? Tú, sacerdote, que consagras diariamente el cuerpo y sangre de Jesucristo, que tienes por oficio el llevar sobre tu alma todo el peso de los pecados del pueblo que Dios te ha encargado, que debes con tus palabras y con tus exemplos estar contínuamente ganando las almas de tus hermanos, que no debes hablar, finalmente, sino para edificacion de tus próximos, ó para ensalzar las misericordias del Señor; reflexîona si las conversaciones en que frecuentemente te ocupas corresponde á la dignidad y alteza de tu sagrado ministerio. ¡O Dios eterno! Si los hombres reflexîonasen contínuamente estas verdades, ¿cuán diferentes serían sus conversaciones?

JACULATORIAS.

Discedite à me omnes, qui operamini iniquitatem. Salm. 6.
Apartáos de mí, de mi compañía y conversacion todos cuantos engañados empleais vuestras obras en executar la iniquidad.

Non sedi cum consilio vanitatis, et cum iniqua gerentibus non introibo. Salm. 25.
No tomé, Señor, asiento en las juntas de vanidad; y ayudado de vuestra divina gracia, os prometo no conversar jamás con los que se apartan con sus inicuas obras de vuestros santos preceptos.

PROPOSITOS.

Desde el principio del mundo quiso la divina Providencia que viviesen juntos los buenos y los malos, los justos y los injustos, para que, como dice san Agustin, los primeros fuesen mortificados y labrados como piedras que han de servir para la Jerusalen celestial; y los segundos tuviesen la escuela del buen exemplo para moderar sus costumbres. En la familia de Adan se encuentra un Cain: entre los hijos de Noe un irreverente, digno de maldicion: en la de Abrahan hay que echar fuera á Ismael: y en la familia de Jacob, José, que era el mas inocente de sus hermanos, fue vendido por éllos, y faltó poco para que no le quitasen la vida. Estamos en este mundo mezclados malos y buenos, es necesario el trato y conversacion con únos y ótros; pero el alma que oye las sólidas instrucciones de la virtud, sabe hallar el medio de aprovecharse de los buenos exemplos de los únos, sin que le contaminen y manchen los excesos de los ótros. Pero, ¡ó Dios mio! ¿he seguido yo esta doctrina los muchos años que tan inútilmente he pasado ya en este mundo? ¡Oh, y cómo en este punto me confunden los remordimientos de mi conciencia! Las concurrencias peligrosas, las compañías de iniquidad, las pecaminosas conversaciones, y á lo menos los discursos vanos é inútiles han sido por lo comun el empleo de mi alma. Ésta se me

ha quejado muchas veces en el secreto de mi corazon de las sangrientas heridas que en tales conversaciones ha padecido. Yo me he visto tibio, indevoto, y muchas veces pecador é inicuo. Conozco, Señor, mis yerros, y de aquí adelante propongo no oir mas palabras que las de vuestra divina sabiduría: no escuchar otros discursos que los que vuestro divino espíritu sugiere contínuamente en mi corazon, y emplear todas mis conversaciones en el importante y único negocio de mi eterna salud. Lejos de mí, de aquí adelante, la concurrencia á aquellas juntas de hombres ociosos, que malogran las horas que les concedeis para llorar sus culpas y merecer vuestra bienaventuranza: lejos de mí la concurrencia á aquellos espectáculos profanos en que se manchan las costumbres, y en que se atropellan los derechos de la santa virtud: lejos de mí, finalmente, toda conversacion que no trate de vuestros divinos atributos, de los exemplos de vuestros siervos, y de los exercicios que pueden conducir para agradaros y serviros, y conseguir la salvacion de mi alma.

DIA TRECE.

San Pedro Regalado, confesor.

En el extendido campo de la Iglesia hay ciertos lugares apartados y cerrados, que destinó Jesucristo para formarse en éllos unos huertos deliciosos, que floreciesen contínuamente, y exhalasen el suave olor de las virtudes. Estos lugares son las religiones, en donde como en unos vergeles han crecido en todos tiempos árboles tan frondosos con el riego de las santas instituciones, que de éllos se ha adornado la Iglesia, y con éllos ha mantenido su hermosura y lozanía. Por lo mismo ha tenido el comun enemigo gran cuidado de sembrar en éllos alguna cizaña, para que el rigor de la observancia, mezclado con la tibieza de algunos flacos, se fuese debilitando, y reducidos al olvido ó al desprecio los santos

documentos de los fundadores, viniesen los institutos á su ruina. Pero Dios por el contrario ha velado tambien sobre éllos, ha conservado las grandes obras que su espíritu sugirió á sus siervos, y ha procurado levantar de tiempo en tiempo varones consumados en virtud, que se pusiesen como muro fuerte de la casa de Dios, y reedificasen de nuevo lo que estaba ruinoso ó caido. Uno de estos grandes varones, exemplo de santidad, norma de perfeccion religiosa y prodigio de penitencia, fue el glorioso san Pedro Regalado, reformador del austéro instituto que fundó y estableció en la Iglesia san Francisco.

Nació en Valladolid por los años del señor de 1389, de padres esclarecidos por su antigua nobleza, y mucho mas por su piedad y cristianas virtudes. Su padre se llamó Pedro Regalado, y su madre doña María de Costanilla, quienes recibieron de sus progenitores ilustres gran copia de bienes de fortuna. Pero era tanta su piedad y misericordia con los pobres y necesitados, que parecian mas bien procuradores ó dispensadores, que dueños de sus riquezas. Siendo todavía Pedro tan niño, que apenas podia conocer á su padre, le faltó éste, llevándosele Dios á darle el premio debido á su gran misericordia y largas limosnas con que la exercitaba. Quedó en poder de su madre, viuda, la cual le educó santamente, instruyéndole y acostumbrándole á los exercicios de piedad que élla misma exercitaba. Llevábale consigo cuando iba á confesar al convento de san Francisco; y como el exemplo de los padres es el aliciente mas poderoso para formar el corazon de los niños, y aficionarlos á los exercicios de virtud, se arraigó ésta tan profundamente en aquella inocente alma, que al paso que iba creciendo, iban admirándose en él las fecundas semillas, que con el tiempo habian de producir tan copiosos y sazonados frutos. Manifestaba mucho gusto en asistir á los templos y á los divinos oficios; y el ver á su madre frecuentar los sacramentos, despertó con anticipacion en el santo Niño unos encendidos deseos de alimentarse con el pan de vida que baxó del cielo; lo que hacia con sumo consuelo de su alma. Entretanto no se descuidó su madre de hacerle aprender con un

buen maestro las primeras letras, y cuanto convenia saber á un jóven de su noble estirpe. Pero Dios tenia sobre Pedro muy altas miras, y con la frecuencia en ir al convento de san Francisco con su madre, fue poco á poco inspirando en su corazon la vocacion y santos deseos de alistarse entre los hijos de tan grande Patriarca.

En efecto, á los trece años se sintió movido de una mano invisible y poderosa que le estimulaba á abrazar el instituto religioso. En aquella tierna edad habia ya llegado á conocer la vanidad del mundo; lo pasagero de sus bienes, lo despreciable de sus honras, y cuán indigno era todo lo que mas aprecian los hombres de que un verdadero cristiano lo sacrifique sus esperanzas. Con tan sólidas persuasiones juntó un exâmen maduro de sus inclinaciones, de sus resábios, de sus fuerzas, y de cuanto le podia dar algunas luces con que distinguir la vocacion verdadera de la falsa. Exercitóse muchos dias en fervorosa oracion, pidiendo á Dios fuese servido declararle el camino por donde queria ser hallado: la oracion se fortalecia con los ayunos y penitencias; y úno y ótro se hizo completamente eficaz con la sencillez de su recto corazon, que manifestaba con abundantes lágrimas los deseos que le animaban de sacrificar á Dios su alma, su voluntad, sus riquezas, sus esperanzas y toda su persona con todas sus circunstancias. Certificado por su padre espiritual de que aquella vocacion era del cielo, comunicó á su madre la determinacion que tenia de hacerse religioso. Era natural en élla la repugnancia, considerando que Pedro era el único hijo varon que la habia quedado; que de él solo pendia principalmente la continuacion de su noble estirpe y de su casa: que las prendas amables con que el cielo habia enriquecido al Jóven, daban lugar á concebir de él las mayores esperanzas; y últimamente, el amor de madre, la ternura de la edad, y la dulce compañía que en su viudedad la hacia, eran suficientes motivos para manifestar si no aversion y repugnancia, á lo menos tédio ó indiferencia. Nada de esto sucedió: como una fervorosa Ana convino en dedicar á su pequeño Samuel al templo, para que en él sirviese al

Señor toda su vida. Hizo por sí misma las diligencias necesarias para privarse de un hijo tan amado, y ademas de ofrecer al santuario una víctima tan perfecta y tan preciosa, tuvo el mérito de ofrecerla con resignacion, con conformidad, con gusto, con alegría, con complacencia.

Tomó el santo Jóven el hábito de franciscano claustral en el mismo convento que tanto habia frecuentado en compañía de su madre, con sumo regocijo de los religiosos, que á pocos dias de noviciado conocieron el tesoro de virtudes que Dios les habia enviado en Pedro, y que mas tenian éllos que aprender del Novicio, que éste de las instrucciones de su maestro. Luego que se vió agregado á los hijos de Francisco, levantó sus ojos á este grande Patriarca, y le tomó por dechado para ajustar todas sus acciones. Mortificacion de todos los sentidos, abstraccion del mundo, silencio, retiro, contemplacion, humildad, y una subordinacion perfecta á la voluntad de su superior, fueron las principales virtudes que resplandecian en sus obras. Practicaba con puntualidad y alegría los exercicios mas humildes, sin olvidar por esto el cuidado de instruirse completamente en la regla que se proponia observar en todo el discurso de su vida. Como su vocacion no habia sido una llamarada pasagera de espíritu, formada por los acasos de la fortuna, sino un llamamiento positivo de la divina gracia, permaneció todo el año del noviciado sin afloxar un punto en el rigor y exâctitud con que habia comenzado. Esta constancia en la virtud certificó á los religiosos de su aptitud para un estado tan perfecto; y así cumplido el tiempo establecido para su probacion, no dudaron en darle la profesion, la cual hizo Pedro á los catorce años de su edad, segun permitian los cánones en aquel tiempo. Apenas se vió profeso, consideró que debia ir de dia en dia aprovechando en la virtud. Redobló su fervor, sus ayunos, sus oraciones y penitencias; y entregado enteramente á la vida espiritual, hizo progresos tan asombrosos, que los mas provectos tenian en él mucho que aprender, y muchísimo que admirar. Era el primero á cualquier exercicio penoso, sin que jamás pudiese su caridad hallar disculpa para dispensarse de la menor molestia, con tal

que de élla resultase el obedecer á sus superiores ó el consuelo de sus hermanos. Particularmente se deleytaba en asistir á los enfermos é imposibilitados, y por asquerosas que fuesen las enfermedades ó impertinentes los enfermos, nunca se retraía de su asistencia; antes bien, allí asistia con mas frecuencia y gusto en donde conocia que habia de estar mas mortificado. Pero como el instituto riguroso del santo Patriarca habia padecido alguna relaxacion inseparable de la flaqueza y miseria humana, no hallaba todo el fomento que deseaba la severidad de su espíritu para imitar á san Francisco en la parte de penitente y riguroso. Vivia por esta causa algun tanto desconsolado, deseando proporciones de entablar una vida mas austéra, y temeroso de hacerse singular en la regular observancia que entre los claustrales florecia.

Oyó Dios los secretos suspiros de su corazon, y le dió lo que apetecia por los medios que ya de antemano tenia su providencia preparados. Ya habia veinte años que fray Pedro de Villacreces, varon de sobresaliente virtud y de eminente sabiduría, habia emprendido en sí mismo la reforma del instituto franciscano. Deseoso de reducir á la práctica la verdadera pobreza que estableció su santo Patriarca, y de dar fuerza y vigor á sus santos preceptos, se habia retirado á un lugar escabroso y desierto en el término de Covarrúbias, á hacer vida pobre, penitente y solitaria, y pedir á Dios le diese fuerzas y auxílios para entablar la reforma que pretendia. Veinte años gastó en oraciones, mortificacion y lágrimas, apartado enteramente del comercio de los hombres, y encerrado en una horrorosa y estrecha gruta, que parecia mas bien un sepulcro. Al cabo de este tiempo se presentó al mundo en trage tan pobre y con semblante tan penitente y austéro, que apenas tenia de hombre vivo mas que una débil apariencia, pareciendo mas bien un esqueleto que un viviente: tan macerado estaba de las penitencias, y tan consumido de los ayunos. Dirigió á su general sus súplicas para que le permitiese poner en execucion el proyecto de reforma; y con su licencia la comenzó en el eremitorio de nuestra Señora de la Salceda, en la provincia de la Al-

carria; pero bien fuese porque los padres claustrales de Toledo reclamasen aquel sitio como suyo, ó por otra causa, Villacreces le dexó, y tuvo que buscar en otra parte sitio oportuno á sus intentos. Ya Dios le habia determinado señalándole con luces milagrosas cerca de Aguilera en el obispado de Osma, cuyo obispo, dicen, era pariente del santo Villacreces, y por tanto propenso á favorecer los evangélicos designios que manifestaba. Entabló, pues, con el obispo la pretension de que le cediese aquel eremitorio de Aguilera, en donde habia edificado una iglesia, y puesto un sacerdote con un ministro que le ayudase á misa. El prudente obispo, que estaba bien informado, no solamente de la sabiduría y sólida virtud del reformador, sino de lo necesario y conducente de la reforma, no tuvo dificultad alguna en ceder generosamente el eremitorio y la iglesia, ofreciendo ademas su proteccion y autoridad para llevar á debido efecto la empresa. Tanto puede conseguir la virtud, cuando se manifiesta en su trage sencillo, y libre de los resábios de la ambicion ó el interes.

Entretanto que se trataba este negocio vivia san Pedro en Valladolid, empleado en fervorosos exercicios; pero anhelando siempre por vida mas semejante á la de su penitente Patriarca. A esta sazon se presentó en aquella ciudad el santo Villacreces, cuya vista llenó de terror y de edificacion á cuantos le vieron. Iba vestido de un sayal sumamente tosco, descalzo de pie y pierna, consumido de penitencias, y predicando con su mismo exemplo la reforma que deseaba establecer. Habia entre los mismos claustrales muchos religiosos, que llevaban á mal la relaxacion que se habia introducido, y no apetecian mas que una ocasion favorable para declararse á favor de la reforma. Uno de éllos era san Pedro, el cual, aunque habia poco que habia profesado, con el fervor de su grande espíritu, se habia adelantado á los demas. Luego que entendió las facultades que tenia del general el padre Villacreces para admitir al nuevo método de vida á todos los que quisiesen profesarla, se fué á él, le comunicó sus intentos, y le pidió ardientemente que le llevase consigo á aquel

eremitorio adonde caminaba. El reformador, viendo la excelente índole de aquel Jóven, sus adelantamientos en la virtud, y las grandes esperanzas que ofrecia de mayores medras, le admitió con mucho gusto como un don que el cielo le ofrecia para cimentar sobre sólidas virtudes el edificio de su reforma. Regalado, por su parte, quedó igualmente consolado, mirando á Villacreces como á un ángel que Dios le habia enviado para satisfaccion de su espíritu y santificacion de su alma. Habiendo llegado al eremitorio, se desnudó del hábito de claustral, y se vistió el saco de la nueva reforma, profesando en manos de su bendito Maestro todo el rigor de la observancia segun la regla primitiva de san Francisco. Once años permaneció en este lugar el Santo, dedicado á todos los exercicios de virtudes, y empleado en las mayores austeridades. Su pobreza era suma, pues algunas veces llegó hasta faltar aceyte con que cebar la lámpara que ardia delante del Santísimo sacramentado. Su comida se reducia á unas legumbres, pocas en cantidad, y mal condimentadas. La oracion era contínua, los ayunos sin interrupcion; y las penitencias ásperas y multiplicadas. Observó por muchos años las nueve cuaresmas, que llaman de san Francisco, en que se comprendia la mayor parte, ó por mejor decir casi todo el año; y de los dias que le quedaban libres destinaba muchos al ayuno de pan y agua, sin que jamás se permitiese la condescendencia de aliviar por la noche con alguna ligera colacion el rigor abstinente que se habia prescrito.

Con la continuacion en orar llegó á tan alto grado de contemplacion, que en élla era alimentado su espíritu con extraños regalos del cielo. Padecia frecuentemente raptos ó éxtasis, y eran tan vehementes, que le vieron muchas veces levantado en el ayre, siguiendo lo terreno de su cuerpo la misma direccion que llevaba su espíritu. Á estos éxtasis acompañaba una circunstancia maravillosa, que al mismo tiempo que manifestaba la elevacion de su alma, servia de edificacion, de exemplo, y de una santa admiracion de las maravillas que Dios obraba con sus siervos. Rodeábale un resplandor tan claro y luciente, que aunque fuese de

noche, parecia que era de dia: y los que estaban lejos llegaron á juzgar alguna vez que ardia el convento de Abrojos, y fuéron atropelladamente cargados de agua é instrumentos para apagar el incendio que habian imaginado. En medio de tanta sublimidad de espíritu, no dexaba de atender á las cosas mas baxas y menudas, como que en éllas se cimentaba su humildad para remontarse despues con mayor seguridad y firmeza á la consideracion de los divinos atributos. No habia ocupacion humilde, ni exercicio trabajoso y despreciable en que no fuese el primero; y tan risueño se veía su semblante cuando barria el convento, ó andaba de puerta en puerta solicitando de la piedad de los fieles el alimento para sus hermanos, como cuando embebido todo en Dios disfrutaba en la oracion sus soberanos favores. Ardia su pecho en caridad por la salvacion de sus próximos, y conociendo que para lograrla mejor sería conducente el sacerdocio, halló entre sus contínuos exercicios de piedad tiempo oportuno para estudiar la ciencia de Dios en toda su extension, hasta hacerse capaz, no solamente de ordenarse de sacerdote, sino de hacer admirable fruto en las almas por el ministerio de la palabra. En úno y [illegible] sentia indecibles delicias su espíritu: la alegría qu[illegible]straba en la conversion de los pecadores, y la celestial dulzura que sentia su alma al consagrar el cuerpo y sangre de Jesucristo, y alimentarse con tan divino manjar, manifestaban claramente, que aunque Pedro vivia en carne mortal, estaba por su fervor transformado en ciudadano del cielo.

Así pasaba una vida angelical y maravillosa, entregado enteramente al fervor que habia apetecido. Su alma tranquila en la posesion de las mas sublimes virtudes se regocijaba en el exercicio de todas éllas, segun se le proporcionaban las ocasiones y las circunstancias. Mirábase en cierta manera seguro de este celestial reposo, porque hasta entonces habia siempre caminado en brazos de la obediencia. Pero siendo Dios servido de coronar los grandes merecimientos del santo Villacreces, llevándole á gozar de su gloria, se turbó algun tanto la serenidad que hasta aquel punto ha-

bia disfrutado el fervoroso Pedro. Su conocida virtud, su admirable prudencia, la severidad con que guardaba el rigor del instituto, y el conjunto de prendas necesario para seguir la grande obra comenzada en la reforma, hicieron que todos pusiesen en él los ojos para hacerle sucesor del padre Villacreces. En efecto, habiéndose juntado los religiosos de los dos eremitorios, el de Aguilera y el de los Abrojos, para elegir vicario, todos de comun consentimiento eligieron á san Pedro, que brillaba entre los demas por sus virtudes como el sol entre las estrellas. Aceptó el gobierno como una carga que Dios ponia sobre sus hombros para que la llevase en beneficio de la religion y de sus hermanos; no como una honra peligrosa con que se envanece el corazon y se fomenta la soberbia. Así rigió como un padre benigno que ama á sus hijos, aun cuando la justicia y el mismo amor que les tiene le obligan á corregir sus defectos por medio del castigo. Era manso, dulce y benigno con los humildes y apocados; y duro, severo é inexòrable con los soberbios y contumaces; tanto mas que entre cuantos vicios suelen corromper el corazon humano, y penetran hasta los mas sagrados retiros, ninguno le chocaba, ni excitaba mas sus justos enojos que el vicio de la soberbia. Iba delante de todos con su exemplo, para que á ninguno le fuese pesado el rigor de la observancia. Jamás caminó sino á pie y descalzo, sin omitir por esto los ayunos acostumbrados, ni dispensarse de la oracion, largos rezos y multiplicadas fatigas. Defendió con teson y constancia los derechos de la nueva reforma, acometida desde sus principios por muchos emisarios del comun enemigo que procuraba su destruccion, rezeloso de los grandes perjuicios que con el tiempo le habia de causar. Con este motivo padeció deshonras, calumnias y persecuciones las mas sangrientas; pero cimentado bien en la humildad, y siguiendo el exemplo de aquél que dió su vida en una cruz por sus ovejas, lo toleró todo con suma paciencia, y prevaleció su constancia contra las astucias del dragon infernal.

En medio de los peligrosos cuidados de la prelacía, no desatendió un punto el principal de su propia san-

tificacion; bien cierto, que de nada le serviria ganar todo el mundo si padecia el menor detrimento su alma. Fortaleció ésta con el escudo inexpugnable de todas las virtudes; pero en las que mas sobresalia su agigantado espíritu eran las tres teologales, como vasa y fundamento de todas las demas. Su fe era tan viva, que jamás llegó á persuadirse que podia accidente alguno de la tierra turbar la série de tantas operaciones, que se habia establecido para continuar y propagar la santa observancia. Dios mismo la premió diferentes veces con repetidos milagros, haciendo que en el breve espacio de una hora pudiese andar en ayunas, á pie y descalzo catorce leguas para cumplir en diversos lugares con las obligaciones de su ministerio. Su confianza en Dios era firme, y cual podia prometerse de su viva fe; y así sucedió, que impeliéndole la necesidad de pasar del eremitorio de Abrojos á algun sitio vecino para exercitar la piedad, no dudó de extender su capa sobre las aguas del Duero, y pasar sobre élla al otro lado, como si fuese embarcado en un seguro y fuerte baxel. Pero en lo que mas resplandeció este gran Siervo de Dios, fue en la sublime virtud de la caridad para con Dios y sus próximos. Las obras maravillosas que con éstos executaba, manifiestan claramente el incendio que ardia en su pecho. En cualquiera parte que encontrase á algun necesitado le abrazaba, le consolaba, y no le dexaba ir hasta haber remediado enteramente su miseria. Si por casualidad encontraba algun pobre enfermo en el camino, le levantaba con sumo agasajo, le ayudaba, y sostenia; y si no podia andar, le ponia sobre sus hombros, y le llevaba al convento. Allí le disponia toda suerte de medicinas y regalos hasta que recobraba la salud, y se daba por muy contento y satisfecho con besar los pies y abrazar muchas veces caritativamente á aquel pobre que tan vivamente le representaba al mismo Jesucristo. Compadecíase en extremo de los leprosos, á quienes asistia y curaba con mas esmero; besaba sus asquerosas llagas, y muchas veces premió el cielo este fervor de su ardentísima caridad, sanando milagrosamente á aquellos infelices. Pero semejantes maravillas se habian ya visto patentemente por todos, en con-

firmacion de lo gratas que eran á Dios las limosnas y obsequios que este santo Varon empleaba en el socorro de los menesterosos.

Estaba el Santo empleado en el oficio de portero en el convento de Abrojos; y como su corazon compasivo no podia ver una necesidad sin procurar inmediatamente remediarla, era tanto lo que daba de limosna, que llegaron los religiosos á murmurarlo, y solicitar del guardian que pusiese oportuno remedio. Entre los muchos pobres, se señalaba por su desolacion y su miseria una pobre viúda desamparada de todo auxîlio humano, y con la carga de tres hijos pequeñuelos, que aumentaban su dolor y su miseria. Un dia vino esta pobre á pedir limosna á la hora de comer: advirtieron todos los religiosos que estaban en el refectorio, que Regalado tomó con grande precipitacion muchos pedazos de pan y de carne, y echándolos en la falda del hábito iba á salir hácia la portería. Entonces el prelado le mandó detener delante de todos, y le dixo: *Gran priesa llevais, fray Pedro; ¿qué es eso que teneis en la falda?* Turbóse el Santo algun poco, conociendo el principio de donde nacia la pregunta; pero vuelto en sí, respondió: *Padre, llevo rosas para darlas á una pobrecita que tiene de éllas necesidad. Mostradlas al punto*, replicó el guardian. Entonces el bendito Religioso, lleno de un santo pudor, abrió la falda, y vieron todos con admiracion convertidos en rosas los pedazos de carne y pan que éllos mismos habian visto antes con sus ojos. Admiraron la bondad de Dios, que tan maravilloso se manifiesta en sus siervos: le dieron infinitas gracias por un hecho tan milagroso, y vuelto á él el prelado, le dixo: *Id, Padre, en el nombre del Señor, y dad esas rosas á la pobre que las necesita; y no solamente eso, sino dad cuanto fuere vuestra voluntad, que para eso nos lo concede liberalmente la divina beneficencia.*

Una de las muchas gracias con que le adornó el cielo en premio de su santa vida, fue el don de profecía, con el cual decia de antemano los sucesos futuros, y veía las cosas que estaban muy distantes de su presencia. Una noche estaba con sus religiosos cantando los maytines, y concluidos mandó qne se vis-

tiesen algunos ministros las sagradas vestiduras, y precedidos de la cruz y el acetre los llevó á la ribera del rio Duero, que pasaba por allí cerca. Admiraban los religiosos una determinacion tan extraña por todas sus circunstancias; pero á poco de haber llegado á la orilla del rio, cesaron sus dudas, y creció su admiracion viendo venir por el rio, y hácia la parte en que estaban, el cadáver de una muger, que por defender su castidad se habia precipitado en las aguas. Sacáronle, y le dieron honrada sepultura, alabando á Dios que tales cosas habia revelado á su Siervo, pues el caso era imposible saberse por ningun medio humano. En otra ocasion mandó tocar á comer, y que fuesen los religiosos al refectorio, no obstante que el dispensero le habia certificado de que ni un bocado de pan, ni de otra alguna vianda habia en el convento para aquel dia. Pero apenas se sentaron, despues de bendecir la mesa, cuando llamaron á la portería, acudió el portero, y encontró una mula cargada de pan y de otros comestibles; y habiéndolos conducido al refectorio, quiso recoger la caballería para cuidarla; mas fue en vano, porque por varias diligencias que practicó para hallarla, jamás pudo encontrar rastro alguno del camino que habia llevado, ni del que habia traido. Sería cosa muy prolixa referir todos los portentos que obró la divina Omnipotencia en recomendacion de la gran virtud de este Santo. Basta saber que llegó á extenderse tanto su fama, que aun en las partes mas remotas se encomendaban las personas piadosas á sus oraciones en los mayores conflictos, sin que dexasen las mas veces de conseguir un éxito feliz. Lleno ya de virtudes y merecimientos; macerado su cuerpo con indecibles penitencias; enriquecido su espíritu con los dones del Espíritu santo; hecho habitacion y templo de la gracia; habiendo gobernado con admirable rectitud y prudencia, y llevado hasta un estado de robustez y firmeza la reforma comenzada, quiso Dios llevarle á gozar el premio debido á trabajos tan útiles y gloriosos.

En el año de 1456, al principio de la Cuaresma, cayó en una enfermedad peligrosa, de la cual luego entendió que habia de morir. Contristábanse sumamente

los religiosos por la pérdida de un tan exemplar y tan santo padre; solo él estaba con el rostro alegre, consolándolos en su justo dolor, y exhortándolos contínuamente á la constancia en el rigor comenzado. Uno de los accidentes de su enfermedad era un hastío á todo género de comida, que le era casi imposible tomar alimento. Deseoso el médico, por el amor y veneracion que le tenia, de encontrar alguna vianda que le fuese grata, le preguntó un dia si comeria una codorniz. Respondió el Santo que sí; pero esta respuesta contristó mas á todos, porque en aquel tiempo era poco menos que imposible poder satisfacer su apetito. Pero Dios, que queria glorificar á su Siervo de diversas maneras, hizo que al salir el médico del convento se le viniese á la mano úna, á quien acosaba el milano. Cogióla, y vino muy contento al Santo, lisonjeándose de que ya habia encontrado con que satisfacer su apetito, y prolongar su vida. San Pedro tomó la codorniz, y haciéndola muchas caricias, y componiéndola las plumillas que tenia empeluzadas, dixo: Preciosa avecita, Dios te ha librado de las uñas crueles de tu enemigo, ¿y será razon que mueras ahora en las mias? no, de ninguna manera; anda, y alaba á aquél que te crió, y que te libró de la muerte; y diciendo esto la echó á volar, admirando todos la dulzura de su genio, y aquella generosidad con que preferia la vida de una ave á su propia conveniencia. Entretanto la enfermedad se iba agravando de modo, que conoció que estaba su muerte muy cercana. Dispúsose para élla con el santo sacramento de la confesion, y pidiendo perdon á sus hermanos con muchas lágrimas de los defectos que les pudiesen haber servido de escándalo ó de molestia. Despues recibió con suma devocion el santísimo sacramento de la Eucaristía; y queriendo los religiosos administrarle el de la Extrema Uncion, el Santo, que veía con iguales ojos lo presente que lo futuro, les mandó que esperasen á que viniese el obispo de Palencia, que á la sazon era don Pedro de Castilla, sobrino del rey don Pedro, á quien Dios habia movido para que viniese á hacerle este último honor. El suceso acreditó la verdad de la profecía; pues de allí á poco llegó el Obispo, y le administró la Extrema Un-

cion. Hecho esto, mandó á sus religiosos que rodeasen la pobre cama en que yacía, y rezasen las oraciones y salmos que para este fin tiene la Iglesia; y mientras éllos, anegados en fervor y lágrimas, recomendaban el alma á su santo Padre, éste levantó las manos al cielo, y diciendo: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, le entregó en manos de su Criador con suma tranquilidad. Murió dia 30 de marzo en el año dicho, y á los sesenta y seis de su edad; y su cuerpo fue sepultado en el entierro comun de los demas religiosos, como él lo habia pedido con muchas ánsias antes de morir, receloso de que los religiosos quisiesen hacerle alguna distincion.

Pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar de que sean honrados y venerados sus siervos, le ensalzó con tantos y tan estupendos milagros, que por su multitud no permiten referirse aquí. Muchos que habian muerto violentamente ó de enfermedad, recibieron vida poniendo sus cadáveres sobre su sepulcro. Iguales beneficios recibieron coxos, mancos, ciegos, tullidos, apestados, heridos, y enfermos de cualquiera peligrosa dolencia; de manera, que ninguno llegaba á implorar su proteccion á su sepulcro, que se fuese desconsolado. Un dia llegó un pobre á pedir limosna al portero, el cual le dixo que no tenia que darle. Fuese el pobre al sepulcro de san Pedro, y oró así: ¡*O santo Varon! Si tú vivieras hoy dia, no saldria yo de aquí desconsolado y sin limosna para morirme de hambre.* Al decir esto, ¡ó misericordia de Dios! se abrió el sepulcro: y alargando el Santo la mano, dió un pan á aquel infeliz, que fué por todas partes pregonando la maravilla. Á este tenor eran tantas las que Dios obraba por su Siervo, que solamente en los seis meses primeros despues de su muerte, se justificaron ciento y veinte y ocho milagros por deposicion de las personas que fueron á dar gracias, ó presentar sus votos por los beneficios recibidos.

Treinta y seis años permaneció el cuerpo de san Pedro en el lugar humilde en que habia sido enterrado; pero glorificado con gran copia de milagros, por el gran concurso de gentes de todas gerarquías que concurrian á implorar su patrocinio, y venerar sus reli-

quias. Reyes, príncipes, prelados, pueblos enteros se veian ir contínuamente publicando la santidad de san Pedro, y clamando porque su cuerpo fuese trasladado á mas decente sepulcro. Pero esto no se verificó hasta el año de 1492, dia 15 de mayo, en que habiéndose construido un magnífico sepulcro de alabastro, de órden de la reyna Isabel, en la capilla mayor, al lado del evangelio, se desenterró el sagrado cadáver, y se trasladó allí con gran pompa y aparato, concurriendo á la procesion la misma Reyna, muchos obispos y grandes, y el clero y religiosos de los lugares circunvecinos. Al tiempo de hacer la exhumacion, se hallaba presente la reyna Isabel, que á este efecto habia venido desde Granada despues de su conquista, dexando allá al Rey cuidando de la ciudad mientras élla daba gracias á Dios por la victoria. Sin embargo de que el lugar en que estaba sepultado era extremamente húmedo, hallaron el cuerpo entero é incorrupto, en tanto grado, que se quedaron todos admirados. Y no solamente esto, sino que estaba blando y flexíble, exhalando un olor fragrantísimo que se difundió por el convento, y aun por los campos vecinos. Admirada la Reyna de aquella maravilla, y deseosa de que el Rey su marido la viese y alabase á Dios en sus santos, mandó que le cortasen una mano para enviársela por reliquia á su esposo. Executóse así, y salió la sangre tan fresca y encarnada como si estuviera vivo; recogiéndola en lienzos que empaparon en élla, y que se conservan en el convento de Aguilera entre las mas preciosas reliquias. Con estos portentos creció la fama de su santidad tanto, que hasta los reyes, príncipes, arzobispos, nuncios apostólicos, y el rey Felipe III. con su esposa Margarita de Austria, y el Príncipe heredero, fueron á visitar al Santo, é implorar su favor en los sucesos calamitosos, recibiendo siempre los premios debidos á su fe y á tan piadosos actos de religion. No omitieron los religiosos diligencia alguna para justificar en la forma debida, tanto la veneracion y culto que tributaban los fieles á este gran Siervo de Dios, como los innumerables prodigios y milagros que por su intercesion hacia Dios cada dia; y hallando el santo padre Urbano VIII. que úno y ótro correspondia á la informacion que se hizo de sus heróicas virtudes, le declaró San-

to en 24 de junio del año de 1683. Celébrase su fiesta con oficio y misa propia por decreto de Inocencio XI. expedida á 13 de mayo, que quiso que todos los fieles gozasen del consuelo de saber que en el discurso del año tenian un dia destinado á la invocacion de este gran penitente, de este exemplo de prelados y norma de corazones caritativos.

La misa es en honor del Santo: la oracion la siguiente:

Deus, qui dilectum famulum tuum Petrum carne mortificatum, ad delicias gloriæ tuæ assumere dignatus es: concede propitius; ut ad delectationes, quæ in dextera tua sunt usque in finem, meritis ejus et intercessione pervenire valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que te dignaste llevar á gozar de las delicias de tu gloria á tu amado siervo Pedro, despues de las mortificaciones que en su cuerpo habia sufrido: concédenos, misericordioso Señor, que por sus méritos é intercesion podamos llegar á las eternas delicias que nos teneis preparadas para siempre á vuestra diestra: Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del capít. 31. *de la Sabiduría, y la misma que el dia XII, fólio* 234.

REFLEXIONES.

Bienaventurado el varon, dice el Espíritu santo, *que fue encontrado sin mancha.* ¡Qué diverso lenguage el que usa Dios, y el que emplea el mundo cuando se trata de definir la verdadera felicidad de los hombres! Dios llama dicha á todo aquello que por lo comun es mirado del mundo con tédio, con temor, con aborrecimiento. El padecer persecuciones, el estar consumidos y abismados por la pobreza, el alimentarse del pan de la tribulacion y de las lágrimas; en una palabra, el ser objeto de la contradiccion del mundo y de su desprecio, es felicidad y bienaventuranza, segun el espíritu de Dios. Así clama de contínuo en las sagradas escrituras: Bienaventurados los pobres: bienaventurados los que lloran: bienaventurados los que son perseguidos, y bienaventurados los que fueron hallados sin mancha. Por el contrario, el mundo no

encuentra felicidad sino en las riquezas, en los deleytes, en los pasatiempos, y en un tenor de vida libre de toda mortificacion y miseria. Llama felices á los príncipes poderosos, á los astutos ministros, á los grandes apoltronados, á las mugeres de su partido, que nadan en un mar de delicias, y á todos aquéllos que sirven sin reserva á la ambicion, á la avaricia, ó á la torpeza. Bienaventurados, dice, los ricos que con un metal encantador se proporcionan la satisfaccion de todos sus deseos: bienaventurados los que rien en el festin, en el pasatiempo, celebrando con burlas y chanzonetas el contratiempo de su enemigo, el trabajo sobrevenido á su rival, y las miserias de todos; bienaventurados, en fin, aquéllos que jamás vieron el ceñudo rostro á la tribulacion, ni corrieron sus lágrimas por otro motivo que por un exceso de alegría; siempre contentos, siempre abastecidos, siempre servidos y celebrados de todos.

¿Pero quién tendrá razon? ¿quién calificará las cosas segun son en sí mismas sin trocar las ideas, ni hacer una confusa mezcla de la mentira y la verdad? ¿quién será el que nos dé una instruccion sólida sobre nuestra verdadera felicidad, Dios, ó el mundo? Si fueran nuestras pasiones las que hubiesen de dar respuesta á estas preguntas, desde luego se declararian á favor de éste último. Pero si se consulta la razon y la experiencia, se hallará que Dios, que es verdad por esencia, y que nos amó hasta el punto de dar á su Hijo unigénito por nuestra redencion, es el único que nos dice la verdad, y el que nos señala el camino verdadero de conseguir la bienaventuranza. *Si por casualidad*, dice san Agustin (*Serm.* 301.), *teneis riquezas, honores, ó dignidades, no penseis que sois por esto felices. Al que sabe alegrarse en el Señor, y entiende cuál es el fin y paradero de las cosas de este mundo, su felicidad no es honor, sino peso.* Del dictámen de este santo Padre han sido todos aquellos filósofos que entre los desvaríos del paganismo han escuchado alguna vez los gritos de la razon. Preguntad á Alexandro si se tenia por feliz despues de la conquista y posesion de la mayor parte del mundo, entonces conocido, y os responderán sus lágrimas, que el corazon del hombre no se sacia de los bienes terrenos. Preguntad á Neron, á Eliogábalo, á otros mons-

truos de la naturaleza, si eran felices entre cuantos deleytes podian subministrarles el poder, el arte y la lisonja, y os dirán su fin desastrado, y sus contínuos temores, que la felicidad estuvo muy lejos de éllos.

Sin ir á buscar exemplos tan remotos, los tenemos muy cerca de nosotros, si queremos mirar las cosas con ojos despreocupados. Entra dentro de ti mismo, hombre poderoso, y dí sencillamente cuántos sobresaltos te cuesta la conservacion de esos bienes perecederos, y cuántos remordimientos despedazan tu alma sobre su ilegítima adquisicion. Entra dentro de ti misma, muger estragada, que empleas todo el tiempo y toda tu alma en servir á la vanidad, y en disipar los bienes de tus hijos en unos adornos, que no son otra cosa que lazos para cautivar almas, y hacerlas prisioneras del demonio, y confiesa ingénuamente si te hallas tranquila y satisfecha de tus inicuas operaciones. Entra dentro de ti mismo, hombre constituido en dignidad, y declara las amarguras que te hacen padecer tus injusticias, el desasosiego contínuo en que te tiene la ambicion, el desvelo que te ocasionan las asechanzas de tus rivales, y la verdadera miseria que experimentas entre el mando y las distinciones. La misma diversion, los mismos deleytes no se tienen sin fatiga, y su pérdida necesaria constituye una verdadera infelicidad. Luego no hay bienaventuranza sino en Dios y en el cumplimiento de sus preceptos: luego es verdad lo que dice el Espíritu santo: *Bienaventurado el varon que fue encontrado sin mancha*; porque desprendido en este mundo de todos los objetos de sus pasiones, en nada mas piensa que dirigir sus pasos á la patria celestial. El oro lo desprecia como inútil; las dignidades las tiene por lazos para su alma; los deleytes los mira como suciedades y baxezas; y todo cuanto da de sí el mundo como dádivas de un traidor alevoso, que procura con éllas su engaño y su muerte. Bienaventurado aquél que llegue á establecer en su corazon estas verdades, y á arreglar por éllas sus operaciones para lograr la verdadera felicidad.

El evangelio es del cap. 12. *de san Lucas, y el mismo que el dia XIII, fólio* 236.

MEDITACION.

Sobre las alegrías y complacencias de esta vida.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, segun el dictámen del glorioso santo Tomas, las diversiones y alegrías de este mundo son para el cristiano lo mismo que para un enfermo las medicinas. Dios, dice el mismo Santo, conociendo bien á fondo la debilidad de nuestra naturaleza, no nos prohibe absolutamente que restauremos las fuerzas disipadas con alguna honesta recreacion; pero se necesita estar muy alerta para que no nos precipiten nuestras pasiones, y á este efecto compara el Santo las recreaciones con las medicinas.

Tres condiciones debe tener una medicina para conseguir el efecto deseado: debe no ser nociva, no ser peligrosa, ni demasiadamente contínua. De la misma manera, la diversion debe carecer de todo pecado; porque si no se puede tener sin cometer ofensas contra Dios, ya es contraria al fin para que se elige, que es la moderada recreacion del ánimo. Considera, pues, ¿cómo podrán serte lícitas aquellas conversaciones en que se desenfrena la libertad para murmurar de tu próximo, ridiculizar sus acciones y censurar su conducta? ¿Cómo puedes dar el nombre de diversion á la lectura de ciertos libros impíos ó escandalosos, que debilitan la fe, minoran el respeto y reverencia que se debe á las cosas sagradas y divinas, y llenan el corazon de una obscena ponzoña, que envenena la honestidad y las costumbres? ¿cómo te será lícito divertirte en aquella tertulia, á que concurren personas profanas, que con su aspecto y conversaciones libres te contaminan, te escandalizan, y dan con tu inocencia en un precipicio? Semejantes diversiones son realmente una sentina de culpas, y por tanto ilícitas al cristiano.

Pero no basta esto, deben no ser peligrosas, porque escrito está, que el que voluntariamente se pone en el peligro, perecerá en él. Jamás llegan los hombres á la de-

mencia de poner en peligro la vida por adquirir alguna mayor robustez en el cuerpo: ni habrá enfermo tan inconsiderado que tome un vaso de medicina sabiendo que en tomarla puede padecer su vida peligro, mayormente si sabe que no hay necesidad alguna de tomar precisamente aquella medicina, sino que hay otras varias inocentes, con las cuales no peligra su salud. Así obran los hombres respecto de la vida temporal: ¿y serémos tan necios que sigamos diversa conducta cuando se trata de la vida eterna? Por una diversion momentánea y pasagera, ¿será justo que se ponga ésta en peligro? ¿no es una necedad criminal, habiendo tantas diversiones inocentes con que recrear el ánimo de las fatigas que te causan las precisas obligaciones de tu estado, elegir precisamente aquéllas en que pones tu vida eterna en peligro? Exâmina tu conciencia: repasa tu vida: pregunta á tu misma experiencia, ¿qué fruto sacastes de tales y tales diversiones? Acuérdate si despues de éllas tuviste que llorar á los pies del confesor la pérdida de la divina gracia, y restaurar con ayunos y arrepentimiento lo que en pocos minutos te robó una risa pasagera, y una diversion desarreglada y peligrosa. En una palabra, siempre que encuentres algun detrimento en tu alma: siempre que en la diversion haya algun secreto veneno que vaya poco á poco resfriando tu devocion, alterando el tiempo destinado á piadosos exercicios, borrando los hábitos virtuosos en que te habias exercitado, ó seduciendo de otra cualquiera manera tu corazon para que caiga en la deshonestidad, en la avaricia, en la impiedad, en la indevocion, ú otro lazo de Satanás, la tal diversion es peligrosa, y de consiguiente debes huirla.

Mas supongamos que es tal, que ni tiene en sí culpa, ni en élla ha encontrado tu conciencia peligro. Todavía te resta evitar otro inconveniente, que es el de la inmoderada continuacion. Un poco de diversion, decia Aristóteles, basta para reparar la vida, así como un poco de sal es suficiente para condimentar los alimentos; y otro gentil como Ciceron aconsejaba, que se ha de usar de los juegos y recreaciones como del sueño con parsimonia. Los remedios dexan de serlo, y aun llegan á ser venenos verdaderos, cuando se toman en una cantidad excesiva. De

la misma manera las diversiones instituidas para recreacion del ánimo no pueden carecer de culpa cuando se frecuentan demasiado, ó en éllas se consume una considerable y preciosa parte de tiempo. Siendo esto así, ¿ qué juicio podrémos hacer de aquellos hombres disipados, que no parece que han nacido para otra cosa que para emplearse en diversiones contínuas? ¿ Cómo podrán tener sus conciencias tranquilas aquellas mugeres, que aunque no dan entrada á los excesos que arrollan la honestidad, estudian y ordenan de contínuo que se sucedan sin interrupcion las diversiones y pasatiempos? ¡ Un cristiano es posible que no ha de encontrar gusto y alegría sino en disipar lastimosamente las horas destinadas á merecer la eterna ventura! ¡ qué compasion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera los daños que nacen de las diversiones mas comunes que se estilan en la sociedad, cuales son el juego y los festines de bayle.

Ellos son, á la verdad, tantos en número y tan considerables en la substancia, que solamente la omision que hay en considerarlos, puede hacer que los hombres los exerciten sin horror; porque, ¿ qué vicio falta donde llega á encenderse la pasion al juego? De luego á luego entra dominando la avaricia: ésta se apodera del corazon, y ahuyenta de él á la amistad, á la honestidad, á la decencia, al cuidado solícito de las obligaciones: ¿ qué mas? hace que el jugador traspase todas las leyes del amor que prescribe la naturaleza, y los derechos supremos debidos á la divinidad. Aunque al principio te sientes á la mesa de juego con indiferencia, con desinteres y con intencion determinada á no colocar tu atencion sino en recrear el ánimo; dentro de poco advertirás que se va encendiendo el fuego de la avaricia, y que consume aquellos racionales propósitos. Si reflexîonas, verás que te complaces y diviertes con el daño de tu próximo, que apeteces sus pérdidas y desgracias tanto como tu propia fortuna; y tras de esto te enfadas y enfureces cuando oyes las justas quejas, que naturalmente arrancan del corazon los remordi-

mientos de su conciencia, proponiéndole una familia desolada por los excesos de su criminal diversion.

A esto se llega, que entre los jugadores nunca dexa de haber rabia y desesperacion, y de consiguiente todos los desórdenes que á éllas se siguen. Las palabras obscenas suelen pasar con el nombre de chistes y gracias: las blasfemias y maldiciones se tienen por desahogos tolerables en aquel que pierde: la buena fe padece sus heridas cuando se declara la suerte en favor de la avaricia: el temor, la esperanza, y mil afectos contrarios despedazan el corazon y envuelven el alma en un abismo de confusion y de delitos. Si pierdes, disipas los bienes que te concedió el cielo para honesta manutencion de tu familia: reduces tal vez á tu inocente muger, y á tus tiernos hijos á una estrechez y miseria vergonzosa: descuidas entretanto de su educacion, y de la de tus criados: te pones en peligro de cometer mil ruindades y bastardías; y te quedas con el eterno pesar de haber aventurado á un ciego golpe de fortuna lo que ganaste con tantos cuidados, sudores y fatigas. Si ganas, eres ocasion de producir en otra familia estos mismos males: luego de cualquiera manera, el juego en que aventures sumas considerables, no solamente es peligroso, sino que es ilícito, es injusto, es exêcrable.

Igual juicio se puede hacer, sin peligro de engañarse mucho, de aquellas diversiones conocidas con el nombre de festines. ¡ Dios inmortal, cuántos desórdenes, cuántos excesos, cuántas abominaciones y delitos en lo que se reputa por una diversion! ¿ Acaso pretenderás engañarte diciendo que tú no vas allí por ningun fin torcido, y que la caridad te enseña que debes juzgar lo mismo de tu próximo? Pero esto no es otra cosa que una ilusion especiosa con que se procuran dorar los excesos de las pasiones. Atiende si no á las obras de cada uno, y juzga despues de los fines que pudieron proponerse antes de executarlas. ¿ No procura toda muger presentarse con los adornos que mas hagan resaltar su natural hermosura? ¿ no se emplean con profusion caudales, tiempo, artificios, y cuanto tiene la naturaleza de precioso para lograr este efecto? ¿ Los hombres, por su parte, no se previenen solícitos de todos los atractivos que conocen pueden hacer impresion en los corazones débiles? ¿ Cada persona no es un objeto de es-

cándalo, que se tiene por inútil cuando no ha logrado enredar en sus lazos alguna de las almas que tuvieron la desgracia de asistir á tan inicua asamblea? ¿no se ve palpablemente andar por toda la sala del festin la palabra obscena, la vista provocativa, la accion torpe, el movimiento lúbrico, la risa descompuesta, la chanza licenciosa, la solicitacion, la murmuracion, la deshonestidad, y todos los monstruos del abismo? No se puede negar esto, ni que el festin es el medio mas oportuno de que se vale el comun enemigo para dar en tierra con aquella virtud que no pudo derribar de otro modo. En esta materia sabe que obran de concierto con él todos los cristianos: únos ensanchando el evangelio para hacer que permita un género de divertimientos, en que peligran las almas; ótros persuadiéndose neciamente á que los consejos de los padres espirituales, y las amenazas de los ministros de Dios, nacen mas de la severidad de su genio, que de los preceptos de la moral: ótros excitando, ótros solicitando, ótros consintiendo que la matrona honrada, y la inexperta doncella vayan á poner su inocencia en un manifiesto peligro: y todos, finalmente, contemporizando con los designios de aquel infernal dragon, que segun la expresion de san Pedro, anda contínuamente al rededor de nosotros con deseos de devorarnos. En vista de estos daños tan atroces, ¿podrá un cristiano aventurar en tales diversiones un alma que le costó á Jesucristo verter toda su sangre, y morir en una cruz el redimirla?

JACULATORIAS.

Lætabor et exultabo in te, psallam nómini tuo, Altissime. Salm. 9.

¡O altísimo y amabilísimo Dios mio! mis complacencias y regocijos serán siempre en ti, y en ensalzar tu santo nombre.

Non sedi in concilio ludentium, quoniam comminatione replesti me. Jerem. 15.

Movidó, Señor, de tus justas amenazas, ni me senté, ni me sentaré jamás á la mesa de los que consumen en juegos ilícitos el tiempo destinado por vos á labrar la corona de la bienaventuranza.

PROPOSITOS.

Las honestas y moderadas recreaciones no están prohibidas ni por el evangelio, ni por ninguna otra ley divina, ni humana. No hay teólogo tan severo, que no admita la virtud llamada en la filosofía moral *eutrapelia*, la cual conserva un medio entre la vida demasiadamente triste y austéra, y aquella que no es otra cosa que una contínua sucesion de diversiones y alegrías; de manera, que el oficio de esta virtud es arreglar los divertimientos y recreaciones, segun las reglas de la honestidad, y los dictámenes de la razon. Dios nuestro Señor, que conoce perfectamente nuestra flaqueza, como que es una de las penas que impuso á la primera transgresion, sabe que no somos capaces de estar siempre en un no interrumpido trabajo. Su misericordia se apiadó de nuestra miseria, concediéndonos algun tiempo para emplearle en desahogarnos del pasado trabajo, reparar las fuerzas perdidas, y cobrar nuevo vigor para los exercicios futuros. De aquí nace la consecuencia de que las honestas recreaciones nos son lícitas por la ley de la necesidad, que es la suprema entre todas las leyes.

Pero de esto mismo se deduce tambien, que el mole, el ocioso, el que sigue contínuamente los usos y costumbres del mundo, ya estando perpétuamente en una vergonzosa inaccion, ó ya empleando su vida en juegos, festines y espectáculos, no puede lícitamente consumir tiempo alguno en divertirse; y de consiguiente, cada diversion para éste, aunque élla por sí sea inocente, es pecaminosa. La razon es manifiesta; pues siendo las diversiones, segun santo Tomas, una especie de medicina concedida únicamente para reparar las fuerzas perdidas con el trabajo, es claro que no puede, ni debe tomarla el que de ninguna manera puede reputarse por enfermo de esta clase, puesto que siempre está ocioso. Y así, aun el uso de las diversiones lícitas le es nocivo é ilícito, por causa de que su intencion está contínuamente dañada. Se infiere igualmente, que las diversiones peligrosas, aunque puedan reparar las fuerzas realmente perdidas en el trabajo, no son lícitas, porque po-

nen en peligro la salud del alma, que debe preferirse á la misma vida. Últimamente, se infiere que toda diversion que es contraria á su fin, ó por su naturaleza, ó por sus circunstancias; esto es, que está prohibida por las leyes, como los juegos de embite, ú otros semejantes, ó que por el exceso de la cantidad que se aventura, por la pérdida de tiempo, por el descuido de las obligaciones, por los peligros ó escándalos, llega á ser frecuentemente nociva á la conciencia, no es de ninguna manera lícita.

Padres y madres de familias, que no contentos con la ruina que causais en vosotros mismos, y con descuidar de la educacion santa de vuestros hijos y criados, exponeis la inocencia y suerte de unas jóvenes inexpertas, conduciéndolas á los festines á que sean el cebo de las insolentes miradas, y á que por su parte sientan en el tierno pecho todo el fuego de la vanidad y de la concupiscencia, volved sobre vosotros mismos; y ya que no tengais piedad de vuestras almas, tenedla á lo menos de aquellas inocentes, que perecen las mas veces, no tanto por exceso de malicia, como por defecto de instruccion y de experiencia. Todos los hijos se persuaden á que caminan seguros siguiendo los consejos y exemplos de sus padres: por tanto, éstos serán responsables de sus vicios y deslices; las madres de familia habrán de dar cuenta á Dios, no solo de los escándalos que ocasionaron con la vanidad propia, sino de los que causan sus hijas, de quienes son directoras y maestras.

DIA CATORCE.

San Bonifacio, mártir.

Hácia el fin del tercer siglo en el imperio de Galerio Máximo se admiró en la Iglesia una de aquellas ex-

traordinàrias conversiones que obra algunas veces la mano poderosa del Señor para animar la confianza de los pecadores, y para descubrir al mismo tiempo á los hombres los tesoros de sus misericordias.

Habia en Roma una dama jóven, noble, rica y poderosa, llamada Aglae, hija de Acacio, que habia sido proconsul, y de familia senatoria, tan entregada al fausto y á la vanidad, que solia dar al pueblo juegos públicos, cuyos gastos costeaba élla misma. Era á la verdad cristiana, pero desacreditaba el nombre y la profesion con su desreglada vida. Ocupada toda del espíritu del mundo, se entregaba totalmente á las diversiones, hasta tocar la raya de la disolucion, con grande escándalo de todos los fieles.

Tenia comercio ilícito con su mismo mayordomo, jóven de bella disposicion, pero dado al vino y á todos los demas desórdenes. Llamábase Bonifacio, y aunque era tambien cristiano, lo era solo de nombre, deshonrando la profesion, igualmente que su ama, por la disolucion de sus costumbres. En medio de estos defectos, se notaban en él tres buenas prendas: compasion de los miserables, caridad con los pobres, y hospitalidad con los extrangeros.

Habia mucho tiempo que traia una vida tan desordenada, cuando el Dios de las misericordias mudó su corazon con la conversion de la misma que le habia pervertido. Movida Aglae de una poderosa gracia interior, abrió los ojos para conocer sus desórdenes, y espantada con la vista del número y de la gravedad de sus pecados, despedazado el corazon de dolor, resolvió aplacar la ira de Dios con sus limosnas, y con una pronta penitencia.

A la conversion de Aglae se siguió inmediatamente la de Bonifacio, y ambos repararon con ventajas el escándalo que habian dado á los fieles, con la mudanza de su vida y con sus grandes exemplos. Comenzó Aglae haciendo á Dios un generoso sacrificio de todas sus galas y sus joyas; prohibióse todo género de diversiones, y se retiró para siempre de todas las concurrencias mundanas. A las antiguas diversiones ilícitas sucedió el ayuno, la oracion, el cilicio y otras muchas penitencias;

y procurando rescatar sus pecados con sus limosnas, se sepultó en un profundo retiro, determinada á pasar lo restante de su vida entre gemidos y llantos. Por su parte Bonifacio no omitia medio alguno para ser fiel á la gracia, dando cada dia nuevas pruebas de la sinceridad de su conversion.

Noticiosa Aglae de que el emperador Galerio Máximo continuaba en el Oriente la persecucion contra los cristianos, que habia cesado en Roma despues de algunos años, y que cada dia sellaba la fe con su sangre algun generoso confesor de Jesucristo, llamó á Bonifacio, y le dixo con lágrimas en los ojos: *Bien sabes la necesidad que tú y yo tenemos de solicitar la proteccion de los santos mártires, tan poderosa con el Señor. He oido decir, que todos los que sirven á los santos que combaten por Jesucristo, merecen que los mismos santos intercedan por éllos en el tribunal del supremo Juez; la persecucion es cada dia mas furiosa en el Oriente; todos los dias se hacen nuevos mártires; vé, pues, y tráeme algunas reliquias; haz cuanto puedas para conducirme el cuerpo de algun mártir, que yo le recibiré con veneracion, y fabricaré en su honor un oratorio.*

Muy gustoso Bonifacio con semejante comision, dispuso un magnífico tren para partir á desempeñarla: tomó una gran cantidad de dinero, así para comprar los cuerpos de los mártires, como para socorrer á los siervos de Dios que estaban en las cárceles, y para hacer cuantiosas limosnas á los pobres. Prevenidos, pues, doce caballos, tres literas, y diversos aromas para embalsamar los santos cuerpos, partió para la Cilicia. Al despedirse de su ama, la dixo como por chanza: *Señora, vos me enviais á que os trayga el cuerpo de algun mártir; si Dios me hiciera la gracia de que diese mi vida por la fe, y os traxeran mi cuerpo, ¿le tendríais por reliquia? Bonifacio*, le respondió Aglae, *ya no es tiempo de gracias; la corona del martirio no se hizo para tan grandes pecadores; procura no desmerecer traerme el santo depósito que te encargo, y hacerte digno de la proteccion del santo, cuyas reliquias me conduxeres.*

Hicieron estas palabras grande impresion en nuestro Santo. Prohibióse la carne y el vino por todo el tiem-

po del viage; y juntando á esta abstinencia la contínua oracion que hacia á Dios, y á las dolorosas lágrimas de contricion que derramaba, se iba disponiendo para la corona del martirio.

Luego que llegó á Tarso de Cilicia despachó al meson el equipage y los criados, él se fue en busca de algunos cristianos de la ciudad para saber lo que en élla pasaba. Muy presto le informaron sus mismos ojos; porque habiendo llegado á una gran plaza, vió en élla atormentar, á los santos mártires, que eran en número de veinte. Unos estaban colgados cabeza abaxo, inmediatos á una hoguera encendida; ótros extendidos en cuatro palos, y horriblemente despedazados; éstos descuartizados; aquéllos enclavados, aserrados, empalados, azotados, casi espirando á la violencia de los golpes, y tan cruelmente atormentados, que causaban horror á los circunstantes, aunque por la mayor parte eran paganos.

Encendido Bonifacio, á vista de este espectáculo, en un nuevo deseo del martirio, y animado de mayor aliento, lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor que le daba tanto espíritu, rompe por la muchedumbre, se acerca á los santos mártires, les abraza, besa tiernamente sus heridas, y grita con esfuerzo fervoroso: *Grande es el Dios de los cristianos; poderoso es el Dios á quien adoran estos santos mártires, y por cuya gloria tienen la dicha de derramar su sangre. Siervos de Dios, héroes cristianos, yo os suplico que rogueis á Jesucristo por mí, y me consigais la gracia, aunque soy tan grande pecador, de que tenga parte en vuestros combates y en vuestro triunfo.* Arrojándose despues á los pies de los generosos confesores, besaba sus cadenas; y levantando la voz, los decia: *Buen ánimo, mártires de Jesucristo, combatid por aquel que combate con vosotros; confundid á todo el infierno con vuestra fe y con vuestra constancia; pocos momentos os restan que padecer; el combate es corto, el premio es inmenso, es eterno.*

El gobernador Simplicio, que estaba presente, habiendo advertido lo que pasaba, dió órden para que le traxesen á su tribunal, y le preguntó quién era, y qué queria decir aquella especie de entusiasmo. Yo soy cristiano, respondió Bonifacio con tono intrépido y firme,

y tengo envidia á los bienaventurados mártires que logran la fortuna de derramar su sangre por un Dios, que hecho hombre para redimirnos, dió primero su sangre y su vida por nosotros. Admirado el Gobernador de aquella intrepidez, le preguntó: ¿Cómo te llamas? Ya te lo he dicho, respondió el Santo: llámome cristiano; pero si quieres saber mi nombre vulgar, me llamo Bonifacio. Muy osado eres, replicó el Gobernador, pues me vienes á insultar al pie de mi tribunal, y á vista de los suplicios. Ahí tienes un altar, para que aquéllos de tu religion que quisieren librarse de éllos, sacrifiquen á los dioses. Sacrifica tú al instante al gran Júpiter, porque si no, voy á dar órden para que seas atormentado de mil maneras. Puedes hacer de mí lo que quisieres, respondió el Santo; pues ya te he dicho repetidas veces que soy cristiano, y no tengo de ofrecer sacrificio á los infames demonios. Irritado furiosamente el Gobernador con esta respuesta, le mandó apalear hasta que moliesen los huesos, y haciendo aguzar unas pequeñas estacas, ordenó que se las hincasen entre las uñas. Era el dolor vivo y agudo, pero el Santo le toleró con un semblante risueño. Juzgando Simplicio que le insultaba con aquella alegre serenidad, dió órden para que le echasen en la boca plomo derretido. Persuadido Bonifacio á que este tormento le quitaria el uso de la lengua, quiso prevenirle para consagrar á Dios el último exercicio de élla; y levantando los ojos al cielo, hizo esta devota oracion.

Yo te doy gracias, Señor mio Jesucristo, porque te dignaste aceptar el sacrificio que te hice de mi vida: ven, Señor, en socorro de tu siervo, perdónale todas sus maldades; sean purgadas con su sangre, y sírvame la muerte en lugar de penitencia. Fortifícame con tu gracia, y no permitas que me venzan los tormentos. Acabada esta oracion, se volvió á los ótros mártires, y con voz alta los dixo: *Yo os suplíco, siervos de Jesucristo, que rogueis á Dios por mí.* Todos los santos mártires se encomendaron tambien en sus oraciones. Enterneciόse el pueblo á vista de este espectáculo, y Bonifacio comenzó á clamar á voz en grito: ¡*O qué grande es el Dios de los cristianos! No hay otro Dios; el Dios de los mártires es el único Dios ver-*

dadero. Jesucristo, Hijo de Dios, salvadnos; todos creemos en vos; tened misericordia de nosotros. A este tiempo el pueblo echó por tierra el altar, y comenzó á arrojar piedras contra el Gobernador, que se vió precisado á retirarse y á esconderse hasta que se apaciguase la sedicion.

El Santo fue conducido á la cárcel, y el dia siguiente, hallándole el juez tan firme y tan intrépido como el antecedente, mandó que le echasen en una caldera de pez y aceyte hirviendo. Hizo el santo Mártir la señal de la cruz sobre élla, y reventando la caldera por todas partes, salieron torrentes de pez derretida, que abrasaban á los circunstantes. Espantado el Gobernador del poder de Jesucristo, mandó que le cortasen la cabeza. Así purgó Bonifacio las culpas de su vida pasada, derramando su sangre por Jesucristo. A su muerte, que sucedió el dia 14 de mayo, se siguió inmediatamente un gran temblor de tierra, que atemorizó á los gentiles, y muchos se convirtieron.

En este tiempo los compañeros y criados de Bonifacio, ignorantes de lo que habia pasado, inquietos y cuidadosos, viendo que despues de dos dias no habia parecido en la posada, le andaban buscando por todas partes; y aun algunos se adelantaron á juzgar que estaria sin duda en alguna casa de juego, ó quizá en otra peor. Como andaban preguntando por un extrangero, recien venido de Roma, de mediano talle, robusto, de pelo blondo y rizado, con una capa roxa, encontraron con el hermano del carcelero, que por las señas, le dixo era sin duda úno que habian preso por cristiano, y dos dias antes le habian cortado la cabeza. ¿No nos harás gusto de enseñarnos el cuerpo? le dixeron éllos. Y él los respondió: No teneis mas que seguirme, pues en el arenal le hallarémos.

Apénas le reconocieron, cuando llenos de admiracion, de gozo y de arrepentimiento de los malos juicios que habian hecho, se arrojaron á sus pies, deshaciéndose en lágrimas. Entónces la cabeza del santo Mártir, con un prodigio verdaderamente extraordinario, abrió los ojos, mirándolos á todos con una halagüeña sonrisa, los llenó de compuncion y de consuelo. Despues de haber cumplido con su devocion, pidie-

ron al oficial que los dexase llevar el santo cuerpo; y lo consiguieron mediante quinientos escudos de oro que le dieron por él. Embalsamáronle, y envolviéronle en ricas preciosas telas, y metiéndole en una litera, tomaron la vuelta de Roma, no cesando de alabar á Dios por el dichoso fin del santo Mártir.

A este tiempo, hallándose Aglae en oracion, oyó una voz del cielo, que la dixo: *El que antes era criado tuyo, ya es hermano nuestro*; *recíbele como á tu Señor*, *y colócale dignamente*, *porque singularmente á su intercesion deberás que Dios te perdone tus pecados.* Levantóse prontamente, y saltando su corazon de alegría, rindió mil gracias á Dios por la misericordia que habia hecho con su siervo. Rogó á algunos clérigos que la acompañasen, y salió á recibir las santas reliquias, cantando devotas oraciones por el camino, todos con velas en las manos y con prevencion de aromas. Apenas habian andado un cuarto de legua, cuando llegó el cuerpo del santo Mártir. No se puede explicar la veneracion y las lágrimas de gozo con que fue recibido. Enterráronle en un terreno que era posesion de Aglae, y allí mismo ésta hizo levantar un magnífico sepulcro, y algunos años despues mandó fabricar un oratorio. Renunció enteramente al mundo, repartió sus bienes entre los pobres, dió libertad á sus esclavos, y no teniendo consigo mas que algunas doncellas que la servian, dispuso que la hiciesen una ermita junto á la capilla del santo Mártir, donde vivió todavía trece años entregada á los mas exemplares exercicios de devocion, y murió santamente, declarando el Señor la santidad de su Sierva con muchos milagros.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Bonifacii martyris tui solemnia cólimus, ejus apud te intercessionibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la festividad de tu bienaventurado mártir Bonifacio, seamos ayudados con su intercesion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fol. 9.

NOTA.

»Es verdaderamente sublime en algunos lugares el li»bro de la Sabiduría, y da mucho golpe. Inspira un pro»fundo respeto á las cosas de Dios, y gran desprecio de »todo lo que parece mas estimable en el mundo. Hace »una pintura tan viva del espanto y de la desesperacion »de los malos, cuando se vean en el tribunal de Dios, »que quizá no hay en toda la Escritura cosa mas capaz »de hacer una terrible impresion en los corazones.

REFLEXIONES.

¡*Qué necios fuimos*! ¡*qué insensatos*! dicen á la hora de la muerte los mundanos, los disolutos, los carnales, los impíos. Esto se llama conocer muy tarde sus descaminos; ¿y de qué servirá entonces ese conocimiento? ¿qué efectos produce esa confesion? Turbaciones, arrepentimientos punzantes, pero estériles, un despecho que dista poco de la rabia, y una desesperacion que es seguida de una infelicidad eterna. El que voluntariamente se quiso mantener en la ilusion y en el error, el que quiso ser insensato en la vida, se hace prudente y discreto á la hora de la muerte; pero discrecion muda, sin actividad; discrecion puramente especulativa, que llega ya muy tarde; discrecion que descubre el error sin curarle, porque ya no es tiempo. Esta discrecion tambien la tienen los demonios y los condenados en el infierno; ni mas ni menos, como tienen aquella fe que los espanta, que los descubre su brutalidad, que los hace estremecer, pero no los convierte.

Verdaderamente causa grande compasion ver aquella fiera, aquella intrépida seguridad y aun aquella complacencia con que los hombres se descaminan. A poco que la voluntad y la razon esten de acuerdo en algun punto, ya no se admite ni la mas leve sospecha de error. La mayor ilusion se juzga por la mas constante verdad, y aun muchas veces por primer principio en la filosofía del mundo. De aquí nace aquella licencia de costumbres, á la ver-

dad civilizada ya, y como cultivada; pero licencia cuya corrupcion causa tanto mayor estrago, cuanto parece menor su disonancia, no causando espanto ni aun novedad.

No se habla ahora de aquellos groseros desórdenes, de aquellas disoluciones, que siempre se miran con horror, que condenan todos los hombres de bien; háblase de aquellos vicios domesticados, de aquellas pasiones connaturalizadas que el amor propio ha encontrado modo de hacer que reynen pacíficamente aun entre gentes que hacen profesion de devotas. La pasion dominante y el vicio farecido de cada uno logran de ordinario esta suerte. Que fatigue, que atormente, que consuma el cuerpo, y que desgaste el espíritu, no se la inquieta; como su dominacion es tan dulce, siempre es tranquila; se excusan, y aun se autorizan hasta sus mismos excesos. Nada espanta mas que los sistemas de bondad, de honradez y aun de de virtud que cada uno se forja á favor de la ilusion. Siempre codiciosos de bienes, siempre mas y mas afanados por acumularlos, siempre esclavos de una insaciable avaricia, todo se sacrifica al interes; quietud, amigos, conciencia, á este ídolo se ha de ofrecer, se ha de inmolar todo. Si la religion, si la razon, si la conciencia gritan que es impiedad, que es injusticia, no se les da oidos; porque en el tribunal que favorece á la pasion estan corrompidos todos los testigos. Cuando el amor propio quiere, por decirlo así, elevar al trono la ambicion, la avaricia ó alguna otra de aquellas pasiones á que es mas propensa la inclinacion del corazon humano, tiene gran cuidado de ganar primero la razon. Una vez que logre su voto, no solamente todo cede, sino que todo concurre á hacer su reyno tranquilo. Ya no se piensa en descubrir su tiranía, sino en amar su opresion y su dureza. Esta es la grande obra de aquellas ilusiones, que lo son mas del corazon que del entendimiento. Llega este desvarío hasta una especie de insensatez. Hágase la pintura mas viva y mas natural de la pasion dominante, ó del vicio mas favorecido de cada uno; represéntese con los colores mas expresivos, todos son muy ingeniosos para aplicárselo á ótros, y ninguno hay que reconozca en éllas su retrato. No se piensa mas que en ganancias; no se trata mas que

en negocios; no se ocupa el tiempo mas que en expedientes; pasóse toda la vida en un trabajo duro y penoso que la ilusion llama gobierno, prevencion y prudencia. Un suceso feliz, pero pequeño, aunque nunca corresponda á la esperanza, aviva mas los deseos en vez de apagarlos. En medio de una disposicion tan poco cristiana se vive sin remordimientos; porque el corazon y el juicio caminan de inteligencia. La preocupacion cierra la puerta á todas las reflexíones; con que nada puede disipar aquella niebla. No se da oidos á los consejos saludables, ni tienen entrada las mas fuertes inspiraciones. Una vez muda la conciencia, ni aun se advierte el peligro de que se vive con error. Luego que se vió Sanson esclavo, perdió la fuerza y los ojos; imágen viva de nuestras ilusiones: *Nos insensati.* ¿A qué de cosas llamarémos locura, si no lo es la falsa seguridad de muchísimas personas? A la hora de la muerte se desvanecen todas las ilusiones; entonces se ve, se piensa, se discurre con acierto; ¿mas para qué? para inferir que todo se ha perdido: *Ergo erravimus.* Sinceridad llena de desesperacion.

El evangelio es del cap. 15. *de san Juan, y el mismo que el dia VII, fólio* 143.

MEDITACION.

De la vida estéril en buenas obras.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto ha hecho Dios por nuestra salvacion; cuánto ha trabajado hasta ahora para que diésemos fruto; con qué bondad nos ha estrechado, solicitado y ofrecido mil medios para santificarnos.

Trae á la memoria aquella parábola, por una parte tan instructiva, y por otra tan eficaz de que se valió el Salvador, cuando dixo que habiendo venido el padre de familias á recoger el fruto de una higuera que habia plantado en una viña, y hallando que ninguno habia dado, dixo

al cachican: Ya ves que ha tres años que vengo á buscar el fruto de esta higuera, y en todos tres no ha dado fruto alguno; córtala, pues, que no es razon ocupe inútilmente la tierra. El cachican le respondió: Señor, tened á bien que se mantenga un año mas; yo la cultivaré, y si el fruto no correspondiere á mi cultivo, entonces se podrá cortar.

Estábamos plantados en el campo del mundo como árboles estériles, desecados y carcomidos con el pecado original. Trasplantónos Dios, por decirlo así, al campo fértil de su Iglesia, por un efecto particular de su misericordia, prefiriéndonos á tantos ótros; ó por gracia aun mucho mas especial nos trasplantó al campo de la religion, si tenemos la dicha de haber abrazado el estado religioso.

¿Hemos hecho alguna vez digna reflexîon sobre la ventaja que logramos en haber sido trasplantados á una tierra tan santa, tan cultivada con los trabajos, y tan regada con el sudor y con la sangre de un hombre Dios? Esta es aquella tierra que en todos tiempos ha producido aquellos ilustres héroes del cristianismo, y que todos los dias está produciendo tan grandes santos de todas edades, de todos sexôs y de toda suerte de estados. Esas grandes almas con la misma cultura, esto es, con los mismos auxîlios que nosotros logramos, dieron, y estan dando cada dia frutos dignos de la vida eterna.

No tuvieron otro evangelio ni otros sacramentos; los auxîlios en todos tiempos han sido abundantes. Solo tuvieron cuidado de vivir segun las máxîmas de Jesucristo; de aprovecharse del frecuente uso de los sacramentos; de cumplir exáctamente con las obligaciones de su estado, y de corresponder con fidelidad á la gracia.

Si merecemos la dicha de vivir en el estado religioso, miremos á los grandes santos que nos precedieron como originales ó modelos que debemos imitar. No tuvieron otras reglas que las nuestras; solo fueron mas fieles en observarlas, y solo con observarlas se hicieron santos. Fuera de eso, nosotros logramos una ventaja que no lograron éllos, y es el estímulo de sus buenos exemplos. Ellos fueron los primeros, y nos enseñaron qué cosa tan dulce y tan segura es el seguirlos. Nosotros mismos confesamos que

fueron verdaderamente discretos, y verdaderamente dichosos en haber vivido como vivieron, ¿serémos nosotros prudentes, y podrémos racionalmente esperar que serémos felices viviendo como vivimos? ¡Mi Dios, qué manantial este de reflexîones, de arrepentimiento, y acaso tambien de un justo sobresalto, considerando mis ingratitudes, mi cobardía y mis infidelidades pasadas! ¡y qué deberé yo esperar, si no producen otro fruto estas reflexîones!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hemos recibido de Dios solamente los beneficios ordinarios y comunes. Cada uno encuentra dentro de sí mismo grandes motivos para confundirse á vista de las singulares misericordias del Señor y de su propia ingratitud. Traigamos á la memoria todos los particulares esmeros con que Dios ha procurado cultivarnos, para empeñarnos en rendir abundantes frutos.

¡Qué providencia mas amorosa desde la misma cuna! ¡qué série mas continuada de auxîlios y de medios poderosos por todo el curso de nuestra vida! ¡cuántos buenos pensamientos, cuántas nobles ilustraciones desde que amaneció en nosotros el uso de la razon! ¿Podrémos contar el número de todas las gracias que Dios nos ha dispensado desde que estamos en el mundo? ¡cuántas veces nos ha sustentado con el pan de los ángeles; esto es, con su propia carne y con su preciosa sangre! ¡cuántas nos habló en lo interior del corazon con secretas inspiraciones! ¡cuántas lúces sobrenaturales, cuántas solicitaciones amorosas, cuántos fuertes impulsos, cuántas gracias, cuántos auxîlios en aquellas comuniones, en aquel sermon, en aquellas enfermedades, en la noticia de aquella muerte, á vista de aquel fracaso, en aquella conversacion, de esta misma lectura! ¡cuántos avisos, cuántos buenos exemplos! ¡y de cuántos otros cien singulares favores nos ha colmado Dios!

Ciertamente no eran menester tantos medios para hacer un santo de primera magnitud. ¿Y cuántos santos habrá en el cielo que no tuviéron tantos? Con todo eso diéron copiosos frutos de santidad; aprovecharon bien sus talentos, y su vida fue fértil en buenas obras. Ni la falsa

brillantez de las grandezas humanas, ni el contagio de los malos exemplos, nada fue bastante para alterar su constancia. Trabajaron eficazmente en el negocio de su salvacion, correspondiendo á la gracia; y colmados de méritos, gozan al presente de la eterna bienaventuranza, justa recompensa de su fidelidad. ¡Cuánto debe confundir á los cristianos cobardes y á los religiosos tibios el exemplo solo de san Bonifacio!

Considera sériamente, y sin lisonjearte, si habiendo recibido los mismos auxîlios que estos santos ha sido tu vida fecunda en buenas obras como la suya, y si la sangre de Jesucristo, que te ha regado como á éllos, ha producido en ti copiosos frutos. No nos excusemos con la mala calidad del terreno; de suyo todo es ingrato, ni de su naturaleza produce mas que abrojos y espinas; para cultivarle es menester continuacion y aplicacion al trabajo.

¡O Dios mio, y cuánta verdad es que yo soy aquel sarmiento que solamente sirve para ser arrojado en el fuego! ¡qué misericordia, qué bondad la de haberme sufrido tanto tiempo! ¡ó y qué sensible impresion hace en mí vuestra paciencia! No os canseis, Señor, de esperarme ni de asistirme con vuestra gracia; desde este punto me rindo, y mediante vos, ninguna cosa será capaz de hacer abortar mi conversion.

JACULATORIAS.

Tempus faciendi, Domine: dissipaverunt legem tuam. Salm. 118.

¿Qué tiempo mas oportuno, Señor, para producir frutos, y dexar de ser estéril, que este tiempo en que tan mal se observan vuestros mandamientos?

Benedictus es, Domine; doce me justificationes tuas. Salm. 118.

Bendito seas, Señor, por haberme sufrido tanto tiempo. Ahora solo deseo que me deis á entender vuestra voluntad, y os suplico me concedais gracia para obedecerla.

PROPOSITOS.

¿Qué importa que la cepa esté arraigada por medio de la fe? Todo vástago infructuoso se corta y se echa á tierra: *Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum*

V 4

(Joann. 15.). Es preciso producir mas que flores y hojas; no basta esto, es menester que hasta los mismos frutos vengan en sazon. Tiénese la fe; ¿pero la fe sin óbras de qué sirve? Estas son las que se llaman frutos. ¿Has negociado al doble con los talentos que has recibido? ¿has llevado frutos dignos de penitencia? ¿son tus dias verdaderamente llenos? Has sido prevenido con mil bendiciones, te ha socorrido Dios con grandes auxîlios, has recibido de su liberalidad singulares gracias; ¿qué fruto ha producido todo esto? ¿qué reforma de costumbres? ¿qué aumento de fervor? ¿qué ternura de devocion? Acuérdate que fue castigado aquel siervo que no negoció con el talento, sin valerle el haberle conservado intacto. Una vida infructuosa é inútil siempre es digna de reprension.

2 Hay frutos de diferentes especies, ó hay varias calidades de frutos. Unos siempre estan verdes, y jamás maduran; ótros son ásperos y de gusto desabrido; otros estan roidos ó carcomidos; y algunos hay que no tienen mas que un lindo color, una bella apariencia. Ten presente que las obras de mayor edificacion se corrompen muchas veces por un motivo bastardo. El secreto orgullo suele ser un gusano que roe la mayor parte de las buenas obras. Son ingeniosas las pasiones, y saben disfrazarse con mucho arte. Suélese tener por zelo lo que muchas veces no es mas que viveza ó vivacidad de genio; ó una actividad natural en que tiene mucha parte la vanidad, aunque parezca servirla de motivo la mayor gloria de Dios, y el deseo de la salvacion de las almas. Es menester que nuestros frutos sean de sazon para estar maduros; quiero decir, que las virtudes que practicamos sean propias de nuestro estado. Una muger casada, y madre de familia, que todo el dia quisiera estarse en la iglesia, desagradaría mucho á Dios, al mismo tiempo que le agrada mucho una religiosa que que pasa en élla la mayor parte de la vida. Considera bien de qué calidad son las buenas obras que practícas, cuáles los motivos, y cuáles los frutos, no sea que tus devociones te hagan mas enfadoso y mas intratable. Personas hay que nunca se muestran de peor humor, que cuando han estado largas horas en la iglesia. ¿Y cuántas hay que solo trabajan por bien parecer al mundo? Su vida es laboriosa, pero infructuosa para la eternidad. ¿Eres tú de este carácter?

DIA QUINCE.

San Isidro, labrador.

San Isidro, que por su condicion fue un pobre labrador, y por su santidad ya es patrono de la corte de Madrid, y protector de toda España, nació hácia el fin del siglo undécimo. Su nacimiento fue en Madrid, de padres humildes, pero temerosos de Dios, que pusieron al niño el nombre de Isidro ó Isidoro, por la devocion que tenian con san Isidoro, arzobispo de Sevilla. La humildad de su familia nos ha ocultado el conocimiento de las particularidades de su niñez. Todo lo que sabemos de élla es, que casi desde la cuna fue prevenido con las mas dulces bendiciones del Señor, tan inclinado desde luego á la virtud, que jamás perdió el candor de la primera inocencia.

Enseñado del Espíritu santo aun mas que de los hombres, formó tan elevado y tan claro concepto de la santidad de nuestra religion; tomó tal gusto á sus verdades, y practicó todas sus máxîmas con tanta exâctitud, que su vida fue modelo de perfeccion cristiana á todos los estados, y su virtud en la condicion humilde de labrador admiró á la villa de Madrid.

Habiéndose casado con una virtuosa doncella, que se llamaba María, le inspiró desde luego su misma devocion y sus piadosas máxîmas; haciendo ésta tantos progresos en la virtud, que tambien es venerada como santa. El único hijo que tuvieron por fruto del matrimonio imitó la piedad de sus santos padres, que le dexaron por herencia la posesion de sus admirables exemplos.

Reconociendo san Isidro las virtuosas inclinaciones de su santa muger, la propuso que en adelante habian de vivir como hermano y hermana, á lo que se obligaron con voto; y desde entonces fueron cada dia mas abundantes los favores que recibieron del cielo aquellos dos castos esposos.

Como se vió precisado á mantenerse á sí y á su corta familia con el trabajo de sus manos, entró á servir con un vecino de Madrid, llamado Iban de Vargas, obligándose á cultivarle las tierras y las heredades, mediante el salario en que se concertaron. La nueva obligacion no le estorbó para gastar el tiempo que antes en sus diarias devociones. Madrugaba por las mañanas mucho antes de la hora destinada para salir al campo; visitaba algunas iglesias, y particularmente la de nuestra señora de Atocha, donde oia misa cada dia, y hacia con fervor sus acostumbradas oraciones.

No faltaron muchos que censuraron su devocion. Como estaba asalariado, hubo algunos que le acusaron á su amo de que en lugar de irse al campo muy de mañana, como era de su obligacion, se andaba visitando iglesias, dexando la tierra sin cultivo; y que así estaba manteniendo á un hipócrita ó á un simple. Exâminó Iban de Vargas lo que le decian, y hallándose ser cierto que su criado iba todos los dias á hacer oracion á muchas iglesias, se persuadió á que sus tierras no podian menos de padecer detrimento, por una devocion imprudente que quitaba á las labores las mejores horas del dia. Teniendo por seguro el sorprenderle, fue una mañana al campo lleno de cólera; pero quedó admirado cuando á bastante distancia descubrió dos pares de bueyes, extraordinariamente blancos, que estaban arando á los dos lados de su criado. El ánsia de saber lo que era le hizo acelerar el paso; pero, luego que se acercó, desaparecieron los bueyes. Ya se le habia templado la cólera con lo que habia visto; pero creciendo el deseo de saber lo que era, saludó á su buen criado con mucho cariño, y le dixo con el mayor agrado: *Isidro, dime con ingenuidad, ¿quiénes eran los dos que estaban arando contigo, y desaparecieron luego que yo me acerqué?* *Yo, Señor*, respondió el Santo, *no sé que me ayude otro que Dios, á quien invoco cuando me pongo al trabajo, y no le pierdo de vista en todo el dia.* Comprendió entonces Iban lo que significaba la vision; y conociendo tambien la santidad de su criado, le exhortó á que prosiguiese en sus diarias devociones, y mas cuando reconoció que en todo el término no habia tierras mejores laboreadas que las suyas, ni que prometiesen cosecha mas abundante.

Habia recibido Isidro un don de oracion tán elevado, que su oracion era una contínua contemplacion. Estando un dia en la iglesia de la Magdalena, le vinieron á decir que acudiese prontamente á socorrer á su jumentillo, porque le iba siguiendo un lobo; prosiguió tranquilamente en su oracion; y saliendo despues de la iglesia, halló al jumento paciendo en el prado, y al lobo muerto á sus pies.

La devocion que profesaba á la santísima Vírgen, parecia haberse anticipado al uso de la razon. El *Ave María* era la oracion de su cariño, y cuando hablaba de la Madre de Dios parecia enagenarse, mostrando bien los términos en que se explicaba lo tierno y lo encendido de su amor.

Su caridad con los pobres era extrema, teniéndose á milagro las muchas limosnas que hacia; y con efecto hizo Dios muchos prodigios para acreditar su liberalidad y su confianza. Habiendo distribuido un dia á los pobres todo lo que habia en casa, llegó despues úno, á quien no le sufria el corazon á Isidro el dexar de darle limosna. Buscóla su santa muger con la mayor diligencia, y no habiéndola hallado, declaró á su marido que era imposible socorrer á aquel pobre. *No tienes confianza*, la dixo el Santo, *anda*, *vuelve á buscar con mas fe*, *y encontrarás que dar*. El suceso acreditó la profecía; porque de repente se halló la casa llena de una milagrosa abundancia. Concurrió un gran número de pobres, y la santa muger conoció la virtud que tiene la caridad para hacer eficaz la confianza.

No solo autorizaba Dios la caridad de Isidro con los pobres; tambien hacia milagros para acreditar su compasion con los animales. Yendo un dia á moler trigo, y estando el campo cubierto de nieve, reparó en un árbol gran multitud de páxaros que se estaban muriendo de hambre; compadecióse de éllos, y apartando la nieve con sus manos, descubrió un buen pedazo de tierra, y echó en élla una gran porcion de trigo, diciendo con su acostumbrada sencillez y apacibilidad: *Paxaritos*, *comed*, *que para todos da Dios abundantemente*. Un amigo suyo que le acompañaba hizo burla de su simplicidad, y le tuvo por un tonto, pero salió presto de su error; pues llegando al molino, vió que los costales de Isidro estaban mas llenos

que antes de haberlos derramado, y el mismo maligno censor fue despues el pregonero de esta maravilla.

La buena economía con que gobernaba su casa, junto con la frugalidad y templanza con que vivia, no solo le pusieron en estado de no padecer necesidad, sino que le dieron con que hacer limosna á los pobres todos los dias. Nunca dexó de socorrerlos por miedo de que le faltase; y habiendo inspirado á su muger la misma confianza en Dios, el mismo amor á los pobres, y el mismo desasimiento de los bienes y conveniencias de la vida, la hizo compañera de sus buenas obras, y perfecta imitadora de sus heróicas virtudes.

Así vivia Isidro en aquella humilde obscuridad, desconocido de los grandes del mundo, confundido con los pobres labradores, y contado en el número de los que se llaman desgraciados de la fortuna, cuando quiso Dios recompensar la inocencia, la devocion y la caridad de su Siervo, y confundir el fausto y el aparente esplendor de las grandezas humanas con los honores que le tenia prevenidos para despues de su muerte.

Sintiéndose acometido de una grave enfermedad, conoció anticipadamente el dichoso dia en que Dios queria terminar la carrera de sus trabajos. Preparóse con nuevo fervor para aquella última hora; su semblante siempre apacible y risueño, su devocion mas tierna que nunca, su apacibilidad y su paciencia daban nuevo lustre á su santidad. Recibió los sacramentos con tanta devocion, que admiró y sacó lágrimas de ternura á todos los que le asistieron en la última agonía; en fin, abrasado del amor de Dios, lleno de virtudes y colmado de merecimientos, murió el dia 15 de mayo del año 1130, de edad de casi cincuenta y cinco años, como quieren únos, ó de sesenta, como afirman ótros.

Luego que espiró manifestó Dios la gloria de su Siervo con gran número de milagros, que hicieron glorioso y célebre su sepulcro por toda España. Con todo eso, por espacio de cuarenta años estuvo enterrado el santo cuerpo sin alguna distincion en el cementerio de la parroquia de san Andres de Madrid, hasta que creciendo cada dia el número de los que venian á implorar su intercesion, quiso Dios glorificarle, sacándole de aquella hu-

milde sepultura, y haciéndole despues glorioso por toda la monarquía.

Aparecióse en sueños san Isidro á un conocido suyo, y le dixo que hiciese sacar su cuerpo del cementerio de san Andres, y que se colocase en lugar mas decente dentro de la misma iglesia. Habiéndose descuidado éste en hacerlo ó por timidez ó por desconfianza, al punto fue castigado con una grave enfermedad, de que no sanó hasta el mismo dia en que se hizo la translacion del santo cuerpo. Aparecióse el Santo á una virtuosa señora, y ésta fue mas obediente. Dió cuenta al clero y á la justicia; hízose una procesion al cementerio, y al primer golpe de azadon se tocaron por sí mismas las campanas de san Andres, sin dexar de tocarse hasta que se acabó la ceremonia. A este milagro, de que fue testigo toda la villa, se siguió la vista de ótro no menos admirable, que subsiste aun el dia de hoy. Habiendo estado el santo cuerpo enterrado en el cementerio por espacio de cuarenta años, se halló tan entero y tan fresco como si estuviera vivo. Exhalaba una suavísima fragrancia, que se dexó percibir de todos los asistentes, y no pudieron reprimir las lágrimas causadas de la ternura y de la devocion. Envolvióse el santo cuerpo en preciosas telas, y encerrado en una caxa nueva, fue solemnemente trasladado á la iglesia de san Andres, donde despues de mas de 580 años se conserva tan flexîble, tan entero, y con el color tan natural como el mismo dia en que se descubrió esta preciosa reliquia.

El tiempo que ha pasado desde aquella translacion hasta ahora ha sido una contínua série de milagros que ha obrado el Señor por la intercesion de san Isidro; lo que obligó al papa Paulo V. despues de las informaciones y solemnidades acostumbradas, á publicar la bula de su beatificacion el año de 1619; permitiendo se celebrase todos los años la fiesta del Santo en los dominios del rey de España Felipe III., que solicitaba con el mayor esfuerzo se abreviase cuanto antes esta beatificacion, y recibió prontamente el premio de su zelo. Volviendo de Lisboa cayó tan peligrosamente enfermo en Casarrubios del Monte, que los médicos llegaron á desconfiar de su vida. Experimentándose inútiles todos los remedios, se recurrió á la intercesion de san Isidro labrador. Estábase celebrando

la misa en honra del Santo en la iglesia de san Andres, con asistencia de toda la clerecía de Madrid, cuando llegó un correo con la triste noticia de que el Rey quedaba á los últimos, perdido ya del todo el conocimiento. Fue general la consternacion; pero la confianza en el Santo moderó las lágrimas; sobre todo cuando se divulgó en la villa que á instancia de los magistrados se habia de llevar la caxa del santo cuerpo al cuarto del Rey enfermo.

Hízose esta ceremonia eclesiástica con la mayor pompa y solemnidad, tanto, que mas parecia triunfo que procesion. Colocóse la caxa sobre una especie de carro triunfal, magníficamente adornado; iba á caballo toda la nobleza y todo el clero con hachas encendidas en las manos; seguíase una prodigiosa multitud de coches y carrozas con muchos coros de música, y un inmenso pueblo aumentaba contínuamente el acompañamiento. Media legua antes de llegar á la casa real, se incorporaron mas de seis mil personas, así eclesiásticas, como religiosas y seculares que habian concurrido procesionalmente de los pueblos circunvecinos. El Príncipe heredero salió á recibir la santa reliquia con toda la corte hasta la entrada del parque, y la acompañó hasta el cuarto del Rey su padre, donde estaba toda la casa real. La caxa, conducida en hombros de los cuatro eclesiásticos mas autorizados de la iglesia de Madrid, se colocó en una especie de trono debaxo de un magnífico dosél. El Rey, que se habia limpiado de calentura desde que la caxa salió de la iglesia de san Andres, se halló enteramente bueno luego que entró en su cuarto la reliquia. Restituyóse ésta á Madrid con igual triunfo; acompañábanla mas de seis mil personas á caballo con hachas en las manos, y entró en la villa entre el estruendo de la artillería y el repique general de todas las campanas. A ningun monarca se le hizo jamás recibimiento mas solemne que á aquel pobre Labrador; tanto se hace respetar de todos la santidad. El año siguiente se colocó el santo cuerpo en otra caxa mas suntuosa de plata, que costó mas de diez seis mil pesos de oro; y todo el año se pasó en la corte de Madrid en fiestas públicas con extraordinaria magnificencia, así en el adorno de las calles, como en el de los templos. Final-

mente, el papa Gregorio XV., á instancias del rey Felipe IV., y por satisfacer los ansiosos deseos de toda España, procedió solemnemente á su canonizacion el dia 22 de marzo del año de 1622; y no se puede explicar la alegría y la magnificencia de los pueblos en celebrar la fiesta de este santo Patron de la villa y corte de Madrid, y protector especial de todo el reyno.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Isidori confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad del bienaventurado Isidro, tu fiel confesor; danos gracia para que celebrando la nueva vida que recibió en el cielo, imitemos las acciones que executó en la tierra: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31. *de la Sabiduría, y la misma que el dia XII, fólio* 234.

NOTA.

»Jesus, nieto de Jesus, hijo de Sirach, autor del »Eclesiástico, traduxo este libro de hebreo en griego en »tiempo de Ptolomeo Evergétes. Por lo que toca á la tra»duccion latina no se sabe, hablando en rigor, ni el au»tor, ni el tiempo en que se hizo. Lo cierto es que es »muy antigua, y hecha en los primeros siglos de la Igle»sia, pues la citan los primeros padres en la misma con»formidad en que la vemos hoy.

REFLEXIONES.

Parece paradoxa, y es virtud innegable que la condicion de los ricos no es la mas envidiable ni la mas feliz. Sin hablar de los cuidados, de las pesadumbres, de los sobresaltos que traen consigo las riquezas, ¿cuántos estorbos, cuántos tropiezos se atraviesan con ellas en el camino de la salvacion?

Lógrase un empleo, un título, una renta que nos distingue del comun; rara vez resulta en favor de la virtud esta distincion. Levántanos del polvo una rica herencia, un suceso afortunado; al instante nos olvidamos de lo que fuimos. El amor propio siempre hace fortuna con la persona. Se ve raras veces que el orgullo, la delicadeza y la diversion se separen de la prosperidad. Parece que el regalo, la indevocion y la ociosidad son el dia de hoy las mejores pruebas de nobleza, singularmente en las mugeres del mundo. El abuso es intolerable, no se puede negar; ¿pero dexa por eso de ser menos autorizado por la muchedumbre? ¡Oh, y con cuánta razon gradúa el Sábio por una especie de prodigio á un hombre que conserva su inocencia en medio del esplendor y de la abundancia! Desengañémonos, todo es de temer cuando todo nos halaga.

En la prosperidad del mundo todo es tentacion, todo peligro. La autoridad disfraza el delito, la suntuosidad le llama, la adulacion le domestíca y la abundancia le sustenta. En medio de esta region de gusto y de placeres, ¿se podrá prudentemente esperar una pronta conversion hácia el dolor y hácia la penitencia? Es menester que un hombre rico y pecador dexe de vivir como rico, ha de vivir como penitente. ¿Y se hallan el dia de hoy muchas conversiones de éstas? Segun el espíritu del evangelio, cuanto mas rico es un cristiano, mas mortificado debe ser; esto es, cuanto mayor es su abundancia, y mas facilidad tiene de lograr todos sus gustos, mayor debe ser su esmero en cercenar las conveniencias de la vida. El pobre no tiene tantos sacrificios que hacer; pero el rico no puede ser discípulo de Jesucristo sino con esta precisa condicion. ¿Esta doctrina será del gusto de muchos? ¿pero dexará por eso de ser doctrina de Jesucristo? Todas aquellas grandes máximas de renunciacion, de despojo, de mortificacion, ¿serán por ventura únicamente para los pobres que ya por su mismo estado se ven despojados de estas preciosas superfluidades? Y los ricos, á quienes principalmente se dirigen estos oráculos, ¿se podrá creer que los tienen por artículos de fe, cuando no hay forma de poner límites á su codicia; cuando en su mesa no hay delicade-

za que los satisfaga, en sus muebles no hay magnificencia que los contente, en su tren y en su profanidad no hay ostentacion que del todo los llene? ¿quién no dirá que la delicadeza, la ociosidad, el regalo, la irreligion y la licencia deben crecer á proporcion de los bienes que se poseen? Lo cierto es, que por lo comun no tienen otra medida ni otra regla. ¡*Væ qui opulenti estis in Sion, et confiditis in monte Samariæ*! ¡Ay de vosotros los que en Sion lograis la abundancia de todo, y por eso colocais toda vuestra confianza en el monte de Samaria! Vamos claros; una vida deliciosa nunca fue vida cristiana. Los gustos de este mundo son en parte el carácter de los réprobos. *Væ vobis divitibus*! dice el Salvador: ¡Ay de vosotros ricos, pues ya habeis recibido vuestro premio! ¡cosa extraña! no hay condicion en el mundo donde haya mayores peligros de la salvacion, mas violentas tentaciones, mas poderosos estorbos, precipicios por todas partes, nuevas dificultades á cada paso, y casi á cada paso una caida. Con todo eso, no hay condicion en la vida donde se viva con mayor tranquilidad y ninguna mas envidiada; de suerte, que hoy mas que nunca nos vemos obligados á decir: *Bienaventurado aquel que no corrió tras del oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros de las riquezas. ¿Quién es éste, y le alabarémos? porque verdaderamente es un prodigio.* ¿Prueba esto que tienen fe, y que se salvarán muchos ricos?...!

El evangelio es del cap. 12. *de san Lucas, y el mismo que el dia XII, fólio* 236.

MEDITACION.

Qué frutos espera Dios de nosotros.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por los frutos que espera Dios de nosotros, no se entienden ciertas devociones secas y estériles, ciertas exterioridades de virtud que por lo regular solo sirven para tener entretenidas á las personas imperfectas, manteniéndolas en una vida tibia, en la cual

á favor de aquellas aparentes señales de piedad, viven llenas de groseras imperfecciones, y mueren muchas veces impenitentes. Las virtudes de perspectiva de este género de gentes, á lo mas son hojarasca; esto es, unas bellas apariencias que deslumbran á los ojos de los hombres, y á ninguno engañan mas que á los mismos que las representan. ¡Qué fácil es equivocarse en esto! Cuando no se tiene mas que una devocion superficial, se juzga ser efecto de la virtud lo que solamente lo es, ú de la pasion disfrazada, ú del genio, ú de la educacion.

Por frutos dignos de penitencia, como los llama san Juan, ó por frutos del Espíritu santo, en frase de san Pablo, se entienden los efectos de un amor de Dios real y sincero, y de una perfecta caridad con el próximo. Se entienden aquellos frutos que produce una virtud verdaderamente sólida; esto es, un sumo horror á los menores pecados; una insaciable hambre de la justicia; una mortificacion constante y generosa; una sincerísima humildad de corazon; una gran puntualidad en el cumplimiento de las obligaciones correspondientes al estado de cada úno. Se entienden un aborrecimiento verdadero de todo lo que aborrece Jesucristo; un singular amor de todo lo que ama: se entienden la victoria de las pasiones, la reformacion de las costumbres; y en fin, una vida constantemente cristiana. Este es el sentido de estas palabras: *Facite ergo fructus dignos pœnitentiæ*: haced frutos dignos de penitencia; esto es, mostrad en todas vuestras obras, y en todo vuestro porte, que estais verdaderamente convertidos.

Considera ahora si has llevado hasta aquí muchos de estos frutos. Los dias y los años vuelan rápidamente; muchos se hallan ya á vista de la sepultura; ¿cuántos habrá que no llegarán al fin de este año? ¿y qué provision han hecho para la eternidad? El supremo Juez está ya para substanciar el proceso. ¡Y hay quién se duerma! ¡hay quien se divierta! ¡hay quien piense en todo, menos en esto! ¡ó mi Dios, y cuántos árboles están ya con la segur á la raiz para ser arrojados en el fuego!

PUNTO SEGUNDO.

Considera con cuánta bondad, con cuánto cuidado nos ha cultivado Dios. Mas ha de tres años, y acaso mas de

diez, que está trabajando el Señor para que demos frutos de buenas obras. Muchos menos auxîlios han llenado ya el cielo de grandes santos, y todos éllos no han bastado para hacerme á mí un verdadero religioso, ni acaso un buen cristiano. No es cierto, por culpa de la tierra en que estoy plantado; élla es santa, élla es fecunda, élla da ciento por uno; ¿y cuántos conozco de aquellos mismos con quienes vivo, que con el mismo cultivo que yo logro, pruducen copiosos frutos?

¿Qué provecho he sacado de tantas misas, de tantas confesiones, de tan crecido número de comuniones? Bastaba una sola para convertir al mas grande pecador, y para elevar á un alma á la mas sublime perfeccion. ¡Ah, Señor! acaso he comulgado mas de doscientas veces; acaso he celebrado el divino sacrificio mas de mil; y todavía no me he enmendado de un solo defecto. Despues de tanta leccion espiritual, despues de tanta reflexîon, despues de tantas devociones, despues de tantos buenos exemplos, ¿soy por ventura mas humilde, mas caritativo, mas apacible, menos desabrido á costa mia, mas exâcto, mas observante, mas mortificado? ¿me he hecho acaso mas religioso y mejor cristiano?

¿Qué se hicieron tantas bellas máxîmas, de que en otros tiempos estaba tan imbuido? Habia formado tan nobles proyectos de conversion; estaba tan desengañado, tan disgustado de todas las vanidades del mundo. ¿Adónde se fue aquella tierna devocion, aquella delicadeza de conciencia tan exquisita? ¿adónde el fervor de los primeros años de mi conversion? Gustaba de Dios; me causaba horror el mas mínimo pecado; me estremecian las terribles verdades de la religion; y ahora nada me hace fuerza. ¿Estas verdades han dexado por ventura de serlo? ¿ó son hoy menos terribles de lo que eran antes? ¿el pecado ha dexado de ser pecado, ó se ha disminuido su malicia? ¿y aquel Dios que cada dia me colma de nuevos beneficios, merece ya el que le sirva ménos, ó se ha hecho menos amable? ¡ó Dios, y qué cuenta tan terrible tengo de dar de tantos auxîlios como he malogrado, de tanto tiempo como he perdido, de tantos talentos que no he empleado bien!

Estas reflexîones asustan, estremecen; ¿pero cuál se-

rá el fruto de éllas? Engañamos á ótros, y nos engañamos á nosotros mismos con el oropel de algunas buenas obras pasageras, con una ostentacion de virtud, con alguna ligera reforma de que hacemos alarde, á la cual nos limitamos, confundiendo las gracias y las inspiraciones para convertirnos con la misma conversion. Y á esto se reduce todo el zelo que presumimos tener de nuestra salvacion eterna.

Dignáos, Señor, ilustrar con vuestra gracia mi entendimiento, y mover tan eficazmente mi corazon á vista de la esterilidad de mi vida, que comience desde ahora á ser árbol menos esteril, y á dar frutos dignos de que sean presentados á vos. Haced por vuestra gracia que sean eficaces mis propósitos de amaros y serviros, no ocupando ya inútilmente un terreno que hasta aquí he ocupado tan mal.

JACULATORIAS.

Adhæsit pavimento anima mea: vivifica me secundùm verbum tuum. Salm. 118.

Desecado estoy en fuerza de mis miserias; vivificadme segun vuestra palabra.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

Sí, mi Dios; ya no piensa mi alma en mas que en reparar las negligencias pasadas, observando exáctamente vuestra divina ley el resto de mis dias.

PROPOSITOS.

No nos pide Dios frutos de paises remotos; solamente son de su gusto, por decirlo así, los que nacen en nuestro propio terreno. No es menester salir de nuestra condicion, ú de nuestro estado, ni buscar otro empleo que aquel en que nos ha colocado la divina Providencia; no es menester aguardar á edad mas madura, ni á vida mas tranquíla; cada dia y cada hora se puede presentar á Dios un nuevo fruto; ya un acto de caridad que se exercita; ya otro de mortificacion, ú de humillacion que se padece; ya la victoria de una pasion que se consigue; ya un

sacrificio del amor propio que se hace. Pocas horas hay en que no se puede practicar algun acto de virtud; ¿y cuántos actos de paciencia se podrán practicar en una hora? ¡ó mi Dios, y en qué tiempo nos haríamos ricos de bienes espirituales, si nos supiéramos aprovechar de todo! No desprecies ocasion alguna, y hazte familiar este exercicio. No dexes pasar alguna hora sin ofrecer á Dios algun fruto, aunque no sea mas que un acto de amor de Dios, que en cada hora se puede, y se debiera repetir muchas veces. Gran medio para que tu vida sea abundante en buenos frutos, y para que tus dias sean verdaderamente llenos.

2 Exâmina bien cuál es tu pasion dominante; élla te proporcionará muchas ocasiones para exercitarte en actos de virtud. Ten previstas sus solicitaciones; preocupa sus asaltos, aprovéchate de todo. ¿No tienes alguna envidueла, alguna aversion, alguna antipatía? No hay gusano mas roedor de este género de frutos espirituales. Mira que Dios hace grande aprecio de estas menudencias; no desestimes su cultivo. Nunca leas libro alguno piadoso, sin sacar de él algun fruto; y para eso al acabar de leer, determina cuál ha de ser. Aprovéchate de los buenos, y aun de los malos exemplos; el zelo de la propia perfeccion tiene cien industrias para servirse de todo. Cuida mucho de que no sean infructuosas las instrucciones y lecciones que te dan; y procura tener el consuelo de no confesarte, ni comulgar jamás sin sacar algun fruto de la confesion y comunion.

☞ DIA QUINCE.

San Torcuato, obispo y mártir.

El mayor de todos los beneficios que puede recibir una region de mano del Dios de las misericordias es aquel don celestial y divino, sin el cual es imposible agradarle. La fe es entre todas las gracias la primera en el órden, y la

mas necesaria en la sustancia para ser contados entre los hijos de Dios, y poder entrar á la participacion de sus misericordias. Aquellos infelices á quienes no llegó la promulgacion del evangelio, ó que habiendo llegado, cerraron sus orejas para que no entrasen en su alma las sacrosantas verdades, ya están juzgados, dice la sagrada Escritura; y de consiguiente llevan arrastrando la cadena de su condenacion. Por esta causa todas las naciones y provincias celebran justamente la memoria de aquellos varones que las enriquecieron con la fe, y depositaron en éllas las verdades del evangelio. España, feliz en esta parte sobre casi todas las naciones del mundo, no se sacia de manifestar su gratitud por un beneficio tan señalado, celebrando la memoria de los primeros padres de su fe en repetidos dias del año con júbilos y alegrías. No se contenta con dedicar devotísimas solemnidades al apóstol Santiago, á quien venera como á su primer maestro; se acuerda tambien de aquellos grandes discípulos suyos, que despues de haber visto su martirio, vinieron á consumar la obra que el santo Apóstol habia comenzado.

El principal entre estos varones apostólicos, y á quien constantemente dan todos los manuscritos antiguos el primer puesto y dignidad, es san Torcuato, obispo de Guadix, cuya memoria celebra la iglesia de España en este dia, y de cuyos hechos y vida se sabe muy poco mas que lo que refiere la historia de los demas Apostólicos. Segun élla san Torcuato se hallaba en Roma al mismo tiempo que san Pedro y san Pablo difundian las luces del evangelio en aquella capital del mundo. Estaba el Santo bien instruido en todos los misterios y doctrina de la religion evangélica; capaz no solamente de manifestarla en sus obras, sino tambien de someter á élla con su predicacion y su zelo á las gentes deslumbradas todavía con las supersticiones de la gentilidad. Su adhesion á los divinos misterios, su fervorosa caridad en socorrer á los necesitados, su zelo ardiente por la propagacion del evangelio fueron otras tantas señales ciertas, que movieron á san Pedro y san Pablo á persuadirse qne era sugeto digno de que se pusiese sobre sus hombros la pesada carga del obispado. Conocieron sin duda que del conjunto de virtudes y sabiduría que resplandecian en Torcuato, no se

podian esperar sino grandes conversiones y considerables conquistas á favor del cristianismo. Ordenáronle de obispo, y recibida su bendicion y el ósculo santo de paz, se embarcó con sus compañeros, dirigiendo el rumbo á aquella region predilecta, en que su santo Maestro habia ya empleado las primicias de sus sudores y trabajos evangélicos. Aunque la nave pasó por las costas de Tarragona, que era entonces el empóreo que los romanos tenian en España, no tuvo por conveniente desembarcar en aquella ciudad; sin duda, porque habiéndose publicado la persecucion sangrienta de Neron, consideró que en las grandes ciudades, donde habitaban los pretores, seria mayor la carnicería, y estaria mas expuesto el santo fin que los habia movido. Por tanto, pasaron adelante hasta llegar á una costa que prudentemente se conjetura era el asiento de uno de los puertos de Urci, ó puerto Magno, junto al sitio que ocupa Almería presentemente. Desembarcó allí san Torcuato con sus compañeros, ardiendo sus pechos por comenzar la grande obra que traían proyectada. Vieron los inmensos campos que habian de ser el teatro de su predicacion cubiertos de peligros. Consideraron que en España sería menester acaso combatir con mas monstruos de supersticion é idolatría que en otra parte del mundo; por cuanto el atractivo de sus riquezas era un convite hecho á todas las naciones viciosas, para que su avaricia traxesen á este pais todos sus crasos errores. Así se ve, que en las monedas de la antigua España se encuentran los signos no solamente de la monstruosa religion de griegos y fenicios, sino tambien de otra particular y no menos monstruosa en que estaba sumergido este desgraciado pais. Pero cuando la caridad ha llegado á apoderarse perfectamente del humano corazon, los mayores peligros no son otra cosa que incitativos para grandes obras. Apénas puso los pies en tierra san Torcuato, cuando inmediatamente comenzó á caminar tierra adentro juntamente con sus compañeros, deseoso de encontrar gentes en quienes dar feliz principio á su grande ministerio. Ni el cansancio, ni el caminar á pie por lugares escabrosos, ni la desconfianza, que es preciso que infunda el verse rodeado de tierras infieles y desconocidas, pudieron quebrantar la

constancia de los ministros del evangelio. Muy poco mas de trece leguas habrian caminado, cuando se les presentó á la vista la ciudad de Guadix, en la cual determinó san Torcuato derramar la primera semilla de la fe de Jesucristo. Detuviéronse algun tanto fuera de la ciudad, en un sitio que distaba de élla cosa de un cuarto de legua; y como los ardientes deseos de evangelizar y convertir almas para Jesucristo no les hicieron lugar para proveerse de los alimentos que traian en la embarcacion, les fue necesario enviar algunos que los comprasen en la ciudad.

En aquel dia celebraban los gentiles una solemnísima fiesta á sus deidades, que segun el Cerratense eran Júpiter y Mercurio, y segun ótros la diosa Juno. Si es lícito conjeturar el haber sido celebrados estos santos por la iglesia de España en los tiempos antiguos en el primer dia de mayo, arguye que en este dia fue su feliz arribo á la ciudad de Guadix, no siendo verisimil que todos siete Apostólicos padeciesen en un mismo dia martirio. Se sabe por Ovidio que el primer dia de mayo le tenian dedicado los gentiles á la fiesta de los *Lares Prestites*, númenes que tenian á su cuidado las casas y domicilios de los gentiles. Es creible que éstos se hallasen en la solemnidad de estas deidades cuando llegaron á buscar alimento los enviados por san Torcuato: su aspecto extraño y severo, su modo de vestir pobre, y que denotaba distinta profesion; ó lo que es mas cierto, el trastorno de la razon que habia causado en aquellos hombres ciegos la borrachera, la gula y la inmoderada alegría, que eran los principales ritos con que honraban á sus dioses, los sacó de tino, y los hizo enfurecer contra los Santos. Acaso éstos viendo ocasion oportuna de comenzar á esparcir las luces del evangelio, y enardecidos con el zelo de la honra de Dios, al ver tributar al demonio adoraciones, solamente debidas al Hacedor de todas las cosas, se explicarian con vehemencia contra aquellos ritos profanos. Como quiera que sea, Dios, baxo de cuya providencia se contienen los buenos y malos sucesos, iba ordenando un feliz principio á la primera plantificacion de la fe en España por medio de un asombroso mila-

gro. El pueblo de los gentiles tumultuosamente conspirado y llevados de una furiosa embriaguez, se declararon contra los Santos, y comenzaron á perseguirlos de muerte. Ellos, viendo la persecucion, echaron á huir por el mismo camino que habian traido, en cuyo intermedio habia un puente magnífico de tan asombrosa consistencia, que cualquier sensato le juzgaria superior á la fuerza destructora de los tiempos, y casi al mismo artificio. Internáronse en él los santos perseguidos, cantando alabanzas á Dios porque se dignaba concederles la gracia de padecer por su amor, y acordándose al mismo tiempo de los prodigios con que habia libertado á su pueblo de la ira de Faraon. Seguian los gentiles deseosos de haber á las manos aquellos extrangeros para executar en éllos una horrorosa venganza. ¡Pero, ó milagrosas disposiciones de la divina omnipotencia! Cuando los santos acababan de salir del puente, y éste estaba henchido de una inmensa multitud de gentiles, vieron éstos que desatándose las ataduras de los arcos, y derrotándose los robustos pilares, el puente y los perseguidores padecieron una comun ruina. Con la muerte de tantos infelices fue universal la consternacion que se apoderó de los corazones de todos los acitanos. Un saludable terror sustituyó el lugar que antes ocupaba el furor y la ira, y convirtiéndose en respeto y veneracion lo que antes era abominacion y desprecio, determinaron enviar mensageros á los Santos para que viniesen á la ciudad. Entre todos los ciudadanos se distinguió en la piedad y en los obsequios una noble matrona, cuyo nombre era Luparia, quien dió benigna acogida en su casa á aquellos extrangeros, en cuyo favor se manifestaba el cielo tan generoso. Luego que los tuvo en su presencia, les comenzó á preguntar por su patria, por su profesion, y por los fines que les habian hecho emprender el peligroso viage y peregrinacion de aquellas tierras. Gozoso san Torcuato de las primeras felicidades de su expedicion, y viendo cuán buena ocasion se le ofrecia de comenzar la grande obra de la conversion de aquellas gentes, dió cuenta á Luparia del fin de su venida, que no era otro que la conversion y felicidad eterna de sus almas. Díxola como eran enviados del mismo Jesucristo: que

este era el Hijo de Dios vivo, que por la salud del género humano se habia hecho hombre; habia predicado una ley de gracia, y habia sido crucificado para redimir á los mortales de la esclavitud del demonio: que por encargo de este hombre Dios venian á predicar el evangelio y la remision de los pecados, que lograria todo aquel que creyese los misterios que anunciaban, y recibiese el bautismo. La gracia divina difundió sus luces en el entendimiento de aquella noble matrona, para que á la sencilla proposicion de tan sublimes verdades prestase dócil su alma para creerlas, y gustoso el corazon para abrazarlas. Como habia oido que la felicidad que anunciaban no se podia obtener por otro medio que por el bautismo, solicitó con ánsia que se sirviesen de administrársele. San Torcuato, como el mayor y mas venerable entre todos, la advirtió que no podian complacerla en sus santos deseos hasta tanto que estuviese bien instruida de los principales dogmas de la religion que habia de profesar. Entretanto que recibia esta instruccion, la significaron como sería oportuno construir un baptisterio, en donde celebrar aquellos ritos sagrados. La docilidad con que la santa muger recibia todas las instrucciones de aquellos hombres celestiales, no permitia alegar excusas, ni admitir dilaciones en la execucion de lo que insinuaban: y así inmediatamente ofreció sus riquezas y su autoridad para la construccion de la obra proyectada. Concluida ésta, y hallándose Luparia con la necesaria instruccion de los divinos misterios, recibió el sagrado bautismo en el baptisterio que élla misma habia fabricado, con un sencillo aparato de ceremonias sagradas, que aunque pocas y sin ostentacion, tenian en sí tal carácter de sublimes y divinas, que se conciliaron la veneracion y reverencia de cuantos espectadores asistieron á la sagrada ceremonia.

Nada hay en la vida humana tan poderoso y activo para propagar las buenas ó malas costumbres, como el exemplo de aquellas personas que por su nobleza, riqueza y autoridad tienen un decidido ascendiente sobre el pueblo numeroso que les circunda. Segun son los poderosos, así son las costumbres del pueblo: sus virtudes y sus vicios se difunden rápidamente unidos á su

autoridad, y sería sin duda un pueblo sin desórdenes ni excesos aquel cuyos superiores fuesen enteramente perfectos y arreglados. El haber visto que Luparia, muger rica, poderosa, y de familia distinguida, habia hospedado en su casa á aquellos extrangeros, y abrazado su religion por medio del bautismo, movió tan poderosamente á los ciudadanos de Guadix, que todos á porfia deseaban imitar á Luparia, ya tratando con amor y respeto á los varones Apostólicos, ya recibiendo sus saludables instrucciones con gusto y alegría, y lo que es mas, abominando los ritos supersticiosos de sus falsas deidades, hasta llegar á destruir las estátuas y demoler sus templos. En uno de éstos, dice el leccionario Complutense, erigieron una muy decente iglesia, que dedicaron al glorioso precursor de Jesucristo san Juan Bautista. Ya en este tiempo se habia transformado Guadix de colonia de ciudadanos romanos en colonia de Jesucristo; y así era poco lo que tenian que hacer tantos obreros del evangelio en una ciudad en que casi todos sus habitantes habian sometido el cuello á su yugo. Determinaron, pues, repartirse por otras ciudades, en donde sus trabajos pudiesen rendirles sazonados frutos; y á este fin eligieron aquéllas entre todas las de la Península, que, ó por su mayor cultura, ó por gozar de un dominio mas pacífico, estaban menos expuestas á la crueldad destructora de las sangrientas persecuciones. Habiéndose, pues, convenido en los puntos mas esenciales de la religion que habian de predicar, y habiéndose abrazado caritativamente, cada uno emprendió aquel camino que le sugirió el Espíritu santo.

Quedóse san Torcuato, como mas antiguo, en la ciudad de Guadix, regentando aquella primera silla episcopal de nuestra España. Los copiosos frutos que habian visto sus ojos producir á la cultura del evangelio, animaria su espíritu para proseguir con zelo y actividad los comenzados trabajos. Contínuamente se ocuparia en instruir á los fieles en los divinos misterios, enseñando á los ignorantes, exhortando á los débiles, enardeciendo á los tibios, y cumpliendo en todo las cualidades de un buen pastor y padre, que señala san Pablo. Como estaba tan reciente la memoria del paganis-

mo, y los ministros imperiales se hacian mérito de impedir la propagacion de cualquiera doctrina que fuese contraria á las supersticiones de la gentilidad, es creible que el Santo tendria por estos motivos frecuentes ocasiones en que exercitar su resignacion y su paciencia. Por desgracia ningun instrumento auténtico nos han dexado el tiempo, las revoluciones y la opresion de naciones bárbaras de donde podamos deducir con certidumbre las virtudes, obras caritativas, predicacion contínua, y considerables trabajos, que la piedad apoyada de la razon dicta que debieron ocupar á este Santo en los principios. Pero la tradicion inmemorial nos ha conservado la memoria de un milagro, de que se infiere la particular providencia con que protegió el cielo la predicacion de este santo Obispo. Este era, que habiendo plantado á la puerta de la iglesia una oliva, producia todos los años tan copioso y maravilloso fruto, que tomando de él los fieles, era un antídoto seguro contra todas las enfermedades. Aunque regularmente se atribuye á todos los Apostólicos la plantacion de esta milagrosa oliva, la singularidad de florecer repentinamente, y dar fruto la víspera del dia en que se celebraba en Guadix la fiesta de san Torcuato, da bastante fundamento para creer que la oliva fue plantada por él, y que en honor suyo principalmente manifestaba el cielo tan grandes maravillas. Hoy dia se conserva junto á la hermita de san Torquato una oliva que denota una antigüedad asombrosa; pero bien sea porque no es la misma que plantó el Santo, ó bien porque no sea igual la fe de los cristianos presentes á la de los antiguos, lo cierto es, que no produce frutos milagrosos. Como quiera que sea, los trabajos de san Torcuato merecian del cielo las demostraciones mas claras de proteccion, así como merecieron igualmente que le concediese la gracia de dar testimonio de la fe que predicaba por medio del martirio. No se sabe las circunstancias de éste, pero se debe presumir, que habiendo sido tan sangrienta y cruel la persecucion de Domiciano, y estando en Guadix los ministros imperiales, á cuyo cargo estaba el gobierno civil, juzgarian éstos que el medio mas oportuno y eficaz para desarraigar la religion de Jesucristo, y cumplir me-

jor el decreto del Emperador, era quitar la vida á la cabeza y obispo de aquella iglesia, que era san Torcuato. En efecto, el sagrado cadáver de este Santo es el testimonio mas auténtico que se puede alegar, tanto para probar su martirio, como para deducir que murió á cuchilladas. En el año de 1593, con motivo de hacer un reconocimiento jurídico de su sagrado cuerpo, existente en el monasterio de Celanova, para enviar á la santa iglesia de Guadix una insigne reliquia que solicitó su digno obispo don Juan Alonso Moscoso, se observó que en la cabeza del Santo habia un golpe, y en él pegada todavía con la misma sangre seca un pedazo del lienzo de la mortaja. Semejantes testimonios no permiten dudar ni del martirio de este Santo, ni de algunas de sus cualidades. Sucedió éste en un campo llamado Face-Retama, á legua y media de Guadix el viejo, en cuyo sitio se erigió despues una ermita con el nombre de este santo Mártir. En aquellas inmediaciones hay unas cuevas que inspiran devocion en aquellos que las miran, y sobre las cuales se han visto muchas noches luces muy claras y resplandecientes. Refiere esta singularidad Diego Perez de Mesa por estas palabras; "Dicen que san Torcuato padeció martirio en un campo que está á dos »leguas de Guadix, en el cual se ve muchas veces de »noche una muy grande luz, que parece llegar al cie»lo, y se ve de lejos muy clara, en la cual no ha ha»bido quien pueda dar, aunque lo han procurado mu»chos. Es opinion muy admitida en esta tierra, que »aparece esta luz en la misma parte donde padeció mar»tirio el glorioso Santo; y así llaman vulgarmente la »lumbre de san Torcuato." Todo esto convence, que si el Santo no padeció martirio en este preciso lugar, á lo menos estuvieron allí sus reliquias y su glorioso sepulcro, obrando el cielo tan pródigamente maravillas con los que llegaban á encomendarse á su proteccion, que, segun el leccionario Complutense, se hacian participantes de ellas hasta los mismos gentiles.

Mantuviéronse en Guadix los sagrados despojos de su primer Prelado todo el tiempo que duró en España la dominacion de los reyes godos. Pero invadida esta region por la bárbara morisma, fue necesario trasladar las re-

liquias de este Santo á sitio mas seguro. No consta ciertamente del tiempo en que se hizo esta translacion; pero habiendo sido Abderramen, como es notorio, el perseguidor, no solamente del nombre cristiano, sino tambien de los cuerpos y reliquias que habia en las iglesias, que llamaban santos, como dice el moro Rasis, es creible que en tiempo de este Rey impío, y por los años de 777, fueron transladadas las cenizas de san Torcuato para defenderlas de la furia del perseguidor. El sitio venturoso que mereció ser enriquecido con tan precioso tesoro, fue la iglesia llamada de santa Colomba, sita en el obispado de Orense, no lejos de un rio llamado Limia, la cual iglesia de allí adelante se llamó santa Colomba de san Torcuato. Era este templo antiquísimo, hecho en forma de cruz, en cuyos brazos estaban construidas dos capillas; y en la que está al lado de la epístola fue colocado el cuerpo de san Torcuato en un sepulcro de mármol blanco, de estructura y grandeza correspondiente á su objeto. Este sepulcro se conserva todavía allí aun despues de haber sido transladado san Torcuato al monasterio de Celanova, concurriendo los fieles con tanta fe, y glorificando Dios á su Siervo con tantas maravillas, que aun los polvos del sepulcro bebidos por el que padece fluxo de sangre, le sanan maravillosamente de su dolencia, como afirma haberlo visto Castella.

Muy cerca de dos siglos se mantuvo en santa Colomba el sagrado cadáver, hasta que habiendo san Rudesindo edificado el monasterio de Celanova, quiso honrar su iglesia con los sagrados despojos de san Torcuato, quitándolos de la primera iglesia que pertenecia á sus posesiones. Establecido el cuerpo de san Torcuato en Celanova, padeció otra translacion despues del año de 1174, á tiempo que en dicho monasterio se hallaba el cardenal Jacinto, legado de Alexandro III. Quiso este purpurado edificar un sitio proporcionado por su magnificencia á la grandeza de las reliquias sagradas que poseia aquel monasterio; y habiendo mandado construir una hermosa capilla, hizo que á los dos lados de su altar se levantasen dos sepulcros sobre cuatro columnas, y en ellos se depositasen los dos cuerpos de san Rudesindo y san Torcuato. Mas de cuatrocientos años se mantuvieron las sagradas

reliquias en este estado, hasta que habiéndose constituido España en un perfecto estado de paz, y sintiendo justamente la santa iglesia de Guadix verse privada de su primer prelado y pastor, solicitó eficazmente con el prudente rey Felipe II. que se la hiciese participante de alguna porcion insigne de sus sagrados despojos para tener el consuelo de venerar mas de cerca al padre de su fe. Esta solicitacion les produxo la media caña de un brazo y dedo pulgar, que recibió aquella iglesia con sumo aparato de solemnes y devotas festividades, siendo obispo el señor don Juan Alonso Moscoso. Cuando se abrió el sepulcro del santo Mártir de Jesucristo en el año de 1593, se halló el cuerpo envuelto en un lienzo blanquísimo, tan nuevo como si en aquella hora se hubiese depositado. La carne se habia resuelto en cenizas; el corazon permanecia entero exhalando una suavísima fragrancia; y el cráneo estaba envuelto en un sudario ensangrentado, que denotaba la magnitud de la herida con que el Santo habia padecido martirio. Hizo el abad la separacion de las reliquias que se enviaron á Guadix, al Escorial y á Santiago, y lo demás que restó fue depositado en una preciosa arca de plata, y colocado en la capilla mayor frente del cuerpo de san Rudesindo, en el año de 1601, en donde úno y ótro son venerados de los fieles como titulares y patronos.

En este mismo dia celebra la iglesia de España á san Indalecio, de cuya vida nada mas se sabe que lo que ya queda dicho de los demas Apostólicos. Por tanto se omite la molesta repeticion de unos mismos hechos, mayormente cuando en lo referido hallará la piedad cristiana todos los motivos que pueda desear para explicarse en las efusiones mas fervorosas de devocion y gratitud.

La misa es en honra del Santo, y la oracion es la siguiente.

Deus, qui nos per beatum Torquatum martyrem, tuum atque pontificem ad agnitionem tui nominis venire tribuisti; concede propitius; ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum...

O Dios, que nos concediste la gracia de que viniésemos á conocer tu santo nombre por medio de tu bienaventurado mártir y pontífice Torcuato: concédenos misericordioso Señor, que nos alegremos con la proteccion de aquel, cuyo nacimiento en el cielo celebramos rendidos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5. del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fol. 9.

REFLEXIONES.

Nosotros insensatos juzgábamos que su vida era locura y su fin deshonrado. Este es el concepto que merecen al mundo las obras y santos exercicios de los que oyendo las inspiraciones del Espíritu santo determinan despreciar las profanas pompas y vanidades, tomar sobre sus hombros la cruz de Jesucristo, y seguir fielmente sus pasos. Los mundanos truecan fácilmente los nombres á las cosas que ven en los justos á proporcion que éllos tienen trocadas en sí las ideas. Al retirado le llaman osco é intratable: al silencioso le tienen por estúpido: al que frecuenta los sacramentos por hipócrita, y al que cumple con todas las obligaciones de la ley evangélica, llegan á conceptuarle por loco y desatinado. Un hombre engolfado en los placeres del mundo, y que mira sus riquezas y su vientre como su única deidad, es un ateista práctico, que condena con sus obras todos los dictámenes de la razon, y todos los preceptos de la religion revelada. Como su conducta es contraria enteramente á éllos, y no puede menos de amar y aprobar en su corazon esta misma conducta, es consiguiente desaprobar todos los exercicios de piedad como contrarios y repugnantes á los exercicios mundanos. Por esta causa se oyen con tanta frecuencia aquellas crueles murmuraciones contra los que desengañados de la vanidad del mundo, reconoci-

dos de su errado modo de proceder, y arrepentidos de sus delitos, abominan para siempre la vida mundana y relaxada, y emprenden con constancia y fervor otra vida religiosa y devota. Los relaxados miran con risa los piadosos exercicios en que este cristiano arrepentido se emplea, y desaprueban que prefiera la moderacion y pobreza evangélica á la soberbia y al luxo; que quiera mas bien mortificar su carne con ayunos y cilicios, que regalarla en espléndidos banquetes; que tenga mas delicia en pasar las horas llorando los desconciertos de su vida, postrado en espíritu delante del santisimo Sacramento en el rincon de alguna iglesia, que en asistir á las grandes concurrencias y á los profanos teatros, en donde apenas falta algun incitativo para provocar el deleyte en todos los sentidos.

Pero semejantes juicios, modos de pensar tan propios de la carne y sangre, ¿tienen en sí la recomendacion de la verdad y la justicia? ¿ni deberán hacer tal sensacion en las almas devotas, que baste para que lleguen á avergonzarse de su nueva conducta, y mucho menos para retraerse de los exercicios santos que han emprendido? La divina Verdad, que es Jesucristo, decia á sus discípulos con una energía que denotaba el deseo que tenia de que se grabasen en su corazon estas notables palabras: *Sabed, discípulos mios, que el mundo os aborrece porque no sois de su partido; si lo fuérais, él os amaria como á cosa suya; pero por cuanto perteneceis á Dios, y aborreceis las obras mundanas, por esto tambien el mundo os aborrece á vosotros. Pero sírvaos de consuelo el saber que primero me ha aborrecido y perseguido á mí; y no es razonable que pretenda el discípulo ser mas que su maestro.* Estas palabras de la divina Sabiduría encarnada denotan el origen de las feas calumnias con que se ven oprimidos los que determinan servir á Dios. De éllas se deduce la causa que mueve á tantos impíos á ridiculizar con sátiras y chanzonetas la vida arreglada y fervorosa de los verdaderos cristianos. Cada accion de éstos es una reprension severa de su relaxada conducta; á vista de élla los estímulos de la conciencia punzan vivamente su alma, y reprueban el empleo de su corazon. Como esto es tan sumamente doloroso para los que una vez llegaron á abandonarse á la

corrupcion de sus pasiones, se quejan en cierta manera, y se desahogan de su amargura, burlándose de las acciones piadosas, y satirizando al que se emplea en éllas como á un fanático ó entusiasta.

Pero aquel cristiano venturoso que llegó una vez á experimentar las felices operaciones de la divina gracia, y que con su luz llegó á ver claramente lo errado y escabroso de los caminos del siglo, y cuán dulce, deleytable y seguro es el habitar en los átrios del Señor, ¿deberá desmayar en sus exercicios, ni volver atrás del camino comenzado? Alma dichosa, que experimentas las dulzuras de la vida espiritual, y que conoces la confusion y amargura de los habitadores de Babilonia, sé constante en tus determinaciones; conoce que entre los lazos que puede poner el comun enemigo para desviarte de la eterna felicidad, ninguno es mas peligroso que las murmuraciones, risas y errado concepto con que te persiguen los mundanos. Armate con el escudo de la fortaleza, y abrazada con Jesucristo, dí de todo tu corazon las palabras de la esposa de los Cantares: *Tengo á mi sumo Bien entre mis brazos, y no le dexaré para siempre jamás.* Vendrá un tiempo en que recibas el galardon de tu constancia, y entonces verás que los insensatos que caminan tras de los deseos de su corazon, se muerden rabiosamente llenos de desesperacion, maldiciendo aquellas mismas risas y burlas con que os zaherian, confesando, á pesar suyo, que vuestra vida y vuestras acciones, lejos de ser locura, han sido la causa de que seais contados entre los hijos de Dios, y participantes para siempre de la suerte de los santos.

El evangelio es del cap. 15. *de san Juan, y el mismo que el dia VII, fólio* 143.

MEDITACION.

Sobre la perfeccion de la ley evangélica.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la ley instituida por Jesucristo, y promulgada por los varones apostólicos, á la cual te se man-

da arreglar todas tus acciones, es la ley mas justa que pudieron establecer jamás los mas sabios legisladores.

Por cualquiera aspecto que mires la ley del evangelio, hallarás que todos sus preceptos son justos y arreglados á la razon. Prescribe una profunda sumision al Ente supremo, criador de todas las cosas, y remunerador de las obras segun su mérito. A este Sér incomprensible manda que se le tributen el culto interior y exterior en señal de su supremo dominio. Para este efecto, en la misma ley se dignó el Señor de revelarnos gran multitud de profundos misterios, que al paso que testifican la infinita bondad y grandeza de Dios, arredran los mas sublimes conocimientos de la humana sabiduría. Porque si Dios no lo hubiera revelado, ¿en qué imaginacion pudiera caber el misterio de la Trinidad, los arcanos de la predestinacion, y sobre todo aquel exceso de caridad con que de tal manera amó Dios al mundo, que hizo que su Hijo unigénito tomase carne mortal para servir de precio por el mismo mundo? A este culto y sumision al Sér supremo junta la ley evangélica la prescripcion de unos preceptos los mas oportunos para conservar al género humano en la mejor armonía para con sus soberanos, y en la paz mas tranquila entre sus mismos individuos. Manda que se miren aquellos que estan sentados en el trono como unos vicedioses en la tierra; que se veneren sus leyes, y que se cumplan sus preceptos. Pinta su carácter como derivado de la divina Omnipotencia y supremo dominio; y en esta atencion declara que no solamente deben ser obedecidos aquellos príncipes justos que se desvelan y fatigan por la felicidad de sus pueblos, sino tambien aquellos que olvidados de sus grandes obligaciones, los oprimen injustamente, y desmienten en sus obras que estan constituidos por Dios padres de sus pueblos. La reverencia, el respeto, los tributos y cuantos auxîlios pueden ser necesarios para conservar el supremo dominio, otros tantos manda la ley evangélica á los que la profesan, en tanto grado, que hasta el mismo Jesucristo, siendo rey de reyes y supremo señor de todos los imperios, no se desdeñó de pagar el tributo al César siempre que le fuese exîgido. Si se vuelven los ojos á los preceptos que conducen para la tranquilidad de las naciones y para la felicidad de los

hombres entre sí mismos, se hallará que solo el primer precepto del decálogo contiene en sí las instituciones mas oportunas que puede producir la sana filosofia, y los medios mas blandos y seguros que pueden nacer de la política mas refinada. Solamente con que los hombres se amasen mútuamente como á sí propios, cesarian todos los delitos, y se convertiria la tierra en una mansion de paz y de bienaventuranza. El que ama á su próximo, desea su felicidad, estima todo cuanto le pertenece; se contenta de que goce de todos aquellos bienes de que le hizo dueño la divina Providencia; jamás abrigará en su pecho el inicuo pensamiento de denigrar su honra, de menoscabar su fortuna, y mucho menos de poner violentas asechanzas contra los preciosos dias que le concede el cielo. De consiguiente, si se guardase esta ley exáctamente, vivirian los hombres como hermanos, y su vida tendria ya principios de aquella tranquilidad, paz y dulzura de que gozan los bienaventurados.

Todo esto se percibe con mayor claridad, comparando la ley evangélica con las que establecieron los legisladores profanos, y aun con la misma que promulgó Moyses por mandado de Dios mismo. En la de los humanos legisladores se encuentra tal monstruosidad de inicuos preceptos, que el temor de que cause su narracion escándalo en las almas, dicta prudentemente que se cubran con el velo del silencio sus enormidades. Basta saber que el homicidio, el adulterio, el robo y otros delitos nada inferiores á éstos han hallado lugar en los códigos de algunos legisladores. Por lo que toca á la ley de Moyses, es bien sabido que el mismo Jesucristo dixo que tenia algunos preceptos, que solamente podia justificar la dureza de corazon de un pueblo carnal. Dirigíase principalmente á preparar y disponer en los hombres asiento á la ley evangélica; la cual, aunque acomodada á la debilidad de la flaqueza humana, con todo esa mira la santificacion del espíritu con tanto esmero, que no solamente prohibe los pecados; sino los pensamientos deshonestos y los deseos peligrosos. Con cuánta razon debes exclamar con el Espíritu santo en los Proverbios, diciendo: *Vuestros mandamientos, Señor, son para mí una an-*

torcha, vuestra ley una luz resplandeciente, y vuestras prohibiciones el camino seguro para conducir mi vida.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la ley que recibimos de los primeros padres de nuestra fe no solamente es justísima, sino muy suave, fáciles de executar sus preceptos, y útil y fructuosa en la execucion de lo que manda.

Si se compara con la ley antigua, desde luego sobresale la preferencia del evangelio en su execucion, sobre la dificultad y dureza de aquélla. Una sola consideracion bastará para manifestar esta verdad. Nada desea mas el hombre, á quien el uso de la razon le ha hecho conocer los yerros y extravíos de su vida, que la facilidad de poder expiar sus delitos reconciliándose con su Dios ofendido, y avivando la esperanza de poder ser algun dia eternamente bienaventurado. Esto no lo podian conseguir en la ley antigua ni aun los mismos patriarcas sino por un acto heróico de caridad ó de contricion perfecta. Ningun otro medio tenian para poder evadir las interminables penas que la divina Justicia tiene decretadas al delito. Pero en la ley de gracia tuvo cuidado nuestro divino Legislador de instituir el sacramento de la Penitencia, en donde, aunque nuestras lágrimas no nazcan de un perfecto dolor de nuestras culpas, está la sangre de Jesucristo, que suple los defectos de nuestra caridad, y las borra para siempre como si nunca jamás hubieran sido cometidas. Sin estas ventajas se manifiesta la facilidad de sus preceptos de la conformidad que tienen con los arreglados dictámenes de la razon. Si te manda el evangelio dar culto á Dios, amar á tu próximo, honrar á los mayores, mirar con respeto las posesiones de tu hermano, y últimamente, no querer para ótro sino aquello mismo que en iguales circunstancias quieres que sea practicado contigo: todo esto lo prescribe la misma naturaleza cuando no está desfigurada por la corrupcion de las pasiones. Por esta causa es comunmente llamada la ley antigua ley de severidad, ley de esclavos; y por lo contrario, la ley del evangelio ley de caridad, ley de hijos.

Pero todavía se descubre mas la dulzura y facilidad

de los preceptos evangélicos, si se hace una ligera comparacion con las leyes del mundo. Este es un cruel tirano, inexôrable en la observancia de unas durísimas leyes. Diga si no el avariento cuántos desvelos, cuántas fatigas, cuán penosos trabajos no tiene que sufrir para adquirir unas riquezas que se desvanecen como el humo? Diga el cortesano, ¿cuánta repugnancia encuentra en sujetarse á las leyes de la mentira, de la adulacion y la lisonja? ¿cuán duro le es tener que inclinar la cabeza, y tratar con respeto á un hombre soberbio, á quien interiormente mira con desprecio? Digan finalmente los que viven entregados á las delicias y pasatiempos del mundo ¿cuántas amarguras les hace sufrir la concurrencia á los espectáculos, el tener que cebar contínuamente el fuego voraz de los adornos profanos y del luxo, y los zelos, envidias, rabias y desesperaciones de que inunda el pecho aquel mundano amor, en que piensan erradamente los hombres que solo han de encontrar deleytes inagotables? El infeliz que una vez se decidió á vivir segun las leyes del mundo, jamás ve el rostro á la paz y á la tranquilidad; vive ansioso y sobresaltado, no goza de las naturales delicias que ofrece una familia bien arreglada. En todas las horas y en todos los momentos le persiguen los remordimientos de su conciencia; ni su salud ni su fortuna pueden sobrellevar el desarreglo de sus obras; es verdaderamente un hombre miserable y desventurado, y al fin tiene que padecer para con los demas mundanos el sonrojo de no ser un exâcto observador de las leyes del mundo. Pero aquel que vive segun las leyes del evangelio, ¡qué paz tan dulce llena su alma! ¡qué seguridad resplandece en sus obras! ¡qué de inocentes delicias encuentra en el cumplimiento de sus obligaciones! ¡qué gustos tan sublimes en el trato con Dios, en la contemplacion de sus divinos atributos, y en la imitacion de las heróicas obras en que resplandecieron sus siervos!

De cualquier aspecto que se presente á sus ojos la ley evangélica, precisamente ha de confesar que no solamente es justa y santa, sino blanda en sus preceptos, fácil en la execucion y provechosa en los frutos. Una vida bienaventurada en compañía de los ángeles, un premio eterno te presenta de una parte; amargura, sobresaltos,

fatigas, rabias y desesperaciones en esta vida, y una eterna infelicidad despues, es lo que por otra parte se presenta: ¿qué es lo que de los dos extremos deberás elegir? ¡O Dios mio! si se atiende á las obras y exercicios que hasta aquí han llevado mis atenciones, yo aparezco en vuestra presencia como un hombre ciego que ha andado contínuamente por derrumbaderos y precipicios, apartado del verdadero camino; yo he seguido las leyes del mundo, obedeciendo ciegamente la iniquidad de sus preceptos. Sentia en mi corazon un acibar que llenaba de amargura todas mis delicias; no conocia que esto mismo era una dádiva misericordiosa de vuestra divina gracia, y el contraveneno que habeis puesto en los gustos mundanos para que se aparten de éllos los hijos de los hombres.

Vos, Señor, me habeis abierto los ojos. Conozco la justicia, santidad y dulzura de vuestras santas leyes, y espero, con vuestra divina gracia, que de aquí adelante han de ser éllas solas el yugo suave á que esté sometido mi cuello.

JACULATORIAS.

Lex Domini immaculata convertens animas. Salm. 118.
La ley del Señor es santa é inmaculada, que convierte las almas.

Non erubesco evangelium: virtus enim Dei est in salutem omni credenti. Ad Rom. 1.
De aquí adelante no tendré vergüenza de practicar las leyes del evangelio, porque en él reside la virtud de Dios y toda felicidad para aquel que le practíca con una fe sencilla y verdadera.

PROPOSITOS.

La ley evangélica es el centro, el compendio y resumen de todas cuantas perfecciones pueden encontrarse, no solamente en las leyes justas que hasta aquí se han hecho, sino en cuantas de aquí adelante pueden inventar

los hombres. Por tanto, cumplir el evangelio no es otra cosa que llenar todas las medidas de la justicia. Esto se verifica no solamente respecto del complexo de toda la ley, sino aun respecto de aquellos preceptos que se tienen en élla por principales. San Pablo asegura que todo el cumplimiento de la ley consiste en la caridad; y escribiendo á los de Galacia, vuelve á confirmar lo que habia escrito á los romanos, diciendo estas palabras: Toda la ley se reduce á estos pocos términos: Amarás á tu próximo como á ti mismo. Lo mismo se deduce del exámen de cualquiera otro de los preceptos de Jesucristo. Uno de éllos es el que dice: *Que el verdadero cristiano ha de negarse á sí mismo, ha de tomar sobre sus hombros la cruz que puso sobre éllos la divina Providencia, y ha de seguir las pisadas de su maestro y legislador.* No tiene duda que el precepto de la caridad, recomendado por la naturaleza, tiene tal conexîon con la abnegacion del amor propio, que no se puede observar el úno sin cumplir exâctamente con lo que prescribe el ótro. Todo lo cual convence la perfeccion de nuestra ley, y la infinita sabiduría de su Legislador. Por esto san Agustin asegura que no hay ley que contenga preceptos ni mas sabios ni mas fáciles de executarse, ni que produzcan tantas felicidades en aquel que los observa como la ley evangélica. Convencido de esta verdad, é ilustrado tu corazon con las luces hermosas que la divina gracia ha esparcido en este momento sobre tu alma, es justo que depongas los engaños de la vida pasada, y propongas firmemente vivir de aquí adelante segun la ley á que te sujetaste en el bautismo.

Aborrece con todo tu corazon las leyes inicuas á que quiere sujetarte el mundo: conoce que todas éllas no conspiran á otra cosa que á hacerte eternamente desventurado. Aun en esta vida te tiene acreditado la experiencia que nada te ha producido sino sobresaltos y amarguras. En lo sucesivo no puedes esperar que las mismas causas produzcan diversos efectos. Si hasta aquí has vivido engañado é infeliz, engaños é infelicidades puedes prometerte en lo sucesivo. Por el contrario, si te determinas á seguir exâctamente las leyes del evangelio, tendrás por fruto la paz y tranquilidad de la vida, la estimacion y ho-

nor dé las personas sensatas, la amistad de Dios y de sus santos, y últimamente, aquella firme esperanza de felicidad qne te haga mirar la muerte como un sueño, y la vida como un estorbo que te impide la vision beatífica para que estás destinado. La razon, la naturaleza, la gracia, el exemplo de tus hermanos, y hasta tu misma experiencia te deben tener convencido de la seguridad y provecho de estos propósitos: infeliz de ti, si despreciando los influxos é ilustraciones del Espíritu santo, abandonando los convencimientos que en este instante siente tu corazon, y cerrando los ojos á las luces de la verdad y la justicia, persistes en tus errores antiguos, prefiriendo á la ley de Dios las leyes del mundo, y viviendo segun sus perniciosas máximas. La maldicion de Dios te seguirá en todas tus operaciones; experimentarás en esta vida el justo castigo que tiene decretado el cielo contra los que ponen mano al arado, y vuelven atras de su camino; y por complemento de tu infelicidad mirarás la muerte como un precipicio de dolores interminables.

DIA DIEZ Y SEIS.

San Ubaldo, obispo.

Nació san Ubaldo en Eugubio, ciudad de la Umbría en Italia, por los años de 1084, de una de las mas nobles y mas distinguidas familias del pais. Habiendo perdido á su padre casi estando el niño en la cuna, fue confiado á la tutela de un tio suyo, llamado tambien Ubaldo, que le habia sacado de pila, y era un caballero aun mas distinguido por su virtud que por su noble nacimiento. Él mismo le dió las primeras instrucciones de una cristiana educacion, reconociendo en el niño Ubaldo admirables disposiciones para la virtud, y no menor inge-

nio para sobresalir en el estudio de las letras. Púsole despues á pension en casa del Prior de san Mariano y Santiago para que estudiase en compañía de otros niños dedicados al servicio de la Iglesia; y en poco tiempo hizo muchos progresos en las letras humanas y divinas, pero mucho mayores en la ciencia de la salvacion.

Tuvo que padecer grandes combates su inocencia en medio de una casi general corrupcion de las costumbres. Cansado en fin, y ofendido de la licenciosa vida que se toleraba en los niños colegiales, compañeros suyos, dexó el colegio ó seminario de san Mariano, y entró en el de san Secundo, donde se vivia con mucho mayor arreglo, y allí acabó sus estudios. Cuanto mas sabio se hacia, mas devoto se mostraba. La tierna y afectuosa devocion que profesaba á la Reyna de los cielos le inspiró tanto amor á la pureza, que aun siendo muy niño, y hallándose heredero de una rica sucesion, resolvió renunciar todas las vanidades del mundo, é hizo voto de perpétua castidad.

Una virtud tan pocas veces vista en un jóven rico, noble, de buena disposicion y de mucho ingenio, en una ciudad donde eran tan raros los buenos, movió al obispo san Gramiriano á desear tenerle en su familia; y noticioso de que habia abrazado el celibato, le hizo prior de su iglesia catedral, que era la de san Mariano, donde habia pasado Ubaldo los primeros años de su puericia.

El cabildo, de que se halló cabeza nuestro Santo siendo todavía tan jóven, habia muchos años que vivia sin órden y sin disciplina. Estaba desterrada de él la regularidad; abandonados los divinos oficios; y las horas canónicas se reducian á que tocasen á éllas las campanas. La clausura abierta por todas partes; el desórden tan público y tan contínuo de dia como de noche; en una palabra, eran pocos los canónigos que no tenian una vida escandalosa. Gimió Ubaldo á vista de tan deplorable constitucion; derramó torrentes de lágrimas en la presencia de Dios, y no cesaba de implorar su misericordia por la conversion de sus hermanos.

El mal era grande, y la cura dificultosa. La misma inocencia y la misma virtud del santo Prior eran al prin-

cipio contra él. Mirábanle los canónigos como un mudo censor que los incomodaba; su mismo silencio, su modestia y sus mismas urbanas atenciones daban en rostro, y en vez de templar los ánimos los enconaban mas y mas. Como su vida era una vivísima reprension de la que éllos traian, no podian sufrir que fuese cabeza de su comunidad. A los principios intentaron obligarle á renunciar la dignidad á fuerza de pesares y pesadumbres; pero su afabilidad, su paciencia y sus cortesanísimas modales los desarmaron del todo, y aun en este particular se hicieron mas tratables, de suerte que ya solo los desesperaban sus exemplos, y no le podian mirar sin enfado.

Conociendo muy bien san Ubaldo así la naturaleza de la enfermedad, como el temperamento de los enfermos, se contentaba con procurar cumplir con las obligaciones de su estado, sin darles mas leccion ni aplicarles otro remedio que el del buen exemplo. Comenzó ganando á tres canónigos de los menos viciosos, á los cuales persuadió que, juntándose á él, viviesen todos de comunidad, no teniendo mas que un refectorio, un dormitorio y un coro comun. Edificó á toda la ciudad esta exemplar vida, resucitando en el clero el fervor de su primitivo espíritu. Por este tiempo, habiendo oido nuestro Santo elogiar á cierta comunidad de eclesiásticos, que con el título de canónigos reglares habia fundado un gran siervo de Dios, llamado Pedro de Honestis, en la iglesia de santa María del Puerto, territorio de Ravéna, pasó allá, y estuvo tres meses en élla para instruirse de su espíritu, y observar su disciplina. Agradóle el instituto, y traxo consigo á Eugubio sus constituciones, las que gustaron tanto á los canónigos de su reducida comunidad, que todos unánimes resolvieron abrazarlas. Bendixo Dios la perseverancia y el zelo de nuestro Santo; porque todo el cabildo se convirtió, admitió el nuevo instituto, y en poco tiempo fue una de las mas exemplares comunidades de canónigos reglares que florecian en la Iglesia universal.

En esta sazon un incendio, que obrasó la mayor parte de la ciudad, reduxo á cenizas el convento y cláustro de los canónigos, ocasion que pareció á Ubaldo muy opor-

tuna para renunciar el priorato, y para retirarse á la soledad, objeto de sus ansiosos deseos. Pero no queriendo proceder en cosa alguna sin consejo, partió á verse con el bienaventurado Pedro de Rímini, prior del desierto de Fon-Avelle, para consultarle sus intentos. Disuadióselos el Siervo de Dios, declarándole ser tentacion del enemigo, y lazo que le armaba para destruir el nuevo instituto, y arruinar en la cuna á la reforma; aconsejándole se restituyese al punto á su iglesia, y procurase reedificar cuanto antes el convento. Obedeció Ubaldo, y bendixo Dios su docilidad y sus trabajos, logrando ver en breve tiempo á su cabildo de Eugubio uno de los mas santos y mas florecientes de toda Italia.

Pero como se habia extendido por todas partes la fama y la reputacion de nuestro Santo, no era fácil que le dexasen lograr de su quietud por mucho tiempo; y habiendo muerto el obispo de Perusa, el clero y el pueblo de comun acuerdo nombraron á Ubaldo por su obispo. Noticioso de su eleccion, se salió secretamente de la ciudad, y se escondió en un sitio muy retirado hasta que supo que los diputados de Perusa se habian vuelto á sus casas. Entonces salió de su retiro, y llevado de su aversion á las dignidades eclesiásticas, se fue derecho á Roma, se echó á los pies del papa Honorio II., y le suplicó no atendiese al nombramiento de la iglesia de Perusa, vertiendo tantas lágrimas, moviendo tantas máquinas, y alegando tantas razones para que le excusase del obispado, que el Papa se dexó doblar, y declaró nula la eleccion del pueblo de Perusa.

No duró mucho el triunfo de su humildad; porque sucediendo dos años despues la muerte de Esteban, obispo de Eugubio, y no conviniéndose el clero y el pueblo en la eleccion, se vió precisado Ubaldo, como prior ó dean de la catedral, á volver á Roma, para suplicar al Papa que pusiese fin á aquellas consternaciones. El Papa, que estaba muy arrepentido de la facilidad con que antes habia condescendido con su repugnancia, le nombró por obispo de Eugubio, sin que ahora le valiesen sus razones, súplicas ni llantos; y le fue preciso obedecer, rindiéndose á una eleccion que mereció el universal aplauso del clero y pueblo. Fue consagrado por el mismo Papa el

año de 1129, declarando Dios ser suya esta eleccion, y justificándola el Santo desde luego por los grandes exemplos de virtud, y por los maravillosos frutos de su zelo.

Persuadido á que la virtud del prior no bastaba para la virtud del obispo, dobló su fervor, su devocion y sus penitencias. Siempre habia sido parca su mesa; pero no obstante aun hizo que fuese mas frugal; refinando, por decirlo así, su abstinencia, su modestia y su pobreza. Solia decir que el obispo debia hacerse respetar por su virtud, mas que por su tren y por su equipage; y añadia: *Si el obispo tiene mas renta que un canónigo, no es para mantener mas criados, sino para sustentar mas pobres.* Vivia con una contínua mortificacion en sus sentidos, y con un desasimiento general de todas las cosas. Infatigable en los trabajos de la penitencia, y en los que eran inseparables de su ministerio, velaba contínuamente sobre el rebaño que se le habia encomendado. Ganaba los corazones con su agrado, con su apacibilidad y con su paciencia. Diciendo un dia á un albañil que no habia hecho bien en levantar una pared en suelo ageno, aquel bárbaro lleno de furor arrojó al santo Obispo en un monton de cal. Levantóse tranquilamente el suavísimo Prelado, se retiró á su palacio sin hablar palabra; pero el pueblo, que no era tan moderado, clamaba por el castigo de tan sacrílega insolencia; y temiendo el santo Obispo que maltratase al delincuente, le refugió en su mismo palacio. El pobre albañil, penetrado ya de un vivísimo dolor de su delito, se ofreció á pagarle con su misma vida, pero todo el castigo que le dió, ni permitió el Santo que se le diese ótro, fue despedirle con un ósculo de paz.

Queriendo en cierta ocasion sosegar un tumulto popular, se metió intrépidamente entre las espadas desnudas; y á vista del peligro que córria el santo Prelado, dexaron todos caer las armas de las manos, siguiéndose la reconciliacion, como efecto de sola su presencia. Ninguno fue mas dueño de los ánimos y de los corazones de todos. Despues que el emperador Federico Barba-roxa sujetó á los romanos, y saqueó la ciudad de Espoleto, venia marchando á Eugubio con ánimo de hacer lo mismo;

pero habiéndole salido á recibir el santo Obispo, le desarmó; y lleno Federico de respeto y de veneracion á su virtud, deponiendo el fausto que le rodeaba, se postró á sus pies, le pidió su bendicion, y perdonó á la ciudad.

En medio de sus contínuas y dolorosas enfermedades, que disimulaba siempre con semblante alegre, apacible y sereno, ningun año dexó de hacer la visita de su obispado, y ningun dia de sustentar al pueblo con el pan de la divina palabra. Así como no hubo pastor mas amado de sus ovejas, así no hubo ovejas mas dóciles á la voz de su pastor. El culto divino restituido á su esplendor antiguo, los abusos desterrados y las costumbres reformadas fueron fruto del infatigable zelo de san Ubaldo, que consumido al rigor de sus penitencias y pastorales fatigas, debilitado por sus achaques, y presintiendo se iba acercando la hora de su muerte, se hizo llevar á la iglesia de san Lorenzo, donde se mantuvo como en una especie de retiro hasta el dia de la Ascension, disponiéndose para aquella última hora. Mandó despues que le restituyesen á su palacio episcopal, donde no cesó de dar saludables instrucciones todo el tiempo que logró libre el uso de la lengua. Agravándose la enfermedad la víspera y dia de Pentecostés, recurrieron todos con ánsia apresurada á recibir su última bendicion al pie de su humilde cama, sin oirse en la ciudad mas que llantos y universales gemidos, hasta que en la noche del dia siguiente, que fue el 16 de mayo, pasó tranquilamente á la gloria eterna de los bienaventurados en el año 1160, á los 76 de su edad, y 31 de obispo.

Concurrieron á venerar el santo cadáver todos los pueblos vecinos á la primera noticia de su muerte, pareciendo triunfo mas que pompa fúnebre sus magníficas exêquias; y los grandes milagros que obró Dios por intercesion del Santo, estando aún de cuerpo presente, continuándolos despues en su glorioso sepulcro, movieron al papa Celestino III. á canonizarle el año de 1192. Quatro despues se hizo la translacion de su cuerpo á la iglesia catedral de san Mariano y Santiago, que está sobre un montecillo extramuros de la ciudad, y se comenzó á llamar *el Monte de san Ubaldo*, por haberse edificado una

suntuosa iglesia dedicada al Santo, con quien cada dia es mayor y mas solemne la devocion de aquel pueblo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:

Auxilium tuum nobis, quæsumus, Domine, placatus impende, et intercessione beati Ubaldi confessoris tui atque pontificis, contra omnes diaboli nequitias dexteram super nos propitiationis extende: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que aplacada tu ira, nos concedas auxîlios particulares, y que por la intercesion del bienaventurado Ubaldo, tu confesor y pontífice, nos alargues tu mano poderosa para defendernos de todas las asechanzas del demonio: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría, y la misma que el dia V, fólio* 80.

NOTA.

»Hay gran variedad sobre el tiempo en que se escri»bió el libro del Eclesiástico. Los que le atribuyen á »Salomon suponen que fue en su tiempo: ótros quieren »que fuese en el pontificado de Eleazar, y en el reynado »de Egipto de Ptolomeo Filadelfo. La sentencia mas co»mun es que se escribió siendo pontífice Onías III., y An»tíoco Epifanes rey de Siria.

REFLEXIONES.

Dióle el gran sacerdocio para que exerciese sus funciones; para que cantase alabanzas á Dios; para que en su nombre anunciase al pueblo su gloria; y para que ofreciese incesantemente al mismo Dios incienso digno en olor de suavidad. Esto es puntualmente lo que quiere Dios de todo aquel á quien eleva á la alta dignidad del sacerdocio; que exercite sus funciones, *fungi sacerdotio*; esto es, que todos los dias ofrezca en el altar el cordero sin mancilla: *Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidie* (Eccl. 45.). Que su ocupacion y su oficio sea cantar alabanzas al Se-

ñor, y predicar al pueblo su palabra. Y por cuanto un ministerio tan santo, un carácter tan sagrado estan pidiendo una vida pura, inocente y exemplar, que en todo tiempo exâle el buen olor de Jesucristo; exíge Dios á todos los sacerdotes un arreglo de costumbres mas exâcto, una virtud mas particular, un fervor mas constante, y siempre semejante á sí mismo. Son los sacerdotes por su carácter, personas consagradas; por su estado, ministros del altar; por su título, conquistados ó adquiridos especialmente por el Señor, y escogidos para ser oráculos de Dios vivo, intérpretes de su voluntad, depositarios de los méritos, y aun de la misma sangre de Jesucristo; sus favorecidos, sus ministros, encargados de las oraciones del pueblo, por su oficio; obligados á servirle de luz, por su ministerio; destinados á alabar dia y y noche al Señor, por su oficio. Su vida escondida en Jesucristo, segun la expresion del Apóstol, debe representar á los ojos de todos la vida del mismo Cristo. Sus dias no son suyos; reservóselos para sí el que los llamó á su servicio; estáles prohibida toda ocupacion puramente profana; para éllos todos los dias son ferias, esto es, dias de fiesta y solemnidad: fines, acciones, deseos, diversiones, hasta la misma aparente ociosidad, todo debe ser en éllos santo, ó santificado. Siendo respetables aun á los ángeles por su elevado carácter, no lo deben ser menos á los hombres por la inocencia y por la santidad de su vida.

¡Gran desolacion! exclama el Profeta, que las piedras del santuario, tan dignas de nuestra veneracion, mientras estan en su lugar, se hallen disipadas por los rincones de las calles, arrojadas á los pies y tratadas con desprecio, cuando se desvian de su soberano destino.

¡Qué escándalo sería si aquellos ministros del Altísimo, que solo debieran encontrarse entre el vestíbulo y el altar llorando sus pecados y los del pueblo, se hallasen todos los dias en las concurrencias profanas, frecuentando las academias de la ociosidad, siendo el alma de las diversiones y el espíritu del juego, malogrando todo el tiempo en una delicadeza, ó en una disipacion escandalosa!

¡Pero ah! y no se hallan por nuestra desgracia al-

gunos de esos mercenarios, de esos sacerdotes intrusos que con lastimoso daño de la religion desacreditan su sagrado ministerio? ¿no se hallan hombres indignos, sin mas vocacion al estado que abrazaron, que el de una renta pingüe, considerando un beneficio eclesiástico como suplemento de una legítima escasa? ¡O santo Dios, y qué terrible cuenta han de dar al supremo Juez del empleo de sus rentas, de las obligaciones de su estado, y de todos los dias de su vida, pasados quizá en la ociosidad, cuando ni un solo momento debieran tener que no le empleasen bien!

La vida ociosa y delicada tiene sin duda sus atractivos; pero hay pocos que sean inocentes, y ninguno que no sea indigno de un eclesiástico. Pocos ociosos hay de este carácter que dexen de ser culpados. Como son, ó se hacen personas necesarias para las diversiones de otros, sin éllos parece que no tiene alma la conversacion; al juego, en su ausencia, le falta toda la gracia; y en fin, las visitas, el paseo, las tertulias, y cuantas fiestas profanas hay, le sorben todo el tiempo, reservando solo unos pocos instantes, y esos los últimos de la noche, para rezar precipitadamente algunos salmos. Aun esta corta obligacion del estado que éllos juzgan ser la única, les parece una carga insoportable. Háceseles pesada la santidad de su carácter, y falta poco para que una gruesa renta, con obligacion de hacer oracion á Dios, no les parezca un beneficio á título oneroso.

¡Pues qué! ¿No se separaron del pueblo, no se alistaron en la fam lia de Jesucristo, sino para hacerse mas lugar en las concurrencias mundanas? ¿puede representarse escena mas escandalosa? ¿puede darse al público espectáculo mas risible? Siempre hace figura muy ridícula el que representa un papel que no le conviene; nunca sale uno de lo que corresponde á su estado sin hacerse risible por el mismo hecho. ¿Y esta ridiculez no será mas visible en una persona eclesiástica? ¡Ay mi Dios! ¿Quién podrá asegurar en la hora de la muerte á un hombre cargado de obligaciones, todas á cual mas esenciales, todas á cual mas indispensables, todas á cual mas sagradas, y que muere sin haber cumplido jamás puntualmente, ni aun quizá con una sola de éllas? Éllos solos bien cubier-

tos contra las miserias y contra las calamidades de los tiempos; éllos solos exêntos de los trabajos y de los cuidados inseparables de los demas estados y condiciones; éllos solos ricos con los bienes de los pobres; ¡es posible que solo han de encontrar lugar para los pasatiempos! ¡qué su sagrado carácter solamente les ha de servir para la diversion, y sus crecidas rentas para arrastrar un gran tren y un magnífico equipage! ¿Entraron acaso en la iglesia para no salir del mundo? ¡Oh, y qué cuenta darán á Dios!

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo, y el mismo que el del dia V, fólio 82.

MEDITACION.

A qué peligro se exponen los que pasan una vida ociosa.

PUNTO PRIMERO.

Considera á qué riesgo nos exponemos en una vida ociosa é inútil, y cuánto debemos temer el castigo de un Dios justamente irritado, que puede fulminar contra nosotros aquella terrible sentencia de reprobacion pronunciada contra el árbol que no lleva fruto.

Mucho tiempo ha que no cesa Dios de cultivarnos; inspiraciones, gracias, auxílios, instrucciones, accidentes imprevistos, leccion de libros, todo se dirige á convertirnos. Ha mucho tiempo que el Señor busca frutos, y no encuentra mas que hojas, ó frutos semejantes á los del campo de Gomorra, que tras de una bella corteza, solo escondian podredumbre y amargura: ¿Cuál será, pues, nuestra suerte? ¿qué destino debemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego; un cristiano vacío de buenas obras, sin devocion, y que no tiene mas que la apariencia de cristiano, ¿tendrá el cielo por herencia?

¿*Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci*? ¿Qué mas debí hacer por mi viña que no hiciese? dice el Señor por el Profeta. Trae á la memoria los auxílios que te he concedido, las gracias que te he dispensado. Despues de tantos afanes ¿no debia esperar yo que

esta mi viña me correspondiese con frutos dulces? Y en medio de eso no me ha dado mas que racimos muy amargos.

Nunc ergo, habitatores Jerusalem, et viri Juda, judicate inter me, et vineam meam. Juzgad, pues, ahora vosotros mismos, hombres ingratos, si tengo razon para quejarme de vosotros. Hice por vosotros mas de lo que vosotros mismos os atreveríais á esperar, y en cierta manera aun mas de lo qué podríais creer. Convenis en los beneficios que habeis recibido de mi liberal mano. ¿Pero me habeis servido por eso con mayor fidelidad, me habeis amado mas?

¿No tenemos razon para temer el justo castigo con que amenaza á la viña estéril? *Auferam sepem ejus, et erit in direptionem*: Echaré por tierra el cercado con que la resguardé, y dexaréla abierta al arbitrio de los caminantes y de los pasageros; convertiráse en camino público, y será pisada de todos; ya no se cultivará mas: si produxere algo, serán espinas y abrojos; y para colmo de su desdicha, ya no desprenderé yo mi apacible lluvia sobre una tierra tan ingrata, sobre una viña que no da fruto. Es fácil entender lo que significan estas expresiones. Hiciéronse en tiempo de Pascua los propósitos mas santos; conocióse el peligro de ciertas visitas, de ciertas funciones, de ciertas concurrencias, de ciertas conversaciones, y de ciertas malas costumbres. Fue fruto del dolor y del arrepentimiento un plan de vida nueva; concluyóse que era indispensable la enmienda y la reforma; pero á pocos dias despues, todo esto dió por tierra. Y un Dios tan justamente irritado ¿continuará despues sus extraordinarios desvelos? ¿derramará despues con profusion sus especiales favores? ¿dexará en pie ese cercado que tú mismo haces tantos esfuerzos para derribar? ¿colmaráte siempre de nuevos beneficios y de nuevas gracias?

PUNTO SEGUNDO.

Considera la desgracia de una alma á quien castiga el Señor con esta justa, pero espantosa privacion. Derribada la cerca; esto es, perdido aquel recogimiento interior; debilitado aquel saludable temor de los juicios de Dios; esterilizados los talentos, y reiteradas las recaidas, se derramará el alma indiferentemente á todos los objetos; será presa infeliz de todas las pasiones; ocuparán tumultuariamente el corazon mil turbulentos cuidados; apénas se dexará percibir la voz de Dios sino allá en lo mas hondo del mismo corazon; no harán impresion los saludables consejos de un confesor docto y prudente; miraráse la virtud con tédio y con disgusto; haráse intolerable el yugo del Señor; parecerá como seco y agotado el manantial de las gracias. ¿Y qué será de una pobre alma en tan lamentable estado?

Acaso te lisonjeará con que no te has abandonado á lo último del desórden. Pero acuérdate de que el siervo haragan y perezoso no fue castigado porque hubiese perdido el talento, sino por no haber negociado con él. Espera volver sobre ti, y confesarte en la primera fiesta. Pero si la confesion que hiciste por pascua de Resurreccion fue inútil, ¿no debes temer que no lo sea menos la que hagas por pascua del Espíritu santo? Mientras tanto el tiempo se escapa, y quizá quizá estamos ya tocando el término fatal de nuestra vida. *Jam enim securis ad radicem posita est.* Acaso será ésta la última solicitacion de la gracia: acaso será la postrera vez que Dios nos advertirá, que Dios nos tocará el corazon, que Dios nos apretará para que salgamos de este estado infructuoso y esteril. ¿Y despues de todo esto, ¿no debemos temer que pronuncie contra nosotros aquella sentencia del padre de familias contra la higuera que no daba higos? *Succidite illam, ut quid terram occupat?* Corten este árbol cuanto antes, arrójenle al fuego: ¿á qué propósito se le ha de dexar ocupar el terreno de ótro que puede dar exquisito fruto acreditando las diligencias del cultivo?

¡Cosa extraña! hacemos todas estas reflexiones; á muchos los estremecerán estas verdades; todos convenimos

en que es muy arriesgada una vida inútil para el cielo; y en medio de eso, ¿ para cuántos serán inútiles estas reflexiones?

No permitais, Señor, que sea yo de este número. Árbol estéril hasta aquí, he hecho ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canseis, Dios de las misericordias; continuad, Señor, continuad en cultivar esta alma por vuestra gracia, que espero dará fruto de hoy en adelante.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. 18.

Dadme, Señor, todavía un poco de tiempo, que yo os satisfaré lo que os debo.

Domine Deus, ostende hodie, quia tu es Deus Israel, et ego servus tuus. 3. Reg. 18.

Mostrad, Dios mio, y Señor mio, en este dia que vos sois mi soberano dueño, y que yo soy fiel y humilde siervo vuestro.

PROPOSITOS.

Si has comprendido el peligro á que está expuesta una vida ociosa, inútil y floxa, fácilmente evitarás este peligro con el horror que te causará semejante vida. Pero guárdate bien de que este horror se reduzca solo á proyectos aéreos, á deseos inútiles que matan al perezoso. Procura que sea siempre práctico el fruto de todas tus meditaciones; esto es, que se reduzca siempre á la reforma de tus costumbres, á arreglar tu conducta, y á la práctica de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida, ó á lo menos ha habido en élla grandes vacíos; procura que en adelante sean dias llenos todos tus dias, segun la frase de la Escritura. Da desde luego principio por el dia de hoy, practicando en él todas aquellas obras y exercicios que corresponden á tu estado. Visita á los pobres enfermos en el hospital; consuélalos con tus palabras y con tus limosnas. Si no los puedes visitar en el hospital, exercita esta obra de caridad con algunos de tu parroquia. Hay muchas familias honradas que tienen gran falta de todo; lo

que á ti te sobra, las acomodaria mucho á éllas; socórrelas, y gasta en esto lo que habias de gastar en una mesa explendida, en un convite inútil, en un vestido supérfluo, ó en un mueble no necesario, que puedes pasar sin él. Harás en esto un gran sacrificio. Ruégote que tomes el gusto á esta práctica.

2 Huye de acompañarte con gente ociosa, y generalmente de toda concurrencia donde reyna la ociosidad. Ten continuamente alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana siempre debe tener alguna labor que la ocupe; á la labor suceda la oracion, ó la leccion de algun libro devoto. Procura que sea útil hasta tu mismo descanso por medio de conversaciones que fomenten la virtud, y que edifiquen. Acostúmbrate á levantar el corazon á Dios frecuentemente con breves jaculatorias, y con actos de amor suyo. Es devocion muy provechosa rezar el *Ave María* siempre que da alguna hora. Mucho se adelantará con una vida acostumbrada á estos devotos exercicios; son unas industrias espirituales, al parecer de poca entidad, pero en realidad de gran valor para enriquecerse el alma.

☞ DIA DIEZ Y SEIS.

San Juan Nepomuceno, mártir.

Entre las varias calamidades que ha padecido la Iglesia, y en la mayor corrupcion de los siglos mas relaxados, siempre ha hecho ver su esposo Jesucristo que no podrian prevalecer contra élla las puertas del infierno; antes bien, las mismas persecuciones harian resaltar el precio y hermosura de la virtud. Vióse esto con la mayor claridad en el reynado turbulento, deshonesto y sanguinoso de Wenceslao, rey de Bohemia, indigno por sus excesos de haber sido hijo del generoso Cárlos IV. Entre los varones que ilustraron por aquel tiempo la iglesia de Bohemia, y principalmente la metropolitana de Praga con el lustre de

su nacimiento, con la copia de doctrina, con la fortaleza en defender la inmunidad eclesiástica, con la inocencia de costumbres, y todas las demas virtudes propias de los grandes sacerdotes, fue uno san Juan Nepomuceno, cuya vida y felicísima muerte, honrada con la laureola del martirio en defensa del sigilo sacramental, es como se sigue.

Nació san Juan Nepomuceno en un lugar de Bohemia llamado Nepomuk, entre el año de 1320 y 1330, segun se dexa inferir de los sucesos de su vida. Sus padres, hombres de mediana fortuna, fueron mas ilustres por la solidez de su piedad, que por la antigüedad de su ascendencia. Habian llegado á una edad avanzada, cercana á la senectud, sin el consuelo de tener sucesion: dirigian al cielo sus votos, derramando copiosas lágrimas delante de la imágen de la Madre de Dios, que se veneraba en Verdemonte, monasterio de cistercienses, mas por exercicio de su piedad, que porque esperasen tener hijos en edad tan desproporcionada. Pero la piadosa Madre de misericordias oyó sus oraciones, y no solamente alcanzó de su Hijo que los alegrase con el nacimiento de Juan, sino que habiendo éste enfermado peligrosamente, que se desesperaba de su vida, sanó repentinamente luego que sus padres acudieron á ofrecer sus votos delante de aquella santa imágen. Toda su puericia fue un contínuo texido de santas obras, que manifestaban la verdad con que el cielo habia indicado antes de nacer la pureza de sus costumbres, y los ardores de su caridad, por medio de unas hermosas llamas que descendian del cielo, y rodeaban la casa que fue el teatro del dichoso nacimiento de tan santo varon. Deleytábase siendo todavía muy niño en asistir á la iglesia antes de amanecer para ayudar á misa á los sacerdotes; lo cual hacia con tanta continuacion y cuidado, que parecia un ángel del cielo destinado á la iglesia por ministro. Habíale dotado la naturaleza de un semblante, en que se juntaban la magestad y hermosura con una amabilidad y sencillez que arrebataba los corazones. Su genio vivo, su tenaz memoria, y su entendimiento agudo y perspicaz, no desmentian un punto los anuncios felices de su semblante. Para no malograrlos cuidaron sus padres de proporcionarle los estudios de latinidad y elocuencia, y

para este efecto le enviaron á la ciudad de Zatecio, en donde estas letras estaban á la sazon florecientes. Como su ingenio era de aquellos que se hacen superiores á las ciencias, é incansable su aplicacion, en poco tiempo estudió la latinidad y letras humanas. Pero como nuestro corazon es el que principalmente dispone los progresos de nuestros estudios, siendo cierto que en nada se adelanta tanto como en lo que se estudia con gusto, nada llevaba la atencion del mancebo con tanta violencia como el estudio de aquel arte hermoso que sirve de dar energía á los discursos, y mayor fuerza á la verdad. Siendo ya latino, humanista y orador, y conociendo que no le bastaba tener conocimientos que diesen hermosura á sus labios, si no rectificaban las disposiciones de su corazon, determinó con el consentimiento de sus padres conducirse á Praga, en donde el emperador Cárlos IV. habia establecido una floreciente universidad, llevando con grandes premios los maestros mas sobresalientes en todas facultades que tenian en aquel tiempo París, Padua y Bolonia. En esta floreciente escuela estudió la filosofia y sagradas ciencias, hasta conseguir el grado de maestro en la primera, y el de doctor en sagrada teología y cánones.

Desde el principio en que habia comenzado á instruirse en las letras humanas, habia conocido el Santo, que la grande propension que sentia en su alma al estudio de la elocuencia, denotaba cierta vocacion al sacerdocio, y á procurar la salvacion de las almas. Cuanto mas fue internándose en los secretos de la verdadera sabiduría, y penetrando la sublimidad de las verdades de la religion en las ciencias sagradas, otro tanto mas se iban encendiendo en su corazon los deseos de servir á la Iglesia y á la salud de sus próximos por todos los dias de su vida. Desconfiaba sin embargo de su propio juicio; y aunque en todo el tiempo que habia consumido en los estudios, no habia dexado de practicar obras contínuas de piedad y de virtud, con todo eso determinó retirarse por espacio de un mes entero de todos los exercicios profanos ó civiles, para exáminar con seriedad y rigor su vocacion al sacerdocio. Sabia muy bien el Santo, que la felicidad con que se cumple un tan árduo ministerio, pende las mas veces

de la proporcion y del genio de la alma para semejantes exercicios, y de haberse introducido al estado eclesiástico con aquellas dotes que le son propias y necesarias. Gastó el santo Mancebo todo aquel mes en una rigurosa soledad, purificando y exâminando su conciencia, afligiendo su inocente cuerpo, y dirigiendo al cielo fervorosas oraciones y sentidas lágrimas, para que se dignase de hacerle patente su voluntad, y darle los auxîlios necesarios para cumplirla. Conoció de la constancia en sus propósitos, y mucho mas por aquella interior ilustracion con que Dios se insinúa en los corazones de sus siervos, que este Señor le llamaba al estado eclesiástico; y así, concluidos sus exercicios, recibió los órdenes sagrados, y comenzó á exercitar las funciones de su nueva dignidad por medio de la predicacion. No se componia ésta de aquellos discursos graciosos y engalanados, que suelen manifestar mas bien que los oradores van á predicarse á sí mismos, y hacer patentes su vanidad y su ciencia, que no á ganar las almas perdidas, y reducirlas á la grey de su pastor, de donde se habian descarriado. Los discursos de san Juan eran sustanciosos, vivos, enérgicos, llenos de aquella fuerza superior con que el espíritu divino deshace los endurecidos corazones, y derriba los mas altivos cedros del Líbano. El movimiento, la convulsion que causaba en las almas de los oyentes: el aprecio con que éstos le oian, sus lágrimas, y mucho mas la enmienda de sus vidas, daban un claro testimonio de la excelencia de su predicacion: y en breve tiempo todos los vecinos de Praga reconocieron en san Juan Nepomuceno un ministro evangélico, en quien resplandecia á un mismo tiempo la copia y sublimidad de doctrina, y el santo exemplo de sus obras con que la confirmaba. En esta justa persuasion no tuvieron dificultad de nombrarle predicador de la basílica de nuestra señora de Trein en Praga la antigua, que era el sitio mas principal y noble de aquel pueblo, y en donde solo se permitian predicar oradores muy consumados.

Era empresa árdua suceder en el lugar á hombres tan sábios como le habian precedido sin el justo temor de incurrir en el desagrado de los oyentes, acostumbrados á los oradores mas sublimes que habia tenido Bohemia.

Uno de estos era Conrado Stickna, hombre elocuentísimo, y ótro el mas inmediato llamado Juan Milicio, cuya fuerza en el decir era tanta, que de resultas de un discurso suyo, todas las matronas de la ciudad de Praga depusieron á un tiempo el luxo y profanidad de sus vestidos; las mugeres públicas dexaron sus vidas licenciosas, encerrándose en conventos; y hasta los ciudadanos mismos llegaron á destruir los lupanares, dedicándose á las lágrimas y á la penitencia. Sin embargo de esto, el nuevo Predicador llenó de tal manera la espectacion de todos, que hizo olvidar el mérito de sus predecesores, y aun les aventajó en la prudencia y modestia de sus discursos, no menos que en el respeto con que miraba al auditorio y al sagrado puesto desde donde anunciaba la palabra de vida y de verdad. Porque aunque los referidos Predicadores tenian grande mérito en la elocuencia, como su corazon no estaba imbuido como el de san Juan de sólida virtud, habian zaherido en sus discursos á los órdenes mendicantes, causando escándalo en los oyentes, desprecio de su ministerio, acusaciones en Roma, y alborotos y disensiones muy agenas del ministerio de la palabra. Entretanto la doctrina, virtud y contínuo trabajo de este digno Sacerdote iba creciendo en tanto grado, que todos á una voz publicaban su mérito, y clamaban por su exâltacion. Distinguióse entre todos el arzobispo de aquella santa iglesia, por cuya solicitud, no solamente fue hecho nuestro Santo canónigo de aquella respetable catedral, sino que se le confió el delicado empleo de predicar al César en la iglesia de san Vito. Sin embargo de que sus virtudes y su sabiduría testificaban su aptitud para tan grande empleo, su modestia y humildad le hicieron concebir de sí mismo tan baxamente, que repugnó por mucho tiempo el nuevo honor que le ofrecian. Decia que era indigno de subir á un puesto tan encumbrado, é incapaz de producir acertados consejos y doctrinas saludables correspondientes á la delicadeza y altos empleos de los grandes personages que habian de recibir sus instrucciones. Pero como es sentencia de la Verdad infalible, que aquel que se humilla ha de ser ensalzado, todos á una voz respondieron á sus excusas, que nada le hacia mas digno de los honores que el desprecio con que los miraba. Tuvo, pues, que aceptar

úno y ótro; y exercitó muchos años, siendo canónigo, el oficio de predicador del César con grande complacencia de todos los aúlicos y de las gentes del pueblo, que continuaron á oirle con fruto y admiracion. El argumento ordinario sobre que formaba sus sermones era la penitencia y arrepentimiento de los pecados: la relaxacion, soberbia y gastos supérfluos de los nobles: la fealdad y consecuencias perniciosas de la borrachera, vicio entonces muy ordinario: el luxo y profanidad de los vestidos; y últimamente, el juicio tremendo que espera á todos los delincuentes, y las penas acerbas é interminables que han de tener por castigo. Oia todas estas cosas el emperador Wenceslao con sumo gusto; encantábale la sabiduría de Nepomuceno, su gracia y energía en el decir, y la solidez y acrimonía con que declamaba contra los vicios; y como todavía éstos no habian llegado á corromper su corazon, lograba la palabra de Dios en él un completo fruto, lo cual manifestaba en sus obras.

Llegó esto á tanto, que formando el Rey de san Juan el concepto mas ventajoso, le nombró para uno de los mejores obispados, bien persuadido á que tantas virtudes y letras como en Nepomuceno resplandecian, calificaban de acertada su eleccion, y darian un digno sucesor á los apóstoles. Pero el Santo, que conocia muy bien las peligrosas obligaciones de dignidad tan sublime, y que pensaba de sí mismo con tanta humildad y baxeza, significó al César su ineptitud, y le pidió encarecidamente le dexase exônerado de tan pesada carga, para dedicarse con mayor libertad y zelo á la conversion de las almas, que era lo único en que podian emplearse con alguna utilidad sus débiles fuerzas. De la misma manera renunció la prepositura de una iglesia exênta, que era en aquel tiempo de las primeras dignidades, ya por las honrosas comisiones y exercicios que la eran anexôs, y ya por la cuantiosísima renta de que gozaba. El verdadero mérito es por sí tan luminoso, que no puede menos de hacerse ver y respetar aun de los ojos mas ofuscados, á quienes sirve de microscópio para mirar aquella profundísima humildad que le distingue. Tiene ademas una atraccion vigorosa respecto de todas las dignidades y honores, las cuales sin violencia, como que

se van por sí mismas á aquel que mas las desprecia y las huye. Renunciado el obispado y la prepositura que el Emperador destinaba justamente al agigantado mérito de nuestro Santo, parece que habia de calmar el empeño de aquel Príncipe en destinar honores á un sugeto que tanto lo repugnaba; pero no fue así, porque como la virtud era la que estaba moviendo contínuamente su corazon, éste podia sosegarse por algun tiempo, mas no podia borrar las impresiones que el mérito de san Juan en él habian causado. Insistió de nuevo en condecorarle con la dignidad de real limosnero, dignidad que al tiempo que premiaba en parte sus sobresalientes virtudes, le conservaba dentro de palacio, y ademas de esto le proporcionaba un exercicio correspondiente á su gran caridad. De comun consentimiento el Rey y la Reyna le ofrecieron este oficio, y el Santo, considerando que muchas veces se explica la soberbia por el desprecio porfiado de todas las dignidades, determinó inclinar el cuello á una carga que le destinaba la divina Providencia, y complacer al Emperador en un empleo menos peligroso para su alma. Exercitóle de tal modo, que todos los aúlicos estaban admirados de la destreza, política é integridad con que se conducia en palacio: los pobres daban gracias al cielo, sorprendidos de su ardiente caridad y de sus largas limosnas, y todos admiraban en su conducta y exercicio los efectos de una prudencia celestial y de una justicia consumada.

Estas virtudes aumentaban de dia en dia su santidad: ésta su celebridad y su fama; y de todo nacia una autoridad que mandaba sobre la conciencia de todos, deseando conducirse por su sabiduría y sus consejos. Pero en donde hicieron mas operacion estas recomendables virtudes, fue en el corazon de la reyna Juana, hija de Alberto, duque de Baviera, y conde de Olanda. Era esta matrona amable por todas sus circunstancias: de un inocente candor en su genio, de una piedad recomendable en sus costumbres, y de un conjunto de virtudes, cual convenia á un real pecho. Movida de la sublimidad de sus sermones, de la seguridad y solidez de sus máximas, y de la fuerza victoriosa con que persuadia la virtud, determinó tomarle por

su confesor para que dirigiese su conciencia, y fuese maestro de su vida. Este hecho movió á algunos conventos de vírgenes á solicitar su direccion, seguras del aprovechamiento que les resultaria si llegaban á conseguir tan acertada enseñanza. Los precisos cargos del empleo de limosnero no permitieron este consuelo sino á las religiosas de san Jorge, que con la direccion del Santo, llegaron en breve al mas sublime grado de la perfeccion religiosa. En este tiempo resplandecia Nepomuceno como una luciente antorcha, que difundia por todas partes las luces de su santidad y su doctrina. La santa iglesia metropolitana de Praga le miraba como á su mayor ornamento, y toda la corte como á un oráculo en donde hallaban sus dudas claridad, seguridad, y desenredo sus dificultades, y un ángel de paz sus pleytos y disensiones. En esto último llegó á tan elevado concepto la prudencia de nuestro Santo, que acontecia poner en sus manos los pleytos mas considerables, interesantes y ruidosos, sujetándose las partes voluntariamente á su sentencia. Tan grande era la opinion que de su sabiduría é integridad se habia apoderado de los corazones de todos, que no cediendo á las decisiones de los tribunales reales, oian y abrazaban sin apelacion las decisiones de san Juan Nepomuceno.

Entretanto el rey Wenceslao, que era de un genio cruel, deshonesto, y propenso á todos los vicios, iba empeorando sus costumbres, manchándolas con fierezas y deshonestidades. Dícese que los inícuos lisonjeros y aduladores que le rodeaban, le dieron confecciones con que excitar hasta lo sumo su fiereza, su obscenidad y su justicia; ¿pero qué confecciones tan activas para pervertir el corazon de un Príncipe, y hacerle exêcrable para con Dios y los hombres, como las palabras y consejos de los aduladores, cuyas lenguas serpentinas están teñidas de un mágico y pestífero veneno? Éste pudo tanto en aquel Príncipe infeliz, que llegó á convertirle en un loco furioso, ó en un monstruo que no hallaba deleyte sino en la crueldad y en los mas infames delitos. La piadosa Reyna miraba con sumo dolor los excesos de su esposo; y la piedad y ternura de su corazon se conmovian mas violentamente

á vista de las crueldades diarias que cometia. No podia ver sin horrorizarse, que su marido, imitando á los Príncipes mas crueles, llegase hasta el extremo de ensangrentar la mesa y las viandas que comia con la muerte de los grandes que allí mismo mandaba degollar. Gemia la inocente Reyna en el secreto de su corazon, y redoblaba sus suspiros el ver que su honesta conducta era mirada del Rey con ojos infieles y zelosos. No hallaba consolacion sino en la soledad y el retiro, dirigiendo á Dios ruegos humildes para que ablandase el corazon de su esposo. Cuando los males que se padecen son extremos, no halla el afligido descanso sino en la conversacion con Dios y en el seno de la virtud. Por tanto, con ningun exercicio podian templarse las lágrimas y amargura de la Reyna sino con la confesion sacramental, que comenzó á frecuentar con mas esmero, con la oracion contínua, con los exercicios de piedad y socorro de los pobres; y últimamente, con todo aquello que forma una vida completamente espiritual, en que se empleaba noche y dia.

Estas piadosas ocupaciones de la Reyna, sus mortificaciones y abstraccion, que bastarian por sí solas á ablandar el corazon mas rebelde, y á excitar en él los estímulos de un verdadero y puro amor, produxeron en Wenceslao efectos enteramente contrarios. No podia sufrir la presencia de su esposa: aborrecia con todo su corazon la inocencia de sus costumbres, cuando éstas se presentaban á sus ojos; pero cuando la veia retirada y apartada algun tanto de su presencia y comercio, sentia su corazon encendido en vivas llamas de amor, que aunque profano, tenia la actividad suficiente para producir en él la loca pasion de unos zelos furiosos. Produxeron éstos en el inicuo Rey la desatinada curiosidad de saber la confesion de su esposa, los delitos que confesaba al Sacerdote, los consejos que éste la daba, y principalmente cómo pensaba de su marido, y si acaso tenia su amor empleado en otro objeto. Tan locos pensamientos es capaz de producir la tiranía cuando se aconseja de la crueldad, de la torpeza y de la lisonja. El intentar satisfacer sus curiosos deseos por confesion de la Reyna, lo reputó por un imposible; y así

resolvió aquietarlos, procurando emplear los medios mas suaves, y si fuese menester los mas violentos, para inducir á ello á su confesor, en quien sabia depositaba la Reyna todos sus secretos y confianzas. Mandó llamarle; y cuando le tuvo en su presencia, hizo de tal modo, que despues de varios rodeos de discursos y palabras, cayese la conversacion sobre las cualidades y condicion de las mugeres casadas, significando que sus intenciones mas ocultas y sus obras por santas y secretas que fuesen, debian saberlas sus maridos, principalmente siendo éstos reyes. Propúsole riquezas, honores, dignidades, y cuanto pudiera apetecer un hombre ambicioso, con tal que le revelase alguna parte de lo que la Reyna le confesaba, asegurándole que guardaria secreto, y quedaria tranquilo su corazon. Escandalizóse, y llenóse de horror el sagrado Ministro al oir semejante propuesta, y con evangélica libertad hizo entender al Rey su impiedad y sacrílega pretension, aconsejándole se arrepintiese de tan exêcrable delito, y dexase de solicitar lo que de ninguna manera podria jamás conseguir. El corazon del Rey se encendió en furor oyendo la repulsa, y mucho mas la reprension agria con que el varon apostólico habia afeado su procedimiento; pero considerando que los primeros pasos suelen ser inútiles para la consecucion de los dificultosos objetos, y que las instancias continuadas suelen conseguir finalmente lo que habia parecido inasequible al principio, reprimió los movimientos de su ira, disimuló por entonces, y dilató para tiempo mas oportuno el reiterar las diligencias para obtener su loca empresa.

Un suceso inesperado, que llenó todo el palacio, y toda la corte de terror, aceleró el tiempo que el Rey habia determinado dar de treguas á sus sacrílegas intenciones. Presentó un dia el cocinero de Wenceslao á su mesa un capon, que á los ojos de la delicadeza y de la gula, parecia estar mal asado. Apoderóse del Rey tal indignacion y rabia, que mandó que cogiesen al cocinero, y atadas las manos y los pies, le asasen vivo, para que con pena tan horrorosa pagase un delito que tenia mucho de imaginario. Estremeciéronse al oir esto todos los aúlicos: sus semblantes pálidos denotaban

el terror de sus corazones: mirábanse únos á ótros, significado en sus miradas la iniquidad y barbarie que concebian en la sentencia; pero acobardados, ninguno osaba reclamarla, ni interceder con el Rey enfurecido, temerosos de que decretase contra éllos igual suplicio. Estaba á la sazon en palacio san Juan Nepomuceno, y avisado de lo que pasaba, no tuvo dificultad en presentarse al Rey con todo el valor que infunde en los pechos cristianos la caridad y la justicia. Rogó primeramente con palabras blandas y humildes por la vida de aquel infeliz; y cuando vió que persistia duro en su bárbara sentencia, le afeó con razones ásperas y terribles la ferocidad de su decreto. Pocas palabras habia pronunciado, cuando el inicuo Príncipe, irritado hasta lo sumo, y centelléandole los ojos, llamó á grandes voces á la guardia, y sin tener respeto al sacerdocio, ni mirar al decoro de la real dignidad, mandó que le llevasen á un obscuro y fétido calabozo. Permaneció en él algunos dias tan molestado de la hediondez y de la hambre, que se puso en términos de espirar; pero su alma daba á Dios gracias contínuas, y alababa su misericordia porque se habia dignado de darle ocasion de padecer por la caridad, y por el honor de su santo nombre. Bien conocia el Santo que todas aquellas penas las dirigia el astuto Príncipe á quebrantar su constancia, para poder llegar á descubrir los secretos que deseaba; pero cuanto mas crecia la astucia y crueldad del Príncipe, otro tanto mas se fortalecia el corazon de este digno ministro de la penitencia; resuelto firmemente á perder antes muchas vidas que tuviera, que hacer el menor agravio al sagrado secreto de la confesion.

En semejantes propósitos se entretenia el encarcelado Sacerdote, cuando pasados algunos dias, he aquí que entra en la cárcel un gentilhombre enviado por el Rey, el cual le dixo de su parte, que S. M. estaba arrepentido de lo que habia executado con él: que le perdonase aquella injuria, y olvidando todo cuanto habia pasado, saliese de la cárcel, y fuese libre á gozar de su sosiego. Advirtióle, sí, que para afirmarse mejor en la gracia del Rey, cuidase al dia siguiente de hacerle corte, asistiendo con los demas personages á la

comida. Asistió el Santo, y segun lo pactado, fue á palacio al dia siguiente mientras el Rey estaba comiendo, del cual fue recibido con demostraciones muy honoríficas. Habiendo levantado las mesas, y disipada la comitiva, manda el César que Nepomuceno venga á su presencia, lo cual se executa. Inmediatamente comienza á explicarse mas ciego y obstinado que nunca en su sacrílego empeño. Manifiesta su desasosiego é inquietud por saber lo que deseaba: ruega al Santo que le descubra una por una todas cuantas cosas le habia manifestado en el sagrado tribunal la Reyna. Su pretension iba acompañada de cuantos artificios puede sugerir una pasion loca ayudada de todas las astucias del ministro infernal. Unas veces le halaga y lisonjea; ótras manifiesta dureza y severidad: ya promete guardar un inviolable silencio; y ya desmiente su promesa con las perversas intenciones que se dexaban entrever en los artificios de su curiosidad. A veces le excita con los premios, honores y dignidades mundanas; y ótras prorumpe en amenazas, dándole á entender que executaria en su persona los mas atroces y sangrientos castigos. Concluyó el escandaloso discurso, exhortándole á que todos los dictámenes de la prudencia aconsejaban que se determinase á recibir antes las gracias de un príncipe, disfrutando su amistad y sus mercedes, que oponérsele neciamente, sacrificándose á sus justos enojos. No está mas firme la antigua y dura roca combatida por todas partes de las olas embravecidas del mar furioso, que, entre las tentaciones, asechanzas y combates del impío Wenceslao, estuvo san Juan Nepomuceno. En lugar de intimidarse del semblante cruel del Príncipe, ni de su discurso amenazador, lo despreció todo con ánimo excelso, certificándole, que ni los honores, ni las dignidades torcian su integridad, ni las amenazas acobardaban su valor. Explicóle el oficio de confesor; lo sagrado y augusto del sigilo sacramental; las penas interminables que estaban decretadas en la otra vida al sacrílego transgresor de leyes tan santas; y últimamente, le exhortó á que desistiese á su desatinado empeño, bien cierto de que de ninguna manera llegaria á saber secretos que estaban reservados á solo Dios: que en lo de-

mas le amaba como á su rey, y veneraba sus decretos como de un substituto en la tierra del divino Legislador. Esta firme respuesta irritó de tal modo el corazon del furioso Príncipe, que inmediatamente mandó llamar á sus satélites, y al verdugo, á quien siempre tenia á su lado como ministro de sus venganzas, y llamaba con delicia *su padrino*. Dióles órden de que llevasen al Santo á una horrorosa cárcel, y poniéndole sobre un potro descoyuntasen sus sagrados miembros, quemando al mismo tiempo con hachas encendidas sus costados. Créese que asistió al tormento el Rey cruel, ya porque se complacia de oir los lamentos de los que sufrian sus injustos castigos en el suplicio, y ya porque esperaba descubrir entre aquellas crueldades alguna parte de los secretos que no habia podido saber con amenazas, ni recompensa. El Mártir de Jesucristo sufrió aquel tormento horroroso con invencible constancia; su alma embebida en Dios, y apartada de los dolores que padecia su carne, estaba fixa en Jesucristo y en su santísima Madre, pronunciando sin cesar sus dulces nombres, y encomendándoles su penosa vida y su desgraciada muerte. La presencia del Príncipe hacia que los verdugos fuesen mas solícitos en avivar los tormentos; pero siendo éstos inferiores á la invicta paciencia y ardentísima caridad del Santo, tuvo el César que salirse de la cárcel avergonzado, y los verdugos cansados de su bárbara crueldad, desistieron de continuar el suplicio, quitando al Mártir del potro, y dexándole en el calabozo. Manifestó el cielo el deleyte que tenia en ver pelear y vencer al esforzado soldado de Jesucristo, lloviendo sobre su corazon raudales inmensos de divinas consolaciones.

Nada hay mas cobarde en el mundo que la crueldad y la tiranía. Al paso que la ferocidad de Wenceslao tenia sus delicias en ver derramar sangre, y oir los lamentos que arrancaba su venganza de los afligidos corazones, temia á cada paso el justo castigo de sus excesos, que le dictaba su conciencia. Rezeloso del escándalo que habia de causar en toda la córte lo que habia executado con un varon tan santo y respetable, mandó que le sacasen de la cárcel secretamente, y le

dexasen ir libre á su casa. San Juan Nepomuceno, olvidado enteramente de las injurias, dolores y tormentos que habia padecido, las ocultó en el secreto de su corazon, sin hacer participante del bárbaro acontecimiento á ninguno, ni aun de sus amigos y familiares. Procuró con el mayor sigilo que se le curasen las heridas y demas vexaciones que en el tormento habia padecido; y con nuevo ardor volvió á emplearse en las sagradas funciones de su santo ministerio. Conocia muy bien la índole sevéra y contumaz del obcecado Príncipe, y que no desistiria de su intento hasta quitarle la vida. En esta inteligencia redobló los exercicios fervorosos de piedad en que antes se ocupaba, preparándose de este modo á una muerte violenta, que avisado del cielo, sabia estar ya muy cercana. Verificóse su espíritu profético en esta materia, porque predicando en la iglesia de san Victo, afirmó á todos sus oyentes que dentro de poco moriria, diciéndoles al mismo tiempo la multitud de males, guerras, sediciones y heregías que habian de debastar aquel infeliz reyno. Repetia muchas veces aquellas palabras de Jesucristo á sus discípulos: *Dentro de poco no me volvereis á ver mas*; *ya serán muy contadas las palabras que oigais de mi boca*; y al paso que el Santo decia esto con un rostro alegre, hermoso y sereno como el de un ángel, todo el pueblo se deshacia en amargas lágrimas condolido de su desgracia, y sintiendo íntimamente perder un padre tan amoroso, y un predicador tan perfecto. Díxoles como dentro de poco tiempo saldria del abismo una funesta heregía, que mezclaria sacrílegamente lo sagrado y lo profano con una confusion escandalosa: que serian consumidos por el fuego todos los templos y conventos de Bohemia, y que los sacerdotes perecerian con tormentos exquisitos. Ultimamente, que estaba cercano el fin y término desventurado de la religion católica en todo aquel reyno. Concluyó el sermon, despidiéndose de todos, pidiendo perdon á prelados y canónigos de la iglesia de Praga, con las expresiones mas humildes, acusando su inocente vida, y ponderando sus mas leves faltas. Florecia á la sazon la iglesia de Bohemia por la observancia de la disciplina eclesiástica,

por la santidad y literatura de sus prelados, y por la integridad de costumbres con que vivian sus ministros. Esto mismo excitó con mayor viveza la admiracion de cuantos oyeron el sermon de un varon tan santo, lleno de profecías tan funestas, y de novedades, que conmovian los corazones de todos. El dolor interior, el respeto, la sumision á los divinos arcanos, se apoderaron de sus almas en tanto grado, que el abatimiento y desconsuelo se manifestaban en sus semblantes, el silencio en sus bocas, y las lágrimas en sus ojos. Hay en Boleslabia una devota imágen de María santísima, venerada con gran piedad de los fieles, quienes la recibieron con grande encargo de san Cirilo y san Metodio como una prenda segura de sus felicidades, y un lugar de refugio adonde acudiesen en sus infortunios y trabajos. A este santuario se fue san Juan Nepomuceno, pocos dias despues de haber predicado aquel famoso sermon, para ocuparse en oracion fervorosa, y en piadosos exercicios con que prepararse á la pelea sangrienta y cercana muerte que presentia su corazon. Las veras con que imploraria los divinos auxîlios; los tiernos afectos con que llamaria una y mil veces á la Madre de piedad, á quien desde muy niño se habia entregado con una devocion ardentísima; los encendidos suspiros que saldrian de su pecho pidiendo al Omnipotente su asistencia para sufrir con valor la muerte por su nombre sacrosanto; solo Dios, que ve los secretos del corazon, y que tiene en su diestra aquel peso de eterna justicia con que pesa los méritos de los justos, puede saberlo. Pero la vida inmaculada de este Santo, sus costumbres inocentes, su vida fervorosa, y el horror cercano de la muerte, persuaden que en aquel santuario derramó los mas ardientes suspiros que habia exhalado en su vida, preparándose al martirio con oraciones dignas de esta sublime gracia.

Confortado vigorosamente Nepomuceno con los auxîlios del Espíritu santo, volvia de Boleslau á Praga á tiempo que el ocioso Rey, despues de haber satisfecho su destemplanza y su gula, miraba desde una ventana lo que pasaba en la calle. Acertó por casualidad á pasar por allí el Santo, y su vista reproduxo en el

ánimo del Rey todos los furiosos afectos que anteriormente habia manifestado. Una nube de zelos y sospechas contra su inocente esposa se puso delante de sus ojos: la memoria de las repulsas, que habia padecido su sacrílega pretension, y la constante firmeza con que el Siervo de Jesucristo le habia resistido, exâcerbaron su corazon, y llenaron de furia su pecho, de tal manera, que mas que hombre, parecia un leon enfurecido. Envia al punto ministros que le traigan ante sí á san Juan; y no sufriendo la cólera descomunal detenerse en muchas palabras, le dixo estas abominables y lacónicas razones: *Ten entendido, ó Sacerdote, que vas á morir, si inmediatamente no me revelas la confesion de mi muger, exponiendo todas cuantas cosas, aun las mas mínimas, que ha fiado á tu secreto. Esto es hecho; pereciste: juro á Dios que beberás agua.* Con esta última expresion significó la perversa intencion que tenia de hacerle precipitar en el rio desde lo alto del puente. Oyó san Juan Nepomuceno la sacrílega pretension del airado y contumaz Monarca; y juzgando indigno de la severidad de un cristiano, y de la alteza del sacerdocio responder tantas veces á un asunto tan impío, despreció la propuesta del Rey sin dignarse siquiera de darle respuesta de palabra; pero con el semblante severo, y volviendo á otro lado la cabeza, manifestó lo exêcrable del delito, y la abominacion con que le miraba. El Rey furioso llama á grandes voces sus satélites y verdugos, los cuales, cogiendo al Santo con gran furia, le llevaron á otra estancia, esperando las órdenes del Rey para ponerlas en execucion. Este, temeroso de que se sublevase el pueblo, si se executaba públicamente la pena de muerte en el Santo, les dió órden de que le llevasen con secreto en el silencio de la noche al puente que tiene el rio que divide á Praga antigua de la nueva Praga, y atado de pies y manos le precipitasen en el rio. Los verdugos obedecieron ciegamente el decreto inícuo; y habiendo llevado al Santo al sobredicho puente, executaron la sentencia, por medio de la cual consumó san Juan Nepomuceno la gloriosa carrera de su portentosa vida, y consiguió en defensa del sigilo sacramental un ilustre martirio. Sucedió

éste en la vigilia de la Ascension del Señor, año de 1383.

Habia deseado el cruel Monarca cubrir con el silencio los excesos de su ferocidad; pero el cielo, que habia ilustrado con el milagro de unas luces resplandecientes el nacimiento de su Siervo, quiso glorificar con las mismas luces milagrosas su preciosa muerte. Creció repentinamente el rio Moldava, y entre sus olas bulliciosas llevaba como en pompa el sagrado cadáver, acompañándole contínuamente aquellas resplandecientes luces, que parecian hacerle los funerales. Conmovióse toda la ciudad á espectáculo tan peregrino, preguntándose únos á ótros qué sucedia, ó qué habia sucedido que moviése á semejantes portentos al cielo. Lo mismo sucedió á la reyna Juana, que miraba las luces desde lo alto del palacio, é ignoraba hasta entónces la extrema crueldad de su marido. Con una inocente simplicidad se fue á él presurosa: le manifiesta las milagrosas luces que sobre el Moldava se veian, y le pregunta qué puede significar aquel portento. Semejante pregunta, la conciencia de su delito, y el ver con sus ojos tan grande milagro, hirió todo junto como un rayo aquella alma proterva, de tal modo, que se apartó á un aposento retirado, y por espacio de tres dias permaneció sin hablar con nadie, bien fuese amedrentado del temor, ó simulando un dolor fingido de lo que habia hecho. Por toda aquella noche permanecieron las llamas alrededor del sagrado cadáver, y en los ánimos de los ciudadanos la admiracion y la duda, hasta que al amanecer del dia siguiente vieron todos con dolor el orígen de las lumbres maravillosas. Vieron en las orillas del Moldava un cuerpo exânime, que por el vestido, por la magestad y gracia del semblante, y por la decentísima compostura en que estaba colocado, conocieron ser el de san Juan Nepomuceno. Divulgóse al instante por toda la ciudad el rumor de un hecho tan bárbaro, cuyo autor se dexó conocer bien presto, habiendo anticipadamente dado el César señales repetidas de su crueldad y venganza. Ademas de esto, los lisonjeros que aplaudian sus delitos, y los satélites y verdugos que los executaron, eran incapaces de guardar silencio por lo que tiene de virtud. Llegaron finalmente á entender

los canónigos de la santa iglesia metropolitana el hecho atroz, y ordenando una devota procesion, tomaron con mucho honor y reverencia el cuerpo de su santo hermano, y le transladaron á la iglesia de santa Cruz, de religiosas de la Penitencia; que estaba allí cerca, depositándole hasta tanto que se dispusiese en la iglesia metropolitana un digno sepulcro. Premió el Santo esta piedad, zelo y fortaleza de sus hermanos en procurar honrar su cadáver á la vista de un Príncipe, en quien era tan pronta la ira como la execucion de sus consejos. Al tiempo que para formar el honroso sepulcro que habian meditado, cavaban los cimientos en la iglesia de san Victo, se encontró un tesoro con gran copia de oro, plata, alhajas preciosas, que parecian ser el precio que el cielo destinaba á la piedad de los canónigos.

Entretanto permanecia el cuerpo de san Juan en la iglesia de santa Cruz, adonde concurrió inmensa multitud de gente á venerar al Mártir de Jesucristo. Unos predicaban la constancia y fortaleza que habia tenido entre los atroces tormentos, y en la misma muerte: ótros ensalzaban la causa de su martirio, que cedia en tanta gloria del sigilo sacramental: besábanle ótros los pies y las manos: encomendábanse á su poderosa intercesion: tocaban al sagrado cuerpo rosarios y medallas para tenerlos por reliquia. Y como la solemnidad del dia de la Ascension daba proporciones para explicarse á su salvo la encendida piedad de los fieles, se juntaron éstos en tanta multitud, y manifestaron á voces el concepto que de san Juan les inspiraba el cielo, que se puede decir, que desde aquel punto fue canonizado por Santo. Aunque el Rey al primer golpe con que le hirió su misma conciencia dió señales de sensible, noticioso de lo que pasaba con el sagrado cadáver, y agitado de las sospechas violentas que produce la tiranía, envió emisarios á los religiosos de santa Cruz que les intimasen se abstuviesen de levantar tumultos: que echasen de la iglesia á todo aquel concurso, y quitando de la vista el cuerpo de Nepomuceno, le retirasen á un rincon el mas apartado. Hízose lo que mandaba el tirano Monarca, pero dis-

poniendo el cielo que esto mismo sirviese para mayor gloria de nuestro Santo. Fue el caso, que el cuerpo de éste encerrado y escondido comenzó á exhalar tan suave fragrancia, que de ninguna manera pudo mantenerse oculto, ni dexar de aumentarse de nuevo el concurso numeroso de los que concurrian á venerarle. Para colocarle en lugar mas decente y proporcionado á los contínuos votos que ofrecian los fieles en reconocimiento y gratitud por los favores que recibian en las mayores necesidades, se habia construido un sepulcro honorífico en la iglesia catedral. Los canónigos, todo el clero, y una inmensa multitud de pueblo, se formaron en procesion; y habiendo ido á la iglesia de santa Cruz, tomaron el cuerpo del Santo, le llevaron con gran pompa á la metropolitana, resonando al mismo tiempo todas las campanas de la ciudad, y aclamándole por Santo todo el concurso numeroso. Antes de enterrarle, á peticion del pueblo, se abrió la arca en que estaba el cadáver depositado, el cual fue venerado de todos, recibiendo al mismo tiempo con su contacto salud repentina muchos enfermos de diversas enfermedades por la intercesion del Santo. Depositóse finalmente en el sepulcro preparado, acompañando este acto las lágrimas de todos, principalmente de los pobres, que con la muerte de san Juan Nepomuceno lloraban la pérdida de un padre. Púsose encima del sepulcro una gran piedra, y en élla una inscripcion, que decía así: *Aquí yace el venerable señor y maestro Juan Nepomuceno, canónigo de esta iglesia, y confesor de la Reyna; el cual, habiendo sido tentado en vano por Wenceslao, rey de Bohemia, hijo de Cárlos IV., para que quebrantase el sigilo sacramental, sufrió con invicta constancia crueles tormentos; y últimamente, fue precipitado desde el puente al rio Moldaba. Ilustróle Dios con milagros, y fue sepultado en este sitio en el año del Señor de* 1383.

Veneróse su cadáver por mucho tiempo en este sepulcro, haciéndole Dios glorioso con infinitos milagros, y visitándole con gran reverencia las personas mas condecoradas, como eran religiosos, canónigos, obispos, arzobispos, y hasta los mismos emperadores, quienes le tenian por Santo. Pero no habia declarado esto la silla

Apostólica con la formalidad acostumbrada, hasta que en el año de 1719, siendo comisionado el obispo de Praga para reconocer el cadáver, pasó á hacerlo acompañado del cabildo y de toda la nobleza. Alzóse la lápida que cubria el sepulcro, y vieron todos con admiracion la integridad é incorrupcion del cadáver de san Juan Nepomuceno. Creció el pasmo, cuando habiendo hecho reconocimiento de la lengua, se halló estar fresca, y tan flexíble, que no resistia á la cisura de una lanceta que se le mandó hacer á un cirujano. Separóse esta preciosa reliquia en una rica caxa de oro, é informado debidamente de todo lo acaecido Inocencio XIII, declaró el culto inmemorial; y Benedicto XIII. le canonizó con toda la solemnidad que acostumbra la Iglesia en esta augusta ceremonia, extendiendo su oculto por todo el cristianismo. Son innumerables los prodigios que ha obrado Dios por la intercesion de san Juan Nepomuceno con todos aquellos que han implorado su patrocinio en las mayores necesidades; pero en lo que mas se han manifestado las misericordias de Dios, y el grande valimiento que para con él tienen las súplicas de este su Siervo, es en el favor que han experimentado los que padecian alguna injusta infamia, ó temian que se descubriese algun verdadero delito, que con razon se la habia de ocasionar. Es tambien singular protector y abogado de aquellos, que no habiendo tenido vergüenza para ser ingratos á su Dios, la tienen en el tribunal de la penitencia para manifestar sus culpas al confesor, y llorarlas con amargas lágrimas de compuncion. A únos y ótros favorece este Santo, y por su intercesion logran la integridad de su honor, la paz de su conciencia, y la expiacion perfecta de sus delitos: por todo lo cual sea Dios glorificado en sus siervos. Amen.

La misa es del Comun de mártir, y la oracion la siguiente.

Deus, qui ob invictum beati Joannis sacramentale silentium nova Ecclesiam tuam martyrii corona decorasti: da

O Dios, que por el invicto silencio sacramental del bienaventurado san Juan Nepomuceno adornaste tu Iglesia con una nueva corona de marti-

nobis ejus intercessione et exemplo, linguam caute custodire, ac omnia potius mala, quam animæ detrimentum, in hoc seculo tolerare: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

rio: concédenos por su intercesion y exemplo que acertemos á tener cautela con la lengua, y á sufrir antes en este mundo todos los males, que admitir el menor daño en nuestras almas: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. *de la Sabiduría, y la misma que el dia I, fól.* 9.

REFLEXIONES.

En todos los tiempos ha manifestado Dios, que por mas que las puertas del abismo se conjurasen contra su Iglesia, siempre permaneceria ésta como roca incontrastable, superior á todos los combates del error y de la heregía. Ha cuidado de producir en todos tiempos varones admirables en santidad y letras que la defendiesen con su doctrina, y no dudasen verter su sangre en defensa de sus misterios. Entre éstos el de mas consuelo para los que cediendo á las sugestiones de la flaqueza de la carne, llegaron una vez á perder la gracia que recibieron en la regeneracion espiritual, es el santo sacramento de la penitencia, llamado justamente una tabla de asilo para los que padecieren el naufragio de la culpa. En este sacramento se enxugan sus lágrimas, se purifican sus conciencias, se aviva su fe, y revive nuevamente la esperanza de las eternas dichas que estaba amortiguada. Pero todos saben, que para lograr estos maravillosos efectos, dispuso Jesucristo, segun nos lo enseña la tradicion derivada desde los apóstoles, que se hubiesen de confesar los pecados al sagrado ministro, para que éste como juez, padre y maestro pudiese decir la sentencia de absolucion, enseñar al pecador embrutecido con los vicios los caminos de la salud, y subministrarle como á hijo todos los medios de consolacion y seguridad que dictan el amor filial, la compasion y la ternura.

Pero la miseria del hombre llega á tal extremo, que despreciando los ajustados dictámenes de la razon que condenan el delito, aprecia y estima los de las pasio-

nes, y del comun enemigo cuando son dirigidos á vivir en él encenagado. Esto se ve con frecuencia en las dificultades que tienen muchas personas en confesar sus culpas, presentándoseles unas veces con horror la necesidad de haber de revelar sus mas secretos excesos, y ótras adoptando temores vanos de que sus culpas puedan en algun tiempo salir de las tinieblas del silencio en que fueron cometidas. Contra úno y ótro celebra hoy la Iglesia la constancia de un santo mártir, que tentado con los mas exquisitos tormentos y con las promesas mas especiosas para que quebrantase el sacramental sigilo, se mantuvo constante delante del tirano, y dió gustosamente su vida en defensa de tan augusto secreto. Esta constancia es un nuevo timbre con que quiso Dios adornar su Iglesia, y un motivo de seguridad y consolacion para los débiles que dan oidos á las voces de su flaqueza. Es cierto que el ministro sacramental es un hombre capaz de todos los deslices á que está expuesta la fragilidad humana; pero su ministerio le extrae en cierta manera de esta clase, y le representa á los ojos de la fe y de la piedad con un carácter tan grande y respetable como el ministerio que exerce. ¡O cristiano cualquiera, que has dado lugar en tu corazon á las perniciosas sugestiones del temor, ó de la vergüenza criminal, conoce que el confesor es vicario de Jesucristo: exerce un ministerio instituido por Jesucristo: obra con autoridad y poder del mismo Jesucristo; y este hombre Dios emplea misericordiosamente todos los caudales de su gracia, y todos los esfuerzos de su omnipotencia para conservar el crédito y perfeccion de una de las mas santas obras suyas! El comun enemigo procura astutamente formar nuevos grillos y cadenas para aprisionar á los que una vez ha sujetado á su imperio, como dice Jeremías. Tales son los temores y la vergüenza que infunde en el corazon de los que van á confesar sus culpas; pero si no quieres echar un velo á tus ojos, conocerás que sus astucias no deben prevalecer contra la seguridad y confianza que predicó san Juan Nepomuceno, y testificó con su sangre. Desecha pues de tu pecho los vanos temores que le oprimen, ahuyenta la perniciosa vergüenza que confunde tu semblante; y detestando con todas las veras de tu alma las culpas que

la hacen esclava del demonio, confiésalas perfectamente al ministro del santuario con lágrimas de compuncion. A esto te convida la Iglesia, á esto te aníma la palabra de Jesucristo, y á esto finalmente te excita el glorioso martirio que en defensa del sigilo sacramental padeció san Juan Nepomuceno.

El evangelio es del capítulo 10. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennan. Nonne duo passeres asse væneunt: et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse, ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á obscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos páxaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos páxaros. Cualquiera, pues, que me confesáre delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

Sobre los daños de la vana curiosidad.

PUNTO PRIMERO.

Considera, que la vana curiosidad es la fuente y orígen de la mayor parte de los males que suceden en este mundo.

Cuándo esta verdad no tuviese á su favor otra prueba que la que subministra el pecado del primer hombre, sería suficiente para manifestar que de élla nacen todas las calamidades y todas las culpas en que está el mundo sumergido. Vió la primera muger la fruta prohibida, que se presentaba á los ojos deliciosa: la astuta serpiente la provoca á gustarla con la especiosa promesa de que no tendria cumplimiento la amenaza de Dios; sino que, antes bien, en comiéndola, experimentaria por su virtud una ciencia peregrina, que la hiciese conocer el el bien y el mal, elevando su naturaleza al grado sublíme de la divinidad. Punzado el femenil corazon de la curiosidad de experimentar tan grandes ventajas, come la fruta, hace que la guste su marido, traspasa el precepto del Criador, y en un momento se vieron cubiertos de ignorancia, avergonzados con una miserable desnudez, privados del paraiso y sus delicias, condenados á mantener su vida con el sudor de su rostro, y á sufrir despues de innumerables trabajos y congojas la necesidad indispensable de la horrible muerte. De este hecho nacieron todas las calamidades que oprimen al género humano, las cuales, si se hubiesen de contar una por una, excederian en número á las estrellas; pero basta para conocerlas la propia experiencia en cualquiera que reflexíona. Estos males crecen todavía mas, considerando que á la curiosidad, que es su orígen, se la tiene regularmente en el concepto de un leve delito, cuando nuestra ceguera no quiera apropiarla el carácter de virtud. Suele juzgarse, que es un medio la curiosidad de disipar las densas tinieblas de ignorancia con que nacemos ofuscados por la primera culpa. Sería así, si esta misma culpa no nos hubiese privado del tino para encontrar aquel dichoso medio en que consiste la virtud. Por tanto, la curiosidad causa en nosotros daños muy perniciosos y muy multiplicados.

Hace que ansiosos de saber los negocios agenos, descuidemos de nuestras propias obligaciones: que fixemos la vista en los defectos de nuestros próximos, y nos formemos una diversion de exâgerarlos, lacerando las entrañas de la caridad, y ennegreciendo el honor de nuestros hermanos. La curiosidad nos aparta del conocimien-

to de nosotros mismos, desviando nuestra consideracion de nuestras debilidades y de nuestras culpas, para que no tengamos la ocasion de llorarlas; enagena á los padres de familias de la inspeccion precisa de su casa, abandonando la direcion de su muger y de sus hijos, y apartando su corazon de los exercicios piadosos; es la causa de la mayor parte de las tentaciones que combaten nuestra virtud, porque las irrita, las ceba, y las alimenta aquel que por curiosidad pretende ver, oir, y poseer los objetos que son capaces de producirlas ó excitarlas. Por eso san Agustin se queja muchas veces en los libros de las Confesiones de los grandes daños que le hizo la curiosidad, unas veces disipando su espíritu, y ótras derramando su corazon en los bienes criados. Conoce, ó cristiano, estas verdades, y escarmentando en los daños que has visto padecer á tu próximo por causa de la curiosidad, procura arrojar de corazon semejante vicio.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la curiosidad es un vicio tan ciego y cruel, que ni respeta las cosas sagradas, ni se atemoriza de los mas horrorosos delitos, ni teme los castigos asombrosos con que ha manifestado Dios el ódio que la tiene.

El vano deseo de saciar la curiosidad humana ha precipitado innumerables hombres, que por otra parte parecian sábios en el desprecio de la revelacion y de la autoridad divina, pretendiendo con temeridad contradecir las verdades enseñadas por el Espíritu santo á la Iglesia, y despreciando aquel prudente consejo que nos avisa, que no intentemos averiguar lo que excede nuestros alcances, porque el que se atreve á escudriñar la Magestad, será oprimido del resplandor de su gloria. De tan funesto origen procedieron tantos heresiarcas como en todos tiempos han turbado la Iglesia con sus perniciosos errores; tantos impíos y atrevidos filósofos, que pretendiendo medir por las fuerzas naturales los consejos y grandes obras de la divinidad, han llegado hasta el extremo de decir en su corazon: *Dios no existe*; y de aquí finalmente tomaron su principio aquellos sacrílegos cris-

tianos, que desmintiendo tan sacrosanto nombre, se introduxeron en el secreto del santuario, profanando sus misterios, é intentando sujetar la autoridad divina á las humanas disposiciones. Solamente el martirio de san Juan Nepomuceno, que celebra la Iglesia en este dia, es un exemplo de tan notoria excepcion, que por sí solo basta para la calificacion de todas estas verdades. ¿Qué otra cosa precipitó al desgraciado príncipe Wenceslao en tanto abismo de delitos execrables sino la curiosidad? ¿No llenó ésta su corazon de inquietas sospechas y rabiosos zelos, con que comenzó á dudar de la inocencia y honestidad de su augusta esposa? ¿Esta furiosa pasion no produxo en su alma el loco empeño de profanar el sacramento de la penitencia, pretendiendo que se le revelasen sus secretos? ¿esta misma no irritó su protervo ánimo hasta el extremo de conculcar la respetable dignidad del sacerdocio, desconocer los privilegios de la virtud, sujetando á un hombre venerable á unos tormentos igualmente infames que atroces? Y últimamente, ¿no le despeñó en el exceso de quitar la vida injustamente al ungido del Señor, porque guardaba con respeto los sagrados misterios que se le habian confiado. Así es á la verdad. Pero quien considere que esta loca pasion de saber lo que nada conduce para nuestra felicidad, ha llevado los hombres á los mayores horrores que abomina la naturaleza, no extrañará que induzca al desprecio de las cosas sagradas, que para los ojos que no saben levantarse del polvo de la tierra, no incluyen en sí tanto motivo de horror y escándalo. La curiosidad ha movido á algunos físicos á disecar vivos algunos infelices, atándolos de pies y manos para despedazar lentamente sus entrañas, y averiguar de este modo sus movimientos. Otros han cometido la atrocidad abominable de executar lo mismo con mugeres embarazadas, despedazándolas vivas para averiguar qué postura y situacion tenia el feto en su seno: sin que los lamentos que á estas infelices hacia producir el dolor de una operacion tan cruel, como ver con sus ojos despedazar sus entrañas, y al hijo que aún tenian en ellas, pudiesen ablandar unos corazones que la curiosidad habia extraido de la clase de humanos; haciéndolos mas propiamente de bestias feroces.

¿Creerías tú, ó cristiano, que un vicio al parecer de tan poco momento en las costumbres morales pudiera despeñar á los hombres en tan exêcrables excesos? Así se verifica, que una pequeña centella es capaz de producir un fuego devorador que abrase el mundo. Una vista algo curiosa precipita á David en homicidios y adulterios: la vana curiosidad hace de Wenceslao un perseguidor de la religion y un tirano, y la misma curiosidad ha trastornado muchas veces las ciudades y los imperios. Pero Dios ha manifestado suficientemente el aborrecimiento con que mira este vicio, para que su consideracion te mueva á ti á detestarle.

JACULATORIAS.

Filii hominum usquequò gravi corde: ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium? Salm. 4.
¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, habeis de mantener la dureza de vuestro corazon? ¿por qué amais la vanidad, y caminais en pos de la mentira?

Vani sunt homines, in quibus non subest scientia Dei. Sap. 13.
Considerad que los hombres que no están adornados con la verdadera ciencia de Dios, son mirados de este Señor como vanos y de ningun precio.

PROPOSITOS.

En vista de las funestas consecuencias que nacen de la curiosidad, ¿qué propósitos serán los que debe hacer tu alma? ¿Pensarás todavía ocupar tu imaginacion en aquellas peligrosas averiguaciones de la conducta de tu próximo, que ofenden á la caridad? ¿Intentarás saber lo que te pone en peligro de cometer delitos que nunca hubieras adoptado? ¿No bastarán para retratarte de semejante vicio los funestos exemplos que has visto en estas consideraciones, singularmente el de san Juan Nepomuceno? Pero cuando no sea suficiente para desterrar de tu pecho la perniciosa curiosidad, llénente de terror los espantosos castigos que ha executado el Todopoderoso en los infelices que se dexaron precipitar de

este feo vicio. La muger de Lot es convertida en estátua de sal en pena de una curiosa mirada. El mirar los bethsamitas de la misma manera el arca del Testamento, que tenian en su poder, hizo perder la vida repentinamente á cincuenta mil de aquellos infelices. Y cuando no hubiera mas exemplar castigo que el que hizo Dios en el inicuo Wenceslao en pena de los delitos á que le induxo su necia curiosidad, él solo bastaria para poner terror al mas inconsiderado. Este Príncipe infeliz vió sublevado contra sí á todo su pueblo: aquellos mismos lisonjeros que fomentaban y aplaudian sus desórdenes, fueron los mismos que despues pusieron sus manos sacrílegas en su Soberano: le prendieron por dos veces: le privaron del imperio, y le hicieron morir desastradamente entre furias y desesperaciones, dexando el reyno en manos de la heregía, para que los husitas le debastasen, y arrancasen de él la religion católica. ¡Gran Dios! adoro vuestros consejos, temo vuestras justas amenazas, y propongo firmemente apartar de mi corazon un vicio, contra el cual así habeis manifestado vuestras iras. Dadme, Señor, gracia para que estos mis deseos no sean vanos, sino que se confirmen con mis santas obras.

DIA DIEZ Y SIETE.

San Pacomio, abad y confesor.

San Pacomio, tan célebre en todo el mundo cristiano, y á quien se le puede considerar como el verdadero fundador de la vida religiosa y cenobítica; esto es, de los que debaxo de una misma regla, y sujetos á un superior, viven de comunidad dentro de un monasterio, nació al mundo en la superior Tebáida hácia el año de 278. Siendo niño, le llevaron sus padres, que eran gentiles, á un templo de los ídolos. Enmudeció el demonio, declarando que no hablaria mas palabra mientras estuviese presente aquel Niño. Persuadiéronse todos á vista de este

suceso, que Pacomio habia de ser con el tiempo enemigo de los dioses; y se confirmaron en este concepto, viéndole vomitar el vino que se habia ofrecido á los ídolos. Sin embargo, sus padres cuidaron mucho de su educacion, buscando maestros que le instruyesen en la ciencia de los antiguos, y procurando que aprendiese con perfeccion la lengua egipciaca.

Apenas salió Pacomio de estos estudios, cuando fue reclutado por fuerza, juntamente con otros mancebos, en una leva que se hizo para el exército de Constantino contra el tirano Aquiléo. Embarcáronlos á todos en el Nilo, y aquella misma noche desembarcaron en un pueblo que casi todo él era cristiano. Fueron recibidos por los vecinos de aquel pueblo con tanto agrado, con tanta caridad, y con tan extraordinario agasajo, que asombrado Pacomio, preguntó al patron, qué motivo tenian para tratar de aquella manera á unos extrangeros y hombres desconocidos. Respondióle el patron, que así lo mandaba la religion cristiana, que se profesaba generalmente en aquella ciudad. Rogóle Pacomio que le explicase qué religion era ésta, cuáles sus dogmas, y qué doctrina enseñaba. Instruido de todo, concibió desde luego tan vivos deseos de hacerse cristiano, que resolvió pedir el bautismo luego que, concluido el tiempo del servicio, obtuviese su licencia.

Consiguióla inmediatamente que se acabó la guerra de Egipto, y puso en execucion su propósito, presentándose en la iglesia del Burgo de Chenobosco, donde se hizo catecúmeno. Era de excelente capacidad y de costumbres limpias; con que tardó poco en ser instruido, y consiguientemente bautizado. Luego que se vió cristiano, resolvió hacerse santo, practicando lo mas perfecto que se lee en el evangelio. Dudando, no sin alguna congoja, en la eleccion de los medios mas convenientes para conseguir este fin, llegó á su noticia que en lo mas interior del desierto habitaba un santo viejo y gran siervo de Dios, llamado Palemón. Buscóle, y le rogó que le admitiese por discípulo suyo. El santo Viejo, sin abrir la puerta de la celda, le respondió desde adentro, que alababa su buena resolucion, pero que buscase á ótro para que fuese su maestro en la vida solitaria; porque otros muchos,

disgustados del mundo, habian venido, como él, con la misma pretension, y ninguno habia perseverado. Insistia Pacomio, y Palemón le respondió: *Hijo mio, tú no te podrás acomodar con mi género de vida; yo no como mas que pan y sal; no gusto aceyte; no bebo vino; estoy en vela la mitad de la noche, empleándola en rezar salmos, y en meditar la sagrada Escritura, y algunas veces la paso toda entera sin dormir, gastándola en la oracion.* Atemorizóse Pacomio al oir este discurso, pero no se desalentó; antes lleno de confianza en Dios, replicó á Palemón: *Padre, yo espero que aquel Señor que me ha enviado á ti, me dará fuerzas para seguirte.* Enamorado el buen Viejo de su fe y de su aliento, le abrió la puerta de la celda, y le dió el hábito de solitario.

En poco tiempo llegó el Discípulo á la perfeccion del Maestro, y aun la aventajó. En nada encontraba dificultad su fervor; ayunos, vigilias, penitencias, trabajo de manos, todo le parecia facil. Cuando rezaban el oficio divino por la noche, observaba el Viejo que á Pacomio le molestaba el sueño, le sacaba fuera de la celda, le hacia llevar arena de una parte á ótra para despertarle, encargándole mucho que juntase siempre la oracion con el trabajo, y el recogimiento con la oracion.

En un dia de Pascua previno Palemón á Pacomio, que dispusiese de comer por la solemnidad de la fiesta, y creyó Pacómio que debia añadir un poco de aceyte á la comida ordinaria, en atencion á tanta solemnidad. Gustóla Palemón, y exclamó: *Mi Salvador fue crucificado, ¡y yo he de gastar condimento en la comida!* No la volvió á probar, y Pacomio no quiso ser menos mortificado que Palemón.

Vino á visitarlos un solitario del desierto inmediato; y les preguntó, si tendrian tanta fe que se atreviesen, como se atrevia él, á caminar con los pies desnudos sobre brasas encendidas. Descubrió san Palemón en aquel solitario un gran fondo de orgullo, y le respondió: *Hermano, si tenemos mucha fe, tendremos mucha humildad.* El trágico fin de aquel solitario orgulloso hizo mas humilde á nuestro Santo. Habiéndole dado Dios á entender en una revelacion, que fuera de la Iglesia católica no podia hallarse la verdad, miró por toda su vida con

grande horror á los hereges y á los cismáticos, singularmente á los marcionistas y á los melecianos.

Habiendo estado muchos años en compañía de san Palemón, un dia que se alejó mucho de la celda, se halló en un sitio muy solitario, llamado Tabena, donde se puso en oracion, y oyó una voz que le dixo: *Pacomio, fixa aquí tu habitacion, y funda un monasterio capaz para dirigir en él, segun la regla que te daré, á todos los que vinieren á ti, para que los guies por el camino de la salvacion.* Al punto se le apareció un ángel, y le entregó una tabla, en que estaba escrita la regla que despues se observó con gran fruto. Refirió Pacomio á Palemón lo que le habia sucedido, y los dos se retiraron al desierto de Tabena, donde á los principios solo edificaron una pequeña celda, que fue como la cuna del célebre monasterio de Tabena á las orillas del Nilo.

Poco despues sucedió la muerte de Palemón, en quien perdió Pacomio un grande auxílio; pero le consoló Dios con traerle á Juan su hermano mayor, que vino á buscarle, y abrazó el mismo género de vida.

Estuvieron solos algunos años, trabajando en hilar, y en hacer sacos, que vendian para sustentarse, y para dar limosna á los pobres, á quienes repartian todo lo que les sobraba del trabajo de sus manos. Vestian una túnica muy grosera, que solo mudaban cuando habia necesidad de lavarla.

Nunca se desnudó nuestro Santo de un áspero cilicio, que le llegaba hasta las rodillas. En quince años no se acostó; dormia sentado en una piedra, sin arrimarse á la pared. Regularmente hacia oracion con los brazos en cruz, y algunas veces pasaba las noches enteras en esta postura.

Tuvo mucho que sufrir del genio desabrido y enfadoso de su hermano Juan, que murió poco tiempo despues; pero mucho mas exercitaron su paciencia las violentas tentaciones de que fue combatido, y las fortísimas ilusiones con que el demonio procuró sorprender su fe, y cansar su sufrimiento. Causan admiracion los artificios de que se valió el enemigo comun para engañarle; pero de todos libró al Santo su humildad y su frecuente recurso á la oracion. En la mas terrible fuerza de estos combates le

deparó Dios á un santo solitario llamado Apolo, que le fortificó, y le alentó mucho, exhortándole á que pusiese toda su confianza en Dios y en la proteccion de la santísima Vírgen. Con efecto, mediante la asistencia de la divina gracia triunfó de todo el infierno; resplandeció mas su virtud, y la manifestó Dios con el don de los milagros. Caminaba sobre las serpientes sin recibir lesion alguna, y muchas veces le vieron pasar el Nilo conducido de los cocodrilos.

Aunque la primera vision habia hecho grande impresion en el ánimo y en el corazon de Pacomio, no obstante fue necesaria segunda advertencia del cielo para resolverse á juntar discípulos, y á instruirlos segun la regla que le habia traido el ángel. Era ésta muy breve, proporcionada á la flaqueza humana, llena de prudencia, y muy propia para conducir el alma á la mas elevada perfeccion.

Ordenaba que á cada úno se le permitiese comer segun su necesidad, y ayunar segun sus fuerzas; pero que al mismo tiempo cada cual fuese obligado á trabajar á proporcion de lo que comia, queriendo que la desidia y la pereza estuviesen desterradas para siempre del monasterio. Prescribia que hubiese tres monges en cada celda; que no hubiese mas que una cocina y un refectorio; y para que no se viesen únos á ótros durante la comida, todos calasen la capilla ó el capucho; que el silencio fuese perpétuo, y la modestia de los ojos singular; que todos vistiesen una túnica de lino ceñida con una correa, y un manto blanco de pelo de cabra, en cuyo trage habian de comer y habian de dormir; que para comulgar fuesen no mas que en túnica y capilla. Disponia que los novicios no fuesen admitidos al trato con los monges antiguos hasta pasados tres años de probacion, en cuyo tiempo no se les debia permitir otro estudio que el de la oracion, humildad y mortificacion; que el silencio perpétuo, y la ciega obediencia á la menor insinuacion del superior habia de ser distintivo de todos. Mandaba que la comunidad se distribuyese en veinte y cuatro listas ó familias diferentes, correspondientes al número de las letras del alfabeto griego, con una letra en cada lista, que tuviese cierta alusion secreta á las costumbres y genio de los que

se asentaban en élla. La lista de los mas dóciles, por exemplo, estaba señalada con la letra jota *J*. La de los mas duros ó menos tratables á las leyes del gobierno, con letra *xi*, cuya extraña figura ≩*ξ*, compuesta de rasgos irregulares, expresa perfectamente el genio de los imperfectos y la irregularidad de su proceder. Ordenaba, en fin, que se hiciese oracion doce veces á la mañana, doce á la tarde y doce á la noche. Y como á Pacomio le pareciese que la regla era demasiadamente suave, el ángel le respondió, que habiéndose formado la regla para los flacos, y no para los perfectos, era razon atender mas á la flaqueza de los únos, que al fervor de los ótros; no pidiendo á aquéllos mas que lo preciso á que estaban obligados, y dexando libertad á éstos para que añadiesen lo que les inspirase su devocion.

Los primeros que acudieron á ponerse baxo la disciplina de Pacomio, fueron Psentheso, Suris y Obris, seguidos despues de tantos ótros, que fue preciso edificar nuevos cuartos, y en pocos dias subieron á algunos millares los discípulos de nuestro Santo. En todos encendia el fervor con sus desvelos, con sus oraciones y con sus exemplos. Era el primero en todos los actos de comunidad; servia á la mesa, trabajaba en la huerta, barria la casa, asistia dia y noche á los enfermos, sin otra prerogativa ni distincion que la de vivir con mayor austeridad que todos los demas, y ser mas humilde que todos.

Hasta que sus monges fuesen elevados á la dignidad del sacerdocio, hacia venir de los lugares vecinos algunos sacerdotes que dixesen misa en el monasterio; y teniendo noticia de que en aquella comarca habia muchos pobres pastores, destituidos de la palabra de Dios y de los sacramentos, confirió el punto con san Aprion, obispo de Centyra, á cuya diócesi pertenecian, y los edificó una iglesia, adonde iba en persona el mismo Santo á hacer oficio de lector, y á explicarles el evangelio. Inspirábales devocion la sola presencia del santo Abad; y su grato semblante, aunque extenuado, su modestia, su apacibilidad y su virtud convirtieron á la fe á muchos paganos, reduciendo tambien á la Iglesia á gran número de hereges.

Por este tiempo, visitando san Atanasio, patriarca

de Alexandría, las provincias de su jurisdiccion, vino á ver el célebre monasterio de Tabena. Salióle á recibir san Pacomio con todos sus religiosos, distribuidos en sus veinte y cuatro clases, que formaban otros tantos coros; recibiéronle cantando himnos y salmos; pero nuestro Santo, que aborrecia toda distincion, supo ocultarse entre los demas tan diestramente, que san Atanasio no pudo distinguirle.

Noticiosa la hermana de san Pacomio de su maravillosa vida, vino al monasterio con grandes ánsias de verle; pero el Siervo de Dios la negó este consuelo, enviándola á decir por el portero, que debia contentarse con saber que estaba vivo y sano, y que así la rogaba se volviese en paz á su casa; pero que si, movida de Dios, queria pasar en el desierto los dias de su vida, él le haria edificar un monasterio, adonde pudiese retirarse élla, y todas las demas que quisiesen imitar su exemplo. La virtuosa doncella, enternecida, llorosa y edificada del despego de su Hermano, aceptó la proposicion que la hacia, considerándola como un órden baxado del cielo, y resolvió pasar en la soledad lo que le restaba de vida. Hizo Pacomio que sus monges la edificasen un monasterio distante del suyo, con el Nilo entre los dos, donde en poco tiempo fue madre de un crecido número de religiosas, á las cuales señaló el santo Abad un director, dándolas una regla, y prescribiéndolas cierta forma de vida, casi en toda semejante á la que observaban los monges. En muriendo alguna religiosa, las demas disponian todo lo necesario para la sepultura, y conducian el cadáver hasta la orilla del Nilo, que separaba los dos monasterios, cantando salmos segun la costumbre de la Iglesia; pasaban despues los monges el rio con ramos de palmas y de oliva, y cantando igualmente salmos, la traian á la orilla opuesta, y la enterraban en el cementerio con muchas ceremonias y solemnidad.

Favoreció Dios á san Pacomio con el don de profecía, de lenguas y de milagros, haciéndole tan célebre en todo el Oriente, y concurriendo tantos discípulos á la fama de su santidad, que fue preciso edificar otros muchos monasterios, á los cuales señalaba el Santo superiores particulares, teniendo cuidado de visitarlos todos los años. Fue tan

prodigioso el número de los monges, que se contaban mas de veinte mil, poblando de santos todo aquel vasto desierto.

Atendia el santo Abad con singularísimo desvelo á desterrar de sus monasterios todo espíritu de novedad; y así fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron los hereges para introducir en éllos sus errores, porque Pacomio eludió sus artificios. Por el especial horror con que miraba las obras de Orígenes, prohibió á los monges su lectura debaxo de graves penas; y hallando en cierta ocasion un libro suyo, le arrojó en el Nilo con indignacion, diciendo que le hubiera arrojado en el fuego, á no estar escrito en él el nombre santo de Dios.

Un tierno jóven gentil, de edad de solos catorce años, llamado Teodoro, hijo único, heredero de un rico patrimonio, oyendo referir las maravillas que obraba san Pacomio, se sintió tan movido, que renunciando todas las vanas esperanzas con que el mundo le lisonjeaba; y robándose á la ternura de su madre, se escapó al monasterio de Tabena, y pidió al santo Abad que le admitiese en el número de sus hijos. Recibióle Pacomio, previendo que algun dia habia de ser ornamento y padre de aquellos monges. Corrió la madre á sacarle; pero el Novicio no la quiso ver: las respuestas que la envió por el portero del convento, hicieron tanta impresion en aquella buena muger, que renunciando el mundo, y distribuyendo al punto sus bienes entre los pobres, se fué á poner baxo la regla y conducta de la hermana de san Pacomio. Templó Dios la alegría que causaban al Santo estas prosperidades espirituales con una vision que tuvo sobre la suerte de su instituto. Diósele á entender que con el tiempo se habia de relaxar el fervor de sus hijos, y que esta funesta desgracia sucederia por la relaxacion de los superiores, que dexando de ser hombres interiores, comenzarian á gobernar por espíritu de prudencia humana y por razones políticas, abriendo la puerta á muchos abusos, y despreciando como menudencias las mas pequeñas observancias religiosas; por cuya debilidad en el gobierno, por cuya indevocion y malos exemplos se perderia la disciplina regular, y con élla todo el espíritu de la órden.

Afligió mucho esta vision al santo Abad, y no perdonó á medio alguno para prevenir tan lastimosa desgracia; pero no halló otro consuelo, que el que le suministró la solidez de su virtud.

Tambien quiso Dios probarla con otras tribulaciones, que le sobrevinieron con motivo de sus mismas visiones, milagros y profecías. Á solo el nombre de Pacomio huían los demonios de los cuerpos que poseían; concurrian en tropas los enfermos, y sanaban todos con las oraciones del Santo. En medio de eso no dexaron de calumniarle, acusándole de hechicero, y de que tenia pacto con el demonio. Juntáronse algnnos obispos en la ciudad de Latopla hácia el año de 346, y le mandaron comparecer para justificarse. Hízolo el Santo de manera, que aquellos prelados quedaron admirados de su humildad, de su sabiduría, de su prudencia, y de las extraordinarias gracias que Dios habia depositado en su pura alma. Restituido á su monasterio, prosiguió empleando los grandes talentos que habia recibido, hasta que extenuado con sus penitencias, debilitado con sus trabajos, y colmado de merecimientos, cayó malo algunos dias despues de Pascua. Durante su enfermedad en nada moderó su fervor, ni perdió aquella alegría natural con que siempre habia servido á Dios despues del bautismo. Dos dias antes de morir mandó juntar á los monges; dióles algunas instrucciones; encargóles con el mayor encarecimiento que jamás tuviesen comunicacion con los sectarios de Arrio, de Melecio, ni de Orígenes; propúsoles por sucesor suyo á Petronio, y se entretuvo despues por algun tiempo con su querido discípulo Teodoro, por sobrenombre el *Santificado*. En fin, lleno de alegría y de confianza en Jesucristo, á quien habia servido con fidelidad, y en la intercesion de la santísima Vírgen, á quien amaba con ternura, entregó su bienaventurado espíritu en manos de su Dios el dia 9 de mayo del año 348, cerca de los 72 de su edad, habiendo pasado 35 de éllos en el monasterio de Tabena; y fue enterrado con la solemnidad que merecia un santo tan grande.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Pacomii abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion de san Pacomio, abad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5. de la que escribió san Pablo á los de Éfeso.

Fratres: Videte quomodò cautè ambuletis; non quasi insipientes, sed ut sapientes, redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes, sed intelligentes quæ sit voluntas Dei. Et nolite inebriari vino, in quo est luxuria; sed implemini Spiritu sancto loquentes vobismetipsis in psalmis, et hymnis, et canticis spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino, gratias agentes semper pro omnibus, in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo et Patri.

Hermanos: Cuidar de caminar cautamente; no como ignorantes, sino como sábios, recobrando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios. Y no os emborracheis con vino, en el cual está la luxuria; sino llenáos del Espíritu santo, hablando entre vosotros con salmos é himnos, y cánticos espirituales; cantando y salmeando al Señor en vuestros corazones, dando gracias siempre por todas las cosas á Dios Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

"Desde Roma, donde estaba preso el Apóstol, escri-»bió esta carta á los fieles de Éfeso, en cuya conversion »habia trabajado con tantas fatigas y con tanta felici-»dad. Escribióla por los años del Señor de 62; y es esta »epístola como un compendio de la vida cristiana.

REFLEXIONES.

Hermanos, mirad si vivis con la debida circunspeccion, no como hombres sin juicio y sin prudencia, sino como personas de razon, rescatando el tiempo perdido, porque los dias son malos. ¿Si se dirigirá esta advertencia á los cristianos de nuestros tiempos? Y si habla con todos los fieles lo que dice el Apóstol, ¿qué caso hacen de éllo los cristianos de nuestros dias? Todo está lleno de lazos, todo es peligros para la salvacion; vivimos, por decirlo así, en un pais enemigo; el ayre es contagioso, los exemplos falaces; debemos desconfiar aun de nuestro propio corazon; nuestras pasiones siempre son dignas de temerse. Para navegar por un mar tan peligroso, tan dificil y tan famoso por los naufragios y por los escollos, ¿no serán menester grandes precauciones? ¿y son muchas las que se toman en estos desgraciados tiempos? Expónense, entréganse los hombres al peligro cantando y riendo. Concurrencias mundanas, cortejos galantes, partidas de diversion en el poblado y en el campo, funciones á cual mas contagiosas, amistades llenas de peligros, inclinaciones atestadas de ponzoña, frecuencia de visitas sumamente sospechosas; en todas partes objetos halagüeños y tentadores. ¿Qué precauciones se practican, qué preservativos? ¿con qué miedo se entra en estas ocasiones? En lo mas retirado del desierto, y debaxo de un áspero cilicio temian las almas inocentes; ¡y hoy no se teme en medio de un horno ardiendo! ¿Quién nos alienta? ¿quién nos asegura? Muy enfermo está el que no siente su enfermedad. Siempre hacen compañía á la inocencia el temor y la delicadeza de conciencia; una alma estragada y un corazon corrompido nada temen. Pero dirás, y así lo dices, que en las personas devotas, en las circunspectas, en las piadosas hacen mas impresion los objetos que en las personas del mundo, en quienes la costumbre les quita toda impresion y toda sensibilidad. ¡Error groseio! ¡razon infeliz! ¡ilusion miserable! Á quien se domestíca con el pecado ya no le causa horror; no distingue ya los movimientos pecaminosos, porque la mala costumbre los ha hecho como ordinarios. Las expresiones mas significati-

vas, las licencias menos modestas, las demostraciones de ternura pasan mucho mas allá de los términos que prescribe la cortesanía y la afabilidad, y todo se santifica con el nombre de desembarazo y de despejo. No todos se niegan á los afectos tiernos, pareciéndoles que son naturales; solo despierta el alma al ruido de las culpas mas groseras. El olor de tantas flores como se gastan en el mundo, trastorna; las falsas brillanteces deslumbran; y desde el mismo punto que las pasiones dexan de ser reprimidas, acaban de cegar. De aquí nace que los hombres mas disolutos, aquellas almas mundanas que encanecen, por decirlo así, en la iniquidad, cuando se llegan al tribunal de la penitencia, apenas tienen de qué acusarse. Pásanseles pocas horas en el dia sin pecar, y despues de muchos años apenas se reconocen culpables de un corto número de pecados. ¿De dónde provendrá este escaso conocimiento? Es facil averiguarlo. Cuando está casi apagada la luz de la fe se alcanza á ver muy poco con la luz de la razon. Desengañémonos; debilítase la fe al paso que se debilita la delicadeza de conciencia. ¡O mi Dios, qué turbaciones tan congojosas, qué crueles espantos, qué amargos arrepentimientos se siguen siempre á una vida licenciosa, muda y tranquila! Entonces se ve, entonces se conoce la precaucion con que se debiera haber caminado entre tantos precipicios como nos cercan durante esta miserable vida. Los que han leido esto, los que han hecho todos estas reflexîones, ¿serán en adelante mas cautos? ¿serán mas circunspectos?

El evangelio es del cap. 12. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis: Adhùc modicum, lumen in vobis est. Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant: et qui ambulat in tenebris, nescit quò vadat. Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis. Hæc locutus est Jesus; et abiit, et abscondit se ab eis.

En aquel tiempo dixo Jesus á las turbas: Todavía está con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras teneis luz, para que no os sorprendan las tinieblas: y el que camina en las tinieblas, no sabe adónde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz. Estas cosas habló Jesus, y se escondió de éllos.

MEDITACION.

La pérdida del tiempo es irreparable.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas preciosa que el tiempo, y acaso tampoco la hay, cuya pérdida se sienta menos. Muchas otras pérdidas se pueden remediar, pero la del tiempo es irreparable; es decir, que por mas que se haga, no se puede recobrar un solo instante perdido.

Respecto de personas capaces de reflexion y que quieren salvarse, no era menester mas para que conociesen de qué importancia es el buen uso del tiempo.

Es cierto que están contados todos los momentos de nuestra vida; empleemos bien ó mal estos preciosos momentos, no hemos de aumentar su número; éste está determinado, y se va disminuyendo en cada instante. Una hora ha teníamos mas tiempo para vivir y para trabajar en el negocio de nuestra salvacion; dentro de un cuarto de hora tendremos menos tiempo del que ahora tenemos.

Mas que vivamos desde aquí adelante tan santamente como vivió un san Pacomio, mas que no perdamos ni un solo momento del tiempo que nos resta de vida; siempre es cierto que el tiempo pasado no volverá jamás, y que el que no empleamos en nuestra salvacion, se perdió sin remedio.

El buen uso del tiempo futuro podrá librarnos del peligro en que nos precipitó el malogro del pasado; pero no nos puede librar de haberle perdido, y de haber perdido con él todas las gracias que Dios tenia destinadas al buen empleo de aquellas horas perdidas, y todos los méritos que podíamos haber adquirido, empleándolas como debíamos. ¡O santo Dios, y qué pérdida!

Vamos á pasar el tiempo. Así nos explicamos, y así se llama aquel tiempo que se pasa en vanos entretenimientos, en diversiones muchas veces poco cristianas, en el juego, en el paseo, en el campo. ¡Mi Dios, y qué mal

cae este lenguage en boca de un cristiano! *Vamos á pasar el tiempo.* Y ese tiempo pasado, esé tiempo miserablemente perdido, ¿volverá para nosotros en algun tiempo? ¿podrá ser reparado? Luego ya se perdió para siempre el tiempo de mi infancia: luego aquellos hermosos dias, aquellos años floridos de mi juventud enteramente se extinguieron. De dos ó de tres mil dias que habré vivido; ¿cuántos dias llenos podré contar? ¿cuántos empleados en el negocio de mi salvacion?

¡Cosa extraña! Siendo el tiempo tan precioso y tan breve, parece que toda nuestra ánsia es porque se pase cuanto antes. Apenas entramos en una edad, cuando deseamos pasar á ótra; no bien nos hallamos en una estacion, cuando suspiramos por la que se sigue. ¿De qué principio provendrá esta inquietud? ¿será porque es demasiadamente largo el tiempo de nuestra vida? ¿será porque nos cansamos de vivir? No por cierto; ningunos experimentan mas este desasosiego, que los que viven deliciosamente, y los que mas ánsia tienen por vivir. Quizá será la principal razon de esta inquietud involuntaria el mismo mal uso del tiempo; quizá esto es lo que nos inquieta. El pensamiento, y acaso la inclinacion natural á emplear mejor el tiempo futuro, nos hace desearle; la pérdida que hacemos y conocemos, causa esta turbacion y esta congoja. No hay gusto ni diversion que nos libre de esta inquietud. Ella nos acompaña á todas partes siempre que perdemos tiempo; y el mayor desconsuelo es, que esta inquietud no nos puede resarcir el daño de esta pérdida. ¿Será posible, Señor, que por una parte seamos tan codiciosos, tan esclavos de nuestros intereses, y por ótra tan insensibles á la pérdida mas preciosa y mas irreparable de todas cuantas podemos hacer?

PUNTO SEGUNDO.

Considera de cuánto valor se nos representa en la hora de la muerte todo el tiempo de la vida, que ya se pasó, y de qué consecuencia se nos figura la irreparable pérdida de este malogrado tiempo. ¡O tediosa ociosidad, y qué tesoros me hiciste perder! Insípidas y frívolas diversiones, visitas inútiles, largas horas empleadas en el juego,

¡y qué caras me habeis salido! ¡Oh, y si lograra hoy una hora de tantas como empleé mal, y cómo la aprovecharia! Pero tuve á mi discrecion aquel tiempo, logré aquellos hermosos dias. ¡Ah, y si entonces hubiera conocido, como le conozco ahora, el valor de aquellos preciosos momentos! ¿Pero no le conocia entonces? ¿no lo habia meditado muchas veces? Luego á sola mi malicia debo atribuir la irremediable pérdida que hice. ¡Oh, y si en lugar de aquellas eternas mañas, consumidas en una sensual delicadeza en la cama, en el tocador ó al espejo, hubiera empleado siquiera media hora en meditar las verdades mas importantes de la religion! Si en vez de aquella ociosidad de profesion, de aquellas concurrencias mundanas, en que el tédio, el enfado, la molestia, los zelos, el cansancio, el desabrimiento estaban sin cesar, pero silenciosamente royéndome el corazon y las entrañas, hubiera gastado siquiera media hora delante del santísimo Sacramento, en leer un libro espiritual ó en alguna otra buena obra; ¡qué consuelo sería ahora el mio! ¡qué confianza tendria al presente de no haber gastado mal el tiempo! Pero ya le perdí; esta pérdida es de la mayor consecuencia, y yo me muero. Así pensarán, así discurrirán muchos en la hora de su muerte. Prevengamos con tiempo estos estériles, estos desesperados remordimientos mientras estamos en esta vida.

Apenas conoció un san Pacomio las verdades de la religion; apenas rayaron en su alma las luces de la fe; apenas se hizo cristiano, cuando voló á sepultarse en un desierto, cuando empleó todos los instantes en el negocio de la salvacion, lamentándose de perder dos horas en el sueño, aun cuando éstas no le dispensaban en el exercicio de la penitencia; y nosotros pasamos toda la vida en un eterno olvido de Dios, contando el tiempo malogrado por el número de los años que hemos vivido, ¡y en medio de eso estamos tranquilos!

Todavía teneis luz por un poco de tiempo, caminad mientras la luz os alumbra. Acuérdate que vendrá un dia, en que ya no tengas tiempo, porque al tiempo se ha de seguir la eternidad. *Et tempus non erit amplius.* Empleemos, pues, bien el tiempo que nos resta, y no perdamos ni un solo instante. *Ergo dum tempus habemus, operemur bonum.*

Si cuando se va á esas concurrencias mundanas, donde reynan la ociosidad y la delicadeza, se pensara en los ansiosos deseos que tienen inútilmente los condenados de lograr algunos instantes de esas horas, que se van á perder en conversaciones tan inútiles. Si se pensara en el arrepentimiento que se tendrá á la hora de la muerte, y puede ser que por toda la eternidad, de haber perdido un tiempo tan precioso; ¿se haria á sangre fria, y acaso con mucho gusto una pérdida tan lastimosa?

¡Qué favor, mi Dios, qué gracia sería si concediérais un solo dia á aquella persona que se condenó, ó á la ótra que está para morir en pecado! ¿Cómo se aprovecharian de este corto tiempo? Vos me concedeis á mí esta gracia: vos me dais este dia, y puede ser que este mes, y aun este año; pues yo os prometo, con vuestra asistencia, de no perder ni un solo momento.

JACULATORIAS.

Quot sunt dies servi tui; *quando facias de persequentibus me judicium*? Salm. 118.

¿Cuántos son, Señor, los años que me restan de vivir? ¿Cuándo me libraréis de estas pasiones, que ponen á peligro mi salvacion?

Anni nostri, *sicut aranea meditabuntur*::: *Omnes dies nostri defecerunt*! *Et in ira tua defecimus*? Salm. 89.

Es nuestra vida como una tela de araña, que un soplo la deshace. ¡Qué se hicieron nuestros dias! ¿Y qué será de nosotros, cuando nos juzgues en el tiempo de tu ira y de tu furor?

PROPOSITOS.

Ninguno hay que no deba llorar el tiempo perdido; porque ninguno hay que no haya perdido mucho tiempo durante su vida, y ninguno que pueda reparar el tiempo que perdió. Todo cuanto se puede hacer, mediante la divina gracia, es emplear bien el tiempo que nos resta. Para esto procura comprender desde hoy el valor y el mérito de este tiempo. Considera qué gracia, qué favor insigne, qué milagro de su misericordia sería si concediese Dios media hora de él á una alma

condenada. ¡Ah! no necesitaria mas tiempo para salir del infierno, para merecer la gloria, para ser santa. Dios me ha hecho á mí este favor, me ha concedido esta gracia, ha obrado conmigo este milagro. No me ha dado solo media hora de tiempo, me ha dado todo el dia de hoy, y acaso el de mañana, y quizá un año entero; pero siempre con la seguridad de que cada momento puede ser el último. ¡Y perderé yo un instante de este tiempo! Convénzate esta verdad, y practíca lo siguiente:

1. Al tiempo de levantarte por la mañana, y de ofrecer á Dios las obras, haz reflexíon de lo mucho que vale ese dia que comienzas á vivir, y que acaso será el postrero de tu vida, como lo será ciertamente para muchísimos otros. 2. Atiende bien cómo empleas el tiempo. *Todas las cosas tienen el suyo* (Eccl. 3.): *hay tiempo de trabajar, y tiempo de descansar*; pero así el trabajo como el descanso han de ser útiles; el desahogo del espíritu y del cuerpo deben ser meritorios para la vida eterna, por el motivo que se ha de tener presente para tomarlos. 3. Jamás estés del todo ocioso. Lleva siempre contigo algun buen librito, que te puede servir mucho en mil ocasiones. Cuando no puedas hacer otra cosa, ora: *Sine intermissione orate* (1. Thesal. 4.). Hay ocupaciones que son un verdadero perdimiento de tiempo. Es cierto que las personas mundanas, las indevotas pocas veces dexan de estar ocupadas; ¿pero en qué? en el juego, en la diversion, en el paseo, en la caza, en leer algunos libros; ¿pero qué libros? ¿Las consolará mucho algun dia el haber empleado el tiempo en esto?

☞ DIA DIEZ Y SIETE.

San Pascual Baylon, confesor.

Por los años del Señor de 1540, reynando Cárlos V., y presidiendo la silla de san Pedro el papa Paulo III., na-

ció san Pascual Baylon dia 17 de mayo, y primero de la pascua de Pentecostés, para gloria de España, y ornamento de la religion de san Francisco. El lugar de su nacimiento fue una pequeña aldea del reyno de Aragon llamada Torre-hermosa. Sus padres fueron Martin Baylon é Isabel Jubera, honrados labradores de escasa fortuna, pero ilustres por la piedad de sus costumbres. Siendo todavía niño comenzó la gracia á dirigir sus operaciones, como preludios que eran de la sublime santidad á que habia de subir en la edad provecta. Si alguna vez le dexaba su madre solo, se iba á la iglesia, en donde le encontraba con los ojos fixos con tal intencion en las imágenes de Jesus y de María, que le costaba trabajo separarle de éllas. Ya jóven le dedicaron sus padres al oficio de pastor; y aunque este solitario exercicio parece que le cerraba las puertas para aprender á leer y escribir, pudo tanto su diligencia que aprendió úno y ótro, ya preguntando á los que sabian, y ya ilustrándole Dios para que venciese la gracia los impedimentos terrenos. Su zurron, en lugar de contener el ordinario alimento, era una pequeña biblioteca en donde se encontraban varios libros piadosos, y el oficio de la Vírgen, que rezaba diariamente con suma devocion y consuelo de su alma. Por esta causa se separaba de los demas pastores, aborrecia sus juegos y entretenimientos, y vivia en aquel oficio como el ermitaño mas aprovechado. Su conversacion era santa y agradable; sus modales apacibles y dulcísimas; su genio manso y templado; de modo, que los demas pastores admiraban en él la madurez y prudencia de un anciano, y la pureza é inocencia de un ángel. Hablábales muchas veces de la grandeza de las virtudes, de la santidad, de la vida cristiana, y de la fealdad de los vicios; y esto lo hacia con tanta gracia, y con tan fervoroso espíritu, que los demas pastores, con ser ya algunos hombres ancianos, se movian á compuncion corriendo las lágrimas por sus rostros. Con singularidad les inspiraba una tierna devocion á la Madre de Dios, á quien él amaba y servia con todo el ahinco de su corazon. Si alguna vez advertia que sus compañeros se desazonaban y prorrumpian en juramentos ó blasfemias,

los corregia amorosamente, y los suplicaba que pusiesen sus ojos en María santísima; y de este modo logró apaciguar sus rencillas, y muchas veces libertarlos de peligros.

No se olvidaba al mismo tiempo de añadir á los duros trabajos de pastor otras varias mortificaciones, entre éllas el andar descalzo por lugares escabrosos y llenos de espinas, procurando de este modo imitar al Pastor divino, que tanto habia padecido por sus ovejas. Divulgándose la fama de sus amables prendas, entró en ganas Martin García, hombre poderoso, á quien el Santo servia; de tenerle por hijo, estimando en mas esta gloria que todas sus riquezas. Llamó á Pascual, y cuando le tuvo en su presencia le propuso como queria adoptarle por hijo, haciéndole dueño de las muchas posesiones y grandes riquezas que le habia dado el cielo: que bien veia cuánto le convenia aceptar este partido, trocando la vida trabajosa que entonces tenia por otra regalada y abastecida de bienes de fortuna. *Ven, pues,* le dixo, *ven á mi casa, serás mi hijo, y despues de mi muerte serás mi heredero.* Cualquiera que tuviese espíritu menos desinteresado que el de Pascual, hubiera admitido con sumo gusto aquella proposicion, estimándola como principio y fin de su fortuna. Pero el santo Jóven, que habia ya elegido en su corazon á Jesucristo por su heredad y toda su riqueza, le respondió, lleno de modestia el semblante, como habia propuesto en su corazon servir á Dios en pobreza voluntaria, que nada aborrecia tanto como los bienes de este mundo, que tenia por lazos é impedimentos para conseguir la verdadera felicidad; y que distaba tanto de admitir su generosidad, que antes bien pensaba en hacerse religioso, abandonando no solamente los bienes temporales, sino la posibilidad de obtenerlos. Que por lo demas le daba rendidas gracias, y le sería agradecido encomendándole á Dios en sus oraciones.

Con este pensamiento procuraba Pascual estrechar su vida con nuevas mortificaciones, ensayándose para la vida austéra que debia emprender. Siendo ya de edad de veinte años, le fue preciso deliberar de la execucion de sus santos deseos, para cuyo efecto pasó al reyno

de Valencia. Quiso despedirse de una hermana que habitaba en un lugar intermedio; y habiendo ido á su casa, le recibió con sumo amor, y quiso regalarle segun sus facultades la permitian. Dispúsole una abundante cena, cual convenia á quien consideraba fatigado del camino, y necesitado de recuperar las perdidas fuerzas; pero el santo Mancebo, por mas instancias y súplicas que le hizo su hermana, jamás condescendió en tomar otra cosa que un poco de pan y agua. Admiróse la hermana de tanta abstinencia; y conjeturando que á esta mortificacion acompañarian otras mayores, con curiosidad femenil quiso averiguarlo viéndolo por sus ojos. Tenia ésta una compañera llamada Juana García, á quien encomendó que aderezase una cama bien mullida para que descansase su hermano; y habiéndolo executado así, introduxeron al Santo en su retrete, y cerrada la puerta se pusieron las dos á acechar por un agujero lo que el Santo hacia. Pasado un poco de tiempo, advirtieron que se desnudaba, y sacando unas disciplinas, se azotaba con tanta crueldad, que tuvieron que apartarse de allí, no pudiendo contener las lágrimas que sacaba de sus ojos aquel sangriento espectáculo. A la mañana siguiente, habiendo tomado pan y agua por desayuno, encargó mucho á su hermana que viviese en el santo temor de Dios, y despedido de élla prosiguió su viage.

Como éste se dirigia á poner por obra las inspiraciones de la gracia, no tenia otro fin que renunciar el mundo y las comodidades que éste le ofrecia en su patria, y servir á Dios en donde quiera que viviese. Sus deseos eran principalmente de ser religioso; pero no proporcionándose ocasion oportuna para ello, tuvo que volver á su exercicio de pastor. Ocupábase en él en las cercanías de Monfort, pueblo del reyno de Valencia, en el cual habia uno de los primeros conventos de la reforma de san Pedro de Alcántara, y en su iglesia una devotísima imágen de nuestra Señera de Loreto. Aficionóse tanto á esta Señora, que venia frecuentemente á visitarla, y cuando estaba en el campo tenia por lo comun vuelto el rostro hácia la iglesia, no pudiendo separar sus ojos de donde tenia el corazon.

Hablaba con los demas pastores de cosas pertenecientes al espíritu, logrando en éllos tanto fruto, que en presencia suya ninguno osaba hacer cosa reprensible. Sin embargo, vivia descontento, porque la soledad y exercicio de pastor le privaba de muchos consuelos espirituales, y porque era sumamente dificil alimentar bien el ganado sin menoscabo del próximo. En esta materia llegaban sus escrúpulos hasta el extremo de delatarse á sí mismo. Luego que su ganado habia hecho algun daño, y él lo advertia, se iba al dueño, y no se separaba de él hasta que tasado prudentemente le daba satisfaccion de su soldada. En medio de esta delicadeza conoció que eran mayores los peligros que toda su vigilancia. Advirtió entre los demas pastores de aquella campiña unas costumbres poco conformes á la simplicidad de su exercicio. No era lo mas la usurpacion de los bienes agenos para mantener con menor diligencia el ganado, sino que éste padecia tal vez sus menoscabos para contentar una pasion deshonesta. El nombre santo de Dios, á cuya alabanza provocan en el campo las yerbas, y tantas otras criaturas que publican su gloria como los cielos, era blasfemado. Las mútuas rencillas que tenian entre sí los pastores, creian éstos que se vencian ó que se apaciguaban con maldiciones y juramentos; de lo cual, ofendido grandemente el santo Jóven, determinó escapar cuanto antes de tan multiplicados peligros. Significólo á un amigo suyo, que era de los mas moderados entre aquellos pastores, el cual le respondió: *Si piensas entrar en religion, ¿por qué no te vas al monasterio de nuestra señora del Huerto, que es monasterio rico y está en tu tierra?* *Por eso mismo*, respondió el Santo, *yo he dexado mi patria, mis padres y parientes para vivir en este mundo como en un destierro, sin mas pensamiento que buscar el camino derecho para la patria celestial; yo he renunciado el rico patrimonio y adopcion que me ofrecia mi amo, por la pobreza de Jesucristo; y así nada me puedes prometer mas opuesto á mis intentos, que la entrada en un monasterio rico, y que está en mi patria.*

Aunque hasta entonces no tenia Pascual determinacion fixa del sitio y religion en que haria sacrificio á Dios de sí mismo; con todo eso, la divina Providen-

cia como que le iba adjudicando á la religion Franciscana en su nueva reforma. Esto daba á entender aquel fervor particular con que la gracia habia encendido su espíritu, con la devocion de nuestra señora de Loreto, y un afecto particular que á los religiosos de aquel convento profesaba. Veia en éllos una suma pobreza en la comida, en el vestido, en los axuares de sus habitaciones, y aun en los utensilios para los ministerios sagrados; veia una humildad verdaderamente cristiana de aquellas que huyen las exâltaciones y grandezas de la ambicion; veia, en fin, la mortificacion de Jesucristo y su cruz; y esto mismo se conformaba con sus santos propósitos y sus costumbres. Llegábase á esto que por aquel tiempo vivian en el convento Lauretano muchos religiosos de una virtud verdadera y de una mortificacion asombrosa. Tratábalos el Santo con frecuencia, porque acudia con élla á consolar su alma en los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, y la conformidad que en éllos advertian sus costumbres le inclinaba á vivir con éllos. Los santos son delicados en la determinacion de sus resoluciones. Siempre estan temerosos de sus propias luces, y solícitos de averiguar el verdadero camino por donde quiere Dios que le sigan. Padecia Pascual ansiedades en su espíritu, y suplicaba al cielo con fervorosos suspiros se dignase manifestarle su voluntad para ponerla luego por obra. La oracion sencilla, las lágrimas que salen del corazon encuentran inmediatamente acogimiento en la divina misericordia. Una vision celestial aseguró á Pascual del verdadero norte que debia seguir, y calmó las turbaciones de su espíritu. Cuando éste se hallaba enagenado con soberanas dulzuras, le pareció ver un religioso y una religiosa que vestian un hábito de penitencia muy semejante al que usaban los religiosos del referido convento. Vuelto en sí, entendió que la voluntad de Dios era que tomase allí el hábito; y sin mas dilacion se fue al guardian, y se le pidió con humildad. Como eran bien conocidas las virtudes del zagal entre todos los religiosos, accedieron con gusto á sus súplicas, y le dieron el hábito con suma complacencia, persuadidos á que Dios

los enriquecia con un tesoro de santidad. Luego que Pascual se vió religioso, contempló que debia manifestar su gratitud al beneficio recibido con nuevos exercicios de piedad. Dobló sus penitencias, enfervorizó su espíritu, dedicóse á la oracion con continuacion mayor, y mayores ardores que anteriormente experimentaba; y sobre todo tenia sus complacencias en las penalidades y oficios humildes en que le empleaban los superiores. Hallaba en esto tanta mas satisfaccion, cuanto su eleccion habia sido de ser religioso lego, cuando el conocimiento que tenia de leer y escribir pudiera proporcionarle en los cláustros la dignidad del sacerdocio. Experimentada su perfecta vocacion, y reconocida por del cielo, le dieron la profesion dia de la Purificacion de nuestra Señora en el año de 1565.

Viéndose Pascual libre de los lazos del mundo, y dedicado para siempre al servicio de Dios, atada su voluntad con los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, dió gracias al Todopoderoso, y comenzó de nuevo la carrera de la perfeccion con tanto fervor como si hasta entonces no la hubiera comenzado. Exercitábase de contínuo en los oficios mas humildes y despreciables con una alegría que manifestaba la tranquilidad de su alma, y el gusto que tenia en asemejarse á aquel Señor que se humilló hasta la muerte. Nunca jamás se le vió ocioso. La oracion, la mortificacion y las ocupaciones de la obediencia dividian su tiempo y sus obras. Solícito de la santificacion de su alma, huia como de una serpiente de la ocasion mas ligera en que pudiese haber ofensa de Dios. Nadie vió en su conducta obra ó palabra que pudiese notarse, no ya de pecado grave, pero ni aun de leve. Era en esto tan esmerado, que aun cuando la obediencia parece que le disculpaba para decir una leve mentira, quiso antes representar con humildad á su superior, que manchar sus labios con palabras contrarias á la verdad. Siendo portero llamaron unas mugeres, solicitando que el guardian baxase á confesarlas; llevó el Santo el recado, y respondiéndole el superior que le excusase, diciendo *que no estaba en casa*; respondió el Santo: *Perdonadme, Pa-*

dre, *no diré tal*, *porque eso sería pecado venial.* Sabia que Jesucristo es verdad por esencia; teníale en su corazon, y no podia ofender, ni con la mas ligera palabra, los privilegios de la caridad con que le amaba. Esta era ardientísima, contínua, insaciable, como lo manifestaban las efusiones de su alma para con Dios y los próximos. Amaba á Jesucristo con tal ternura, que todas las acciones de su vida, y los tormentos de su pasion, los tenia siempre presentes para imitarlos. De aquí nacia aquella mansedumbre con que trataba á todos, aquella alegría que hacia su rostro semejante al de un ángel; de aquí aquella prontitud á cuanto le mandaba la obediencia; aquella austeridad y rigor con que trataba su cuerpo, sujetándole á las leyes del espíritu; y aquí finalmente aquel zelo y solicitud de la salvacion de las almas, que procuraba por todos los medios.

No se contentaba con aliviar la miseria temporal de sus próximos pidiendo limosna para darla despues á los necesitados. Su caridad se extendia á mas altos fines, y sus limosnas eran acompañadas de discursos patéticos sobre la fealdad del pecado, sobre las penas del infierno y sobre la grandeza de Dios. Esta invencion feliz reduxo á muchas almas de un estado de perdicion á una vida fervorosa, contándose entre éllas muchas mugeres perdidas, y muchos pecadores endurecidos y obstinados en sus vicios, que acobardados de su enormidad llegaban á desconfiar de la divina misericordia. Con el mismo espíritu de caridad reprendia las faltas que advertia, no solamente en sus hermanos, sino aun en los mismos superiores. Tenia en esto tanta gracia, y era tan dulce el artificio que le sugeria su zelo, que jamás su correccion produxo disgustos ni desazones, sino reconocimiento y enmienda.

La fe, aquel don sobrenatural y divino que levanta el alma á la contemplacion de los sublimes misterios, que persuade una luz infusa, y da fuerzas al hombre para emprenderlo todo con una segura confianza en la asistencia del divino Poder, tuvo en san Pascual tan feliz acogimiento, que sus obras maravillosas se pudieran contar por sus acciones. Son innumerables los mi-

lagros que obró Dios por su intercesion, ya venciendo el poder de la enfermedad y de la muerte, y ya produciendo repentinamente alimentos con que refrigerar al sediento, y quitar el hambre al necesitado. En sí mismo manifestaba de contínuo un estupendo milagro, que era premio de su sencilla humildad y de la viveza de su fe. Jamás habia aprendido mas que á leer y escribir; su trato habia sido con pastores; sus exercicios mecánicos. El contínuo empleo de su tiempo en las obligaciones de portero, limosnero y otros tales exercicios, le alejaba de las conversaciones de los religiosos instruidos en materias teológicas. Sin embargo, los sabios religiosos que le trataron depusieron con juramento que hablaba de los dogmas mas sublimes de la religion con una precision, exâctitud y alteza, que los dexaba asombrados. Proponíanle las cuestiones mas difíciles acerca de la Trinidad, de la Encarnacion y divinos atributos, y á todas satisfacia con tan sublime doctrina y tan acertadas respuestas, que se veia claramente ser el divino Maestro quien le enseñaba. En efecto, en la oracion era en donde Dios le manifestaba aquellos arcanos, que no le es dado al hombre comprender ni mucho menos explicar con palabras. Importunábanle los religiosos con las preguntas mas árduas y argumentos mas difíciles que tiene la teología, deseosos de alimentar sus almas con aquella ciencia no aprendida que salia de sus labios. Pero el Santo, temeroso de los perjuicios que podria ocasionar á su humildad esta prueba, inventó un artificio para ocultar su milagrosa sabiduría. Procuróse varios libros teológicos, leia en éllos, y de éllos daba á entender que sacaba las respuestas que le oian. Para este efecto escribió dos libros, en donde trataba de la union hipostática del Verbo divino, y de otras materias igualmente dificultosas. Y para dar á entender que nada de lo que allí habia era produccion suya, puso en la portada esta inscripcion: *En el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu santo, tres personas y un Dios verdadero, criador de todas las cosas visibles é invisibles, á quien sea dada la gloria y el imperio por todos los siglos de los siglos, amen. Yo fray Pascual Baylon, na-*

tural de Torre-hermosa de santa María de Horta, escribí este fárrago para mi espiritual recreo, habiéndole recogido fielmente de muchos libros santos. No obstante esto, estando en cierta ocasion enfermo, pidió con suma eficacia al guardian que quemase estos libros para que no quedase en el mundo cosa alguna de donde le pudiese resultar honor y gloria.

Estaban cimentadas estas virtudes en una profunda humildad para que el edificio de la perfeccion llegase á su grandeza sin peligro de ruina. Por esta causa, aun en las acciones mas mínimas procuraba Pascual su abatimiento. Ocultaba con estudio todas las gracias que recibia del cielo para que no le diesen estimacion. Huia de los lugares adonde la fama de su santidad habia producido una extraña veneracion y aprecio de su persona. En el convento buscaba con esmero los oficios mas abatidos para exercitarse en éllos con tanto gusto como pudiera tener un ambicioso en la obtencion de las mas altas dignidades. Hacia que el vestido cooperase á sus intenciones, y le ayudase á conseguir perfectamente la virtud de la humildad. Su hábito era un centon de remiendos, y éstos encontrados en los muladares. Deseaba que por el vestido calificasen la persona, y así le tenia tan despreciable para que trascendiese á él el desprecio. Sucedió algunas veces reprenderle públicamente el prelado por faltas que Pascual no habia cometido. Era notoria su inocencia, y con una excusa modesta pudiera libertarse de la áspera y violenta reprension que padecia. Jamás adoptó este partido, aunque no faltaba quien se lo aconsejase. Oia, puesto de rodillas, clavados los ojos en el suelo, y con un semblante lleno de magestuosa tranquilidad, la injusta reprension; y acabada, besaba los pies al prelado, y quedaba muy gozoso de haber imitado en algo á Jesucristo. Otras veces se juntaba con los religiosos jóvenes, ó con los novicios cuando el maestro les imponia alguna penitencia, humillándose como reo, y sujetándose al castigo el que era conocido y venerado de todos por santo é inocente. Así llenaba por todos los medios las obligaciones que prescribe la humildad cristiana, sin que jamás se le notase ni dar excusa abo-

nando su conducta, ni quejarse del agravio que se le hacia; ni echar la culpa á quien la tenia verdaderamente, ni rehusar la reprension ó el castigo, ni últimamente dar muestra de sentimiento en su semblante.

La virtud de la humildad, la de la paciencia y la de la obediencia estan tan íntimamente unidas, que con dificultad se encuentra la úna sin la ótra. En los exercicios de la obediencia hallaba Pascual mucho que sufrir, y ocasiones de humillarse; y de la misma manera en la paciencia y en la humillacion encontraba el mérito de obediencia. Jamás se negó á cualquiera disposicion de sus prelados, sino á la que tenia visos de alguna superioridad. Si le mudaban de convento, lo recibia con gusto el que se tenia por peregrino sobre la tierra. Si le mandaban pedir limosna, le parecia estar imitando á Cristo, que se hizo pobre para que nosotros con su pobreza fuésemos ricos. Si le mandaban cavar en la huerta, y hacer el oficio de hortelano, creia estar cumpliendo el castigo dado por Dios á nuestro primer padre; y se regocijaba viendo que con el sudor de su rostro sustentaba á sus hermanos, y aliviaba la miseria en muchos pobres desvalidos. En todos los exercicios, en todos los empleos, en todos los destinos encontraba este Siervo de Dios el consuelo de su alma, y los medios de santificarla mas copiosamente. Su espíritu fervoroso en nada encontraba dificultad, ni temia peligro con tal que pudiese conducir para este efecto. Vióse esto en la dificil peregrinacion que hizo á Francia en el año de 1570. Ofreciósele al custodio de su provincia un caso árduo que necesitaba consultarse al general. Residia éste á la sazon en París, para donde la escasez de los correos en aquel tiempo hacia necesario enviar un religioso. Habiendo meditado el custodio quién sería mas oportuno para una expedicion en que peligraba la vida por causa de estar infestadas las provincias de Francia de hereges hugonotes, que odiaban mortalmente á los frayles, halló que solo fray Pascual aceptaria un encargo tan arriesgado. Llamóle, y le mandó que emprendiese este viage; y el Santo con suma alegría se puso al instante en camino, confiado en que la obediencia le sacaria salvo de todos los peligros. Lle-

gó al primer convento que tenia su religion en Francia; y habiendo exâminado los sabios padres de aquella comunidad la comision que llevaba, y conociendo por otra parte que peligraba su vida, se pusieron á disputar si era lícito obedecer con semejante peligro. Resolvieron que sí, y dexáronle seguir su camino. Iba el Santo descalzo de pie y pierna, con un hábito andrajoso, y un rostro de penitencia que llevaba tras sí los ojos de todos. Por quantos lugares pasaba, en otros tantos recibia infinitas molestias y persecuciones del pueblo, que gritaban con furor: *Al papista, al papista*, acompañando estas insultantes palabras con malos tratamientos, y apedreándole muchas veces. En un pueblo le rodearon una porcion de hereges, creyendo que un frayle, en la apariencia sin letras, podria facilmente ser convencido é imbuido de sus errores. Preguntáronle si creia que en la hostia consagrada se contenia el cuerpo de Cristo; y habiendo respondido *que sí*, comenzaron á argüirle con sofismas capciosos para apartarle de la verdadera creencia. El Santo respondió á todo con tanta copia de doctrina y solidez de fundamentos, que tuvieron los hereges que dexarle confusos y avergonzados. Pero con rabia infernal comenzaron á despicarse, apedreándole de manera, que le hubieran quitado la vida si Dios milagrosamente no hubiese torcido la direccion de las piedras. Prosiguiendo su camino, y hallándose molestado de la hambre, llegó á pedir limosna á la puerta de un poderoso. Mandóle éste entrar, púsole á su mesa, y mientras comia le dixo que sus trazas eran de espía español, y como á tal, en levantándose de la mesa, estuviese seguro de que iba á mandar darle muerte. Calló el Santo, quedándose con una serenidad admirable; de la cual, movida la señora á compasion, hizo echarle de casa sin que lo viese su marido. A este tenor padeció otros muchos peligros y trabajos; pero como obraba por obediencia, Dios premió esta heróica virtud, haciendo que concluyese su expedicion, y volviese á Almansa bien despachado, como el custodio se lo habia prometido.

Conduxo mucho para la pacífica tolerancia de tan-

tas molestias y peligros el hábito que habia contraido á padecer por Jesucristo en las penitencias asperísimas con que afligia su inocente cuerpo. Con ser tan casto que en toda su vida ofendió á esta virtud, ni con el mas leve pensamiento, se exercitaba en tan crudas penitencias como pudiera necesitar el mas voluptuoso y distraido. Sufria los frios del invierno caminando con los pies desnudos sobre los yelos y la nieve. En el verano trabajaba con la cabeza descubierta para que los rayos del sol le hiriesen con mayor vehemencia, y fuese mayor su mortificacion. Sin embargo de que su vestido ni le daba abrigo, ni le libertaba de las injurias del tiempo, todavía juzgaba Pascual que era un regalo. Ponia debaxo de él varias suertes de silicios, que con piadosos artificios formaba, unas veces de cerdas, ótras de espinas de cardos, y ótras de puntas de hierro. Su cama era el duro suelo, ó una porcion de leña, que mas bien servia para atormentar el cuerpo cansado, que para tomar alivio. Pasaba lo mas de la noche en continua oracion, tal vez puesto de rodillas, y tal vez postrado en tierra con los brazos extendidos, para que á la meditacion acompañase el mérito de la penitencia. Dábase crueles disciplinas casi todos los dias del año, particularmente en las fiestas de los mártires, deseando experimentar en sí de alguna manera los dolores del martirio. En las festividades de los ángeles repetia la disciplina hasta el número de nueve veces, rezando en cada una de éllas el salmo *Miserere*... Un cuerpo debilitado con tantas austeridades pudiera inocentemente refrigerarse con algun alimento. Pero no era así; san Pascual se habia propuesto desde la entrada en la religion por modelo á su santo Patriarca; y anteriormente habia hecho profesion de seguir los pasos del divino Maestro, que estando crucificado quiso tener el tormento de gustar hiel y vinagre. Con este pensamiento ayunó casi todos los dias de su vida á pan y agua. Si tal vez tomaba algunas legumbres, era sin condimento alguno, para que el paladar no percibiese deleyte. Alguna vez comió carne; mas para imitar el tormento del divino Maestro, la dexaba primero que se corrompiese, de manera que el fetor y hediondez la hiciesen

mas desagradable que la hiel y vinagre. Este ayuno prodigioso le observaba aun estando enfermo, sin que las persuasiones del médico y de sus hermanos alcanzasen de él alguna relaxacion en su severa abstinencia.

A virtudes tan sublimes acompañaba una oracion contínua y una altísima contemplacion de los divinos misterios, en la cual gustaba su alma de tan soberanas dulzuras, que recompensaban abundantemente todos sus rigores, ayunos y penitencias. Oraba de contínuo en cualquiera lugar que se hallase, estando siempre en la presencia de Dios sin separar su alma de sus divinos atributos. La continuacion y el fervor le llevaron á tan alto grado, que se le vió muchas veces privado de sus sentidos, y haciendo unos extremos que manifestaban unas veces los arrebatos de su alma, y ótras el torrente de delicias que en la oracion le eran comunicadas. Estos efectos eran mas sensibles en presencia del sacramento de la Eucaristía, ó de las sagradas imágenes de Jesucristo y su santísima Madre. Tal vez enagenado y fuera de sí mismo, se daba contra las paredes, y rodaba las escaleras hasta que el dolor le volvia á su ser, y le hacia cortar el ímpetu de la contemplacion. De sus escritos en esta materia se deduce la alteza y perfeccion á que llegó este Siervo de Dios. Ellos contienen lo mas puro, lo mas acendrado y sublime de cuanto escribieron los santos. Allí se ven unos coloquios tan tiernos y afectuosos que prueban el ardiente fuego en que fueron engendrados. Lo mas patético de los salmos, las oraciones mas fervorosas de la Iglesia, los afectos mas encendidos de los contemplativos, las expresiones mas vivas y amorosas, las gracias mas humildes y rendidas, la ponderacion mas justa de las grandezas de Dios y de sus divinas piedades, todo se encuentra en el pequeño tratado de oracion que escribió este Santo para su instruccion y consuelo. A la Madre de Dios tenia una devocion tierna y afectuosa; veneraba sus imágenes con una humillacion y respeto, que infundia devocion en cuantos lo veian. Rezaba su santo rosario con tanta frecuencia, que tenia las cuentas gastadas; y en sus pláticas y conversaciones jamás trataba otra cosa que la vida y pa-

sion de Jesucristo y las grandezas de su Madre santísima.

Unas virtudes tan heróicas quiso Dios que estuviesen adornadas en su Siervo con aquellas gracias que se llaman gratis datas; las cuales, aunque no tienen esencial conexíon con la virtud verdadera, las suele conceder Dios misericordiosamente para manifestar la solidez de los que le sirven con sencillez de corazon. Tuvo el don de profecía, el de penetrar los corazones, y el de hacer milagros. En todos éllos fue admirable, juntando al mismo tiempo la exâltacion de la gloria de Dios y el provecho de sus próximos. Una de las cosas que predixo fue el dia y hora de su muerte. Queria Dios dar el premio debido á sus prodigiosas virtudes; y el Santo notaba en la efervescencia de su espíritu que queria desasirse de las cosas terrenas y de los lazos de la carne, para unirse eternamente á aquel á quien habia amado toda su vida. Notó esto tambien una muger piadosa, que viendo al Santo ayudar á misa, advirtió en su semblante una alegría y sonrisa tan extraordinarias, que la pareció ver á un bienaventurado. Estando, pues, en el convento de Villa-Real, y presintiendo que estaba cercana su muerte, le dixo á un religioso que le lavase los pies. Extrañó éste semejante diligencia en un hermano que tan poco cuidaba del aseo de su persona, y mucho mas sabiendo la profunda humildad que caracterizaba sus acciones y pensamientos. Significó al Santo su extrañeza, y éste le respondió con una paz y sencillez admirables: *No os admireis, hermano, que quiero tener los pies limpios para recibir el santo sacramento de la Extrema Uncion, si acaso Dios quisiere que me sea necesario recibirle.*

El suceso manifestó que hablaba con espíritu profético; pues de allí á pocos dias cayó gravemente enfermo de la última enfermedad. Sufrió con suma paciencia los dolores y congojas de una dolencia que las tiene tan mortales, como es el tabardillo y dolor de costado. Nunca le oyeron quejarse, ni pedir medicina ni alimento, ni volverse de un lado á otro en la cama; antes bien el rostro alegre y tranquilo manifestaba el deseo que tenia de ser desatado de los lazos de la carne para vivir eternamente con Cristo. En el discurso

de la enfermedad, que duró solos ocho dias, se levantó una vez á dar limosna á los pobres, dándole la caridad y la gracia las fuerzas que le faltaban al cuerpo. En esta ocasion avisó á una pobre muger que estaba enferma de que en un mismo dia saldrian los dos de este mundo, lo cual se verificó. Agravóse la dolencia; y habiendo recibido los sacramentos de la Eucaristía y Extrema Uncion con devocion suma, pidió que para morir le sacasen de la cama, y le pusiesen en el suelo, queriendo imitar en esto á su santo Patriarca. No se le concedió, y así contento de todos modos con la voluntad de Dios y de sus superiores, teniendo un crucifixo en las manos, los ojos clavados en él, y el dulce nombre de Jesus en la boca, espiró dando su espíritu al Señor dia 17 de mayo del año de 1592, primer dia de la pascua de Pentecostés, y á la misma hora que elevaba el sacerdote la sagrada hostia en la misa mayor. Su cuerpo quedó hermoso, flexible, y con un semblante que movia á un mismo tiempo á veneracion y á ternura. Las gentes se conmovieron, y venian de todas partes á venerar el sagrado cadáver, y publicándole por santo. Teníase por dichoso el que podia lograr la parte mas mínima de un remiendo de su hábito, ó cualquiera otra cosa por despreciable que fuese. El cielo glorificaba á este Siervo de Dios con infinitos prodigios, pues ningun doliente tocó al Santo en los tres dias que estuvo expuesto á la veneracion de los fieles, que no recibiese el remedio de su enfermedad. Ya habian dexado casi desnudo el santo cuerpo, y de hora en hora crecia la multitud del pueblo que venia movida de la fama de su santidad y de sus milagros. Pensaron en enterrarle, y para lograrlo tuvieron que valerse de la astucia y de la autoridad de la justicia. Pusieron el cadáver en una caxa con suficiente porcion de cal viva para que se consumiese la carne, y depositóse todo debaxo del altar dedicado á la purísima Concepcion de María. El año de 1611 se hizo por el comisionado Obispo de Segorve la inspeccion del cadáver, el cual fue hallado entero é incorrupto, sin embargo de haber sido cubierto de cal al tiempo que se hizo su entierro. Justificado esto, y una por-

tentosa multitud de milagros que sería largo referir; concurriendo los solícitos oficios de reyes, príncipes y grandes, entre éllos el duque de Gandía, que dedicó al Santo un magnífico sepulcro; y últimamente, á solicitud de su religion, beatificó Paulo V. á este Siervo de Dios dia 19 de octubre de 1618. Alexandro VIII. le canonizó despues en 1690; continuando Dios sus prodigios por la intercesion de este Santo con todos aquellos que para ser oidos procuran ser imitadores de sus santas obras.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Paschalem confessorem tuum mirifica erga corporis et sanguinis tui sacra mysteria dilectione decorasti; concede propitius, ut quam ille ex hoc divino convivio spiritus percepit pinguedinem, eamdem et nos percipere mereamur: Tu qui vivis et regnas...

O Dios, que adornaste á tu bienaventurado confesor Pascual con un amor maravilloso acerca de los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre; concédenos, misericordioso Señor, que merezcamos percibir aquella dulzura que el Santo percibia en este divino convite del espíritu: Tú que vives y reynas...

La epístola es del cap. 31. *de la Sabiduría, y la misma que el dia XII, fólio* 234.

REFLEXIONES.

Aun mas que las riquezas desean los hombres el honor, la fama y la gloria. Habiéndose apoderado de nuestros primeros padres tan profundamente el vicio de la soberbia, se ha propagado en nosotros esta herencia criminal con tal fuerza, que por lo comun élla es la que infecciona nuestras acciones. Por eso el Sábio no encontraba ninguna en toda la vida que no tuviese el sello de la vanidad, clamando en todas las cosas vanidad de vanidades, y todo vanidad. El hombre mas bien provisto de bienes de fortuna piensa que nada tiene cuando le faltan los oropeles del honor. Y aun éste se desprecia en comparacion de un hombre ruidoso que acarree mucha fama y mucha gloria. Por este bien imaginario se sacrifican con gusto el reposo, las riquezas, y hasta la misma vida; sin

que haya peligro tan horroroso ni muerte tan aciaga que pueda retraer á los hombres, cuando una vez se han embriagado de la pasion de la gloria. Al paso que esto es verdad, no lo es menos que yerran los hombres el camino por donde pueden lograr seguramente el objeto que desean. Es un engaño creer que ha de haber para los cristianos otra ley y otra regla que la que ha habido para Jesucristo. Este hombre Dios llegó á toda la exâltacion que le pudo dar su Eterno Padre por medio del cumplimiento de la ley y de las mayores humillaciones. He aquí el sendero derecho que guia á la inmortalidad y á la gloria verdadera: y he aquí el mismo que propone el Espíritu santo en la epístola de este dia. El que despreció las riquezas, el que no permitió que deslumbrasen sus ojos el brillo seductivo del oro, ni puso en él sus esperanzas, éste será eternamente glorioso. Estas palabras de eterna verdad se ven comprobadas con una experiencia tan constante, que causa maravilla cómo han podido los hombres buscar otro camino para llegar á hacerse famosos en el mundo.

Todos los héroes que nos presenta la historia llevan consigo la idea del desprecio, y aun de la exêcracion, cuando sus acciones no han estado selladas con el sello de la virtud. Un Alexandro subyugando al universo, un Julio César usurpándose el poder de la mayor de las repúblicas del mundo, y otros semejantes personages podrán conciliarse una vana admiracion; pero sus obras sanguinarias cubrirán de una eterna ignominia su memoria. Al mismo tiempo que se admira su poder, se aborrecen sus obras, se censuran sus costumbres, y no se tiene envidia á la suerte que presentemente disfrutan. Por el contrario, en el Santo de este dia vemos un humilde lego de la religion mas pobre, sumergido en pobreza, viviendo en obscuridad, abatido y despreciado; ¿pero qué gloria puede igualar á la que presentemente disfruta? Compárense con élla las de todos los sabios y conquistadores, y se hallará que se desvanecen como humo estos soberbios monumentos de la ambicion humana delante de un humilde lego de la religion de san Francisco. Sus acciones son un exemplo de heroismo que todos miran con admiracion y con deseo de imitarlas. Su sepulcro es tenido co-

mo un lugar de asilo contra todos los trabajos de esta vida. Sus sagrados despojos son mirados con un santo entusiasmo y una humilde reverencia. Los grandes, los poderosos, y hasta los mismos monarcas humillan sus coronas, y ofrecen toda su fortuna por lograr su proteccion. Su nombre humilde y despreciable, al parecer cuando vivia, es repetido en las bocas de todos, y acompañado de alabanzas y bendiciones. Los sacerdotes, juntamente con los fieles, se congregan al rededor de los altares para decir y celebrar en himnos y cánticos aquellas mismas acciones que miraba el mundo con ojos desdeñosos. Todo conspira á ensalzar y llenar de gloria á aquel que despreció las riquezas, que holló las vanidades, y que vivió como un gusano despreciable de la tierra. ¡Qué locura, pues, es la tuya, ó cristiano, cuando con semejantes experiencias andas todavía tan solícito para procurar conseguir la gloria de este mundo! ¿Piensas que éste mudará contigo sus antiguas máximas de confundir y llenar de desprecio aquellos que mas le han servido? ¿crees que se puede mudar la misma verdad, ni que podrán faltar jamás sus divinas palabras? No es posible que quepan en tu corazon ideas tan quiméricas. Luego si deseas gloria, debes estar persuadido á que no podrás jamás conseguirla sino por el camino que la alcanzaron los santos. Aunque esta persuasion no debe ser motivo para que te ocupes en la virtud por la vana esperanza de ser algun dia glorioso para con los hombres; sin embargo, debes servirte de élla para conocer que tus pasos van mal encaminados, y que no podrán conseguir un premio que está reservado á sola la virtud.

El evangelio es del cap. 12. *de san Lucas*, *y el mismo que el dia XII*, *fólio* 236.

MEDITACION.

Sobre los bienes de la humildad.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la humildad es un manantial de bienes verdaderos para el alma que en élla se exercita, los cuales huyen perpétuamente de los soberbios.

Estos miserables andan vagando, hechos presa de sus soberbios pensamientos para encontrar la paz y tranquilidad de su alma, que á manera de sombra huye de éllos cuanto mas la persiguen. La soberbia, la ambicion y el deseo de ensalzarse sobre sus semejantes llenan el corazon del hombre de tales cuidados y fatigas, que le traen en un perpétuo desasosiego y en un círculo de inquietudes. Por mas que se adelanten sus pasos hácia el objejeto deseado; por mas que consiga una gran parte de aquellas distinciones y autoridad que apetece, siempre se le presenta á los ojos un camino interminable, y una multitud de objetos que ponen á su soberbia en nuevo y contínuo movimiento. Por eso dice el Espíritu santo (Salmo 73.), *que la soberbia está siempre en contínuo ascenso.* ¿Y cuántos dolores, cuántas amarguras tiranizan el corazon humano cuando no corresponde á sus deseos el éxito de sus pretensiones? El soberbio está contínuamente formando proyectos, que desvanecen las casualidades; inventando artes y astucias, que salen vanas; haciendo pretensiones ineficaces en el efecto; sacrificando sus riquezas para comprar los medios de su exâltacion. ¿Pero qué amargura la de su alma cuando despues de todas estas diligencias, que le quitan el sueño y le turban los placeres de esta vida, encuentra, ó que no ha logrado lo que deseaba, ó que su logro no ha calmado sus deseos? El gran padre san Agustin pinta en sí mismo esta infelicidad, con motivo de tener que decir una oracion delante del César. Anticipadamente sentia su corazon agitado de los crueles afectos del temor y la esperanza. Su admirable sabiduría parecia negarle sus auxîlios para que la oracion saliese con todo el artificio y colores retóricos que podian encantar el ánimo del Emperador. Desconfiaba de la voz, de la diccion y del gesto; y aunque era maestro de elocuencia, su soberbia le hacia parecer á sí mismo como un hombre estúpido y sin letras. El mismo deseo que tenia de ser ensalzado por aquel medio le llenaba de tal agitacion, que á un mismo tiempo sofocaba su talento, y cerraba las puertas á sus esperanzas. Por esto exclama: "Vos, Señor, »quisísteis que todo afecto desordenado fuese la pena de »sí mismo, para que el hombre se persuada á que no pue-

»de encontrar paz verdadera sino en vos, que sois Dios »de la paz."

El humilde por el contrario ¿de qué gozo, de qué tranquilidad verdadera no tiene inundado el corazon? Con todo está contento, todo le satisface; mira los bienes de este mundo como impedimentos para ser feliz; las dignidades como el centro de la inquietud y de las amarguras; y el ser mas que los demas como un motivo de mayor responsabilidad y de mayor peligro para su alma. Desde el abatido lugar en que habita ve con ojo tranquilo derrocarse las torres altas de soberbia; y los grandes acaecimientos, que espantan al mundo, apenas logran en él una ojeada desdeñosa. Solo ve grandeza, riqueza y poder en Dios; y contento con servirle, coloca en esto toda su gloria. Nada le turba el sueño, porque sus pensamientos son pensamientos de paz. Ninguna cosa le da pesadumbre, porque en nada de este mundo coloca su interes. Nada turba la tranquilidad de su alma, porque todo lo que no es Dios lo mira con indiferencia. Aun aquellas cosas que son comunmente tenidas por verdaderos trabajos, como son las enfermedades, las persecuciones y las injurias, no turban la serenidad de su alma, porque las abraza como regalos del cielo, y como medios de ser para siempre venturoso. Por eso los apóstoles salian contentos y regocijados de la presencia de los tiranos, porque habian merecido padecer injurias por el nombre de Jesus. Así que la humildad produce en el alma tanta paz y tranquilidad, como la soberbia inquietud y desasiego.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la humildad, ademas de la tranquilidad que produce en el alma, es un iman que atrae hácia sí las divinas gracias y misericordias.

Santiago (*capit.* 4.) explicó en pocas palabras las prerogativas singulares de la humildad, diciendo, *que Dios resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes.* En efecto; así como de un modo admirable hace que no tengan efecto todas las maquinaciones de los soberbios, de la misma manera por caminos escondidos ensalza á los humildes, llenándolos de gracias y honores mayores que

sus esperanzas. ¿Quién no se pasma al ver al soberbio Amán estarse gozando con la próxîma muërte y abatimiento del infeliz Mardoqueo? ¿quién no admira la turbacion, el disgusto, la consternacion que le causaba en medio de toda su gloria, el que un hombre despreciable no le hiciese cortesía? ¡Y quién no admira sobre todo los consejos de Dios, que á un hombre tan soberbio le abatió hasta el extremo de ocupar el cadahalso que él mismo tenia preparado á aquel que le despreciaba! Por el contrario, vemos á un José salir de los horrores de una cárcel y del laberinto de una vergonzosa calumnia á mandar el reyno de Faraon, y á tener en su mano el corazon del Monarca y la suerte de sus vasallos. Estos espectáculos con que ha querido Dios manifestar al mundo el horror con que mira la soberbia, prueban al mismo tiempo la generosidad con que ha derramado sus gracias sobre las almas humildes. Los santos comparan éstas á un ameno valle, que recibe todos los manantiales y corrientes cristalinas de los collados mas altos. Esta situacion les hace fértiles, y les corona de flores y de frutos, manteniéndolos con una perpétua lozanía, al paso que en las montañas no se ven mas que escabrosidades, aridez y precipicios. El alma que se abate al profundo de la humildad, recoge en sí todas las aguas de la divina misericordia. De luego á luego se forma un fundamento sólido y seguro para el edificio espiritual, sobre el cual crecen casi sin trabajo todas las demas virtudes. El humilde es caritativo, porque juzga que todas las cosas se le deben á su próximo. El humilde tiene una fe viva, porque abismado en la nada de su sér, conoce el soberano beneficio de la revelacion, y cree con humildad los misterios adorables. El humilde tiene una sólida esperanza, porque no la funda en sus merecimientos, sino únicamente en la divina misericordia y en la gracia de Jesucristo. El humilde es verdaderamente sabio, porque conociendo la debilidad de las luces naturales, desprecia las bachillerías de la humana filosofía, y sabe que toda la ciencia del cristiano se cifra en Jesucristo, y éste crucificado. A este tenor el humilde atrae hácia sí todas las virtudes, y se hace el teatro de las mas brillantes operaciones de la gracia. Una de éstas, la que mas le asegura y le hace

mas feliz, es la tranquilidad de su conciencia. El verdaderamente humilde está libre de contaminarse con los hábitos venenosos de la soberbia, de la vanagloria y de la confianza en sus propios merecimientos. Nada se atribuye á sí, de ninguna accion buena se reconoce autor; por mas que en sus obras brillen los influxos de la divina gracia, siempre tributa á ésta todo el mérito y valor. De consiguiente se reconoce delante de Dios por pecador, por indigno y despreciable. Esta humilde confesion excita la bondad divina á derramar sobre él las gracias en mas abundante copia; estas gracias le hacen de cada vez mas perfecto, y le colocan en un estado mas seguro; y de todo resulta, que el verdadero humilde llega á ser un tesoro que encierra en sí todos los bienes celestiales. Esta consideracion sola bastaria para ahuyentar de los hombres aun la sombra de soberbia, y enamorarles de la preciosa virtud de la humildad.

JACULATORIAS.

Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum. Paul. 1. ad Tim. cap. 1.

Mi redentor Jesucristo vino á este mundo á salvar los pecadores, entre los cuales mi conciencia me certifica de que por mi ingratitud soy el primero, y el mas digno de castigo.

Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies. Salm. 50.

Pero vos, Dios mio, por pecador que yo sea teneis dada palabra de no despreciarme siempre que llegue á vuestros pies con un corazon contrito y humilde.

PROPOSITOS.

Dios se humilló, dice el gran padre san Agustin (*de Virginit. cap.* 43), *avergüéncese el hombre de ser soberbio.* Y con razon; porque, ¿qué títulos puede ostentar el hombre para hacer escusable su soberbia despues que el mismo Dios se humilló; y como dice el Apóstol, *se anonadó, obedeciendo hasta padecer muerte de cruz*? ¿Eres

poderoso? Jesucristo era el verbo y el poder eterno con que se sacaron de la nada todas las cosas. ¿Eres príncipe, eres grande en el mundo? Jesucristo era el príncipe de paz, el rey pacífico, el que tiene su imperio sobre su hombro, el monarca de los monarcas, y el señor de los señores. ¿Eres abundante en riquezas? Jesucristo poseia todos los tesoros del Eterno Padre; á él le dió éste toda la potestad sobre los cielos y la tierra. ¿Eres sabio? Jesucristo era la misma eterna sabiduría por esencia. ¿Eres noble? ¿haces ostentacion de una prolongada série de ascendientes gloriosos? Jesucristo era de la sangre real de David en cuanto hombre, y en cuanto Dios es hijo del Eterno Padre. ¿Te ensoberbece la figura concertada que te cupo en suerte; esa hermosura de cuerpo que posees sin haber hecho diligencia alguna para adquirirla? Jesucristo es el mas hermoso y agraciado entre todos los hijos de los hombres, como dice el real Profeta. Sin embargo de todo esto, Jesucristo se humilla, y se humilla hasta morir; ¿qué deberás tú hacer? *Avergonzarte de haber sido soberbio, y proponerte para lo sucesivo al mismo Hijo de Dios por exemplar. Cuanto mas ensalzado te halles sobre los demas hombres*, dice san Agustin (*Serm.* 215.), *otro tanto mas debes humillarte; la gloria del honor consiste en la virtud de la humildad.* Sin esta virtud no puedes decir que eres cristiano; y así dice el mismo santo Padre: *Si me preguntas, ¿qué es lo primero en la religion y ciencia de Cristo? Respondo, la humildad es lo primero. Si preguntas, ¿qué es lo segundo? Respondo, la humildad; ¿cual es lo tercero? la humildad.* Así da á entender la necesidad de esta virtud para la vida cristiana, y así hace ver que sin élla no puede subsistir el edificio de la gracia, ni llamarse ninguno verdadero cristiano. Siendo esto así, conoce cuán errado caminas, pretendiendo los privilegios de tan augusto nombre, siendo tan altanero en tu conducta. De aquí adelante es preciso moderar ese genio altivo con que quieres avasallar á tus semejantes; es menester tratar con mas amor y dulzura á tus familiares, á tus criados y dependientes; es preciso ceder de tu opinion, y no querer que todos hayan de sujetar sus luces á tu modo de pensar; es necesario mirar á los pobres con ojos menos desdeñosos, y

respetar en éllos todos los derechos de la natúraleza; es absolutamente necesario que entres dentro de tu corazon, que reconozcas tus defectos, que te confieses inferior en el tribunal de la verdad á aquellos que desprecias, y que convencido de todo esto imites y aprendas de aquel que dice (Matth. 11.): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* De otra manera teme la abominacion y exêcracion de Dios, que contra los soberbios tiene fulminada el Espíritu santo en las sagradas Escrituras (*Proverb.* 8.), y mira que Dios siempre cumple sus palabras.

DIA DIEZ Y OCHO.

San Felix de Cantalicio, capuchino.

San Felix, llamado *Cantalicio* del lugar de su nacimiento, le tuvo el año de 1513 en una corta poblacion del mismo nombre, perteneciente al territorio de *Cita Ducale* en la provincia de Umbría. Sus padres fueron pobres, pero temerosos de Dios. Llamábase su padre Santo de Caráto, y su madre Santa, ó porque fuese éste el verdadero nombre de los dos, ó porque le merecieron por su virtud y vida exemplar. Habiendo logrado Felix ser hijo de unos padres que se llamaron Santos, él lo fue casi desde la cuna, así por lo inocencia bautismal, que jamás perdió, como por su ardiente amor de Dios y su tierna devocion á la santísima Vírgen.

Por su pobreza se vió obligado desde niño á guardar ovejas en el campo; y grabando una cruz en el tronco de una encina, se ponia de rodillas delante de élla, rezaba muchos rosarios en el dia, y no pocas veces pasaba en oracion una parte de la noche.

Luego que se sintió con fuerzas bastantes para cultivar la tierra, se puso á servir á varios labradores. En casa de uno de estos amos oyó leer en cierto dia la vida de los santos, singularmente de aquellos solitarios que pasa-

ron toda la suya en el desierto entregados al exercicio de la oracion y de la penitencia. Concibió un encendido deseo de imitarlos; y preguntando si habia todavía en el mundo aquella especie de hombres extraordinarios, le respondieron que sin ir muy lejos á buscar esos hombres muertos y crucificados al mundo, encontraria en la religion de los padres capuchinos todos aquellos exemplos de virtud que se habia hecho admirar mas en los santos anacoretas.

No necesitó mas informe. Voló luego al convento de *Cita Ducale*, y pidió el santo hábito. El guardian para probar su vocacion, le hizo una horrorosa pintura de la mortificacion y de la penitencia que pedia la santa regla, y mostrándole despues un crucifixo dolorosamente ensangrentado, le añadió: *Este es el modelo á que debe conformar su vida un capuchino*. Así la vista de aquel sangriento espectáculo, como la instruccion del fervoroso prelado, traspasaron el corazon del Pretendiente, y hecho un mar de lágrimas se arrojó á los pies del padre guardian, poniendo al cielo por testigo que ni venia, ni aspiraba á otra cosa que á una vida del todo crucificada. Admirado el guardian de su fervor, le recibió para frayle lego, y le envió al convento de Ascoli á tener su noviciado. Era á la sazon de veinte y ocho años, y desde el primer dia conocieron todos á qué heróico grado de santidad habia de llegar presto aquel novicio.

Aún no habia mas que veinte años que Dios habia suscitado en su Iglesia aquella nueva reforma del órden seráfico de san Francisco, y ya estaba extendida por todo el universo, haciendo revivir los antiguos prodigios de abnegacion, de desnudez, de penitencia y de humildad que se admiraron en los primeros siglos. Ya aquellos zelosos misioneros, poderosos en obras y en palabras; ya aquellos invariables defensores de la fe, enemigos de toda novedad; ya aquellos héroes de la pobreza evangélica, venerados en los pueblos, y respetados hasta de los mismos enemigos de la religion; ya edificaban entonces, como edifican hoy á todo el mundo cristiano con su fervor, con su religiosa observancia y con su vida exemplar.

En tal escuela fáciles son de comprender los progresos que nuestro Santo haria en la virtud. Asaltóle en el

noviciado una calenturilla lenta, que por su duracion hubiera precisado á los superiores á despedirle como inútil y sin fuerzas para los penosos exercicios de su estado, si las pruebas que habia dado de su eminente santidad no se considerasen dignas de pravalecer á los prudentes temores que se tenian de su quebrantada salud. Recobrada ésta, le enviaron al convento de Roma con el oficio de limosnero, el que exerció por espacio de cuarenta años con tanta edificacion, con tanta modestia, con tanto recogimiento interior, con tanta mortificacion y con tanta humildad, que en la bula de su beatificacion se hace muy ámplia mencion de las virtudes que exercitó en este oficio.

Los mas disolutos se contenian á vista de su afabilidad y de su modestia. Su humilde religiosa compostura, la virtud retratada en su semblante, su circunspeccion y sus palabras hacian impresion en los corazones, y convirtieron á muchos obstinados pecadores. Salia por la ciudad con los ojos baxos, con el rosario en la mano, el corazon en Dios, y con un devoto silencio. Algunas veces decia al compañero: *Buen ánimo: hermano, los ojos en tierra, el espíritu en el cielo, y en la mano el santísimo rosario.* Era su oficio pedir el pan y el vino para la comunidad; y cuando volvia al convento cargado de pan, y con el vino sobre sus hombros, solia decir con gracia: *Entré capuchino con ánimo de no probar el pan ni el vino en toda la vida, y Dios para probarme ha querido hacerme como dueño de todo el vino y de todo el pan que hay en Roma.*

Y era así, que aquella misma abundancia que introducia él en su convento, á Felix solo le servia para aumentar el mérito de su mortificacion y de su abstinencia. Ni úna ni ótra parece podian subir mas de punto. Jamás condescendió en cosa alguna con el gusto y con la inclinacion de sus sentidos. Ayunaba á pan y agua las tres cuaresmas de su seráfico padre san Francisco; no comia sino los mendrugos de pan que dexaban los frayles; su cama era una manta sobre una tarima; su cabecera un haz de sarmientos; el sueño nunca pasaba de tres horas; tomaba cada noche tres crueles disciplinas, y no se quitaba el cilicio. Siendo su oficio tan penoso, especialmen-

te los últimos años de su vida, en que el cuerpo debilitado con los trabajos, extenuado con las penitencias y consumido con las enfermedades, apenas podia sostenerse, ni por eso admitió jamás el menor alivio. Hallándose un dia en el palacio del cardenal de santa Severina, protector de la órden, dixo el compañero á su Eminencia, que mandase á fray Felix descargar la limosna que tenia sobre los hombros; y preguntado Felix por el cardenal, qué le parecia, respondió: *Señor, el soldado ha de morir con la espada en la mano, y el asno con la carga á cuestas*, añadiendo: *No permita Dios que yo alivie jamás á un cuerpo, que solo es de provecho para que se le mortifique.*

Siendo tan austéro para consigo, era extremadamente blando y dulce para con todos los demas; causando admiracion que un hombre por su nacimiento humilde, y por su crianza rústico, pues al fin se crió entre las ovejas y los terrones, fuese de unas modales no solo atentas, sino urbanas y cultas. Su zelo era encendido, pero siempre moderado, prudente y humilde, sin traspasar jamás los límites de su estado, corrigiendo en tono de ruego, y no con ayre de aviso, consejo ó advertencia. Tuvo noticia de la mala disposicion en que estaban ciertos jóvenes; buscólos, arrodillóse á sus pies, y los dixo con lágrimas en los ojos: *Hermanos mios, os pido en caridad que tengais lástima de vuestras almas*; palabras con que apagó el fuego de sus pasiones, y los convirtió.

Era sencillo, pero no grosero; ántes en su misma sencillez se descubria delicadeza, genio y buen gusto. Estando en casa de un ministro á quien acababan de regalar con una ternera, comenzó á mugir el animalito, y vuelto fray Felix al ministro, le dixo sonriéndose: *¿Sabe V. S. lo que quiere este pobre animalito? pues le pide una sentencia favorable para el que se la regaló.* Sus reflexíones eran justas, y siempre muy al alma. Mostrábale un célebre abogado su copiosa librería, en medio de la cual habia un devoto crucifixo; y preguntando á fray Felix qué le parecia de aquella multitud de libros, respondió: *Paréceme que todos estos libros solo deben servir para estudiar y entender bien este libro grande* (señalando al cru-

cifixo), *que es el compendio de la ley, y debe ser la regla de nuestra vida.*

Sabiendo que en un dia del Carnaval concurria una inmensa multitud de gente á la comedia, encendido en santo zelo, pidió al padre fray Lobo, célebre predicador capuchino, que le acompañase para disipar aquella muchedumbre. Dexóse ver fray Felix con una pesada cruz sobre los hombros, y con una calavera en la mano, cuyo espectáculo puso en muda suspension á todo el concurso; y el fervoroso sermon que predicó despues fray Lobo movió tanto á todos, que abandonado el teatro, no se volvió á hablar de comedia en todo el Carnaval.

Impúsose una ley de no mirar jamás al rostro á muger alguna, y la guardó exâctamente; siendo tan excesiva su atencion en materia de pureza, que era dicho comun que la naturaleza de fray Felix mas se parecia á la de los ángeles que á la de los hombres; tan extrema era la mortificacion de sus sentidos.

Pero su favorecida virtud fue la caridad con los pobres enfermos y con los vergonzantes. Obtenida licencia de sus prelados para hacerlos todo el bien que pudiese, no solo pedia limosna para sus frayles, sino para los pobres vergonzantes y enfermos, siendo pocos los de una y otra clase que se escondian á las diligencias de su caridad. Por el dia visitaba los pobres de Roma, y por la noche los enfermos de la comunidad, acompañando siempre sus visitas con alguna limosna ó con algun refresco. Apenas habia doncella pobre que peligrase, ó familia honrada en urgente necesidad que no hallase recurso en la caridad de Felix; y pasando los domingos y los dias de fiesta en los hospitales, todos los de Roma le debieron el suplemento de lo que faltó á sus rentas en una esterilidad universal.

Su ardiente caridad con los pobres era hija del encendido amor de Dios que le abrasaba las entrañas, no siendo fácil explicar á qué grado llegó este seráfico amor. Tenia el de Jesucristo grabado en el corazon, y por eso apenas su sacratísimo nombre se le caia de la boca, no pronunciándole jamás sin que se viesen sus ojos bañados en lágrimas de ternura. Todos los dias ayudaba á la primera misa que se celebraba en el convento con tanta devo-

cion, que la comunicaba á los asistentes. Comulgaba en los primeros años tres veces á la semana, pero los quince últimos de su vida recibia la sagrada comunion todos los dias, y siempre tan arrebatado de fervor, que á lo último apenas podia pronunciar el *Confiteor Deo* por la abundancia de lágrimas que derramaba, haciéndose en él tan ordinaria esta devocion sensible, que solo con pronunciar en su presencia el dulcísimo nombre de Jesus, ó solo con decirle: *Hermano fray Felix*, *Deo gratias*, bastaba para verle inflamado y lleno de fuego el semblante.

Correspondia el amor que tenia al Hijo el que profesaba á su santísima Madre. Ayunaba á pan y agua todas las vísperas de sus festividades; los sábados la rezaba el rosario entero, y los demas dias una parte de él, pero siempre con la devota ternura que muchas veces se veia precisado á interrumpirle. Llamábanle el favorecido de la Vírgen, de quien recibió favores muy singulares.

Hacia oracion una noche en la iglesia de su convento, cuando de repente se sintió tan extraordinariamente abrasado del divino amor, que levantándose sin libertad, corrió apresurado al altar mayor, donde se veneraba una imágen de la santísima Vírgen, y sin atender mas que á los amorosos ímpetus de su encendido corazon, pidió á la Madre de misericordia que siquiera por un momento le permitiese imprimir los mas tiernos y mas reverentes ósculos en su dulcísimo Hijo. Al punto se le apareció la Vírgen, y le puso al niño Jesus en los brazos. No es posible explicar ni los deliquios de amor, ni el torrente de suavísimas lágrimas que derramó nuestro Santo durante aquel éxtasis maravilloso. ¡Con qué ardor, con qué ternura abrazaria, acariciaria, besaria mil veces los pies de su divino Salvador! Mas al fin era preciso restituir á la Madre el preciosísimo tesoro; hízolo, pero fue eterna la impresion que hizo en su alma este singular favor, y con razon se escogió despues como por su emblema ó por divisa, como se ve en sus imágenes y retratos.

La humildad y la obediencia de Felix fueron á un mismo tiempo efecto y prueba de su eminente santidad. Aniquilábase, por decirlo así, delante de sus prelados y de cualquiera sacerdote; y preguntado por qué hacia aquellos extremos de abatimiento, solo respondia: *Vosotros*

sois sacerdotes del Altísimo, y yo un pobre hermano lego. Cuando volvia al convento despues de pedir limosna, su mayor gusto era emplearse en los mas baxos y mas penosos oficios de la casa. Siendo en toda Roma universalmente reconocido por santo, honrado del pueblo, de los príncipes, de los cardenales, y hasta de los mismos papas; él hacia tan baxo concepto de sí, que no acertaba á comprender cómo le toleraban dentro de la religion. Era ciega su obediencia, y para él cualquiera insinuacion del superior era su decreto.

Hácia el fin de su vida le probó el Señor con crueles dolores cólicos para purificar su virtud y para aumentar sus merecimientos. Cuantos mas vivos eran los dolores, mas sereno, mas apacible y mas risueño se manifestaba su semblante. Díxole un dia el médico, que pues habia curado á tantos con el dulcísimo nombre de Jesus, por qué no se valia de este mismo dulcísimo nombre, aunque no fuese mas que para mitigar en algo las fuerzas de sus dolores. Respondióle el Santo: *Porque es mucho mi amor propio, y no tengo valor para privarme de lo que es todo mi gusto y consuelo.*

Pero en fin, queriendo Dios poner término á sus trabajos, y coronar sus merecimientos, le reveló el dia de su muerte, y se dispuso para élla con tan visibles aumentos de devocion, de fervor y de ternura, que todos comprendieron tenia noticia cierta de su postrera hora. Cayó malo el último dia de abril, y no pudiendo apenas moverse, fue menester un órden expreso para que no fuese arrastrando á la iglesia muchas veces al dia. Diez y ocho duró su enfermedad, que fue una oracion contínua. Luego que recibió los sacramentos, se quedó como enagenado en una especie de éxtasis; los ojos clavados en un objeto que solo él veia; el corazon lanzando contínuos afectuosos suspiros hácia la misma parte, los brazos dulcemente extendidos hácia élla; todo denotaba alguna cosa extraordinaria que pasaba dentro de aquella purísima alma. Un hermano que le asistia, y se llamaba fray Urbano, le preguntó qué era lo que veia. *¿Pues qué*, le respondió Felix, *no ves á mi querida madre la santísima Vírgen, acompañada de tantos ángeles que me llenan de gozo y de consuelo?* Un cuarto de hora despues volvió en sí, y advir-

tiendo que antes debia de haber hablado algo, suplicó al guardian que le dexasen solo. En fin, el dia 18 de mayo del año de 1587, y á los 72 de su edad, sin haber entrado apenas en la agonía, dexó la tierra para ir á recibir en el cielo la corona de sus trabajos y virtudes.

Luego que se publicó en Roma su muerte, corrió toda la ciudad al convento, apresurándose cada uno por besar el santo cadáver, y por lograr alguna de sus reliquias. Los muchos milagros que obró en vida, y los que hizo Dios por su intercesion despues de muerto, le grangearon presto la veneracion del público. El papa Sixto V., en cuyo pontificado murió san Felix, prometia testificar de su misma mano diez y ocho, y quiso él mismo beatificarle, pero no tuvo tiempo para hacerlo. Paulo V. mandó trabajar el proceso de su beatificacion, y Urbano VIII. hizo la ceremonia, beatificándole solemnemente el año de 1625; y permitiendo que rezase de él á toda la religion de capuchinos. Finalmente, el año de 1712 el papa Clemente XI. le canonizó, siendo celebrada en toda la cristiandad esta canonizacion con tan extraordinaria devocion y magnificencia.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Felicis confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...	Atiende, Señor, benigno á las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Felix confesor tuyo, para que consigamos por su intercesion lo que no nos atrevemos á esperar de nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. de san Pablo á los filipenses.

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumta-	Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes

men existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quod omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu, quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis: non quod jàm acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiercol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe, para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte, á fin de llegar de cualquîer modo que sea á la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

NOTA.

»Bien sabido es que los cristianos de Filipos en Ma-»cedonia, habiendo dado en muchas ocasiones á san Pa-»blo pruebas de su afecto, y de su liberalidad, le dieron »nuevas muestras de su caridad luego que supieron que »estaba preso en Roma. Ellos enviaron á Epafrodito, su »obispo, y á la vuelta de éste escribió san Pablo esta »admirable carta, en la cual da muy saludables é impor-»tantes instrucciones.

REFLEXIONES.

En comparacion de la eminente ciencia, que consiste en saber bien á Jesucristo, todas las demas me parecen ignorancia: *Existimo omnia detrimentum esse, propter eminentem scientiam Jesucristi Domini mei.* Este es el lenguage de todos los santos, y éste fue siempre su verdadero dictámen; ¿es por ventura tambien el nuestro? ¿pero los santos profesaron acaso religion distinta de la que nos-

otros profesamos, ó aprendieron diferente doctrina? Y siendo nuestras máximas tan opuestas á la suyas, siguiendo nosotros una práctica tan contraria á la que siguieron éllos, y tan distante del espíritu y de los principios del evangelio; ¿podemos decir con verdad que profesamos la misma religion que éllos profesaron? ¿Acaso hay cosa mas monstruosa, ó por mejor decir mas irracional, que el sistema que en punto de religion se forjan las gentes del mundo? Quieren ser tenidos por cristianos, y así admiten todos los principios de la fe; dexan pasar las verdades del cristianismo; pero en llegando á la doctrina práctica para el gobierno de las costumbres, los alborota y los inquieta la que enseña Jesucristo; no hay que pensar que se arreglen á lo que prescribe el evangelio; la regla de sus costumbres ha de ser el impulso de sus pasiones. *He renunciado todas las cosas*, dice san Pablo, *y todas éllas las he estimado por basura solo por ganar á Jesucristo.* Con efecto, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde á Jesucristo, pues perdiéndole, se pierde á sí mismo? ¿*Qué cosa podrá admitir en trueque por su alma*? ¿Compréndese el dia de hoy esta verdad? ¿se la da crédito? ¿qué idea se forma hoy en el mundo de esto que se llama fortuna, herencia, dignidades? ¿qué virtud resiste á la prueba del interes, sobre todo cuando se nació en brazos de la pobreza? y aun los que nacieron en los de la abundancia, ¿son acaso mas desinteresados? ¿hácese grande aprecio de la eminente ciencia de Jesucristo, cuando se hace tan poco de su ley y de sus máximas? ¡Oh, y qué enorme diversidad de proceder, de concebir, y de portarse se suele observar tal vez entre dos hermanas y entre dos hermanos! Uno se va á sepultar vivo en un claustro, porque el amor de Jesucristo le hace reputar por desgracias las aparentes felicidades que logra; ótro brilla en el mundo, sobresale en las concurrencias, es como el alma de todas las diversiones; no halla gusto sino en lo que satisface á los sentidos; solo estima lo que fomenta la concupiscencia; y considera que no hay mas dicha ni mas felicidad que la de los bienes temporales. No todos han de ser religiosos, dicen éllos, es así; pero todos deben ser cristianos; es decir, todos deben tener una vida pura, exemplar y mor-

tificada; los estados de la vida son diferentes, pero la regla general de la vida es una misma. Las perniciosas máxîmas del mundo no están menos prohibidas á los que hacen profesion de discípulos de Cristo en el siglo, que á los que le sirven en el claustro. No hay mas que una religion verdadera: luego no puede haber mas que una verdadera doctrina. Todo sistema de honestidad, de razon y de virtud, que no es conforme con el evangelio, es ilusion que debe causar lástima.

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex; quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleëmosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reyno. Vended lo que teneis, y dad limosna. Hacéos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

Del corto número de los que se salvan.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en todas edades, en todos tiempos fue corto el rebaño de los escogidos de Dios. ¿Qué fue una familia compuesta de solas ocho personas, comparadas con todos los habitadores del universo? Sin embargo, esta sola familia se escapó de las aguas del diluvio. De aquellas cinco grandes ciudades, á solas tres ó cuatro personas perdonó el fuego del cielo. Por espacio de muchos siglos no fue Dios conocido ni adorado sino en un rincon de la tierra. Extendióse por todo el universo la religion cristiana; ¿ pero cuántos hereges hay? Y aun entre los católicos, á quienes plugó al Padre de las misericordias con-

ceder el reyno, ¿forman por ventura un gran rebaño? ¿qué te parece? ¿serán muchos los que se salvan?

No hay mas que dos caminos para el cielo, la inocencia, ó la penitencia. El número de aquellas almas puras, que jamás fueron manchadas con pecado personal; el de aquellas almas privilegiadas, que conservaron perpétuamente la inocencia del bautismo, ¿te parece que es muy crecido? Y el de aquéllas que despues de haber perdido la inocencia, volvieron á la gracia por medio de la penitencia saludable, ¿juzgas que es muy cuantioso? Por todas las edades, y por todos los estados se derramó la corrupcion de las costumbres, fue un torrente que inundó toda la tierra. Lo mismo la inunda hoy; ¿y hay muchos penitentes verdaderos? ¿haylos entre los grandes del mundo, en quienes tan frecuentemente reyna el vicio con seguridad y con esplendor? ¿haylos entre las mugeres profanas, que á solo el nombre de penitencia se estremecen, si ya no hacen burla de élla? ¿haylos entre la gente de capa y espada, ú de letras, que con tanta facilidad suelen dispensarse en las leyes mas universales de la Iglesia? ¿haylos entre las personas de distincion, que hasta en el sagrado tribunal de la penitencia quieren que se contemporice con éllas? ¿haylos entre el ínfimo pueblo, para el cual la penitencia verdadera es un fruto ignorado y desconocido?

Toda carne corrompió sus caminos. ¿Pues dónde están los ayunos, dónde la maceracion del cuerpo, dónde las lágrimas? Un solo pecado mortal destruye en un momento todo el mérito de la mas larga y de la mas santa vida, si la muerte acompaña al pecado. ¿Se vive el dia de hoy con grande inocencia? ¿cuántos pecados ocultos? ¿cuántos en la juventud que apenas se conocen? ¿cuántos graves que se reputan por ligeros? ¡O Dios, y qué inmenso es el número de los pecadores! Ninguno está seguro de la penitencia. Pues concluyamos de aquí si será grande el número de los que se salvan.

En estos desgraciados tiempos, con tal que se observen ciertas apariencias de religion, ciertas exterioridades de virtud, no sé qué decencia, ó circunspeccion exterior, cada uno se forma su particular sistema de conciencia, á cuyo abrigo vive tranquilo en el negocio de la salvacion.

¿Pero ignoramos acaso que los hereges tambien se forman su sistema, y que son mucho mas observantes de ciertas ceremonias que nosotros? Con todo eso creemos (y así lo debemos creer) que se pierden sin remedio, no obstante su imaginaria honestidad de vida, su circunspeccion, y su afectada decencia de costumbres. ¿Pues en qué revelacion, ó en qué nuevo evangelio fundamos nuestra temeraria seguridad, ó esa loca confianza que presumimos de tener nuestra salvacion? Dirás que tú tienes la dicha de vivir en la religion verdadera, y los ótros la desgracia de haberse descaminado de élla. Es verdad; pero dime, ¿cuál es menos malo, no creer apenas cosa de lo que se debe hacer, ó no hacer apenas cosa de lo que se cree?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que entre todas las verdades de nuestra religion, ninguna hay mas espantosa, pero quizá tampoco hay ótra mas sensiblemente probada que ésta. Consulta la sagrada Escritura: profecías, exemplos, figuras, todo prueba que son pocos los que se salvan. Consulta al mismo Jesucristo. ¿Qué cosa mas clara, ni mas precisa? ¿cuál mas terrible que lo que dice de este corto número? *Pauci vero electi.* Verdad que igualmente persuaden la razon y la experiencia; verdad formidable, ¿pero en medio de eso nos mueve mucho esta verdad?

Aun cuando fuese cierto que de diez mil personas solo úna se habia de condenar, debiera yo estremecerme, y temer que fuese yo esa persona desdichada. ¡Ah, qué de diez mil, acaso no se salvará ni solo úno! ¡y vivo con reposo! ¡y nada temo! Este mismo no temer, es señal cierta de que debo temer mas. Mi seguridad en este punto solo puede ser efecto de mi error y de mi ceguera, que ocultándome el peligro, me distraen de prevenirle y de evitarle.

¡Cosa estraña! introdúzcase en el pais una enfermedad contagiosa; todos temen, todos corren á los preservativos, aunque no todos hayan de morir del contagio. Corra la noticia de que naufragó un navío, sin expresarse cuál es; ¿cuántos se sobresaltan? Aunque haya diez mil navíos mercantiles en el mar, á todos los comerciantes

asusta la confusa noticia del naufragio de uno solo. Sabemos que de todos los que hoy navegan por el mundo, muy pocos han de llegar á puerto de salvamento; sabemos que la mayor parte ha de naufragar miserablemente. ¿Quién me ha dicho á mí que no he de ser yo del número de estos infelices?

Si el Hijo de Dios hubiera dicho que se habian de salvar todos los cristianos, y lo hubiera dicho tan expresamente como afirmó que era corto el número de los escogidos; ¿pudiéramos vivir con mayor seguridad de la que vivimos sobre el negocio de nuestra salvacion eterna? Convenimos en que todo está sembrado de escollos, en que estamos en gran peligro de perdernos, y con todo eso vivimos tranquilos. ¿Quién nos ha dado esta seguridad? ¿acaso tenemos menos de que temer, por lo mismo que estamos menos prevenidos? Por haber sido menos cautos, menos prudentes, menos discretos, ¿serémos menos desdichados si nos condenamos?

¡Ah! que cuando no tuviéramos otro motivo para temer sino esta fatal seguridad, esta insensibilidad extraña con que vivimos, élla sola sería sobrada causa para hacernos temblar de nuestra suerte. Pero no se piensa en esto. ¿Pues en qué se piensa, cuando no se piensa en la eternidad? ¿acaso no la creemos? Y si se cree, ¿cómo no se teme? Pero si se teme, ¿cómo se puede dexar de pensar en élla?

Es verdad, Señor, que hasta la hora presente he seguido á la muchedumbre, he caminado por el camino ancho; pero mi Dios, muy resuelto estoy á caminar desde hoy en adelante por el estrecho, para ser del corto número de los escogidos. Aunque no se hubiese de salvar mas que uno solo de los que hoy viven, confio tanto en vuestra divina gracia, y voy á dar principio á una vida tal, que espero yo ser ese solo.

JACULATORIAS.

Tuus suum ego, salvum me fac. Salm. 118.
Tuyo soy, Señor, sálvame.
Salvum fac servum tuum, Deus meus, sperantem in te. Salm. 85.
Dios mio, salva á tu siervo, que confia en ti.

PROPOSITOS.

No quieras temer, pequeña grey, porque plugó á tu Padre darte el reyno celestial, dice el Salvador del mundo (Luc. 12.). El tropel y la muchedumbre no logran esta dicha; ¿por qué? Porque como el camino que conduce á la vida es tan estrecho, no encuentran con la entrada, y así hay pocos que entren por él (Matth. c. 7.); pero el camino que conduce á la perdicion es espacioso, y así entran por él innumerables. Haz profesion de ser del rebaño pequeñito, del número de los pocos en lo que respecta á la doctrina y á la perfeccion cristiana. Son pocos los que en su conducta se gobiernan por las máxîmas de Jesucristo, mientras se atropella la multitud de los que siguen las máxîmas del mundo: son pocos los que profesan una verdadera devocion, y así resuélvete desde luego á aumentar este corto número. Aun dentro de las comunidades religiosas se distinguen fácilmente los observantes y los fervorosos, pudiéndose asegurar, que el número de éstos no siempre es el mayor. Desde hoy en adelante dedica todo tu cuidado, todo tu estudio, y coloca toda tu gloria en ser del pequeño número, puesto que á él está prometido el reyno de los cielos.

2 En materia de reforma las resoluciones y los propósitos siempre han de ser prácticos. Comienza desde este punto moderando ciertas galas demasiadamente mundanas; ciertas diversiones poco arregladas á la religion; ciertos muebles, ó supérfluos, ó menos conformes á tu estado, á tus votos y á tus reglas. Si eres religioso, guárdate bien de acobardarte por las irreligiosas censuras de los imperfectos, y de los relaxados, y mucho mas de avergonzarte de tu reforma. Ya no serás de la moda, ya

no se acordarán de ti en las partidas de diversion; ya no serás del gusto del mundo; ¿pero qué importa, si eres del gusto de Jesucristo? No dilates para mañana esta declaracion de tu nueva vida y de tu fervor; antes bien desde hoy mismo alístate en la pequeña grey, á la cual está destinado el reyno de los cielos.

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Pedro Celestino, papa y confesor.

San Pedro, llamado Muron del Monte, donde tenia su ermita, y despues Celestino del nombre que tomó cuando fue asunto al pontificado, nació por los años de 1221 en un lugar llamado Isermia, en los confines de la Pulla y del Abruzo, cerca de la Tierra de Labor en la Italia. En la historia de su vida, que el mismo Santo dexó escrita de su mano, dice que sus padres eran de familia honrada, de piedad universalmente conocida, y que se hacian distinguir por su hospitalidad. Tuvieron doce hijos, de los cuales fue nuestro Santo el onceno.

Siendo de cinco años perdió á su padre, pero en el amor, en el juicio y en la virtud de su madre halló consuelo y equivalente de esta sensible pérdida. Entreteniéndose un dia con su numerosa familia esta virtuosa madre, dixo por modo de diversion: *¿Será posible, que habiéndome dado Dios tantos hijos, siquiera úno de éllos no ha de ser un grande siervo suyo? No, madre,* respondió Pedro con inocente intrepidez, *eso no es posible, yo lo he de ser, porque quiero ser santo.* Esta respuesta, junto con el anticipado juicio, que en todo mostraba el niño, y con la facilidad en aprender cualquiera cosa que le enseñasen, determinó á la buena madre á dedicarle al estudio; pero como en la casa habia tanta escasez de bienes de fortuna, que todos los demas hermanos se veían precisados á trabajar para comer, consideraban este destino del penúltimo como una especie de vocacion ex-

travagante. Sirvióse el demonio así de los zèlos, como de la murmuracion de sus parientes, para cortarle la carrera de los estudios; pero como la divina Providencia tenia sus altos designios en órden á aquel Mancebo, no permitió que la virtuosa madre se rindiese á las quejas ni á las murmuraciones. Habilitóse Pedro en las ciencias, pero mucho mas en la importante ciencia de la salvacion; y favorecido de Dios con muchas visiones, le colmó de tan singulares gracias, que disgustado y fastidiado del mundo, solo pensó en volverle las espaldas.

Era de solos veinte años, cuando saliéndose de casa de sus padres, se retiró á un monte, donde encontró una peña, que pareciéndole muy acomodada para sus intentos, cavó al pie de élla una estrecha y humilde choza, en que no cabia echado, ni podia estar de pie. Aquí pasó tres años en asombrosas penitencias, y en contínuas tentaciones, representándosele con la mayor viveza todos cuantos objetos halagüeños y provocativos habia visto en el mundo; y apareciéndosele frecuentemente el demonio en varias figuras espantosas. Para resistir á tan furiosos combates no recurria á otras armas que á la oracion, á la penitencia, y á la proteccion de la santísima Vírgen, con las cuales, y con la gracia de Dios consiguió siempre las mas gloriosas victorias. Por mas que procuró ocultarse le descubrió su virtud, á cuya fama concurrieron á él muchas personas, que reconociendo su eminente santidad, le instaron para que se hiciese sacerdote, y al cabo le persuadieron á que pasase á Roma á recibir los sagrados órdenes.

No pudiendo emprender por entonces el viage, detenido por la nieve que cubria el monte, y cegaba los caminos, haciendo reflexion á la sublime dignidad del sacerdocio, se atemorizó, y á vista de su dignidad mudó de parecer, y resolvió no hacerse en su vida sacerdote. En este estado se le apareció un venerable anciano, vestido de blanco, y dixo estas palabras: *Dí misa, hijo mio, dí misa.* Respondióle Pedro: *San Benito y otros santos nunca se atrevieron á recibir los órdenes sagrados, ¿cómo quieres que yo pecador y miserable, me considere digno de recibirlos?* ¡*Digno, hijo mio*! le replicó el viejo: ¡*Digno! ¿y quién fué jamás digno de eso? Dí misa con devocion*

y con respeto; *dí misa*; y al decir estas palabras desapareció. No deliberó Pedro ni un solo instante, poniéndose en camino para Roma: Recibido el sacerdocio, se restituyó á la Pulla, con resolucion de hacer una vida correspondiente á la santidad del carácter con que le habia honrado Dios. Retiróse al monte Muron, y eligió para su domicilio una estrecha cueva, que parecia sepultura, en la que tenia su habitacion una monstruosa serpiente, que huyó luego que el Santo entró á tomar posesion de élla.

Cinco años pasó en este horrible desierto, viviendo mas como ángel, que como hombre, hasta que vinieron á rozar aquella parte del monte, que rodeaba la cueva, para cultivarle; y con esta novedad le abandonó pasándose al monte Magéla, donde halló una vasta y profunda caverna, en que se acomodó él y otros dos solitarios, que se habian puesto debaxo de su direccion, y no querian dexarle. Pero el enemigo de nuestra salvacion, previendo, ó rezelando los grandes bienes que habia de producir aquella tierna congregacion, baxo la disciplina de tan gran Maestro, no perdonó á medio alguno para deshacerla, ó á lo menos para turbar su quietud.

Ni las injurias del tiempo, ni las incomodidades del sitio, ni la espantosa austeridad de la vida eran la mayor tentacion que padecian. No dexó el demonio invencion, estratagema, ni artificio de que no se valiese para disgustarlos, tanto, que atemorizados los dos compañeros, ya titubeaban, si el santo Director, haciéndoles visibles las ilusiones del enemigo, no les hubiera alcanzado la perseverancia.

Presto se aumentó su número; porque á pesar de los medios de que se valió Pedro para ocultarse, extendida por toda Italia la fama de su santidad, acudieron muchos á ponerse debaxo de su direccion, aunque su humildad se resistia á gobernar ni á solo uno.

Este fue el principio de aquella célebre religion de los celestinos, que ha mas de cuatrocientos años se hace tan respetable en el mundo por los grandes exemplos que le da de penitencia, de soledad y de virtud, uniendo admirablemente, segun su instituto, el espíritu del retiro con el de la vida cenobítica. No tomó el

nombre de religion de los celestinos hasta que le escogió su glorioso Fundador, cuando le hicieron digno sucesor de san Pedro.

Luego que el Santo se rindió á tener discípulos, concurrieron tantos de todas partes, que fué preciso hacer celdas, fabricar convento, y levantar iglesia: en cuyo frontis se dexaba ver como de bulto la santidad y la modestia, pero mucho mas en los hijos de nuestro Pedro, moviendo tanto á todos los que acudian á verlos por una devota curiosidad, que hacian cada dia insignes conversiones.

Á los principios no tuvieron otra regla que los exemplos de su santo Director, siendo para éllos un modélo trazado por la perfeccion del evangelio. Empleaba el Santo en oracion casi todo el dia, y la mayor parte de la noche, acompañándola siempre con abundantes lágrimas, y cuando no oraba, se ocupaba en algun trabajo de manos. Prohibióse el uso del vino y de la carne aun cuando estaba enfermo; y como si no bastase esta abstinencia, observaba al año cuatro cuaresmas. Ayunaba las tres á pan y agua, y la cuarta excedia en la abstinencia á las otras tres. Tal vez llegó su penitencia á términos de excesiva; porque se condenó á pasar los cuarenta dias en una especie de sepultura, sin otra provision que diez panes, y ocho cebollas; en cuyo tiempo, resuelto á no dexarse ver de persona alguna, cayó tanta agua y tanta nieve, siendo el frio tan riguroso, que endurecidos y helados sus vestidos, hubiera perdido la vida al rigor del temporal, si su abrasado amor de Dios no hubiera vencido las inclemencias del temporal. Al fin de la cuaresma, viniendo sus discípulos á verle en aquella cueva, ó sepultura, le encontraron medio muerto, y sacándole de allí, notaron que tenia aún cinco panes, y que al parecer no podia haber vivido tanto tiempo con tan corto alimento sin milagro. Obligáronle á que moderase algo sus inimitables penitencias, pero la moderacion fue casi imperceptible á los que eran testigos de élla. Traía á raiz de la carne un cilicio de cerdas, sembrado de nudos, y una cadena de hierro: su cama era la desnuda tierra, ó cuando mas unos sarmientos, sin otra almohada que una dura piedra. Pero en medio de tan

asombrosas penitencias conservaba siempre un semblante alegre, sereno, risueño, con un trato tan dulce y tan apacible, que hechizaba á cuantos concurrian á hablarle.

Pero creciendo cada dia el número de sus discípulos, y teniendo noticia de que en el concilio general, que estaba para celebrarse en Leon, serían extinguidas todas las religiones, que no estuviesen aprobadas por la silla Apostólica, fue con dos de sus discípulos á echarse á los pies de Gregorio X, para que aprobase la suya. Recibióle el Papa con aquella veneracion que merece la verdadera santidad: confirmó y aprobó con grandes elogios su religion, y la dió por regla la regla de san Benito. Vuelto el Santo á Magela convocó sus religiosos, dióles constituciones, y desde entonces creció la órden con tan maravillosos progresos, que en poco tiempo se contaban mas de mil y seiscientos monges en treinta y seis monasterios.

Á la fama de los milagros que obraba Dios por las oraciones de su Siervo, y de la veneracion que toda Italia le profesaba, concurrian á él de todas partes, tanto, que siéndole imposible hablar, y consolar á todos en particular, se veía precisado á subirse en algun lugar eminente, para que tuviesen el consuelo de verle, y de oirle todos los que lo deseaban; pero haciéndosele insufrible esta concurrencia de gentes, por su grande amor á la soledad y al retiro, comenzó á mirar con tédio el monasterio del monte Magela. Resuelto á dexarle, escogió un corto número de monges, y secretamente se retiró con éllos á un sitio muy solitario, llamado san Bartolomé de Loja; pero descubierto en él á poco tiempo, aún fue mayor el concurso de los que le buscaban; lo que le obligó á escaparse con un solo religioso, huyendo á esconderse en una gruta casi inaccesible, que estaba en lo mas alto del monte, ú de la montaña de Magela; empeño inútil, porque cuanto mas se esforzaba el humilde Siervo de Dios en ocultarse á la vista de los hombres, mas se empeñaba el mismo Dios en manifestarle. No fue para él mas solo este desierto que lo habian sido los ótros; porque extendido el rumor de su nueva habitacion, aún fue mayor el concurso que lo habia sido en las antecedentes; y convencido en fin á que el Señor no le queria en el desierto, se restituyó

á su antigua y primera celda del monte Muron.

Habia catorce meses que estaba vacante la silla de san Pedro por muerte de Nicolao IV, y se pasaron todavía otros trece sin que los cardenales, congregados en Perusa, pudiesen convenirse en la eleccion de sucesor, cuando cansados en fin de una dilacion tan perjudicial, y tan sensible á todo el orbe cristiano, el cardenal de Ostia, Latino Malabranca, movido sin duda de cierta secreta inspiracion, propuso en el cónclave al solitario Pedro de Muron, como al hombre mas santo que se conocia entónces en el mundo. Aplaudió todo el sacro colegio un pensamiento tan digno, y la Iglesia celebró con el mayor regocijo una eleccion tan legítima como desinteresada; pero restaba por vencer la mayor dificultad, que era rendir la humildad del Santo á que diese su consentimiento. Enviáronle la acta de su eleccion por el arzobispo de Leon, y por los obispos de Orvieto y del Puerto, con dos notarios apostólicos, y una carta muy reverente, pero muy enérgica, en que le suplicaban no se opusiese á la voluntad de Dios, resistiendo á su eleccion, y concluia pidiéndole que se dignase pasar cuanto antes á Perusa.

Faltó poco para que le costase la vida esta noticia; y sin dar oidos ni á las razones de los diputados, ni á las apretadas instancias de los reyes de Sicilia y de Ungría, que expresamente habian ido á buscarle para persuadirle á que aceptase, se huyó secretamente; pero como era observado de tantos, presto le encontraron. Obligado en fin á ceder á tantas súplicas, partió para Aquileya, donde quiso ser consagrado, haciendo el viage en un humilde jumento, sin que le pudiesen persuadir otra cosa las instancias de los príncipes, ni de los cardenales. Fue su consagracion, y su coronacion en la ciudad de Águila el dia 29 de agosto del año 1264; y tomó el nombre de Celestino V, el que tomó tambien su religion que hasta allí se habia llamado la congregacion de san Damian.

No hizo mudanza con la suprema dignidad, ni en la austeridad de la vida, ni en las máximas de su profunda humildad. Mandó fabricar en su palacio pontificio una celdilla de madera muy parecida á la que tenia en la ermita. Era para el santo Pontífice una verdadera cruz el

tumulto de la corte, la multitud y el estrépito de los negocios; pero nada alteraba aquella paz y tranquilidad interior que gozaba su alma; siendo cada dia mas íntima su union con Dios, y dexándose admirar su virtud aún mas desde la elevacion de la silla de san Pedro, que desde el monasterio de Muron.

Despues de su consagracion, á instancias y repetidas súplicas del rey de Sicilia, pasó á Nápoles, donde proveyó varios empleos para la administracion de las rentas de la sede Apostólica, y para el gobierno de la corte de Roma. Nombró excelentes sugetos para muchos obispados vacantes, é hizo una promocion de doce cardenales en hombres de méritos muy sobresalientes, siete franceses, y cinco italianos, entre los cuales habia dos de su órden, cuya virtud tenia bien experimentada. Daban todos mil gracias á Dios por haber enviado á su Iglesia tan santo pastor, al mismo tiempo que su natural amor al retiro no le permitia suspirar por otra cosa que por la soledad.

Puesta de acuerdo su humildad con su natural inclinacion, le persuadieron que no podia menos de padecer mucho detrimento la Iglesia por su falta de experiencia en los negocios, y por su notoria insuficiencia. Parecíale que no tenia fuerzas para tan pesada carga, y ansiando siempre por su amado retiro, resolvió desviarla de sus hombros. No halló mucha resistencia en los cardenales, aunque algunos le quisieron meter en escrúpulo por la voluntaria abdicacion que meditaba; pero ótros muchos le sosegaban, poniéndose de parte de su resolucion. Expidió una bula en que declaraba, que cualquiera pontífice podia renunciar por sí mismo la tiara; y á pesar de las instancias de muchos cardenales, así franceses, como italianos, que solo atendian á la eminente santidad de tan gran Pontífice, resolvió hacer dimision del sumo pontificado. Luego que se extendió la voz por la corte de Nápoles, concurrió á palacio una numerosa procesion de prelados, de todo el clero y de las religiones; y habiéndose dexado ver el Papa en una ventana para darla la bendicion, un prelado le suplicó en alta voz, en nombre de todo el clero, y de todo el pueblo, que no pensase su Santidad en dexar un cargo que ocupaba y llenaba tan dignamen-

te; pero nada de esto bastó para aquietar sus escrúpulos; y así renunció solemnemente el sumo pontificado en pleno consistorio el dia 13 de diciembre, cinco meses y ocho dias despues de su exâltacion. El mismo dia dexó todas las insignias, y con su hábito de monge, y el nombre propio de Pedro, se echó á los pies de los cardenales, suplicándoles que remediasen cuanto antes sus desaciertos, por la pronta eleccion de un sucesor que ocupase dignamente la cátedra de san Pedro. Este espectáculo tan raro enterneció á los asistentes, sacándoles las lágrimas á los ojos; y Pedro Celestino descendió del trono apostólico con mayor gozo que ótros suben á él, sin pensar mas que en retirarse á su monasterio.

Pero el cardenal Benito Gaetano, que once dias despues fue nombrado papa en el mismo Napoles, y coronado en Roma el dia 16 del enero siguiente, con nombre de Bonifacio VIII, juzgó que debia asegurarse de la persona de su predecesor, y le negó la licencia, que con las rodillas en tierra le pedia para retirarse al desierto, y pasar el resto de sus dias en el rincon de su celda. Creyendo el Santo que esta repulsa no tenia otro principio que el deseo de detenerle en la corte, se huyó secretamente á su monasterio, donde fue recibido con todas las demostraciones de alegría y de veneracion que eran tan debidas á su virtud y á su persona. Entró el Papa en aprension por esta fuga, y temiendo que algunos abusasen de su santa sencillez para excitar algun cisma, despachó inmediatamente á un camarero suyo, con el abad de monte Casino, para que le traxesen á Roma. Tuvo el Santo noticia anticipada de esto; y tomando consigo á uno de sus monges, se escondió con él en un espeso bosque, donde pasó toda la Cuaresma. Noticioso de que habian llegado al monasterio los que venian á buscarle de órden del Papa, se metió en una barca para pasar el mar Adriático; pero obligado por los vientos contrarios á ancorar en el puerto de Viestre, fue arrestado y conducido á Agnani, donde se hallaba á la sazon la corte pontificia. Fue célebre este viage por la multitud de los que concurrieron de todas partes para ver al Santo, y por los muchos milagros que hizo en el camino. Atribuyendo el papa la fuga de san Pedro á motivos muy distintos, tuvo por conveniente en-

cerrarle en el castillo de Fumona. No se alteró la tranquilidad de nuestro Santo viéndose en estado tan diferente; antes solia decir con no menor paz que gracia: *No tengo de que quejarme, celda queria, y celda tengo.*

No fue larga la estancia en esta nueva especie de soledad; su avanzada edad, el rigor de sus excesivas penitencias, que jamás mitigó, y la debilidad de su salud le advertian ya que no estaba distante el fin de su carrera. Y acabando de decir misa con un fervor extraordinario el dia de Pentecostes del año de 1296, dixo á los monges de su órden, que le hacian compañía, que ciertamente moriria dentro de la octava. Cayó malo el dia siguiente, y pidió la Extrema Uncion, que recibió tendido en una tarima, no habiendo querido usar jamás de otra cama, y murió con la muerte de los santos el dia 19 de mayo, pronunciando aquellas palabras del último salmo de las laudes: *Omnis spiritus laudet Dominum*: Alabe al Señor todo lo que tiene vida. Murió de casi de 75 años, á los diez y siete meses despues de haber renunciado la tiara, y á los diez de su prision en el castillo de Fumona.

Mandó el papa Bonifacio que se celebrasen sus exêquias con la mayor solemnidad, así en la iglesia de san Pedro, como en la de san Antonio, cerca de Ferentino, donde fue enterrado. Y continuando Dios en manifestar la santidad de su Siervo con nuevos milagros, de órden de Clemente V. se trabajó en el proceso de su canonizacion el año de 1305; y en el mismo se celebró ésta el dia 5 de mayo con extraordinario aparato; pues no contentándose el Papa con oficiar pontificalmente la misa, él mismo hizo un gran panegírico del Santo, y fixó su fiesta el dia 19 de mayo. Venéranse sus reliquias en la iglesia de los celestinos de la ciudad de Aquila; aunque hay tambien una porcion de éllas en los celestinos de París, y otras menores en diferentes iglesias.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatum Petrum Cœlestinum ad summi Pontificatus apicem sublimasti: quique; illum humilitati postponere	O Dios, que sublimaste á la cúmbre del sumo pontificado al bienaventurado Pedro Celestino, y despues le enseñaste á

docuisti: concede propitius; ut ejus exemplo, cuncta mundi despicere, et ad promissa humilibus præmia pervenire feliciter mereamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

posponer á la humildad aquella elevacion; concédenos benigno, que á su imitacion despreciemos todas las cosas del mundo, y merezcamos conseguir los premios que están prometidos á los humildes: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría, y la misma que el dia V, fólio* 80.

NOTA.

»Ya se ha dicho que este libro, llamado unas veces *el* »*Eclesiástico*, y ótras *de la Sabiduría*, se escribió en he»breo, y fue traducido en griego por un nieto del autor, y »reynando Toloméo Fiscon. San Gerónimo asegura haber »visto en su tiempo un exemplar hebreo, que se intitula »*el Eclesiástico*, si no *de las Parabolas*.

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida. Solo fue grande porque agradó á Dios mientras vivió; cualquiera otra idea de grandeza, es abusiva. El nacimiento ilustre da gran nombre; las riquezas gran crédito; las bellas y grandes acciones mucha fama; los empleos gran reputacion; y las dignidades puesto elevado; pero hablando con propiedad, nada de esto da la verdadera grandeza. El nombre se queda en los archivos, ó á lo mas en unos pergaminos viejos; el crédito se pierde con el dinero; la fama se borra, se olvida, y se llega á extinguir con el tiempo; las dignidades y los empleos van pasando sucesivamente de únos á ótros, como se le antoja al príncipe; y el mismo príncipe se ve despojado de todo su magestuoso aparato enterrándose con él la grandeza y la magestad en el sepulcro. Hagamos ahora ver en el mundo dónde está la solidez y la estabilidad de esas imaginadas grandezas que tanto cacarea. Se puede gozar gran nombre, grande equipage, grandes rentas, gran dignidad sin ser grande, porque la grandeza, hablando en rigor, debe ser cualidad inherente á la persona. ¿Dónde está la grandeza sin mérito? ¿dónde está el mérito sin virtud? Grandeza que se unde, y se desvanece con la vida, no es grandeza

no merece este nombre; es una grandeza imaginaria, que solo subsiste en el lisonjero concepto, y en la vana fantasía de los hombres. Solo Dios es grande, y solo con respeto á Dios se ha de medir toda la humana grandeza. El mas pobre labrador es verdaderamente grande siendo santo. Los siervos de Dios no necesitan de empleos, ni de dignidades para ser grandes, valos á buscar la grandeza en sus mayores abatimientos, en su humildad mas profunda. Eminencias, excelencias, grandezas, títulos pomposos, respetables dignidades, tronos augustos, decidme: ¿pasais mas allá de la muerte? ¿Se da mucho valor á vuestros derechos en el otro mundo? Desengañémonos; este privilegio solo es debido á la virtud cristiana; solo la santidad goza este derecho; á élla rinden homenage los grandes de la tierra. Sea santo un pobre criado, un vil esclavo; postraráse á sus pies el mayor monarca del mundo; tendrá por dichoso en poner debaxo de su proteccion á su persona, á su casa y á su reyno. *Agradó á Dios.* No se dice, nació de ilustre familia, obtuvo grandes dignidades, ocupó elevados puestos, fue señalado por su singular penetracion; distinguióse por su vivacidad, por su juicio recto y sólido, fue expléndido en la mesa, magnífico en el tren; no se vió prelado mas obstentoso, ni ministro mas lucido. El Espíritu santo usa otro lenguage; Dios juzga de las cosas de otra manera. *Agradó á Dios.* Esto fue lo que hizo tan grande á este pontífice; repartió grandes limosmas; en esto consistió su verdadera grandeza. Todos convienen en esta verdad; ¿pero cuándo llegará el tiempo de conformarse con élla?

El evangelio es del cap. 19. *de S. Mateo, y el mismo que el dia V, fólio* 112.

MEDITACION.

Se debe dexar todo, y todo se debe sacrificar por Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que estando obligados indispensablemente á amar á Dios con todo nuestro corazon, y con to-

das nuestras fuerzas; esto es, sin reserva, y sin perdonarnos en nada; por la misma razon debemos estar prontos á dexarlo todo, á sacrificarlo todo por obedecerle, y por agradarle. Esta es consecuencia precisa del primer mandamiento.

Solo nos atamos á las criaturas por el corazon; los lazos con las inclinaciones y la complacencia; donde hay mas nudos, allí hay menos libertad; aquello que poco se ama, sin dificultad se sacrifica. Pues si fuere verdad que amamos á Dios con todo el corazon; si fuere verdad que le amamos con todas las fuerzas, poco nos costará el sacrificarle el amor de todas las criaturas, porque las amarémos muy poco.

El renunciar á las halagüeñas diversiones del mundo, y todos los demas sacrificios que parecen dificultosos, solamente son sensibles por los lazos que es necesario romper. Pues el amor de Dios los consume, los abrasa todos sin dolor y sin resistencia. Todo es fácil, todo cuesta poco á quien ama mucho.

¿Pero merece Dios ese gran desasimiento, estos grandes sacrificios? Compasion causa oir esta pregunta. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido de Dios? ¿qué poseemos que no sea suyo? Suyos son esos bienes en que idolatramos. Tenémoslos como en depósito, y á lo mas como en arriendo. Tenemos talentos, él nos los dió; y nos los dió para negociar con éllos; nos ha de pedir estrecha cuenta de su administracion; concediónos no mas que el uso de éllos por cierto tiempo; prestónoslo por pocos dias; y hablando en rigor, solo somos unos meros arrendatarios del Padre de familias. ¿Puede haber mayor extravagancia, mayor locura que resistirse á restituir esos bienes cuando clama por éllos su legítimo dueño?

Admirémos la bondad de nuestro gran Dios; quiere que le concedamos como don gratuito aquello mismo que le debemos de justicia. Quiere que hagamos mérito de lo mismo que le debemos: quiere que le regalemos con lo que es suyo; porque en realidad, ¿qué podemos ofrecerle, ni sacrificarle que sea nuestro? Premia Dios en nosotros sus mismos dones. ¡Qué indignidad, Señor, y qué injusticia no querer daros cosa alguna sin re-

pugnancia, y sin dolor! ¡Y que sean menéster infinitos discursos, mandamientos expresos, y aun tambien amenazas para concederos aquello que un accidente repentino nos puede quitar en cualquier hora. ¡Qué mala vergüenza! digámoslo mejor, ¡qué falta de religion, sentir dificultad de dar por su amor! ¿Qué digo por su amor? ¡en darle á él mismo una corta limosna de sus mismos bienes! ¡Y luego nos admirarémos de que aquellas casas opulentas vengan á caer en la mayor miseria; de que aquellas ricas herencias no lleguen á la tercera generacion; de que los piratas se aprovechen, y las olas se traguen en una hora el fruto de muchos años; de que un infiel corresponsal se levante con todos esos caudales, de que rehusamos á Dios una pequeña parte!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solo es justicia, sino interes nuestro dexarlo todo por Dios, ó á lo menos estar prontos á sacrificarlo todo, siempre que el mismo Señor nos pida este sacrificio. Nunca nos pide Dios algo sino para darnos mucho mas. Nada le damos á que no corresponda prontamente con el cien doblado.

El que dexáre por mí, y por el evangelio, á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, á sus bienes, recibirá de presente el cien doblado y despues la vida eterna. Dignóse el divino Salvador explicar este cien doblado para que no se confundiese con la vida eterna, y quiso se entendiese bien, que no dilata para tan allá el premio de los que le sirven con generosidad; desde luego, y aun en esta vida recompensa esos pequeños sacrificios; ninguna buena obra se queda sin salario pronto. Al cabo del dia de la vida se da el cielo, pero al cien doblado se paga dentro del mismo dia; y al fin de él no se hace caso del cien doblado, ni entra en cuenta para el premio.

Ni reciben luego visiblemente este cien doblado solo aquellas personas religiosas que lo renunciaron todo efectivamente; tambien le reciben todos aquellos, que, obligados por su estado á conservar el uso de los bienes temporales, se los sacrifican á Dios con el corazon por medio de un perfecto y sincéro desasimiento de ellos. Págalos.

Dios este desapego, y recibe como sacrificio efectivo el que nó es mas que afectivo desprendimiento. De aquí nacen aquellas bendiciones espirituales, y temporales que derrama el Señor de ordinario sobre los buenos; de aquí aquellos recursos nunca imaginados, que tanto los alimentan; de aquí aquellas prosperidades jamas esperadas, que suelen ser fruto de la religion y de la piedad de los padres. ¡Mi Dios, qué de misterios ocultos revelará la muerte!

¡O Señor, que no se experimenta ese cien doblado! Bien; ¿pero se hacen por ventura esos grandes sacrificios? ¿se da con todo el corazon lo que se tiene? ¿se dexa sin dolor lo que se posee? ¿no se suspira jamás por lo que se dexó en el Egipto del mundo? Esa codicia, ese espíritu de adquirir, esa ánsia por ganar, ese dolor cuando suceden pérdidas y contratiempos, ese dilatar tanto la restauracion á pesar de tantos remordimientos; esos salarios tan disputados; esa dificultad en dar limosna; ¿todo esto es prueba de un grande desasimiento? ¿es un testimonio de que nuestro corazon está pronto á los grandes sacrificios? ¡Ah! que está muy asido á los bienes temporales, que cada dia se multiplican los lazos, y despues nos quejarémos de que no recibimos el cien doblado.

¡Cuándo podré, Dios mio, decir con vuestro Apostol: *Señor, veis aquí que todo lo he dexado por vos*! ¡cuándo me aprovecharé del grande exemplo que me da san Pedro Celestino de este perfecto desasimiento! ¿Esperaré por ventura á que la muerte me lo quite para decir que lo he dexado, y que os sigo? No, divino Salvador mio, que entonces sería muy inútil el dolor y el arrepentimiento. No quiero ya tener pegado mi corazon á cosa criada. Todo lo dexo por seguiros, y no esperaré á que la muerte venga á romper estos lazos.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in cœlo: et á te quid volui super terram. Salm. 72.

¿Qué puedo yo, Dios mio, desear en el cielo ni en la tierra fuera de vos?

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joan. 6. ¿A qué parte, ni á qué cosa me inclinaré yo, Señor? si solo vos teneis palabras de vida eterna.

PROPOSITOS.

Jesucristo dió por ti hasta su misma vida; ¿qué has dado tú por Jesucristo? ¡Cosa extraña! Nada tenemos que no hayamos recibido de Dios; bienes, honra, entendimiento, salud, vida. Todas las criaturas nos predican sus dones; solo de su liberalidad esperamos todo aquello que apetecemos. ¿Y cuál es nuestra correspondencia? ¿es posible que nada le negamos? ¿obedecemos su voluntad, observamos con puntualidad y con respeto sus santos mandamientos? ¿son muy exáctas en la observancia de sus reglas todas las almas religiosas? Bastante miseria es ésta para confundirnos, y para sobresaltarnos. Bien notoria nos es la voluntad de Dios por la Iglesia, por los superiores, por los doctores y por nuestras reglas. Considera si las cumples con fidelidad, y si en nada te opones á élla. Mucho tiempo ha que deseas hacer á Dios el sacrificio de esa mortificacion y de ese resentimiento; ¿cuándo has de reducir á práctica esos deseos? No se pase este dia sin que pongas en execucion lo que tanto tiempo ha estás prometiendo inútilmente.

2 Pocos dias hay, y dentro de los dias pocas horas en que no se ofrezca ocasion de hacer á Dios algun sacrificio; una palabrita, una visita curiosa, un levísimo acto de mortificacion puede ser muchas veces de gran mérito. No se te pase dia sin hacer á Dios alguno de estos cortos sacrificios; determina en la oracion de la mañana cuál ha de ser el de aquel dia. Unas veces tal bocado, ótros tal plato, ótras tal vestido, tal gala, tal adorno, algunas tal visita, tal diversion, tal gusto. Tambien podrás sacrificarle las resoluciones de hacer una visita de atencion ó de cariño á tal, ó tal persona que te ha desobligado, y á quien ya miras con frialdad y con resentimiento. Estas son aquellas industrias espirituales con que se fabrican los santos. Ya en otra parte se dixo lo mucho que agrada á Dios la piadosa práctica de algunos, que el primer dia del año

sacan por suerte la fruta de que se han de abstener en todo él por su divino amor. Verdaderamente que el amor de Dios es ingenioso.

DIA VEINTE.

San Bernardino de Sena, del órden de san Francisco.

San Bernardino, uno de los astros mas resplandecientes del órden de san Francisco, y uno de los mas brillantes ornamentos de su siglo, fue de la ilustre familia de los Albiceschis de Sena en Toscana. Su padre Tollo, y su madre Nera, mas ilustres por su piedad que por su nobleza, pedian á Dios con instancias les diese un hijo, poniendo por intercesora á la santísima Vírgen. Oyó el Señor sus oraciones, y les concedió el hijo tan deseado, que salió á luz el dia de la Natividad de la misma Señora 8 de setiembre del año de 1380. Nació en Masa, ciudad del estado de Sena, de que era baylío el señor Tollo. Perdió á su madre siendo de edad de tres años, y á su padre cuando solos contaba seis; por lo que quedó baxo la tutela de una tia suya materna, llamada Diana, señora de gran virtud, que dedicó el mayor cuidado á darle una buena educacion, y sobre todo á inspirarle desde luego el santo temor de Dios y una singular devocion con la santísima Vírgen. No la costó algun trabajo, porque el genio, inclinaciones y la índole del niño Bernardino, naturalmente le llevaban hácia lo bueno. No tenia mayor diversion que estarse en la iglesia, hacer altares y oir sermones, los que repetia despues con tanta gracia, que todos admiraban desde entónces el bello talento que mostraba para el púlpito. En la hermosura de su semblante se leía el candor y la pureza de su alma. Estaba dotado de excelente ingenio; el rostro siempre sereno y apacible; brillaba el pudor en su semblante; las modales gratas y naturalmente cortesanas, le

hacian no menos amable que admirable á cuantos le conocian.

Siendo de once años le llevaron á Sena sus tios paternos Cristobal y Angel Albiceschi, donde le dieron maestros que le instruyesen en las ciencias. Allí aprendió la gramática y letras humanas, siendo su maestro Onufro, y de la filosofía Juan de Espoleto, que no acertaban á dexar de elogiarle, enamorados de su hermosura, de su ingenio, de su aplicacion, y sobre todo de su virtud.

Dexábase conocer en todas sus operaciones la inocencia y la pureza de sus costumbres. Si se descuidaban sus compañeros en alguna palabra menos compuesta, al punto se llenaba de un virginal empacho su semblante. Hacíase respetar por su virtud, aunque tan mozo; su modestia contenia á los mas libres, y en su presencia no se oía conversacion menos honesta. *Bernardino viene*, se decian únos á ótros los jóvenes, si tal vez se desahogaban en discursos algo libres.

Acabado el curso de filosofía, estudió teología y el derecho canónico, haciendo tantos progresos en la primera facultad, que fue uno de los mas hábiles teólogos de su siglo. Al paso que se hacia mas sábio, se hacia mas santo. No ignorando que la inocencia se alimenta y se conserva con la mortificacion, desde edad de quince años se entregó al exercicio de espantosas penitencias. Ayunaba tres veces á la semana, usaba el cilicio casi todos los dias, se acostaba vestido sobre la tierra desnuda, dormia poco para orar mucho, y acechándole algunos compañeros, observaban, que despedazaba su inocente cuerpo con crueles azotes, sirviéndose algunas veces de un manojo de hortigas.

Al paso que crecia en fervor, crecia tambien su tierna devocion con la santísima Vírgen. Estando un dia con una de sus primas, viuda jóven, pero de eminente virtud, se despidió de élla, diciendo, que iba á visitar á una dama de un mérito sin igual, de incomparable hermosura, y á quien amaba con pasion. Admirada la virtuosa señora de semejante confianza, le dixo no sin sobresalto: Pues qué, Primo, ¡un mozo de tu virtud tambien se anda visitando damas! Y cómo que sí, res-

pondió el Santo sonriéndose, tanto, que me retiraria á casa con poco gusto, si dexase un dia de rendir mis respetos al dulce objeto de mi contínuo cortejo. No replicó la prima, y despidióse Bernardino; presto se sosegó la virtuosa señora, porque saliéndose tras de él, y observándole de lejos, vió que entraba á hacer oracion delante de una imágen de la santísima Vírgen, que se veneraba en una capilla extramuros de la ciudad, adonde concurria infaliblemente todas las noches con grande edificacion del pueblo.

Disgustado del mundo, aun antes que le pudiese conocer, á los diez y siete años de su edad se alistó en la congregacion *de los penitentes de la Vírgen*, fundada en Sena en el hospital de la Escala, y muy célebre por los grandes personages que entraban en élla. Eran muy del gusto de nuestro Santo los exercicios de caridad, y las obras de misericordia en que se empleaba aquella devota congregacion en favor de los pobres enfermos, como tambien las grandes penitencias que se practicaban en élla. Viéndose por este medio con alguna mayor libertad, soltó la rienda al ímpetu de sus fervores; pero en ninguna cosa acreditó mas su heróica virtud, que en los grandes exemplos de caridad con que edificó á todos en aquel santo hospital, durante la peste, que por espacio de cuatro meses afligió á la ciudad de Sena. Ni de dia ni de noche se apartaba de la cabezera de los enfermos; servíalos, consolábalos, enterrábalos, y aunque morian á bandadas entre sus manos, no contraxo el contagio: hasta que habiendo cesado la peste, rendido á las fatigas de su ardiente caridad, cayó malo en casa de una tia suya, muy virtuosa y muy anciana, que años habia estaba ciega y paralítica, empleando despues la convalecencia en asistir con el mayor amor y desvelo á esta pobre enferma, sin querer dexarla hasta que espiró.

Libre ya Bernardino de este cuidado, se retiró á una casa de los arrabales de Sena, para vivir distante del bullicio, entregado á la soledad y á la oracion. En élla hizo un oratorio, y se prescribió por límites de su clausura las paredes de la huerta, que él mismo cultivaba por sus manos. Pero considerando, que el reli-

gioso ligado con sus votos hace grandes ventajas al solitario, que se gobierna en todo por su propia voluntad, resolvió abrazar un estado tan perfecto. Escogió el convento de san Francisco de la estrecha observancia, fundado ya en Sena, por ser de aquella célebre reforma que habia resucitado el primitivo espíritu de su santo Fundador, y haciendo profesion de seguir la primitiva regla á la letra, habia vuelto á encender el primer fervor en aquel sagrado cuerpo, renovando en la posteridad los grandes exemplos de pobreza evangélica, desasimiento y desnudez, los prodigios de penitencia y de rigor; los maravillosos efectos del zelo y de la magnanimidad; en una palabra, aquella elevada idea de perfeccion y de santidad, que habia admirado el mundo en los primeros padres. A esta sagrada religion se retiró Bernardino á los veinte y dos años de su edad, siendo recibido en élla luego que se presentó, y fue enviado al convento de Colombiere para tener en él su noviciado. Como ya habia arribado á tan eminente grado de perfeccion, desde el primer dia fue respetado por modelo, causando admiracion que pudiese traer del siglo tanta inocencia, acompañada de tan sólida virtud.

Concluido el año del noviciado, hizo los votos religiosos el dia 8 de setiembre, consagrado á la Natividad de la santísima Vírgen, dia en que nació, dia en que entró en la religion, dia en que profesó, y dia en que el año siguiente dixo la primera misa. Lejos de entibiarse el fervor que mostró en su noviciado, cada dia se encendia mas. Todos estaban contínuamente asombrados á vista del rigor con que trataba á su inocente cuerpo. No hubo hombre que le excediese en amar los desprecios, los desayres, los insultos y las humillaciones; permitiendo Dios, que cada dia encontrase algunas nuevas, especialmente por parte de sus deudos, que no podian llevar en paciencia el que hubiese abrazado aquel género de vida.

Conociendo los superiores sus grandes talentos, no consintieron que estuviese escondida por mas tiempo aquella brillante antorcha. Por mas que representó, y que suplicó le dexasen estudiar primero á los pies del

crucifixo las grandes verdades de la religion, se vió precisado á romper el silencio. Enviáronle á predicar á Milán; y luego que le oyeron en el púlpito no se hablaba en la ciudad de otra cosa que de la santidad y de la elocuencia del nuevo Predicador, pero sobre todo de las portentosas conversiones que hacia.

Conoció entónces que el Señor le llamaba al ministerio de la predicacion; y como se hallase con la lengua naturalmente gruesa y tarda, pidió á Dios que se la desembarazase, dándole facilidad en hablar. Fué oída su peticion, y al punto sintió una milagrosa expedicion en la lengua, tanto, que no se ha visto voz mas apacible ni mas sonóra, lengua mas expedita ni mas clara; elocuencia mas eficaz ni mas persuasiva. No era menester menos para predicar con fruto en un tiempo en que se lloraba extendida por toda Italia la corrupcion de las costumbres; y sostenida la licencia por los bandos y por las parcialidades, triunfaba impunemente la disolucion. No se veia en todas partes mas que engaños, usuras, enemistades, rencores, homicidios, desórdenes y entronizada la impureza. Habia penetrado la disolucion hasta en el lugar santo, y ni aun las casas religiosas estaban exêntas de la relaxacion. Contra estos monstruos tenia que combatir nuestro Santo; atacólos, y los desbarató.

Desde el Milanés fue llamado á la Toscana. Predicó algun tiempo en Sena con el mismo fruto, y desde allí fue á hacerle igual en Plasencia, Bérgamo, Brescia, Verona, Vincencia, Venecia, Mántua, Ferrara, Bolonia, Regia, y Módena. Desde los apóstoles no se habia visto predicador mas poderoso en obras y en palabras. No se hablaba en toda Italia sino de los portentosos frutos de su predicacion, de conversiones milagrosas, de monasterios reformados, de vocaciones al estado religioso, de abusos suprimidos y de una general mudanza de costumbres. Raro sermon dexaba de ser interrumpido con las lágrimas, sollozos y alharidos de todo el auditorio; ninguno en que no se viese alguna insigne reconciliacion, ninguno que no hiciese mudar el semblante á toda la ciudad. Los usurpadores de la hacienda agena corrian apresurados á sus pies, y

arrojaban á éllos el dinero para las restituciones; en la misma iglesia se buscaban únos á ótros los mas mortales enemigos, se abrazaban tiernamente, y se pedian perdon; los avarientos derramaban en limosnas sus tesoros. Vióse como sufocado el furor de las facciones de guelfos y gebelinos, que tenian puesta en combustion toda la Italia; destruidas las casas públicas de disolucion; fundados muchos hospitales; la profanidad reformada; la frecuencia de sacramentos restablecida, y en menos de diez años fue universal en toda Italia la reformacion de las costumbres.

Con el fin de que gozasen tambien de este nuevo Apóstol, le nombró su general comisario de la Tierra santa, adonde pasó, y fue guardian del convento de Belen. En todas partes era milagroso su zelo, y habiendo restituido en Oriente el primitivo fervor, le volvieron á llamar á Italia las necesidades de la Europa. Fuéle forzoso volver á Venecia, recorrer de nuevo toda la Lombardía, la Romanía, la Toscana, y despues de haber predicado como apóstol en Florencia, en Luca, en Perusa, en Arezo, en Asis, en Espoleto, y en algunas otras ciudades de la Umbría y de la Marca de Ancona, en todas partes con el mismo fruto; le fue ordenado por sus superiores que pasase á exercitar este ministerio en Roma, siendo aquella capital del mundo el nuevo teatro donde brilló con mas esplendor la virtud del Siervo de Dios.

El obrador de todas estas maravillas, como lo decia él mismo, era el grande amor que profesaba á Jesus, no siendo fácil que otro alguno le excediese en el fervor y en la ternura con que amaba al Salvador del mundo. Siempre que celebraba el santo sacrificio de la misa, la inflamacion del semblante, y las perennes lágrimas que derramaba despues de la consagracion, eran el mejor testimonio del fuego celestial en que se abrasaba. Tenia el dulce nombre de Jesus profundamente grabado en el corazon; y así no es de admirar que jamás se le cayese de la boca, sabiendo que no hay debaxo del cielo otro nombre, en cuya virtud los hombres sean salvos, ni tampoco otro Salvador que Jesus. Con este santo nombre estaban sazonados todos sus ser-

mones, todas sus conversaciones familiares y todas sus obras. Llevaba pendiente del cordon una tablita en que estaba pintado el dulcisimo nombre de Jesus, y la mostraba al pueblo para animar su confianza. Eran eficaces sus oraciones, porque todo lo pedia en virtud de este santo nombre.

A vista de las portentosas conversiones, y de las demas maravillas que obró en Roma, se armó todo el infierno contra él. Cargáronle de injurias y de calumnias. No hallando que decir contra sus virtudes, gritaron contra su doctrina. Acusáronle delante del papa, de que enseñaba errores, y daba en excesos, con pretexto de extender la devocion al nombre de Jesus. No podia menos de ser criticada una doctrina tan pura. Sentian mal algunos de la facilidad con que trataba á los pecadores, y delataron la blandura con que los absolvia, y los admitia á la penitencia.

Quiso el papa Martino V. que se defendiese; leyó con el mayor gusto su apología, y satisfecho de sus razones y de su proceder, le abrazó tiernamente, exhortándole á derramar por todas partes el fruto de su zelo. Pocos dias despues de su justificacion fue nombrado al obispado de Sena; pero pudo mas su profunda humildad, que los deseos de todos los cardenales y del mismo sumo Pontífice. Clamaban por él mucho tiempo habia las ciudades de Génova, Sabona y Arbenga; partió á éllas, y quedaron convertidos los mas inveterados pecadores. Iba á dar principio á otra mision en Milán, cuando vacó el obispado de Ferrara. Pareciόle al nuevo pontífice Eugenio IV. que no podria encontrar sugeto mas á propósito para aquella mitra; y le concedió á los ansiosos deseos del pueblo y del clero; pero jamás fue posible lograr el consentimiento de Bernardino, y el Papa cedió en fin á sus lágrimas y ruegos.

Las fatigas apostólicas no moderaban sus penitencias. Predicaba muchas veces al dia, y no por eso se dispensaba en sus vigilias y ayunos. Apenas se puede concebir cómo un hombre era capaz de obrar tantas maravillas sin rendirse al peso del trabajo. Ademas de sus contínuas misiones y apostólicas correrías, nos dexó escritos excelentes tratados y obras espirituales: como los tratados *de*

la religion cristiana; *del evangelio eterno*; *de la vida de Jesucristo*; *del combate espiritual*; *de meditaciones*, con título de *sermones*, donde descubre aquella tierna y profunda devocion, que era en parte el carácter de su alma.

Cuando pasó á Roma el emperador Sigismundo quiso que Bernardino le acompañase, y que asistiese á la ceremonia de su coronacion. Repitiéronse nuevos esfuerzos para obligarle á ser obispo, queriendo el Papa que aceptase el obispado de Urbino, pero se mantuvo inmoble en su primera resolucion, siendo este el tercer triunfo que consiguió de los que estaban tan empeñados en elevarle á las dignidades eclesiásticas. Con todo eso no se pudo negar á aceptar el cargo de vicario general de todos los conventos de la observancia; empleo importante, que abrió nueva carrera á su zelo, porque restituyó el primitivo fervor en muchos conventos de religiosos y de religiosas, que habian comenzado á afloxar. Hizo asombroso fruto en el reyno de Nápoles, donde su monarca Renato le queria detener, cuando recibió un mandato del Papa para que volviese á Toscana, y se hallase presente en el concilio que se habia trasladado de Ferrara á Florencia. Allí tuvo nuestro Santo el gran consuelo de ver reunida la Iglesia griega con la latina; predicó á los griegos en su misma lengua, y aunque la ignoraba, habló con tanta elegancia, que los mismos griegos quedaron asombrosos.

No solo tenia Bernardino el don de lenguas; tambien tenia el de milagros. En Mantua atravesó un gran lago con su compañero, navegando encima del manto; muchos enfermos se hallaron de repente sanos solo con tocar su hábito; pero aunque fue grande el número de sus milagros, el mayor de todos fueron las portentosas conversiones que hizo. Cuando tomó el hábito no se contaban en toda Italia mas que veinte conventos de la observancia, y en éllos á lo mas doscientos frayles; cuando murió pasaban los religiosos de seis mil, y los conventos de trescientos en sola Italia.

No obstante de hallarse ya con la salud muy quebrantada por sus contínuas fatigas y excesivas penitencias, fué á predicar á Ferrara, Verona, Vincencia,

Padua, Mantua, Lodi y Cremona. Advertido sin duda por el cielo del dia de su muerte, se despidió de los de Sena en un sermon muy tierno y muy patético. Partió de esta ciudad el dia 29 de abril de 1444 para volver al reyno de Nápoles. Eran misiones sus viages; el dia 3 de mayo predicó en la isla del Lago de Perusa; ocho dias despues en Espoleto; el jueves siguiente en Cita Ducal. Había tiempo que se sentia muy malo: pero el zelo suplia la debilidad; al fin se rindió á la cama. Conduxéronle á Aquila, donde cuatro dias despues, exhausto de fuerzas á poder de fatigas y de penitencias, colmado de merecimientos y consumido á violencias del divino amor, despues de recibir todos los sacramentos con sensible y tierna devocion, espiró tranquilamente, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de María, el dia 20 de mayo del año 1444, víspera de la Ascension, al mismo tiempo que sus frayles estaban cantando la antífona de las vísperas: *Pater, manifestavi nomen tuum hominibus, &c.* Padre, dí á conocer á los hombres tu santo nombre, y ahora voy á ti. Murió á los 64 años de su edad.

La noticia de su muerte hizo concurrir al entierro innumerable multitud de gente, así de la ciudad como de los pueblos de la comarca. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continuaron en su sepulcro despues de su muerte, se clamó con instancias por su canonizacion. Comenzáronse las informaciones en tiempo de Eugenio IV, que habia sido testigo de sus virtudes; continuáronse en el de Nicolao V. su sucesor, á diligencia de san Juan Capistrano, discípulo de san Bernardino, y el año de 1449, cinco despues de su muerte, celebró solemnemente el Papa su canonizacion el mismo dia de Pentecostes con grande aparato. El de 1481 fue colocado el santo cuerpo en una bella urna de plata que habia enviado el rey de Francia Luis XI. Los religiosos observantes de san Francisco veneran con razon á san Bernardino como su segundo fundador.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Domine Jesu, qui beato Bernardino confessori tuo eximium sancti nominis tui amorem tribuisti: ejus, quæsumus, meritis, et intercessione spiritum nobis tuæ dilectionis infunde: Qui vivis et regnas in secula seculorum. Amen.

Señor Jesus, que concediste á tu bienaventurado confesor Bernardino un amor tan grande á tu santo nombre; por sus méritos é intercesion te suplicamos que infundas en nuestros corazones el espíritu de tu divino amor: que vives y reynas por los siglos de los siglos. Amen.

La epístola es del cap. 31. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XII, fól.* 234.

NOTA.

»Él libro del Elesiástico, de donde se ha sacado esta »epístola, no está recibido en el canon de los hebréos co»mo libro inspirado, aunque hacian de él grande estima»cion. Pero toda la Iglesia le ha venerado siempre como »canónico, y ningun santo padre le disputó lo auténtico »aun antes que los concilios le hubiesen declarado por tal.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras del oro, ni puso su esperanza en la plata, ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabaremos, porque hizo maravillas en su vida? A la verdad, es el dia de hoy tan universal la codicia, que con razon le pareció al Sábio especie de prodigio, si se hallase un hombre que no colocase su esperanza en sus tesoros. La avaricia reyna en todos los estados; tanto el eclesiástico como el secular, y á veces mucho mas el sacerdote que el lego, son esclavos de esta abominable pasion. A todos los corazones extiende su imperio, y lo mismo es dominarlos, que cegarlos. ¡Cuántos arrepentimientos excusaria un poco de reflexîon sobre la calidad de esta dolencia! pero entre todas las pasiones, la mas ignorada del mismo que está tiranizado de élla, es la pasion de las riquezas. La avaricia es la que menos se conoce. Ninguno hasta ahora ha confesado, ni aun ha conocido que es avariento.

Unos disfrazan la avaricia con nombre de economía, ótros con el sobrescrito de gobierno y de prudencia, algunos la cubren con el honrado manto de moderacion y de modestia, y muchos quieren persuadir que es necesidad. Avergüénzase de sí misma esta villana pasion; es tan irracional y tan odiosa, que no tiene cara para dexarse ver con su verdadero nombre. El mismo verse notado de élla, causa empacho.

Con efecto, ¿quién dexará de reconocer alguna y aun mucha debilidad de cabeza en la desordenada codicia? Agarrar á todas manos, amontonar dinero sobre dinero, hacer un gran caudal á costa de sus ahorros, y con esto estar contínuamente hambreando, hacerse pobre con todos perpétuamente, ¿no es especie de locura? ¿quién lo dudará? ¡pero qué remedio!

Gastar las fuerzas y la salud, atormentar el ingenio para descubrir, para encontrar cada dia nuevos medios, nuevos arbitrios de ahorrar, nuevos artificios para enriquecerse, nuevos secretos para tratarse mal, alambicando el discurso para hacer mas miserable á la misma miseria; ésta es la séria ocupacion, éste el contínuo estudio de un avariento. ¿Puede haber tráfico mas ruin ni mas soez?

Poner en contribucion, por decirlo así, todo lo que tiene en casa; no acertar á servir á nadie sino por interes; negociar hasta con el salario de los pobres oficiales; temblar, estremecerse á cualquiera proposicion que suene el menor gasto; quejarse eternamente del que es preciso hacer para no dexarse morir; afectar la mayor pobreza en medio de la abundancia; anticiparse quizá á llorar el gasto que se ha de hacer en su entierro; duro para ótros, igualmente duro para sí; pasar una vida triste, enfadosa y retirada, aunque le sobren rentas, capitales y posesiones; si ésta no es locura, ¿qué cosa lo será? ¡Oh, y con cuánta razon se dixo, que el avariento nada dexa que hacer á la mala fortuna! Por desgraciada que ésta fuese, ¿le pudiera tratar peor? Pero á lo menos, si esta desdichada pasion se pudiera cubrir con algun motivo comun, que fuese capaz de deslumbrar, adelante; pasaria por uno de tantos errores como tienen alucinados á los mortales. Pero una avaricia desmedida, ¿de qué pretexto, ni aun

aparente, se podrá cubrir? Fatigas excesivas, cuidados infinitos, vida dura y vergonzosa, penitencia sin mérito, chacota del pueblo, baxezas odiosísimas, objetos de risa, asuntos de mofa, reprobacion poco dudosa; esta es la ganancia de un hombre avariento. ¿Y todo esto por qué? No mas que por dexar una rica herencia, y muchas veces una larguísima tela de injusticias y de latrocinios á unos herederos que han de divertir al público con los graciosos cuentos de las risibles industrias de que se valió su rídiculo bienhechor. ¿Se ha visto en el mundo especie de locura mas disparatada? Y valga la verdad, ¿cuál de las dos locuras será mayor? ¿imaginarse uno rico, poderoso rey, príncipe, remedar las modales, afectar el lenguage, imitar la soberanía, y esforzarse á fingir hasta la misma magnificencia, aunque sea un pobre plebeyo, y aunque no tenga un cuarto para aceyte; ó imaginarse siempre pobre, vivir en perpétua miseria, dar que reir al pueblo con sus baxezas y ruindades, aunque le sobren los doblones y los bienes, y aunque sea un hombre honrado y de distincion? ¿Cuál de estas dos manías se arrima mas á la locura? ¿cuál es mas digna de compasion ó de risa? Sobrarle todo, y vivir como si todo le faltase.

El evangelio es del cap. 19. *de san Mateo*, *y el mismo que el dia V*, *fólio* 112.

MEDITACION.

De la devocion al santo nombre de Jesus.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el santo nombre de Jesus fue siempre el objeto de la veneracion de los mayores santos y la confianza de los fieles verdaderos: *No hay salud*, *no hay salvacion en otro nombre*, decian los apóstoles (*Act.* 4.), porque *no hay ótro en el cielo ni en la tierra*, *en cuya virtud los hombres sean salvos. Tiempo vendrá*, decia el apóstol san Pedro (*Act.* 2.), *en que todo aquel que invocare el nombre del Señor se salvará.* En virtud de este santo nombre, por la confianza en este santo nombre (*Cap.* 3.),

el que estaba coxo, andaba derecho; por él sanan los enfermos; por él resucitan los muertos; por él hicieron tantos milagros los apóstoles y todos los demas santos. *Abatióse, anonadóse á sí mismo Jesucristo* (dice el Apóstol) *haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por lo cual Dios le exâltó, y le dió un nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra y en los abismos doblen la rodilla.* ¡Qué respeto, qué devocion deben profesar á este santo nombre todos los cristianos!

Es un nombre todo divino; impúsole el Eterno Padre; tráxole el ángel, y mereciόle el Salvador por su muerte y por sus tormentos. Como renueva en la persona de Jesucristo todas las calidades de Salvador, es preciso que excite en nuestros corazones los mas dulces motivos de una tierna confianza. Al mismo tiempo, dice san Bernardo, que el nombre de Jesus significa que el Hijo del Altísimo es mi Salvador, me está diciendo tambien, que este Salvador mio es mi Rey, es mi buen Pastor, es mi Padre. Me dice, que este mi amable Salvador vino principalmente por los pecadores; que por éllos hizo toda la costa; que por éllos derramó su sangre; y que en esta sangre se han de ahogar nuestras culpas. ¡Oh, y qué motivo de confianza encuentro en este dulcísimo nombre!

Si me atemorizan cuando me acuerdan que Dios ha de ser mi juez; tambien este sagrado nombre alienta mi temor, trayéndome á la memoria, que ese mismo soberano Juez es mi Jesus; esto es, mi Salvador. ¡Cuánta es, buen Dios, nuestra necesidad, nuestra pobreza! ¡qué de cosas nos hacen falta! bienes espirituales y temporales; gracias poderosas; auxîlios particulares en los peligros; bendiciones, favores, indulgencias; todo se halla, todo se merece, y todo se consigue en virtud de este santo nombre. ¡Mi Dios, qué ricos, qué poderosos seríamos, si nos supiéramos aprovechar de este tesoro, si supiéramos usar de este remedio! El nombre de Jesus, dice san Bernardo, es un óleo saludable, como se explica la Escritura: *Oleum effusum nomen tuum*; es decir, que tiene todas sus propiedades y su virtud. El óleo alumbra, nutre y sana: *Lucet, pascit, ungit.* Todo esto hace el dulcísimo nombre de Jesus: enciende el fuego del divino

amor, y le alienta; es bálsamo divino, que cura y cierra las heridas del alma. No hay que admirarnos de que todos los santos le tuviesen contínuamente en la boca; pues le tenian grabado en el corazon. Cien veces le repite san Pablo en cada llana; san Ignacio mártir no acertaba á hablar sin acompañar con él todas sus palabras; san Bernardino ponia á los ojos del pueblo este santísimo nombre, y por su virtud se convertian los mas obstinados pecadores.

¡Buen Dios, qué secreto mas poderoso! ¡qué remedio mas facil! ¡qué devocion mas útil ni mas en la mano de todos! ¡qué dolor será el mio, por no haberme aprovechado de una devocion tan saludable, y por no haber sabido usar de este tesoro escondido!

PUNTO SEGUNDO.

Considera la omnipotente eficacia de este suavísimo nombre. "Los que creyeren en mí, dice el Salvador del »mundo, harán los prodigios que se siguen (*Marc.* 16.): »En mi nombre lanzarán los demonios; en mi nombre »hablarán nuevas lenguas; tomarán en la mano las ser»pientes, y las serpientes no los dañarán; beberán vene»no, y el veneno no los hará daño. En fin, la virtud de »mi nombre obrará toda especie de milagros; pondrán »las manos sobre los enfermos, y los enfermos sanarán." ¡Qué no se podria, y qué no se haria, si con una viva fe se profesase una verdadera devocion al santo nombre de Jesus!

Podemos poco, y hacemos menos, porque nos falta la devocion y la fe con este santo nombre. *En verdad os digo* (son palabras del Salvador del mundo), *que si pidiéreis alguna cosa en mi nombre á mi Padre, él os la concederá.* ¡Qué promesa de mayor consuelo! ¡qué otra oferta puede excitarnos mas viva confianza! ¡pero qué otro motivo puede haber mas poderoso para empeñarnos en profesar una tiernísima confianza al sagrado nombre de Jesus! Sea lo que fuere, como sea cosa justa lo que pidiéremos al Eterno Padre, el mismo Jesucristo nos asegura con una especie de juramento que lo conseguirémos. ¡Qué confianza debe alentar á los que llevan grabado en

su corazon este dulcísimo nombre, á los que tierna y religiosamente le respetan, y á los que jamás le pronuncian sin nuevo consuelo, sin alguna nueva gracia!

Nuestras necesidades cada dia son mayores; cada dia crecen mas nuestras miserias; oramos, y no son oidas nuestras oraciones, porque nos falta la debida devocion y confianza en este santo nombre. *Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre* (*Joann.* 16.), (dice el amable Salvador) *y por eso nada habeis recibido. Pedid, y recibireis; pero todo lo que pidiéreis sea en nombre mio.* A favor de este nombre serémos benignamente recibidos y favorablemente despachados. Este nombre nos da título y derecho para que seamos atendidos.

El sagrado nombre de Jesus, prosigue san Bernardo, no solo es luz que alumbra, sino delicioso manjar que fortalece: *An non toties confortaris, quoties recordaris*? ¿No sientes en ti una nueva fuerza, un nuevo vigor siempre que le pronuncias? Todo manjar es insípido si no está sazonado con esta sal y con esta salsa.

Jesus mel in ore, continúa el Santo: ¿dónde hay miel mas dulce al paladar que el santo nombre de Jesus? ¿dónde hay música mas apacible al oido? ¿dónde mayor consuelo ni mayor alegría para el corazon que la que causa en él este santo nombre? ¿Padeces algun disgusto? ¿estás necesitado de socorro pronto y poderoso? Recurre á este santo nombre con toda confianza. ¡Mi Dios! ¿qué otra devocion puede haber mas oportuna para inspirarnos una piedad sincéra y verdadera?

¡O divino Salvador mio, y cuánto es mi dolor por haber tenido hasta aquí tan poca devocion á vuestro santo nombre! De hoy en adelante yo le tendré tan profundamente grabado en el corazon, que jamás se me caiga de la boca; y espero me concederéis la gracia de que sea todo mi consuelo y todo mi refugio en la hora de mi muerte.

JACULATORIAS.

Domine Dominus noster, quàm admirabile est nomen tuum in universa terra! Salm. 8.

¡Mi Dios y mi Señor, qué admirable es tu santo nombre en todo el universo mundo!

Juvenes et virgenes, senes cum junioribus laudent nomen Domini; quia exaltatum est nomen ejus solius. Salm. 148.

Alaben el santo nombre del Señor los jóvenes y las vírgenes, los viejos y los niños; porque no hay en el Universo otro nombre grande sino éste.

PROPOSITOS.

El santísimo nombre de Jesus, no solo debe ser objeto de nuestro respeto y de nuestra veneracion, debe tambien animar nuestra confianza. Es un como compendio de todo lo que hizo el Salvador del mundo por nuestra salvacion; él solo significa, por decirlo así, todos los misterios de su vida. No hay otro nombre debaxo del cielo concedido á los hombres, en cuya virtud podamos ser salvos. Asombro es que no profesen todos los cristianos á este santo nombre una tiernísima devocion. Consiste ésta lo primero, en tenerle frecuentemente en la boca; pero mucho mas en conservarle afectuosamente grabado en el corazon, pronunciándole siempre con el mayor respeto, y con afectos de amor y de reconocimiento. Lo segundo, en rezar cada dia devotamente algunas oraciones en honra suya, como pueden ser los himnos que se cantan en la iglesia. Lo tercero, en no emprender, ni dar principio á obra alguna sino baxo los auspicios de este dulcísimo nombre.

2 Tambien es devocion muy loable, y fue muy familiar á muchos santos el no negar cosa, en cuanto sea posible, que se nos pida por el nombre de Jesus; limosnas, oficios, favores. Al despertar por la mañana, y al acostarse por la noche da principio y fin al dia con pronunciar los dulces nombres de Jesus y de María; costumbre santa que te facilitará el pronunciarlos con humilde confianza en la hora de la muerte. Muchas almas santas siempre que oyen pronunciar el dulce nombre de Jesus, corresponden reverentes inclinando un poco la cabeza, ó á lo menos interiormente con algun acto de amor de Dios, y con afectos de ternura y de agradecimiento. Adelántese tu veneracion á este santo nombre, á respetar hasta todo aquello donde le veas escrito ó estampado. Ten á la vista en tu cuarto grabadas con letras

grandes aquellas palabras del Apóstol: *In nomine Jesu omne genuflectatur cœlestium, terrestrium et infernorum.* Doblen la rodilla al nombre de Jesus el cielo, la tierra y los abismos.

DIA VEINTE Y UNO.

San Hospicio ó san Sospis, recluso de Provenza, confesor.

San Hospicio, llamado vulgarmente san Sospis, florecia en Provenza hácia la mitad del sexto siglo. Era frances; pero se ignora el lugar de su nacimiento. Habiendo oido hablar de la vida penitente y de la santidad de los solitarios de Egipto, se sintió encendido de deseos de imitarlos. En medio de sus pocos años se resolvió á pasar el mar para aprender de aquellos maestros de la vida espiritual la ciencia de los santos y el camino de la perfeccion.

Animado de este deseo, se encaminó á Egipto, y penetrando en lo mas interior del desierto, visitó á muchos de aquellos santos anacoretas. Facilmente se puede comprender la impresion que harian en un corazon tan bien dispuesto aquellos grandes exemplos de virtud. Admiraba en únos la inocente crueldad con que maceraban su cuerpo; en ótros aquel perpétuo silencio, y en todos aquel universal generoso desasimiento, aquel espíritu de mortificacion, aquel puro amor de Jesucristo y aquella constante perseverancia en la oracion. Habiendo hecho de esta manera el noviciado de la vida ascética, se restituyó á Francia con resolucion de poner en práctica los grandes exemplos de que habia sido testigo, y las no menos grandes lecciones que habia aprendido. Desembarcó en la Provenza, y á una legua de Niza descubrió en una península un torreon arruinado, que le pareció muy á propósito para satisfacer su deseo de vivir en una profunda soledad, y de exceder, si pudiese, las penitencias que hacian los anacoretas del Oriente.

Lleno de aquella santa confianza y de aquel aliento que inspira el amor puro de Dios, se encerró en aquel lóbrego espantoso sitio, resuelto á ocuparse únicamente en Dios solo, entregándose á la abstinencia y á la mortificacion de la carne todo cuanto fuese posible á las fuerzas naturales con asistencia de la divina gracia. Así lo hizo; y desde luego asombró á todos su vida, teniéndola por cierta especie de prodigio.

Andaba cargado de pesadísimas cadenas de hierro, sobre un áspero cilicio, herizado de puntas que le penetraban; su habitacion mas parecia sepultura que celda; su ayuno era perpétuo, y toda su comida se reducia á pan y dátiles. En tiempo de Cuaresma doblaba las penitencias; su alimento en élla eran unas raices de Egipto sumamente desabridas y muy usadas de aquellos anacoretas, haciéndolas venir por medio de los mercaderes que iban á negociar en Alexandría. Trabajaba algunas horas en fabricar cestas de junco y de hojas de palma, pasando en oracion el resto del dia, y casi toda la noche. Apenas era su cuerpo mas que una llaga, despedazado por los instrumentos de mortificacion, y medio comido de animalillos inmundos, de que estaba todo cubierto; en fin, vivia de milagro.

Esparcióse presto la voz por toda la costa de que habia en el torreon un hombre maravilloso. Su aspecto, sus palabras y su penitencia hicieron conocer á todos el mérito y el valor de aquel tesoro escondido. El mismo Dios tomó de su cuenta manifestar la santidad de su Siervo con gran número de milagros. Concurrian de todas partes á ver al Anacoreta del Occidente, que en devocion, en ayuno y en penitencia hacia excesos (así se decia) á los solitarios de Egipto. Era tanto el concurso, que le obligó á tapiar el torreon, dexando solo una ventanilla bastantemente elevada por donde recibia el poco alimento que necesitaba, y desde donde hablaba á los que venian á consultarle, y á encomendarse en sus oraciones.

Á media legua de la ermita donde estaba nuestro Santo habia un monasterio, cuyos monges le venian á visitar frecuentemente, y siempre sacaba mucho provecho de sus conferencias espirituales. Por este trato fa-

miliar, y por lo mucho que los ayudaba á caminar en la perfeccion, le llamaban su padre y su abad; expresion de cariño y de respeto en que se fundó la equivocacion de algunos escritores, que juzgaron habia sido efectivamente abad de aquel monasterio. Dotado del don de profecía predixo la irrupcion que los lombardos habian de hacer inmediatamente despues de la cercana muerte de su rey Cleb ó Clefis en los parages de Francia, contiguos á los Pirineos. Cuando Dios le dió á entender que se iban acercando aquellos bárbaros, se lo previno á los paisanos para que tomasen sus medidas, y se retirasen con tiempo á las poblaciones grandes, llevándose sus muebles y ganado.

El mismo aviso comunicó á los monges del monasterio inmediato á su ermita, aconsejándoles que cuanto antes se retirasen con los vasos sagrados. Ellos le rogaron que tambien él mismo se retirase, y se fuese con éllos; pero no quiso abandonar su celdilla: y como insistiesen los monges en que no le habian de dexar, el Santo los respondió: *Id, hijos mios, y ponéos á cubierto, mientras pasa la tempestad; no tengais cuidado de mí, porque aunque los bárbaros executarán conmigo mil ultrages, no me quitarán la vida. Vosotros sí que correis mucho peligro si cuanto antes no os poneis en salvo.*

Presto verificó el suceso la profecía. Pasaron los bárbaros los Alpes hácia el año de 576, y se extendieron por la costa de Génova y de la Provenza. Una manga ó un destacamento de éllos se avanzó hasta Niza, y llegó al pie de la torre donde hacia penitencia nuestro Santo. Al primer rumor que oyó se asomó á la ventanilla; y luego que le reconocieron los lombardos, cercaron la torre; pero no descubriendo puerta por donde entrar, dos de éllos escalaron hasta el techo, y por él descendieron á la celda. Quedaron asombrados, no menos de su tranquilidad que de aquella habitacion; pero reparando por entre el cilicio las cadenas que rodeaban todo su cuerpo, creyeron desde luego sería algun insigne malhechor, á quien por sus delitos tendrian encerrado en aquella torre, y mirándole ya con horror, le cargaron bien de injurias. Buscaron un intérprete, por cuyo medio le preguntaron

qué delitos habia cometido; y como el Santo respondiese que era verdaderamente lo que éllos habian imaginado, pues apenas se hallaria maldad de que no se creyese delincuente: un bárbaro levantó furiosamente el sable para hendirle la cabeza; pero secándosele de repente el brazo, y dexando caer el sable, se quedó con el brazo levantado; á cuya vista, dando sus compañeros grandes halaridos, preguntaron al Santo, qué se habia de hacer en aquel lance. Mandó Hospicio al soldado que se acercase á él, y haciéndole la señal de la cruz, no solo volvió repentinamente el brazo á su estado natural, sino que con otro mayor milagro el bárbaro se convirtió á nuestra santa fe; y en lugar de seguir á sus compañeros, no se quiso separar de nuestro Santo, entrando despues religioso en el monasterio cercano, donde vivia aún con edificacion cuando san Gregorio Turonense escribia esta historia.

Retirados los bárbaros, se restituyó la tranquilidad, y creció tanto la veneracion á nuestro Hospicio, que de todas partes concurria la gente á encomendarse en sus oraciones. El suceso que verificó su profecía, la conversion del soldado y los milagros que obraba cada dia, hicieron célebre su nombre en toda Italia y en toda la Francia.

Un ciudadano de Angers habia perdido el habla y el oido en una violenta enfermedad, que le puso en los últimos términos de la vida. Resolvió ir en peregrinacion á Roma con el piadoso fin de visitar los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, como tambien las catacumbas de los santos mártires, para que el Señor por su intercesion le concediese algun alivio en aquel doloroso accidente. Juntóse en el camino con un diácono, que hacia el mismo viage; y habiendo llegado á la Provenza, tuvieron noticia de las maravillas que cada dia obraba el Señor por medio de nuestro Santo, lo que les metió en gana de verle; pero asaltando al pobre enfermo la calentura, no le fue posible salir de la posada, y solo su compañero pudo ir á visitar á san Hospicio. Informado el Santo del motivo que tenia el enfermo para emprender aquel viage, le suplicó el diácono que en sus oraciones se acordase de su trabajo.

Pues traérmele acá, respondió Hospicio. Al punto fué el diácono por él; y conducido á la torre, sacó el Santo el brazo por la ventana, asióle de los cabellos, arrimóle hácia sí, ungióle la lengua con algunas gotas de aceyte bendito, derramó un poco sobre la cabeza, y exclamó: *Abranse tus oidos en nombre de nuestro Señor Jesucristo, y aquel mismo Dios omnipotente, que lanzó el demonio del hombre sordo y mudo, te restituya el uso de la lengua. ¿Cómo te llamas?* Al momento respondió el enfermo, expresándole su nombre con la lengua expedita, y con voz clara y sonora; y lleno de gozo por verse de repente sano y bueno, levantó las manos al cielo, y exclamó diciendo: *Bendita sea para siempre la bondad de mi Dios y mi Señor, por la maravilla que acaba de obrar con este siervo suyo. Iba yo á Roma para hallar en la intercesion de los santos Apóstoles algun alivio á mi mal; pero en Provenza encontré con un san Pedro, con un san Pablo, y con un san Lorenzo en la persona de este santo ermitaño.*

Todavía estaban todos atónitos á vista de este prodigio, cuando se apareció un buen hombre llamado Domingo, y ciego de nacimiento, que por consejo de nuestro Santo habia estado tres meses en el monasterio. Preguntóle el Siervo de Dios si veria de buena gana: *Yo no sé qué cosa es ver* (respondió el ciego), *porque jamás he tenido el uso de la vista; pero segun lo que he oido decir, esto de ver debe ser cosa tan buena, que me alegraria mucho hacer por mí mismo la experiencia.* Haciendo entonces el Santo la señal de la cruz sobre los ojos de Domingo con aceyte bendito, le dixo estas palabras: *En nombre de Jesucristo, nuestro Redentor, sean abiertos tus ojos.* Al instante se le abrieron; pero aquel hombre quedó tan preocupado de admiracion y de asombro á vista de la luz, y de todo cuanto se le ponia delante, que por largo espacio de tiempo estuvo como inmoble y aturdido, siendo cada objeto para él nuevo motivo de pasmo. Este segundo milagro hizo aún mas ruido que el primero. Concurrian los enfermos hasta de las mas remotas partes del Oriente, y todos se volvian alabando al Señor, y publicando en todas partes la eminente santidad y el gran poder que tenia con Dios aquel nuevo taumaturgo.

Habia mas de quince años que vivia Hospicio en su torre, mas como ángel que como hombre, cuando el cielo le reveló su cercana muerte. Confió esta noticia al prior del monasterio, pidiéndole que hiciese abrir la puerta de la torre, y que fuese de su parte á decir á Austadio, obispo de Niza, que dentro de tres dias moriria, y que así le suplicaba viniese á visitarle, sin duda para que le administrase los santos sacramentos, y para que diese providencia en su sepultura.

Esparciéndose en Niza la voz de la cercana muerte del Santo, un ciudadano, llamado Crescente, corrió prontamente á la torre; y mirando atentamente á Hospicio por la ventana de la celdilla, quedó aturdido de lo que veía. Movido de lástima y de asombro, sin poder reprimir las lágrimas, le preguntó: *¿Cómo es posible que cargado de cadenas, y medio comido de piojos hayas podido sufrir tantos años tan largos y tan crueles tormentos? Aquel Señor, por cuyo amor me resolví á ponerme en este estado* (respondió el Santo) *pudo facilmente darme fuerzas para tolerarlos, y supo tambien endulzar toda su amargura.*

Conociendo que se acercaba su fin, hizo que le quitasen todas las cadenas. Pasó despues muchas horas en oracion; levantóse de élla, tendióse sobre un banco con las manos elevadas al cielo; el semblante dulce, sereno y apacible: dió gracias á Dios por todos los favores que habia recibido de su liberal mano, y encomendándole su alma, espiró tranquilamente el dia 21 de mayo de 581. En el mismo punto que espiró, desaparecieron los piojos de que estaba todo cubierto, quedando su cuerpo limpio y resplandeciente; el que fue enterrado con toda la pompa que merecia su eminente santidad por disposicion del obispo Austadio.

Asegura san Gregorio Turonense, que todo lo que refirió en la vida que escribió de san Hospicio, lo oyó inmediatamente de boca del mismo sordo y mudo, á quien el Santo sanó milagrosamente. En otra de sus obras añade, que al tiempo de enterrarle, un hombre tomó una porcion de tierra de la sepultura para llevarla al monasterio de Lerins. Embarcóse en un navío que iba á Marsella; pero habiendo entendido que así el patron como

el piloto y la mayor parte de los marineros eran judíos, no se atrevió á declararse por cristiano. Llegando enfrente de la isla de Lerins se paró el vaso, no obstante que soplaba un viento fresco por la popa. Quedó pasmado todo el equipage. Entonces declaró el pasagero que era cristiano, y que llevaba al monasterio de Lerins una porcion de tierra de la sepultura de san Hospicio; añadiendo que no dudaba sucedia el prodigio por virtud de aquella reliquia, y que mientras no volviesen la proa hácia la isla, seguramente no se moveria el buque. Aparejáronse hácia élla las velas, y se dirigió al mismo rumbo el gobernalle; al punto movió el navío en derechura á la isla de Lerins, donde desembarcó el pasagero, y siguió el vaso su derrota. Por este milagro fue nombrado san Hospicio por uno de los santos tutelares de la isla.

Guárdanse aún preciosamente en la catedral de Niza las reliquias de este gran Santo; y se muestra tambien alguna parte de éllas en las iglesias parroquiales de Villafranca y de Torbia. La península donde estaba la torre conserva todavía su nombre, llamándose la *península de san Sospis.*

La oracion de la misa en honor del Santo es la que sigue.

Deus, qui nos beati Hospitii confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad del bienaventurado Hospicio tu confesor, danos gracia, para que celebrando la nueva vida que recibió en el cielo, imitemos las acciones de la que vivió en la tierra: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 15. del profeta Jeremías.

Domine: Inventi sunt sermones tui, et comedi eos, factum est mihi verbum tuum in gaudium et in lætitiam cordis mei; quoniam invocatum est nomen tuum super me, Domine Deus exerci-

Señor: Yo encontré tu palabra, y la comí, y tu palabra fue la alegría y el regocijo de mi corazon; porque tu nombre, Señor Dios de los exércitos, fue invocado sobre mí. No me senté en las juntas de

tuum. Non sedi in concilio ludentium, et gloriatus sum à facie manus tuæ: solus sedebam, quoniam comminatione replesti me.

los entretenidos, ni me glorié de lo que hizo tu mano: y me sentaba solo, porque me llenaste de amenazas.

NOTA.

"Jeremías, hijo de Helcías, fue natural de Anathot, »pueblo de la tribu de Benjamin, de familia sacerdo»tal. No solo fue escogido de Dios, aun antes de ser con»cebido; no solo fue consagrado profeta en el vientre de »su madre, sino que cuando no tenia mas que quince años »le declaró el mismo Señor ministro suyo en las naciones »y en los reynos, ofreciéndole que le pondria las pala»bras en la boca, para que no se excusase con su tierna »edad. Comenzó á profetizar Jeremías el año de la crea»cion del mundo 3375; esto es, 629 años antes del naci»miento de Cristo."

REFLEXIONES.

Non sedi in concilio ludentium. No concurrí á las partidas de juego. Necesariamente deben ser muy desagradables á Dios esas partidas, cuando se alegra tanto el Profeta de no haber concurrido á éllas, y alega por mérito esto mismo. No es de hoy la aversion que muestra Dios á este género de diversiones. La pasion al juego es perniciosa y vedada. Autorícela el mundo cuanto quisiere por la costumbre y por la publicidad; nuestro evangelio la proscribe, y Dios la reprueba. En medio de eso, el juego es el dia de hoy la ocupacion mas ordinaria de la gente de distincion, de toda la que se llama gente de bien. Si no se jugara, ¿qué haria tanta multitud de personas ociosas? ¿en qué pasarian el tiempo tantas damas y tantos caballeros? ¿pero ésta será razon suficiente para autorizar la pasion por el juego, mientras la religion la condena? No quiero por ahora que miremos esta costumbre con ojos puramente espirituales; mirémosla no mas que á la luz de la razon cristiana.

Entre todas las diversiones se puede asegurar que el juego es la que ha hecho mas progresos; y si es lícito decirlo así, la que ha hecho en el mundo mas fortuna.

Embelesa con mas imperio, porque dexa á la razon menos tiempo para fatigarnos con molestas reflexiones, y al corazon menos libertad para sentirlas. Es verdad que ya el juego no es diversion; es un estudio que deseca; un trabajo ingrato y estéril que consume; una pasion, á la cual se sacrifica la hacienda, el alma y el sosiego. Clámase contra la aplicacion de cabeza, que se dice es inseparable de todo exercicio de devocion. Pero una sola noche de juego pide mas aplicacion, consume mas espíritus que muchas meditaciones y una semana entera de exercicios. ¡Qué atencion, mi Dios, para seguir una idea, para aprovechar un lance, para cautivar la suerte, para eludir la habilidad ó el artificio del contrario; para descubrir sus pensamientos, para cortar sus ideas; y en fin, para vencer á ótro, que por lo menos es tan hábil como yo!

Representémonos una mesa de jugadores. No hay teatro mas grave; aquella triste y desabrida severidad que se descubre en sus semblantes; aquel estar negados á todo otro discurso, á todo otro pensamiento que no sea el de ganar; aquel maquinar contínuamente algun incidente que les favorezca. No interrumpen aquel inquieto silencio, ni aquel enfado que les acompaña, sino para mostrar el miedo de perder, ó el enfado de haber perdido. Abstraidos siempre, y como en cierta manera enagenados, se olvidan hasta de las mas comunes atenciones de la buena crianza; se les perdonan las mayores groserías, palabras ofensivas, rusticidades, desahogos, rebatos de cólera: como aquellos enfermos, que por demasiada disipacion del ánimo, ó por excesiva agitacion de la sangre, caen en frenesí. Dura el mal humor hasta mas allá del juego; y una tema indiscreta, por no decir una especie de furor en perpetuar la ganancia, ó en desquitar la pérdida, renueva incesantemente las partidas, y hace mas violenta la pasion. Esta es aquella noble diversion, alma de todas las tertulias, ciencia de todas las edades, atractivo de todos los ociosos, nudo de todos los enredos, de todas las maquinaciones. Esto es lo que se llama desahogo del ánimo, recreacion inocente, diversion honrada de los hombres de bien. Pero mejor será decir pasion dominante de aquellas personas, que no ignoran han de dar á Dios estrechísima cuenta de

todos los instantes de la vida, de aquellas que haciéndoseles muy pesado emplear con Jesucristo media hora del dia, no sienten dificultad de alargar las horas del juego hasta las mas retiradas de la noche. Preténdese persuadir que el juego adormece todas las demas pasiones, y que suspendidas, ó cortadas todas, ceden á ésta. Pero mejor se diria que á todas las despierta, todas las fomenta, y todas las resucita, mientras hace que se amodorre la razon, y se apaguen todas las demas buenas prendas del alma. ¿Cuántos hombres en todo lo demas atentos, apacibles, políticos, cortesanos, de un ingenio suavísimo, parece que solo en el juego tienen hiel, y por sus modales rústicas, groseras, furiosas, arrebatadas se transforman en otros hombres? No parece hay otra pasion mas adecuada para sufocar todos los dictámenes de la piedad y aun de la religion, y para hacerlo con menos desconfianza que la pasion del juego.

Pero si todo cristiano debiera avergonzarse de ser jugador de profesion, ¡qué será aquellos, que por un indigno tráfico, tan contrario á las buenas costumbres, hacen sus casas academias de juego! ¡puede haber condicion, estado mas lastimoso! ¡ofrecer, por decirlo así, alojamiento á la disolucion, cuartel á los disolutos y á todos los vicios un asilo público! ¡Mi Dios, qué mayor ceguedad de esas almas viles y mercenarias, que la de quererse cargar, y hacerse responsables de todos los pecados que cometen los jugadores que concurren, y tomar de su cuenta, por decirlo así, provisionalmente toda la iniquidad pública! No, cierto, no es el gusto de tener compañía el que hace sacrificar su casa y su sosiego á la diversion y á la ociosidad de tanta gente desconocida. Tampoco nace esto de un genio condescendiente, naturalmente inclinado á complacer á muchos, á quienes tal vez no puede ver, los aborrece y los desprecia. Sin algun interes nunca llegó á tanto la mas oficiosa condescendencia. No puede ser otro el motivo, que el de un indigno tráfico de naipes y de dados á costa de la conciencia y de las buenas costumbres; ganancia real y efectiva, muy capaz á la verdad de mantener una familia alcanzada, y de surtirla hasta para lo supérfluo; pero ganancia perniciosa, que llena las casas de desdichas

y tarde ó temprano reduce los hijos á la última miseria. Y dichosos éllos si se libran con solo este castigo; pero son pocos los de esta especie que verdaderamente se convierten.

El evangelio es del cap. 16. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis. Amen, amen dico vobis, quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit: vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier, cum parit tristitiam habet, quia venit hora ejus: cum autem pepererit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet á vobis.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que lloraréis y gemiréis vosotros, pero el mundo se alegrará: vosotros os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La muger cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de la angustia á causa de la alegría que concibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, teneis tambien ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

De las diversiones.

PUNTO PRIMERO.

Considera que un cristiano en nada debiera encontrar diversion sino en la penitencia; este solo fruto habia de ser dulce para todo pecador. No, cierto, no son de sazon las diversiones en un pais enemigo, y en tiempo de combate. ¿Quién puede divertirse estando desterrado, cuando todos los objetos le inspiran y le mueven á tristeza? *Sentados á la orilla del rio de Babilonia derramamos torrentes de lágrimas, acordándonos de Sion* (*Salm.* 136.), decian los israelitas desterrados de la santa Ciudad. *Consumidos de dolor en medio de un pueblo bárbaro, suspendemos los instrumentos de los sauces, y nos abandonamos al llanto. Ins-*

tannos para que cantemos los mismos que nos condujeron cautivos. Cantad (nos dicen) *las canciones que cantábais en Jerusalen. ¿Pero cómo podremos cantar los cánticos del Señor en una tierra extraña?* Así hablaban los judíos suspirando por volverse á Jerusalen; y así deben gemir los cristianos las miserias de su destierro, clamando por la Jerusalen celestial, su amada patria. La alegría mundana nunca fue herencia de los escogidos del Señor. *Vosotros lloraréis* (los decia el Salvador), *y el mundo se alegrará*; vosotros estaréis tristes, y el mundo se entregará á la delicadeza, á la ociosidad, y á los pasatiempos. Describe aquí Jesucristo el carácter que distingue dos géneros de gentes, los escogidos, y los réprobos; sus siervos, y los esclavos del mundo. Vosotros; esto es, vosotros, amados de mi Padre; vosotros que permanecísteis constantes conmigo en la tentacion; vosotros, pequeña grey, estareis preocupados de tristeza; pero el mundo; esto es, aquellas almas sensuales, que de cristianos no tienen mas que el nombre; aquellas mugeres profanas, tinturadas solo con un leve baño de la religion; aquella muchedumbre, que corre á su perdicion por el camino ancho, solo suspirará por los entretenimientos. Una alegría amarga y superficial hará toda su aparente lastimosa felicidad; será toda su herencia un encadenamiento de diversiones siempre insulsas, siempre atolondradas, y atropelladas siempre. ¡Tristes esclavos de la vanidad, funestas víctimas de la profana locura! gentes del mundo, ponderad, levantad el grito cuanto quisiéreis, exâgerando vuestras diversiones y vuestros pasatiempos. Decid en buena hora, que vuestra vida es una primavera, muchas flores, muchas hojas, mucho verdor, mucha lozanía; ¿pero cuáles son los frutos para la vida eterna? Vuestra risa se va á cambiar en llanto; vuestra algazara, vuestros gritos de alegría en crueles gemidos; vuestra alegría superficial, tan breve, tan pasagera, en una eterna tristeza; mientras la tristeza aparente de los buenos va á convertirse en una alegría pura, llena, colmada, que jamás ha de tener fin. ¡O mi Dios, hubo jamás estado mas lamentable, que el de esos hombres de pasatiempos! ¡hay ni puede haber presagio mas funesto, que el de una vida empleada toda en la sensualidad y en las diversiones!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no todas las diversiones están prohibidas; haylas lícitas; pero ninguna de las permitidas debe dexar de ser cristiana. Las diversiones deben ser un inocente desahogo del ánimo, fatigado por el contínuo trabajo, y debilitado por la demasiada aplicacion; ¿pero qué séria aplicacion, ni qué pesado trabajo fatiga á los que solo se ocupan en la caza, en el juego, en los pasatiempos, y en puras vagatelas? ¡Cosa extraña! Las personas del mundo mas hambrientas de pasatiempos, son siempre las mas ociosas; libres de todo cuidado, no tienen otra ocupacion que la de pensar en qué han de emplear el tiempo; fatígalas su misma ociosidad. Están embelesadas cuando se multiplican y se varían las diversiones; ¿pero ese embeleso no será por ventura aquella alegría de maldicion, que es como la semilla de una tristeza eterna? Gástase toda la vida en visitas, en el juego, en paseos, en convites. No solo no se avergüenzan de una vida tan opuesta á las máxîmas del evangelio, sino que se hace vanidad y gloria de élla. ¿En qué se pasa hoy la vida en el mundo, sino en lo que causaria horror á los primeros cristianos? Ni se habla, ni se sabe hablar de otra cosa que de juego, de caza, de modas, de galas, de espectáculos. ¡Oh, y cuánta verdad es que en el mundo ningunos están menos necesitados de divertirse que los que mas se divierten! Los mas de éllos son pecadores, muchos disolutos, algunos tocan en la raya de impíos; no debieran pensar en otra cosa que en el llanto y en la penitencia, y debieran desterrarse para siempre de toda diversion.

Sin embargo, sucede todo lo contrario. Á una perpétua cadena de juegos y de diversiones se reduce hoy la mas séria, y casi la única ocupacion de las gentes del mundo; y estas gentes no siempre son las mas ajustadas. No se divierten para vivir, viven para divertirse. Tiénese lástima de aquellos que por una constitucion mas piadosa y mas cristiana se matan poco por esas frívolas insubstanciales diversiones. Al que no se halla en todas las concurrencias de diversion se le reputa por un insulso, por hombre insociable. Solo el no saber en qué se ha de pasar

una hora, causa inquietud. Al paseo se sigue el juego, al juego el bayle, al bayle la cena, y á este perenne enlace de diversiones están reducidas todas las priesas de las gentes del siglo. Su verdadera felicidad consiste en no tener instante de reposo. Y despues de esto ¿les causará novedad cuando se les pregunta si son cristianos? Estos son aquellos honestos pasatiempos, aquellas inocentes diversiones que falta poco para que nos quieran persuadir que son actos de virtud y meritorios. Grite Jesucristo cuanto quisiere á la mortificacion, á la penitencia; las gentes del mundo no tienen batallas que dar, combates que sufrir, ni violencias que hacerse; solo tienen pasiones que fomentar, inclinaciones viciosas que encender. La vida ociosa y regalona ocupó el lugar de aquella vida penitente y laboriosa, que el Salvador del mundo quiso fuese la herencia, y como el distintivo de sus verdaderos hijos. Todo lo que suena á retiro, á modestia, á regularidad, sobresalta; el nombre solo de devocion estremece y asusta. La mitad del tiempo se pasa en querer dar gusto á ótros, y la otra mitad en no querer sino lo que á cada uno le gusta. Muy digno de compasion es un enfermo que solo gusta de lo que le daña. ¡Y despues de esto nos admiraréмos de que el Señor esté tan irritado; de que gima el universo al peso de nuevos azotes que descargan sobre él cada dia; de que el error encuentre tantos sectarios; que el vicio inunde toda la tierra, y de que se llene el infierno de cristianos!

Señor, que por vuestra misericordia os habeis dignado alumbrarme para hacer estas reflexiones, no permitais que las haga inútilmente. Seguro estoy de que he merecido el infierno, pero no lo estoy de que haya hecho penitencia. ¡Acaso, mi Dios, estoy en desgracia vuestra, y todavía pienso en divertirme! No, dulce Jesus mio, no me conviene esa alegría; resuelto estoy á pasar el resto de mi vida en amarga penitencia.

JACULATORIAS.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isaí. 38.

Lejos de pensar en pasatiempos, solo pensaré, Dios mio, en llorar los pecados de mi mala vida con amargura de toda mi alma.

Quomodò cantabimus in terra aliena? Salm. 136.

Desterrado estoy, y no es razon que me divierta en el lugar de mi destierro.

PROPOSITOS.

El ánimo tiene necesidad de algun desahogo, así como el cuerpo la tiene de algun descanso; pero así el descanso como el desahogo son perjudiciales á entrambos, si se toman sin regla y sin medida; el ánimo se agrava y se entorpece; y el cuerpo se llena de humores, y enferma. El mismo afecto producen las diversiones mas lícitas si no se toman con sobriedad. De ninguna uses que no sea cristiana, siendo siempre la razon cristiana, y no la pasion la que te obligue á tomarla. Huye cuidadosamente de toda diversion de bulla y de tumulto, guardándote bien de destinar tus diversiones para el dia de fiesta. ¡Gran abuso! ¡gran desórden! ¡gran impiedad! convertir el dia de Domingo; esto es, *el dia del Señor* en dia del juego, del bayle, de la peligrosa ociosidad, y de las diversiones mas arriesgadas. Mira con horror esta especie de irreligion, y en todas tus diversiones considera bien el tiempo, el motivo y la duracion. Ten siempre en la memoria que el fin honesto debe ser la regla de todas las diversiones. Un hombre ocupado necesita de algun desahogo; un cuerpo fatigado por el trabajo pide de justicia algun descanso. Pero la diversion siempre ha de ser diversion, y nunca ocupacion; ha de dexar el ánimo alegre, pero no arrepentido. Siendo excesiva, siempre es dañosa. No ha de ser la pasion el alma, ni la regla de las diversiones; para ser lícitas es menester que sean cristianas. Nunca olvides estos consejos, y ponlos en práctica.

2 Ten gran cuidado en que todas tus diversiones sean

decentes, correspondientes á tu estado, á tu condicion, á tu profesion, á tu edad, y tambien á la reputacion en que generalmente te tienen. Debes desterrarte para siempre de toda diversion que pueda servirte de ocasion de pecado. En las mismas diversiones te has de mostrar siempre cristiano, religioso, modesto, atento, bien criado, y en fin, hombre ajustado, que siempre está muy sobre sí. Jamás te abandones totalmente á ellas; concédelas el ánimo, pero no el corazon, porque te le entregarán. Imponte una como ley de hacer interiormente cierto número de actos de amor de Dios durante las diversiones; medio admirable para que te sean provechosas al mismo tiempo que son cristianas. La compostura, la urbanidad, el sosiego, de que jamás te has de olvidar en las diversiones, contribuirán para hacerlas mas divertidas y mas agradables. En ninguna otra ocasion se descubre mejor el genio y la virtud.

DIA VEINTE Y DOS.

Santa Julia, virgen y mártir.

Habiendo sorprendido á Cartago el año de 439 Genserico, rey de los vándalos, uno de los mas ardientes protectores del arrianismo, executó las mas bárbaras crueldades, principalmente en las familias mas distinguidas de aquella populosa ciudad. Resuelto á fixar en élla su corte, quiso desembarazarse de todo lo que podia causarle algun rezelo. La primera que experimentó su inhumanidad fue la nobleza. Quitó la vida, ó los obligó á que la salvasen huyendo, á todos los que ocupaban los cargos, ó lograban en la república algun crédito. Despojó á los ricos de sus haciendas, á las iglesias de sus ornamentos, apoderándose de todos los vasos sagrados; y no contento con reducir á los mas ilustres ciudadanos al estado de mendígos, á todos los hizo esclavos. Las mugeres y doncellas de distincion fueron vendidas á los mercaderes, y por muchos dias fue entregada al pillage la ciudad.

Entre estas ilustres esclavas se halló una de la primera nobleza, llamada Julia, que habiendo sido educada con el mayor cuidado en las santas máximas de la religion cristiana, habia hecho maravillosos progresos en la virtud, y era la admiracion de toda la ciudad. Arrancada del seno de su familia, fue vendida á un mercader gentil, llamado Eusebio, que la conduxo á Siria. Fácilmente se dexa considerar cuánto sentiria Julia una mudanza tan espantosa de condicion. Acostumbrada á ser servida, y á vivir delicadamente, se vió reducida á la triste suerte de servir y de vivir como una vil esclava.

Solo halló consuelo en la religion y en su propia virtud. La vista de Jesucristo crucificado templaba la amargura de su corazon, y detenia el torrente de sus lágrimas. Conoció que por servir á un amo idólatra, no por eso era menos sierva de Jesucristo, y se dedicó á cumplir exâctamente con todas las obligaciones de su estado, sacrificándose mas y mas en la penosa y abatida condicion de esclava. Bien presto se dexó reparar, y aun admirar su virginal modestia, su compostura, su porte y su aplicacion á los oficios á que la destinaban. Estimábala tanto su amo, que el aprecio llegó á ser veneracion; y solia decir sentiria menos la pérdida de todos sus bienes, que el perder solo á su esclava.

Este favor que merecia Julia á su amo, solamente la servia para dedicarse con mayor libertad y con mas ardiente fervor á los exercicios de su santa religion. Ayunaba rigurosamente todos los dias; el amo se afligia al ver lo mal que Julia se trataba; pero todas sus instancias, y todos los medios de que se valió para obligarla á comer, y á darse mejor trato, solo pudieron conseguir que se dispensase en el ayuno los domingos. El amor á la castidad se dexaba ver en todas sus acciones, no pudiendo subir á mas su delicadeza en esta preciosísima virtud. Aunque su extraordinaria hermosura la ponia en tantos peligros en medio de aquellos paganos, se habia hecho tan respetable por su virtud y por su modestia, que los paganos mismos se portaban con la mayor circunspeccion cuando se hallaban en su presencia.

En acabando con las haciendas de la casa (porque su virtud no se acomodaba con la ociosidad) empleaba el

tiempo en oracion, y en la leccion de libros devotos que pudo salvar del pillage de su casa.

Como si no fuera bastante el trabajo de servir para una doncella tierna, noble, criada con regalo y con la mayor abundancia, añadia crueles penitencias á las penalidades de su estado. Tenia grabado en su corazon á Jesucristo crucificado, y esta memoria renovaba cada dia su fervor, dándola nuevo aliento y nuevo gusto en las mortificaciones cada vez que le contemplaba. Á la verdad, derramaba el Señor en su alma tan abundantes consuelos, que siempre se la veia con un semblante risueño, y apenas vez alguna se ponia en oracion, que no corriesen de sus ojos dulces y copiosas lágrimas.

El mayor elogio de la religion que profesaba Julia era su vida exemplar; acreditábala con sus obras; y su mismo amo, aunque gentil, no cesaba de alabar contínuamente la religion cristiana. Llenábase nuestra Santa de consuelo al ver la justicia que se hacia á su religion; pero en esta prosperidad una sola cosa la afligia, y era parecerla que esto mismo la ponia cada dia mas distante del martirio, por el cual ansiosamente suspiraba. La esperanza que siempre habia tenido de derramar su sangre por Jesucristo, era lo que la alentaba en la triste condicion en que se veia; éste era el objeto de sus ansias, la materia ordinaria de sus oraciones, y la gracia singular que incesantemente pedia á Dios por intercesion de la santísima Vírgen, á quien profesaba tan tierna devocion; pedíala diariamente con las mayores instancias que la alcanzase de su querido Hijo la palma del martirio.

Siendo tan amada del Hijo y de la Madre la humilde Sierva de Dios, no podia dexar de ser oida. Habíanse ya pasado algunos años de su esclavitud en Siria, cuando á su amo Eusebio, que hacia en las Gaulas un gran comercio en los géneros mas preciosos de Levante, se le ofreció un viage á la Provenza, y resolvió llevar consigo á su esclava. No podia Julia resistir á la voluntad del que tenia autoridad para mandarla. Embarcóse, pues, no dudando que tendria sus altos fines la divina Providencia en disponer aquel viage, en el cual no la podian faltar, cuando menos, muchas ocasiones de padecer, y quizá se la proporcionaria la del martirio, porque tanto sus-

piraba. Con efecto, la halló antes de mucho tiempo. Hizo arribada el navío en la isla de Córcega; mandó Eusebio echar el áncora; y noticioso de que los habitadores de la isla, todos idólatras, celebraban una gran fiesta en honor de sus falsos dioses, quiso asistir á élla, y saltó á tierra con toda la gente.

Entró en el templo, y sacrificó un toro al demonio. Al sacrificio se siguió el convite y la disolucion, como era de costumbre. Julia se habia quedado á bordo con parte del equipage, suspirando de lo mas íntimo de su corazon, gimiendo delante de Dios, y llorando amargamente la ceguedad de aquellos miserables idólatras. Algunos criados de Felix, gobernador de la isla, entraron en el navío; y habiendo visto á Julia hincada de rodillas, preguntaron á los de la tripulacion, qué hacia allí aquella doncella. Respondiéronlos que era una esclava del señor Eusebio, la cual trataba de vanas supersticiones todas sus ceremonias, y todos sus sacrificios, sin poder llevar en paciencia, ni aun el nombre solo de los ídolos. Volvieron á tierra los criados del gobernador, y luego le contaron como en el navío habia una tierna doncellita, que hacia burla del culto de los dioses, y condenaba los sacrificios.

Era Felix uno de los hombres mas encaprichados y mas ardientes defensores de las supersticiones paganas; y preguntó á Eusebio, por qué razon no habia concurrido al sacrificio todo el equipage del navío, y quién era una doncella de poca edad que venia en él, y se burlaba de todas sus ceremonias. Es, respondió Eusebio, una doncellita cristiana, esclava mia, de quien jamás he podido conseguir que mudase de religion por mas arbitrios de que me he valido para este fin; pero en lo demas es de costumbres irreprensibles; me sirve grandemente, y me tiene hechizado su modestia. Ella es la que gobierna mi casa, y cada dia admiro mas su fidelidad. Con todo eso, replicó Felix, yo os aconsejo que la obligueis á que rinda á los dioses el debido culto, ó en caso de no quererlo hacer, á que os deshagais de élla. Ni á úno ni á ótro me puedo resolver, respondió Eusebio, y el mejor partido que podemos tomar es dexarla en paz. Pues vendédmela á mí, replicó Felix,

que yo os daré por élla todo cuanto me pidiéreis; y si no quereis dinero, escoged entre todas mis criadas aquellas cuatro que mas os agradaren. Todo cuanto teneis, respondió Eusebio, no vale lo que élla merece; y antes perderé yo todo cuanto tengo, que perderla á élla.

Conoció el gobernador que nunca lograria de él que se la entregase voluntariamente, y que era menester recurrir al artificio. Dispuso, pues, un magnífico banquete, como para cortejar á Eusebio, y tuvo gran cuidado de embriagarle. Logrólo, y aprovechándose de la ocasion, dió órden á sus criados que fuesen á bordo, y que traxesen á Julia á su presencia. Cuando la tuvo delante la dixo con artificiosa ternura: No temas, hija mia, que se pretenda hacerte algun insulto; estoy muy informado de tu virtud, y no merecen tus prendas que gimas por mas tiempo en el indigno estado de esclava. Quiero tomar de mi cuenta tu fortuna, y no pido de ti otra correspondencia que el que vengas al templo á cumplir con tus devociones, y hacer sacrificio á nuestros dioses. Yo pagaré á tu amo tu rescate: si quisieres mantenerte en nuestra isla, no te faltará un esposo digno de tus prendas y de tu persona; y si gustares de irte á otra parte, yo te pondré donde eligieres; y te equiparé á mi costa de todo lo que necesitares.

Respondió Julia con mucha modestia y compostura, pero con igual resolucion, que élla se consideraba verdaderamente libre, mientras tuviese la dicha de ser sierva de Jesucristo; que estaba contenta con su condicion, y que ni pretendia, ni pensaba en hacer otra fortuna que la del cielo. Pero en órden á ese culto que me proponeis, añadió, levantando la voz para ser oida de todos, tened entendido que el sumo horror con que miro vuestras ciegas supersticiones me hace estremecer solo al oir semejante proposicion. Soy cristiana, y mi mayor dicha será perder la vida por mi señor Jesucristo.

Irritado Felix con tan animosa respuesta, la mandó abofetear tan cruelmente, que se dexó ver bañado en sangre su virginal semblante. Dixo entónces la Santa: Mi dulce Salvador fue primero abofeteado por mí; gran dicha es la mia ser tambien abofeteada por mi dulce

Salvador. Saliendo Felix fuera de sí, ordenó que la colgasen de los cabellos, y que la moliesen á palos. Hubiera espirado en este tormento á no haberla conservado Dios la vida milagrosamente. En medio de él se la oyó exclamar de esta manera. "Seas mil veces ben»dito, amable Salvador mio, por la insigne gracia que »concedeis á vuestra humilde Sierva; dichosa yo si me»rezco tener alguna parte en vuestros dolores; ¡ pero »ah Señor, y qué grande diferencia! Á mí me arran»can los cabellos, y yo veo una corona de espinas »que traspasan vuestra sagrada cabeza; verdad es que »á mí me quebrantan á palos, pero vuestro sagrado »cuerpo está despedazado con crueles azotes; contra mí »vomitan maldiciones; mas tambien os estoy mirando »á vos harto de oprobios." Triunfaba de alegría en medio de los mas atroces suplicios, cuando temiendo el gobernador que despertase Eusebio, y no le permitiese llevar al cabo su bárbara resolucion, hizo que á toda priesa se levantase una cruz, ó una especie de horca para colgar de élla á la Santa. Á vista de la cruz se llenó de nuevo gozo, y exclamó diciendo: *Siempre he deseado ardientemente, ó amado Salvador mio, dar la vida por vos; pero nunca me atreví á prometerme la honra de darla en un madero á imitacion de mi divino Maestro. Dignáos, Señor, admitir el sacrificio que os ofrezco de élla, tened misericordia de estos pobres ciegos, y perdonarlos mi muerte.* Apenas pronunció estas palabras cuando la colgaron los verdugos, y en el mismo punto en que espiró, despertó Eusebio. En vano llenó el ayre de quejas, y de amenazas al gobernador; Julia era muerta, y tan inútiles fueron sus lágrimas, como su resentimiento.

Luego que espiró la Santa se apoderó un secreto terror del corazon de los impíos que habian contribuido á su muerte, ó se habian hallado presentes á élla. Retiráronse todos con precipitacion, y miéntras tanto se apareciéron los ángeles á unos santos monges, que habitaban cierta isla vecina, llamada la isla Margarita, por otro nombre Gorgona; y habiéndolos informado de todo lo sucedido, los mandaron de parte de Dios que fuesen á retirar el cuerpo de la Santa. Embarcáronse

al punto, y llegando al cabo, encontraron al sagrado cuerpo pendiente todavía de la cruz; y descolgándole, se volvieron á embarcar con él, llevando todos palmas en las manos, y cantando salmos. Los monges de la isla Capraria, ó Cabrera, mas inmediata á Córcega que la antecedente, salieron á recibir el santo cuerpo, y acompañándole como en triunfo hasta la puerta de su monasterio, dexaron que se le llevasen los de Gorgóna, donde estuvo sepultado en un magnífico sepulcro hasta el año 763, en que Didier, rey de Lombardía, le hizo trasladar á Brescia; ciudad de sus estados, y hoy perteneciente á la república de Venecia, donde fue depositado en la iglesia del bello monasterio de monjas que él mismo habia fundado, y era abadesa de él su hija Angelberga. Hicieron las religiosas edificar otra iglesia mucho mas suntuosa que la primera, dedicándola á santa Julia, y fue trasladado á élla el santo cuerpo con gran concurso de los pueblos. El martirio de esta ilustre Vírgen sucedió el dia 22 de mayo. En el lugar donde fue colgada de la cruz brotó una fuente milagrosa, que aún se conserva el dia de hoy, y en el mismo sitio se levantó una capilla en honra de la Santa, donde cada dia la ilustra mas el Señor con nuevas maravillas.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion puede ser la que se encuentra en las actas antiguas de la Santa, y dice así.

Deus, creator et conservator omnium gentium, misericordiam tuam humiliter postulamus, ut hunc diem beatæ Juliæ martyris tuæ congruis actionibus celebrantes, sempiterna quoque exercitatione lætemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, criador y conservador de todos los hombres, humildemente imploramos vuestra misericordia, pidiéndoos nos concedais, que al mismo tiempo que celebramos la fiesta de vuestra bienaventurada mártir Julia, lo mejor que nos es posible, merezcamos algun dia acompañarla en los eternos gozos de la gloria: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. del libro de Tobías.

Ad te, Domine, faciem meam converto: ad te oculos meos di-

A ti, Señor, vuelvo mi rostro: á ti dirijo mis ojos: ruégote,

rigo: Peto, Domine, ut de vinculo improperii hujus absolvas me, aut certe desuper terram eripias me. Tu scis, Domine, quia numquam concupivi virum, et mundam servavi animam meam ab omni concupiscentia. Numquam cum ludentibus miscui me, neque cum his, qui in levitate ambulant, participem me præbui.

Señor, que me desates del lazo de esta ignominia, ó á lo menos me levantes de la tierra. Tú, Señor, sabes que jamás deseé algun hombre, y he conservado mi alma pura de todo apetito. Jamás me mezclé con los que se divierten, ni tuve amistad con aquellos que caminan con levedad.

NOTA.

»Son autores de este libro los dos Tobías, padre é »hijo, habiéndoseles mandado escribir el ángel san Ra»fael para informar á la posteridad de las maravillas del »Señor. Y habiéndole trabajado en el pais de los asi»rios y de los medos, donde se hallaban cautivos, no »se duda que le escribieron en lengua caldea, y despues »la traduxo san Gerónimo en latin. Tobías, el padre, fue »hecho cautivo, y conducido á Nínive por Salmanasar, »rey de Asiria, el año 3274 de la creacion del mundo; »es decir, cerca de 790 años antes de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Numquàm cum ludentibus miscui me. Nunca concurrí, ni me mezclé con los que gustaban de divertirse. Si las diversiones de las gentes del mundo son tan inocentes como éllas dicen; si no hay culpa, ni peligros de élla en divertirse como éllas se divierten: ¿á qué fin alega Sará por mérito el no haber concurrido con éllas á sus inocentes diversiones? En medio de eso, todo el plan de vida que se forman los mundanos se reduce á una cadena, á un enlace, á una série perpetua de pasatiempos; los que no se hallan en todos son mirados con un género de lástima, con una especie de compasion, así de los jóvenes aturdidos, como de las mugeres atolondradas.

Tiranizado el entendimiento por las pasiones, todo él se consume en discurrir arbitrios para calmar la inquietud de un corazon hambriento perpétuamente. Sórbense todo el tiempo las visitas, el juego y los espectácu-

los. Para que duren de por vida los divertimientos, basta el dia de hoy ser hombre visible, tener conveniencias, hallarse en un empleo sobresaliente.

Asegura el Señor que esto de salvarse cuesta mucho; que para entrar en el cielo son necesarios grandes esfuerzos; que el camino que conduce á la vida es apretado y estrecho. Pues ciertamente que si se salva la mayor parte de los cristianos, no es tan fácil como parece la verificacion de estos divinos oráculos ¿Qué esfuerzos hace para entrar en el cielo toda esa multitud de cristianos brillantes, para quienes todos los dias son dias de pasatiempos, y toda la vida es una continuada cadena de fiestas exquisitas, y de nuevas diversiones?

¿Qué habrá costado esa preciosísima piedra á toda esa gente sepultada en el regalo y en la sensualidad, fastidiada de su misma ociosidad, á quien solo el nombre de mortificacion estremece y causa horror? ¿qué habrá costado esa rica corona á todas esas personas del mundo, ocupadas únicamente en inventar nuevos gustos, nuevos primores al placer, y en perpetuar su duracion? Verdaderamente que si no es penitencia esa misma delicadeza, esa misma ociosidad, y esa misma vida deliciosa, no se sabe qué penitencia hace toda esa gente. ¿Mas para qué, ó porque se derramarán tanto hácia fuera esos hombres bulliciosos? ¿á qué fin una vida tan atropellada y tan tumultuosa? Digámoslo con franqueza; esfuérzanse á derramarse tanto hácia fuera, porque interiormente se sienten despedazados de mil sobresaltos, de mil remordimientos, que hacen presa en aquellas pobres almas. El verdadero orígen de esas ocupaciones ruidosas y atolondradas de los hombres, es el ánsia de huir éllos propios de sí mismos; para una alma mundana el mayor suplicio es el silencio y la quietud; cada pasion es una furia, cada idea es un espectro que atemoriza á quien vive en el pecado. Aquella contínua agitacion no nace de otro principio que del deseo de evitar, en cuanto sea posible, la vista de sí mismo; el consuelo de no pensar en sí por algunas horas, es al parecer todo el gusto que perciben los mundanos en esa inquieta multiplicacion de diversiones; de aquí proviene despues aquella agonía tan espantosa en los últimos dias, y en las postreras horas de la

vida. ¿Pero qué mal hay en divertirse? dicen algunos. Mas yo les quisiera preguntar, ¿y será vida digna de un cristiano una vida malograda en mil inutilidades, fatigada, por decirlo así, del mismo regalo y de la misma ociosidad? ¿y será posible que no haya ningun mal en una vida que se confiesa poco digna de un cristiano? Diviértese la gente; dicen ótros, porque no sabe qué hacerse; ¡bellamente! pero respóndame: ¿y las obligaciones de un cristiano le permiten jamás el no tener que hacer? ¿Es posible que precisamente, porque no sea hombre de conveniencias, persona de distincion, solo porque sea jóven, no tiene obligaciones que lo executen, ni materia precisa en que emplear el tiempo? ¡Ah, de qué diferente manera se discurre á la hora de la muerte! Aquel lecho y aquella hora son la verdadera luz, á la cual descubrimos muchas obligaciones que antes no se veian. ¿Y se creerá entonces que las diversiones mundanas eran una ocupacion verdaderamente honesta é inocente? ¿Dará gran consuelo en aquella hora el haber pasado una vida tan poco cristiana?

El evangelio es del cap. 6. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpuus tuum lucidum erit. Si autem oculus tuus fuerit nequam: totum corpus tuum tenebrosum erit. Si ergo lumen, quod in te est, tenebræ sunt: ipsæ tenebræ quantæ erunt?

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz, pues, que hay en ti se hace tenebrosa, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas?

MEDITACION.

De la ceguedad interior.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el conocimiento es la luz del alma, como la vista lo es del cuerpo; quítale al hombre esta

luz, y quedará en tinieblas; despoja al alma de aquélla, y se precipitará en la ignorancia. Las tinieblas materiales causan la ceguedad del cuerpo, y la ignorancia la del alma. Esta ignorancia (cuando es culpable) hace que á un mismo tiempo se ignore y se cometa el pecado, ó autorizando la pasion, ú desviando la atencion.

Si se peca (dicen algunos) será porque no se aplica la necesaria reflexîon para evitar el pecado; si se peca será por falta de consideracion, en fuerza de la cual no se piensa que el divertirse, el jugar, el vivir en una honesta ociosidad, y con todo el regalo posible sea una gran culpa. ¿No se piensa? ¿Pues en qué se piensa, si la ley santa de Dios, si las obligaciones de cristianos, si el evangelio de Jesucristo, si el importante y espinoso negocio de la salvacion no se llevan todas nuestras atenciones, y no fixan nuestros deseos y nuestros pensamientos?

En vano intentamos aturdirnos para no ver el peligro: el mismo peligro nos avisa, y nos despierta. Levántanse del corazon esas espesas tinieblas; ámase el peligro, y por eso no se quiere ver su gravedad. Quiérese que no haya especial disonancia moral en esa vida ociosa y regalona, en esos entretenimientos que halagan excesivamente los sentidos; en esos juegos de profesion; en esas diversiones interminables; en esos profusos y continuados banquetes, en esos espectáculos, en esa profanidad. Esto se quiere; ¿pero dexará de ser malo, solo porque se quiere que no lo sea? ¿y la ignorancia afectada del mal canonizará una vida que el espíritu de la religion, el evangelio de Jesucristo declaran no ser inocente? Ciérranse, tápianse todas las ventanas por donde puede entrar la luz, y dícese despues que nada se ve. Excítase de propósito un humo denso, y se vive con seguridad, porque no se perciben los objetos. Tírase á desecar el humor cristalino; sácanse los ojos voluntariamente por pasion, por locura, ó por furor, y tranquilízase el espíritu con el risible pretexto de que no ve porque está ciego. Esté sano el corazon, y luego lo estará el alma; purifíquese aquél, y desde luego se disiparán las nieblas, las ilusiones, las tinieblas de ésta.

De buena fe, creemos que Dios nos ha de juzgar por el particular sistema de conciencia que cada úno se forma

voluntariamente? Apóderanse las pasiones del corazon, y tiranizan el entendimiento; todo se juzga en su tribunal, admítese lo que éllas aprueban, y se condena lo que reprueban éllas. Ellas son las que en los hombres mundanos fabrican aquel extravagante sistema de conciencia que allá se forjan éllos mismos; y todavía querrán que Dios se haya de gobernar precisamente por esta obra de las pasiones, cuando se trate de pronunciar sentencia difinitiva sobre nuestra eterna suerte. Todavía pretenderán que entonces haya de excusar el Señor nuestras flaquezas. Qué concepto hacemos Dios mio, de vuestra justicia y de vuestra prudencia, cuando imaginamos que unas ilusiones y unos errores tan voluntarios han de ser la regla de las costumbres.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la pasion es la que ordinariamente causa la ceguedad. La pasion nunca discurre, siempre es ciega. Tiene ojos; mas solo para ver los objetos con los colores que élla los presta. ¿Aborrécese á una persona? Pues no es menester mas para que nos dé en rostro todo lo que hace.

Aborrecian los fariseos al Salvador; de aquí nació que todo el brillante golpe de su resplandeciente virtud no bastó para que abriesen los ojos ni para ablandarlos el corazon. Emponzoñan todo lo que dice, y condenan todo lo que hace. Si resucita muertos en su misma presencia, el demonio es el que los resucita. Todos sus milagros se obran (en dictamen de éllos) por virtud de Beelcebub, príncipe de los demonios. La enfermedad de los fariseos se ha comunicado, se ha pegado á los hombres del mundo; entre éstos la pasion es la que decide, no la razon ni la religion. Dicen que tienen horror al pecado; pero no quieren que haya pecado en aquellas cosas que les lisonjean. Sóbranos luz para descubrir una paja, ú átomo que no nos interesa, como sea en los ojos de ótro; pero no vemos una viga de lagar en los nuestros. No se atrevian los fariseos á entrar en el palacio de Pilato por no contaminarse; vamos claros que la delicadeza de conciencia era exquisita; pero al mismo tiempo pedian sin escrúpulo la muer-

te del Salvador. ¡De cuántas copias será original esta farisáica conducta!

Mas la ceguedad del alma no solamente es un gran mal, es muchas veces efecto del pecado mismo. Has resistido por largo tiempo á las luces de la gracia; pues amortiguáronse. No te has aprovechado de los talentos; pues dexáronte con los precisos. Has ahogado las mas fuertes inspiraciones; pues ya no te hacen impresion. Cerraste los ojos á los rayos del sol; pues encubriósete. Y entonces, mi Dios, ¡qué de tropiezos! ¡qué de descaminos! ¡qué de engañosas ilusiones! ¡qué de falsas ideas! *Doce horas tiene el dia* (dice el Salvador); *el que camina con él no tropieza*; *pero el que camina de noche anda trompicando*, *porque le falta la luz. Caminad mientras os alumbra la luz*, *no sea que sobrevenga la noche. El que camina en tinieblas no sabe por dode va.*

¡Mi Dios, qué perniciosa y que universal es esta ceguera voluntaria! ¡qué mayor ceguera en las personas del mundo, que la de creer en Jesucristo, creer en su evangelio, y vivir como éllas viven! ¡qué ceguera la de los hombres de negocios cuando se trata de sus intereses! ¡qué ceguera la de los grandes del mundo en no aconsejarse apenas para su conducta mas que con la ambicion, con el fausto y con la sensualidad! ¡qué ceguera la de los jóvenes en entregarse precipitadamente á la mas desenfrenada licencia de costumbres! ¡qué ceguera la de los ancianos en no dedicar siquiera el resto de sus cortos y miserables dias al negocio importante de la salvacion! ¡qué ceguera la de las personas devotas en dar en tantas y tan perniciosas ilusiones! ¡qué ceguera, en fin, la de las almas religiosas en descuidar tanto de la perfeccion de su estado, y en vivir una vida tan poco regular!

Libradme, Señor, por vuestra misericordia, de un mal que conduce á la mayor de todas las desgracias. Y pues todavía me alumbrais para que conozca el peligro; haced, mi Dios, que le evite, y que trabaje sériamente en mi salvacion mientras me ilumina la luz.

JACULATORIAS.

Domine, *ut videam*. Marc. 10.

Haced, Señor, que vea, y que no camine en tinieblas.

Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte. Salm. 12.

Abrid, Señor, mis ojos para que jamás se cierren con el sueño fatal de la muerte eterna.

PROPOSITOS.

La ceguedad interior tanto es mas funesta, cuanto es mas voluntaria, y por lo mismo mas dificultosa de curar. El ciego de Jericó gritaba con todas sus fuerzas: *Señor, tened misericordia de mí*; pregúntale el Salvador: *¿Qué quieres que se haga contigo*? Solo por oirle decir: *Señor, que vea.* No pide que le curen el que no se imagina enfermo. Pocos ciegos hay de alma y de corazon que juzguen estan verdaderamente ciegos; por eso hay pocos que sanen de su ceguera. De aquí nace aquella obstinacion en el error, aquel partidario encaprichamiento, aquella tenacidad del propio juicio, aquellas fanáticas ideas, que siendo siempre efecto de alguna violenta pasion, cierran la entrada á la conversion, y todas las ventanas á la luz y á la impresion de la gracia. Este es el estado mas infeliz de todos los estados; considérale como tal, y por tanto desconfia de tu propio juicio, de tu propia opinion, de tus limitados alcances, y sujétalos con docilidad, no solo al juicio de la santa Iglesia, sin lo cual no hay salvacion, sino tambien al de los que te gobiernan, sin lo cual corres gran peligro de descaminarte y de precipitarte en el error. Serás docil si fueres humilde; la ceguedad interior siempre es efecto del interior orgullo y de la corrupcion del corazon.

2 El evangelio es la regla de las costumbres; viven ciegos los que solo se gobiernan por las máximas del mundo; de aqui proviene aquella fatal seguridad de sus descaminos. Todas las pasiones ciegan; desconfia de todo lo que tiene parentesco con éllas, y guárdate bien de juzgar ni aun la mas mínima cosa en su tribunal. Observa las advertencias siguientes. Primera: Te ha inquietado, ó te ha desobedecido un hijo, un súbdito, un criado, disimula, difiere la correccion hasta que estés sosegado y tranquilo; es menester medio dia, y algunas veces son necesarios muchos para que se serene la pasion, y esta dila-

cion siempre te será muy provechosa. Segunda: La misma regla has de observar en todos los que te ofenden. Despues de la tempestad y en la calma se presentan los objetos muy de otra manera; entonces podrás obrar como cristiano y como prudente. Tercera: Profesa una humilde, ciega y perfecta sumision á todas las decisiones de la Iglesia, como tambien una entera diferencia á los órdenes de tus superiores. El primer fruto de la ceguera es la indocilidad; y la mayor prueba de la indocilidad es la adhesion al propio juicio. Cuarta: Condena todas las máximas del mundo, y mira su espíritu con horror. Solo la ceguedad interior puede autorizar como del todo inocentes su profanidad, su ociosidad, sus diversiones, sus juegos, sus espectáculos, sus concursos peligrosos. Quinta: Ten un director santo, ó por lo menos sabio y desinteresado; y nada obres sin su consejo ó sin su órden. *Ne innitaris prudentiæ tuæ*, dice el Sabio (*Prov.* 3.). No te fies en tu prudencia. Vemos las caras de los ótros, pero no vemos la nuestra; no es mucho que no descubramos nuestras manchas.

DIA VEINTE Y TRES.

San Juan Damasceno, confesor.

San Juan Damasceno, ilustre por su doctrina, pero mucho mas por su virtud; uno de los mas ilustres defensores de la fe, ornamento y columna de la Iglesia griega, nació en Damasco, ciudad capital de Siria, por los años 677, cuando estaba ya baxo la dominacion de los sarracenos. Sus nobles progenitores, firmes siempre en la fe de Jesucristo, se habian señalado constantemente mas por el zelo de la religion, que por su esclarecida sangre y por los grandes empleos con que los príncipes sarracenos los habian honrado. Sergio Mansur, padre de nuestro Santo, se aventajó mucho á sus gloriosos antepasados en poder,

en crédito y en virtud. Elevóle su mérito á los primeros cargos. Siendo hombre poderoso empleaba sus riquezas en rescatar cautivos cristianos, y en sustentar á los solitarios que poblaban los desiertos de Palestina. No tuvo otro hijo que á nuestro Santo, y así dedicó todo su cuidado á darle una educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento.

Logróla sin dificultad; porque el excelente ingenio y la despejada capacidad del niño Juan le ahorraban muchos preceptos. En medio de eso no hubiera hecho grandes progresos en las letras, viviendo en un pais desproveido de maestros, y en que dominaba la ignorancia tanto como el mahometismo, si la divina Providencia no le hubiera deparado uno capacísimo de instruirle. Pasando un dia su padre por la plaza, se encontró con una tropa de cautivos, entre los cuales le llevó toda la atencion uno vestido de monge por su circunspeccion y por su singular modestia. Notó, y aun se admiró, no sin piadosa extrañeza, de verle bañado en lágrimas; porque como hombre tan virtuoso, le parecia que ningun cristiano, y mucho menos un monge, debia afligirse por accidente alguno de esta vida. Acercóse al cautivo, consolóle muy cristianamente, y le preguntó cuál era su profesion. Yo soy (le respondió éste) un sacerdote italiano; mi nombre es Cosme, y ni mis lágrimas ni mi dolor tienen por motivo la miseria de la cautividad en que me veo, ni el temor de la muerte que considero cercana. Aflíjome porque habiendo pasado toda la vida en el penoso estudio de las ciencias, solo por tener algun dia el consuelo de sacar algun discípulo que fuese útil á la santa Iglesia, sin haberme propuesto otro fin, ni pensado en otra recompensa por premio de mis trabajos, los veo ahora malogrados, considerándome destinado á morir en un estéril cautiverio. Sorprendido Mansur de tan extraña aventura, se persuadió desde luego ser alta disposicion de la divina Providencia, que por medio tan irregular le regalaba en aquel cautivo con el maestro mas á propósito para la enseñanza de su hijo. Rescatóle, dióle libertad, y le hizo preceptor del niño Juan, y de otro niño llamado Como, aquel famoso poeta lírico á quien debe la Iglesia griega la mejor parte de sus himnos, al cual habia adoptado por hijo el mismo

Mansur. Baxo la disciplina de tan insigne maestro hicieron los dos discípulos tan asombrosos progresos en todas las ciencias, que reconociendo y confesando de buena fe el religioso italiano que los habia enseñado todo cuanto sabia, pidió licencia para retirarse, y obtenida, se recogió en la Laura de san Sabas, fundada en la misma Palestina, donde vivió santamente el resto de sus dias.

El califa Heschan, príncipe de los sarracenos, penetró luego los talentos de nuestro Santo; y apenas murió su padre, cuando le nombró por presidente de su consejo, y por su tesorero general. Resistióse Juan por su modestia á tan elevados empleos, pero solo sirvió su resistencia para confirmar y aumentar el concepto superior que tenia formado el Príncipe de su consumada prudencia. Suspiraba siempre Juan por la vida monástica; hizo repetidas instancias al Califa para que le permitiese retirarse á élla; pero mas y mas pagado cada dia de la virtud y de la habilidad de su ministro, léjos de consentir en el retiro á que anhelaba, le nombró gobernador de Damasco, y le declaró como superintendente general de toda la provincia.

Al paso que crecian en Juan las honras y las dignidades, se aumentaba en él la virtud y su religioso zelo. Jamás se vió mayor modestia ni mayor religion en un grande de la tierra. Era su devocion sobresaliente, la ternura y la veneracion á la Madre de Dios. En todos los cuartos de palacio habia alguna imágen de la santísima Vírgen; ésta era el asunto mas comun de sus poesías. La afabilidad, la urbanidad y el agrado con que oia á todos le ganaban el corazon de cuantos le trataban, creciendo cada dia en el favor y en la estimacion del Príncipe. Parecia que esta elevacion desconcertaba enteramente los intentos de la divina Providencia, haciendo inútiles para la Iglesia, así los grandes talentos de que san Juan estaba dotado, como las ciencias con que se habia enriquecido; pero ninguna cosa es capaz de romper los eternos decretos de la Sabiduría divina. Era necesaria, al parecer, alguna feliz desgracia para arrojar á san Juan al puerto donde pudiese cumplir tranquilamente con los designios del cielo; y con efecto sucedió esta dichosa desgracia.

Acababa el emperador Leon Hisáurico de excitar una

sangrienta persecucion contra todos los que rendian culto á las imágenes de Jesucristo, de la santísima Virgen y de los santos; pero encontró en el gobernador de Damasco un enemigo ó un contrario todavía mas temible que el santo Patriarca y los doctores de Constantinopla. Aunque vivia Juan fuera de la jurisdiccion y de los estados de aquel impío Príncipe, se consideró obligado á salir á la defensa de sus hermanos en necesidad tan urgente. Como estaba tan versado así en la antigüedad de la Iglesia, como en la sagrada teología, escribió fuertemente contra aquella impiedad. En los dos primeros discursos que publicó muestra la gran diferencia que hay entre *honrar*, y entre *adorar* las santas imágenes; hace visible demostracion de que los fieles, desde el tiempo mismo de los apóstoles, *honraron* siempre las imágenes, pero que jamás las *adoraron*. Prueba invenciblemente que no hay calumnia mas grosera ni mas mal digerida que esta que se levanta á la Iglesia. "Prohibe Dios (dice el Santo) hacer imágenes para *adorarlas*, mas no para *honrar* á los santos que por ellas se nos representan. Antes bien expresamente ordenó que para este fin se fabricasen, así en el templo de Jerusalen, como en el arca del testamento. Quita todas las imágenes, y declárate contra el que las mandó fabricar; ó si no, recíbelas como conviene á cada una." En el segundo discurso descubre palpablemente la malignidad de este error, y la grosera torpeza de esta heregía. "Antiguamente (dice) hacia el demonio que los hombres adorasen hasta las imágenes de los brutos y de las fieras; ahora por el lado contrario, induce este mismo engañador á los hombres ignorantes é impíos á que nieguen á las imágenes de los santos el religioso culto que se las debe." El tercer discurso que divulgó solo se reduce á declarar mas las razones de los otros dos. Envió Juan estos escritos á todos sus amigos y á los prelados de la Grecia y de la Siria, encargándolos que los divulgasen. Como eran sólidos, concluyentes, llenos de instruccion, y de una elocuencia viva y substanciosa, hicieron todo el efecto que se esperaba de ellos; confirmaron á los fieles en la fe, y confundieron á los hereges.

Pero como el espíritu de la heregía, cuando no puede engañar á los hombres, tira derechamente á perderlos,

y á falta de razones recurre siempre á las calumnias, no pudiendo sufrir el Emperador griego que un hombre de tan alta reputacion en todo el Oriente combatiese con tanta fuerza y con tanta facilidad todos sus errores, recurrió para vengarse de él al mas infame y mas vergonzoso artificio. Tuvo modo de lograr una carta del Santo, firmada de su mano, y buscando un sugeto muy diestro en la perniciosa habilidad de contrahacer letras, hizo remedar la de Juan con tanta propiedad, que era muy dificultoso distinguir la falsa de la verdadera. Asegurado ya de su acierto, le mandó copiar la carta siguiente, fingiendo que el Santo se la habia escrito con el traidor intento de entregarle la ciudad de Damasco luego que se arrimase á la plaza con su exército. La carta decia así:

Señor, siendo yo cristiano, como lo soy, me juzgo obligado á rendir al emperador de los cristianos el servicio que Dios y mi conciencia piden de mí, contra los enemigos de la religion que profeso. Baxo este supuesto, doy aviso á V. M. de que esta plaza de Damasco está mal guardada, y la guarnicion de sarracenos es tan débil, que por ningun caso puede resistir ni aun á los primeros ataques. Suplico á V. M. en nombre de Dios que no dexe perder tan bella ocasion de librar de la tiranía de los bárbaros una ciudad tan floreciente. Para eso no es menester mas que hacer abanzar las tropas que teneis en la frontera; pues siendo yo gobernador de la plaza, empeño á V. M. mi fe y palabra de cristiano, que dispondré las cosas de manera que la sorprendan sin resistencia luego que se dexen ver. Espero en este punto las órdenes de V. M. para la execucion de una empresa tan gloriosa á su augusto nombre, y que no podrá faltar si seguis el consejo que me tomo la libertad de daros; quedando mientras tanto con el mas profundo respeto.

Juan, muy humilde y muy fiel servidor de V. M.

Remitióse esta carta al Califa de Damasco por persona segura, y fue acompañada de ótra que le escribia el Emperador en estos precisos términos:

La diversidad de religion jamás autoriza á los príncipes para cometer un crimen ni una perfidia, violando la fe

que recíprocamente se prometieron por los tratados de paz. En prueba de que yo por mi parte quiero inviolablemente guardarla, os envio esa carta que acabo de recibir de un hombre infame, aunque cristiano, de quien vos os confiais, y os hace traicion. Esto os convencerá de la alevosía de ese traidor, y de la sinceridad de mi proceder, persuadiéndoos á que en vuestra mano está siempre que me correspondiéreis el que yo sea vuestro amigo y aliado.

LEON.

No era milagro que el Califa cayese en un lazo tan disimulado. Quedó como mudo y embargado al leer las dos cartas; y tan colérico como aturdido hizo llamar al Santo, y le puso la carta en la mano. Indignado Juan mas que sorprendido, exclamó contra tan infame embuste, protestando su inocencia; pero el Califa dexándose llevar de aquel primer movimiento de la cólera, mandó que al punto le cortasen la mano derecha, y que fuese expuesta en la plaza pública, como al instante se executó.

Dexó el Santo que se entibiase algun tanto el primer calor de la indignacion del Bárbaro; y persuadido hácia la noche que ya se habria templado, le envió á suplicar que se le restituyese su mano para enterrarla. Con efecto, ya los amigos del Gobernador habian hecho reflexîonar al Califa el pérfido artificio del Emperador griego, y vuelto en sí de aquel pronto rebato, condenaba la precipitacion con que habia procedido, sin dar lugar á que se descubriese la calumnia. Hallándole en esta disposicion la súplica de Juan, la oyó no sin alguna ternura, y consintió que se le entregase la mano. Lleno entonces el Santo de una viva confianza, entra en su oratorio, y postrado ante una imágen de la santísima Vírgen, hizo la siguiente oracion: "Madre de mi Dios, refugio seguro y dulce con»suelo de todos los fieles, bien sabeis vos que perdí es»ta mano solo por haber defendido el culto debido á »vuestras imágenes, á las de vuestro Hijo y de sus san»tos. Confundid, Señora, en este dia el error, confun»diendo la calumnia. Haced, que esta mano vuelva á jun»tarse con su brazo, para que únicamente se emplee en »combatir contra los enemigos de vuestro Hijo, y vues»tros, sirviendo á un mismo tiempo de testimonio irre-

»fragable á la verdad." Luego que pronunció estas fervorosas palabras aplicó la mano al brazo, la cual en aquel mismo momento se unió á él tan perfectamente, que ninguno pudiera creer que hubiese jamás estado dividida de él, si la divina Providencia, para hacer visible el prodigio, no hubiera dexado señalada en la circunferencia de la muñeca una como línea colorada que estaba demostrando la anterior separacion. Penetrado Juan de reconocimiento y de devocion, pasó lo restante de la noche en las alabanzas del Señor en compañía de toda su familia.

Un milagro de tanto bulto no podia menos de meter mucho ruido; y llegando á noticia del Califa, quiso convencerse de él por sus mismos ojos. Quedó igualmente asombrado que arrepentido; abrazó á Juan tiernamente, y pidiéndole perdon de su arrebatamiento, le dixo que le demandase todo cuanto se le ofreciese, prometiéndole con juramento que todo se lo concederia. El Santo, que desde su niñez solo suspiraba ansiosamente por retirarse á la soledad, se aprovechó de tan bella ocasion para obtener esta licencia. Afligió al Príncipe la no esperada súplica, y aun hizo cuanto pudo para desviar á Juan de aquel intento; pero como el Santo le reconvino con su palabra y con su juramento, se vió precisado á darle licencia para que se retirase. Luego que se vió exônerado de sus empleos, dió libertad á sus esclavos, repartió sus ricos bienes en los pobres, las iglesias y los parientes, despidióse del mundo, y con un solo vestido que se reservó, pasó primero á Jerusalen, y desde allí á la Laura de san Sabas en Palestina.

Habia diferencia entre laura y monasterio. Los monasterios eran semejantes á los nuestros; unos grandes edificios, llenos de muchas celdas que ocupaban los monges; pero las lauras eran como unas pequeñas poblaciones con casas separadas, en cada una de las cuales vivian dos ó tres religiosos. Luego que llegó nuestro Santo á la Laura de san Sabas, fue recibido en élla sin ser conocido, y fue entregado al gobierno de un monge, que era de los mas ancianos y prudentes; pero descubriendo éste muy desde luego el grande espíritu y la profunda erudicion de aquel hombre desconocido, no quiso encargarse de la direccion de un sugeto tan sobresaliente. Lo mismo hicieron otros

muchos, y todos por el propio motivo. Solo encontró uno muy anciano, que juntando una santa simplicidad con una grande experiencia y mas que mediana sabiduría, se encargó de esta comision; y llevando á Juan á su celda, le dió las primeras lecciones siguientes, como fundamento de todas las demas. Primera: Que nada hiciese nunca por su propia voluntad. Segunda: Que ofreciese á Dios frecuentemente el trabajo manual, las mortificaciones, el silencio y las oraciones. Tercera: Que desterrase de su imaginacion todo pensamiento de mundo, no gloriándose ni en su saber, ni en el sacrificio que habia hecho á Dios, ni en otra cosa alguna. Cuarta: Que renunciase toda vanidad, no deseando ni visiones, ni revelaciones, ni dones extraordinarios. Quinta: Que desconfiase siempre de sí mismo. Sexta: Que estuviese siempre alerta contra sus propias pasiones, viviendo con recogimiento interior, sin escribir jamás á nadie, sin hablar nunca de sí, ni de lo que habia aprendido fuera del monasterio, guardando inviolablemente el silencio, y advirtiendo que era malo aun el mismo hablar cosas buenas cuando no habia necesidad.

Observó el Santo con la mayor puntualidad todas estas lecciones, y no son ponderables los maravillosos progresos que hizo en el camino de la virtud. El buen viejo que le gobernaba solo atendia á hacer mas y mas perfecto cada dia á su discípulo, á domar su orgullo natural, y á postrar las fuerzas de su amor propio. Para esto le mandó que fuese á vender una gran porcion de cestillas á la misma ciudad de Damasco, donde en otro tiempo se habia dexado ver de todos con tanto explendor: señalóle el precio que habia de pedir por cada una, que era el triplicado de lo que correspondia. Partió al instante el Santo sin la menor réplica; presentóse en el mercado de Damasco mal vestido, semblante extenuado, y con un modo muy sencillo. No era fácil que á ninguno se le ofreciese tenerle por su antiguo gobernador, en un trage y en una mudanza tan extraordinaria; burlábanse todos de él á vista del excesivo precio que pedia por sus cestillas; teníanle por un pobre simple, y corriendo luego la voz, vino á ser el juguete del populacho, hasta que habiéndole reconocido uno de sus antiguos criados, le compró to-

das las cestillas, dándole cuanto pedia por éllas, pero sin hablarle palabra, ni darse á conocer de él.

Habiendo muerto un religioso que vivia junto á su celda, dexó penetrado de un vivisimo dolor á otro hermano suyo, monge en la misma laura. Este rogó á nuestro Santo que para su consuelo le compusiese algunos versos sobre la muerte. Hízolo Juan, movido de caridad, sin acordarse de la órden que tenia de no escribir; pero llegando á noticia del viejo que le gobernaba, no quiso tratarle mas, y le echó de su celda. Reconoció el Santo su falta, lloró, gimió; pero ni sus ruegos ni sus lágrimas pudieron doblar al rígido director, sino con la condicion de que por espacio de muchos dias habia de limpiar las inmundicias de dentro y fuera de la laura.

Apenas oyó el Santo esta órden, cuando la puso en execucion con alegría y con fervor. Prendado el santo viejo de tan profunda humildad y de tan rendida obediencia, corrió á echarle los brazos al cuello, y él mismo le conduxo á su celda.

Mientras tanto guardaba Juan á la letra todos los consejos que su maestro le habia dado, sepultado en el retiro humilde, mortificado y recogido, cuando la santísima Vírgen se apareció en sueños al buen viejo, y le mandó que ya no estuviese estancada por mas tiempo el agua viva dentro de su manantial, embarazando á su discípulo que aprovechase los grandes talentos con que el cielo le habia enriquecido; que le ordenase escribir y clamar contra los errores del tiempo, defendiendo con sus escritos la fe de la santa Iglesia. Enseñado el venerable anciano con esta vision, llamó á san Juan, y declarándole lo que le habia sucedido, le dixo que ya en fin habia llegado el tiempo en que era razon comunicase á todo el mundo cristiano los tesoros que Dios le habia confiado, no deteniendo la corriente de las aguas vivas, por las cuales suspiraban sedientos los verdaderos fieles; que escribiese contra los enemigos de Jesucristo y de sus santos, confundiendo con la pluma á los nuevos hereges.

Recibió Juan esta órden como venida del cielo. Compuso muchas y excelentes obras llenas de erudicion y de piedad. Entre ótras el gran tratado sobre la veneracion de las imágenes; muchos discursos en defensa de la fe, gran

número de tratadillos de devocion, tan tiernos y afectuosos, como llenos de una divina elocuencia; sobre todo, cuando habla de las prerogativas y excelencias de la santísima Vírgen. Los admirables discursos que compuso sobre su gloriosa Asuncion parecen como inspirados por el Espíritu santo, y que éste dirigia en cierta manera su pluma cuando escribia todas sus obras. No será mucho decir, en gloria de san Juan Damasceno, que la Providencia divina tuvo cuidado de recoger los testimonios de la mas venerable antigüedad en las obras de nuestro Santo, para que llegase con seguridad hasta nuestros tiempos la tradicion de la Iglesia griega. Viendo Dios (quiero explicarme de esta manera) el lastimoso estado á que habian ya reducido á Egipto y á la Siria las conquista de los sarracenos, sabiendo que toda el Asia y la misma Grecia habian de gemir con el tiempo debaxo del mismo yugo, y que muchos escritos de los padres habian de sepultarse en las ruinas del imperio del Oriente, escogió á nuestro Santo para que juntando lo mas precioso y lo mas substancial que se encontraba en éllos en órden á los dogmas de la fe, lo transmitiese á la posteridad. Tambien fue nuestro Santo el primero, y acaso el único de los griegos que reduxo á método la sagrada teología; siendo el inventor, ó por lo menos el que dió ocasion á la escolástica de que usan los latinos, siendo de tanta utilidad en la Iglesia contra el artificio y sofisterías de los hereges.

Cerca de los años de 740 vino á la Laura el Patriarca de Jerusalen, y obligó á Juan á que se ordenase de presbítero, pero sobrevivió poco á este nuevo estado, porque cayó gravemente enfermo, y consumido de penitencias y de trabajos, despues de haber enriquecido la Iglesia con gran número de excelentes obras, lleno de merecimientos murió en el mes de mayo, por los años de 770, teniendo mas de ochenta de edad, reverenciado desde entonces como uno de los mas sábios y mas santos padres de la Iglesia.

NOTA DEL TRADUCTOR.

»Es visible la contradiccion que comete nuestro Autor »en esta palabra; porque si el Santo se ordenó *cerca de »los años de* 740, y murió por los de 770, *no sobrevivió »poco al nuevo estado*, pues la supervivencia de treinta »años que se cuenta desde el año de 740 hasta el de 770, »no se puede llamar corta. Á esta contradiccion se aña»de otra. Dice el P. Croisset que nuestro Santo murió *te»niendo mas de ochenta años*. Esta expresion quiere decir »que tenia algunos meses mas de los ochenta; pero si el »Santo nació el año de 676, y murió el de 770, como lo »lo dice nuestro Autor, no solo tenia *mas de ochenta años*, »sino que contaba noventa y cuatro, que esos van des»de 676 hasta 770. Por tanto, parece que hay equivocacion »en estos cómputos, menos en el año en que nació el Da»masceno, que casi todos convienen fue el de 676; y se »ha de decir que el Patriarca de Jerusalen vino á la Lau»ra despues del año de 750, que obligó á san Juan á que »recibiese el órden de presbítero, y que habiendo muer»to el de 760, á los ochenta y cuatro de su edad, sobre»vivió pocos años al estado del sacerdocio.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la misma que se reza en el Comun.

Deus, qui nos beati Joannis Damasceni confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus actiones celebramus, etiam imitemur exempla: Per Dominum nostrum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado confesor san Juan Damasceno; concédenos benigno que imitémos los exemplos de aquél, cuyas acciones celebramos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 9. del Eclesiástico.

Fili, ne respicias mulierem multivolam: ne fortè incidas in laqueos illius. Cum saltatrice ne assiduus sis: nec audias illam, ne fortè pereas in ef-

Hijo, no pongas los ojos en muger que ama á muchos, no sea que caigas en sus lazos; no frecuentes á la baylarina, ni la oigas, no sea que perezcas con sus artificios. No mi-

ficatia illius. Virginem ne conspicias, ne forte scandaliceris in decore illius. Ne des fornicariis animam tuam in ullo: ne perdas te, et hæreditatem tuam. Noli circunspicere in viçis civitatis, nec oberraveris in plateis illius. Averte faciem tuam á muliere compta, et ne circunspicias speciem alienam. Propter speciem mulieris multi perierunt: et ex hoc concupiscencia quasi ignis exardescit.

res á la virgen, no sea que su hermosura te sea ocasion de escándalo. No sujetes en nada tu alma á las rameras, para no perderte á ti y á tu heredad. No traigas los ojos por los barrios de la ciudad, ni andes vagando por sus plazas. Aparta tu vista de la muger aderezada, y no mires cuidadosamente la hermosura agena: por la belleza de la muger perecieron muchos, y de ella arde la concupiscencia como fuego.

NOTA.

»Dice san Gerónimo que los antiguos llamaban *pana-*»*retos* al libro del Eclesiástico, nombre griego que sig-»nifica *toda virtud*; porque ninguna hay que no se ense-»ñe en este excelente libro. Es una filosofía moral uni-»versal que combate todos los vicios, muestra el camino »de todas las virtudes, y regla las costumbres de todas »las personas.

REFLEXIONES.

¡O y qué altamente condenan las perversas máximas del mundo todas estas saludables advertencias que nos hace aquí el Espíritu santo! ¿A cuántos y á cuántas forma el proceso esta sola epístola? ¿llegó jamás á mayor exceso la profanidad de las mugeres; sus adornos mas y mas engañosos, mas y mas exquisitos? Ya no se ocultan los lazos; el arte de tentar es hoy el mas ordinario estudio de las mugeres; ni sirve de asilo el sagrado de los templos; todo es red en estos infelices tiempos. ¡Y qué precauciones, qué preservativos se toman, qué armas se manejan contra tantos enemigos, contra tantos artificios, contra tantos peligros?

Pero si los lazos que se arman á la inocencia estan extendidos por todas partes, ¿no es así que los espectáculos se hallan todos unidos y como incorporados? Despues de lo que el Sábio nos acaba de enseñar, ¿habrá valor para

decir que los espectáculos son inocentes, y que en éllos no se descubre cosa mala? ¿es posible que todavía se hallen cristianos que esten persuadidos á que se puede asistir á los espectáculos sin el menor peligro? ¿quién no ve que ya no son éstos una diversion aérea, muda y de pura ociosidad? Son una junta viva y engañosa de todos los objetos que pueden deleytár; ninguno se presenta que no tire derechamente á embelesar el alma con mil dulces atractivos, y á encantar el corazon con lo mas fino y mas pegajoso que tienen las pasiones. Sin este delicioso artificio perderia el teatro todo lo que le hace agradable; quiérese que el espectáculo incite y mueva; sería lánguida la escena si no irritara alguna pasion; todo conspira á engañar el alma, y á derretirla. Guiado el corazon por los ojos y por el oido, se para en todo lo que embelesa; enmudece la razon á vista de tantos atractivos; no se oyen los gritos de la religion con el ruido y con el estruendo de tanto embelesamiento; descártase todo aquello que no lisonjea á los sentidos. Ahora pregunto: rodeada el alma de tantos objetos capaces de incitarla, y que con efecto la incitan, ¿será dueña de contener sus deseos?

Hablando con propiedad, los espectáculos profanos son una docta escuela de todas las pasiones. Danse en élla con aparato y con felicidad lecciones públicas de galanteos, de engaños, de estratagemas, de ambicion; y como son unas acciones halagüeñas, á las cuales da un maravilloso relieve la viva accion de los actores y de las actrices, ¿qué progresos no hace una pasion fogosa y vehemente, insinuada con tanto artificio en un corazon ya tan dispuesto por su propio temperamento á inflamarse con una sola chispa? Todo cuanto se ve, todo cuanto se oye tira derechamente á lisonjear los sentidos y la sensualidad; galas, trages, decoraciones, instrumentos, ayres, tonadillas, música, conjunto de objetos, todo tienta, todo provoca; y á fuerza de gustar de lo que encanta se hallan atractivos en los lazos, y se hace estimable hasta la misma tentacion.

Fácilmente se domestíca el corazon con lo que le gusta, por mas peligros que oculte; la dulzura del paladar borra de la memoria las funestas consecuencias

del veneno. Quita á las pasiones todo lo vergonzoso que las afea, la hermosura y el artificio con que se representan en el teatro. A puro admirarlas y aplaudirlas se aprende á no avergonzarse de éllas; leccion en que se han hecho demasiados progresos esos eternos defensores, admiradores y proclamadores del teatro. ¿Sálese de él con una conciencia mas delicada? ¿apréndese en él á vivir con mayor circunspeccion, con mas cuidadoso recato? ¿sácanse de él pensamientos mas puros, modos de hablar menos libres, modales mas compuestas y mas cristianas? ¿Al salir de la comedia se experimenta mayor inclinacion á los exercicios de devocion? ¿podráse negar que la desenfrenada licencia del siglo, el lastimoso estrago de costumbres en toda suerte de edades, el disgusto casi universal á todo lo que suena á devocion, la indiferencia, por no decir el desprecio de la religion, reducida ya en muchos á meras exterioridades; podráse negar, vuelvo á decir, que todas estas desdichas no sean en gran parte fruto como natural de los espectáculos profanos? Y despues de todo esto se preguntará friamente, ¿qué mas hay en asistir á éllos? Consultadlo con el Sábio en la epístola del dia; consultadlo con el evangelio; consultadlo finalmente con vosotros mismos si teneis algo mas que el nombre de cristianos.

El evangelio es del cap. 18. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem æternum. Si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Si tu mano ó tu pie te escandaliza, córtale, y échale de ti. Mejor te es entrar en la vida debil ó cojo, que ser echado en el fuego eterno con dos manos, ó con dos pies. Y si tu ojo te escandaliza, sácatele, y échale fuera de ti; mejor te es entrar á la vida con un ojo, que ser echado al fuego eterno teniendo dos.

MEDITACION.

De la ocasion próxîma.

PUNTO PRIMERO.

Considera el sentido y la energía de las expresiones de que se vale Cristo para exhortarnos á huir de las ocasiones peligrosas. ¿Qué cosa mas estimada que los ojos, ni mas útil que los pies y las manos? Con todo eso si te son ocasion de pecado, es necesario arrancarte los únos y cortarte los ótros y las ótras. La razon de este precepto se hace palpable. ¿No vale mas entrar en la vida eterna con un ojo solo, que ser precipitado en los abismos con dos? Hablemos sin figuras. ¿Será gran consuelo para un miserable condenado acordarse que mientras vivió no perdió ocasion de divertirse; que no faltó á ninguna de aquellas concurrencias donde todo era tentacion; que asistió sin escrúpulo ni remordimiento á todos los espectáculos, donde todo conspiraba á exercitar y aun á irritar las pasiones; donde todo concurria á encender el fuego de la concupiscencia? ¿daráse el parabien por toda la desdichada eternidad de haber sido uno de los mas puntuales asistentes á todas las conversaciones de la ociosidad, á todas las tertulias del cortejo y del galanteo; de haber leido aquellas novelas, aquellas comedias, aquellos libros emponzoñados, que fueron tal vez orígen de su eterna reprobacion? La memoria de estas ocasiones peligrosas, perniciosas y verdaderamente pecaminosas en que se experimentaron tantas y tan lamentables caidas, ¿esta memoria, digo, consolará mucho á una muger que se condenó? Aquel grande del mundo, precipitado para siempre en las llamas eternas, ¿recompensará á aquellas tristes víctimas de la cólera de todo un Dios, la recompensará, digo, de haber perdido al mismo Dios por complacerle? Por el contrario, ¿los bienaventurados en el cielo tendrán grande sentimiento de haberse privado de las diversiones peligrosas; de aquellos juegos públicos, á cuya asistencia se pusieron un perpétuo entredicho; de aquellas conversaciones demasiadamente libres, que miraron

siempre con un santo horror; de aquellos espectáculos profanos, escollo fatal y casi necesario de la inocencia? ¿estarán arrepentidos de haber pasado sus dias en una vida particular, retirada y solitaria antes que exponerse á ocasiones de caer y de precipitarse? ¿causarálos mucho dolor el haberse negado á todas las fiestas mundanas solo por poner á cubierto su virtud? ¿cuántos hay al presente en el cielo que se regocijan de haberlo hecho así, que saltan de alegría por haber arrojado al mar (quiero explicarme de esta manera) todo lo mas precioso, lo mas tentador que poseian, precisamente porque su carga podia ser ocasion de un miserable naufragio? Aquella doncella jóven, que ahora está en el cielo, y pasó la vida cubierta con un pobre velo, encerrada en un estrecho cláustro, ¿envidiará mucho la suerte de la hermana suya, que se precipitó en el infierno por haberse expuesto en medio del gran mundo á todas las ocasiones del pecado? Mi Dios, ¿por qué no se pensará, por qué no se discurrirá ahora sobre las ocasiones de pecar como se ha de discurrir y se ha de pensar en la dichosa estancia de la gloria?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque el demonio es á la verdad un enemigo formidable; pero no es tanto como nosotros nos imaginamos. Solo puede atacar las fortificaciones exteriores de la plaza, mas el corazon es un santuario adonde no puede penetrar si nosotros mismos no le abrimos la puerta. Es un leon que ruge; pero es un leon á la cadena ó dentro de la jaula; puede rugir; mas no puede morder, ni mucho menos despedazar, sino á los que voluntariamente se acercan á él. Es el demonio un enemigo invisible, y las tentaciones mas peligrosas nos vienen comunmente de aquellos enemigos que se ven y que se palpan. Nosotros mismos le ponemos en las manos las armas de que se vale contra nosotros. Debe su fuerza á nuestra cobardía, á nuestra flaqueza, ó por mejor decir, á nuestra temeridad, y á la ligereza y facilidad con que nos metemos en las mas peligrosas ocasiones. Seamos nosotros menos presuntuosos, y serémos mas fuertes, y él será mas flaco. Pocas ventajas conseguirá si nosotros no se las faci-

litamos metiéndonos ciegamente en los peligros. Es nuestro corazon como una plaza sitiada por el demonio; pero no la puede tomar por fuerza, sino por sorpresa, y por las inteligencias secretas que mantiene con los sentidos y con las pasiones. Siempre las procura ganar por la codicia de algun interes, por el atractivo de algun deleyte, ó por la brillantez aparente de alguna honra; pero estos objetos tienen poca fuerza cuando estan distantes; solo mueven cuando se miran presentes por medio de la ocasion. Huyámoslas, y hará poca impresion en nuestros corazones su postiza y superficial hermosura. Huyámoslas, y tendrán menos fuerza los respetos humanos para hacernos traspasar la ley. Huyámoslas, y no combatirán nuestra fidelidad cien objetos que nos tientan, cien pretextos que nos alucinan, cien razones frívolas que debilitan nuestras mejores resoluciones. Por eso san Pablo llama emisario del demonio al estímulo de la carne. Si consigue alguna ventaja siempre es por el engaño, por la negociacion y por el artificio; estemos siempre sobre las armas, y será cierta la victoria con el auxîlio de la gracia. Vámonos nosotros á meter con los ojos abiertos en sus lazos; enredámonos atolondradamente en sus descubiertas redes, y decimos despues: *Tentóme el enemigo.* ¿Por qué ha de echar la culpa de su caida al demonio aquel jóven aturdido que él mismo se va á meter en las ocasiones mas peligrosas con el otro sexô; aquella muger que tiene tan frecuentes y tan largas conversaciones con el otro jóven; aquellos hombres del mundo tan contínuos á los concursos, á las funciones brillantes en que desplega la pompa todos sus engañosos atractivos, en que el arte de tentar y de agradar acostumbra á salir siempre victorioso, y en que encendidas las pasiones por tantas partes hacen tan lastimosas conquistas? El dia de hoy poco tiene que trabajar el tentador con la mayor parte de los hombres. Las ocasiones mas arriesgadas á que se entregan con impetuosidad, con furor, casi por profesion y con su desvergonzadísimo descaro, dèxan poco que hacer al enemigo de la salvacion.

¡Ah Señor, demasiadas experiencias tengo de esto! Mas ya que por vuestra misericordia me habeis descubierto el peligro, espero me concedais la gracia que os pido

de huir, de mirar con tanto horror hasta las mas remotas ocasiones del pecado, que la atencion y la vigilancia en evitarlas sean la prueba mas segura de mi fidelidad, y efecto de la resolucion que desde luego formo con vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Non sedi cum concilio vanitatis, et cum iniqua gerentibus non introibo. Salm. 25.

No, Señor, ya no mas asistencia á los concursos de la profanidad, ya no mas intimidad ni conversacion con gente perdida.

Iniquos odio habui, et legem tuam dilexi. Salm. 118.

Serán enemigos mios todos los que lo fueren tuyos. Amaré tu santa ley, y solo tendré amistad con los que la amaren.

PROPOSITOS.

Huye del pecado como de la serpiente (dice el Eclesiástico), *porque si te arrimas á él te agarrará.* Conócese el horror que se tiene al pecado por el horror que se tiene á las ocasiones de pecar. La fuga de éllas conserva al alma inocente. Si David las hubiera huido, no hubiera cometido un adulterio, ni se hubiera precipitado en tanto desórden. No te fies de tu fervor ni de tus propósitos; desconfia siempre de tu propio corazon. Es presuncion exponerse voluntariamente á los peligros, y esta orgullosa presuncion fue causa de mil funestas caidas en tantos héroes cristianos. ¿Sabes por qué los mas virtuosos, los mas generosos, los mas prudentes se fueron á sepultar vivos en los desiertos por poner á cubierto su virtud? Por mas virtuoso, por mas mortificado que seas, créeme, y huye las ocasiones de pecar. Aunque hayas encanecido en la mas rigurosa penitencia; aunque casi estés ya con un pie en la sepultura, horrorízate á vista de la ocasion, y busca en la fuga tu seguridad. Huye las ocasiones de pecar; esta es cordura, esta es virtud, esta es verdadera magnanimidad. Nunca dexes borrar de la memoria esta doctrina.

2 Es muy astuto el enemigo de la salvacion. No le sobra otra cosa que razones, que motivos especiosos, que frívolos pretextos para inducir al alma á que se meta en los peligros. Unas veces la urbanidad, el no dar que decir; ótras el engañoso sobrescrito de la caridad se te presentará como legítimo motivo para hacer una visita en que te expones á peligro. Tal vez con el pretexto de nenesidad, y aun tambien de devocion, te irás á meter en el lazo; huye, huye apresuradamente de estas tentaciones. ¿Tienes en tu casa algun criado ó criada que te tienta? despídela con resolucion y sin misericordia. Prohíbete para siempre toda comunicacion muy frecuente y demasiadamente larga, aunque sea la mas espiritual, con persona de diferente sexô. Es absolutamente necesario el recato de la vista para conservar la inocencia. *Hice pacto*, dice Job, *con mis ojos para que ni aun pensasen en la doncella; de otra manera, ¿qué union podia tener con Dios, ni qué parte me podia dar en su herencia el Todopoderoso?* Observa siempre esto.

DIA VEINTE Y TRES.

La aparicion de Santiago apóstol.

El apóstol Santiago, que recibió de Jesucristo la comision de predicar á los españoles el evangelio, segun entiende santo Tomas de Villanueva el cumplimiento de la peticion hecha al Hijo de Dios por la madre de los Zebedeos; despues que con sumos trabajos y penosas peregrinaciones puso en execucion la voluntad de su Maestro, viniendo á predicar á esta region dichosa, no ha olvidado jamás desde el cielo el promover con su poderosa intercesion sus felicidades, procurándolas muchas veces con repetidos milagros. La Iglesia de España, justamente agradecida á los beneficios de tan benéfico patrono y padre de su fe, celebra con solemnes festividades los dones pre-

ciosos con que ha sido enriquecida. Uno de éllos, y el mas considerable despues del primitivo de su predicacion, es la aparicion portentosa de este santo Apóstol, con que libró á España de la mayor ignominia, peleando sus batallas, y capitaneando sus escuadrones para darla una victoria enteramente milagrosa y fuera de sus esperenzas. La autoridad de nuestra Iglesia que celebra esta festividad, y los multiplicados escritos de varones sábios que refieren esta aparicion, hacen calmar las dudas que la curiosa erudicion de algunos modernos ha esparcido sobre este hecho piadoso, que deducido de nuestros historiadores, es como se sigue.

En el tiempo del cobarde y lúbrico Mauregato llegó España á un estado de infelicidad y de impotencia, igual al de soberbia y de poder á que habia subido la dominacion de los sarracenos. Conocieron éstos la flaqueza y debilidad de los cristianos, quienes sumergidos en la molicie y demas vicios vergonzosos, se habian olvidado de aquel antiguo valor en las armas, que habia dado en que entender por espacio de mas de dos siglos á todo el orgullo y fuerzas formidables de aquella república, que las tuvo suficientes para destruir á Cartago. Llevaron, pues, su insolencia hasta el exceso de pedir un tributo á los príncipes españoles tan inicuo como vergonzoso. Consistia éste en pagar anualmente cien doncellas casaderas, que se sorteaban entre las mas nobles y hermosas, para servir á la incontinencia de los bárbaros. Los españoles vivian por esta causa en una contínua amargura. Criaban á sus hijas con cuidado y regalo, pero considerando al mismo tiempo que habia de venir un dia en que las apartasen de su seno, para entregarlas como inocentes corderas en las garras de lobos carniceros; el dolor, las lágrimas y suspiros de las piadosas madres al ver tan precioso fruto de sus entrañas prostituido á la bárbara carnalidad de los enemigos de Jesucristo, se tenian que sofocar y desentender en vista de la cobardía y abatimiento en que estaba sumergida España. Las inocentes doncellas se veian precisadas á dexar el amado seno de sus padres, sus parientes, sus amigas, la tierra amada en que habian sido criadas, y alejarse de la sacrosanta religion en que habian sido educadas para vivir con una gente bárbara

y feroz, embrutecida con los excesos de la carnalidad, y ciega con las tinieblas de una brutal superticion. Ni las sentidas lágrimas que corrian por sus hermosos rostros, ni los gritos que enviaban al cielo, levantando á él las manos, é implorando su piedad; ni el arrancar sus cabellos, ni llenar el ayre de lastimosos suspiros eran parte para que se dexase de cumplir el inicuo pacto que las adjudicaba á los sarracenos por tributo.

Tanta calamidad, tan vergonzosa miseria no tenia esperanza de verse ahuyentada de nuestra España sin un especial patrocinio del cielo; porque las fuerzas excesivamente inferiores á las de los bárbaros, la cobardía que se habia apoderado de los corazones viciosos, y la habitud que habian contraido los españoles con la infamia, cerraban las puertas á todo humano socorro. Quiso finalmente el cielo poner término á tanta desventura, infundiendo en el corazon de Ramiro, príncipe glorioso, que mandaba por entonces á los españoles, el generoso pensamiento de quitar de su pueblo este escándalo afrentoso. Era rey de los moros á la sazon Abderramen II., hombre soberbio y feroz, que con la prosperidad de las victorias que habia conseguido contra su tio en el principio de su reynado, se habia hecho mucho mas poderoso é insolente. Deseaba con ánsia mover guerra contra los cristianos, para lo cual buscaba algun pretexto especioso con que colorear sus infieles intenciones. Habia habido alguna interrupcion en la paga del inicuo tributo, bien fuese por retardarle con alguna seriedad los españoles, ó bien porque los moros detenidos en otras guerras no estaban en disposicion de hacérsele pagar con las armas. Envió, pues, embaxadores á Ramiro, exîgiendo orgullosamente las cien doncellas, y acompañando esta exâccion con terribles amenazas. Bien conoció el prudente Rey que este era un medio de declararle guerra; y como su poder era tan inferior, no dexó de turbarse y concebir algun temor; pero gobernando su corazon el honor y la piedad, y mucho mas fortaleciéndole los influxos celestiales, determinó pasar primero por todos los contratiempos y reveses de la fortuna, que consentir en

la execucion de tan torpe infamia. Despidió á los embaxadores con entereza y severidad, asegurándoles que solamente el derecho de gentes les podia libertar del justo castigo que merecia su torpe comision. Luego que partieron los embaxadores llamó á consejo Ramiro á sus grandes para deliberar sobre los medios de la guerra, que ya miraban como declarada. El zelo del honor y de la religion encendió los corazones de todos, de modo que la tuvieron por justa, y prometieron emplear en élla no solamente sus haciendas, sino su sangre y sus vidas.

Establecido esto, hicieron levas en todo el reyno para juntar un exército respetable, forzando á alistarse y tomar las armas á todos aquellos que eran capaces de manejarlas, reservando prudentemente los brazos necesarios para el cultivo de los campos, de donde le habia de venir la principal fuerza al exército. Sabia muy bien el prudente Príncipe que no consiste la fuerza de un exército en lo numeroso, sino en lo bien disciplinado y bien mantenido; por tanto, sus providencias tiraban á precaver los desastres de la hambre aun mas que los de la guerra. Habiéndose juntado un exército lo mas crecido que se pudo en aquellas circunstancias, salieron contra los moros, acompañando las banderas los sacerdotes, obispos, grandes y próceres del reyno, y toda persona respetable. Sin embargo de que iban á pelear por una causa tan justa, como conocian el gran poder del enemigo, su orgullo y soberbia iban sumamente rezelosos de poder alcanzar victoria. Encomendaron mucho á Dios la expedicion; armáronse con la señal santa de la cruz, y para dar á entender al enemigo que estaba lejos de éllos el temor, rompieron por sus tierras, haciendo correrías y talas, particularmente en la Rioja, que entonces pertenecia á los sarracenos. El rey de éstos, Abderramen, no se descuidaba por su parte en reclutar gentes de sus estados, proveerlos de armas y caballos, y hacerlos exercitar en los movimientos de la guerra. Hizo ademas de esto que le viniesen gentes de la África, gran cantidad de provisiones, y cuanto juzgó necesario para dexarse caer como un rayo sobre los cristianos, y hacerles pagar el infame tri-

buto. Caminaron los dos exércitos, buscándose úno á ótro con deseos de encontrarse, y con los rezelos que produce el saber que las contingencias de la guerra son varias, y la fortuna caprichosa. Cerca de Albelda, fortaleza respetable en aquel tiempo, y conocido despues por el monasterio de san Martin, que edificó en aquel pueblo don Sancho, rey de Navarra, llegaron á avistarse los dos campos de cristianos y de moros.

La priesa con que se habia juntado nuestro exército no permitia que sus soldados fuesen muy diestros en el arte de pelear; por el contrario, los enemigos traian soldados veteranos, enseñados con la experiencia y exercicio, lo cual, junto con la superioridad del número, les daba mucha ventaja. Sin embargo, dióse la batalla de poder á poder, y con el mayor ardimiento en las comarcas de Albelda, batalla de las mas sangrientas y memorables que se dieron en aquel tiempo. Peleaban por una y otra parte los soldados como rabiosos leones; nuestros capitanes acudian á todas partes, encendiendo y animando á nuestros soldados mas poderosamente con el exemplo que con las palabras; pero la victoria permanecia indecisa. Ya llegaba la noche sin desistir de la pelea y la matanza; pero como los soldados de los moros eran tantos en número, y se succedian únos á ótros, entraban de refresco en la pelea, y llegaron ya á debilitar nuestro exército de manera, que solamente el cerrar la noche con grandes tinieblas y obscuridad pudo quitar á los moros una completa victoria. Esta noche fue el remedio de los cristianos, así como acontece que de pequeñas casualidades suele muchas veces tomar ocasion la fortuna para manifestar maravillosos acaecimientos en la guerra. El rey Ramiro, viendo á sus gentes sumamente destrozadas y desfallecidas por el trabajo y el cansancio del dia, se retiró á un monte cercano, en donde se atrincheró lo mejor que pudo para guardarse de cualquier insulto del enemigo. Esta accion, aunque no dexó de ser de soldado prudente y experimentado en aquellas circunstancias, era indicio de que su corazon se reconocia algun tanto por vencido. En aquella noche hizo curar á los heridos, y

aunque los sucesos del dia les habia hecho perder toda esperanza de felicidad, dirigian á Dios sus votos con gran copia de lágrimas, esperando en su divina misericordia que no permitiria que el pueblo cristiano fuese presa de sus enemigos. El Rey, lleno de amargura y de dolor, enviaba sus suspiros al cielo, demandando piedad, y solicitando que aplacase sus enojos. Quebrantado de su misma tristeza, se quedó dormido, y entre sueños vió al apóstol Santiago, que con grande magestad y grandeza confortaba su corazon, asegurándole que diese la batalla, con la certidumbre de que conseguiria la victoria. Con un anuncio tan feliz despertó el Rey sumamente regocijado, y mandando juntar inmediatamente á los prelados y á los grandes, les hizo un discurso lleno de confianza y animosidad en estos términos:

"Todos cuantos estais presentes, ó esforzados varo»nes, sabeis tambien como yo la triste situacion en que »nos hallamos: la batalla de ayer fue para nosotros mas »presto adversa que favorable, y hubiéramos sido ven»cidos, si á nuestra debilidad y corto número no hu»biera favorecido la noche. Gran parte de nuestros bra»vos soldados yacen muertos en esa campaña. Sabeis cuán »considerable es la de los heridos, y que el temor de »suerte mas funesta tiene á los demas amedrentados. »Los enemigos, que por su número nos eran superio»res, han cobrado nuevas fuerzas con nuestro destrozo »y con los beneficios que lograron ayer de la fortuna. »El honor y la religion nos han juntado en este sitio: »huir es cosa vergonzosa; permanecer atrincherados sin »esperanza de socorros es cosa imprudente; y así no nos »queda mas medio que volver á la pelea, y verter, si »fuese menester, nuestra sangre en defensa de la patria, »del honor y de la religion. Ensanchad vuestros cora»zones, y confiad en que cuanto nos falta de fuerzas na»turales y de socorro humano, otro tanto suplirá el cie»lo con sus beneficios. Avivad la fe en vuestras almas, »y no creais que es supersticion lo que vais á oir. Sabed »que esta noche me se ha aparecido en sueños el após»tol Santiago, y me ha certificado de la victoria con»tra nuestros enemigos. Fixad, pues, una santa confian-

»za en vuestros corazones, que aunque la facil creduli-
»dad es criminal, apoyada en ligeros motivos, es mayor
»delito todavía la falta de fe, cuando el cielo la atesti-
»gua con sus maravillas en tan críticas circunstancias.
»Ea, pues, amigos, arrojad todo temor de vuestros pe-
»chos: por no pagar un infame tributo juzgásteis debido
»derramar vuestra sangre: ahora ya no hay medio; ó
»quedar esclavos y cautivos de los moros, ó vencerlos
»en batalla, abatiendo su orgullo, defendiendo nuestra
»libertad, rescatando el honor de nuestras hijas, y po-
»niendo en salvo los augustos misterios de la santa re-
»ligion que profesamos." Pronunciado este discurso, que hizo en los soldados y grandes todo el efecto que deseaba, y refrescadas sus tropas, mandó ordenar los escuadrones, y hacer la señal de pelea. Nuestros soldados, cual si fueran bravos leones, acometieron á los enemigos, apellidando á grandes voces á Santiago: de donde tiene su orígen la costumbre de decir los españoles al tiempo de acometer: *Santiago cierra á España.* Sorprendiéronse los sarracenos al ver el ímpetu y valor con que les acometian unos enemigos á quienes contaban por vencidos, y creció mas su confusion con los favores que nos vinieron del cielo.

Santiago, cumpliendo la palabra que habia dado al Rey entre sueños de auxîliar sus tropas, se dexó ver en el ayre cercado de una luz resplandeciente que deslumbraba y producia contrarios efectos; en los cristianos valor, alegría y confianza; y en los moros tristeza, terror y espanto. Venia el santo Apóstol montado en un caballo blanco mas que la nieve; en la una mano traia un estandarte con la señal sacrosanta de la cruz, y en la ótra una fulminante espada, que parecia un rayo segun la velocidad y destrozo con que la esgrimia. Púsose á la frente de nuestras tropas, y con su vista creció en éstas el denuedo y la confianza; y en las sarracenas entró tal terror, que se pusieron en precipitada fuga. Siguieron los nuestros el alcance, y en él mataron sesenta mil moros, apoderándose despues de muchos lugares y tierras que estaban en su poder, entre éllos Albelda y Calahorra. Consiguióse esta milagrosa y memorable victoria en el año del Señor 844, y segundo del reynado de Rami-

ro. Dieron gracias á Dios por una accion tan gloriosa que quitó de España un tributo tan infame, y abatió por entonces al orgullo del mas poderoso rey de los sarracenos. Dícese que en agradecimiento de este grande beneficio hizo el Rey, juntamente con los grandes y prelados, un solemne voto al apóstol Santiago, obligando á todas las provincias de España á pagar anualmente á su Iglesia cierta cantidad de trigo, el cual voto aparece despues confirmado con bulas pontificias, y pagado por algunas provincias. Con los despojos de esta victoria, que fueron riquísimos, hizo Ramiro construir cerca de Oviedo una iglesia magnífica, dedicándola á la Madre de Dios; y otra no lejos de allí, con la advocacion de san Miguel. Agradecida la Iglesia de España á tan singular beneficio, celebra en este dia esta portentosa aparicion, reconociendo en élla á Santiago, no solamente por padre de su fe, sino tambien por su patrono.

La misa es propia de la festividad, y la oracion la que sigue.

Deus, qui Hispaniarum gentem beato Jacobo Apostolo tuo protegendum misericorditer tribuisti, et per eum ab imminenti exitio mirabiliter liberasti; concede, quæsumus, ut eodem protegente, pace perfruamur æterna: Per Dominum nostrum...

O Dios, que encargaste misericordiosamente las gentes españolas á la proteccion de tu bienaventurado apóstol Santiago, y que las libraste por él de la ruina que las amenazaba: concédenos que con la proteccion del mismo santo Apóstol lleguemos á gozar de la paz eterna: Por nuestro Señor...

La epístola es del libro segundo de los Macabeos, cap. 15.

In diebus illis Machabæus, autem semper confidebat, cum omni spe auxilium sibi à Deo affuturum. Et hortabatur suos ne formidarent ad adventum nationum, sed in mente haberent

En aquellos dias Macabeo tenia siempre fe viva y esperanza de que Dios le habia de dar socorro, y exhortaba á los suyos á que no temiesen ver venir contra éllos á las naciones, sino que se acordasen de

adjutoria sibi facta de cœlo, et nunc sperarent ab Omnipotente sibi affuturam victoriam. Et allocutus eos de lege et prophetis admonens etiam certamina quæ fecerant prius, promptiores constituit eos. Et ita animis eorum erectis, simul ostendebat gentium fallaciam, et juramentorum prævaricationem. Singulos autem illorum armabit, non clypei et hastæ munitione, sed sermonibus optimis et exhortationibus, exposito digno fide somnio, per quos universos lætificavit. Erat autem hujuscemodi visus: Oniam, qui fuerat summus sacerdos, virum bonum et benignum, verecundum visu, modestum moribus, et eloquio decorum, et quia à puero in virtutibus exercitatus sit, manus protendentem, orate pro omni populo judæorum: Post hoc aparuisse et alium virum ætate et gloria mirabilem, et magni decoris habitudine circa illum: Respondentem verò Oniam, dixisse: Hic est fratrum amator, et populi Israël: hic est qui multum orat pro populo, et universa sancta civitate, Jeremias, propheta Dei. Extendisse autem Jeremiam dextram, et dedisse Judæ gladium aureum, dicentem: Accipe sanctum gladium munus à Deo, in quo dejicies adversarios populi mei Israël. Exhortati itaque Judæ sermonibus bonis valde, de quibus extolli posset impe-

como en otro tiempo habian sido ayudados del cielo, y esperasen entonces que el Omnipotente les habia de dar victoria; y hablándolos de la ley y los profetas, y acordándoles las empresas que antes habian acometido, los hizo mas animosos; y habiendo fortalecido de esta manera sus corazones, les ponia delante de los ojos la perfidia de las gentes, y cómo habian violado los juramentos. Armó á cada uno de sus soldados, no con lanza y escudo, sino con excelentes razonamientos y exhortaciones, refiriéndoles un sueño fidedigno, con el cual á todos llenó de alegría. Fue la vision de esta manera: Veia á Onías, el cual habia sido sumo sacerdote, hombre bueno y benigno, exercitado desde niño en las virtudes, pudoroso en el semblante, modesto en sus costumbres, y gracioso en las palabras, el cual, extendiendo las manos, hacia oracion por todo el pueblo de los judíos; despues de esto, decia haber aparecido otro varon venerable por la edad y por la magestad, ceñido por todos lados de magnificencia: y que Onías respondiéndole, le habia dicho: Éste es el amigo de los hermanos, y del pueblo de Israel; éste es aquel que ruega mucho por el pueblo, y por toda la santa ciudad, Jeremías, profeta de Dios. Y que Jeremías habia alargado la mano derecha, y dado á Judas una espada de oro, diciendo: Toma esta espada santa, don de Dios, por medio de la cual destruirás los enemigos de mi pueblo de Israel. Exhortados, pues, los soldados con las eficacísimas palabras de Judas, capaces de excitar el valor, y confortar los co-

tus, et animi juvenum confortari, statuerunt dimicare et confligere fortiter, ut virtus de negotiis judicaret: eò quòd civitas sancta et templum periclitarentur. Erat enim pro uxoribus, et filiis, itemque pro fratribus, et cognatis, minor solicitudo: maximus verò et primus pro sanctitate timor erat templi. Sed et eos qui in civitate erant, non minima solicitudo, habebat pro his qui congressuri erant. Et cum jam omnes sperarent judicium futurum, hostesque adessent, atque exercitus esset ordinatus, bestiæ, equitesque opportuno in loco compositi, considerans Machabæus adventum multitudinis, et apparatum varium armorum, et ferocitatem bestiarum, extendens manus in cœlum, prodigia facientem Dominum invocavit, qui non secundùm armorum potentiam, sed prout ipse placet, dat dignis victoriam. Dixit autem invocans hoc modo: Tu, Domine, qui misisti angelum tuum sub Ezechia rege Juda et interfecisti de castris Sennacherib centum octoginta quinque millia: Et nunc dominator cœlorum mitte angelum tuum bonum ante nos, in timore et tremore magnitudinis brachii tui, ut metuant qui cum blasfemia veniunt adversùs sanctum populum tuum. Et hic quidem ita peroravit. Nicanor autem, et qui cum ipso erant, cum tubis et canticis amovebant. Judas vero, et qui cum eo

razones de los jóvenes, determinaron combatir con denuedo, y juntar los escuadrones para que el valor fuese el juez de los negocios, atendiendo á que la ciudad santa y el templo estaban en peligro. Era menor el cuidado que les costaban sus mugeres, sus hijos, sus hermanos y parientes, que el sumamente grande y principal temor que tenian por la santidad del templo: aun aquellos que estaban en la ciudad tenian no poca inquietud por la suerte de los que habian de entrar en batalla. Y estando ya todos esperando la decision de la contienda, presentes los enemigos, puesto en órden el exército, y los elefantes y la gente de á caballo colocada en lugar oportuno: considerando Macabeo aquella multitud que se avanzaba, y el aparato y variedad de armas, y la ferocidad de los elefantes, extendiendo las manos al cielo, invocó aquel Señor que obra prodigios; el cual, no segun la fuerza de los exércitos, sino segun su voluntad, da la victoria á los que son dignos de élla. Y le invocó con estas palabras: Tú, Señor, que en tiempo de Ezequías, rey de Judá, enviaste tu ángel, y mataste en el campo de Senacherib ciento ochenta y cinco mil hombres, envía tambien ahora, ó Señor de los cielos, á tu buen ángel delante de nosotros con la fuerza del terrible y tremendo brazo tuyo, para que teman aquellos que blasfemando vienen contra tu santo pueblo. De este modo acabó su oracion. Entretanto, Nicanor y su gente se acercaban al son de las trompetas y de las canciones. Y Judas con los suyos, in-

erant, invocato Deo, per orationes congressi sunt: Manu quidem pugnantes, sed Dominum cordibus orantes, prostraverunt non minus triginta quinque millia, præsentia Dei magnificè delectati.

vocando á Dios con la oracion, acometieron á la multitud; y combatiendo con los brazos, pero invocando á Dios con el corazon, mataron nada menos que treinta y cinco mil hombres, habiendo sido grandiosamente confortados con la presencia de Dios.

REFLEXIONES.

En todos los tiempos ha sido Dios el mismo para con aquellos que le sirven con corazon puro y amor verdadero. En todos tiempos ha manifestado la grandeza de su poder á favor de aquellas gentes que ponen en él su confianza. El hecho de Judas Macabeo que refiere la epístola, de que usa la Iglesia en la festividad de este dia, es tan semejante á la aparicion que celebra la Iglesia de España, que mas parece identidad que semejanza. Nada hay en este mundo que pueda resistir á la fuerza del poder divino; pero éste no se manifiesta sino cuando una fe viva y una firme esperanza en la divina misericordia son el alma y espíritu de nuestras súplicas. He aquí el origen de la ineficacia de nuestras oraciones, y de que nos apartemos de los sagrados altares con el desconsuelo de no haber conseguido lo que solicitamos. En los grandes conflictos, en las necesidades que nos oprimen, en las enfermedades, en el peligro de perder la hacienda, el honor ó la vida, nada hay mas frecuente que acudir los fieles con votos y promesas á implorar la proteccion del cielo, poniendo por intercesores aquellos santos de quienes son devotos. Pero tambien es verdad que nada hay mas frecuente que ver frustradas semejantes diligencias, viéndonos obligados á sufrir los reveses de la fortuna y los males que nos acarrean nuestros enemigos. Lloramos nuestras desgracias, vemos con dolor que el cielo nos desampara; pero no reflexionamos que está en nosotros mismos la causa de hacer que el cielo observe con nosotros diversa conducta de la que ha tenido con nuestros padres en distintas ocasiones.

Hombre sumergido en delitos, que vas á implorar la intercesion de un santo, cargado de la obscenidad, de la avaricia y de mil injustas operaciones con que molestas

á tu próximo, ¿cómo pretendes que un justo, á quien desagradan todas esas maldades, se declare en tu favor, quiera ser amigo tuyo, y tomar á su cargo tu proteccion y defensa delante de un Dios, que aunque es Padre de misericordia, es tambien Dios de justicia, y de venganzas? Muger profana, que haces de tu cuerpo la piedra de escándalo, en que tropiecen, y se precipiten las almas redimidas con la sangre del Crucificado: que empleas en tu adorno todos los lazos que pudiera imaginar el comun enemigo contra la inocencia; que descuidas del gobierno de tu casa, y de la educacion de tu familia, por hacerte espectable en los espectáculos y concurrencias peligrosas, ¿con qué temeridad pretendes que los santos te favorezcan, y que la misma Madre de Dios preste sus oidos á tus súplicas? ¿No temes que sus ojos se horroricen de tu profanidad y de tus costumbres? Desengañémonos: el pretender que nuestro Dios se manifieste con nosotros benéfico y misericordioso, cuando somos con él desconocidos é ingratos, y nuestra vida es un testimonio del desprecio con que miramos su poder y sus preceptos, es una loca presuncion, es una locura necia, es una temeridad insoportable. Refórmense primeramente las costumbres: llégue se á las aras del Altísimo con lágrimas de verdadera compuncion: preceda á nuestras oraciones la observancia puntual de los divinos preceptos; y entónces se verá que nuestras novenas son fructuosas, nuestras oraciones eficaces, y nos apartarémos del santuario llenos de consolacion con los favores del cielo. Así lo experimentó el pueblo de Israel cuando le amenazaba una total ruina por el número y superiores fuerzas de sus enemigos; y así lo experimentó tambien España en tiempos mas felices, cuando al valor del corazon, y á la fuerza de las armas acompañaban la pureza de las costumbres, y una fe viva, y una esperanza firme en la divina misericordia. Dios es inmudable, su ley es la misma: las efusiones de su bondad están siempre prontas: nada hay que pueda retardar el alivio de nuestras miserias, sino nosotros mismos. Seamos, pues, lo que debemos ser, y no dudemos que los santos serán nuestros protectores, y si fuese menester repetirá el cielo sus milagros para librarnos de las enfermedades, de las calumnias, del deshonor; en una pa-

labra, de todos nuestros trabajos y de todos nuestros enemigos.

El evangelio es del capítulo 20. *de san Mateo*, *y el mismo que el dia VI*, *fólio* 126.

MEDITACION.

Sobre la ingratitud.

PUNTO PRIMERO.

Considera que entre los vicios humanos, apenas hay alguno que nos aparte tanto de Dios como la ingratitud que manifestamos á los beneficios que nos hace su divina bondad, ya inmediatamente por sí mismo, ya por medio de sus elegidos.

El gran padre san Agustin (*cap.* 18. *Sol.*) asegura que *este vicio es la raiz de todos los males espirituales*, *y un viento abrasador*, *que deseca todo bien*, *y cierra á los hombres la fuente de la divina misericordia.* Dicho esto, apenas hay que añadir una palabra á una sentencia tan terrible de un padre de la Iglesia. De ella se infiere cuánto nos aparta la ingratitud de nuestro Dios y Señor, cuando nos cierra la fuente de las divinas piedades. Pero esto es un justo castigo del corazon ingrato, porque no merece menos el desprecio de Dios y de sus beneficios. El olvidar éstos, el negarlos, ó no dar contínuamente las gracias debidas por éllos, denota en nuestra alma desamor á nuestro Criador, y que hacemos poco caso de sus castigòs, ó de sus misericordias. El corazon humano es de tal naturaleza, que dificultosamente puede simular sus verdaderos afectos. Trata con complacencia las cosas pertenecientes á aquellas personas que ama, se deleyta con su memoria, y hallan mucho gusto y regocijo en tratar de sus gracias en todas las conversaciones. Por el contrario, odiamos el nombre y la memoria de aquellos que aborrecemos, y encontraríamos satisfaccion en que se borrase del mundo cuanto les hace recomendable. Así como el amor produce amor, de la misma manera el desprecio y ódio produce envilecimien-

tos y horror: de consiguiente, siendo desconocidos para con nuestro Dios, hacemos á este Señor que lo sea con nosotros, y violentamos en cierta manera su bondad para que nos aborrezca. A esto se llega, que con nuestras ingratitudes frustramos los intentos de Dios cuando nos favorece con beneficios; porque no pudiendo ser estos ótros que provocarnos á tributarle alabanzas, puesto que ni necesita de nuestros bienes, ni puede tener temor de necesitarlos en lo futuro, resta únicamente el pretender nuestro bien y santificacion, y que ensalcemos su gloria.»

No es solo el ódio de Dios el que forma la justa pena de nuestra ingratitud, sino que por élla, como que se nos cierra la puerta para poder salir de nuestra miseria. Por la ingratitud nos constituimos indignos de que Dios continúe con nosotros sus acostumbradas gracias, y de consiguiente que perdamos el único asílo que tiene nuestra miseria para levantarse del cieno de sus deslices. Porque, ¿cómo es creeible que emplee Dios sus beneficios en aquel que los desprecia, y que abusa de éllos para volverse contra el mismo Dios? ¿Por ventura, serémos tan insensatos que queramos hacer á este Señor de peor condicion que á cualquier hombre? ¿No vemos en éstos dolerse sumamente de la ingratitud, y apartar sus beneficios de aquellas personas en quienes no encuentran correspondencia? ¿Pues qué mucho que nuestro Dios tenga con nosotros la misma conducta, siendo tan superiores las razones que nos obligan á serle agradecidos, y las que deben mover su justicia á tratarnos con desprecio, y castigarnos como ingratos? Y verificado esto, dí, hombre cristiano, ¿en qué puedes colocar tus esperanzas? ¿qué recursos te quedan para enmendar tu vida, para mejorar tus costumbres, para salir de tus miserias, para precaver los peligros, para salvarte de las enfermedades, para verte libre, en fin, de la infinita multitud de calamidades y miserias que oprimen esta vida? El Espíritu santo dice en los Proverbios (*cap.* 7.): *Que aquel que vuelve males por bienes, experimentará siempre en su casa el dolor y la miseria.* Lo mismo debes esperar tú, respecto de tu alma, si olvidando el beneficio de la creacion; la misericordia de Dios con que te conserva una vida que empleas en sus ofensas, el haberte redimido, dexándote

el precio de su sangre en otras tantas medicinas para tus dolencias, cuantos son los sacramentos; y últimamente, si despreciando la proteccion de María santísima y de los santos, y la custodia de los espíritus angélicos, no solamente no le das gracias, sino que en todas tus obras te manifiestas ingrato.

PUNTO SEGUNDO.

Considera los poderosos motivos que tienes para ser agradecido á Dios y á sus santos; para que trayendo siempre tu alma empleada en consideracion tan fructuosa, te libre de los males de la ingratitud.

El real profeta David, reconocido á los muchos beneficios que habia recibido de la generosa mano del Dios de Israel, ya ensalzándole al trono desde el humilde cayado, y ya dándole victoria de sus enemigos, y dolor de sus excesos, exclamaba lleno de gratitud (*Psalm.* 33.): *En todo tiempo, á toda hora bendeciré al Señor, y siempre sin intermision estarán en mi boca sus divinas alabanzas.* Sabía muy bien el santo Profeta que es corto el tiempo de esta vida mortal para dar á Dios las debidas señales de gratitud que exîgen sus beneficios. ¿Qué tienes en lo natural que no lo hayas recibido de su piadosa mano? la salud, el sér, y la exîstencia, la conservacion maravillosa entre los infinitos peligros á que está expuesta la infancia, la honestidad de tu nacimiento, el carácter de tus padres, los bienes de fortuna con que te sustentas sobre la tierra, los frutos copiosos que logran tus trabajos á los tiempos oportunos, la misma tierra que te sustenta, el ayre que fomenta la vida, y la luz del sol que te alegra y regocija, son unos bienes tan palpables, que cada uno de por sí merece todo el reconocimiento de tu corazon. ¿Pues qué, si se consideran los bienes del espíritu, no pudieras haber nacido en tierra de bárbaros, ó de gentiles idólatras, en donde nunca hubieras conocido el verdadero Ser supremo, que creció de la nada todas las cosas, y las conserva con admirable providencia? Y dado que has nacido en tierra de cristianos, ¿fue obra tuya la regeneracion del bautismo, la constitucion de la Iglesia, la piedad y zelo de sus ministros, que han estado siempre prontos á mirar por tu salud,

ya dándote una doctrina segura con que llegues á conocer los dogmas de una religion sacrosanta, inmaculada y pura, ya excitándote al cumplimiento de sus preceptos, y ya finalmente, ofreciéndote las espirituales medicinas que tiene la Iglesia para librarte de las enfermedades, y aun para darte nuevamente vida en caso de que tu alma la haya perdido por la culpa?

Si á todo esto se añade la contínua efusion de auxîlios y de gracias con que el Espíritu santo te aparta contínuamente del mal, y te inclina al bien, se hace preciso sacar por consecuencia, respecto de la gratitud, el mismo modo de sentir que tenia san Pablo respecto de la caridad: que es decir, que aunque todos tus miembros se conviertan en lenguas, que estén contínuamente cantando á Dios alabanzas; aunque tu cuerpo y tu alma, tus sentidos, tus potencias, y todos tus afectos entrasen en un horno encendido, y ardiesen en fuego de gratitud, todo ello no bastaria para llegar á cubrir la obligacion que tienes de ser á Dios agradecido. Pero este Señor no exîge de nosotros tanto. No necesita de nuestros bienes: y sería tan santo, tan omnipotente, tan bueno y tan feliz sin habernos criado, ó destinándonos para siempre á los fuegos eternos en pena de nuestras culpas, como siéndole perfectamente agradecidos, y cumpliendo exâctamente todos sus preceptos. Así que el beneficio es para nosotros mismos; y éste le podemos conseguir á muy poca costa. Solo exîge de nosotros la sumision, el reconocimiento, y un tributo de bendicion y alabanza en señal de nuestro agradecimiento. Sus beneficios no pueden ser pagados con otros beneficios; porque, *¿quién es aquel*, se dice en la sagrada Escritura, *que hizo á Dios alguna dádiva, y le será galardonada*? Pero para tu inteligencia no te olvides de lo que dice Jesucristo en el evangelio, conviene á saber: *Todo lo que haceis con cualquiera el mas mínimo de mis pobres y necesitados, tened entendido que lo executais conmigo.* Segun esta sentencia, aunque no podamos manifestar nuestra gratitud á Dios, haciéndole beneficios en su misma persona, podemos pagarle haciendo estos mismos beneficios á los que le representan, que son los pobres.

JACULATORIAS.

Quid retribuam Domino pro omnibus, quæ retribuit mihi? Salm. 115.

¿Qué daré al Señor en agradecimiento de tantos beneficios como he recibido de su misericordiosa mano?

Grati estote: orationi instate vigilantes in ea in gratiarum actione. Ad colossens. cap. 3.

Sed agradecidos; y el modo es perseverar contínuamente en la oracion, velando en élla, y dando á Dios gracias por los beneficios que habeis recibido de su misericordia.

PROPOSITOS.

Entre todos los vicios y deslices de que se queja Dios en las sagradas Escrituras de su pueblo, no hay ninguno que saque de su corazon quejas tan sentidas y amargas como la ingratitud. ¿*Es esto*, se dice en el Deuteronómio (*cap.* 32.), *lo que vuelves á tu Dios*? ¡*O pueblo estulto y necio*! ¿*Por ventura no es Dios tu Padre*, *que te poseyó*, *te hizo*, *y te crió*? El Verbo divino encarnado, que vino á este mundo para padecer y morir afrentosamente, manifestó siempre una suma conformidad con los tormentos excesivos que le hizo padecer la perfidia judáica, sin que se oyese de su boca la mas leve expresion que tuviese visos de queja. Solamente cuando recibió la bofetada de aquel ingrato ministro, á quien poco antes habia hecho un beneficio señalado, no pudo contener la severidad de su justicia sin echarle en rostro su ingratitud, y acusarle de la enormidad de su delito. Los castigos que ha executado Dios con los ingratos; y el modo con que ha manifestado su indignacion, prueban igualmente lo horrendo y abominable de este vicio. Bien sabido es el castigo de Amasías, rey de Israel. Habíale Dios hecho el beneficio de vencer á los iduméos y otros muchos y poderosos enemigos; y en lugar de dar á Dios las debidas gracias, adoró á los ídolos, y los llevó á Jerusalen. Por tanto, irritado Dios, le envió un profeta que le dixese de su parte estas palabras: ¿*Es este el agradecimiento con que pagas á Dios el haberte ayudado contra tus enemigos*? *Sabe que el Señor ha de-*

cretado tu muerte, que vengas cautivo á las manos de tus contrarios, y que éstos executen en tu persona una justa venganza.

Todo esto, cuanto queda dicho en las meditaciones, y muchas otras sentencias que se pudieran traer de la Escritura y de los padres, prueban claramente, que la ingratitud es el mas feo de todos los vicios, y que no hay monstruo tan horroroso como un ingrato. La festividad que celebra en este dia la iglesia de España, acuerda á todos los españoles en comun, y á cada uno en particular, uno de los mas grandes beneficios que ha recibido España, y en esto mismo la acuerda la obligacion que tiene de mostrarse agradecida, primeramente á Dios, y despues al apóstol Santiago, por cuya intercesion logramos un tan grande beneficio. Singularmente las mugeres, y entre éstas las doncellas, deben considerarse como particularmente protegidas, transladándose con la imaginacion á los pasados siglos, y constituyéndose en el lugar de aquellas infelices que tenian que servir de tributo á la brutalidad sarracena. Esta consideracion excitará en éllas la firme resolucion de pagar á Dios y al apóstol Santiago la deuda con la modestia de sus trages, con la honestidad de sus acciones, con la pureza de costumbres, y con una vida en fin arreglada en todo á las máxîmas del evangelio. De otro modo llevan sobre sí la exêcracion que produce la ingratitud á los soberanos beneficios.

DIA VEINTE Y CUATRO.

San Juan Francisco Regis, de la Compañía de Jesus.

La vida de san Juan Francisco Regis, de la Compañía de Jesus, que nació entre nosotros, y casi en nuestros mismos dias, es de tanta edificacion, que no puede menos de contribuir á aumentar en un corazon frances

la virtud y la devocion á un santo de su misma nacion, que despues de tres siglos no habia logrado ver colocado en el catálogo de los santos á ninguno de sus hijos, ni ser propuesto solemnemente á la veneracion y culto público de los fieles.

Este célebre Misionero, tan conocido en el mundo, así por sus admirables virtudes, como por sus muchos milagros, nació el dia 31 de enero de 1597 en Foncubierta, pequeña poblacion del obispado de Narbona. Fue su padre Juan Regis, de la noble y antigua casa de Deplas, y su madre Magdalena Darcis, hija del señor de Segur, úno y ótro mas recomendables por su virtud que por su nacimiento. Desde la misma infancia del niño Regis pareció que Dios le amaba, y le habia escogido singularmente para su mayor gloria. Mas de una vez veló milagrosamente el cielo para conservarle. Al mismo tiempo que en cierta ocasion iba á despeñarse en un precipicio, siendo de cuatro años, le detuvo mano invisible portentosamente. Adelantóse el uso de la devocion al de la razon. Dexó poco que hacer á la educacion su noble índole y su natural inclinacion á la virtud. Casi nunca fue niño; por lo menos siempre miró con aversion los juegos y los entretenimientos de aquella edad.

Pagados sus padres de las bellas prendas de Juan, le enviaron á estudiar al colegio de la Compañía de Beciers. Señalóse luego entre todos los condiscípulos por el ingenio y por la virtud. Repartia todo el tiempo entre el estudio y la oracion. Desde luego se negó á toda diversion, aun la mas lícita y mas inocente. Nunca se le veía en el juego ni en el paseo: los dias de asueto los empleaba ordinariamente en la iglesia. Respetaban todos su inocencia y su virginal pudor; hasta en los mas indevotos hacia impresion su recato y modestia; admirando todos una virtud tan anticipada y tan madura en un estudiante de aquella edad.

Como habia mamado con la leche una tierna devocion á la santísima Vírgen, luego que se vió estudiante, pidió ser alistado en la congregacion de esta Señora, que con tanto provecho, y con tanta edificacion de la juventud suele estar fundada en todos los colegios de la Compañía. Res-

plandeció singularmente su virtud entre todos los congregantes, y en todos se observó no sé que nuevo fervor, efecto de los exemplos de Regis. Estrechó particular amistad con algunos mas fervorosos y mas ajustados, y formó con él los otra como pequeña congregacion que llenó de admiracion á todo el estudio.

No era para el mundo una alma prevenida con tan dulces bendiciones. Apenas conoció Regis á los padres de la Compañía, cuando se persuadió que Dios le llamaba á élla. Los principales motivos de su vocacion fueron el zelo de la mayor gloria de Dios y el de la salvacion de las almas. Pidió con instancia ser admitido en la Compañía, y lo fue con universal gozo y consuelo. Mudó de estado, pero no mudó de máximas, ni de costumbres. En la religion no tuvo que hacer mas que perfeccionar la virtud que tanto habia cultivado y adelantado en el siglo. Ningun novicio le excedió en la puntualidad, en el fervor y en la mortificacion. Llamábanle ya entónces: *la regla viva de san Ignacio.* Su apacibilidad y modestia hacian amables hasta sus mismos rigores. Tardóse poco en descubrir el amor y la inclinacion que profesaba á los pobres. Mientras le duró la vida fue la caridad su virtud sobresaliente. En nada hallaba tanto gusto como en ir á servir á los pobres enfermos en el hospital.

Concluido el noviciado, se aplicó al estudio de la elocuencia y de la filosofía, sin perder nada de su fervor. Hiciéronle maestro de la juventud en una clase de gramática, y este nuevo empleo dió ocasion á que brillase mas su zelo y su virtud. Enseñó letras humanas en Billon, en Ausch y en Puy, venerado en todas partes con admiracion, y conocido en todas por el nombre como de *angel del cielo.* Consideraba su clase como el campo de la mision que le habia tocado en suerte; desvelábase en hacer á sus discípulos cada dia mas hábiles; pero al mismo tiempo dedicaba su atencion á hacerlos tambien mas santos. A todos se extendian sus desvelos; pero se le notaba no sé qué predileccion hácia los mas pobres.

Persuadido á que el tiempo de los estudios es ocasionado á resfriar el fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este

escollo con piadosas precauciones, frecuentando las vísitas al santísimo Sacramento; siendo muy exácto en cumplir muchas y muy tiernas devociones en honor de la santísima Vírgen, Madre de Dios, leyendo libros espirituales, haciendo fervorosas oraciones, y domando su cuerpo con secretas penitencias. De estos preservativos se valió contra la disipacion del espíritu, y contra la sequedad del corazon á que es tan expuesto el estudio de las ciencias abstraidas.

No esperó el zelo de nuestro fervoroso Jesuita á la sazon regular para producir copiosos frutos. Apenas habia salido del noviciado, cuando le mandaron explicar la doctrina en una poblacion llamada Andace, poco distante de Turnon. Fue extraordinario el concurso, y fue el fruto prodigioso. Reformó las costumbres de todo aquel pequeño pueblo, fundó la adoracion perpétua del santísimo Sacramento, y hoy es el dia en que se acuerdan de la mucha impresion que hicieron en los corazones de los habitadores sus exhortaciones y sus exemplos.

Enviáronle á estudiar la teología al colegio de Tolosa, y muy desde luego dió pruebas claras de un excelente ingenio y de un eminente talento para las facultades mayores; pero al paso que crecian sus progresos, crecian tambien sus aplausos, y haciéndose éstos insoportables á su profunda humildad, muchas veces procuró hacerse despreciable, fingiéndose rudo ó ignorante. Previniéronle los superiores que se dispusiese para recibir el sacerdocio, y aquí fue donde se sintió como aturdido á vista de su indignidad; pero precisado en fin por la obediencia, recibió los órdenes sagrados, y celebró el divino sacrificio con tanta devocion, continuada despues por toda su vida mientras estaba en el altar, que la infundia á cuantos oían su misa. Aquel mismo año se declaró la peste en Tolosa, y con reiteradas instancias alcanzó de los superiores que le permitiesen asistir á los apestados. Señalóse mucho su zelo; y si no tuvo la dicha de morir en este heróico acto de caridad, como la lograron muchos de sus hermanos, fue sin duda porque la divina Providencia se la conservó singularmente para la salvacion de tantas almas. Destinábale efectivamente el cielo á mayores y mas dilatados

trabajos. Llevábale fuertemente la inclinacion al exercicio de las misiones, y fue tanto lo que pidió, lo que instó, y lo que clamó á los superiores para que le permitiesen dedicarse á él entera y totalmente, que éstos, no tanto movidos de sus instancias, cuanto de su vocacion, que conocian ser señaladamente del cielo, le destinaron á este sagrado ministerio aun antes del tiempo regular. Pidió con instancias ser enviado al Canadá por saber lo mucho que padecian los jesuitas en aquellas penosísimas misiones; pero el Señor le habia destinado para santificar las provincias de Francia, y para renovar en éllas las maravillas que obraron en los primeros siglos los varones apostólicos.

Dió principio al exercicio de las misiones en Foncubierta, lugar de su nacimiento, siendo quizá el primero que fue tenido por buen profeta en su tierra: Apenas se puede concebir vida mas austéra, mas laboriosa, ni dias mas verdaderamente llenos que los suyos. antes de amanecer estaba ya en la iglesia, donde despues de la oracion hacia al pueblo una plática fervorosa; decia despues misa; predicaba dos y tres veces al dia, y empleaba en el confesonario todo el tiempo que no ocupaba en el púlpito. Visitaba á los enfermos por via de descanso; y casi todos los que llamaba alivios eran alguna nueva obra de misericordia. Apénas dormia mas que dos ó tres horas, echado en el duro suelo, ó recostado en alguna silla. Desde los primeros años de su ministerio apostólico se prohibió el uso de la carne, del pescado, de huevos y de vino; su alimento regular era pan y agua; y si tal vez se veía precisado á tomar un poco de leche, se acusaba de su excesiva delicadeza. En los diez últimos años de su vida jamás se desnudó el cilicio. Para él no habia en todo el año estacion mas agradable que la del mas rígido invierno en aquellas montañas frigídisimas y asperísimas, porque en ninguna ótra tenia mas que sufrir y padecer. Los yelos, las nieves, las lluvias, los vientos, los arroyos, las simas, los precipicios, las borrascas, nada le acobardaban, nada era bastante para moderar su zelo. Si le representaban los compañeros que aquello era tentar á Dios, les respondía sonriéndose: *Tengo muchas experien-*

cias de lo que Dios cuida de mí, y no es razon cargarme yo de este inútil cuidado. Agraviárale mucho si alguna cosa me acobardase. Su confianza en Dios era sin límites, y obraba el Señor grandes prodigios en su favor. Rompióse un dia una pierna de resulta de una caida, y al punto se le consolidó perfectamente sin algun remedio humano.

No se ciño solo al Langüedoc el teatro de la inmensa caridad de nuestro Apóstol. No hubo pueblo, ni aldea en el Vivares; no hubo choza, ni cabaña en el Valai adonde no penetrasen los ardores de su zelo. Apenas se dexaba ver en el púlpito cuando se mostraba enternecido todo el auditorio. Las lágrimas de los mas rebeldes pecadores daban testimonio público de su sincéra conversion; y lo mas asombroso fue, que de tanto número de las almas convertidas, ni una sola dexó de conseguir por las oraciones de Regis el don de la perseverancia. En Tolosa, Montpeller, Somieres, y Puy fundó casas de recogidas, adonde voluntariamente se refugiaban las mugeres arrepentidas. Estas utilísimas conquistas le suscitaron muchos enemigos. Ciertos libertinos resolvieron asesinarle: con este intento le llamaron ya muy entrada la noche á la iglesia del colegio, fingiendo querian confesarse; supo el Siervo de Dios, por revelacion divina, sus sacrílegos intentos; baxó, púsoseles delante, hablólos, moviólos, convirtiólos, y la respuesta de aquellos infelices hombres fue un torrente de lágrimas que derramaron.

Los felicísimos sucesos de la mision que hizo en Cheylard apenas parecian creibles aun á los mismos que fueron testigos de éllos. Lacheu, Privas, San Aggrave, san Andres, Fangas, Marlhes, y todos los pueblos comarcanos acreditaron lo que puede un predicador animado del espíritu apostólico. Los hereges, no pudiendo resistir á un hombre tan poderoso en obras como en palabras, abrazaron la religion católica. Todo aquel pais, mucho mas espantoso por el desórden de las costumbres, que por sus escarpadas montañas, por sus breñas, y sus bosques, se convirtió en domicilio de la virtud y de la inocencia. Es verdad que ningun predicador autorizaba mas que Regis la santidad del ministe-

rio con la santidad de la vida. Su semblante extenuado á los rigores con que trataba su cuerpo; una modestia que de contado se llevaba hácia sí los ojos; un profundo recogimiento, y una apacibilidad que ganaba los corazones, todo esto era sermon en Regis.

No pudiendo reprimir los incendios del divino amor que abrasaban su inflamado corazon, se le oía muchas veces prorumpir en estas exclamaciones: *¡O Dios mio, ó amor mio, y delicias de mi corazon! ¡es posible que yo no os pueda amar todo lo que vos mereceis ser amado, y todo lo que deseo amaros!* Por eso se comunicaba el Señor á aquella grande alma de un modo verdaderamente singular. Las indispensables distracciones de su ministerio no le interrumpian la íntima union con su Dios; y en medio de las mayores ocupaciones se le vió muchas veces extático y elevado.

De este vivo amor á Jesucristo, que le penetraba todo el corazon, nacia aquella tierna compasion con que miró á los pobres toda la vida. Siempre se le hallaba rodeado de ellos; considerábalos como la porcion mas querida del rebaño de Jesucristo; y entre los pobres sentia particular inclinacion á los de las aldeas y de los campos, por contemplarlos mas desamparados. Su zelo no reconocia límites; en tratándose de salvar una alma, nada se le hacia dificultoso. El gran teatro de esta inmensa caridad se puede decir que fue la provincia del Puy. Enviáronle los superiores á esta capital el año de 1636, para explicar la doctrina en la iglesia del colegio, y para que de cuando en cuando hiciese algunas excursiones por las aldeas de la comarca. Era tan grande el concurso á las doctrinas, que fue preciso tomar algunas providencias para que no sucediesen desgracias en los auditorios. El fruto correspondió al concepto que sentia de su santidad; y en el espacio de tres meses se observó en toda la ciudad una total mudanza de costumbres. El retiro de todas las mugeres de mala vida, y sobre todo la conversion de una famosa dama cortesana fueron causa de muchas persecuciones que se suscitaron contra él. No pocas veces fue insultado, abofeteado, apaleado, acoceado, y arrastrado por el suelo; pero su paciencia y su dulzura desarmaron á los furiosos, y convir-

tieron á los disolutos. Con todo eso no fuéron estas las pruebas mas sensibles en que se acrisoló la virtud del fervoroso Jesuita.

Exercitósela terriblemente cierto rector nuevo que llegó á gobernar el colegio de Puy. Fuertemente impresionado contra el Santo, desaprobó desde luego su derramamiento hácia fuera (así le llamaba él). Limitó su zelo, reduciéndole á términos muy estrechos; moderó las visitas que hacia al hospital; prohibióle el exercicio de muchos ministerios; empeñóse en mortificarle, reprendióle en público y en particular: en una palabra, nada hacia Regis que mereciese la aprobacion de su rector; pero nada de esto bastó para arrancar de la boca del Santo ni una sola palabra que sonase á queja, ni á defensa ó apología de su proceder. Obedeció en todo con la mas puntual exâctitud y con la mayor alegría, padeciendo con religioso silencio. El exercicio fue terrible, pero de corta duracion. Fué desaprobada la conducta del rector; y él mismo al cabo reconoció y condenó sus violencias. Removiéronle del empleo, y el sucesor que le señalaron dexó libre al Santo el exercicio de sus ministerios, sin poner límites á la extension de su zelo. No sería facil proceder de otra manera, porque el cielo autorizaba visiblemente con prodigios la caridad de nuestro Apóstol.

Hallándose la ciudad de Puy con una extrema carestía de granos, tomó Regis de su cuenta el sustentar á todos los pobres. Juntó con grandes trabajos y fatigas todo el trigo que pudo; encerróle en una panera, y púsola al cuidado de una virtuosa señora, llamada Margarita Baud. Acabóse muy presto toda la provision, y avisado el Santo de que no habia trigo, ni dinero para comprarle, no por eso dexó de enviar á la caritativa señora á una pobre muger cargada de hijos, con órden de que la diese todo lo que hubiese menester para mantenerse, y para mantenerlos. Admirada la virtuosa matrona fué á buscar al Siervo de Dios, y le dixo que extrañaba mucho el órden que la habia dado, pues no ignoraba que no habia grano de trigo. Sonrióse el Santo, y la respondió: *Andad, y á nadie me negueis limosna.* No replicó la buena Señora; volvió á casa, y

halló la panera llena de trigo. Este prodigio que se repitió por tres veces durante la carestía, tuvo por testigo á toda la ciudad. Ni fue este solo milagro el que obró Regis durante su vida. Siendo aún mozo, y enseñando gramática en Puy, curó de repente de una grave enfermedad á un discípulo suyo, que ya habia recibido los sacramentos; en fin, no hizo mision que no fuese señalada con algun prodigio.

Siendo tan inmenso el zelo de nuestro Misionero, no podia encerrarse dentro de las murallas de una ciudad. No hubo pueblo, aldea, choza, ni cabaña en los obispados de Puy, Viena, Valencia, Viviers, en el territorio de Velay, que no hubiese corrido el Siervo de Dios en los cuatro últimos inviernos de su apostólica vida. Fai, Marlhes, san Salvador, san Pedro de los Macabeos, San Bonete el Frio, Vourey, Monregard, Montfaucon, Rocoulles, Marcou, Chanbon, Lalobesco, jamás dexaron de publicar los asombrosos trabajos, y los maravillosos frutos del zelo de su nuevo Apóstol. En Fai dió vista á dos ciegos; en Marlhes libró á un endemoniado; en Monregar convirtió á la religion católica á la célebre madama de Romecin; en Montfaucon expuso su vida asistiendo á los apestados, y por sus oraciones cesó el contagio. En todas partes correspondia el fruto á su zelo y á sus deseos. Esto le obligó á escribir al padre general de la Compañía la carta siguiente, cuyo original se guarda en el archivo de la Profesa de Roma, y es su fecha de primero de abril de 1640.

M. R. P. N.

Recurro hoy á V. P. con tanta mayor confianza, cuanto estoy persuadido á que la súplica que voy á hacer á V. P. no será de su desagrado. Esta es, que V. P. por su bondad se digne permitirme consagrar la vida y fuerzas que me restan á la enseñanza de la gente del campo. No puedo explicar los grandes bienes que produce este género de misiones. Hablo de experiencia, habiéndolo visto por mis ojos, y pluguiese á Dios se me hubiese dado licencia para experimentarlo mas frecuentemente. Pido, pues, licencia á V. P. M. Reverenda para emplearme por

lo menos seis meses al año en este divino ministerio. El señor obispo de Puy me ha dado todas sus facultades; muchos curas y muchos pueblos piden con grandes instancias la mision. El padre rector, juzgándome necesario en el colegio, me detiene en él de tiempo en tiempo á pesar de la extrema necesidad de tantas almas cómo perecen en las aldeas por falta de socorros espirituales. Suplíco á V. P. se sirva hacer reflexîon á que en los lugares grandes se distribuye el pan con abundancia, mientras los pobrecitos del campo se mueren de hambre, por no haber una mano caritativa que los reparta el pan de la divina palabra. Espero de la paternal bondad de V. P. que no me negará la gracia que le pido, aunque no sea mas que por consolarme en la repulsa que me dió cuando pedí ir al Canadá. Si la respuesta fuere favorable á mis deseos, me colmará de alegría, &c.

Condescendió con gusto el general á estos deseos; y el provincial, que se hallaba en Puy, cuando vino la respuesta, tuvo especial complacencia en que el general aprobase aquello mismo que él habia ya permitido. Despues que el Siervo de Dios santificó todo el país de Montfaucon, de Rocoulles y de Verines, publicó para la vigilia de Navidad la mision de Lalovesco. Retiróse al colegio de Puy los últimos dias del Adviento, para disponerse á morir con tres ó cuatro dias de exercicios; porque ya le habia el Señor dado á entender claramente que aquella mision habia de poner fin á sus trabajos: Pasólos el Siervo de Dios en íntima comunicacion con su Magestad, sin tratar con persona humana. Ocupado únicamente en el pensamiento de la eternidad, declaró á un padre del colegio de su especial confianza, que sentia ciertos secretos anuncios de su cercana muerte. El tal padre, de cuya boca oyó esta noticia treinta y nueve años ha el autor de esta vida, hizo cuanto pudo para disuadirle que saliese á aquella mision; pero Regis le respondió: *Llámame Dios á Lalovesco, y es preciso que vaya.* Dió fin á sus exercicios con una confesion general, y la antevíspera de Navidad partió para su amada mision. El tiempo estaba terrible; el pais por donde viajaba era el mas quebrado, y mas escarpado del mundo; descaminóse, y no tuvo otro arbitrio que refugiar-

se en una choza abierta á todos ayres. Pasó en ella toda la noche, expuesto á un viento frigidísimo y violentísimo. Acometióle un fuerte dolor de costado, acompañado de una ardentísima calentura, con la cual fue arrastrando hasta Lalovesco. Entróse derecho en la iglesia, y sin hacer caso de sus dolores ni de su fatiga, abrió la mision, predicando un fervoroso sermon, y despues se fué al confesonario, donde estuvo hasta muy entrada la noche. Suplia el zelo las fuerzas que faltaban al cuerpo. El dia de Navidad predicó tres sermones; ótros tantos el dia siguiente, y confesó cerca de veinte y cuatro horas. Pero cediendo el espíritu á la debilidad, le dió un desmayo. Lleváronle á casa del cura, y no acertando á rendirse aquella grande alma, todavía confesó allí algunos pobres paisanos que le iban siguiendo desde la iglesia; hasta que repitiéndole otro desmayo, fue preciso meterse en la cama.

Despachóse un propio con esta noticia á los jesuitas de Anonay, distantes solas tres leguas de Lalovesco. Acudieron prontamente, llevándose consigo á un médico. Declaró éste, que en su juicio la enfermedad no tenia remedio, y no se puede explicar el gozo con que oyó el moribundo tan alegre nueva. Antes de recibir los sacramentos quiso repetir con el padre Lascombe la confesion general que ocho dias antes habia hecho en Puy. Recibió el Viático y la Extrema Uncion como un hombre abrasado en el fuego del divino amor. Traxéronle un caldo; no le quiso admitir, diciendo que deseaba sustentarse hasta la muerte como los pobres, y que en lugar de caldo le darian gusto si le ministrasen una taza de leche. Suplicó al padre Lascombe que le hiciese conducir á un establo, para tener el consuelo de morir en un lugar semejante al que Cristo habia escogido para nacer, ya que no podia morir en una cruz, como su divino Salvador; pero el Padre le respondió, que su extrema debilidad no permitia se le removiese. El hermano Bideau, su compañero ordinario, que á la primera noticia se puso apresurado en camino, y desde que llegó no se separó un punto de su cabecera, aseguró que todo aquel tiempo le habia pasado el Siervo de Dios en contínua oracion. La noche del último dia de diciembre, poco antes de las doce, quiso

el Salvador colmar de alegría á su Siervo; anticipándole los gustos de la gloria. Aparecieronsele visiblemente Jesus y María; confortado con esta celestial vision, y no pudiendo contener el gozo, exclamó todo transportado, mirando al hermano Bideau: *¡Ah, carísimo hermano mio, y qué dicha es la mia! ¡qué contento muero! Jesus y María se dignan convidarme á la dulce estancia de los bienaventurados.* Un instante despues, juntando las manos, y fixando los ojos en el crucifixo, pronunció estas palabras: *Jesucristo, Salvador mio, yo te encomiendo mi alma, y la pongo en tus manos*; y entregó dulcemente su espíritu en las de su Criador hácia la media noche del mismo dia, año de 1640, á los cuarenta y tres y once meses de su edad, habiendo vivido veinte y cuatro en la Compañía, y los diez últimos empleándolos en las misiones.

Luego que espiró resonaron en todas las montañas vecinas estas palabras: *el Santo murió*. Toda la pompa de sus funerales fueron las lágrimas de los pueblos comarcanos. Disputóse algun tiempo dónde se le habia de enterrar. Los padres querian llevar el cuerpo al colegio de Puy ó de Turnon, para restituir á los jesuitas lo que parece era suyo; pero piadosamente amotinados todos aquellos pueblos, protextaron, que nunca sufririan se les despojase de un tesoro con que el cielo los habia regalado. Enterráronle en la iglesia cerca del altar mayor, con la precaucion de dar á la sepultura mas de doce pies de profundidad. Los innumerables milagros que obró Dios, y que está obrando cada dia por su intercesion, hicieron glorioso su sepulcro; y el lugar de Lalovescó, que era una infeliz aldea, es ya un pueblo numeroso y célebre por la concurrencia de peregrinos que acuden á él de las provincias mas distantes para venerar las cenizas del santo Apóstol. De todas partes recurren á su proteccion, como á remedio seguro contra las enfermedades mas desesperadas; y la feliz experiencia de una infinidad de curaciones milagrosas, que el Santo ha obrado incesantemente desde que acabó el curso de su apostólica vida, enciende cada dia mas y mas la devocion de los fieles en todos los reynos del mundo, y la viva confianza que tienen en su poderosa intercesion. Esto movió al papa Cle-

mente XI, despues de haberse exâminado y aprobado judicialmente sus virtudes y milagros, á declararle beato por su breve de 8 de mayo de 1716; señalando el dia 24 del mismo mes para su fiesta, y en el propio dia se celebró en Roma con extraordinaria pompa la solemnidad de su beatificacion.

El dia 31 de setiembre del propio año fue elevado el santo cuerpo por el ilustrísimo señor de Berton de Crillon, arzobispo de Viena, en cuya jurisdiccion está Lalovesco, y expuesto sobre el altar mayor en una caxa. Costó dificultad el encontrarle, por el cuidado que se tuvo en ocultarle cuando le enterraron, hasta que en los registros de bautizados, enterrados y casados del señor Bayle, cura de Lalovesco, se encontró una partida donde se expresaba el lugar de la sepultura que se habia dado al santo misionero. Esta partida, copiada auténticamente de dichos registros, dice así:

Este dia último del mes de diciembre del año mil seiscientos y cuarenta, cerca de la media noche, murió en mi cuarto y en mi cama el reverendo padre Juan Francisco Regis, jesuita de Puy, donde estuvo malo seis dias, y fue enterrado el dia dos de enero de mil seiscientos y cuarenta y uno en la capilla, y debaxo de la campana grande de nuestra iglesia de Lalovesco. Y por ser verdad lo firmé hoy tres del mismo mes y año, &c.

***BAYLE**, cura.*

En esta translacion se hizo un repartimiento auténtico de algunas de sus reliquias. Consérvase una costilla del Santo en la iglesia de los jesuitas de Puy, ótra en la de los de Turnon, ótra en la de los de Anonay, ótra en la iglesia del colegio de Viena. En la del colegio grande de Leon se venera una vértebra, ó hueso del espinazo, engastada en un rico busto de plata, y en cada una de las iglesias de los otros dos colegios que tienen los padres en aquella ciudad, se venera otra semejante. Habiendo regalado el señor arzobispo de Viena al colegio de los jesuitas de Aviñon con un hueso del brazo de san Regis, no se puede explicar la devocion y la veneracion con que es adorado de los fieles. Ahora mas que nunca honra el Señor

á su fiel Siervo con la multitud casi infinita de milagros que obra cada dia por su intercesion. La tierra que se saca de su sepultura, llevada por reliquia, y aplicada á los enfermos, hace una multitud de curaciones milagrosas; confirmándose cada dia mas con nuevos prodigios el poder que tiene el Santo con Dios, como lo reconoció el sumo pontífice Clemente XI, que gobernaba entonces la Iglesia con tanta prudencia y dignidad, en su breve de la beatificacion del bienaventurado Juan Francisco Regis, expedido en 8 de mayo de 1716, que dice así:

"El Espíritu santo nos enseña que se debe tributo de »alabanzas á aquellos varones gloriosos, ricos de virtu»des, que se hicieron ilustres en sus naciones; esto es, »á aquellos santos y escogidos del Señor á quienes plu»gó la divina Providencia adornar con los dones mas bri»llantes de sus diferentes gracias. Como entre estos ilus»tres varones haya querido la misma divina Providencia »que resonase en todas partes la gloria del siervo de Dios »Juan Francisco Regis, religioso y presbítero de la Com»pañía de Jesus; el cual revestido de la virtud de lo al»to, y llevando el yugo del Señor desde su adolescencia, »unió siempre la austeridad de la mortificacion al candor »de la inocencia; hombre verdaderamente apostólico, cu»yo corazon dilató incesantemente el Espíritu santo para »que se mostrase en todo, como lo hizo, digno ministro »del Señor, por mucha paciencia en las tribulaciones, en »las necesidades, en las extremas angustias, en los gol»pes, entre los trabajos, por las vigilias y por los ayunos, »por la ciencia, por la mansedumbre, y sobre todo, por »una caridad sincera para con Dios y para con el próxi»mo, de la cual vivia maravillosamente abrasado: de ahí »es que nosotros faltaríamos á las obligaciones del ponti»ficado, á cuya dignidad, aunque muy superior á nues»tros méritos y á nuestras fuerzas, fue el Señor servido »de elevarnos, si no empleáramos la potestad que se nos »ha concedido de lo alto en aumentar el culto y la vene»racion de este Siervo de Dios, para gloria del Señor, pa»ra ornamento de la Iglesia católica, y para edificacion »del pueblo cristiano. Habiendo, pues, examinado y pen»sado con diligencia y con madurez todos los procesos »é informaciones jurídicas, hechas por nuestros venera-

»bles hermanos los cardenales de la congregacion de los »sagrados Ritos, en órden á la santidad y virtudes herói»cas del siervo de Dios Juan Francisco Regis, como tam»bien de los milagros que se aseguraba haber obrado Dios »por su intercesion, y para manifestar á los hombres su »santidad... Concedemos... por la autoridad apostólica, y »por el tenor de las presentes que dicho siervo de Dios »Juan Francisco Regis sea de hoy en adelante llamado »con el nombre de beato; que su cuerpo y sus reliquias »sean expuestas á la veneracion de los fieles... Y que cada »año el dia 24 de mayo se rece el oficio, y se diga misa »de confesor no pontífice; por cuanto el dia 31 de di»ciembre, en que el Siervo de Dios rindió el espíritu á »su Criador, y muchos de los siguientes, están ocupa»dos, como se sabe, &c.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion que compuso el mismo papa que le beatificó, es la siguiente.

Deus, qui ad plurimos pro salute animarum perferendos labores beatum Joannem Franciscum confessorem tuum, mirabili charitate, et invicta patientia decorasti: concede propitius, ut ejus exemplis instructi, et intercessionibus adjuti, æternæ vitæ præmia consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que adornaste con una admirable caridad, y con una invencible paciencia á tu confesor el bienaventurado Juan Francisco, para que pudiese sufrir tantos trabajos por la salvacion de las almas; concédenos benigno, que enseñados de sus exemplos, y protegidos con su intercesion, merezcamos el premio de la vida eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capít. 31. *de la Sabiduría, y la misma que el dia XII, fólio* 234.

NOTA.

»Asegura san Gerónimo en una de sus epístolas, que »vió un exemplar hebreo del libro de donde se sacó esta »epístola, no con el título *del Eclesiástico*, sino con el de »*Parábolas ó proverbios.* Y san Agustin notó en el lib. 17. »de la Ciudad de Dios, que Salomon no solo da en él lec»ciones para arreglar las costumbres, sino que tambien »profetiza varias cosas en muchos lugares.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no coloca su esperanza en el dinero, ni en los tesoros. Necesariamente ha de tener poco entendimiento y menos religion el que se apoya sobre fondos tan caducos. ¿Qué mérito dan las riquezas al que no tiene entendimiento ni virtud? Y aunque tenga el primero, si le falta la segunda, ¿de qué le servirá? Una estátua de oro, nunca es mas que una estátua. No hay estado mas peligroso para la salvacion que el de los ricos. Las honras embelesan, la abundancia atolondra, y el regalo de una vida deliciosa embriaga. Yo, dice el Señor por el Profeta, quise disipar todos esos embelesos, y haceros volver de vuestras ilusiones; os hablé cuando todo se os mostraba risueño en medio de vuestra prosperidad y de vuestra abundancia: *Et dixisti non audiam*, y siempre os hicísteis sordos á mi voz. Los dias que llama el mundo felices no son ciertamente dias de conversion; el tiempo de prosperidad no es la sazon mas propia para la penitencia. Los consejos mas saludables, las exhortaciones mas eficaces, las reflexîones mas convincentes hacen poca fuerza á un corazon lleno de tesoro: *Pauperes evangelizantur.* La docilidad á la fe, y el rendimiento á la gracia no son las virtudes que mas se pueden esperar de los hombres vanos. Una dama profana, y un hombre rico dexan al pobre vulgo el aprecio y el exercicio de las máxîmas del evangelio; las del mundo son mas de su gusto; ¿pero cuál será su suerte eterna? ¿tendrán parte en la estancia dichosa de los bienaventurados? ¡Mi Dios, y qué poco se conocen las utilidades de una vida humilde y necesitada! Es cierto que la pobreza espanta; pero con toda la condicion de los pobres puede ser un rico mineral de merecimientos y de felicidades. Menos expuestos á los peligros que acompañan á los ricos, son humildes casi de necesidad, y están mas dependientes de Dios, porque viven de su prudencia. ¡Oh, y de cuántos estorbos de la salvacion se hallan exêntos! Si conocieran bien lo mucho que vale su estado, se tendrian por dichosos en no haber nacido entre los peligros del esplendor y de la abundancia. Las

riquezas producen mas espinas que rosas; ni apenas se pueden coger sus flores sin picarse. ¡Quién ignora que la condicion de los pobres fue ennoblecida por la eleccion que hizo de élla Jesucristo! En su mano estuvo nacer y vivir con la mayor opulencia; pero prefirió el estado de pobre. ¿Si sería por ignorancia, ó por falta de espíritu? Pero si fue por alta disposicion de su divina sabiduría, ¿serán los pobres los peor librados? ¿y tendrán razon para quejarse del estado que los cupo en suerte?

El evangelio es del cap. 12. *de san Lucas, y el mismo que el dia XIII, fólio* 236.

MEDITACION.

De la caridad con los pobres.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la caridad en el sentido en que ahora la tomamos, es hablando propiamente, efecto de una virtud moral y cristiana, que consiste en socorrer al próximo en sus necesidades con la limosna, con el consejo y con los buenos oficios. Esta virtud, segun la doctrina del mismo Jesucristo, nace del amor que se tiene á Dios, y segun la misma doctrina, ha de ser el distintivo de todos los cristianos. *In hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis*: La señal por donde todos conocerán que sois discípulos mios, será si os amais únos á ótros. Esta caridad benéfica y liberal tiene siempre abiertas las manos para socorrer al próximo en sus miserias. Quiso la divina Providencia que se conservase entre los hombres la caridad por el recíproco comercio de asistencia, y socorro que mútuamente se dan únos á ótros; pero este comercio no es precisamente voluntario, y de pura benevolencia; es en algunos casos de justicia y de obligacion indispensable. Si naciste en medio del esplendor y de la abundancia, no lo debiste á tu industria, ni á tu mérito: Dios dispuso la diversidad de condiciones; y cuando quiso que unos naciesen necesitados de todas las cosas, encargó qúe los socorriesen en éllas á los que proveyó con abundancia de

todo; de manera, que favoreciendo á éstos, no se olvidó de aquéllos, pues los puso al cuidado de los ricos. Son las riquezas beneficios á título oneroso; los pobres tienen derecho á éllos; y si la divina Providencia se los concedió á los ricos, fue con el gravámen y condicion precisa de que los pobres habian de entrar en sus rentas á la parte; y de esta manera proveyó á las necesidades de todos. Es Dios dueño absoluto y supremo de nuestros bienes; como á tal le debemos tributo; y no queriendo, por decirlo así, recibirle en sus arcas, hace cesion de él en favor de los pobres. El socorrer, pues, á éstos, no solo es debido á título de caridad, lo es tambien á título de justicia, porque Dios no te hizo rico precisamente para ti solo, sino juntamente para beneficio de los pobres. ¡Mi Dios, qué poco conocida, y qué poco abrazada es esta verdad! ¡qué poca caridad hay en el mundo! Y siendo esto así, ¿tendrá Jesucristo muchos discípulos verdaderos entre los cristianos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la verdadera caridad no se limita únicamente á esto que se llama limosna; es muy ingeniosa y encuentra mil industrias para aliviar á los afligidos. Cuando faltan las riquezas, no faltan los buenos oficios, los obsequios, ni las diligencias. Nunca sabe estar ociosa su actividad. En vano procuran el honor y la vergüenza sepultar en las tinieblas la necesidad de las honradas familias; á la fina caridad no se la ocultan aun las miserias mas invisibles; ninguna se esconde á su solícita vigilancia. Los enfermos mas asquerosos, los mas abandonados, tienen por élla no sé qué oculto actractivo. Penetra las prisiones, y sabe abrirse las puertas de los mas profundos calabozos. ¡Qué no puede, y qué no hace un zelo animado de la caridad! Pero aún mucho mas excitan su compasion las necesidades espirituales, que las corporales. Esta caridad cristiana es la que enciende aquella misteriosa lámpara, con la cual los verdaderos discípulos de Cristo alumbran á todos aquellos que están envueltos en las tinieblas del pecado. Aquel ardiente, infatigable y generoso zelo, que, por decirlo así, devora á todos los fieles

siervos de Dios, efecto es de la caridad cristiana. Considera los inmensos trabajos de aquellos hombres apostólicos que sacrificaron su sosiego, su salud y su misma vida por la salvacion de las almas. Basta solo un Regis para que comprendas lo mucho que puede una ardiente caridad, junta con un ayuno riguroso y contínuo, en un pais verdaderamente horrible, en el rigor de la estacion mas cruel, con trabajos y con fatigas, que apenas caben en la imaginacion. Todo su fin era instruir á los pobres, y santificarlos; á esto se reducia todo el motivo de su zelo. No le movia, no, ni el esplendor de las funciones, en que exercitaba su ministerio, ni la brillantez, ó el estruendo de las personas en quienes lograba tan portentosas conversiones. Unas humildes chozas, escondidas entre las profundas simas, ó entre las espantosas quebradas de las mas ásperas montañas, y habitadas de unos miserables paisanos, eran todo el teatro de su inflamada caridad, pero de una caridad verdaderamente sobrenatural; porque ningun otro fuego que el del divino amor podia encender aquel heróico zelo, ni abrasar aquel noble corazon. Cotejemos aquella caridad con la nuestra; y si éste ha de ser el distintivo que nos dé á conocer por verdaderos cristianos, consideremos si en virtud de él podremos esperar que Jesucristo nos reconozca por sus discípulos verdaderos.

Alcánzadme, ó bienaventurado Regis, aquella caridad, aquel amor á mi próximo que poseísteis vos en grado tan eminente. Ni vuestra intercesion, ni el crédito que lograis para con Dios se limitan á las necesidades corporales; sin comparacion os mueven mucho mas las espirituales. Conseguidme, pues, del Señor una caridad perfecta, en virtud de la cual ame á mi Dios sobre todas las cosas, y al próximo por el amor de mi Dios.

JACULATORIAS.

Beatus qui intelligit super egenum, et pauperem: in die mala liberavit eum Dominus. Salm. 40.

Dichoso aquel que atiende á las necesidades del menesteroso y del afligido; cuando él mismo se vea en aficcion logrará el consuelo y la asistencia del Señor.

Ure renes meos, et cor meum, Domine. Salm. 25.

Señor, abrasad mis entrañas y mi corazon con el fuego de vuestro amor.

PROPOSITOS.

Es señal de un buen corazon tener compasion de los afligidos. El que se muestra duro en los trabajos de ótro, es poco agradecido á los beneficios de Dios. No es tierno con Dios el que no lo es con el próximo. Conviene, pues, que la caridad sea tu amada virtud. Préciate de tener un corazon tierno y compasivo, singularmente con los pobres; pero ten presente que la verdadera compasion, primer fruto de la caridad, no consiste en ternuras exteriores, ni en lágrimas estériles; pide necesariameute socorros efectivos. Cuando la limosna acompaña á la compasion, la compasion es aún mas apreciable que la misma limosna. Junta siempre que puedas estos dos frutos de la caridad. Ama á los pobres, hónralos como á porcion escogida del rebaño de Jesucristo, y no malogres ocasion alguna de socorrerlos.

2 Para aliviarlos hay diferentes medios. No solo se les puede socorrer con la limosna, sino con el consejo, con los buenos oficios, y con la doctrina saludable. Á un pobre encarcelado, á un enfermo, al que su pobreza y su honra le tiene encerrado entre cuatro paredes, le consuela mucho una visita: todas estas obras de misericordia son otras tantas limosnas. Llevará Dios la cuenta de éllas, y en el gran dia del juicio estos serán los títulos y los méritos que tendrá presentes para premiar á los escogidos.

DIA VEINTE Y CINCO.

Santa María Magdalena de Pazzis, carmelita de la regular observancia.

Santa María Magdalena, de la ilustre casa de Pazzis en el ducado de Toscana, tan recomendable por su religiosa vida, como por su santidad, fue hija de Camilo de Geri de Pazzis, y de María Lorenza de Baudemont. Nació en Florencia el segundo dia de abril del año 1566; y en el bautismo recibió el nombre de Catalina. Muy presto se conoció que Dios la habia prevenido con su particular bendicion desde la cuna. Fue niña, pero nunca lo pareció; anticipóse la razon á la edad; y la gracia, por decirlo así, se anticipó á la razon. Exênta de las ordinarias inclinaciones de los niños, para élla no habia otro entretenimiento que la oracion. Si la querian divertir, era menester llevarla á la iglesia, ó leerla la vida de algun santo. Cansaba á su aya tanta devocion; pero al mismo tiempo la admiraba como á todos sus parientes.

Debió al cielo un natural apacible, un genio docil, pero acompañado de una seriedad, y de una reserva tan grata y tan atractiva, que sin libertad la amaban y la veneraban cuantos la conocian. Parecia haber nacido con un ardiente amor á Jesucristo, y con una ternura singular á la santísima Vírgen, segun se hacia sensible á todos la devocion que profesaba al Hijo y á la Madre. Favoreciόla Dios con el don de oracion antes de saber leer, ni tener edad para aprenderlo. Pasaba en élla horas enteras, y preguntada, qué hacia en el oratorio, respondia: *Pido á mi buen Dios que me enseñe lo que debo hacer para agradarle.*

Entre los siete y ocho años de su edad la comenzó á confesar el padre Rosi, de la Compañía de Jesus, que fue despues de toda su confianza, y desde enton-

ces la encontró ya diestra en el exercicio de la oracion. En este comercio espiritual que tenia con su Dios, aprendió sin duda las pequeñas industrias de que se valia para mortificarse, tan imperceptibles, que se escapaban á toda la advertencia de su aya. De la sobriedad que comenzó á practicar pasó muy presto á la abstinencia, y era menester mucha observacion para notar que ayunaba, y para interrumpirla los ayunos. Ni su madre, ni su director tenian otra cosa que hacer en su gobierno sino moderar sus penitencias.

Nada afligia tanto á la santa Niña como no verse admitida á la sagrada mesa de Jesucristo, á título de su corta edad, sin poder disimular la santa envidia con que miraba á las ótras, que por sus años gozaban este privilegio. Atendiendo el confesor á sus ansias, á su virtud y á su razon despejada, se determinó finalmente á consolarla, y á los diez años la permitió la sagrada comunion. Conseguida esta gracia, juzgó no habia en el mundo dicha comparable con la suya, y no sabiendo cómo agradecerla, resolvió consagrar á Dios su virginidad, como lo hizo con voto, y desde entonces se consideró como casta esposa suya.

Esta nueva prerogativa la inspiró nuevos deseos de padecer, para hacerse mas agradable á su divino Esposo. Desde los doce años de su edad comenzó á dormir sobre la desnuda tierra, y macerar su delicado cuerpo con todo género de penitencias. La vista de Cristo crucificado la excitaba cada dia alguna nueva invencion para mortificarse. Ademas del cilicio que contínuamente traia, hizo una corona de espinas muy puntiagudas, que apretó fuertemente á la cabeza, y pasó toda una noche en este cruel tormento. Era muy ingenioso el amor de Dios en esta tierna doncellita para inventar industrias con que mortificar sus sentidos, encontrando materia de algun sacrificio en todo cuanto ocurria.

Por este tiempo el gran duque de Toscana hizo gobernador de la ciudad de Cortona á Camilo, padre de la santa Niña, con cuya ocasion, por consejo del padre Blanca, rector del colegio de Florencia, pidió, y obtuvo el consentimiento de sus padres para quedarse por educanda en el monasterio de san Juan Bautista de la

misma ciudad. Creció el fervor con el retiro; y llamaba al convento su paraiso terrenal por la comodidad que tenia de adorar cada hora á su celestial Esposo en el sacramento del altar. Por su gusto pasaria todas las noches en el coro, de donde nunca la retiraban sin hacerla mucha violencia, porque tenia todas sus delicias en hacer contínua corte á Jesucristo. Por eso cuando la buscaban, ya se sabia que la habian de encontrar en la iglesia. Pero habiendo vuelto sus padres á Florencia, se vió precisada á dexar aquella dulce habitacion. Costó muchas lágrimas la separacion, tanto á las religiosas, como á la niña; pero nada la afligió mas que la resolucion que tomaron sus padres de casarla. Aunque tenia solos quince años era ya muy pretendida, aun mucho mas por su virtud, que por sus grandes bienes, por su nobleza y por su hermosura. Pero quedaron iguales todos los pretendientes, porque declaró á sus padres el voto que tenia hecho de ser religiosa, y de no admitir otro esposo que Jesucristo. Como aquéllos eran muy virtuosos, y su vocacion tenia tantas pruebas de legítima, no ocurrió embarazo que la detuviese. Dexóse á su arbitrio la eleccion del convento, y prefirió el de las carmelitas á todos los demas, precisamente porque comulgaban todos los dias. Entró, pues, en el convento de santa María de los Ángeles, el año de 1582, casi á los diez y seis años y medio de su edad; y pasadas las primeras pruebas, cuando se juzgaba ya en vísperas de tomar el hábito, fue llevada otra vez á casa de sus padres, donde padeció por tres años grandes y terribles combates; pero saliendo victoriosa de todos éllos, la restituyeron al convento. Luego que se vió en él, olvidó enteramente todo lo que olía á carne y sangre, dexando hasta el propio nombre de Catalina, que trocó en el de Magdalena; y resuelta á no dexarse ver de persona alguna de fuera, hizo del claustro su sepulcro, enterrándose en vida dentro de él.

Al despojo universal de todos los bienes exteriores acompañó el sacrificio de su propia voluntad. Sin embargo de estar tan loablemente acostumbrada en el siglo á tanta oracion, y á tan rigurosas penitencias, luego que se vió novicia no deliberó un punto en con-

formarse en todo con la vida comun. Sujetóse rendidamente á todas las menudencias de la regla, olvidando por éllas sus devociones particulares, y huyendo cuidadosamente de toda singularidad. Ninguna novicia comenzó la vida religiosa con mayor fervor, y ninguna en breve tiempo hizo mayores progresos en élla. En menos de seis meses era ya una religiosa perfecta por su devocion, por su íntima union con Dios, por su puntualidad y por su mortificacion. Desmayaba el fervor de las mas ancianas á vista de su virtud. Era novicia Magdalena, y á todas las proponian por modelo para la imitacion. Suspiraba cada instante por el dichoso dia en que habia de consumar el sacrificio; pero se dilató la ceremonia por su grave enfermedad, que la puso á las puertas de la muerte. Profesó, en fin, el dia 27 de mayo, fiesta de la santísima Trinidad, y profesó con tanta devocion, tan abrasada del divino amor, que por muchas horas estuvo arrebatada en éxtasis. Este fué el preludio de aquellas gracias tan extraordinarias, de aquellos raptos tan frecuentes con que Dios la favoreció. Los dos años inmediatos á su profesion se pasaban pocos dias sin estar arrebatada por cuatro y por seis horas en dulces amorosos éxtasis, el cuerpo inmoble, los ojos levantados al cielo, ó clavados fixamente en la imágen de un crucifixo, el rostro inflamado en el fuego del divino amor, tan apacible y tan risueño, que mostraba bien los deliciosos consuelos en que se inundaba su alma. En esta postura se la oia exclamar frecuentemente: *¡O amor, ó divino amor! ¿será posible que las criaturas te conozcan, y no te amen?* Las contínuas lágrimas que vertian sus ojos en estas ocasiones, eran indicios de que su corazon ardia en aquel divino fuego, que vino el Salvador á encender en el mundo, con deseo de abrasarle en él. Muchas veces salia fuera de sí corriendo por los tránsitos del convento, y por las calles de la huerta, y tomando sus voces á la esposa de los Cantares, decia toda arrebatada; *Buscando voy al que ama mi corazon. ¿Habeis visto al amado de mi alma? No dexaré de buscarle hasta que le encuentre.* Y ótras exclamaba: *Yo vivo; pero ya no vivo yo; Jesucristo vive en mí.* Con dificultad se habrán visto efectos mas sensibles del amor

de Dios, que los que se palpaban en aquella alma feliz, siendo preciso muchas veces obligarla á que tuviese metidas las manos en el yelo para templar sus ardores.

Parece que el Señor tenia sus delicias en instruirla por sí mismo durante aquellas íntimas comunicaciones. Al volver un dia de un éxtasis muy dilatado la ordenaron el confesor y la prelada, que dixese lo que Dios la habia dado á entender en aquel rapto, y que declarase lo que la habia enseñado. "Enseñóme, dixo, mi divino Maestro á que guardase con un sumo cuidado, y con una extrema vigilancia la pureza del corazon y la santa simplicidad. Infundióme tan elevado concepto de la virginidad, que no acierto á explicarlo con palabras. Ordenóme que hiciese cada obra particular como si fuese la última de mi vida; que nunca indagase lo que hacian las demas, ocupándome única y totalmente en lo que me tocaba á mí; que mantuviese siempre un mismo humor inalterable; un grande agrado con toda suerte de personas, y que jamás se me escapase palabra alguna que oliese á lisonja ni á vanidad; que procurase ardientemente servir á mis hermanas, considerándome como si fuese criada de todas; que hiciese infinito aprecio hasta de las reglas mas menudas, persuadida á que todas eran de suma importancia, y á que en la exácta observancia de todas ellas consistia la perfeccion religiosa; que jamás hablase de los favores que me hacia, ni de las cosas de mi interior, sino con las personas que tenian á su cargo mi gobierno; que nunca perdiese de vista la pasion de Jesucristo; y en fin, que tuviese una insaciable hambre de la divina Eucaristía, llegándome cada dia con nuevo fervor á la sagrada mesa, y visitando todos los dias treinta y tres veces el santísimo Sacramento, menos que me lo impidiese la obligacion de la obediencia."

Dixo un dia á la prelada como la ordenaba el Señor, que en adelante solo se mantuviese con pan y agua; desaprobó la superiora esta singularidad, y la ordenó que comiese lo que comian las demás; pero desde entonces no la fue posible pasar ni un solo bocado de otra vianda, y en lo restante de su vida solo se sus-

tentó con lo que Dios la habia ordenado. Consiguió licencia para andar con los pies descalzos, y nunca se dispensó en esta penitencia, por riguroso que fuese el invierno. A pesar de la delicadeza de su cuerpo, consumido con casi contínuas enfermedades, dormia constantemente en la dura tierra, sin desnudarse jamás un áspero cilicio, y una cadenilla que traia á raiz de sus inocentes carnes.

Pero no fueron estas mortificaciones las que mas la dieron que padecer. Queria el Señor purificar todavía aquella alma en el fuego de la tribulacion, y aumentar por este camino muchos grados á sus merecimientos. Entregada por espacio de cinco años á las mas violentas tentaciones, y á las mas terribles pruebas, parecia haberla dexado su Esposo enteramente á merced del furor de los demonios. Cesaron de repente los contínuos favores con que el Señor la regalaba, tan olvidada al parecer de éllos, como si jamás los hubiera recibido; hallóse su espíritu poseido de una desolacion, de una aridez, de una sequedad extrema, una violencia, un total disgusto á todos los exercicios de devocion; un tédio insoportable á la oracion; un levantamiento general de todas las pasiones, con una batería de ciertas tentaciones, las mas desconocidas á la castísima Vırgen, y las que mas la afligian y humillaban; una especie de horror involuntario á la vocacion, y un torbellino de pensamientos terribles, de imaginaciones congojosas, todo con tentaciones de blasfemia y de desesperacion, con dolores universales y agudísimos en todo el cuerpo; fantasmas horribles, que no la permitian un instante de reposo, ni de dia ni de noche, sin intermision y sin consuelo. Desolada, despreciada, abandonada; con razon se puede dudar si era posible martirio mas cruel. Sosteníala verdaderamente la gracia; pero en tan doloroso estado apenas la sentia. Con todo eso en nada se desmintió á sí misma la fidelísima Magdalena; despues de su contínuo recurso á Dios, todo su consuelo era la proteccion de la santísima Vírgen. Viósela muchas veces, durante aquellos excesos de desolacion y desamparo, correr apresurada á los oratorios y capillas reservadas del convento, y des-

haciéndose en lágrimas, abrazarse estrechamente con alguna imágen ó estátua de esta Señora. Pero la prueba mayor de la magnanimidad de aquella alma fue el oirle exclamar en medio de sus trabajos: "Señor, aunque me sería tan dulce la muerte para librarme de tantos tormentos, no, mi Dios, no me dexeis tan presto morir para que se me dilate el padecer: *Non mori, sed pati.*"

Cuanto mas crecian sus penas, su sequedad y sus congojas, mas puntual y mas exácta era en todos los exercicios espirituales. Habia pedido, y habia conseguido licencia para hacer los mas baxos oficios de la casa, y todos los hacia con la mayor exáccion. Ni de dia, ni de noche se apartaba, en cuanto podia, de la cabecera de las enfermas, sirviéndolas en las cosas de mayor abatimiento, y tenia particular gusto en ayudar á las hermanas legas en todas las ocupaciones correspondientes á su humilde estado. Honraba y veneraba tanto á todas las monjas, que muchas veces se postraba y besaba devotamente el suelo donde éllas habian puesto los pies. Parece que no podia ascender á mas la caridad, la mortificacion y la humildad de nuestra Santa, por lo que quizá tampoco habrá dispensado el Señor á otra alma mas regalados, ni mas insignes favores.

Sucedió la calma á la tempestad, y la hermosa alegre luz á las tristísimas tinieblas. Aparecióséle el Señor, acompañando su presencia sensible con tan celestiales consuelos, que en un instante la hicieron olvidar todos los tormentos pasados. Desde allí adelante todos fueron éxtasis, todos excesos de amor, abrasada contínuamente de éllos en un modo muy sensible. Su grande máxima era ésta: *Amar á Dios, y aborrecerse á sí misma*; y añadia: *En esto consiste la perfeccion.* No obstante el ardiente deseo que tenia de hacer grandes cosas por su Dios, el Señor la ordenó que en lo sucesivo huyese de toda singularidad, y se reduxese en todo á la vida comun. Hízolo; pero al mismo tiempo elevaba las obras mas ordinarias, haciéndolas por motivos tan puros y tan perfectos, que cada instante crecia en gracia y en merecimiento. Ex-

clamaba frecuentemente en la oracion y en sus ordinarios éxtasis (*Rom.* 8.): *¿Quién me separará del amor de Jesucristo? ¿la tribulacion, la tentacion, las angustias? Todas las cosas del mundo me parecen estiércol por ganar á Jesucristo. El Señor me enseña con sus lecciones, y vela en mi conversion* (*Philip.*), *¿quién me podrá hacer daño?* Arrebatada un dia de estos extáticos excesos, corrió acelerada á un altar de la santísima Vírgen, inflamado el rostro en aquel celestial fuego que abrasaba su corazon; y postrada en tierra, hizo esta tierna oracion: "Purísima Vírgen, madre de Dios, yo me »ofrezco y me sacrifico toda á vos para siempre, y »sin reserva; desde este punto en adelante vos seréis mi »madre. Despues de Dios en vos pongo toda mi confianza; »dignáos mirarme como á la menor de vuestras hijas, »no por eso dexaré de ser la menor de vuestras hu»mildes siervas. Jesus, María; este es todo mi tesoro y »todo mi consuelo."

Ninguna alma religiosa tuvo mayor, ni mas justo concepto de la felicidad de su religioso estado; besaba muchas veces al dia las paredes del convento; y decia: Que si se conocieran bien la dulzura y la felicidad, y las conveniencias de la religion, se despoblaria el siglo. Comíala, ó la devoraba el zelo de la salvacion de las almas; todos los dias hacia oracion, y varias penitencias por la conversion de los pecadores; pero la Cuaresma con especialidad era para élla el tiempo de las lágrimas y del martirio.

Aunque tan jóven, y siempre muy enferma, la encomendaron los principales oficios de la casa; fué directora de las jóvenes, por mucho tiempo maestra de novicias, y al cabo superiora de la comunidad, por eleccion de toda élla. No se puede dignamente admirar la vigilancia, la exâctitud, la discrecion, la suavidad y la caridad con que desempeñaba las obligaciones de tan diferentes empleos; haciendo conocer á todos, que reyna muy presto en una comunidad religiosa el fervor y la observancia, cuando los que la gobiernan mandan mas con el exemplo, que con las palabras. En siendo los superiores santos, todo va bien en los conventos.

Favoreció el Señor á su Sierva con los dones mas singulares; tuvo el de milagros y el de profecía. Luego que espiró en Roma san Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesus, vió Magdalena en un éxtasis el sublíme grado de gloria que gozaba en el cielo.

Miéntras tanto iban creciendo cada dia sus dolores y sus enfermedades, sin que apenas se pudiese comprender cómo un cuerpo tan delicado podia resistir á tantos males. Aumentóse la violencia en la postrera enfermedad; padecia excesivos dolores en todo el cuerpo, sin que con ningun remedio pudiese recibir el menor alivio. *Espero morir en la cruz* (decia élla) *á exemplo de mi divino Salvador. ¡Cierto que sería buena gracia el que baxase de élla!* decia á una monja que la consolaba. Solamente cuando recibia la divina Eucaristía se la aliviaban por algunos instantes sus vivos dolores; pero en medio de éllos nunca perdió su apacibilidad, su tranquilidad, ni su paciencia. Consumida en fin aquella bienaventurada víctima, mas á violencia de los incendios del divino amor, que al rigor de la enfermedad, rindió el espíritu á su Criador, para recibir el gran premio que la estaba destinado, el dia 25 de mayo del año de 1607, á los cuarenta y uno de su edad, despues de haber vivido 25 en el monasterio.

Inmediatamente despues de su muerte dió el cielo grandes pruebas de la gloria que gozaba, no solo por los muchos milagros que obró y está obrando el dia de hoy en su sepulcro, sino por la incorruptibilidad del santo cuerpo, que pasó á ser objeto de la pública veneracion, desde que Urbano VIII. la beatificó el año de 1626; y Alexandro VII. la puso solemnemente en el catálogo de los santos en el de 1669 con las ceremonias acostumbradas.

La misa es del Comun de las vírgenes, y la oracion la que sigue.

Deus, virginitatis amator, qui beatam Mariam Magdalenam virginem, tuo amore succensam, cœlestibus donis decorasti: da, ut, quam festiva

O Dios, amador de la virginidad, que adornaste con dones celestiales á la bienaventurada vírgen María Magdalena, encendida en el fuego de tu divino

celebritate veneramur, puritate et charitate imitemur: Per Dominum nostrum...

amor; concédenos que imitemos en el amor y en la pureza á la que hoy celebramos con tanta solemnidad: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 *y* 11 *de la segunda de san Pablo á los corintios.*

Fratres: Qui gloriatur in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vas uni viro, virginem castam exhibere Cristo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Oxalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo, por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

"En el año de 57 de Cristo escribió san Pablo en Ma»cedonia esta carta á los fieles de Corinto, como ya te»nemos dicho; y la remitió el Apóstol por Tito y por san »Lucas, á los cuales se juntó Apolonio, enviado de san »Pablo para recibir las limosnas que á Timoteo le habian »dado los de Corinto."

REFLEXIONES.

No el que se recomienda á sí mismo merece ser aprobado, sino aquel á quien Dios recomienda. Ninguna cosa acredita mas el limitado entendimiento de un hombre, y su mucho mas limitado mérito, que el alabarse á sí mismo; vanidad tan grosera, que hace sumamente despreciable al que pretende darse á estimar por élla. La verdadera virtud y el verdadero mérito aborrecen las alabanzas; no se apacienta de humo, ni de lisonjas forasteras; aliméntase, por decirlo así, de su propio xugo.

Es la vanidad una pasion muy necia; á todos se hace

odiosa; pero nunca enfada mas que cuando se disfraza con máscara de piedad, y procura domesticarse con la devocion. El orgullo mas delicado y mas sutil sabe tal vez cubrirse con los andrajos de la humildad; remeda el ayre y el tono de esta virtud; se vale y se sustenta de sus privilegios. Ningun vicio hace representar tantos papeles; no hay virtud que deba fiarse de él, y apenas hay ótro de quien menos se desconfie. Á quien solo tiene la corteza de la virtud, ésta le parece insípida; el orgullo es la sal que la sazona.

Dedícase uno á la virtud con gusto, mientras saca de élla algun provecho; por mas que se diga que solo se busca la gloria de Dios, nunca perdemos de vista la nuestra. Aquellas obras de caridad que nos dan mas estimacion, por penosas que sean, esas se nos hacen las mas fáciles; por lo menos esas solas son las que siempre se juzgan indispensables. Mientras la virtud es aplaudida, nada se hace dificultoso en su exercicio; toda la dificultad está en aquellas virtudes que se practican á obscuras y en secreto. ¡Cosa extraña! aquellos mismos que escriben mejor contra la vanidad, no siempre son los que están mas reñidos con élla. No pocas veces el orgullo pelea contra el orgullo; comunícase este veneno aun á su mismo antídoto; tal vez en el mismo exercicio de la humildad se esconde la mas fina presuncion.

Dícese que nada se hace, ni se pretende hacer por ostentacion; pero al mismo tiempo no disgusta que se vea la buena obra que se hace. Quiérese ocultar (por lo menos así se dice) lo poco bueno que se hace; pero fácilmente se perdona á los que lo publican. La accion fatiga, pero lisonjea; especialmente cuando los muchos que nos buscan acreditan en esto mismo su confianza, y la estimacion que hacen de nosotros. Siéntese no sé qué secreta complacencia de parecer hombre necesario. ¿Será Dios el único objeto, el puro motivo de tantas fatigas? á la verdad parece que se le dá la propiedad; pero se reserva el usufruto. Acompaña el orgullo hasta la victoria del orgullo mismo; de todo se mantiene, de todo se sustenta; hasta la misma humildad le sirve de alimento. Háblase de sí mismo con desprecio; pero bien entendido que las mismas expresio-

nes de abatimiento que se usan, deben reputarse por otro nuevo mérito; por eso no se mira con buenos ojos á los que creen nuestra humilde confesion sin mucha dificultad. La falsa modestia es refinamiento mas subido de la vanidad, la cual quiere crecer aun por medio de la misma virtud, que es mas contraria á élla. En una palabra, desean los hombres ser tenidos por humildes, pero sin serlo. Aquéllos que verdaderamente lo son, se afligen de que los tengan por tales. *Qui gloriatur, in Domino glorietur*: el que se gloría, gloríese en el Señor.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem facientes sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro: quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt, et reliquæ virgines, di-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reyno de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de éllas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceyte; pero las prudentes tomaron aceyte en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dixeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceyte, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la

centes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

puerta. Al fin, llegan tambien las demas vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las reponde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Del desprecio de las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO.

Considera que apenas hay error mas pernicioso, y con todo eso apenas hay otro mas comun que temer poco las faltas pequeñas, y hacer poco aprecio de las obligaciones menudas. La delicadeza de conciencia en este particular suele reputarse por cierto vano temor de una alma pusilánime; y la escrupulosa puntualidad en cosas pequeñas se tiene por prueba de una capacidad muy limitada. Dícese que un entendimiento despejado pierde de vista estas menudencias, y que la verdadera virtud nunca depende de un cúmulo de menudas observancias que envilecen el ánimo, hacen tedioso, y aun grosero el comercio de la vida, y lejos de fomentar la devocion, la descarnan y la desecan. Sobre este falso principio se da gusto en todo al amor propio, se condesciende con las pasiones, se lisonjea á los sentidos, y se huye de toda servidumbre. Esperan las vírgenes al esposo; pero se descuidan en proveer sus lámparas, porque no piensan que ha de venir tan presto. Despues de todo, no parece muy grave este descuido; ¡ pero, buen Dios, qué consecuencias no se siguieron de él! No quiso ni aun verlas el esposo celestial. Dícese que no es cosa de importancia una faltilla, una regla de poca monta, una ligera inspiracion, que no puede importar mucho el despreciarla. Pero qué, ¿puede haber cosa pequeña en las que se refieren á un Dios tan grande, y cuando se trata no menos que de agradarle ú desagradarle? Desagradar un poco á Dios, ¿ será poco respecto de nosotros? No hay cosa pequeña en todo lo que puede contribuir á un negocio tan grande como el de

nuestra salvacion, ó nuestra perfeccion. No hay cosa pequeña en todo lo que nos puede hacer ganar, ó perder un grado de gloria eterna. No es pequeña cosa ser constantemente fiel en las cosas mas pequeñas. Es prueba de grande amor querer dar gusto en todo á la persona que se ama, y huir de desagradarla en la mas mínima cosa. No querer dar gusto á Dios sino en las materias graves, contentarse con guardar sus mandamientos, es prueba de que se le teme mucho, pero tambien lo es de que se le ama poco. Témese el infierno con un temor servil, cuando solo se piensa en guardar los mandamientos, y en todo lo demas no se repara en disgustar á Dios á sangre fria. Pero si no hubiera infierno, ¿guardarian los mandamientos estos siervos infieles y cobardes? ¡Mi Dios, y cuántos se encontrarán de éstos, que solo os temian con un temor servil, cuando quitada la máscara y el disfraz se presenten en vuestro tribunal!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que se engañan enormemente todos aquellos que piensan guardarán todo lo que es esencial para la salvacion, aunque hagan poco caso de otras menudencias. *El que es infiel en las cosas pequeñas, tambien lo será en las grandes*, dice el oráculo de la verdad, el mismo Jesucristo. Tú dices, que aunque seas poco observante y poco exâcto, no faltarás á lo esencial; Jesucristo dice lo contrario. Una fluxîon, por ligera que sea, si es contínua, debilita la vista. Cuando habitualmente se cometen muchas faltas ligeras, es de temer que se pase sin reparo por encima de muchas graves. Los mas furiosos incendios muchas veces tienen principio en una chispa, en una pavesa que se despreció, y no se apagó. *Al mas robusto edificio*, dice el Sábio, *echa en tierra una gotera*, si no se remedia á tiempo; va el agua poco á poco pudriendo las maderas, comunícase á las paredes, cálase hasta los cimientos, ablándalos, socávalos, remuévelos, y da en tierra el edificio.

Saul, estrechado al parecer por la necesidad, no espera á que llegue Samuel para ofrecer el sacrificio; falta en la apariencia ligera, y que en las circunstancias parecia muy excusable; sin embargo, mudó el corazon de Dios respecto de Saul, y fue el principio de su repro-

bacion. ¿Qué consecuencias tan funestas tuvo una curiosidad inconsiderada de David? Los hurtillos, y la poca fidelidad de Judas en intereses de no mucha importancia, fueron fomentando su avaricia, hasta que al fin vino á vender á su Maestro, y á ahorcarse él mismo confuso y desesperado. Mi falta, dices, fue una friolera; por lo mismo te costaba menos el ser fiel; por lo mismo eres mas culpado en no haberlo sido. La dificultad de las cosas que se nos mandan puede servir de pretexto á nuestra flaqueza; pero cuando son fáciles, ¿qué excusa podemos alegar? *Aunque el Profeta* (decian los criados á su amo Naaman) *os hubiera ordenado una cosa muy árdua, debiérais ponerla en execucion por amor á vuestra salud; pero siendo tan fácil la que os prescribió, como bañaros siete veces en el Jordan, ¿no sería grande imprudencia omitirla?* Ciertamente, despues de tanto como Jesucristo hizo y padeció por nosotros, aunque nos mandára las cosas mas grandes y mas dificultosas, ¿podríamos negarnos á executarlas sin incurrir en la mas torpe ingratitud? Con todo eso, lo mas de lo que nos manda es sumamente fácil, y de tan poca consideracion en sí mismo, que no nos atreveriamos á negarlo á un amigo, á un pariente, á un extraño, á un hombre de autoridad; y sin embargo, falta poco para que hagamos vanidad de no concedérselo á Jesucristo.

¡Ah, Señor, y cómo se le representará en la hora de la muerte á un cristiano, á un religioso, esta negligencia habitual! ¿Qué responderé yo, divino Maestro mio, cuando me deis en cara con mi ingratitud, con mi descuido, con mi poca fidelidad en las cosas pequeñas, cuando todos los dias las espero y las recibo tan grandes de vuestra misericordia? Haced, Señor, que esta mi presente confusion me sirva para ser en adelante mas fiel, mas exácto y mas agradecido.

JACULATORIAS.

In toto corde meo exquisive te: ne repellas me à mandatis tuis. Salm. 118.

Deseé, Señor, agradarte con todo mi corazon; no permitais que me separe jamás de vuestra divina voluntad ni en la mas mínima cosa.

Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiam illam in toto corde meo. Salm. 118.

Abridme, Señor, los ojos para conocer todo aquello que os agrade, y con toda el alma me dedicaré á daros gusto hasta en la menor de todas mis obligaciones.

PROPOSITOS.

Ninguna cosa perjudica tanto á la salvacion del alma como el descuido en cosas pequeñas; de este principio nacen las mas funestas caidas, y en esta infidelidad tiene su orígen la tibieza; mal tanto mas temible, cuanto fuere menos temido. No es cosa (se suele decir), no es cosa una falta tan ligera; algun dia se sabrá de cuánta consecuencia fue esa falta. Á lo mas parecia una ligereza, un poco de curiosidad volver la cabeza para ver como se abrasaba una ciudad con fuego del cielo; pues esa curiosidad costó la vida á la muger de Lot, castigada de un modo tan extraño como visible. Despreciar las cosas pequeñas, es estar desagradando á Dios contínuamente; y desobedeciéndole á todas horas en las materias mas fáciles; es negarle lo que sin dificultad se concederia á un amigo, ó á cualquiera hombre de alguna distincion; es, hablando en rigor, serle infiel todos los dias, y todo el dia. Pues exâmina ahora cuáles son aquellas leves obligaciones de tu estado que desatiendes con mayor frecuencia; cuáles las reglas que mas acostumbras quebrantar, con pretexto de que no obligan á pecado, y que son reglas de poca consideracion. Acuérdate de que no hay cosa pequeña cuando se trata de servir á Dios; todo es respetable, todo es grande cuando su Magestad lo manda, su voluntad da un sumo valor, una suma estimacion á todo. Forma siempre un superior concepto de todas las menudencias, de todos

los exèrcicios espirituales, de todas las reglas, de todas las costumbres y estilos santos de la religion.

2 Si tienés ya determinado cierto método de vida; si tu director te ha arreglado ciertos exercicios espirituales, ciertas penitencias, ciertas devociones, guárdate bien de faltar voluntariamente á éllas; en ninguna te dispenses sin justo motivo, con pretexto de parecerte menudencia. Exâcta modestia de los ojos en la iglesia, constante apacibilidad dentro de casa, puntualidad inalterable en levantarte por la mañana á la misma hora; escrupulosa delicadeza de conciencia en evitar aun la mas mínima mentira oficiosa; ni una palabra que altere la caridad; exâctitud en el ayuno, sin sostenerle con muletas excusadas. Si tú mismo te has impuesto algunas reglas para tu gobierno, sé exâcto en observarlas; sé rígido en castigarte su transgresion, y nada te dexes pasar en este tiempo. Estas menudencias espirituales fomentan la devocion, y contribuyen maravillosamente para hacer santos.

DIA VEINTE Y SEIS.

San Felipe Neri, confesor.

San Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio en Italia, célebre por el don de virginidad, por el de profecía, y por el de milagros, nació en Florencia el dia 22 de julio del año 1515. Fue su padre Francisco Neri, y su madre Lucrecia de Soldi, ambos mas recomendables por su virtud, que por su antigua nobleza. Criaron al Niño con el mayor cuidado, aunque costó poco el buen efecto de su educacion. Su natural inclinacion y las buenas disposiciones, tanto de corazon, como de entendimiento con que habia nacido, le facilitaron los grandes progresos que en breve tiempo hizo, no menos en la ciencia de los santos, que en el estudio de las letras humanas. Perdió á su madre siendo aún muy jóven, pero su bello natural, su apacibilidad, su rendimiento, y especialmente su sóli-

da virtud, hicieron que encontrase ótra no menos tierna y amorosa en las segundas nupcias de su padre. Amóle la madrastra como si fuera su hijo; y por su modestia, por su apacible natural, y por su genio oficioso apenas era conocido en Florencia con otro nombre que con el de *Felipe el bueno*. No se hablaba de otra cosa en toda la ciudad que de la virtud de aquel exemplar mancebo.

A los ocho ó nueve años de su edad experimentó una prueba de la especial proteccion del cielo, habiendo caido desde lo mas alto de una panera, sin haber recibido daño alguno. Crecian con la edad su juicio y su virtud, y ya comenzaba á mirar con inclinacion la vida santa y penitente de los religiosos, cuyas casas frecuentaba, cuando por razones de familia le envió su padre á la villa de san German, situada al pie del monte Casino, para que viviese en compañía de un tio suyo, hombre poderoso y sin sucesion, que le tenia destinado para su heredero. Hízole muy poca fuerza esta herencia. Estuvo dos años en compañía de Rómulo (así se llamaba el tio) edificando á todo el pueblo con su modestia y con sus virtuosos exemplos. Pero aspiraba á mayor fortuna, y cuanto mas iba conociendo al mundo, mas suspiraba por retirarse de él. Suplicó al tio que le diese licencia para ir á Roma á acabar sus estudios; y aunque á Rómulo le costaba gran dolor desviar de sí á un sobrino tan amable, al fin, como era timorato, hizo escrúpulo de oponerse á la voluntad de Dios, si resistia á una vocacion tan declarada.

Apenas llegó Felipe á Roma, cuando luego se distinguió en aquella corte, no menos por su ingenio que por su virtud. Hizo en pocos dias tan rápidos progresos en las ciencias y en la santidad, que fué tenido en Roma por uno de los mas hábiles teólogos de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo, Resplandecia la virtud en toda su conducta; brillaba en el semblante y en todo el porte exterior. Hacíase respetar hasta de los mas disolutos su modestia y su virginal pudor; con todo eso no faltaron algunos tan malignos y tan descarados, que armaron lazos á su inocencia, pero siempre con grande confusion de los mismos que le pretendian derribar. Por largo tiempo permitió Dios que en este punto padeciese su virtud muchos combates, sin duda para darle ocasion á que se

le repitiesen los triunfos. Fingíanse enfermas muchas mugeres perdidas, y le llamaban á sus casas con pretexto de convertirse, siendo en la realidad para provocarle; pero con el auxílio del cielo salió mas pura su virtud de estas peligrosas ocasiones, sirviéndole para vivir mas cuidadoso, mas humilde, mas recogido y mas mortificado.

Era su vida muy austéra y penitente. Comia una sola vez al dia, reduciéndose la comida á pan y agua. Si tal vez añadia algunas yerbas, cuidaba de que fuesen tan mal guisadas, que el regalo se convertia en verdadera penitencia. Su oracion era contínua, interrumpiéndose solo con un brevísimo sueño. Despues de haber visitado todos los dias las siete estaciones de Roma, se retiraba por las noches al cementerio de Calixto, donde continuaba sus exercicios espirituales en las catacúmbas de los santos mártires. Aquí fué donde comenzó su corazon á abrasarse tanto en el incendio del divino amor, que con el tiempo llegó á suplicar al Señor que mitigase sus ardores. Estrechándose cada dia mas y mas en union íntima con Dios, á los veinte y tres años de su edad se prohibió á sí mismo todo comercio con el mundo; resuelto á no pensar en otra cosa que en su propia santificacion y en la salvacion de las almas. Los hospitales, las cárceles y las casas de misericordia eran el teatro de su caridad; y como si no fuesen bastantes para su zelo, no habia dia que no se le encontrase en las plazas, en los corrillos, en los sitios públicos, en el banco, en el cambio, y hasta en las hosterías y tabernas, para ganar á todos con sus santas conversaciones y con sus exemplos. Bendixo Dios de tal suerte una caridad tan industriosa y tan activa, que se palpó una visible mudanza en todos los parages que Felipe frecuentaba. Desterráronse de los lugares públicos las pendencias, las blasfemias y las obscenidades. Vióse en Roma con admiracion una general reforma de costumbres, aun antes que fuese conocido el autor de la reforma.

Desde entonces comenzaron todos á reverenciar la virtud y el mérito de tan insigne operario. Juntáronsele algunas personas virtuosas que quisieron tener parte en tan santas obras. No se limitaba su caridad á los niños y á los pobres vergonzantes; extendíase á todos los estados. Estaba en contínuo movimiento, solicitando limosnas para los hos-

pitales, para las cárceles, y para las comunidades religiosas mas necesitadas.

Hácia el año de 1550, á solicitacion de un virtuoso eclesiástico, su confesor, llamado Persiano Rosa, fundó la cofradía de la santísima Trinidad en la iglesia de san Salvador del Campo, para socorrer á los pobres extrangeros, á los peregrinos, y á los convalecientes que no tenian donde retirarse. Era Felipe como el alma de este nuevo cuerpo, y escogia siempre para sí las funciones mas penosas de sus miembros.

Admirado Persiano Rosa de los grandes frutos que producia en la Iglesia la ardiente caridad de su fervoroso penitente, juzgó que sería de mucha mayor utilidad su ministerio, si recibia los sagrados órdenes. Propúsoselo, y se sobresaltó su humildad; pero al fin fue preciso obedecer. Y para no darle tiempo á representar nuevas dificultades, solicitó se le dispensasen los intersticios, y en el espacio de dos meses y medio le hicieron recibir la primera tonsura, los órdenes menores, el subdiaconato, el diaconato y el presbiterato. Tenia Felipe á la sazon 36 años, y jamás habia pensado en hacerse sacerdote, considerando su indignidad. Ninguno se llegó al sacrificio del altar con mejor disposicion. Las extraordinarias gracias con que el cielo le regaló en su primera misa, fueron, por decirlo así, como los preludios de los singulares favores que habia de recibir en lo sucesivo. Celebraba cada dia, y siempre con nuevo fervor; desde la consagracion hasta que consumia parecia un hombre extático, con el semblante arrojando fuego. Permanecia inmoble, y sin sentido horas enteras, dando testimonio las dulces lágrimas que derramaba del incendio del divino amor en que su alma se abrasaba; y no podia arrancarse del altar sin mucha violencia.

Viéndose precisado á celebrar el santo sacrificio en una capilla interior, así por sus achaques, como para dar rienda y mayor libertad á su tierna devocion, tenia prevenido al ayudante que un poco antes de la comunion le dexase solo, y volviese una ú dos horas despues para acabar la misa. Se puede discurrir cuáles serían las íntimas comunicaciones que entonces tendria con su Dios, y de qué delicias espirituales sería inundada aquella purísima alma; á lo menos se pueden conjeturar por lo que despues sucedió.

Acabando un dia de decir misa, y sintiéndose inflamado de un extraordinario deseo de amar mas y mas á Dios, se lo pedia con fervorosísimas instancias al Espíritu santo, como principio y orígen del divino amor, cuando sintió de repente, que no cabiéndole el corazon en el pecho, rompió con estruendo dos costillas que se separaron hácia los dos lados para hacerle mas lugar, y para darle mayor dilatacion. Vivió cincuenta años despues de este insigne favor, y despues de su muerte toda Roma fue testigo de tan singular prodigio.

La ternura que profesaba á la santísima Vírgen era en todo correspondiente al amor que le abrasaba por su santísimo Hijo. Apenas acertaba á apellidarla con otro nombre que con el de su Madre, sus delicias y su amor. En todas sus exhortaciones, pláticas, discursos y conversaciones familiares habia de entrar el dulcísimo nombre de María. Honrad á María, amad á María, hijos mios, decia contínuamente á los padres de su Congregacion. Ella es la dispensadora de todas las gracias; y ningun favor recibimos del cielo, que no venga por sus manos. Fuera del rosario que rezó indispensablemente todos los dias de su vida; una de las devociones que aconsejaba á todos, era que repitiesen sesenta y tres veces al dia esta jaculatoria: *Virgo María, mater Dei, deprecare Jesum pro me: O Virgo, et mater.* Vírgen María, madre de Dios, ruega por mí á Jesus, ¡ó vírgen y madre! Todas las conversiones, y todas las maravillas que obraba Dios por su fiel Siervo las atribuia á la santísima Vírgen, de quien recibia cada dia singulares favores. Hallándose en una ocasion enfermo de gravísimo peligro, y en términos de espirar, se le apareció la santísima Vírgen. Á su vista recobró las fuerzas, incorporóse con ligereza en la cama, levantó las manos al cielo, y elevando los ojos en el objeto que él solo veía, exclamó con asombro de los circunstantes: *Ea, que aquí está mi buena Madre.* Desde aquel punto quedó enteramente sano, y pudiendo mas su gozo que su humildad, confesó con ingenuidad que su pronta y milagrosa curacion la debia á la vista de la Vírgen.

Mientras tanto, aunque era muy abundante la mies en la cofradía de la Trinidad, no era campo suficiente para la dilatacion de su zelo. Aconsejóle su confesor que entrase en la congregacion de los clérigos de san Gerónimo, llamada

de la Caridad, donde le destinaron al ministerio de oir confesiones. Mirábala Felipe con un santo horror, y no se atrevió á exercitarle hasta haberse asegurado bien de ser llamado á él con legítima vocacion.

No se pueden explicar los bienes que hizo en este sagrado exercicio. Viéronse desde luego grandes conversiones en todo género de personas, estados, clases, edades y condiciones. Confesarse con Felipe, y convertirse, era una misma cosa. Como estaba todo abrasado en el amor divino, la menor palabrita suya penetraba el alma. No habia pecador tan obstinado en la costumbre de pecar, no habia hombre disoluto, no habia muger perdida, que á sus pies no se deshiciese en lágrimas. No habia resistencia á una exhortacion de Felipe; una sola palabra suya ablandaba y derretia el corazon mas helado. Lleuábanle de consuelo tantas maravillosas conversiones, y así no le dolia el trabajo. Despues de haber pasado en oracion una grande parte de la noche, decia misa al romper el dia, daba gracias, y se metia en el confesonario, donde no pocas veces perseveraba hasta muy entrada la noche, sin otro sustento que el de la salvacion de las almas.

No podian menos de alborotar al infierno tantas maravillas. Conjuróse la envidia contra el Santo; suscitóle enemigos aun entre sus mismos hermanos; armáronse mil lazos contra su prudencia y contra su zelo; valiéronse de la gente mas perdida, mas disoluta y mas obstinada para sorprenderle; echóse mano de la calumnia. Fue acusado ante el vicario de Roma de que enseñaba novedades, y de que guiaba á sus penitentes por caminos extraviados, y hasta entonces no conocidos. Fue citado, fue amonestado, y fue observado, poniéndose espias. Pero al fin, reconocida su santidad y su inocencia, se le confirmó en todos los exercicios de sus apostólicos ministerios.

Noticioso de las milagrosas conversiones que obraba el Señor en el Japon por medio de los padres de la Compañía, tuvo pensamiento de atravesar los mares, y juntarse á tantos zelosos misioneros; pero le desviaron de él, representándole que en sola Roma encontraria su zelo un buen equivalente de todas las Indias, y de todo el Nuevo mundo.

Por este tiempo creció tanto el número de sus discípulos, y era tan grande el concurso de los que le buscaban, que embarazaban la iglesia, y no daban lugar á las juntas que acostumbraba celebrar la congregacion de la caridad. Por este motivo pidió á la misma congregacion un sitio bastantemente espacioso, que estaba al lado derecho de la misma iglesia, y no sirviéndola á élla para nada, podia ser muy útil para los fines que Felipe andaba meditando. Concediéronsele, y luego dispuso que sus discípulos en diferentes horas del dia tuviesen en él instrucciones públicas y conferencias espirituales, siendo los primeros que se le agregaron, y los primeros tambien que empleó en este ministerio Taurisio, Modi, Fuccio, Baronio, que despues fue cardenal, Bordini, que fue arzobispo de Aviñon, y Alexandro Fedeli. El suceso fue tan feliz y el fruto tan notorio, que concurria en tropas el pueblo y nobleza, singularmente á la conferencia de la tarde, y á vista de tan numeroso concurso se determinó Felipe á erigir en el mismo lugar una especie de oratorio, para que se acabasen las conferencias con un rato de oracion. Echó Dios su bendicion á este piadoso pensamiento, de tal manera, que en Roma ya no se hablaba de otra cosa sino de ir á visitar el oratorio de Felipe Neri. Era cada dia mas abundante la mies; y teniendo Dios cuidado de aumentar el número de los obreros, se dió principio á aquella santa congregacion, que ha casi dos siglos está edificando con tanta gloria y con tanto esplendor á toda la santa Iglesia.

Tal fue el nacimiento de la ilustre congregacion de los padres del oratorio de san Felipe Neri en Roma, tan célebre por los grandes hombres que ha producido, y está produciendo cada dia, por la prudencia y discrecion de sus constituciones; por la virtud sobresaliente de sus exemplares individuos; y tan útil á la Iglesia de Dios por los contínuos frutos de su zelo; siendo sin duda una de las mas provechosas fundaciones que se han hecho hasta ahora en los términos de Italia. Pero hablando en rigor hasta el año de 1564, en que Felipe tomó á su cargo el gobierno de la iglesia que pertenecia á la nacion florentina, no dió forma regular á su congregacion. Entonces dispuso las constituciones que fueron aprobadas por la

Silla apostólica, y confirmó despues la santidad de Gregorio XIII. por un breve que expidió en 15 de julio de 1575; y bien informado este gran Pontífice de los imponderables bienes que traía al orbe cristiano la nueva congregacion, aplicó á élla, cediéndosela liberalmente, la nueva iglesia de Valliceli. En muy breve tiempo se hicieron despues otras muchas fundaciones, extendiéndose la congregacion por todo el estado eclesiástico, de donde se propagó al reyno de Nápoles, á la Toscana, al Milanés, y con el tiempo se dilató á España y á Portugal; siendo Felipe su primer general, á pesar de su extrema repugnancia, por unánime consentimiento de todos los electores.

No podian faltar contradicciones á una congregacion tan santa y tan provechosa. Desatóse el infierno furiosamente contra los miembros y contra la cabeza; no perdonó á las mas groseras calumnias; pero la eminente virtud de nuestro Santo facilmente disipó todos los artificios del espíritu maligno. Cada dia era mas admirada su heróica santidad, que confirmaba el Señor con frecuentes profecías y milagros. Llamó un dia á Baronio á la una de la tarde, y le dixo: *Tomad el trabajo de ir á visitar los enfermos del hospital.* Representóle Baronio la importunidad de la hora, y que sería inquietar á los enfermos que estarian descansando. *Id sin dilacion*, replicó el Santo. Obedeció Baronio, entró en una de las salas, y luego reparó en un enfermo que estaba agonizando. Corrió á él para ayudarle á bien morir, y entendió, no sin admiracion, que no se habia confesado. Confesóle muy despacio, y habiéndole administrado los demas sacramentos, espiró dichosamente en sus manos.

Profesaba Felipe estrecha amistad con san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus; y pasó este amor á ser como hereditario en sus hijos. Amábanse los dos Santos recíprocamente, y despues de muerto san Ignacio nunca emprendia Felipe cosa considerable sin irla á consultar con Dios delante de su sepulcro. En fin, conociendo Felipe que le iban faltando las fuerzas, en virtud de sus muchos años y trabajos, en atencion á su avanzada edad y á sus contínuos achaques, consiguió licencia del papa Gregorio XIV. para decir misa en su aposento,

porque dexarla un solo dia sería abreviarle los de la vida. Celebróla el dia 26 de mayo con su acostumbrado fervor y devocion. Concluida, solo pensó en disponerse para ir á gozar de Dios, noticioso sin duda de la hora de su muerte; y entregado enteramente á los mas tiernos y mas fervorosos actos del divino amor, espiró á los 82 de su edad el de 1595.

Estuvo el santo cuerpo expuesto públicamente á la veneracion de la ciudad por espacio de tres dias, al cabo de los cuales, cerrado en una caxa de nogal, se depositó en un nicho que se abrió en la pared. Siete años despues fue trasladado con mucha pompa á una magnífica capilla que se habia erigido en su honor, habiéndose hallado incorrupto y entero, sin embargo de no haber sido embalsamado; y fueron tantos los milagros que por su intercesion obró el Señor en su gloriosa sepultura, que desde luego se comenzó á trabajar en los procesos de su canonizacion, la que celebró solemnemente el papa Gregorio XV. el dia 12 de marzo de 1622.

La misa es de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatum Philippum, confessorem tuum, sanctorum tuorum gloria sublimasti; concede propitius, ut cujus solemnitate lætamur, ejus virtutum proficiamus exemplo: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que colocaste en la gloria de tus santos á tu confesor el bienaventurado Felipe, concédenos benigno, que pues celebramos festivos su solemnidad, nos aprovechemos solícitos de sus virtudes y de sus exemplos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del libro de la Sabiduría, cap. 7.

Optavi, et datus est mihi sensus, et invocavi, et venit in me spiritus sapientiæ: et præposui illam regnis et sedibus, et divitias nihil esse duxi in comparatione illius: nec comparavi illi lapidem pretiosum; quoniam omne aurum in comparatione illius, arena est exigua, et tamquam

Yo deseé la inteligencia, y me fue concedida, é invoqué el espíritu de sabiduría, y vino á mí: y la preferí á los reynos y á los tronos, y tuve en nada los tesoros en su comparacion: ni comparé con élla las piedras preciosas; porque todo el oro en competencia suya es como una arena pequeña, y la

lutum æstimabitur argentum in conspectu illius. Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere illam, quoniam inextinguibile est lumen illius. Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius. Et lætatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me ista sapientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est. Quam sine fictione didici, et sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo. Infinitus enim thesaurus est hominibus: quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiæ Dei propter disciplinæ dona commendati.

plata en su presencia será reputada por cieno. La amé mas que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por guia, porque su luz es inestinguible. Juntamente con élla me vinieron todos los bienes é inmensa riqueza por sus manos. Y me alegré de todas estas cosas, porque esta sabiduría era mi guia, y yo ignoraba que es madre de todo esto. La cual yo aprendí sin ficcion, y comunico sin envidia, y no escondo sus riquezas. Porque es un tesoro infinito para los hombres: del cual aquellos que hicieron uso se hicieron participantes de la amistad de Dios, siendo recomendables por los dones de la doctrina.

NOTA.

"No tenemos el texto hebreo del libro de la Sabiduría, y es muy posible que los judíos suprimiesen el original en ódio de los cristianos, que se valen de él para convencerlos de que habian cumplido todo lo que literalmente se profetizaba en este libro, dando la muerte al Salvador."

REFLEXIONES.

Deseé la sabiduría, y se me dió. Nunca la niega Dios al que la quiere, y la pide con sinceridad. *Paz y abundancia de gracias en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Pero las pasiones no se acomodan con tanta luz; el amor propio gusta de estar á sus anchuras; complácese en ignorar lo que no puede conocer, sin que le turbe, y le coarte la libertad. *Noluit intelligere, ut benè ageret.* Procúrase desviar de la memoria, y aun del conocimiento todo aquello que puede acordarnos nuestras obligaciones. La demasiada luz incomoda á los ojos achacosos; y el conocimiento claro y distinto de las verdades terribles de

la religion espanta siempre á una conciencia poco tranquila. En vano procuran sosegarnos el espíritu del mundo, la pasion y nuestro propio espíritu; en vano se esfuerzan á persuadirnos que son terrores pánicos, espantajos, sobresaltos sin fundamento. Nada nos sosiega; ¿ pero qué se hace para calmar la inquietud, y para conseguir la tranquilidad? ¿se desea por ventura el espíritu de la inteligencia para quitar la máscara al error, y para descubrir el peligro? ¿se recurre al Señor para obtener el espíritu de la sabiduría, preferible á los reynos y á los tesoros? ¿aquella sabiduría que quita el velo á las ilusiones del entendimiento y del corazon, y que pone á la vista con la mayor claridad todo el embuste y toda la vanidad del mundo? Antes parece que no sería de gusto el alcanzarla; y así solo se pide de cumplimiento con la parte, digámoslo así, mas exterior de los labios. Descamínanse los hombres, y todo el cuidado, toda la aplicacion de los que van mas descaminados, es desviar, alejar de sí cuanto les es posible todo lo que puede hacerlos abrir los ojos para conocer su descamino. Pero nunca dura la ilusion hasta la muerte; al acercarse el fin de la vida se desvanecen las fantasmas; disípanse las tinieblas cuando se va arrimando la última hora; y á la luz de la cercana eternidad se descubren muchos misterios. Entonces no se consultan los deseos del corazon para recibir de éllos la inteligencia; entonces sí que se tiene religion; puesta entonces en libertad la razon, se sujetan con rendimiento á la fe; aprueba, y ama esta noble dependencia. Restituidas las dos á sus legítimos derechos, hacen conocer, hacen palpar toda la injusticia de nuestros desórdenes, y toda la equidad de la ley que ha menospreciado. ¿Pero qué efecto produce en la hora de la muerte esa inteligencia clara y distinta de las verdades mas importantes? ¿esta comprension del corazon humano? ¿esta sincéra confesion de sus descaminos? Ya es muy breve el tiempo que resta para una verdadera conversion; ya está instruido el proceso; ya se descubre el juez, es preciso comparecer ante su terrible tribunal. ¡Ah! que entonces solo ha quedado la confusion, el dolor vivo, penetrante, pero estéril; la desesperacion, fruto natural del conocimiento tardío,

arrepentimiento forzado, reflexîones que ya no llegan á tiempo.

¡Cosa rara! En nada se equivocan mas los hombres que en el concepto que forman de sus mismas operaciones. Juzgan ser acto de la voluntad el que puramente lo es del entendimiento. Conócese la equidad del precepto, la santidad de la ley, la importancia de la obligacion, las funestas resultas del pecado, y el castigo que merece; ríndese la razon, todo lo aprueba, y conviene en todo sin réplica. Pero este conocimiento, enteramente intelectual, puramente especulativo, nos persuade el amor propio que es un acto práctico de la voluntad, una detestacion sincéra y efectiva del pecado. No hay cosa mas ordinaria que esta fatal equivocacion: de este principio nace aquel tropel, ó por lo menos aquella multitud de deseos tan inútiles como estériles, á competencia únos de ótros. Y quiera Dios que esta funesta equivocacion no se extienda tambien á la imaginaria conversion de muchas gentes.

El evangelio es del cap. 12. *de san Lucas*, *y el mismo que el dia XII*, *fólio* 236.

MEDITACION.

Del fervor en el servicio de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que siempre se sirve mal cuando se sirve con tibieza. Poco amor tiene á su amo el que le sirve con disgusto y puramente por miedo. La frialdad y la lentitud en quien sirve, muestran el poco respeto que profesan á su dueño.

Pero al fin, que á los hombres se les sirva con indiferencia y con descuido, adelante; no es grande maravilla. El corazon nunca está asalariado; no tiene parte en la escritura ó en la obligacion de servicio. Pero que se sirva á Dios con frialdad y con indiferencia; que la grande honra y los crecidos intereses que se logran en servirle no exciten nuestra ambicion, y no nos inspiren por lo menos tanto zelo, tanto ardor en todo lo que toca á su

servicio como el que manifestamos en el servicio del príncipe; verdaderamente es asunto de grande admiracion, pero algun dia lo será tambien de grande arrepentimiento.

Á Jacob le parecen nada siete años de servicio por la esperanza de poseer algun dia á la hermosa Raquel. Ofrécese el mismo Dios por premio y por salario á los que fielmente le sirven; ¡y con todo eso es servido con negligencia!

¡Con qué zelo, con qué puntualidad, con qué fervor se sirve al soberano! Los bienes, el descanso, la vida, todo lo que mas se ama en este mundo se sacrifica á su servicio. Mas que toda una ilustre casa, toda una rica sucesion esté fundada en un único heredero; este solo heredero, este único hijo, esta única esperanza de toda la familia es el primero que corre al peligro, que avanza al asalto, que monta la brecha. ¿Se sirve á Dios con el mismo ardor? *Et illi quidem ut corruptibilem coronam: nos autem incorruptam.* Y ésto que aquellos trabajan por una corona perecedera, pero nosotros por una que jamás se ha de marchitar. ¡Mi Dios, qué conducta es la nuestra! Sabemos que Dios no hace caso de los servicios exteriores, si no los acompaña el corazon. Pórtase con nosotros mas como padre que como señor; y por eso quiere que sea el amor el gran móvil de todos los que le sirven. Y á la verdad, ¿qué dueño hay mas digno de ser servido con amor y con fervor que un Dios, á quien debemos todo cuanto tenemos, y que recompensa con tanta liberalidad nuestros servicios? ¿con qué ardor debemos dedicarnos á darle gusto, y con qué puntualidad, con qué fervor, con qué zelo nos debemos aplicar á poner en execucion todo aquello que sabemos es de su agrado? ¿pero lo hemos hecho así? ¿lo hacemos así al presente? ¡Mi Dios, y qué materia tan abundante para el mas vivo dolor, para el mas amargo llanto!

PUNTO SEGUNDO.

Considera la floxedad, y aun la insensibilidad con que se sirve á Dios; la facilidad con que se dispensan los hombres en sus preceptos; la serenidad con que se quebrantan sus mandamientos; la libertad y el descaro con que se peca. Los negocios temporales, la satisfaccion de las pasiones, el amor á todo lo que sea divertirse; en una palabra, el espíritu del mundo es lo que ocupa toda la atencion, todo el corazon, y se sorbe todo el tiempo. ¿Qué rato, qué horas del dia encuentra un hombre mundano en el órden ó en el desórden de su vida para dedicarlas al servicio de Dios? Un eclesiástico ya por su estado encuentra algunas; ¿pero las emplea mejor?

¿Es Dios servido con decencia, con actividad, con fervor dentro de su misma casa? La modestia, el respeto y la devocion de los que le adoran, ¿edifican mucho á todos los que entran en nuestros templos? Pero penetremos hasta el santuario; acerquémonos al mismo altar; ¿reconocerémos en el fervor y en la devocion el verdadero carácter de sus sagrados ministros? ¡Ah Señor, y con qué descuido, con qué negligencia sois servido! ¿Encontraráse por ventura el dia de hoy gran número de aquellos fieles y fervorosos siervos del Señor, embebidos verdaderamente en las grandes máximas de religion, llenos de una viva fe, que sirvan al Señor como á su Dios, como á su soberano dueño? ¿dónde está aquella delicadeza de conciencia en todo lo que concierne á la eterna salvacion? ¿dónde aquel ardor, aquella actividad en todo lo que respeta á la obediencia de la santa ley? ¿dónde aquel cristiano fervor en todo lo que mira al servicio de un amo tan bueno? Pregunto: ¿Mantendria alguno en su casa á un criado, que le sirviese con el descuido y con la negligencia con que él mismo sirve á Dios?

¡Oh, y qué monstruosa diferencia hay entre el modo con que nosotros servimos á Dios, y la manera con que le sirvieron los santos! Considera el amor, el fervor, la devocion de un san Felipe Neri. Parécenos que aquellos excesos, aquellos raptos, aquellos encendimientos del divino amor eran milagrosos. ¡Ah, que no! solamente lo

parecen, porque son tan raros. Pero si conociéramos bien al Señor á quien servimos, no lo haríamos con menos fervor, con menos amor, ni con menos actividad.

¡Cuánta es, mi Dios, mi confusion, cuánto mi dolor cuando considero el descuido y la negligencia con que os he servido! Motivo tengo para suplicaros olvideis mis aparentes servicios; pues temo sean mas dignos de castigo que de premio. Ya, Señor, no os acordeis sino del fervor con que procuraré serviros en adelante; pues hablando en rigor, hoy es el dia en que comienzo á serviros.

JACULATORIAS.

Pars mea Dominus, dixit anima mea, propterea expectabo eum. Thren. 3.

Mi alma dixo, el Señor es mi herencia; pues yo colocaré en él mi confianza.

Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. Salm. 83.

¡Qué amables son tus tabernáculos, ó gran Señor de las virtudes! mi alma desfallece á violencia del amor con que suspira por lograr algun rinconcito en éllos.

PROPOSITOS.

No hay cosa al parecer mas injuriosa á Dios, que servirle con negligencia y con descuido. Cuando no sea un formal, es por lo menos un virtual menosprecio de su magestad, de su bondad y de su soberanía. El que sirve á Dios, ya en algun modo le conoce; y ese Dios á quien conoce, ¿no se dará por agraviado de un servicio descuidado y negligente? ¿sufriríamos por mucho tiempo á un criado que nos sirviese con tanta frialdad y negligencia? Nada irrita tanto como ver á un hijo frio, ó indiferente en el obsequio de su padre. Pues, *Si ergo Pater ego sum* (dice el Señor por su Profeta) (*Malach.* 1.), *ubi est honor meus? Et si Dominus ego sum, ubi est timor meus?* Si soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me profesais? Y si soy vuestro Señor, ¿dónde está el miedo re-

verencial que me teneis? ¡O mi Dios, y qué señal tan funesta es la de una tibieza, una negligencia habitual en vuestro servicio, tanto mas digna de temerse, cuanto en cierto modo parece que cierra las puertas á una sincéra conversion, ó cuando menos, ciertamente la hace mucho mas dificultosa! Tú sirves á Dios, y aun quizá por tu profesion estás especialmente consagrado á su servicio. ¿Pero le sirves con fervor? Tu atencion, tu zelo, tu actividad, ¿dan testimonio de que es Dios el amo á quien sirves? ¿no tienes justo motivo para temer que acaso le has deshonrado hasta aquí en lo mismo en que te parece haberle servido? Cuando le presentemos el oficio divino que hemos rezado, los ministerios á que hemos atendido, las oraciones que hemos hecho, y acaso tambien las misas que hemos celebrado, no nos podrá responder (*Joann.* 8.): *Vos inhonorastis me.* ¡Ah! que en lugar de honrarme, me ofendísteis, y me despreciásteis. Toma hoy media hora de tiempo para exâminar sériamente tu conducta sobre este punto, y trata de enmendarla.

2 Desde hoy en adelante sirve á Dios con el respeto, con el fervor y con la fidelidad que por tantos títulos le es debido cualquiera acto de religion que executes, aunque no sea mas que persignarte; cualquiera oracion que reces, aunque no sea mas que una *Ave, María*; cualquiera buena obra que hagas por Dios, aunque no sea mas que leer un libro espiritual, dar una limosna, &c. hazlo todo con aquella devocion, con aquel respeto, con aquella atencion que nos inspira la fe. Toma la costumbre de decirte á ti mismo al principio de todas estas cosas: Mira que es Dios á quien vas á servir, es Dios á quien vas á orar, es Dios á quien pretendes complacer.

DIA VEINTE Y SIETE.

San Juan, papa y mártir.

San Juan, papa, primero de este nombre, fue hijo de Constancio, y nació en Florencia hácia el fin del quinto siglo. Nada se sabe de sus primeros años; solo es cierto que siendo aún muchacho pasó á Roma, donde se aplicó al estudio de las ciencias y de la virtud, en que hizo maravillosos progresos; y elevado á los órdenes sagrados, mereció ser tenido por uno de los mas santos y mas sábios presbíteros de la santa Iglesia.

Era Juan el oráculo y el modelo de todo el clero cuando murió el papa Hormisdas el dia 6 de agosto del año 523; y de comun consentimiento fue elegido siete dias despues para ocupar la cátedra de san Pedro. Subió á élla cuando estaba muy necesitada de un sumo pontífice sábio para confundir á los hereges; santo para edificar á los católicos; intrépido para no acobardarse con las amenazas de un emperador arriano; y zeloso para velar contínuamente sobre su rebaño, y defenderle con valor en un desgraciado tiempo en que la persecucion de los arrianos en Occidente hacia ventajas á las persecuciones de los emperadores idólatras. Poseía el santo Pontífice con eminencia todas estas virtudes; todo esto era nuestro Juan, y muy presto se vió necesitado á las mejores pruebas.

Obedecia Italia á la sazon á Teodórico, rey de los godos, uno de los mas poderosos y mas ardientes defensores que habia tenido el arrianismo. El imperio de Oriente reconocia por emperador á Justino, que de soldado raso, de un nacimiento muy humilde habia ascendido al trono imperial por todos los grados del honor; pero lleno de religion y de piedad habia publicado severísimos edictos contra todos los hereges, exceptuando solo á los arrianos, que por una falsa política juzgó debia disimular, por no exâsperar á Teodórico, su poderoso protector, con quien

la razon de estado le habia puesto en precision de coligarse. Pero considerando despues que esta condescendencia era contraria á la ley de Dios, determinó comprender tambien á dichos hereges en los decretos que publicaba contra todos los demas, y ordenó que todos los arrianos que fuesen vasallos suyos, y viviesen dentro de sus dominios, tratasen de restituir prontamente á los católicos todas las iglesias que ocupaban, y en adelante estuviesen sujetos á sus edictos.

Informaron luego los arrianos á Teodórico de las severas órdenes del emperador Justino, suplicándole tomase debaxo de su poderosa proteccion la defensa de su secta. Entró en furia el Monarca arriano con esta noticia, y escribió muchas cartas al Emperador del Oriente, amenazándole que desterraria de sus estados á todos los católicos, si no mandaba que restituyesen luego las iglesias á los arrianos. Justino, cada dia mas zeloso por la fe católica y por el honor de la religion cristiana, no tuvo por conveniente deferir á sus ruegos, ni hacer caso de sus amenazas, y le respondió secamente, que no le permitia la conciencia revocar las órdenes que habia publicado.

No desistió Teodórico, y lo que no habia conseguido por cartas, resolvió lograrlo por medio de una famosa embaxada, de la cual quiso absolutamente que el papa Juan fuese por cabeza. Nombró para élla á los cuatro senadores principales, que sospechaba se entendian secretamente con el Emperador; y para obligar al santo Pontífice á que se encargase de la negociacion, le amenazó que si se resistia á hacerlo, trataria á los católicos de Italia, ni mas ni menos como el Emperador trataba en el Oriente á los arrianos. Considerando el santo Pontífice la cólera del impío Rey, y viendo el peligro que amenazaba á toda Italia, se halló precisado á encargarse de una comision tan indecente á su sagrada suprema dignidad, como contraria á sus mismos intereses y santísimos deseos; porque este Príncipe le encargó expresamente declarase al Emperador, que si no se restituian á los arrianos las iglesias que se les habian quitado, costaria la vida á todos los católicos de Italia y la libertad á la religion. Los cuatro senadores romanos que le asoció, fueron Teodoro, Importuno y Agapito, que todos habian sido cónsules, y el

cuarto, llamado tambien Agapito, era patricio. Para hacer todavía mas célebre la embaxada, quiso se le añadiesen cinco obispos; siendo los principales Eclesio de Ravena y san Eusebio de Fano, á los cuales declaró de nuevo el inicuo Rey su intencion y su determinada voluntad.

No es posible explicar el desconsuelo de toda Roma cuando se supo que la dexaba el santo Pastor. Lo largo de un viage tan peligroso como dilatado, la violencia que se le hacia para que le emprendiese, el asunto de él, tan indecente y tan indigno de su sagrada dignidad, el justo temor de no volver á verle, todo contribuia á que se sobresaltase el rebaño, y á que se deshiciese toda la ciudad de Roma en un copioso llanto. Enterneciόse el corazon del santo Pontífice, á vista de las demostraciones de su amado pueblo, hizo cuanto pudo para consolarle, echóle su paternal bendicion, y se embarcó, en fin, con todos los que le acompañaban.

Cuando se tuvo noticia en Constantinopla de que el Papa habia desembarcado, toda la ciudad salió á recibirle á mucha distancia con cruces, con pendones, con hachas encendidas para hacer el debido honor al Vicario de Jesucristo, legítimo y verdadero sucesor del apóstol san Pedro. Fue el recibimiento una fiesta pública, ó cierta especie de triunfo, acompañado de veneracion y de respeto, apresurándose cada uno para recibir á competencia su santa bendicion. El mismo Emperador se postró en tierra para saludar reverentemente al Papa, tributándole todos los honores que se pueden imaginar. El clero (si pudo ser) aún hizo ventajas en la veneracion á la devocion del pueblo y del Emperador. Á la verdad, el nombre solo de vicario de Jesucristo y la dignidad del sumo pontífice inspiraba á todos los fieles aquel profundo respeto; pero la eminente santidad del Papa, que se traslucia bien entre la pobreza de su humildísimo equipage, no contribuyó menos á la general veneracion, que todos los sexôs, edades y condiciones manifestaron á nuestro Santo. No hay que extrañar hiciese tanta impresion el concepto que se tenia de su heróica virtud; pues no se ignoraban en Constantinopla los milagros que habia hecho en el camino. Á la misma entrada de la ciudad dió vista á un ciego, y se sabía que al desembarcar en el

isthmo, hallándose el santo Pontífice sin carruage y sin caballería en que proseguir su viage, cierto gentil hombre le prestó su caballo, que montó, y caminó en él algunas leguas; pero quedaron todos asombrados cuando vieron que el caballo, antes muy manso, dócil y manejable, no sufrió despues que ninguno le montase, corbeteando con todo el cuerpo cuando alguno se le acercaba para hacerlo, y desviando de sí á todos á relinchos, á coces y á manotadas, sin que jamás fuese posible domarle.

Aunque el Emperador estaba ya coronado por mano de Juan, patriarca de Constantinopla, tuvo devocion de recibir la misma corona de mano del Pontífice, y celebró esta ceremonia con toda la solemnidad correspondiente á la magnificencia de tan gran Príncipe. El Patriarca en todas las ocurrencias reconoció la primacía de la cátedra de Roma, y rindió al Papa los honores que se le debian, y el Papa ofició de pontifical el dia de Pascua, celebrando segun el rito latino y el uso de la iglesia romana.

Entrando despues en conferencia, estuvo tan lejos de tratar con el religioso Emperador, como embaxador de un Rey arriano, que solo negoció con él como pastor y cabeza de toda la Iglesia católica; y sin que úno ni ótro se dexasen intimidar de las amenazas de Teodórico, recíprocamente se fortalecieron los dos en la generosa resolucion de preferir la gloria de Dios á todos los intereses temporales, y defender la pureza de la fe aun á costa de la misma vida. Exhortó el Papa al piadoso Príncipe á que acabase de exterminar la heregía de todos sus dominios, sin hacer caso de la persecucion con que el Rey arriano amenazaba á toda Italia, y el Emperador se sintió tan animado por las vivas exhortaciones de nuestro Santo, que no solo no quiso restituir á los arrianos las iglesias que se les habian quitado, sino que mandó introducir el exercicio de la religion católica en todas aquéllas donde no estaba introducido, y escribió á Teodórico, que reputaria por manifiesta infraccion de la paz, y por declarado rompimiento cualquiera mal tratamiento que se hiciese á los católicos. Pero no bastó esto para contener al barbaro Monarca, ni estorbó que por levísimas sospechas, y sobre meras calumnias mandase arrestar á los dos mayores hombres de la Italia, á Symaco y su yerno Boecio, mas

recomendables por su virtud y por el zelo de la religion, que por su sabiduría y por la elevada autoridad que lograban en el senado, habiendo sido ámbos cónsules. Al ilustre y religioso filósofo Boecio le cortaron la cabeza antes que volviese á Italia nuestro Santo, y Symaco sobrevivió poco á su yerno, siendo el zelo de la religion la principal causa de la desgracia de los dos; pero el Señor vengó presto su muerte con la funesta que tuvo el mismo Teodórico.

Mientras tanto, habiendo obtenido del Emperador el santo Papa todo lo que deseaba Teodórico, á excepcion únicamente de lo que era perjuicio de la religion, dió la vuelta á Italia. Desembarcó en élla, y cuando se estaba disponiendo para ir á darle cuenta de su negociacion, fue arrestado de órden del impío Monarca; encendido en rabiosos zelos por los honores que Justino le habia tributado; y sin atender á los grandes servicios que le habia hecho cerca del Emperador, le mandó conducir á la fortaleza de Ravena, donde por miedo de alguna sublevacion no se atrevió á quitarle la vida con la espada; pero dió órden de que le dexasen morir de hambre y de miseria. Dícese que hallándose en aquella horrorosa prision, y teniendo noticia de las falsas voces que los hereges habian esparcido por la Italia, fingiendo mil embustes sobre su negociacion en Constantinopla, tuvo forma de escribir á los obispos de la misma Italia la carta siguiente:

JUAN, OBISPO, Á LOS OBISPOS DE ITALIA, [illegible] salud en nuestro Señor.

"Aunque tengo pruebas bien ciertas de que vuestro »zelo por la religion crece cada dia, y que triunfa vuestra fe, consolando maravillosamente á todos los fieles; »con todo eso, no dexo de exhortaros á que os armeis »con la espada de la palabra de Dios, para combatir la »perfidia arriana, tantas veces condenada, y que no por »eso dexa de renacer todos los dias, para que con la ayu»da del Señor tengamos el consuelo de arrancar hasta la »raiz. Y para esto no temais; apoderáos, si fuese posi»ble, de todas las iglesias ocupadas por los arrianos, y »restituidlas á los católicos despues de purificadas. Así lo

»hicimos nosotros en el Oriente por el parecer del cris»tianísimo y religiosísimo emperador Justino, cuando el »rey Teodórico nos forzó á ir á Constantinopla á tratar »negocios de la Iglesia y del Estado. No tengais miedo á »las amenazas que hace de talarlo todo á sangre y fuego; »acordáos de lo que nos dice Jesucristo (*Matth.* 1.): *No »temais á los que quitan la vida del cuerpo, y no pueden »quitar la del alma; pero temed antes á aquél que puede »precipitar el alma y el cuerpo en el infierno* (2. *Corint.*). »Por lo que toca á nosotros, *aunque en todas ocasiones so»mos inquietados, y somos perseguidos; pero no somos »abandonados.*"

Irritado Teodórico de la constancia del santo Pontífice, repitió la órden de que le dexasen morir de miseria en la prision; y rindiéndose á élla, coronó su santa vida con una preciosa muerte el dia 27 de mayo de 526, despues de dos años y nueve meses de pontificado. En el mismo dia manifestó el Señor la santidad de su Siervo con nuevos milagros. Fue conducido el santo cuerpo con extraordinaria pompa fuera de la ciudad, y se le dió sepultura en el cementerio público, donde estuvo hasta cuatro años despues, en que su sucesor el papa Felix le hizo trasladar á Roma, cuya traslacion fue verdaderamente un glorioso triunfo. Depositóse en la iglesia de san Pedro el cuerpo de nuestro Santo, que siempre ha sido venerado como mártir, y en la misma iglesia se conserva hasta el dia de hoy.

La misa es en honor del mismo Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Joannis martyris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice san Juan, concédenos benigno, que merezcamos la proteccion de aquél, cuya memoria solemnizamos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la segunda del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quòd sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que estan en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»El artificio de que se valian los falsos apóstoles para desacreditar á san Pablo en la estimacion de los corintios, haciéndolos creer que predicaba sin legítima mision, obligó al Santo á declararlos desde el principio de la misma carta, que era verdadero apóstol de Jesucristo, poniendo á Timoteo como por testigo de esta verdad, y demostrándola despues con otras pruebas. Pocas de las epístolas del santo Apóstol estan escritas con mayor vigor, con mayor precision, con mas energía, con

»mayor eficacia, ni enseñan é instruyen mas que la »presente.

REFLEXIONES.

Sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro. Como teneis parte en los trabajos, asi la tendreis en el consuelo en nuestro Señor Jesucristo. No hay cosa mas comun en el mundo que las adversidades; nacen debaxo de los pies, y nacen en todas partes; son fruto de todas las estaciones, de todas las clases, de todas las edades. Es el mundo valle de lágrimas; por mas que se cultive esta ingrata tierra, siempre produce espinas; llenas estan de éllas todos los caminos; los pies no pisan otra cosa; al mismo tiempo que éllos las pisan, éllas los punzan. Los grandes del mundo y los dichosos del siglo, que parece marchan por caminos mas suaves, si no lás sienten en los pies, las experimentan en el corazon; állá dentro brotan, y allá dentro los penetran. Los disgustos, las inquietudes, los cuidados, los trabajos, las adversidades, herencias son de todos los mortales; por lo menos ninguno hay que no cuente entre éllas una buena porcion de su legítima. Si ésta es desigual en muchos, es cierto que en todos hay una gran proporcion entre las cruces y los bienes. ¿Pero de dónde nacerá que siendo los trabajos aquel *pan de lágrimas* de que habla el Profeta, y de que todos se alimentan, se ponga tan poco cuidado en que nos éntre en provecho. Nace de que padecemos como esclavos, no como hijos; arrástranse las cruces, no se llevan, y la desesperacion aumenta el dolor. Cada cual es ingenioso para atormentarse mas; el peso que falta á las adversidades le suple la imaginacion. Desde que pecó nuestro primer padre, nació el hombre para padecer. Gran lástima es que no hagamos meritorios nuestros inexcusables trabajos. No hay que empeñarnos en huir de éllos; aun en las condiciones, por decirlo así, mas privilegiadas, se hallan los mas amargos. En rigor solamente al pie de la cruz de Jesucristo nos libramos de las nuestras. El gran secreto para endulzar nuestros disgustos, y aun para cegar el manantial de éllos, es mirarlos con ojos cristianos. No los consideré-

mos como castigo, sino como medio para nuestra salvacion. Cuando nuestros trabájos cuelan, digámoslo así, por los de nuestro dulcísimo Salvador, esta mezcla los despoja de toda la amargura. Es la cruz de Jesucristo aquel madero misterioso que mostró Dios á Moyses, el cual siendo en sí mismo muy amargo, endulzaba las aguas que lo eran. La parte que se toma en los trabajos de Jesucristo, llevando los nuestros con paciencia, es prenda de la eterna felicidad. Padezcamos en esta vida con tanta resignacion, con tanto remordimiento, con tanta paciencia cristiana, que podamos decir con verdad: *Así como tenemos parte en los trabajos, la tendrémos en el consuelo en nuestro Señor Jesucristo.*

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundùm opera ejus.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De cuánta consecuencia es la salvacion eterna.

PUNTO PRIMERO.

Considera ¿de qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si al cabo se pierde? ¿de qué sirve á esos monarcas tan poderosos, á esos héroes tan alabados, á todos esos grandes hombres que metieron tanto ruido en el mundo, de qué les sirve haber conquistado reynos enteros, haber sido el terror de las provincias comarcanas, haber llevado el susto y el temblor hasta la extremidad de la tierra? ¿de qué les sirve al presente, ni de qué les servirá en lo por venir haber visto que todo cedia, todo se rendia á la insinuacion de su voluntad, ó de su capricho; haber rebosado en bienes, en gustos, en deleytes, en explendor, en dignidades; haber sido como los dioses de la tierra; de qué les sirve, ni de qué les servirá, si al cabo se condenan? ¿y de qué me servirá á mí el ser lo que soy, si al fin tengo la desgracia de perderme, de precipitarme en los tormentos eternos, de condenarme para siempre?

¿Estas opulentas herencias que ya habrán pasado á otras manos, estos magníficos palacios que ya habitarán otros dueños, este magestuoso aparato, este tren de muebles preciosos, de vestidos ricos, de libreas, de carrozas, de joyas y de alhajas me consolarán mucho en el infierno si tengo la desgracia de condenarme? ¿servirá de gran consuelo á un condenado la memoria de los pasados deleytes? ¿calmarán á lo menos por algunos instantes aquellos espantosos tormentos que padece? La desesperada memoria de lo que fue, y de lo que pudo ser, ¿mitigará el dolor de lo que es? Pregunto, ¿este es hechizo, es furor, ó es la mas frenética locura? ¡Por unos breves dias, por unos falsos deleytes, tan insulsos como vergonzosos, precipitarme por toda la eternidad en todo género de suplicios! ¡por amontonar bienes de que ya no gozo, perder el cielo, perder un bien infinito, perder á

Dios, y perderle para siempre, sin remedio, sin recurso! ¿Es posible que hay en el mundo hombres tan extravagantes? Sí los hay. El número de estos insensatos cada dia es mayor; á cada paso se tiene lástima de los que siguen otro camino. Esos hombres disolutos, esas mugeres mundanas, á quienes tiene el mundo como encantadas y como encantados, y en quienes está la fe casi del todo apagada; esos miran con risa estos peligros, y aun tal vez hacen chanza, hacen materia de zumba las verdades mas terribles de la religion, mofándose y burlándose de los que la respetan y la temen! ¡Oh, y cuánto convence la necesidad de un juicio universal el proceder de estos insensatos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera otra vez *de qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma.* Este oráculo, penetrado bien, vale toda la filosofía moral de los cristianos; por lo menos es cierto que él solo la encierra toda. No es necesario otro punto de meditacion para reformarse.

Dite á ti mismo en medio de esos ambiciosos proyectos de una elevada fortuna; en medio de esa peligrosa cadena de prosperidades; en medio de esas esperanzas tan floridas como perfumadas; en medio de esos dias alegres, brillantes y risueños; en medio de esas diversiones que embelesan; en medio de esas concurrencias que encantan: *Quid prodest?* ¿en qué parará todo esto? ¿cuáles serán las funestas consecuencias de estas fiestas? *Quid prodest?* ¿de qué me servirá todo este mundo lisonjero un cuarto de hora despues de morir, una hora antes de espirar? ¡Mi Dios, y qué peso tienen todas estas reflexiones! ¡mas qué verdaderas son! ¡y cómo he de llorar algun dia! ¿En qué empleamos el tiempo, de qué nos sirve el entendimiento, qué nos aprovecha la razon si no hacemos reflexion sobre este oráculo cien veces al dia? ¿de qué sirve al hombre, de qué sirve al príncipe, de qué al obispo, de qué al caballero, de qué al soldado, de qué al religioso, de qué al eclesiástico, de qué á la dama, de qué al plebeyo, de qué al oficial; de qué les sirve ser lo que son, ni llegar á todo cuanto pueden ser, si despues

del papel que representan en el teatro por algunas horas, se condenan sin remedio por toda la eternidad?

Traigamos á la memoria esa multitud de dias que han pasado desde nuestro nacimiento acá; dias todos mezclados de gustos y de pesadumbres, siendo muy raro el que se vivió sin esta alternativa; separemos, si es posible, entre este inmenso mar de amargura aquellas contadas gotas de alegría, por la mayor parte tumultuosa y atronada; ¿qué nos resta ahora de todo ello? Aun cuando todo se hubiese gozado sin turbacion, sin zozobra, sin inquietud, ¿qué consuelo sería el nuestro, si todo esto nos hubiera conducido á un obscuro calabozo, ó si en breves horas nos hubiese de conducir á un afrentoso cadahalso? Sobresáltase el alma con sola esta suposicion. ¡Ah, mi Dios, y cuándo se sobresaltará á vista del inminente peligro en que se vive de ser eternamente entregado á lo mas penetrante, á lo mas horrible que tienen la rabia y la desesperacion!

Si el santo papa Juan hubiera preferido la gracia de un príncipe á su deber y á su religion; si se hubiera dexado intimidar de sus amenazas, y cobardemente se hubiera rendido á éllas, ¿de qué le serviria? ¡Pero, mi Dios! ¿y de qué me han servido á mí todas las indignas condescendencias que he tenido hasta ahora con el mundo? No, Señor, aunque hubiese de ganar á todo el universo; aunque hubiese de ser yo el hombre mas feliz de todo el mundo, nada sería capaz de moverme á que os ofendiese; porque nada estimo, nada aprecio sino solo agradaros.

JACULATORIAS.

In corde meo abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi. Salm. 118.

Tengo vuestra ley grabada en mi corazon para no ofenderos jamás.

Quid mihi est in cœlo? et à te quid volui super terram? Salm. 72.

Fuera de vos, Dios mio, ¿qué tengo yo que desear en el cielo, ni que apetecer en la tierra?

PROPOSITOS.

Hablando propiamente, en esta vida no hay negocio importante, no hay negocio de consecuencia, no hay cosa que merezca el nombre de negocio, sino el de nuestra salvacion. Negociaciones de príncipes, ideas artificiosas de cortes, sitios de plazas, batallas ganadas, manejo y superintendencia de hacienda, soberbios edificios, fortunas ventajosas, negocio de mucho interes, obras de ingenio, todo eso solo se llama negocio con impropiedad. Solo el negocio de la salvacion es negocio nuestro; los demas son extraños, son negocios agenos. Sean enhorabuena como tú quisieres, negocios del estado, del reyno, del tribunal de la guerra, del comercio, de tu comunidad, de tus amigos y de tu familia; pero no son negocios tuyos. Aunque todos los demas negocios del mundo te salgan mal, como te salga bien el de la salvacion, consuélate que hiciste tu fortuna, y eres hombre feliz. Ahora, dime, ¿lo habias pensado así hasta ahora? ¿era éste tu modo de discurrir acerca de este grande, de este importante negocio? Es digno de admiracion que amándose tanto los hombres á sí mismos, hayan hecho tan pocas reflexîones sobre esta importantísima verdad. Pues trata tú de hacerlas, y muy sérias. Es cierto que no has vivido ocioso, que has trabajado, has afanado, has sudado, has gastado tu salud; ¿pero qué has adelantado, qué utilidad real y sólida has ganado que te pueda servir de algun provecho en la otra vida? Si no has trabajado para tu salvacion, todo lo perdiste; haz cuenta que nada has hecho. Dexa por algunos dias todos los demas pensamientos, y ocúpate en este solo.

2 Graba, no solo en tu corazon, sino en tu memoria, este oráculo: *Quid prodest homini, si universum mundum lucretur, &c.* ¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Tenle escrito en tu oratorio, en tu cuarto, en tu gabinete; y es muy loable estamparle tambien en el librito de horas, y repetirle cuando se ha padecido alguna pérdida, ó se ha hecho alguna ganancia. Si reyna en tu casa la prosperidad y la abundancia; si te mira la fortuna con semblante risueño, y to-

do te sale á medida de tu gusto, dite á ti mismo con frecuencia lo que te dice Jesucristo: *Quid prodést*? ¿De qué me sirve todo esto si me condeno? Si has perdido un pleyto, una herencia, un grande empleo, penetrada bien esta verdad es muy á propósito para consolarte. La salvacion es el mayor recurso en todos los desconsuelos. Repite muchas veces esta leccion á tus hijos y á tu familia; ninguna otra es mas eficaz para hacerlos á todos buenos cristianos.

DIA VEINTE Y OCHO.

San German, obispo y confesor.

San German, hombre de eminente santidad, varon de singular mérito, en quien hizo Dios resplandecer el don de milagros, segun lo certifica el obispo Fortunato, nació en Borgoña en el territorio de Autun, hácia el año de 469. Su padre Eleuterio y su madre Eusebia eran de una familia distinguida en el pais; pero, ó porque se hallaban muy escasos de los bienes de fortuna, ó porque les era muy gravoso el excesivo número de hijos, la madre hizo cuantas diligencias pudo para que se malograse éste antes de salir de sus entrañas. No lo consiguió, porque le tomó Dios debaxo de su proteccion, conservándole la vida, á pesar de los esfuerzos de su madre, y despues que salió á luz le continuó la misma proteccion contra otros muchos peligros.

Pasados algunos años en casa de sus padres con una educacion bastantemente descuidada, le enviaron á estudiar á la villa de Avalon en compañía de un primo suyo de la misma edad, que se llamaba Estratidio. Parece que todos conspiraban contra la vida de nuestro Santo. La madre de Estratidio, ya fuese por alguna manía, ya por zelos, ó por algun motivo de interes, resolvió dar

veneno á su sobrino German, y con este mal intento dispuso dos ampollitas, una de vino ordinario, y otra preparada con no sé qué confeccion venenosa para el desayuno de su hijo y de su sobrino; pero la divina Providencia, que velaba sobre la conservacion de nuestro Santo, dispuso que se equivocase la criada, y que diese á German el vino sano, y á Estratidio el emponzoñado; el cual le hubo de costar allí mismo la vida, pero salió del peligro á costa de una asquerosa lepra.

Conociendo German que ni en casa de su padre ni en casa de su tia estaba bien admitido, se retiró á Lazy para vivir en compañía de su pariente san Scopilion, cuyos exemplos, cuidados y desvelos por su educacion le compensaron con usuras los malos tratamientos que habia experimentado en las dos casas precedentes.

El bello natural de German, su inclinacion á la virtud y su buen entendimiento suplieron con ventajas la negligencia y el descuido que se habia tenido en criarle y en instruirle. Fue para él la casa de Scopilion una excelente escuela de que se supo aprovechar bien; vivian ambos como dos religiosos en contínuos exercicios de devocion, exercitándose recíprocamente en la virtud con sus santas conversaciones y con sus exemplos. Aunque la casa estaba distante de la iglesia cerca de media legua, eran muy asistentes á los divinos oficios, sin que las aguas, las nieves ni las demas incomodidades del temporal les estorbase esta asistencia en ningun tiempo del año; dedicando lo restante del dia á la oracion y á la leccion de libros espirituales. Quince años pasó German en esta santa soledad, empleando en solo Dios los dias y las noches.

Informado san Agripin, obispo de Autun, de la eminente virtud y del mérito singular del santo Mancebo, resolvió hacerle entrar en el estado eclesiástico. Todo el embarazo que encontró fue el de su profunda humildad; pero por mas evasiones que discurrió se vió precisado á obedecer. Confirióle el santo Obispo los sagrados órdenes, y tres años despues le hizo presbítero. Muerto Agripin, su sucesor san Nectario, que le conoció muy presto, le nombró por abad del monasterio de san Sinforiano en los arrabales de Autun.

Gobernó el santo Abad aquel monasterio con tanto ze-

lo, con tanta prudencia y con tanta suavidad, que muy luego se reconoció lo mucho que puede la virtud cuando los empleos la dan ocasion de manifestarse. Las primeras lecciones que dió á los monges fueron las del buen exemplo, y todas fueron lecciones eficaces. Renovóse la observancia y el fervor; á la reputacion del Abad se siguió la de la abadía; solo se hablaba de la regularidad del monasterio, y de la santidad del que le gobernaba. Verdad es que la vida exemplar de nuestro Santo, sus penitencias, su virtud y sus limosnas le hicieron célebre en todo el reyno; de todas partes concurrian por ver y por venerar al santo Abad, y desde entonces le concedió Dios el don de profecía y el don de milagros.

No pudiendo sufrir su grande caridad que se despidiese á ningun pobre sin limosna, despues que un dia lo habia dado todo, hizo distribuir el pan que se habia reservado para el monasterio. No agradó á sus monges este exceso de caridad, y llegaron á los oidos del Santo sus quejas y sus murmuraciones. Acudió á la oracion, y apenas se retiró á la celda para derramar su corazon en la presencia de Dios, cuando una virtuosa señora envió dos cargas de pan, y el dia siguiente llegaron dos carros cargados con todo género de provisiones para el monasterio.

Cerró esta maravilla la boca á las murmuraciones, pero no le libraron de la persecucion; porque una virtud tan sobresaliente no podia menos de ser exercitada. Mal informado el Obispo, en virtud de alguna calumnia, ó entrando quizá en algunos zelos por su mucha reputacion, le mandó prender, le metió en la cárcel eclesiástica; pero luego que entró en élla se abrieron por sí mismas las puertas de la prision. No quisó salir de élla sin beneplácito del Obispo, que convirtió los zelos en respeto y en veneracion. Aumentó su estimacion un accidente que sobrevino, y remedió prontamente el santo Abad. Prendióse fuego en el pajar, que á la sazon estaba atestado de heno, y las llamas iban ya á reducir á cenizas todo el monasterio; echó en éllas el santo Abad algunas gotas de agua bendita, y al punto se apagaron. Este milagro y otros muchos que obraba el Señor todos los dias por la intercesion de su Siervo, le hicieron tan famoso en todo el reyno, que habiendo muerto el año 554 Eusebio,

obispo de París, fue nuestro san German electo en su lugar; y por mas razones que alegó para no admitir esta dignidad, el rey Childeberto quiso absolutamente que la aceptase, y sin dilacion fue consagrado, nombrándole el Rey por su limosnero mayor, entregándole toda su confianza.

Ninguna mudanza hicieron en su porte todas estas dignidades. El mismo fue cuando obispo que cuando abad; igualmente mortificado en su persona, igualmente austéro en su conducta, tan humilde, tan caritativo y tan pobre; su mesa no solamente era frugal, sino tan parca, que mas que comida parecia abstinencia y ayuno. Dedicaba los dias al gobierno de su iglesia y al cuidado de su rebaño, y pasaba las noches en oracion, y muchas veces al pie de los altares. En todo lo demas era austerísimo su modo de vivir. Jamás se arrimaba á la lumbre en el mayor rigor de inviernos frigidísimos; siendo una de sus ordinarias mortificaciones tolerar todas las incomodidades del temporal, sin solicitar el menor alivio. Aunque el Rey le honraba con toda su confianza, y ésta le precisaba á tener mucha parte en el manejo de los negocios de estado, en medio de eso era todo de su pueblo. Visitábale, instruíale, consolábale con sus palabras y con sus limosnas, porque crecia en él la caridad al paso que se aumentaban las rentas. Entrególe un dia el Rey un bolsillo de dinero para que lo repartiese entre los pobres; distribuyó el Santo una gran cantidad entre todos los que encontró, y reservó la mitad para repartirla el dia siguiente. Hízole el generoso Príncipe que lo diese todo, diciéndole: que en su real tesoro encontraria siempre pronto un fondo inagotable para socorrer cuantas necesidades quisiese. No tardó el Señor en recompensar la piadosa liberalidad del Monarca, manifestando al mismo tiempo mas y mas la santidad de German, de la que dió ilustre prueba la milagrosa curacion del Rey; y el mismo Príncipe dexó á la posteridad el mas auténtico testimonio de este prodigio, no menos que de su reconocimiento y de su caritativa liberalidad en las letras patentes que expidió, y fueron del tenor siguiente:

"Nuestro padre y señor German, obispo de París, »hombre apostólico, nos ha enseñado en sus sermones que

» mientras estamos en esta vida debemos pensar contínua-» mente en la del otro mundo. Entre otras cosas nos ha re-» comendado mucho el cuidado de las iglesias, el de los » lugares sagrados, y el hacer muchas limosnas, de lo » cual él mismo nos da exemplo. Habiendo sabido este Pre-» lado que estábamos enfermos en el castillo de Celles, cerca » de Melun, y que no nos habian aprovechado los reme-» dios de los médicos ni las demas diligencias humanas » que hicimos para recobrar la salud, vino á visitarnos; y » pasó toda la noche en oracion, suplicando al Señor que » nos la concediese. Por la mañana puso sobre nos sus » santas manos, y apenas nos tocó cuando nos hallamos » perfectamente buenos. En reconocimiento de un favor » tan singular que Dios nos hizo por medio de su Siervo, » donamos á la iglesia de París, y al obispo German que » la gobierna, la tierra de Celles, donde recobramos la » salud, y está sita en el territorio de Melun, en aquella » parte donde se junta el rio Yona con el rio Sena."

Sobrevivió poco el Rey á esta donacion. Cuando volvió este Príncipe de la expedicion de España habia hecho edificar la iglesia de san Vicente (que hoy es de san German), escogiendo en élla su sepultura, y la incorporó con otros edificios, de que fundó un grande monasterio, entregándole á la disposicion y jurisdiccion de san German. El Santo le llenó luego de monges, y nombró por primer abad á san Doctroveo ó Doroteo, su discípulo, y éste fue el principio de aquella célebre abadía que ha contado tantos, tan ilustres y tan santos abades, distinguidos por la púrpura, por su sabiduría y por su virtud, como lo es el que ha ocupado tan dignamente este empleo el cardenal de Bisy, obispo de Meaux.

No se entregó tan del todo san German al cuidado de los monges, que no se dedicase con mayor á la direccion del clero, y á formar dignos ministros de la Iglesia. Extendióse tanto la fama de su arreglado seminario, que concurrian á él muchos de paises extrangeros para imbuirse en el espíritu eclesiástico; y en poco tiempo salieron de tan insigne escuela muchos varones apostólicos que introduxeron en todas partes el fervor y la reforma.

Clotario, sucesor de Childeberto, no honró ni estimó

menos á san German que lo habia hecho su predecesor; pero el zelo y el teson en defender la religion pusieron al santo Obispo en la dolorosa precision de negar los sacramentos á Cariberto, rey de París, hijo de Clotario, que habiendo repudiado á Ingoberta, se habia casado con Merofleda, y muerta ésta se desposó públicamente con su hermana Marcoueva, que era religiosa, no obstante que antes de ésta habia tomado ya otra muger. Practicó san German cuantas diligencias pudo para cortar este escándalo, pero todas sin fruto; por lo que se juzgó obligado á excomulgar al rey y á Marcoueva, causa principal de todo el desórden. Poco tiempo despues murieron arrebatadamente úno y ótro, vengando el cielo el desprecio que hicieron de las censuras de la Iglesia. A estas turbaciones se siguieron las que causaron en París los zelos y la ambicion de Sigeberto y de Chilpérico, en las cuales necesitó nuestro Santo de toda su valor, de toda su virtud y de toda su prudencia.

Hallábase el cuerpo de German muy extenuado por los rigores de su contínua penitencia, sin que por eso mitigase un punto de su mortificacion y austeridad; ni el grave peso de sus muchos años era bastante para que dexase de trabajar incesantemente en la conversion de los pecadores. Pero al fin, lleno de dias y de merecimientos, le llamó Dios de este mundo para coronarle en el cielo, y murió el dia 28 de mayo, á los ochenta y mas años de su edad, el de 576. Su santo cuerpo fue enterrado en la capilla de san Sinforiano, que él mismo habia mandado fabricar mas abaxo de la iglesia de san Vicente; y luego confirmó el Señor con nuevos milagros el justo concepto que todos habian formado de la santidad de su Siervo. Lanfrido, abad de san Vicente, trasladó el cuerpo á la misma iglesia de san Vicente, con asistencia del rey Pipino y de Cárlos su hijo, que fueron testigos de muchas maravillas. Cuando los normandos entraron en Francia, se sacaron estas santas reliquias para librarlas de su furor; y cuando se transladaron á la iglesia del monasterio, tomó el nombre de san German en lugar del de san Vicente que antes tenia. El primero que enriqueció el sepulcro de nuestro Santo con oro, plata y piedras preciosas, fue san Eloy, despues obispo de Noyon; y Gui-

llelmo, obispo y abad de san German, en el año de 1408 le colocó en una urna de plata muy rica, y es la misma en que el dia de hoy se venera.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Germani confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum...

Rogámoste, Señor, que oigais benigno la súplica que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice German, y que nos libres de todos nuestros pecados por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad: Por nuestro Señor...

La epistola es del apóstol san Pablo á los hebreos, cap. 5.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerant dona et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis, qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres, es constituido en beneficio de los mismos hombres, en órden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad; y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios como Aaron.

NOTA.

»Estando san Pablo en Roma, tuvo noticia de la muerte »de Santiago, y del furor con que los judíos perseguian »á los de la misma religion que se convertian á la fe. »Con este motivo los escribió esta carta, en que no pu»so su nombre, ó porque solo se llamaba *Apóstol de los »gentiles*, ó porque mas la consideraba como libro que »como carta, pues escusa su brevedad: *Etenim per paucis*

»scripsi vobis. Con efecto, es breve para libro, y larga »para carta.

REFLEXIONES.

Qui condolere possit iis, qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate. De suerte, que sea capaz de compadecerse de los que se descaminan, ó por malicia, ó por ignorancia, puesto que tambien él mismo está rodeado de miseria y de flaqueza. ¡Qué instruccion tan llena de prudencia! ¡qué colmada de consuelo! ¡cómo resplandece en élla el espíritu de Jesucristo! Si los pontífices y ministros del Señor, establecidos en su Iglesia para reconciliar los pecadores, fueran algunos ángeles ó inteligencias superiores exêntas de nuestras flaquezas; si fueran algunos hombres de diferente masa, privilegiados y libres de nuestras miserias, ninguna consideracion moderaria su indignacion, ni templaria su zelo á vista de tantos pecados. Como hijos del trueno pedirian al cielo rayos que reduxesen á cenizas los pecadores; ¿ pero causaria mucha alegría al mismo cielo esta severidad? ¿convertiria muchos pecadores? ¿abriria el camino á la piedad para que triunfase la misericordia (*Ezech.* 33.)? *Vivo yo*, dice el Señor, *que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta, que se enmiende, y que viva.* Id, y aprended lo que significa: *Quiero la misericordia, y no el sacrificio*; y lo otro (*Matth.* 9.): *No vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.* Eran, pues, menester unos ministros de paz y de reconciliacion, llenos de compasion y de blandura. La inmoderada, la desmedida severidad irrita, alborota y desespera. Eligió el Hijo de Dios á san Pedro por cabeza de su Iglesia; ¿pero quando? despues que en la triste experiencia de su propia flaqueza aprendió á compadecerse de las agenas (*Luc.* 22.). *En volviendo sobre ti confirma á tus hermanos.* Para convertir á los pecadores es menester una suavidad prudente, una compasion tierna; es preciso acordarse el que los quiere convertir de que tambien es pecador. El zelo áspero, duro y amargo nunca fue del gusto, ni conforme al espíritu de Jesucristo. Ese es el mas sazonado fruto de la heregía. Todos los hereges han gritado siempre, y estan

contínuamente gritando contra la demasiada indulgencia de la Iglesia católica; la dureza y la amargura siempre son efecto del mal espíritu; el de Jesucristo, el zelo verdaderamente cristiano, excita en el alma un grande horror al pecado, y una amorosa compasion del pecador; pero el de mal espíritu confunde al pecador con el pecado: *El que de vosotros estuviere sin pecado*, dice el Salvador, *arroje la primera piedra contra esta pobre adúltera.* Al zelo amargo no le aníma la gloria de Dios, anímale la pasion, anímale el orgullo; este es el verdadero móvil del zelo impetuoso; este es el orígen de todo este torrente de amargura. Reservemos la dureza y la severidad para nosotros mismos, y el zelo será siempre puro y loable; pero acompañe siempre á nuestro zelo por próximo una suavidad prudente y discreta. Ninguna cosa descubre mas el espíritu de Dios que esta cristiana dulzura: *Aprended de mí*, dice el Señor, *que soy manso y humilde de corazon.* Es cierto que una blandura excesiva, cobarde y demasiado indulgente suele ser principio de una perniciosísima relaxacion; pero un rigor inmoderado y descomedido, ¿será por ventura menos perjudicial?

El evangelio es del cap. 12. *de san Juan*, *y el mismo que el dia XVII*, *fólio* 396.

MEDITACION.

De la pérdida del tiempo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en esta vida no hay pérdida mas irreparable ni de mayores consecuencias que la pérdida del tiempo. ¿Perdiste una hora, perdiste un dia? no admite reparo; para siempre le perdiste. Las demas pérdidas pueden repararse. Si se perdió la salud se puede recobrar; un robo, un incendio, un naufragio no son pérdidas sin remedio; los negocios mas desbaratados dexan siempre algun resquicio á la esperanza. La pérdida de una batalla, la de un pleyto, la de toda la hacienda, la de la misma honra no es pérdida sin recurso. El mun-

do tiene altos y baxos; la que se llama fortuna vuelve á levantar á los mismos que precipitó; y en fin, cuando falten los medios naturales, hay recurso á la esperanza de los milagros; puede Dios hacer lo que no pueden los hombres. Solo en la pérdida del tiempo está enteramente cerrada la puerta á todo recurso y remedio. No puede Dios hacer que el dia de hoy no se haya pasado, ni que tan bellos años empleados en diversiones y en pasatiempos no se hayan perdido. Puede alargarte la vida todo un mes, puede dilatártela todo lo que fuere de su agrado; pero no puede hacer que tornen los dias que se perdieron. Podrás tú emplear mejor los que te restan de vida; pero no podrás reparar los que perdiste. Comprende bien, si puedes, la grandeza, la enormidad y las consecuencias de esta pérdida.

Con esos dias mal empleados, ¡cuántas gracias se perderian que acaso estaban destinadas, preparadas y determinadas á éllos! Quizá dependerian de esos dias malogrados la gracia de nuestra conversion, la de la vocacion, la de la perseverancia. El sol estaba entonces en el Cenit; ahora va declinando hácia el Ocaso. Si nos restaba mucho camino que andar, todavía teníamos mucho dia; ahora ya va baxando el sol, y aún nos falta mucha jornada; aun esa corta luz que nos alumbra, con la cual apenas se divisa el terreno que pisamos, está para apagarse. Apenas hay ya tiempo para ponernos en camino; hemos dormido mucho, levantámonos muy tarde. Acércase la noche, y no es ocasion de acudir á la tienda para hacer provision de aceyte; quizá vendrá el esposo mientras vamos á comprarle. Aquellos bellos dias de una florida juventud; aquellos brillantes años de una edad robusta y vigorosa; aquella noble sazon de la vida que lastimosamente se malogró en una blanda y delicada ociosidad; todo ese tiempo tan precioso únicamente se nos concedió para hacer nuestra jornada. Detuviéronos en el camino las diversiones, los placeres, los regalos y las perniciosas compañías. Al dar vuelta el giro de la edad, cuando ya se acercan las sombras de la noche, al tiempo que los dias son mas breves, y esos cortados con los achaques y las enfermedades, entonces se conoce que nos hemos detenido demasiado en el camino, casi cuando era

ya tiempo de descansar dichosamente en el término. Hombres del mundo, mugeres del siglo, jóvenes aturdidos, que perdeis miserablemente los mas hermosos dias de vuestra vida, aplicáos á vosotros mismos estas alegorías; comprended y meditad bien este metafórico discurso.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué grave es una pérdida de la mayor importancia, cuando es irreparable. Pues tal es la pérdida del tiempo. Con todo eso, esta gran pérdida se hace, no solo sin dolor, sino con el mayor gusto, divirtiéndose, riéndose; ¿qué digo? se tendria por desgracia el no hacerlo. ¿Pero son cristianos los que proceden de esta madera? ¿son racionales? ¿no padecen algun rapto de locura? ¿por lo menos hay frenesí mas lastimoso? ¿hay otro que sea seguido de mas cruel, pero mas inútil arrepentimiento?

Todo el tiempo que se pasó en el juego, en vanos entretenimientos, en peligrosas diversiones, en espectáculos profanos, cuando no los honestó por lo menos un motivo justo y racional, es tiempo lastimosamente perdido. Todo este tiempo que se gastó en componerse, en adornarse, en refinar sobre la misma profanidad, en seguir escrupulosamente una moda, hija de la vanidad ó del capricho, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se empleó en la demasiada delicadeza, en excesivo melindre, en el exquisito regalo, en la ociosidad y en la holgazanería, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se ocupó en negocios, en pretensiones que no tuvieron otro móvil que el de la ambicion y la codicia, es tiempo perdido. Todo el tiempo malogrado y consumido en inutilidades especiosas, en fruslerías, en vagatelas, en unos nadas que parecen algo, todo ese tiempo es tiempo perdido, todo será estrechamente revindicado por aquel soberano Señor, que solamente nos le concedió para que negociásemos con él en órden á la vida eterna. ¡O Dios, qué pérdida! ¡y qué cuenta tan estrecha! ¡ó Dios, y qué eterno llanto!

Piérdese este precioso tiempo, y se pierde sin dolor; antes bien no pocas veces el único dolor que se tiene es porque no se sabe en qué se ha de perder. La gente noble,

esas personas tan distinguidas por sus cuantiosas rentas, por su nacimiento, por su clase, por sus empleos, por su dignidad; esas son las que por lo comun emplean peor el tiempo. Pero en la última enfermedad; esto es, cuando el tiempo va á espirar, cuando se asoma la eternidad, cuando apenas hay ya tiempo, entonces se acude á los ministros del Señor, se recurre á los expedientes. En breves instantes, y esos poco libres, poco despejados, en los cuales apenas se sabe lo que se hace, se quiere hacer aquel grande, aquel negocio espinoso para el cual nos concedió Dios toda la vida. Valga la verdad; ¿y habrá mucho que confiar en todas aquellas devociones forzadas, que parecen ya tan fuera de sazon, en todos aquellos exteriores arrepentimientos, en todas aquellas reflexîones, que han tardado tanto en llegar? Todas pueden ser eficaces y sinceras; no lo niego: algunas lo serán tambien, igualmente lo confieso; ¿pero cuántas lo serán? Concediósenos toda la vida para trabajar en el negocio de nuestra salvacion; no hay edad, no hay tiempo, no hay condicion, no hay empleo que nos dispense de esta obligacion; este es el único negocio grande de toda nuestra vida. ¿Qué dirán, qué pensarán de esta verdad en aquella postrera hora todos aquellos que al presente no piensan en élla?

Mi Dios, conozco que es irreparable la pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia me concedeis todavía algunos dias de vida, resuelto estoy con vuestra divina gracia á no malograr ni un solo instante de tiempo.

JACULATORIAS.

Ergo dum tempus habemus, operemur bonum. Galat. 6.
Pues tenemos tiempo, aprovechémosle bien.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.
Deseó mi alma guardar tus santos mandamientos por todos los dias de mi vida.

PROPOSITOS.

El tiempo es precioso, es corto, y la pérdida del tiempo es irreparable. ¿Se podrá convenir en estas tres proposiciones, y se podrá perder el tiempo? Con todo eso, no hay cosa mas cierta que ese tiempo se pierde cada dia; y la rapidez con que vuela no es bastante á corregir el ánsia que tenemos de verle volar. Ponte hoy á contar tus años, ajusta el número de tus dias, y dime cuántos has perdido, cuántos has dexado perder? Esta pérdida es de consecuencia; porque al fin contados estan todos los dias de nuestra vida, y no hay siquiera uno de que no se nos haya de pedir estrecha cuenta. La pérdida es irreparable; porque, ¿cómo se repararán quince ó veinte mil dias perdidos y malogrados? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y al buen uso de los que te restan. No pierdas un solo instante, y pon en práctica los consejos siguientes.

2 Todos los dias por la mañana y por la noche, y en el sacrificio de la misa pide perdon á Dios con vivo y sincero dolor del tiempo que has perdido. No tomes descanso, diversion ni recreo alguno que no procures santificar por algun motivo, no solo honesto, sino santo, esforzándote á santificarle tambien aun en el mismo exercicio. Determina algun número de actos de amor de Dios que hayas de hacer durante el tiempo del recreo, y aun en la misma comida. Cada semana dedica una ó media hora á la oracion, ó á algunas otras buenas obras de aquel mismo tiempo que tienes destinado para descansar, ó para recrearte. Escoge un dia cada año, que has de emplear todo entero *en redimir el tiempo*, como se explica el Apóstol; esto es, en oracion, en penitencia, en buenas obras, haciendo limosnas mas cuantiosas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas á propósito para este importante exercicio es el dia en que cumples años. No dexes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que has perdido, porque es falta muy substancial.

DIA VEINTE Y NUEVE.

La conmemoracion de los fieles difuntos.

Dos cosas considera y ha considerado siempre la Iglesia católica en el pecado; la culpa, que consiste en la ofensa que se hace á la divina Magestad, y la pena que merece esta culpa. Solo Dios por los méritos de su Hijo puede perdonar los pecados; pero aunque su infinita misericordia los perdone enteramente cuanto á la culpa, no siempre los perdona igualmente cuanto á la pena. Esta pide siempre alguna satisfaccion; de manera, que despues de haber conseguido el pecador de la misericordia del Señor el perdon de sus pecados, todavía queda deudor á su divina justicia. La pena correspondiente á sus pecados es una deuda que es preciso pagar; es una mancha de la cual se ha de purificar necesariamente en esta vida ó en la ótra antes de entrar en la mansion de los bienaventurados, donde no se da lugar á la mas ligera mancha. Es cierto que muchos mueren en estado de gracia; esto es, sin culpa mortal; pero no es menos cierto que á rarísimos dexa de coger aquel último momento sin algun pecado venial, ó sin una multitud de deudas penales contraidas por las culpas antecedentes, las cuales irremisiblemente es necesario satisfacer. En virtud de este principio, que es de fe, ademas del lugar destinado para el suplicio de los réprobos, y ademas del que el Salvador reservó para los escogidos y amados de su Padre, la Iglesia de Jesucristo creyó, y enseñó siempre que hay otro tercer lugar, al cual da el nombre de purgatorio, en el que los mismos escogidos de Dios se acaban de purificar de las manchas que contraxeron en esta vida, y de satisfacer á la divina justicia por un castigo temporal y transitorio; pero que Dios exîge con todo rigor, como lo dice el mismo Jesucristo en aquellas palabras metafóricas del evangelio: *De verdad os digo, que no saldréis de allí sin que me hayais pagado hasta el último maravedí*; por la misma ra-

zon, la misma Iglesia católica tuvo siempre por santa y saludable la oracion por los difuntos; como tradicion que enseñaron los apóstoles, y antes de éllos los profetas alumbrados de Dios se la habian enseñado á los judíos.

Estos siempre reconocieron tambien el purgatorio, aunque no con este nombre. Es decir, reconocieron un lugar en que las almas de los fieles acababan de ser purificadas; pues habia entre éllos una ley que imponia á los hijos la obligacion de rezar por espacio de un año entero cierta oracion que llamaba *Kadis* por las almas de sus difuntos padres, para que saliesen del lugar donde estaban penando, como se puede ver en el libro de sus ritos. Este lugar, en opinion de los judíos, era el mismo infierno de los condenados, en el cual eran atormentadas todas las almas que morian con algun pecado, solo con la diferencia que las que no habian muerto con culpa mortal, salian de allí despues de algun tiempo por las oraciones de los fieles.

Bien sabido es que Judas Macabeo, habiendo recogido de una colecta que hizo publicar doce mil dracmas de plata, que son 18@340 reales de nuestra moneda, las envió á Jerusalen para que se ofreciese un sacrificio por las almas de los que acababan de morir en la batalla; y añade el Historiador: "Que aquel gran Capitan consideraba »estar reservada una gran misericordia á los que habian »muerto con piedad; y así es santo y saludable pensa»miento hacer oracion por los difuntos, para que sean »librados de sus culpas."

Los protestantes no quieren creer que hay purgatorio, ciegamente persuadidos á que por desordenada que haya sido la vida, basta la fe para que el alma en la hora de la muerte se halle enteramente limpia y sin deuda alguna contraida á favor de la divina justicia. Y como este segundo libro de los macabeos es tan concluyente contra su error, echan por el atajo, y no le reconocen por canónico. ¿Pero con qué autoridad descartan un libro, no solo únicamente recibido por toda la Iglesia griega y latina, sino en cierta manera autorizado por el mismo Jesucristo; pues consta guardaba exâctamente la fiesta de la dedicacion del templo, instituida por Judas Macabeo,

la que se celebraba en el mes de Casleu, correspondiente á nuestro mes de diciembre, que es lo que certificó el evangelista san Juan (*Joann.* 10.) cuando notó que *era invierno.*

San Pablo en la segunda epístola á los corintios, queriendo confundir á ciertos falsos doctores de aquella iglesia que negaban la resurreccion de los muertos, porque profesaban la secta de los saduceos, dice así (1. *Cor.* 15.): *¿Qué será de los que reciben un bautismo por los muertos, si los muertos no resucitan? ¿de qué les servirá el tal bautismo?* Es dudoso lo que quiere significar aquí el Apóstol por la palabra *bautismo.* Pero ora entienda algunas buenas obras, mortificaciones y penitencias que se hacian por los difuntos; ora entienda el abuso que desaprobaba, aunque al mismo tiempo se valia de él para convencer á los hereges, de aquellos que se hacian bautizar por sus difuntos amigos y parientes, que habiendo deseado recibir el bautismo, habian muerto sin haberle recibido, creyendo erradamente que una vez que le recibiesen, aunque fuese, digámoslo así, por poderes, se hacian capaces de las oraciones de los fieles; de cualquiera manera que se entiendan estas palabras del Apóstol, es evidente que en su tiempo estaban persuadidos los fieles á que los difuntos podian necesitar de las oraciones de los vivos, y que era obra de misericordia ofrecer á Dios algunas buenas obras, y hacer oracion por éllos.

El mismo Apóstol en la seguuda epístola á Timoteo, hablando de las muchas limosnas que le habia hecho Onesiforo, que acababa de morir, dice: *Quiera el Señor que su alma haya encontrado tambien misericordia en sus divinos ojos*; lo que prueba evidentemente la costumbre y la piedad de rogar á Dios por los difuntos.

Todos los padres de la Iglesia tuvieron la misma devocion. *En el segundo libro de los macabeos* (dice san Agustin) (*De Cur. mort. cap.* 1.) *leemos que se ofreció á Dios en sacrificio por los difuntos*; *pero aunque no tuviéramos testimonio alguno de éstos en la sagrada Escritura, debiera bastarnos la autoridad de la Iglesia universal, y su célebre costumbre en este punto*; *pues en las oraciones que el sacerdote ofrece al Señor en el sacrificio de la misa se hace conmemoracion de los difuntos.*

El mismo san Agustin, en el tercer tomo *sobre las palabras del Apóstol*, hablando de la oracion por los muertos, dice de esta manera: *Es costumbre observada en toda la Iglesia, segun tradicion de los padres, rogar á Dios por los que mueren en la comunion del cuerpo y sangre de Jesucristo, en aquella parte del sacrificio en que se hace conmemoracion de éllos, advirtiendo que tambien por éllos se ofrece.*

La oracion que tenemos del mismo Santo por el descanso del alma de su madre, es otra prueba de la costumbre de la Iglesia, y de lo que practicaron todos los santos. En el libro 13. cap. 9. del libro de las Confesiones, hablando con Dios, se explica de esta manera: "Aunque »tengo motivo, Señor, para alegrarme en vos, y para »rendiros mil gracias por lo mucho bueno que hizo en »vida mi madre, ahora lo dexo todo aparte para pe»diros la perdoneis sus pecados. Oidme, os suplico, por »los méritos de aquel que por nosotros quiso ser enclava»do en una cruz; por aquel divino Salvador, cuya sangre »cura las llagas de nuestras almas, y sentado ahora á »vuestra diestra contínuamente está rogando por nosotros. »Yo sé que se exercitó en obras de misericordia, y que »perdonó á los que la habian ofendido; perdonadla, Se»ñor, os ruego, y no la juzgueis con rigor. Sobresalga con »élla vuestra misericordia, y no vuestra justicia; porque »al morir no nos dexó encomendada otra cosa, sino que »nos acordáramos de élla en el sacrificio del altar cuando »celebrásemos los sagrados misterios, á que asistió con tan»ta devocion toda la vida; donde sabia bien que se ofrecia »aquella incruenta víctima, cuya sangre borró la cédula de »muerte que teníais contra nosotros. Acordáos, Señor, que »aquella por quien os pido tuvo siempre unida su alma »con los lazos de la fe á este adorable misterio de nues»tra redencion."

Tertuliano, que vivia en el segundo siglo, no prueba con menor evidencia que san Agustin la costumbre universal de la Iglesia sobre la utilidad y el mérito de la oracion por los fieles difuntos; y con igual energía hablan en este punto san Cipriano y san Juan Crisóstomo. En fin, no hay cosa mas constante que esta piadosa tradicion de toda la Iglesia.

La disputa que la iglesia griega tiene con la latina en

este particular, hablando en rigor, es de puro nombre; porque los griegos no niegan el estado del purgatorio, aunque niegan que haya lugar señalado ó determinado con este nombre para padecerle; pues al fin confiesan que algunas almas justas estan necesitadas de purificarse despues de esta vida antes de entrar en la mansion de los bienaventurados. Convienen, pues, las dos iglesias Oriental y Occidental en que las almas de los que mueren en estado de gracia, por la mayor parte tienen necesidad de purificarse de algunas ligeras manchas, y consiguientemente que estan detenidas *en el calabozo obscuro* hasta que hayan pagado, como dice el evangelio, *hasta el último maravedí.* Este obscuro calabozo y esta profunda fosa es la que llama *purgatorio* la iglesia latina, y aun la da el nombre *de infierno* en la ordinaria oracion que hace por los difuntos: *Señor Jesucristo, rey de la gloria, librad las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno, y del profundo lago; libradlas de los dientes del leon.*

Es, pues, verdad de fe que hay purgatorio, y esta es la doctrina de toda la Iglesia desde Jesucristo acá. Pues ahora; ¡puede haber mayor crueldad, inhumanidad mas vergonzosa que saber que nuestros amigos, nuestros bienhechores, nuestros mas cercanos parientes estan por la mayor parte detenidos en unos horribles calabozos, tratados por la divina justicia con una severidad incomprensible; que está en nuestra mano conseguir de la misericordia del Señor su libertad ó su alivio; que tenemos en ella muchos medios para satisfacer por ellos, para que cesen sus penas; que una oracion, una mortificacion, una limosna, una misa bastaria algunas veces para sacar á una alma de aquel profundo calabozo; y ser tanta nuestra indolencia, nuestra inhumanidad que no lo querramos hacer! ¿No pide la misma justicia de Dios (*Jac.* 2.) *que se haga justicia sin misericordia en aquellos que no quisieren hacer misericordia con sus hermanos*? ¿Te olvidaste tú de aquellas afligidas almas? pues Dios permitirá que se olviden de la tuya, y que no se te apliquen aun aquellos mismos sufragios que tú dexaste encargados: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam.*

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles; conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de ti: Que vives y reynas...

La epístola es del capítulo 14. del Apocalipsi.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

»El Apocalipsi ó libro de las revelaciones contiene en »veinte y dos capítulos una profecía sobre el estado de »la Iglesia desde la Ascension de Cristo á los cielos has»ta el dia del juicio universal, y es como la clave de to»da la sagrada Escritura. Propónense en él las cosas en »ayre de visiones, y en estilo sublime y figurado, á mo»do del de las profecías antiguas, con las cuales tiene »gran correspondencia.

REFLEXIONES.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Esta sí que es una real y verdadera felicidad, la cual sola desquita bien todos los contratiempos y desgracias de esta vida. Morir en el Señor, morir en gracia de Dios, morir predestinado, morir para comenzar á vivir eternamente, morir en el

seno de los bienaventurados para entrar en la alegría del Señor, para estar como embriagado en el cielo con la abundancia de los mas puros consuelos, de las mas dulces delicias. Nacimiento ilustre, favor de los príncipes, brillante fortuna, tesoros inmensos, grandes empleos, puestos elevados, cargos, dignidades, prelacías, títulos pomposos, dictados de estruendo, á quienes se tributa incienso con tanta profusion, decidme, ¿qué utilidad permanente nos ganais? ¿qué conveniencia sólida, y que verdaderamente satisfaga, nos traeis? Si la muerte de los dichosos del siglo no es preciosa en los ojos de Dios, si esos hombres ilustres, esos esclavos de sus diversiones, esos que meten tanto ruido con su equipage y con su tren, no mueren en el Señor, ¿qué suerte será la suya? ¿será tan envidiable su muerte como lo ha sido su vida? El olor de las flores que cultiva el mundo, turba la cabeza; el humo del incienso que en todas partes se quema, ofusca la vista; el ruido y el tumulto que reyna, aturde y atolondra. No se piensa en la muerte; solo se afana en cavar, en desenterrar, por decirlo así, los gustos, las diversiones y los deleytes de la vida. En medio de eso, ¿tenemos negocio alguno de mayor importancia, punto mas crítico, obra mas preciosa ni de mayor consecuencia que una buena muerte? Pero advierte que la buena muerte es fruto de la buena vida: *Opera enim illorum sequuntur illos*, dice el Espíritu santo. Síguenle sus obras despues de la muerte. Las conversiones en aquella hora ordinariamente llegan muy tarde; por lo regular solo sirven para dar á la muerte un color postizo, una bondad superficial y aparente. Las obras buenas nos acompañan hasta mas allá de la muerte; no se apartan de nuestro lado hasta el tribunal del supremo Juez; son testigos irrefragables sin equívocos ni ambigüedades; son instrumentos y piezas originales de que se forma y se justifica el proceso. Ya quisiera uno desembarazarse de testigos tan sin excepcion y tan verídicos; pero ni uno solo dexará de hallarse presente y de declarar la verdad: *Opera enim illorum sequuntur illos*. Los delitos mas secretos, los acciones mas ocultas, los deseos mas disimulados, las intenciones mas disfrazadas, todo lo que no hubiere sido borrado con las lágrimas de la penitencia; todo lo que se nos hubiere perdonado,

todo seguirá, y todo depondrá en el tribunal de Dios contra el moribundo. Nada se pierde; lo bueno y lo malo, todo nos acompaña. ¿Y qué cosa buena acompañará á aquellas personas tan poco cristianas, á aquellas almas mundanas en quienes apenas se reconoce una leve tintura de religion; gente entregada enteramente á sus diversiones, á sus placeres; gente que solo hace alguna reflexíon sobre sus descaminos, cuando se va acercando la noche de la vida, cuando ya apenas es tiempo de enmendarlos? Desengañémonos, no se nos ha dado todo el tiempo de la vida sino para disponernos á una buena muerte.

El evangelio es del capítulo 6. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dixo Jesus á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he baxado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

Del estado á que nos reduce la muerte.

PUNTO PRIMERO.

Considera á qué triste estado nos vemos reducidos despues de la muerte: inmobles, sin conocimiento, sin fuer-

zas, sin sentido; desterrados para siempre del comercio de los hombres, incapaces de toda compañía, desconocidos á nuestros mas cercanos parientes; objeto de horror á nuestros mas estrechos amigos; nombres, dictados, puestos, empleos, honores, talentos, diversiones, gustos, regalos, todo se acabó; despojados de todo, abandonados de todos, inútiles á todos, de nada servimos ya en el mundo, y el mundo tambien nos tiene por nada.

Este retrato es espantoso, pero al fin él es mi verdadero retrato. Algun dia he de ser ese moribundo que va á ser despojado de todo, y está ya para causar horror á todo el mundo. Algun dia he ser ese cadáver abandonado, amortajado, y destinado para que le saquen á podrirse en una hedionda sepultura. Y mi pobre alma, ¿qué destino tendrá?

¡Ah, mi Dios, y qué es el hombre! ¿Y será posible que eternamente nos hemos de apacentar con vanas ideas de grandeza, con frívolas imaginaciones y con fantásticas quimeras? Sola la muerte nos representa como verdaderamente somos; cualquiera otro retrato nos lisonjea y nos engaña, ¡pero qué cosa tan triste no conocernos bien hasta la muerte!

Pocos dias ha que esa persona llena de salud gozaba las conveniencias de un estado opulento, de un nuevo empleo, de una risueña fortuna; alegre, divertida, brillaba en las concurrencias y en las conversaciones; era el alma de las funciones y de los saraos; resolviendo allá en su fantasía mil vanos proyectos, tomaba unas medidas tan prudentes, y daba pasos tan acertados para satisfacer su ambicion; pero un accidente de aploplegía, un rebato de sangre á la cabeza, una maligna calentura, una caida desgraciada en un instante apagó todo su esplendor, dió en tierra con todos sus proyectos, rompió todas esas medidas, aniquiló todas esas esperanzas, y convirtió aquel gallardo cuerpo en un horroroso cadáver....

¡Ah Señor, y qué locura contar tanto sobre esa juventud, sobre esa bizarría, sobre esa robustez, sobre ese empleo ni sobre cosa alguna que se acabe con la vida! ¿Pero cuándo nos hará prudentes este conocimiento? ¿cuándo dexarémos de apacentarnos con quimeras que se des-

vanecen á la hora de la muerte? ¡Mi Dios, y qué elocuente es un moribundo para descifrarnos todos los misterios de la ambicion y de la vanidad! ¡qué objeto tan capaz de desterrar de un buen entendimiento una máquina de ilusiones y de preocupaciones! ¿en qué paró aquel orgullo? ¿en qué aquel desembarazo? ¿en qué aquel esplendor, aquel magnífico tren? ¿en qué aquel gran fausto y aquellas contínuas diversiones? Todo desapareció, todo se desvaneció al acercarse la muerte.

PUNTO SEGUNDO.

Considera la extraña mudanza que se ve en esos hombres de conveniencias, en esos dichosos del siglo, en esos que se decian felices, porque en todo se les mostraba risueña la fortuna. Apenas se llega á conocer que ya no le restan mas que algunos instantes, un leve soplo de vida, cuando todo el respeto con que antes se le miraba, se convierte en compasion; ya se tiene la mayor lástima del mismo que pocos dias antes era objeto de la mayor envidia. El hombre mas vil y mas despreciable del mundo no querria trocar su suerte con un poderoso, con un grande, con un monarca que se muere.

¡Pero qué despojo y qué espantoso abandono! Aun no bien ha espirado cuando se apoderan de todas las llaves, se toma posesion de todos los bienes; se piensa en buscar otro protector, otro amigo y otro dueño; los que le lloran con menos disimulo y con mayor aparato, quisieran ya verle enterrado; quisieran se hubiese ya llegado el dia en que sin faltar al bien parecer y á la decencia, pueden enxugar el llanto.

Repara bien aquellos feos movimientos de la boca, aquella turbacion obscura de los ojos, aquellas violentas convulsiones de todo el cuerpo; pues en eso pararon aquellos blandos, estudiados y artificiosos contoneos, aquel despejo fingido, todas aquellas afectaciones de las personas mundanas.

¿No adviertes aquel sudor frio y pegajoso que va lentamente cubriendo el pálido, el amarillo semblante? Pues ves ahí el fin de los cuidados, de los desvelos que costó al moribundo el conseguir tantos bienes. ¿Oyes aquellos sus-

piros, aquellas voces medio articuladas que apenas pueden romper por los secos, por los denegridos labios? Pues ves ahí el paradero de todos sus vanos discursos, de todas sus conversaciones poco cristianas, de todas aquellas zumbas tan libres como picantes. El espíritu mas intrépido, la ambicion mas desmedida, la mas brillante fortuna, todo viene á estrellarse, todo á romperse y quebrantarse contra el lecho de la muerte; este es el escollo inevitable de toda la grandeza y de toda la felicidad humana; un poco mas temprano, ó un poco mas tarde, al cabo todo viene á parar en este término fatal.

¿De qué le servirá al presente á ese pobre hombre morir con un millon de pesos; esto es, dexar un millon á sus herederos, si muere con las manos vacías de buenas obras, y con la conciencia cargada de pecados?

¿De qué le servirá haber fabricado esa soberbia casa, haberla adornado con muebles tan preciosos? Dentro de pocas horas le van á sacar de élla para siempre; sus herederos se van á honrar y aprovechar de sus gastos, de su economía y de sus despojos. A él ni le resta, ni le toca mas que una estrecha sepultura. Ya se ha hecho el repartimiento de todo lo que ahorró. Por lo que respecta á él no hay en el mundo hombre mas pobre; un atahud y una mortaja son todos sus muebles. Vanle á llevar, ó por mejor decir, vanle á mostrar por las calles del pueblo; pero es para enterrarle, y aun los del acompañamiento no van por su respeto. Concluida la pompa funeral quedóse á podrir en un sepulcro: *Et solum mihi superest sepulchrum.* Este es el fin de la tragedia, este es el fatal término de todo.

Hombre insensato, despues de todo esto cuenta ya mucho con esta frágil vida, cuenta con las brillantes prendas de cuerpo y alma, con el esplendor del nacimiento, con los bienes de fortuna, y cuenta tambien con el favor de los grandes. ¡Dios mio, y qué dignos somos de compasion si perdemos de vista la hora de la muerte! Cierto estoy, Señor, que algun dia yo mismo, yo mismo he de ser esa persona que acabo de meditar, y que me acaba de estremecer; dia vendrá en que yo he de causar horror á ótros, y servirlos de meditacion. ¡Qué dolor será el mio si en aquel triste dia no me he aprovechado de las

reflexîones que hago en éste! Apelo, Salvador mio, á vuestra divina gracia, y á la proteccion de vuestra santísima Madre, en quien despues de vos coloco toda mi confianza durante mi vida y en la hora de mi muerte.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.
¡Ah Señor, y cómo tengo contínuamente en la memoria que me restan pocos dias que vivir!

Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia. Núm. 23.
Muera mi alma con la muerte de los justos, y sea mi vida parecida en todo á la suya.

PROPOSITOS.

Es la muerte un fiel espejo que mostrándonos lo que algun dia hemos de ser, nos pone á la vista lo que somos. La sepultura es propiamente nuestro verdadero domicilio: el polvo, los gusanos, la ceniza, todo el fruto de nuestra robustez. Busca entre aquel monton de huesos calcinados, entre aquel puñado de ceniza todos esos dictados magníficos y pomposos, todas esas prendas aplaudidas y brillantes, toda la grandeza del mundo. Clases, empleos, dignidades, prelacías, hermosuras, galas, todo se hundió en el sepulcro. Él solo nos está contínuamente enseñando la leccion mas importante; pero ninguno quiere oir esta leccion. El melancólico sonido de las campanas, el fúnebre acompañamiento del entierro, los funerales de nuestros amigos y de nuestros parientes nos llevan delante de la sepultura. ¿Pero qué importa? Todos se paran á mirar la sepultura del difunto, y pocos á considerar la propia: con todo eso, este era el objeto que menos habíamos de perder de vista. No hay remedio mas eficaz para abatir el orgullo, para curar las inflamaciones del corazon, para enfriar el amor á los deleytes, para extinguir todas las pasiones; es un soberano específico para movernos á seguir el partido de la virtud, y para perder el gusto á las diversiones del mundo. Usa de este re-

medio siempre que oigas la hora del relox, y considera que ya estás una hora mas cerca de la sepultura.

2 No se pase la semana sin que visites alguna vez la iglesia donde has de ser enterrado, como lo practicaron muchos santos; y aun el dia de hoy tienen esta provechosa devocion no pocas almas timoratas, meditando un rato en la muerte sobre su misma sepultura. Cuando veas en las iglesias algunas sepulturas, cuidadosamente cerradas, y calafeteadas, haz reflexíon á que aquello se hace para que la corrupcion y el mal olor no las inficione; precaucion muy necesaria, pero al mismo tiempo consideracion muy oportuna para formar una idea cabal de la miseria del hombre, para confundir nuestra delicadeza, nuestro amor propio y nuestro orgullo. Cuando te halles en algun convite espléndido, en alguna funcion lucida, en algun sarao, trae á la memoria lo que has de ser en la sepultura.

DIA TREINTA.

San Fernando, rey de Castilla y de Leon.

San Fernando, modelo de príncipes cristianos, dechado de monarcas valerosos y prudentes, terror de los infieles, y el mas dichoso capitan de cuantos pelearon las batallas del Señor, fue hijo de don Alonso el nono, rey de Leon, y de doña Berenguela, primero infanta, y despues reyna de Castilla. Ignórase el lugar, el dia, el mes, y aun el año de su nacimiento; vergonzoso descuido de nuestros historiadores, por mas que se quiera disculpar con algunas consideraciones, en que tiene mas parte el ingenio que la razon.

Crió la Reyna á sus pechos á Fernando, y con la leche parece que mamó el santo Hijo las virtudes de la madre: Princesa verdaderamente piadosa, que dexó eternizada en nuestros anales la memoria de sus religiosos exemplos, tanto como el recuerdo de sus heróicas acciones. Imprimió desde luego en su tierno corazon el santo

temor de Dios tan profundamente, que todo respiraba en el niño virtud, religion y compostura; tanto que observándola san Juan de Mata, fundador de la religion de la santísima Trinidad, á tiempo que pasaba por Burgos, y siendo aún Fernando de pocos años, habiendo echado su bendicion á todos los demas infantes, hijos del rey don Alonso, en llegando á Fernando, se paró, y con espíritu profético le pronosticó las mayores felicidades. Amó y obedeció siempre á su madre, aun despues que subió al trono, con tanto rendimiento, que censurándolo algunos cortesanos, los dixo con entereza: *Cuando dexe de ser hijo, dexaré de ser obediente.*

Separada la reyna doña Berenguela de su marido el rey don Alonso, por haberse declarado nulo el matrimonio á causa del parentesco, se quedó el infante con el rey su padre en Leon, y la reyna se retiró á la córte de su hermano Enrique primero, rey de Castilla. Sucedió la desgraciada muerte de este Príncipe en la ciudad de Palencia, y por élla quedó heredera de la corona la infanta doña Berenguela. Ocultósela al rey de Leon la sagacísima príncesa, rezelando no aspirase al trono de Castilla, fundando la pretension en el título de esposo, y le envió á pedir con instancia á su hijo el infante don Fernando, que ya era de diez y ocho años, pretextando la opresion en que la tenia la desmedida ambicion de los condes de Lara. Luego que la Reyna tuvo en su poder á su hijo renunció en él la corona, y le hizo aclamar por rey de Castilla, primero en Náxera y despues en las córtes de Valladolid, donde le juraron homenage todos los ricos hombres; y pasando el jóven Rey á la iglesia mayor con exemplarísima piedad, puso á los pies del Señor aquella corona que él mismo acababa de ponerle en la cabeza.

Dióse por ofendido el rey de Leon de la cautela con que doña Berenguela le habia sacado á su hijo, y de todo lo que habia sucedido en Castilla; entró por tierra de Campos con dos poderosos exércitos, llevándolo todo á sangre y fuego; no quiso dar oidos á las proposiciones de paz que le ofrecieron Fernando y Berenguela, por no verse precisados á sacar la espada contra un padre y un marido: acercóse á Burgos, pre-

sentóles dos batallas, y en ambas fueron enteramente derrotados los leoneses, aunque mucho mas poderosos que los castellanos; porque pudo mas que el número la razon y la justicia. Tercera vez volvió el rey de Leon con mayores fuerzas á buscar á su Hijo; y estando para darse una sangrienta batalla, compadecido el jóven Monarca de tanta inocente sangre de vasallos suyos, presentes y futuros, como se habia de derramar en élla, desarmó á su padre el rey de Leon con una carta que le escribió, en que competian la piedad, la razon y la ternura, componiéndose aquella diferencia mediante una cantidad de maravedises, en que el rey don Alonso se suponia defraudado, porque no halló mejor razon para excusar la injusticia de sus armas, y el generoso Fernando se la concedió al intante.

Por consejo de su madre la reyna doña Berenguela se casó en primeras nupcias con doña Beatriz, hija de Felipe, emperador de Alemania, en quien la hermosura, la honestidad y la prudencia eran iguales á la fecundidad, habiéndole dado el cielo siete hijos de este dichoso matrimonio, cinco infantes y dos infantas. Muerta doña Beatriz, pasó á segundas nupcias con doña Juana, hija de Simon, conde de Putiers, de cuyo tálamo le nacieron otros dos hijos y una hija.

Sosegadas las turbaciones de Castilla por muerte del conde de Lara, se aplicó el santo Rey á hacer felices á sus vasallos. Publicó un perdon general en favor de todos los que le habian ofendido; mandó que todos los particulares hiciesen lo mismo; nombró para el gobierno de las ciudades á los sugetos mas capaces y mas bien quistos, de zelo y justificacion mas acreditada; encargó á los tribunales la mas recta y mas imparcial administracion de la justicia, recomendándoles sobre todo las causas de los pobres. Y noticioso de que habian entrado en España algunos hereges albigenses, se dedicó con el mayor desvelo y con el mayor teson á exterminarlos, llevando él mismo la leña en sus reales hombros, y aplicando por sus reales manos el fuego á la hoguera para que fuesen abrasados. Era su prudencia muy superior á sus años, porque suplia con ventajas la oracion lo que faltaba á la experiencia. Gasta-

ba en élla muchas horas del dia y de la noche; sus ayunos eran contínuos, sus penitencias rigurosas, y su frecuencia de sacramentos muy extraordinaria para aquellos tiempos; diligencias con que logró tener de su parte al cielo para todos sus aciertos, que fueron tantos como sus resoluciones; por lo que sus vasallos le amaban como padre, al mismo tiempo que le obedecian como rey.

Aprovechándose de esta buena disposicion, determinó hacer guerra á los moros que tiranizaban una gran parte de España, no para extender sus dominios, sino para dilatar los términos de la religion. Apenas se supo en Castilla que el Rey salia á campaña, cuando se le presentaron armados los señores y caballeros mas principales del reyno, seguidos de sus vasallos, con los cuales juntó un respetable exercito, escogiendo la ciudad de Cuenca por su plaza de armas. Noticioso de este movimiento el rey moro de Valencia, Venzuir, pasó á Cuenca, y le juró perpétuo vasallage, vencido mas de su agasajo, que del temor de sus fuerzas. El mismo exemplo siguió Mahomad, rey de Baeza, luego que el santo Rey puso el pie en la Andalucía; siendo éstas las dos primeras victorias que le concedió el cielo sin sangre, prenuncios de las muchas que despues habia de ganar con la punta de la espada.

Fueron tantas, que en treinta y cinco años que reynó, sin dexar el acero de la mano, no dió batalla que no ganase; no sitió plaza de que no se hiciese dueño; no embistió reyno de que no se apoderase. Pero tampoco emprendió guerra que no fuese por dilatar el imperio de Jesucristo. Preguntado, ¿cuál sería la causa de que sus dichas fuesen mayores que las de sus antecesores? respondió: *Quizá mis mayores cuidarian mas de conquistar provincias para sí, que de ganar reynos para el cielo.* Por eso antes de salir á campaña, y todo el tiempo que duraba en élla, disponia que en todo su reyno se hiciesen contínuas oraciones, rogativas y penitencias, para que echase Dios la bendicion sobre sus armas. Para entrar en las funciones se armaba el pecho y los brazos con un áspero cilicio, confiando en él mas que en los brazaletes, en el peto y en el mo-

rrion. Al tiempo de acometer imploraba el favor de Dios, y de la santísima Madre, cuya imágen llevaba delante de sí en el arzon de la silla. Jamás confió en la fuerza de las armas, sino en el auxîlio de Dios; y así no se le caía de la boca aquello del Profeta: *Dominus mihi adjutor: non timebo quid faciat mihi homo.* El Señor es mi ayuda, y á ningun hombre temeré. Los despojos que le tocaban, al punto los dedicaba al culto divino; y en todos los sitios señalados con algun triunfo memorable dexaba eternizada la memoria, erigiendo algun piadoso monumento en reverencia de la Vírgen, de los santos, ú de los ángeles. Así tenia como alistada debaxo de sus estandartes la victoria, porque solo se desarrollaban en defensa del Dios de los exércitos sus religiosos pendones.

El año de 1232 murió su padre el rey don Alonso de Leon, no sin señales de que todavía duraban en su corazon algunas reliquias de los pasados sentimientos contra el santo Hijo, porque contra toda justicia le desheredó, declarando sucesoras en la corona á las dos infantas doña Sancha y doña Dulce, hijas del segundo matrimonio. No podia en buena conciencia abandonar Fernando su legítimo derecho; y entrando armado á tomar la posesion del reyno, que por todos títulos le pertenecia, le salian á recibir los pueblos y las ciudades, franqueándole voluntariamente las puertas, porque antes que la corona le hiciese dueño de las provincias, su virtud y valor le habian sujetado los corazones. Solamente la ciudad de Leon le hizo alguna resistencia por la terquedad de don Diego Lopez de Haro, hijo de la condesa doña Sancha; pero amenazado del cielo con la muerte en una vision, en que se le apareció san Isidro, rindió la iglesia y la torre donde se habia encastillado, y entrando el Rey en la ciudad, fue coronado en élla con real magnificencia.

Dueño ya Fernando de Castilla y de Leon, convirtió todas sus fuerzas contra los africanos. Por medio de su hijo el infante don Alonso, con una partida de gente desbarató un numeroso exército de Abenuth, rey de Xerez de la Frontera; victoria que en todo el reyno se tuvo por milagrosa, y los mismos moros pu-

blicaron que habian visto á Santiago, patron de las Españas, y á otros caballeros, cubiertos de resplandor, pelear en el ayre en favor de los cristianos. Igualmente se tuvo por milagrosa, y se atributó á los méritos del santo Rey la valerosa defensa de la Peña de Martos, que hizo la condesa doña Irene con solas sus mugeres contra un formidable exército de agarenos, entreteniéndolos hasta que llegó el socorro. No fue menos milagrosa la que hizo el maestre de Calatrava del Alcázar de Baeza, adonde volvió con los suyos despues de haberle desamparado de noche, llamado de una resplandeciente cruz que se dexó ver sobre el castillo, y no solo se defendió valerosamente de una multitud de moros que le sitiaban, sino que haciendo una vigorosa salida, los desalojó de la ciudad, y se hizo dueño de élla. Cercado el gran maestre de Santiago de una innumerable muchedumbre de infieles, y estando muy dudosa la victoria, se declaró en fin por los cristianos, asegurando graves autores que detuvo el sol su carrera á la voz del gran maestre, como á la voz de Josué, por la oracion de nuestro Santo, que á la sazon la estaba haciendo muy fervorosa, fixos inmoblemente los ojos hácia el Occidente.

Por sí mismo hizo tributarios los reynos de Valencia y Granada, y conquistó á la frente de sus exércitos los de Murcia, Córdoba, Jaen y Sevilla, poniendo fin á sus conquistas y á su vida poco despues que se apoderó de esta última ciudad, en cuyo sitio, que duró diez y seis meses, casi se contaron los prodigios por los dias. Apenas se lee otro mas famoso en las historias, y de cierto ninguno hubo en que compitiesen mas los extraordinarios favores del cielo con la consumada pericia militar del capitan. Tan soldado como santo ordenó el sitio con tanta prudencia y con tanta comprension, como si solo esperase de las medidas humanas la conquista á que aspiraba; y tan santo como soldado, de tal manera colocó toda su confianza en los auxîlios divinos, como si nada tuviese que esperar de todos los medios humanos.

Ante todas cosas desterró de su exército los desórdenes que trae consigo la licencia militar. Sentó su reales

de manera que nada faltase, ni al exercicio de la religion, ni á la comodidad del soldado, ni á la práctica de la disciplina. Distribuyólos en calles, plazas, mercados, y oficinas públicas, con todos los oficios, tiendas y abastos que se pudieran desear en la ciudad mas populosa y mas arreglada. Erigió tres templos, en los cuales los muchos eclesiásticos y religiosos que siempre seguian al exército, celebraban todos los dias los divinos oficios con la misma regularidad que en las mas ajustadas catedrales, y el santo Rey asistia indefectiblemente á éllos en el templo principal. Frecuentaba los sacramentos en público para el exemplo: pasaba horas enteras en oracion, así de dia como de noche; dobló los ayunos y las penitencias, no pasándose dia alguno en los diez y seis meses del cerco sin tomar tres sangrientas disciplinas.

Por otra parte, bloqueó la ciudad, tomando todos los caminos por donde la pudiese entrar algun socorro; y para cortarla los del mar, mandó al almirante Bonifaz, que ocupase con las naves la boca del Guadalquivir, y rompiese el puente de barcas que facilitaba la comunicacion de Triana con Sevilla, como dichosamente lo consiguió el dia de la Invencion de la santa Cruz. Reprimió el orgullo de los moros en todas las salidas que hicieron, que fueron muchas y desesperadas; quedando tan escarmentados, que se resolvieron á mantenerse encerrados dentro de los muros de la ciudad. Con esto, y con una vision que tuvo el santo Rey, en que se le apareció san Isidoro, arzobispo de Sevilla, asegurándole que la tomaria, aunque á costa de mucho trabajo, se fue estrechando mas el cerco.

Confirmóse esta esperanza con otro prodigio. Estaba una noche el religioso Monarca haciendo oracion en un templo de sus reales, delante de la imágen de nuestra señora de los Reyes, y oyó una voz, pronunciada por el mismo simulacro, que le decia: *En mi imágen de la Antigua, de quien tanto fia tu devocion, tienes continua intercesora; prosigue, que tú vencerás.* Esta imágen de la Antigua, por singular providencia del cielo, estaba á la sazon en la mezquita mayor de los moros, en el centro de la ciudad; pero enagenado Fernando

con el favor que acababa de recibir, sale del templo, atraviesa sus reales, acércase á Sevilla, encuentra en la puerta de Córdoba un hermosísimo mancebo que le encaminó á la mezquita; ábrensele las puertas, adora profundamente la imágen, vuélvese por el mismo camino, y halla en la misma puerta de Córdoba la espada, que al entrar se le habia caido sin advertirlo, porque le sobraba para su defensa la proteccion de la santísima Vírgen. Finalmente, el rey moro Ajataf le rindió la ciudad, y entró en élla el dia de la translacion de su arzobispo san Isidoro, haciendo triunfar á la imágen de los Reyes, que en un magnífico carro triunfal de plata fue conducida á la mezquita mayor, purificada antes por don Gutierre, arzobispo de Toledo, donde se cantó un *Te Deum*... con la mayor solemnidad.

Esta contínua cadena de felicidades era muy debida á las virtudes de Fernando. Ningun príncipe enlazó mejor las heróicas de santo con las mas elevadas de monarca. En el ardor de la fe en ninguno reconoció ventajas, y pocos le hicieron competencia. Por élla sola fue su vida rigurosa, y literalmente *una perpetua milicia sobre la tierra*: siempre con las armas en las manos, siempre en campaña, siempre en sangrientas batallas, siempre en arriesgados sitios, siempre en peligrosas conquistas, siempre en contínuas fatigas, siempre cercado de riesgos. Corrió mucho su vida, contra la cual conspiraron repetidas veces los moros, asalariando alevosos asesinos; y cuando llegaba á noticia del Santo, solia decir, que los infieles no tanto pretendian echar del mundo á su persona, cuanto desterrar de él la fe que profesaba. Jamás desnudó la espada sino puramente por defenderla y por dilatarla. Puédese decir que tambien murió por élla, pues al cabo le quitaron la vida los trabajos que padeció en el zeloso empeño de su propagacion; por lo que el obispo de Tuy se adelanta á ponerle en el catálogo de los mártires.

A la viveza de su fe correspondia el ardor de su religion. Todas sus empresas comenzaban por rogativas, proseguian con votos, y acababan en accion de gracias. Confiaba mas en las oraciones de los religiosos, que en el valor de sus soldados. Por eso decia, que los tem-

plos eran los alcázares de su reyno, las religiones sus muros, y los coros de los religiosos los escuadrones que le defendian.

En el amor y tierna devocion á la reyna de los Angeles fue singularísimo. Tres imágenes suyas llevaba siempre consigo: la de los Reyes, que por piadosa, y bien fundada tradicion se cree fue milagrosamente pintada. A esta santa imágen puso el Rey casa real con todos los oficios de palacio, camarera, mayordomos, gentiles-hombres, capellanes, reyes de armas y porteros, sirviendo estos oficios los infantes y los principales señores de la córte; y el dia de hoy los sirve la mas ilustre nobleza de Sevilla con religiosa emulacion. Acompañábale otra imágen de plata de la misma soberana Reyna, y es la misma que se venera en medio del altar mayor de aquella iglesia metropolitana. Era de marfil la tercera, y de una tercia de largo; ésta la llevaba fixa en el arzon de la silla para consuelo del alma, incentivo del corazon, y devoto recreo de los ojos. Todas sus empresas comenzaban con María, y acababan con María; esta Señora peleaba, ésta vencia, y á la misma decretaba siempre Fernando todos los honores del triunfo.

Correspondian á éstas todas las demas virtudes. Su caridad no tenia límites. Fundó hospitales, casas de refugio y de misericordia; y en campaña el mismo santo Rey hacia oficio de enfermero con los soldados heridos. Visitábalos, consolábalos, regalábalos, y no pocas veces por sus mismas reales manos los aplicaba las medicinas. En los pleytos de los pobres era su abogado, y en las necesidades su padre. El fue quien introduxo la piadosa costumbre de servir por sus manos la comida á doce pobres el Jueves santo, lavándolos, y besándolos los pies, como se ha continuado hasta hoy en sus reales descendientes y sucesores. Amaba tanto en general á todos sus vasallos, que solia decir, estimaba mas la vida del menor de éllos, que mil cabezas de moros. La limpieza de su cuerpo fue igual á la pureza de su espíritu, y aun por eso se la premió el Señor, concediéndole tan numerosa posteridad, la que suele negar á muchos príncipes, y no príncipes, en castigo, y como efec-

to casi natural del desórden y de la incontinencia. Tan zeloso de esta hermosísima virtud, que habiendo sabido que una muger disoluta habia provocado á un religioso dominico, y que éste se habia precipitado en el fuego por huir de la ocasion, mandó que la desahogada muger fuese arrojada á las llamas, para que un fuego castigase los atrevimientos de ótro, y en esta resolucion se mantuvo inexôrable.

Supo juntar la soberanía del trono con la humildad verdaderamente cristiana, haciendo honor á las máxîmas del evangelio, sin ajar la magestad. Era el Rey, sin disputa, el hombre mas sábio de su reyno, el mas instruido, el mas experimentado y el mas prudente. Sin embargo, desconfiaba tanto de sí mismo, que hacia le siguiesen siempre doce varones doctos y maduros, con quienes consultaba todas las resoluciones en que se le ofrecia alguna duda, no para seguir su dictámen á ciegas, y sin exâmen, sino para ponderarle, y conformarse con el que parecia mas acertado. Fuera de aquellas ocasiones en que era menester ostentar la magestad rodeada de los resplandores del trono, era sumamente afable y humanísimo con todos. Habiéndole visitado en Cuenca el rey moro de Valencia, le recibió con el mayor agasajo, y le dió silla debaxo de su dosel; modesta humanidad, que acabó de ganarle el corazon, mas que el miedo de las armas. Preguntado poco ántes de morir, de qué materia queria se le dispusiese el sepulcro, y en qué conformidad se le habia de levantar la estátua: Respondió: *Mi vida sin reprension, ni culpa, de la manera que he podido, y mis obras, esas sean mi sepulcro y mi estátua.*

Pero en ninguna ocasion dió mayores muestras de su profunda humildad y de su grande religion, que en la hora de la muerte. Acometido de la última enfermedad que contraxo por los trabajos, fatigas y desvelos del sitio de Sevilla, y conociendo se acercaba su última hora, pidió y recibió con la mayor devocion el santo Viático, que le administró su confesor el obispo de Segovia. Antes que entrase en su cuarto el Rey de los reyes, se echó una soga al cuello, se levantó de la cama, se postró en el suelo, tomó en la mano un crucifixo, y se dispuso con los mas vivos actos de dolor y arrepentimiento de sus culpas para recibirle, mandando sacasen de su cámara todas las reales in-

signias de la magestad. Luego que tuvo en su pecho el soberano Monarca de la gloria, se recogió dentro de sí mismo, y quedó arrebatado en un dulcísimo éxtasis. Vuelto de él, llamó á la reyna doña Juana, al príncipe, y á los infantes; despidióse de todos con ternura, y con entereza; dió al príncipe Don Alonso los mejores documentos; encargóle la obediencia al pontífice, la proteccion de la Iglesia, la veneracion al estado eclesiástico, el amor de sus vasallos, el amparo de los pobres, la administracion de la justicia, la eleccion de los ministros, y sobre todo, la propagacion de la fe; y concluyó su razonamiento con estas palabras; *Déxote ó vasallas, ó tributarias todas las tierras que poseian los moros desde el mar acá; si conservares estas conquistas, serás tan buen rey como yo; si las adelantares, serás mejor rey que yo; si las perdieres, no serás tan buen rey como yo.* Pidió despues perdon á los ricos hombres y demas circunstantes de todo aquello en que pudiera haberlos ofendido, y respondieron todos con lágrimas, que no tenian agravios que perdonar, sino muchos beneficios que agradecer. Mandó entrar á sus capellanes; hizo que cantasen el *Te Deum...* y al segundo versículo entregó suavemente aquella grande alma en manos de su Criador, un jueves 30 de mayo del año 1252. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia mayor de Sevilla, donde se conserva hasta el dia de hoy entero y flexíble, exhalando un suavísimo olor. Rey verdaderamente original y admirable, que contra el estilo regular de la divina Providencia hizo escala para el cielo de las mayores prosperidades.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beato confessori tuo Ferdinando præliari prælia tua, et fidei inimicos superare dedisti: concede, ut ejus nos intercessione muniti ab hostibus mentis et corporis liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que concediste al bienaventurado Fernando, tu confesor, que pelease tus batallas, y que venciese los enemigos de tu fe; concédenos á nosotros, por su intercesion, que venzamos todos nuestros enemigos del cuerpo y alma: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 4. de la primera que escribió el apóstol S. Pablo á los corintios.

Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhùc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»Sabido es que san Pablo escribió esta primera epístola »á la iglesia de Corinto, con ocasion de las diferencias que »reynaban entre los fieles, para prevenirlos contra los en»gaños del amor propio, y del espíritu demasiadamente »mundano que gobernaba sus operaciones. En el capítulo »cuarto de donde se sacó, se da una justa idea de los ver»daderos ministros del evangelio, y se muestran las pren»das por las cuales se les debe estimar.

REFLEXIONES.

Es la virtud un espectáculo al mundo, que no acierta á comprender cómo pueda ser plausible; es espectáculo á los ángeles que admiran en élla la fuerza de la gracia; y es finalmente espectáculo á los hombres, que en élla encuen-

tran la fuente, y el manantial de la verdadera felicidad. Búscanse milagros en nuestra religion; ¿pero habrá alguno mas admirable, mas universal, ni que deba asombrar mas, que el que cada dia presentan á los ojos tantas almas piadosas, tan religiosas personas, que son el espectáculo y la admiracion de su siglo? Repárase poco en esta maravilla por ser tan frecuente; pero por ser tan frecuente, ¿será menos maravilla? Muchos milagros se encierran en los claustros, en la vida obscura, y en las virtudes escondidas de tantas almas perfectas y fervorosas. Un jóven, heredero de grandes títulos, y de mayores riquezas, solicitado de todo lo que pudiera tentarle; dotado de las mas escogidas, de las mas brillantes prendas, en una edad que se considera la sazon de todas las diversiones, á la entrada de una carrera en que todo le lisonjea, todo se le rie, sacrifica su nobleza, sus grandes bienes, sus mayores esperanzas, y por amor de Jesucristo todo lo pospone á una vida pobre, humilde, obscura y escondida. ¿Tendrán mucha parte en este milagro la naturaleza ni los sentidos?

Una doncella noble, tan distinguida por su nacimiento como por sus dotes personales, por su hermosura, por su discrecion, por su bizarría, por su despejo, ídolo tal vez de todo un pueblo, prefiere un grosero velo, en que quiere sepultarse, á todo el fausto y aparato de galas, de joyas y de aplausos, de cortejos, que naturalmente habian de arrebatarla. Acostúmbrase á confundir estos milagros de la gracia con los caprichos del gusto, ó con la diversidad de las complexîones; pero mírense con reflexíon un poco mas de cerca, desenvuélvanse los motivos, considérense los fines, ténganse presentes las consecuencias, cotéjese todo con nuestra flaqueza, entónces se descubrirá el milagro mas claro que el mediodia.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo, decia el apóstol san Pablo. Lo mismo pueden decir todos los dias esas almas piadosas, que mirando con horror, y con una cristiana compasion la prudencia de la carne, son reputadas en el mundo por simples y por mentecatas. En medio de eso son verdaderamente discretas y prudentes. A la verdad, su discrecion y su prudencia es muy superior á las luces de la razon; está mucho mas arriba de lo que puede alcanzar el espíritu del mundo; pero élla es infalible, por-

que es de fe, y fue su modelo el mismo Jesucristo. Míresela mas de cerca, y se mostrará el milagro en todos sus efectos.

Nesotros sufrimos el hambre, la sed, y la desnudez, continúa el Apóstol, *nos cargan de maldiciones, y respondemos con bendiciones*; *nos llenan de injurias, y correspondemos con oraciones.* ¿Pudo llegar jamás á tal punto la filosofía mas disimulada, la mas ambiciosa, la mas fina? Aquellos llamados sábios de la Grecia ¿obraron nunca por pura virtud? ¿Su afectada flema no era muchas veces efecto de la mas fogosa cólera? Y el grosero, y artificioso desprecio de las conveniencias de la vida, ¿no nacia de un orgullo intolerable? Hablando en rigor, nada hay digno de admiracion, nada milagroso en materia de costumbres fuera de la religion cristiana. Su ley, sus consejos, sus máximas, sus dogmas, todo es un prodigio, todo un milagro; y solamente los ciegos dexan de conocerlo.

El evangelio es del cap. 12. *de san, Lucas y el mismo que el dia XVIII, fólio* 435.

MEDITACION.

De la humildad.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna virtud es mas liberalmente recompensada que la humildad. *A los humildes los salvará Dios*, dice el Profeta. *No tienes que temer, pequeña grey.* Con vosotros hablo, los que pareceis tan pequeñuelos á vuestros propios ojos, y cási desaparecéis á los agenos; porque vuestro Padre, que lo es de las misericordias, se ha compadecido en escogeros con preferencia á todos los demas para que pobleis al reyno de los cielos. Para nosotros es este reyno; y ninguno entrará en él que no sea humilde. La soberbia precipitó de aquella córte celestial á los ángeles rebeldes; y la humildad la poblará de espíritus humildes: éste es como el título primordial de su dichosa posesion. ¡Mi Dios, y qué poco conocida es en el mundo esta verdad!

No hay en él cosa mas rara, ni mas escasa que esta virtud; pero tampoco la hay mas importante. Ninguna ótra nos enseñó tanto Jesucristo con sus palabras y con sus exemplos: *Discite á me.* No quiso, por decirlo así, que tuviesemos otro maestro de la humildad mas que á él mismo; ni tampoco podia haber quien nos la enseñase con modo mas eficaz. La humildad es la virtud de Jesucristo, y de todos sus verdaderos hijos. Y pregunto, ¿es la humildad nuestra virtud? No se trata ahora de aquella humildad especulativa, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dexar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio; no solo enseña el baxo concepto que cada cual sabe tener de sí mismo; sino que se alegra de que los demas hagan tambien el mismo baxo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; para ser humilde es menester complacerse en la humillacion; y este es el fundamento del edificio cristiano. ¿Lo es tambien del nuestro? ¿Poseemos esta virtud que tiene al cielo por herencia? ¿Entramos en el número de aquella pequeña grey que no tiene por qué temer? Somos á la verdad pequeñuelos; ¿pero somos humildes á los ojos de Dios?

Con todo el corazon deseo serlo, ó divino Maestro mio; y es justo que siga á lo menos vuestro exemplo. Un Dios humilde es verdaderamente un gran remedio para curar mi soberbia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay virtud mas á mano para todo género de gentes que la humildad; ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican; el verdadero mérito siempre há de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia, y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma

santidad ofrecen grandes materiales al exercicio de esta virtud. Sean nuestras máxîmas y nuestros dictámenes en este punto la regla por donde debemos juzgar de nuestro verdadero mérito.

Ninguno hay que no pueda, y no deba humillarse; el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su obscuridad y abatimiento. ¡O mi Dios, y qué amable sois! Si hubiérais hecho dependiente de otra virtud nuestra salvacion, muchos quizá se considerarian excluidos de vuestro reyno; pero ninguno se puede excusar de ser humilde. Considera qué cosa tan fácil es á uno el ser santo, cuando el ser humilde le es tan natural. Y pregunto, ¿nos es muy familiar una virtud que tenemos tan á mano? ¿De dónde nace aquella delicadeza, aquella sensibilidad tan inquieta, aquella falta de apacibilidad tan ordinaria, aquella inmortificacion tan viva? ¿De qué otro principio provienen casi todas nuestras faltas?

Busca un solo santo que no haya sido humilde. San Fernando fue rey; dotóle el cielo de tantos talentos naturales y sobrenaturales, que en pocos se encontrará competencia, y no sé si se hallará ventaja en alguno. ¿Pero quién vivió mas abismado, por decirlo así, dentro del propio conocimiento? Las prosperidades que ordinaria, y como naturalmente llenan de hinchazon el corazon humano, al suyo le sumergian, y en cierta manera como que le aniquilaban. Nació gran rey; hízose mucho mayor, y quiso morir como el último de sus vasallos. ¿En qué se parecen nuestros dictámenes á los suyos? Al considerar nuestro modo de discurrir, ¿no se podrá juzgar que hemos descubierto alguna nueva senda para ir al cielo? ¡O gran Dios, qué mayor prueba de que es bien corto el número de los escogidos, que el ser limitado el número de los humildes!

Deseo, mi Dios, ser de este pequeño número; y por eso os pido con las mayores veras que me concedais esta amable virtud. Humilladme, Señor, cuanto fuere de vuestro agrado; pero otorgadme la gracia de que sea humilde.

JACULATORIAS.

Vilior fiam plus quam factus sum; et ero humilis in oculis meis. 2. Reg. 6.

Sí, Señor, cada dia quiero ser mas humilde á mis pro-

pios ojos; y por eso deseo ser cada dia mas humillado y mas abatido á los ojos del mundo.

Bonum mihi quia humiliasti me, ut dicant justificationes tuas. Salm. 118.

Muy provechoso me ha sido, Señor, el que me hubiéseis humillado; que de esa manera me habeis hecho dócil á vuestros preceptos, y rendido á vuestros mandamientos.

PROPOSITOS.

En los ótros se estima y se alaba grandemente la humildad; pero son pocos los que trabajan eficazmente para poseerla éllos mismos. Si se pudiera ser humilde sin ser humillado; si para serlo bastara conocer que hay sobra de pecados, falta de virtudes, escasez de méritos, pobreza de talentos, no sería tan rara esta virtud. Un poco de entendimiento basta para que cada cual se haga justicia á sí mismo; pero nuestras sentencias en este particular jamás salen del secreto tribunal del entendimiento, y nunca se notifican, ni las consiente el corazon. Pero ello es cierto que sola la humildad del corazon es virtud cristiana. Para lograrla es menester, á pesar de la repugnancia natural, llevar á bien y aun desear ser humillados. Exâmina cuidadosamente los rodeos, los efugios, los ingeniosos artificios del amor propio para evitar una humillacion. ¡Qué sensibles al mas leve menosprecio! ¡qué vivacidad, qué empeño en justificar hasta nuestras mismas faltas! ¡qué indigestion, qué desafecto hácia aquellos que á nuestro modo de entender, no nos estiman tanto! Toma una vivísima resolucion de reprimir todas esas vivacidades, todos esos dictámenes, todos esos ímpetus del orgullo, y por lo menos de no quejarte, de callar cuando se te ofrezcan ciertas pequeñas humillaciones, y de rogar á Dios por todos aquellos de quienes se vale su amorosa providencia para humillarte.

2 No te contentes con escoger siempre el lugar mas humilde en todas las concurrencias; desea que te le señalen, y alégrate cuando te retiran á él; lo primero puede ser atencion y buena crianza; lo segundo siempre es hu-

mildad verdadera. Huye de todo lo que sea profanidad en el vestido, y segun tu estado conténtate por lo comun con el mas sencillo y con el mas modesto. Jamás trates á ninguno con desden, con desprecio ni con altanería, ni aun á tus mismos hijos ó criados; el tono imperioso y despreciativo siempre es hijo de la soberbia y del orgullo; ni para corregir es menester ajar. Evita con el mayor cuidado cierto modo de andar fantástico y arrogante, que no prueba menos la debilidad de la cabeza que la destemplanza del corazon.

DIA TREINTA Y UNO.

Santa Petronila, vírgen.

Santa Petronila, á quien el vulgo de Francia llama *Perrina*, y en otras partes *Perronela* ó *Pernela*; vivia en el primer siglo de la Iglesia. En fuerza de una antigüedad tan retirada, y de unos tiempos en que los primeros fieles de la Iglesia solo pensaban en vivir y en morir por Jesucristo, y no se detenian á escribir; es casi nada lo que sabemos del nacimiento, santa vida y preciosa muerte, á los ojos del Señor, de santa Petronila; ignorancia, que junta al culto inmemorial tributado constantemente á santa Petronila desde la primitiva Iglesia, dió motivo á muchas historias apócrifas, que ya corrian en el mundo desde el tiempo de san Agustin, y el Santo se empeñó en refutarlas. Lo menos incierto que se puede decir de nuestra Santa es lo siguiente.

Fue Petronila una doncella romana, á quien san Pedro convirtió á la fe con toda su familia, poco tiempo despues que entró en aquella cabeza del mundo cristiano. Habiendo tenido la dicha de recibir el bautismo en una edad muy inocente, y de ser instruida desde entonces en las máxîmas de religion por el Príncipe de los apóstoles, ya se dexan discurrir los progresos que haria en el camino de la perfeccion. Siendo cristiana toda su familia, y acudiendo Pedro á su casa con frecuencia,

estaba la jóven Petronila á los pies del Apóstol como otra Magdalena á los de Cristo, aprovechando la ocasion de oir frecuentemente sus santas instrucciones. Y como por otra parte el mismo Apóstol la habia reengendrado á la gracia por el bautismo, comenzó la Santa á llamarse *hija espiritual* de san Pedro, prefiriendo este título á otros muchos que quizá tendria; y por haberse hallado este nombre de *hija de san Pedro* en las antiguas actas de los santos mártires, se padeció la equivocacion de tenerla por hija legítima y natural del Apóstol. Hízose mas verisímil esta equivocacion, por constar del mismo evangelio que san Pedro fue casado, y sabemos por la tradicion de la Iglesia, que su muger fue mártir generosa de Jesucristo; por lo que no es de admirar, que con el tiempo el título de *hija de san Pedro*, con que se honraba Petronila, diese motivo á creer que san Pedro habia sido su padre natural y verdadero.

Deseaba ardientemente la santa Doncella padecer mucho por un Señor que tanto habia padecido por élla; y movida de estas fervorosas ánsias, todo el objeto de sus deseos y todo el asunto de sus oraciones era la cruz. Concediósela nuestro Señor abundantemente, dándola por cruz la misma cama, donde la tuvo inmoble por muchos años con una perlesía universal, que la ocupó todos los miembros de su cuerpo. Era espectáculo verdaderamente digno de la admiracion cristiana ver á una doncella en lo mas florido de su edad, de extraordinaria hermosura, de un espíritu vivo, pronto y despejado, atormentado su delicado cuerpo con agudísimos dolores, embargado el uso de todos sus miembros, privada de todo alivio y consuelo, sin que se notase en élla la menor señal de impaciencia, sin que se le escapase ni un primer movimiento de inquietud, con un semblante siempre sereno, siempre risueño, siempre igual; con una modestia y con una apacibilidad inalterable. Mirábanla todos como un milagro vivo de paciencia y de virtud, admirábanla, y proponíanla por modelo de la perfeccion cristiana.

Todas estas virtudes eran efecto de su caridad y de su fe. El encendido amor que profesaba á Jesucristo la hacia

suspirar incesantemente por el martirio, y á vista del abrasado deseo que tenia de derramar su sangre por la religion, la parecia nada todo cuanto padecia. Era correspondiente á estas virtudes la tiernísima devocion que profesaba á la santísima Vírgen; y en conclusion, se puede decir, que toda perfeccion cristiana se dexaba como palpar en aquella dichosísima Doncella.

Era la casa de Petronila como el hospicio general de san Pedro y de todos los cristianos que habia en Roma; y se dice, que un dia en que habian concurrido muchos, y estaban todos para sentarse á la mesa, algunos de éllos mostraron extrañar mucho, que bastando la sombra sola del Apóstol para curar á otros enfermos, quisiese el Santo dexar paralítica en una cama á la Hija de un hombre que á todos hacia tanto bien. Pareciendo á san Pedro que aquella extrañeza podia debilitar su fe y su confianza, mandó á Petronila que se levantase, y viniese á servirlos á la mesa; lo que hizo al punto la Santa, como si nunca hubiese estado enferma. Quedaron todos asombrados, bendiciendo al Señor, obrador de aquellas maravillas; pero declarándolos el Apóstol, que á la santa Doncella le era mas conveniente la enfermedad que la salud, y que era voluntad de Dios que todavía se purificase mas y mas por algunos años, continuando los exemplos de su invencible paciencia, la mandó volverse á la cama, y en el mismo instante se volvieron á apoderar de élla todos sus males, quedando tan paralítica como antes, con la misma debilidad, con la misma inaccion y con mas vivos dolores. Tiénese por cierto que Petronila permaneció en el mismo estado por algunos años, y que no sanó perfectamente hasta despues del martirio del Apóstol.

Facilmente se dexa considerar la vida que haria en Roma la fervorosísima Doncella despues de la preciosa muerte de su Padre espiritual. Instruida en tal escuela, formada por tal mano, y gobernada por tan diestro Director, ¿qué progresos no haria en el camino de la perfeccion? Las penitencias voluntarias suplieron los dolores de las enfermedades, siendo su vida un contínuo exercicio de devocion y de mortificacion. Habiendo gozado la Iglesia de un corto intervalo de paz despues de la

muerte de san Pedro, alargó Petronila las velas á su zelo y á su caridad, siendo su casa el asilo donde las tiernas doncellas cristianas y todos los demas fieles hallaban cuanto habian menester para sus necesidades espirituales y corporales. Sus bienes eran de los pobres, y todo cuanto trabajaba se destinaba al alivio de los afligidos y menesterosos. Su casa parecia verdaderamente un monasterio, y nunca dexaba su retiro sino para consolar y para ayudar á los fieles que estaban en las prisiones, ó para enterrar á los que habian sido martirizados.

No tardó Dios en autorizar aquella eminente santidad con el don y con el esplendor de los milagros. Todas las enfermedades cedian á sus oraciones; y bastaban, dicen las actas, que tuviese deseo de rogar al Señor por los enfermos, para que desde aquel mismo punto estuviesen sanos. Su humildad, su modestia, su modo y sus conversaciones conservaban maravillosamente en todos cuantos la veían, y trataban las saludables lecciones que los habia enseñado el santo Apóstol; de manera, que parecia servirse Dios de la honestísima Doncella para animar la fe y excitar el fervor de los cristianos.

Pero ni las penitencias, ni las prolixas y molestas enfermedades habian ajado un punto su extraordinaria hermosura, y las maravillas que se contaban en Roma de su virtud, de su espíritu y de otras muchas prendas naturales hacian mucho ruido en toda la ciudad. Vióla un dia Flaco, caballero romano, y enamorado ciegamente de élla, resolvió pretenderla para esposa, para cuyo efecto, sin querer valerse de otro interlocutor, él mismo se fué un dia á su casa con grande acompañamiento de criados y de lacayos, y la hizo derechamente la proposicion.

Quedó Petronila extrañamente sorprendida, tanto de la visita como del asunto de élla; pero siendo muy dueña de sí misma, disimuló perfectamente su extrañeza, y respondió á Flaco con la mayor urbanidad, agrado y cortesanía quedaba sumamente reconocida y obligada por la honra que pretendia hacerla; pero que siendo materia de tanta consideracion, le pedia tres dias de término para pensarla, y para poner órden en los negocios de su casa, que al cabo de éllos podria enviar algunas doncellas

y criadas que la acompañasen. Retiróse aquel Caballero muy satisfecho de la atenta respuesta y cortesanas modales de la que consideraba ya como su futura esposa, y solo pensó en hacer sus prevenciones para celebrar la boda.

Pero nuestra Santa, que desde su mas tiernos años habia consagrado á Dios su virginidad, resuelta mas que nunca á no tener otro esposo que Jesucristo, se encerró en su casa con otra santa vírgen, llamada Felícula, y pasó todos los tres dias en oracion, en ayunos y en todo género de penitencias. Animada de una viva fe y de una tierna confianza en Jesucristo, á quien siempre llamaba *su divino esposo*, y en la santísima Vírgen, á quien nombraba siempre *su querida madre*, suplicaba á los dos con las mayores instancias, que no la dexasen por mas largo tiempo en el mundo, expuesta á agradar á otros ojos que á los de su divino esposo Jesucristo. *Ahóguese, Señor, mi vida en mi sangre ó en mis lágrimas*, exclamaba con fervor, y fue oida su oracion. El tercer dia, al amanecer, vino á su casa el presbitero Nicodemus, celebró el santo sacrificio de la misa, dióla la comunion, y tuvo el consuelo de verla espirar tranquilamente al pie del altar, consumida con el fuego del divino amor. Poco tiempo despues llegaron las doncellas que enviaba Flaco para acompañarla, y en lugar de conducirla al tálamo nupcial, siguieron el acompañamiento de los funerales, llevándola á la sepultura.

Fue enterrado el santo cuerpo en un cementerio del camino de Ardi, que despues se llamó de su nombre, y con el tiempo se fundó en él una iglesia en honra de la misma Santa. El papa Gregorio III. la hizo una de las estaciones en el octavo siglo, y Paulo I. trasladó el cuerpo de santa Petronila á la iglesia de san Pedro en el Vaticano, donde cada año se celebra su fiesta con extraordinaria solemnidad; y no se celebra con menos en los Trescientos de París, y en la abadía de santa Perina ó Petronela cerca de Compiegne.

Aunque el Martirologio romano dice que santa Petronila fue hija de san Pedro, se ha de entender que fue hija espiritual, lo que se infiere de lo mismo que añade, que *Flaco, hombre noble, la pidió por esposa*; porque si fue-

ra hija de san Pedro, segun la carne, no cabia que un caballero romano pensase en casarse con élla, ni por la calidad, ni mucho menos por la edad que entonces tendria la Santa, que necesariamente habia de ser muy avanzada. El breviario romano nada dice en particular de santa Petronila, porque Clemente VIII. mandó quitar la leccion que antes habia.

La misa es en honra de la Santa, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatæ Petronillæ virginis tuæ festivitate gaudemus; ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oyenos, Señor Salvador nuestro, para que la alegría espiritual que sentimos en la festividad de tu bienaventurada vírgen Petronila, sea acompañada de una verdadera devocion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del capítulo 7. de la primera del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: De virginibus præceptum Domini non habeo; consilium autem do, tamquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quærere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quærere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres: tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tamquam non habentes sint: et qui flent, tamquam non flentes: et qui gaudent, tamquam non gauden-

Hermanos: En órden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque á el hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una muger? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la muger? no busques esposa. Pero si tomares muger, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso, éstos padecerán la tribulacion de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: El tiempo es breve: resta, pues, que los que tienen mugeres sean como aquellos que no las tienen: y los que lloran, como aquellos que no lloran: y los que se alegran, como

tes: et qui emunt, tamquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tamquam non utantur, præterit enim figura hujus mundi. Volo autem vos sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, sollicitus est quæ Domini sunt, quomodò placeat Deo. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quæ sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est. Et mulier innupta, et virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu: in Christo Jesu Domino nostro.

aquellos que no se alegran: y los que compran, como aquellos que no poseen: y los que usan de este mundo, como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero, pues, que vosotros esteis sin inquietud. El que está sin muger tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agradará á Dios. Pero el que está con muger tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agradará á la muger, y está dividido. Y la muger soltera y la vírgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu: en nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

"Estando san Pablo en Éfeso recibió cartas de Corin»to con noticia de lo que pasaba en aquella iglesia; y ha»biendo venido á verle Estéfano, Fortunato y Acáico, le »entregaron tambien otras cartas, en que los fieles de la »misma ciudad le consultaban sobre el matrimonio y la »continencia; y escribió esta epístola en respuesta de »aquellas cartas."

REFLEXIONES.

La figura de este mundo pasa. Grandeza mundana, fortuna brillante, nacimiento ilustre, talentos sobresalientes, elevados empleos, altas dignidades, prosperidad deliciosa; luego nada sólido se halla en vosotros sino es el nombre; luego nada sois en suma sino unas lisonjeras ilusiones, un sueño agradable que embelesa por unos pocos momentos, y aun ese embeleso no es mas que para los que están dormidos. Alábese cuanto se quisiere á este mundo; él no es mas que una fantasma, tras la cual se corre, se cansa, se fatiga, y al cabo solo se halla confusion, amargura y arrepentimiento. Es un ídolo que fabricó el capricho, á quien sin cesar se está incensando mas por costumbre que por razon: es una imágen, una figura superficial que se

mancha, que se borra, que en breve tiempo se deshace. ¿Qué nos ha quedado de aquel mundo que reynaba cien años ha? Los retratos de sus adoradores y de sus zelosos partidarios son visibles: las modas, que son fruto del capricho extravagante del mundo, se mudan á cada instante. Por gravosas, por molestas, por ridículas y por perjudiciales que sean, basta la descompuesta fantasía de una muger loca, basta el antojo de un genio y de una inventiva mundana y ociosa para hacer ley de una nueva moda, pero ley que á lo mas suele durar un año. El gusto va siempre tras el capricho; y el perpétuo giro de gusto, de moda, de diversion y de costumbre forman como el cuerpo de la fantasma, tras la cual se corre. No pasa mas veloz que el mismo mundo el viento que alimenta, ni el humo que atolondra, y que ciega á los mundanos. *Pasa su figura*; porque el mundo, ¿qué otra cosa es que una imágen de colores sobrepuestos y de rasgos superficiales, que el mismo ayre los borra y los confunde? Todo es mera exterioridad en el mundo: las grandes honras que se tributan hácia afuera; las mas vivas demostraciones de una fingida amistad; máscara, artificio, afectaciones, hazañerías, todo pasa, todo se acaba; y en acabándose, ¿qué resta de todo ello que pueda satisfacer á un hombre racional, ni que pueda llenar á un corazon cristiano? Ni aun dura el mundo, por decirlo así, todo lo que dura la vida de un mundano; basta la menor desgracia para aborrecerle; á la primera caida parece que el mismo mundo huye de sus mas apasionados parciales; los mismos años despiden al mundo. Inútilmente pretendemos ser gentes del mundo á pesar de las canas, de las arrugas y de las hediondeces de la vejez; el mundo ya no quiere nada de nosotros. Es el caso, que como el mundo nunca es viejo, solo gusta de los mozos. Pero bien está, logremos el favor del mundo por toda la vida; no por eso será larga su duracion. Apenas caemos enfermos en una cama, cuando el mundo se acabó para nosotros. Pasemos á ojear en el sepulcro de los grandes y de los dichosos del siglo, ¿brilla por ventura el mundo entre sus podridas cenizas? ¿qué resta del mundo á la hora de la muerte? ¡Pues qué extravagancia, qué encanto, qué locura amar al mundo, y servirle como esclavo! ¡aprisionarse, consumirse, arrui-

narse, y perderse por seguir el espíritu y las máxîmas del mundo! Todo el mundo grita contra éllas, y todo el mundo las sigue. ¿Qué se deberá pensar de esta conducta?

El evangelio es del cap. 13. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterùm simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterùm simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexisti hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideò omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reyno de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reyno de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando úna, fue y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reyno de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reyno de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

El olvido del último fin es el orígen de lo mal que discurren los mundanos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mundo es ciego, es insensato en el juicio que hace de los bienes y de los males de esta vida. Si se consulta su espíritu, y si nos hemos de dexar guiar de sus luces, será preciso decir que todos los santos se engañaron; que el evangelio y que el mismo Jesucristo carecieron de luz y de discernimiento, habiendo errado en todos los principios.

Horrorízase el corazon solo con oir estas blasfemias. Pero no obstante es indubitable, que prácticamente así habla y así discurre el mundo todos los dias. Puntualmente alaba aquello mismo que Jesucristo reprueba, y que todos los santos miraron con horror. Bien puede el Salvador representar las riquezas como estorbo de la salvacion; no importa: ni por eso dexará el mundo de idolatrar en éllas: infaliblemente se incurre en su desgracia luego que se cae en pobreza. ¿De dónde nacen todos estos desórdenes? del olvido del último fin.

¿De dónde nace que el dia de hoy discurra el mundo tan poco cristianamente en medio del cristianismo? ¿cuál es el orígen de la ceguedad y de la locura del mundo? No es otro que juzgar de la felicidad del hombre solo por respecto á la vida presente, sin pensar en la futura. Regula sus juicios, sus inclinaciones y sus deseos por los bienes presentes y sensibles, sin acordarse de los que están por venir. Fixa toda la atencion en lo que hace dulce y acomodada esta vida, olvidado enteramente de las funestas consecuencias que quizá se seguirán. Los sentidos son sus oráculos; toda su felicidad la coloca en los bienes de esta vida, como si élla fuera el lugar de su descanso, como si las criaturas fuesen su último fin; esta es la verdadera locura del mundo.

¿Este objeto es muy á propósito para contentar mis

sentidos, para satisfacer mis pasiones, para lisonjear mi apetito? Luego es mi verdadero bien. Así raciocina el mundo. ¿Pero se pudiera hablar de otra manera si no hubiera mas vida que la presente? Créese que hay ótra, y con todo eso se habla de la misma suerte. Tal objeto, tal idea, tal empleo nos parece la mayor felicidad de esta vida, y acaso será la mayor desgracia de la ótra. Darános gusto todo eso por algunos momentos de una vida muy corta; y será la causa de amarguísimos arrepentimientos por toda la eternidad.

Para hacer juicio recto de la verdadera felicidad de un hombre que ha de vivir eternamente, ¿nos hemos de gobernar por lo que solo dura un brevísimo espacio de tiempo, ó por lo que dura la misma eternidad? ¿no será razon comparar la eternidad con el tiempo, y los bienes y males temporales con los males y con los bienes eternos?

¡Cosa extraña! Precíanse los hombres de ser sábios, juiciosos, prudentes, discretos; y seguramente que muchos lo son en todo aquello que no toca á su eterna salvacion; pero cuando se trata de ser dichosos ó infelices por toda la eternidad, entonces no se discurre, se desbarra. ¿Á qué se atribuirán estos intervalos de locura? Al olvido de nuestro último fin. Extrañamente se descamina, se precipita, y se pierde el que aparta la vista de esta estrella. ¡Ah, Señor, y cuántas funestas experiencias me han enseñado esta terrible verdad en mis propios descaminos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que se debe mirar la vida presente y la vida futura como dos diferentes regiones, en que el hombre ha de entrar succesivamente; un puñado de dias, un humo que se desvanece, un sueño que luego se acaba, esa es la medida de esta vida. La eternidad; esto es, una duracion interminable, esa es la medida de la ótra. ¿Qué proporcion hay entre estas dos duraciones? ¡Pero qué locura mas insigne, qué mayor extravagancia que poner únicamente la atencion en este puñado de dias tan poco serenos, tan poco tranquilos, y no hacer el menor caso de aquella dichosa eternidad, que es nuestro último fin! ¡qué insensatez preferir estos bienes aparentes; estas falsas brillan-

teces de una vida tan llena de miserias, á aquella eterna felicidad para la cual fuimos criados!

¡O mi Dios, y con qué claridad descubrirá la eternidad la imbecilidad del espíritu del mundo, y el desacierto de los que se gobernaron por él! ¡Qué sensible, qué palpable, qué evidente se hará entonces esta locura! ¡qué vivir unos pocos de dias en libertad, con alegría; pero con una alegría tan frívola, tan superficial, tan interrumpida, tan mezclada, y por decirlo así, en una alegría tan triste, tan amarga como la de esta vida; y esto para vivir despues entre arrepentimientos, entre lágrimas, entre suplicios y tormentos tan espantosos como son los de la ótra! ¡para vivir en medio de aquel torbellino, de aquel centro de todos los males por toda la eternidad! Escoged, mundanos; y si habeis tomado ya vuestro partido; si habeis hecho vuestra leccion; si la vida presente tiene tanto atractivo para vosotros; si no os merece el menor cuidado la ótra; ¿sois prudentes? ¿teneis juicio? ¿discurris con acierto? ¿sois racionales? Tal es la suerte de todos los que pierden de vista su único fin.

Por el contrario, vivir en este mundo un puñado de dias, y vivirlos en unas lágrimas tan dulces, tan consoladoras como las que derrama la penitencia; para vivir despues en la vida eterna del Señor, en aquel océano de los mas puros, de los mas santos, de los mas llenos deleytes, herencia segura, suerte dichosa de las almas fieles; ¿qué os parece? ¿será prudencia abrazar este partido? Pues veis ahí el efecto que produce la continua consideracion de nuestro último fin.

Hácese el mundo mas digno de compasion por lo mismo que se lisonjea en sus propios errores y desaciertos. ¡Ah! y cuánta verdad es lo que dice el Apóstol (1. *Cor.* 1.), que para los hijos de perdicion todo lo que suena á cruz es necedad y locura; mas para los escogidos esta divina palabra lleva la fuerza de Dios: *Verbum enim crucis pereuntibus quidem stultitia est*: *iis autem*, *qui salvi fiunt id est nobis*, *Dei virtus est.* Ninguno se engañe á sí mismo, añade el Apóstol: si alguno de vosotros es tenido por sábio, segun el mundo, que se haga ignorante para ser sábio, porque la sabiduría de este mundo á los ojos de Dios es una verdadera necedad: *Nemo se seducat*: *si quis vide-*

tur inter vos sapiens esse in hoc seculo, *stultus fiat ut sit sapiens* (1. *Cor.* 2.); *sapientia enim hujus mundi*, *stultitia est apud Deum.* Esta dichosa mudanza es efecto de la gracia, y en cierta manera es fruto de la continua consideracion de nuestro último fin.

Ya, Señor, experimento el dolor y el remordimiento de una ceguedad, que ha sido en mí tanto menos excusable, cuanto ha sido mas voluntaria. Así es, que hasta aquí he pensado, he discurrido, y he hablado siempre de los bienes y de los males de esta vida, segun los falsos principios, y gobernándome por las aparentes luces del mundo; reconozco, y detesto mi error, y os suplico, mi Dios, me concedais la verdadera sabiduría de vuestros verdaderos fieles; porque de hoy en adelante no quiero gloriarme en otra sabiduría que en la sabiduría de la cruz.

JACULATORIAS.

Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Galat. 6.

Líbreme Dios de gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.

Suis sapiens est, *et custodiet hæc*? *et intelliget misericordias Domini*? Salm. 106.

¿El que es sábio guarda los mandamientos, y se aprovecha de las misericordias del Señor?

PROPOSITOS.

El que no piensa adónde va, se descamina; y el que aparta la vista de su último fin, discurre mal, porque entonces solo le gobierna la pasion. ¿De dónde nace, que tantos hombres sábios á los ojos del mundo, de tan buen juicio, de tanta capacidad, de tanto acierto en una resolucion moral, de tanta prudencia en un consejo político, desbarran tan lastimosamente en su propia conducta? Nace de que se olvidan de su último fin en sus discursos; no les falta luz, pero les falta la voluntad; apartan los ojos de su último fin muy de propósito. Evita este desórden; extraña cosa es caminar dia y noche los veinte, los treinta, los ochenta años sin pensar siquiera adonde se

va. Todos somos caminantes; pues acordémonos de cuál ha de ser el término de nuestro viage y el fin de nuestros pasos. Considera todas las noches que aquel dia hiciste una jornada, y que esa menos te falta para llegar al término. No emprendas cosa alguna sin preguntarte á ti mismo: *Quid hæc ad æternitatem*? ¿Y esto de qué servirá para la vida eterna? Así lo practicaron muchos santos; practícalo tú como éllos.

2 ¿Das buenos consejos á tus hijos y á tus criados? pues date esos mismos á ti propio. ¿Corriges una falta? ¿reprendes una accion? pues guárdate bien de incurrir en lo que reprendes y corriges: *Medice, cura te ipsum.* Médico, cúrate á ti propio. Esto es lo que tácitamente dicen los hijos, los criados, los súbditos, los oyentes á todos los que dan buena doctrina, y no se aprovechan de élla. Cometer las faltas que se reprenden en ótros, no hacer lo que se aconseja á los demas, es hipocresía, es hazañería, es como mamarrachada en punto de religion, y á todo hombre de entendimiento le enfada mucho. ¡Qué confusion, qué vergüenza padecerán algun dia aquellos directores y predicadores que mostraron á ótros el camino del cielo, y éllos no le quisieron seguir; que echaron sobre ótros cargas muy pesadas, y éllos no las tocaron con el dedo; que fueron como metal cóncavo y campana sonora, voz, ruido, y nada mas! Avergüénzate de no practicar lo que enseñas á ótros. *Cœpit Jesus facere et docere.* ¿Quieres que tus sermones, que tus consejos sean eficaces? pues haz aquello mismo que enseñas.

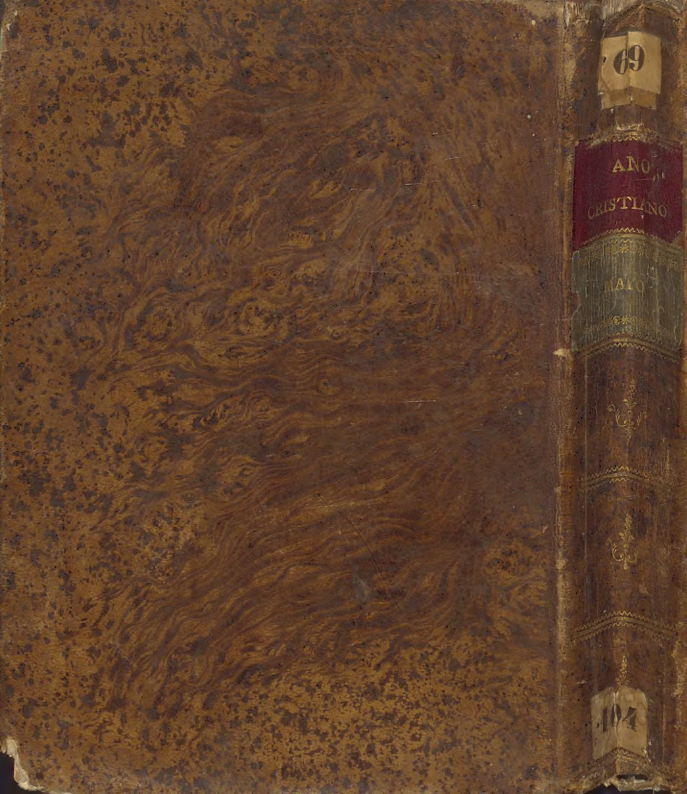
TABLA

De los títulos que se contienen en este tomo quinto.

FIN DE LA TABLA.






69
AÑO
CRISTIANO
MAYO
104


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm